

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA**



**"LA SEGUNDA DIANA", ALONSO PÉREZ : ESTUDIO Y
EDICIÓN**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Ana Estradé Sánchez

Bajo la dirección del doctor
Álvaro Alonso Miguel

Madrid, 2011

ISBN: 978-84-695-0625-7

©Ana Estradé Sánchez, 2011

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA



“LA SEGUNDA DIANA”,

ALONSO PÉREZ:

ESTUDIO Y EDICIÓN.

ANA ESTRADÉ SÁNCHEZ

DIRECTOR: DR. D. ÁLVARO ALONSO MIGUEL

TESIS DOCTORAL

MARZO 2011

A la memoria de mi tío Tin, por haberme guiado en esta vida.

A mis padres, por mi educación y apoyarme siempre.

A mi tía Nines, por su inestimable ayuda en esta tarea.

A mi marido, por su paciencia y comprensión.

Al resto de mi familia, amigos y compañeros.

AGRADECIMIENTOS

Al director de esta tesis, Dr. D. Álvaro Alonso Miguel, por el interés y seguimiento de la misma. Sin su esfuerzo y apoyo no habría sido posible.

Al Departamento de Literatura Española II de la Universidad Complutense de Madrid por las facilidades administrativas dispensadas.

A la dirección y personal administrativo de la Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid y el Archivo de la Biblioteca Nacional Española.

ÍNDICE

ÍNDICE.....	1
 A. EDICIÓN	
1.- CRITERIOS DE EDICIÓN.....	3
2.- PORTADA DEL TEXTO ORIGINAL.....	5
3.- PRELIMINARES/ DEDICATORIAS.....	6
- A la ilustre señora Doña Isabel de Sande.....	6
- Marcos Dorante al lector.....	8
- El autor al Varón de la Laguna.....	9
4.- “PARTE SEGUNDA DE LA DIANA DE JORGE DE MONTEMAYOR”.....	10
- Libro primero.....	10
- Libro segundo.....	52
- Libro tercero.....	89
- Libro cuarto.....	120
- Libro quinto.....	157
- Libro sexto.....	194
- Libro séptimo.....	232
- Libro octavo.....	257
- Poemas que aparecen al fin del libro (sonetos y glosas).....	285
5.- ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS.....	294
6.- LISTA DE LOS NOMBRES DE LOS PERSONAJES DE LA OBRA.....	297
 B. ESTUDIO	
1.- INTRODUCCIÓN.....	299
2.- NOTICIA BIOGRÁFICA.....	302
3.- ARGUMENTO.....	305
4.- ESPACIO Y TIEMPO EN ESTA NOVELA.....	326
- Espacio.....	326
- Espacios mayores.....	326

- Espacios menores.....	329
- Tiempo.....	332
5.- NARRADOR Y TÉCNICAS NARRATIVAS.....	339
- Descripción.....	339
- <i>Amplificatio</i>	340
- Analepsis y prolepsis.....	341
- Sumarios.....	344
- Los comentarios de los personajes.....	344
- Diálogos.....	345
- La voz del narrador.....	347
6.- PERSONAJES PRINCIPALES, SECUNDARIOS Y MITOLÓGICOS.....	348
- Principales.....	349
- Secundarios.....	362
- Mitológicos.....	364
- Dioses.....	365
- Ninfas.....	366
- Mitos.....	367
- Personajes mitológicos.....	367
7.- EL NEOPLATONISMO EN LA SEGUNDA DIANA.....	369
8.- ESTILO.....	372
- Léxico.....	372
- Otros fenómenos lingüísticos.....	374
- Epítetos.....	374
- Figuras retóricas.....	377
9.- PROSA Y VERSO.....	385
10.-RELACIÓN DE ESTA OBRA CON LOS SIETE LIBROS DE LA DIANA DE JORGE DE MONTEMAYOR.....	403
11.- RELACIÓN CON OTRAS CONTINUACIONES DE LA DIANA DE MONTEMAYOR.....	409
- <i>La Diana enamorada</i> de Gaspar Gil Polo.....	409
- <i>La Diana</i> de Jerónimo de Tejeda.....	412
- <i>La Diana</i> de Gabriel Hernández.....	412
12.- CONCLUSIONES.....	413
13.- BIBLIOGRAFÍA.....	416

A. EDICIÓN

1.- CRITERIOS DE EDICIÓN

La presente edición reproduce el texto de *La Segunda Parte de la Diana de Jorge de Montemayor*, escrita por el médico salmantino Alonso Pérez, publicada en Venecia por Giovanni Comenzini en 1574. Me valgo del ejemplar R/30478 de la BNE. El texto presenta un error de impresión: el texto que aparece en el fol. 121v corresponde, en realidad, al fol. 131v, y el que aparece en éste último, corresponde al 121v. En mi edición, coloco ambos textos en el lugar que realmente deben ocupar.

Se ha modernizado la ortografía, excepto en aquellas grafías que respondían a valores fónicos distintos de los actuales:

- Se mantienen como en el original las siguientes consonantes o grupo de consonantes:
 - ç/z (*fiço, fizo...*)
 - ss/s (*huviesse, mostrasse...*)
 - x/j (*traxo, roxo...*)
 - s- (*scrivía, stes...*)
 - b/v (*bivir, parava...*)
 - h (*cahí, hedificar...*)
 - s (*estendiéndose...*)
 - simplificación de grupos consonánticos (*comigo...*)
 - el determinante o pronombre demostrativo de lejanía (*aqueste, aquesta...*)
 - las conjunciones copulativas se alternan y mantienen (*et, e, y*)
 - el apóstrofo se mantiene cuando está en el original (*qu'el, m'he...*)
 - ch se mantiene (*christianos*)
- En cambio, se ha modificado los siguientes casos según el uso moderno:
 - g/j (*ageno>ajeno...*)

- los grupos consonánticos ff, tt, ll, cc, pp, etc. se simplifican (*appetito*>*apetito*, *accepto*>*acepto*...)
- los grupos consonánticos cultos bj, gm, ct, etc. se simplifican (*augmentan*>*aumentan*)
- se añade apóstrofo cuando se separan bloques del tipo: *dello*> *d'ello*, *del*> *d'el*...
- qu pasa a c ante a, o, u (*quando*>*cuando*, *qual*>*cual*)
- u/v según el uso moderno (*vn*>*un*, *uino*>*vino*)
- i/j se moderniza (*jnfante*>*infante*)
- i/y se moderniza (*Sylvano*>*Silvano*, *reyno*>*reino*)

La puntuación, la acentuación y la separación de palabras se hace según las normas modernas, así como el uso de las mayúsculas. Para la separación de párrafos se ha tenido en cuenta primordialmente el sentido.

Las notas que acompañan al texto tienen la intención de aclararlo con explicaciones de tipo lingüístico, histórico y mitológico. Recojo también en nota las observaciones de la crítica sobre las fuentes y paralelos de la *Segunda Diana* con otras obras.

LADIANA
DE IORGE DE
MONTE MAIOR,

COMPUESTA POR ALONSO
Perez medico Salmantino.

PARTE SEGUNDA.

Van al cabo dos glosas del autor. La una del
Soneto, que dize. Hero d'un'alta torre
lo miraua, &c. La otra del que
dize, Pues tune coracon
para partime.

NEVAMENTE CORREGIDA
y renista por Alonso Vlloa.

A la Illustre Señora Doña Isabel de Sando,



EN VENECIA,
FORIO. COMENZINI. 1574.

3.- PRELIMINARES/ DEDICATORIAS

A LA ILUSTRE SEÑORA DOÑA ISABEL DE SANDE, HIJA DEL MUY ILUSTRE SEÑOR DON ÁLVARO DE SANDE, CORONEL DE LA INFANTERÍA ESPAÑOLA EN EL REINO DE NÁPOLES

Sinrazón hiziera yo (Ilustre Señora) a la presente obra si habiendo dedicado la primera parte d'ella al Señor Don Rodrigo de Sande, dedicara ésta que sale a luz a otra persona, que a Vuestra Merced que es su ermana. Allende que esta dedicación no viene fuera de propósito, que siendo estas dos partes ermanas, parece que le convenían por amparo y defensión dos ermanos de clara e Ilustre sangre. Como V. M. y el Señor Don Rodrigo son hijos de un padre con verdad puédese dezir que el día de oy es uno de los claros varones y excelentísimos capitanes que de muchos años a esta parte ha habido en el mundo, como sus hechos notables en armas lo manifiestan y que merecería que un varón señalado como fue Plutarco lo celebrase en nuestros tiempos para memoria de los siglos venideros, como con mucho cuidado y diligencia lo hizieron los antiguos por sus excelentes capitanes. Y ultra d'esto V. M. se puede con mucha razón gloriarse de haver nascido de una madre de vida exemplaríssima y santa como lo es Doña Ana de Guzmán, su madre, que allende que procede de la esclarecida sangre de los Godos, o Gotmanes, que tanto valieron en España por las virtudes heroicas que en ella resplandecen, merece ser comparada con las ilustres matronas romanas y griegas, que en los siglos pasados florecieron, las cuales con puro y perfecto amor amaron a sus maridos, habiéndolo ella muy bien mostrado en la prisión y trabajos del señor Don Álvaro, su marido caríssimo (padre de V. M.), mientras que estuvo preso en Constantinopla en poder del gran turco, después que se perdió en los Guclues. Que sin mirar a ningún trabajo en el corazón del invierno movida del amor conyugal, fue desde Lombardía a Viena a echarse a los pies del Emperador Don Hernando de gloriosa memoria y le suplicó procurase su libertad y aquel benigníssimo y clementíssimo Príncipe, movido a piedad de su desdicha, hizo tanto con el gran Turco, que al cabo lo libró y se lo hizo venir libre y sano antes que de allí partiesse, cosa que ningún Príncipe Christiano no había podido alcançar. Hecho verdaderamente notable y digno de ser celebrado en las historias para memoria de los tiempos venideros. Porque he pasado muy adelante pararé aquí suplicando a V. M. reciba este pequeño presente, que es señal del ánimo grande que tengo para hacerle mayor servicio viniéndome la ocasión, en lo cual allende la merced que a mí hará V. M.

imitará la generosidad y grandeza de ánimo de sus ilustrísimos padres. A los cuales y a V.M. juntamente nuestro Dios glorioso guarde y felicemente conserve por muchos años como yo desseo.

De Venecia, a XX de Março de 1568. Besa las manos a V. M. su muy cierto servidor.

Alonso de Ulloa

MARCOS DORANTES AL LECTOR

Soneto

Si de Helena o Narciso la figura
en un retrato al vivo nos quedara,
tan fiel, tan natural, qu'ella aclarara
la perfección que entrambos dio natura;

Demóstenes no tanto la hermosura
d'estos dos tan famosos alabara,
como aquel que a los ojos nos mostrara
el retrato que he dicho y la pintura.

Por la misma razón, aquí no trato
de alabar el autor d'esta Diana
segunda en nombre, en gala la primera.

Pues ella servirá por un retrato,
aunque breve, do vean si ésta ufana
España con tal hombre en esta Erdo.

EL AUTOR AL VARÓN DE LA LAGUNA

Soneto

A más que ser varón se me tuviera,
muy Ilustre Varón de la Laguna,
si de vuestras virtudes sola una
poner en verso o prosa yo supiera.

Y cierto si del cielo se me diera
en lo uno o lo otro gracia alguna,
de mi grado jamás hora alguna
si no en solo loaros entendiera.

¿A la casa de Castro quién excede?
¿A vos quién se aventaja en fama y gloria
de esfuerço, de virtud y gentileza?

¿A vos en qué o quién igualar puede?
¿La prosa de otro alguno no es escoria?
¿Su verso con el vuestro no es rudeza?

4.- PARTE SEGUNDA DE LA DIANA DE JORGE DE MONTEMAYOR

LIBRO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE DE MONTEMAYOR

Puesto que no era possible no ser estremado el gozo d'estos felices amantes, pues Fortuna los tenía en el más alto grado de contentamiento y bien aventurança que ellos mesmos supieran pedir, poseyendo cada uno d'ellos lo que solo dársele podía, no creo ser de menores quilates el que Felicia gozava, por verse d'ellos visitada, y que entendía ser ella por quien los ánimos quietud y descansando alcançavan. Añádese a esto, ser ella más capaz para sentir este gozo por la excelencia de su entendimiento, en el cual cuanto más subido que el d'ellos era, más las obras que en el ánima consisten si perficionavan. Assí que si con solo su gusto tuviera cuenta la sabia Felicia olvidada de lo que a cualquier d'ellos convenía, a ninguno concediera licencia para que a su casa bolviera. De modo que atendiendo lo más necesario a ellos menospreciada su voluntad y desseo, proveyó como cada uno en particular cumplía.

Según lo cual, passados algunos días que los había tenido en todos los regalos posibles (que bien es de creer que no serían pequeños, pues era poderosa ella más con obras hazer, que otro con la imaginación fabricar), a Arsileo su cara Belisa acordó y traxo a la memoria cuán conveniente sería fuesen a consolar sus parientes, que tanto por su ausencia estaban penados, y sobre todos Arsenio, padre de Arsileo, al cual ya ella en los amores que a Belisa tenía, avía remediado. Con esto, dadas las gracias a Felicia por las¹ buenas obras d'ella recebidas, despidiéndose de aquellos, señores, ninfas, y pastores, luego otro día se fueron a su lugar.

No muchos días después, Felicia, una noche, alçadas las mesas, a Silvano y Selvagia d'esta manera habló: “Venturosos pastor y pastora, no dexara de reprehenderos del descuido que tenéis con vuestro ganado, si yo no fuera la culpada. Pues en estos días, jamás havéis preguntado, ni pienso que havéis tenido acuerdo d'él, que tanta falta en la vuestra havrá sentido, y con razón, no siendo en las convenientes horas apastado en la verde yerva restauradora del gastado mantenimiento, ni llevado en el tiempo a las claras aguas remedio de la importuna sed, ni guiadas con el devido regalo a las apazibles sombras y, viendo que no son con amigable mano descargadas sus fecundas

¹ “La” en el texto original.

tetas de la penumbra y cantidad de la blanca leche, y que a lamer las lisas piçarras de la sabrosa sal no son llamadas con boz, conocida de su caro dueño, ni ha sonado en sus orejas vuestra dulce zampoña acompañada de amorosos acentos, que de poco acá usávades. Conviene, pues, que mañana vuestra ida sea con la venida de la purpúrea Aurora anunciadora del cercano Febo. Digóoslo a esta sazón, que antes no ha havido mucha necesidad de vosotros, que a haverla también fuérades avisados, y esta partida no penséis que quiero que sea a otro fin, sino para que pongáis recado en ello, como si tan presto no oviárades de bolver, que luego si es plazer ha avéis de dar aquí la buelta, pues creo que allá no seréis mejor tratados de obra, que aquí de voluntad. Y, sabed, que vuestra tornada es para que os holguéis aquí en compañía del señor don Felis y Felismena, que por agora no les cumple irse. Ruegóoslo, porque poniendo recado a vuestro ganado lo podréis hazer muy bien, que yo os prometo que antes que a vuestras casas lleguéis, hallaréis a quien sabrá muy bien tener en cuenta con el ganado; si a él se le encomendáis, y él d'él se encarga, y sea vuestra venida con la brevedad possible, que juntamente con que aquí os holgaréis, resultará en vuestro provecho”.

Fixos avían tenido sus ojos Silvano y Selvagia, en el venerable rostro de la sabia Felicia. Viendo que a ellos sobre su plática era endereçada, porque guardada la atención, comedimiento mejor perceber pudiessen la sentencia y afectos d'ella. Que muy pocas veces los ojos de entrambos le desmandavan a mirar a otra parte que a sí mismos, haziéndoseles muy duro apartarlos aún por un breve espacio del lugar, en el cual la alma de cualquier d'ellos lugar tenía y paresciéndoles hurto quitarlos de adonde el corazón posesión havía tomado.

Y assí, acabada la razón de la sabia Felicia, bolvió cada uno d'ellos al otro sus amorosos ojos, que no fue necessaria mucha fuerça. Silvano hizo señas a Selvagia de comedimiento, para que a lo propuesto por Felicia respondiesse. Al cual, casi como afrentada de lo tal, d'esta manera dixo: “No es ya tiempo, ¡Silvano mío!, para usar de crianzas y comedimientos tan escusados, pues ya no hay para qué, ni aún parecen bien. Puesto caso que lo tal sea loable en común con todas las mujeres, no empero en particular con la suya proprio², de tal manera que parezca quererla preferir a sí. Después que la mujer da posesión de sí al hombre, le entrega también la jurisdicción de su libertad con el sí del dulce matrimonio. Y en esto veré el amor que me tienes, si usas

² *Propio*: “propia”, errata en el texto original.

d'este agradable vínculo conforme a sus justas leyes dexando las supersfittiosas³ vanidades del ilícito amor”.

No dexara Silvano de responder a la Selvagia si no juzgara ser mala criança de tenerse en responder a la sabia Felicia, y así, baxando la cabeça, a su pastora en señal de gradecimiento, con palabras amorosas, respondió: “Sabia señora, presupuesto que en ninguna cosa nosotros no hemos de salir de lo que ordenar quisieres, pues es lo que más nos conviene, no hallo yo más grave reprehensión para mí, que no recibirla de ti haviendo tanto en que se pueda emplear, mas no en ésta que de presente me acusas, diziendo que no tengo cuidado de mi ganado, ni me he acordado d'él, que puesto caso que te confiesse, como es razón, que no he tenido memoria del ganado que dizes, no puedo por ello justamente ser increpado, mas antes, lo contrario no carecería de digna culpa. Pues no sería cosa conveniente, que haviéndome yo ganado a tu causa, por guardar algún rato el ganado que en las insípidas yervas se apacienta, olvidasse un solo momento ganado que de sabrosos pensamientos se mantiene. Y puedes creer que, si no solamente mis pocas ovejuelas, mas aún el mundo se perdiesse y quedasse en mi mano poderlo todo remediar, a trueco de apartar por un breve espacio mi sublime pensamiento de la ganada pastora, las ovejuelas quedarían sin reparo y el mundo sin algún socorro”.

Selvagia, que a semejantes deudas muy bien pagar sabía, estas palabras respondió: “¡Amigo mío!, no es en mi mano ya, ni quiero, reprehender cosa que por ti sea fecha. Dígolo porque aunque te he dicho que de ti las palabras manifestadoras del amor echasses, no lo has querido hazer y es cierto (si vale dezir, después de la gloria que de ser tuya recibo, no hay cosa que mayor plazer me cause que ver a cuánto por obras y palabras tu verdadero amor se estiende) que aunque algunos digan, que donde hay obras, las palabras son vanas, yo, a lo menos, mucho huelgo oírlas, cuando conforman, por lo que se puede alcançar con las obras, principalmente en los casos de amor, que de presente tratamos. Pues lo interior es cosa muy oculta, y ésta en la mejor vía que puede por palabras se descubre, en muchos deven tenerse de aquellos que pretenden querer alcançar lo interior por lo exterior.

Verdad es que tales palabras, y actos exteriores se deven medir con los afectos del que las pronuncia. Muchas vezes vemos, que con fingido y ánimo doblado sacan solamente de la lengua falsa cosas, que nunca llegaron al corazón fiel. No quiero que entiendas, zagal mío, por lo que agora acabo de dezir, que me huelgo de oírte palabras semejantes

³ *Supersfittiosas*: “supersticiosas”, errata en el texto original.

como las aquí dichas, para que por ellas pretenda venir en conocimiento del amor que me tienes. Pues hartó estoy satisfecha, si no que recibo extremada gloria en ver, que el amor no hallando en el cuerpo sujeto bastante, se vierte por la boca, cual la pequeña olla que llena de agua a grande fuego fue puesta. Y porque en amar no entiendas ser yo de ti vencida, quisiera qu'el amor como me ha dado obras, me prestara palabras, para pagar cumplidamente lo que con las tuyas me has hecho deudora, mas pues éstas me son ajenas con ofrecer lo que puedo quedare sin obligación alguna”.

Muchos se holgaban de las amorosas razones de los pastores y no se acabaran tan presto si Felicia no la atajara, diciendo que pues estaba el uno del otro satisfecho cesasen los cumplimientos, y, vuelta a Sireno, dixo: “Tú, libre pastor, no pienses que te tengo olvidado, que aún verás maravillas de mis manos”.

Sireno respondió: “No veo yo, señora, cosa por la cual pueda con verdad dezir, que no tienes de mi acuerdo, pues me has hecho tan cuerdo, que vea con ojos claros la ceguedad mía pasada y la d'estos señores y pastores presente”.

Todos se rieron de lo dicho por Sireno y Felicia dixo: “Por mí, sé, Sireno, todos están de tu parescer, sino pregúntenlo a tu competidor Silvano y a su querida Selvagia”. “El ciego –respondió Sireno- mal juzga de las colores”. “Pues, ¿quién quieres- dixo Felicia- que sea el juez?”. Sireno respondió: “El que tiene ojos de razón”. “¿Quién es esse?”, preguntó Felicia. “Cuando otro no huviere- respondió Sireno- yo”.

“D'essa manera- dixo Felicia- en tu favor se dará la sentencia, mas no vees que el juez se prohíbe cuando no está libre de pasión”. “Pues yo no lo esto”- dixo Sireno. “Y aun por tanto- respondió Felicia- fuera ninguna tu sentencia”. Sireno dixo: “No para mí a lo menos, ya que lo fuera para otros”. “Dexemos esto- dixo Felicia- para más tiempo, y tú, Sireno, acompañaras mañana a Silvano y Selvagia, pues les fuiste compañeros a la venida, pero ha de ser con la condición a ellos puesta de la temprana vuelta”. Sireno respondió que le plazía. “Bien está- dixo Felicia- vámonos a reposar con remate de algún canto de tu zampoña libre, y responderte ha Silvano con la suya captiva”.

Luego tomó Silvano su zampoña, para que cantase Sireno, y Sireno la suya, para en acabando de cantar tañer a Silvano, si responder le quisiese. Assí Sireno dando principio a su canto comenzó:

Sireno

Quien gusta del manjar del dios Cupido,

de pasto a su apetito cuando quiera,
si alivio en sus bebidas ha sentido,
a su plazer amaré su sed fiera,
y si sus armas bien le han parecido,
siga el tal su estandarte, y su vandera,
que yo en hallar me de él libre, y exento,
estoy alegre, ufano y muy contento.

Silvano

Quien del manjar no gusta de Cupido,
de él prive su apetito cuando quiera,
si hastío en sus bebidas ha sentido,
con ellas no mitigue su sed fiera,
y si sus armas mal le han parecido,
huya el tal su estandarte y su vandera,
que yo en no hallarme de él libre, ni exento,
estoy alegre, ufano y muy contento.

Sireno

Amor en dar fatiga es tan experto,
que no sé yo, por que deva loarse;
es tan infiel, mudable y tan incierto,
que debe con razón vituperarse,
es, al fin, el amor tal desconcierto,
que de él nadie devría confiarse,
qu'es para mal un único maestro,
mas cierto para bien jamás fue diestro.

Silvano

Amor en dar descanso es tan experto,
que no sé por qué no deva loarse,
es tan fiel, tan constante y es tan cierto,
que no debe a mi ver vituperarse,
es, al fin, el amor un tal concierto,

que d'él cualquier⁴ devría confiarse,
qu'es para bien un único maestro,
mas cierto para mal jamás fue diestro.

Sireno

No ser en lo que t'è dicho mentiroso,
conoscerá quien no ama, ni es amado,
las noches, y los días ya reposo,
después que deseche tan mal estado,
no estaré yo alegre, y muy gozoso,
pues de Diana en mí me he transformado:
vaya, vaya el amor, que no le quiero,
pues es desapazible compañero.

Silvano

No ser en lo que he dicho mentiroso,
conoscerá quien ama, y es amado,
las noches, y los días ya reposo,
después que recibí tan buen estado,
no estaré yo alegre y muy gozoso,
pues me he de mí en Selvagia transformado:
venga, venga el amor, que sí le quiero
pues es tan apazible compañero.

En demasía, se holgaron oyendo el dulce cantar de los pastores, y cuan contrarios estaban en sus opiniones. En mucho tuvieron la astucia de Silvano, que mostrando su contento por las mismas palabras de Sireno, de todo punto le contradixo, y con esto se fueron a dormir, despidiéndose los pastores para su partida, porque habiendo de madrugar, a fin de no caminar con calor le⁵ visita de la mañana no les interrumpiese el sossegado sueño. Felicia mandó a Dorida que aquella noche les proveyese los zurrone de suficiente provisión para el camino. La cual, como persona que no los quería mal, poniéndolo luego por obra abundantemente los zurrone cargó.

⁴ Cualquien: "cualquier", errata en el texto original.

⁵ Le: errata en el texto original, "la".

La empachosa vergüenza del ignominioso ayuntamiento a la rubicunda Aurora espoleava, para que al feo vejezuelo con su ausencia en soledad triste dexaste, por no ser vista de Febo, y las pequeñuelas estrellas como más obedientes, y de menores fuerzas con la venida del cercano sol huían, cuando los tres pastores de la rica casa de Felicia para sus pobres choças por el acostumbrado camino partían. Al cual con sus sabrosas pláticas breve, menos penoso hizieron, mezclando memorias amargas y tristes del tiempo pasado, dulces y alegres a quien como estos pastores libre d'ellas en dulce estado se mantiene. Bien poco sobre la haz de la tierra el amigo de Clície su carro havía levantado, cuando por una cuesta abaxo vieron que descendía un pastor con un papel en las manos. De rato en rato, se parava; y descogiendo le mirava; luego, poniéndosele en el seno, sin rabel, ni çampoña, esto comenzó a cantar:

SONETO

¿De dónde, o papel mío, tal ventura,
que sin méritos hayas de ser puesto
delant'el resplendor y claro gesto
en el cual su poder mostró Natura?
Verás, papel amado, la figura
do no hay más que'sperar del ser honesto;
verás sumado en breve todo el resto
de gracia, gallardía y de hermosura.
En viéndote ante aquesta mi pastora
dirásle de mi parte: "Acá me embía
quien bive por serviros tanto tiempo".
En esto solo entiende cualquier hora,
en esto se desuela⁶ noche y día,
serviros, es su solo passatiempo.

Al punto que el pastor dio fin a su canto, los tres pastores se le hizieron encontradizos. Que bien pudieran haver llegado antes al valle, do su camino y el que el

⁶ *Desuela*: v. "destruir, arruinar, asolar alguna cosa. Del latín *desolare*. Tiene la anomalía de mudar la *o* en *ue* en algunos tiempos y personas, como por ejemplo yo *desuelo*, tú *desuelas*...". Diccionario de Autoridades, tomo III, Francisco del Hierro, 1726-1739, Madrid, pág. 217.

pastor traía se cruzaban, sino que, por oírle, de industria se habían detenido. Al cual después de haverle saludado, dixeron: “Zagal, ¡amigo!, pues ha sido nuestra ventura tan larga que tu dulce canto ayamos oído; no nos la acortes con no mostrarnos esse venturoso papel que dizes”. “Plázeme- dixo el pastor- con condición que leído me dexéis ir sin más preguntarme. Assí porque voy muy de priessa, como porque no me agrada por agora dar cuenta de mí”.

Tomando Sireno el papel para leerle y viendo ser carta, dixo: “Dinos en breve, si te plaze, el intento, porque de otra manera ya sabes cuán mal se dexan entender de raíz las cartas”. “No más –dixo el pastor- una soberana zagala, a la cual con grandes partes en quilates no llevo (dexo lo demás que con esto no tiene comparación) a falta de buena conversación se ha agrado de la mía, y assí por passar el tiempo ella e yo nos tratavamos como verdaderos enamorados. De donde cuando yo no me caté, conocí que aquellas burlas, quanto a mí, en veras habían parado, quedándose ella en su primer estado, sin que las burlas en ella impresión hayan hecho. Lo demás, y aún casi todo si atentamente lo lexéredes, o escucháredes, colegir podréis”. Sireno, entonces comenzando a leerla, vio que assí dezía:

CARTA

Yo que ya no soy por ti,
si tengo salud que dar,
toda la quiero enviar
a ti, que todo me di.
Recibe letra de aquel,
que para ser todo tuyo,
y en ninguna cosa suyo,
sola falta este papel.

5

Pues lo más te tengo dado,
no desdeñes lo qu’ es menos,
que no vendrá tu honra a menos
de haver un papel tomado.
Cosa tan baxa no puede
a ti tan alta ofender,
quanto y más que no hay poder

10

15

al cual tu valor excede.

Si en aquesta letra mía,
vieres pie coxo, o mal sano,
es que temblava la mano
en pensar que te scrivía. 20

Los borrones que hay aquí,
que mi letra enturbescieron,
lágrimas son que cayeron,
viendo qu'era para ti.

Hasta el cabo, la leerás,
y da fin a mis enojos. 25

Abre a este papel tus ojos,
y a mi mal los cerrarás;
y puedes leerla asta'l cabo,
pues no es de mando enemiga,
qu'es tu fiel y cara amiga 30
más que todas por el cabo.

No es carta de desafío.
Harto estoy desafiado
y aun de mí desafiuzado⁷,
si en balde va el ruego mío, 35
eterna paz te demando,
confiado en tu clemença,
y si no, da la sentencia
a mi vida condenada.

Procurado he hasta agora 40
resistir a tu poder

⁷ *Desafiuzado*: f.s. "provocación a duelo, combate o contienda. Por extensión vale competencia en cualquier línea". Diccionario de Autoridades, tomo III, Francisco del Hierro, 1726- 1739, Madrid, pág. 108. Posible errata en el texto original.

y hallo ya qu'el vencer
es serlo de ti, señora.
Ni es mucho ser yo vencido
de tu estremado valor, 45
pues creo qu'el dios⁸ de amor
te debe de estar rendido.
Assí que yo estoy sujeto
a tu valor soberano.
No me hieras, qu'es en vano, 50
pues del todo me someto.
Mi vida pongo en tus manos,
haz de mí a tu voluntad,
mas mira que piedad
es alabada entre humanos. 55

Vite estar los días pasados,
merendado a gran plazer,
e⁹ yo con no le tener
comía de mis cuidados.
Despacio carnes ajenas 60
estavas allí comiendo,
pero yo apriessa engullendo
estaban mis propias penas.

Aguas del río bevías
con sossiego, sin cuidado; 65
yo con él, y apressurado,
bevía lágrimas mías.
Con el cuchillo te vi
pan y vianda cortar,
pero mi vida a la par 70

⁸ *Dios* en el texto original. Lo interpreto como sustantivo común, por lo tanto, debe estar escrito con minúscula.

⁹ *E*: posiblemente proceda de la conjunción copulativa *et*. Se alternan las tres formas: *e*, *et* e *y*.

ser cortada allí entendí.

Un niño a ti se arrimó.

Oxalá fuera yo él.

Abraçástete con él.

¡Ay de mí!, que no fui yo. 75

Diste le un beso amoroso.

Callo lo que aquí sentí,

baste qu'entonces fingí

ser yo el niño venturoso.

Mas no contento con esto, 80

mirando donde le diste

del labro do le pusiste,

fui y tomósele¹⁰ de presto.

Son, de mí, muy bien tratadas

tus cosas, qu'es mal contado 85

no poner las yo a recado,

viendo las mal empleadas.

Los huessos que tú dexaste

con sabor torné a roer,

tan solo por entender 90

que tu boca allí assetaste.

Mirava el vaso por do

para beber le tomavas

y así como le dexavas,

por allí bevía yo. 95

Y con vino que derramo,

do industria el mantel tenía,

y con el dedo scrivía

¹⁰ Tomósele: "tomóselo", errata en el texto original.

muchas veces: ¡Amo, Amo!
Pero tú, de desdeñosa
en nada d'esto miravas,
con todo dissimulavas,
no es bien creer otro cosa.

Dissimulas solo aquello
que me puede aprovechar,
mas lo que me ha de dañar,
esto no, ni un punto d'ello.
Con ver señal clara en mí,
que por ti, padezco tanto;
finges que todo mi llanto
es por otra, y no por ti.

Con ver que a ti sola quiero
(quo t'es claro y evidente)
porque mi dolor se aumente,
finges, que por otra muero.
Mas si ya tu gran valor
te viene a ensoberbecer,
no hay fingir, menos creer,
qu'es igual a él mi amor.

Si entre todos los valores
del mundo, el tuyo es extremo,
también mi amor es supremo
entre todos los amores,
cuando vienes a entender,
que de ti no es digno alguno,
no hay fingir que yo soy uno,
que te pueda merescer.

No digo yo que soy digno

de ti, ni Dios quiera tal, 130
pues eres tan sin igual,
qu'el mundo de ti es indigno.

Y que lo diga ya ves
que jamás seré creído,
bien sabes que lo fingido 135
es de cosa que no es.

A tu plazer haz de mí,
y finge cuanto querrás,
con que no finjas jamás,
que amo alguna sino a ti. 140
A tu clemencia, pues, llamo,
y en merced solo demando
no estés con mi amor burlando
ni finjas que no te amo.

Esme Júpiter testigo, 145
que no me lastima tanto
lo poco que me amas, cuanto
fingir aquesto comigo:
ni me duele de tal guisa,
viéndote burlar de mí, 150
y que mis cosas a ti
siempre son causa de risa.

Mas antes me da alegría,
viéndote de mí burlar,
pues placer te vengo a dar 155
dado qu'es a costa mía.
Y por darte con querías
como fiel amante juro,
que algunas vezes procuro
decir y hazer niñerías. 160

Bien sé que seré tenido
de todos, y con razón,
por hombre sin discreción,
sin seso y aún sin sentido;
pero muy poco me doy
165
ser reputado por necio:
yo lo tengo en menosprecio
si en algo grato te soy.

Pues no he podido, pastora,
con las veras agradarte,
170
quiero, al menos, contentarte
con las burlas desde agora.
Burlas para ti serán,
pues que lo quieres así,
mas en veras para mí
175
han parado y pararán.

Burla de mí a tu sabor,
pues ello así te contenta,
mas ruego a Dios que la cuenta
estrecha te pida Amor.
180
Algún día, también yo
con el amor me burlé
y por mi mal muy bien sé
lo que de allí me salió.

Aquesto es lo que conmigo
185
hizo este traidor malvado.
Mas ¡ay!, que no sé cuitado,
lo que querrá hazer contigo.
Con burlas de mis maneras
me hazes dos mil favores,
190

pero el niño, dios de amores,
tus burlas me vuelv'en veras.

De tu mano, hay caso tal,
burlando a comer me diste,
y burlando me dixiste: 195
“Tú eres solo mi zagal”.

¡O, manjar dulce y sabroso,
suficiente a darme vida;
o palabra nunca oída
bastante a darme reposo! 200

En dezir esto y aquello
hazer, aunque es por burlar,
es favor tan singular
que no abasto a sostenerlo.
Ruégote, pues, ¡o pastora!, 205
más corta en favores seas,
si por caso no desseas
perderme en sola una hora.

Al que convalece, dar
no verás cuanta vianda 210
su estómago le demanda,
más la que puede llevar.
Favores muchos desseo
que quieras, zagala, darme
mas podrán quizá matarme, 215
que pocas fuerças posseo.

Al seco campo o al prado
no menos le dañaría
echar agua en demasía
como no havérsela echado. 220

De aqueste modo favores,
siendo sin regla, o medida
bastan a quitar la vida,
assí como disfavores.

Pero, al fin, de cualquier suerte, 225
toma l'alegría cumplida,
ora sea con mi vida,
ora sea con mi muerte.
Burla y haz a tu contento,
venga el mal que me viniere, 230
que mi voluntad no quiere
salir de tu mandamiento.

Quieres ver cuánto querría
en todo haverte agradado,
que alguna vez he dexado 235
de hazer lo que a ti cumplía,
y es que me doy a entender,
(quiera Dios sea locura)
que según soy sin ventura
te podré en ello ofender. 240

Harto tengo que escrevirte,
pues que tú harta no estás
de darme pena jamás,
desseando yo servirte.
Mas al fin quiero cessar 245
aunque no cesse el dolor,
venc'al desseo el temor
que tengo de t'enfadar.

En el punto que Sireno acabó de leer esta carta, el pastor se la tomó de las manos y, sin más aguardar, se fue cantando. Lo que cantó mientras oír le pudieron estándose quedos, fue esto al propósito de lo que les había¹¹ dicho antes que les mostrasse la carta.

Burléme con amor, amor conmigo.
Burlava me yo d'él, quede burlado.
Ne¹² consient'el rapaz ser ultrajado,
que aunque niño, es de burlas enemigo.

De las veras de veras es amigo,
mis burlas en sus veras han parado,
si de burlas Amor está pagado,
mi corazón de veras es testigo.

Andados pues a burlas, amadores,
con este dios Cupido, niño ciego,
y veréis si su burla es mala, o buena.

Pensando haver placer, havréis dolores,
havréis por agua fría, bivo fuego;
escarmentad, pues, ya en cabeç' ajena.

Admirados quedaron de la dulzura del canto y congoxosos por no saber quién el pastor fuesse, pero viendo que no era possible, prosiguieron su començado camino. Algún tanto se apresuraron, por llegar a tomar la siesta en aquella islezica, donde havían hallado a la desesperada pastora Belisa, pareciéndoles lugar más fresco y desembaraçado que otro para cualquier recreación. Al cual llegados vieron que, por un pradezico verde, un pequeño arroyo cubierto de yervas olorosas mansamente corría, haziéndole camino diversidad de árboles que de sus aguas claras tomavan mantenimiento. A cuya sombra como ya determinassen reposar, Sireno dixo: “Veamos, si os paresce, de adónde esta poco agua sale. Podía ser que más fresco lugar nos sea, y quando tal no fuere, o su fuente no hallaremos, daremos la vuelta”. Agradó a su compañía esto, y assí le dixerón que guiasse.

Cualquier parte que por el arroyo arriba pisavan, les combidava a alegre descanso, que todo casi hasta su fuente de la mesma manera estava. “Si el principio de

¹¹ *Ha vea* en el manuscrito original.

¹² Ne: errata en el texto original, “no”.

esta agua- dixo Selvagia- se nos negare, a lo menos no nos dará mucha fatiga la buelta, pues tan conveniente lugar, y aun algo más, al desseado reposo, mientras más subimos, se nos ofresce”. Como ya un rato huviessen subido el arroyo arriba y su nascimiento no topassen, y como tengo dicho, el dulce sosiego a cada passo se le presentasse, ivan separando y altercando adónde se sentarían; cada uno diziendo: “Este lugar está más fresco”, y cada uno respondiendo: “No, sino estotro; aquí reposemos que está más apazible, mas no, sino acá”. De manera que la amenidad de cada lugar suspensos los tenía, para que ninguno d’ellos el mejor elegir supiesse. Ya se habían quitado los çurriones del hombro y, passados los cayados a la mano izquierda, en la derecha los llevaban, para soltarlos donde todos conformasen, cuando vieron que con mayor cantidad, y más frescura de árboles, el arroyo adelante subía. De modo que a nueva esperança, nuevo aliento les succedió. Aun bien no habían comenzado a subir, cuando el arroyo, rehuendo el derecho camino hazia la mano derecha, el passo les hizo retorcer, de donde descubrieron gran espesura de diversos árboles.

A la cual llegando, vieron una estrecha entrada y algo larga, cuyos lados no de paredes de artífice mano fabricados, mas de árboles de la maestra Naturaleza compuestos estaban, que no menos el lugar silvestre era ennoblescido con la verdura natural, que las pomposas cámaras con el oro assentado. Allí se vía el funesto ciprés, el triumphante laurel, la dura enzina, el frondoso sauze, la invencible palma, el resinoso pino, el blanco y liso álamo, el negro y áspero olmo, unos con otros mezclados. Cuyos troncos eran enlazados de la vivace yedra, de la fructífera parra, del oloroso jazmín, y de otras yervas que en compañías más abundantemente crescen. Entre los cuales como por fastidiosas jaulas saltando andavan, haziendo el lugar más agradable con su dulce canto, diversidad de silvestres paxaricos. De tal manera los árboles estaban puestos, que no se descomedían a que el claro sol entre ramas y hojas no entrasse, variando el verde suelo de diversas colores¹³, que de las flores tomados reverberar hazían. Los cuales jamás en lugar assentados se veían, a causa de que las movibles hojas los inquietavan. Esta estrecha vio dava consigo en un pequeño llano verde, con una menudita yerva no tocada de la hambrienta boca del descomedido ganado. Al lado d’él estava la fuente del arroyo, que cuidado tenía no se secasse aquel deleitoso lugar proveyendo por todas partes sus manantiales aguas. Salía el agua d’esta clara fuente de un duro pedernal, al cual abraçava con sus duras raíces, una vieja enzina, a cuyos lados estaban dos

¹³ En el siglo XVI la palabra *colores* tiene género femenino.

amplísimos laureles. Mirava esta fuente hazia do el sol sale, algo declinada a la parte Septentrional. El mismo pedernal, por do salía el agua, servía de boca y de canal, labrado no con el golpe del duro escoplo, mas con el continuo curso de la blanda agua y assí estava en algunas partes del algo más gastado que en otras, porque creo devía de estar más blando, o por mejor decir, menos duro, en un lugar que en otro, y esta desigualdad causava más graciosa corrida, porque hazía venir el agua muy alegre con los altos y bajos, que representavan unos claros y oscuros, graciosa costa a la vida.

Cahí¹⁴ el agua en una fontana del mismo pedernal, labrado por la misma forma que el canal. Era cuadrada, devía tener cada lado como cuatro pies. Lo hondo seis, o poco más. No era el pedernal muy perfecto para dar fuego con el golpe del duro azero, porque no era negro, sino tan blanco, que sino por su dureza, cualquiera juzgara ser alabastro, era empero maravilloso para que lo que servía y assí por la claridad del agua, como por la blancura d'él, estava tan clara, que si alguna cosa suzia en ella descomedidamente caía, ofendía tanto a la vista del que allí llegava, que era forçado, no consintiendo que tal injuria recibiesse, tornarla en su pureza. Por lo cual siempre estava limpia.

Salía el agua d'ella a la isleta por dos lados a rodear el verde llano, o pradería que cercado estava de blancos álamos, negros olmos y verdes sauzes¹⁵, tenía en largo hasta ciento y cincuenta passos y ciento y veinte en ancho. No se podía entrara a él sino por donde los pastores vinieron, y por otra entrada frontero a esta otra hecha casi por la mesma manera, porque no dava a ello lugar la espessura de los árboles, y también porque el agua que por los lados corría, saliendo hazia la parte de afuera por algunas partes del arroyo, se estendía por entre el lugar de los árboles, que por el llano no podía a causa de que estava algo más alto.

Junto a esta fuente se sentaron los pastores a la sombra de la enzina y laureles, sacando algo de lo que proveyó Dorida (después de haver un poco descansado). Venció el manjar a la importuna hambre, a sus apetitos abundantemente satisfaciendo, y porque la jornada les quedaba algo larga, no dieron lugar al descanso quanto el lugar se le ofrescía. Y así, antes que del todo la siesta se les passasse, porque con ella también el tiempo no se les fuesse, determinaron partirse.

Pues como por obra ponerlo quisiesen, Sireno dixo a Silvano: “No es razón Silvano, que estando tú contento, y en presencia de tu querida Selvagia, consientas

¹⁴ *Cahí*: errata en el texto original, “cahía”.

¹⁵ *Sauzes*: errata en el texto original, *suazes*.

secarse tanto tu çampoña, ni es justo que a este agradable lugar, habiendo vosotros estado en él, no le pagues el buen acogimiento hecho con la dulçura de tu suave canto”.

“Con más justicia –respondió Silvano- devrían quejarse de ti las Hamadriadas conservadoras d’estos árboles y las Dríadas habitadoras destas selvas, en que tú te quieras partir sin darles parte de la melodía de tu saborosa¹⁶ boz”.

“Dexémonos d’esto –dixo Sireno- y haz lo que te digo, pues hay raçón para ello por lo dicho primero, ya que por lo postremo no quieras”.

“Por esto no lo podré negar- respondió Silvano- mas por mi fe que no sé qué me cante que a ti no dé pesadumbre, pues tan ajeno estás de amor, de quien yo estoy bien abastado, que al fin si no es pesar mío, yo no podría cantar otra cosa que de amor no fuese”.

“A trueco- dixo Sireno- de gozar de tu canto y suavidad passart’ e cualquier cosas¹⁷. Mas pues así ha de ser, en tu cantar muestra a qué tanto se estiende la firmeza de tu querer para con tu pastora, que, con esto, yo sé que ella no dexará de responderte, que no me será menos dulce oírla a ella que a ti”. Silvano dixo: “Soy contento”, y así començó:

Silvano

Podrá verse ir el cielo con sossiego,
y aun por algún espacio detenerse,
y las aguas de Ezla y de Mondego
con pasto apressurado atrás volverse,
y puestas a llama de un gran fuego
la stopa y seca caña no encenderse,
mas no se verá un día, ni una hora,
dexar de amar Silvano a su pastora.

Luego, sin ser rogada Selvagia, por no deber cosa a su Silvano, ni quedarle en cargo, tomado su rabel, d’esta manera respondió:

Selvagia

La tierra dexará de ser pesada,

¹⁶ *Saborosa*: es forma frecuente en el siglo de oro..

¹⁷ Error de concordancia en el número.

su natural y propio ser perdiendo;
el agua podrá ser menospreciada
de plantas humedad ya no teniendo;
nuestra vida podrá ser sustentada
sin aire para ella no sirviendo:
mas no verá jamás algún humano
dexar de amar Selvagia a su Silvano.

Silvano

La presencia del lobo carnicero
no será en el aprisco pavorosa;
tampoco temerá al galgo ligero
en su cama la libre temerosa;
ni temerá el ratón al gato artero,
que entre todos habrá paz amorosa:
mas no se verá un día ni una hora
tener odio Silvano a su pastora.

Selvagia

De los pollicos tiernos la manada
por el milano no será ofendida;
la paloma estará bien descuidada
en ser del alcotán más perseguida;
ni gallina de zorra salteada
será por paz y tregua estatuida:
mas no podrá jamás ser en su mano
tener odio Selvagia a su Silvano.

Silvano

Yo digo que entre tanto que se huviere
en Silvano caliente sangre hallado,
y mientras que los miembros d'él se viere
regirse con espíritu animado,
y si el alma salida se le diere

amar estando el cuerpo sepultado:
en vida, en muerte, el año, día, y hora
siempre amaré Silvano a su pastora.

Selvagia

¡O!, digo qu'entre tanto que aliento
vivífico a Selvagia no faltare,
y mientras que su alma hiziere asiento
en el cuerpo y la tal governare,
y si después, haciendo apartamiento,
el alma y cuerpo, amar se le dexare:
ora sea en invierno, ora en verano,
siempre amaré Selvagia a su Silvano.

Sireno, alegre con el contento de su compañía de verse igualmente el uno del otro amado, y entendiendo que aunque lo rehusasse, le habían de hazer cantar, sin más aguardar, tomando su rabel, así cantó:

Los años del que más bivió en el suelo,
os concedan los dioses inmortales.
Hágaos en ventura sin iguales
ajenos de tristeza y desconsuelo.

No toque en vuestro amor tan solo un pelo
de celos pestilencia a los mortales,
favor os den a bienes temporales,
la tierra, el agua, el aire, fuego y cielo.

La roña nunca os toque en el ganado,
temor de vuestro aprisco el lobo tenga,
del cordero se espante la raposa.

Abundancia tengáis en toda cosa,
con dos crías la cabra siempre os venga,
también la oveja os dé el hijo doblado.

Acabado el dulce canto de los pastores, luego se levantaron, y echados sus lanudos çurriones al cuello, sustentándose en los duros cayados, començaron a caminar. Salidos al camino, los dos pastores, por aliviar el trabajo, ivan exercitando diversos juegos pastoriles, poniendo por juez a Selvagia: a vezes tirando con la honda a alguna señal que en cuesta, o en árbol, o en otra parte que a conveniente distancia lexos veían; a vezes probando con destreza la bondad de sus hondas, en porfía de quien daría con ellas mayores estallidos; a vezes contendiendo sobre quien más lexos arrojaría¹⁸ el cayado; a vezes, dando con ellos en algunas pedrezicas, debatían quién por mayor espacio las haría ir. Otras vezes apostavan quién más cerca daría de una blanca señal, que primero havían echado delante tirando, con canto cual a la distancia de la señal, la fuerça de sus braços alcançar pudiesse. D’esta manera prosiguieron su camino, hasta que el ancho manto de la escura noche sobre aquellos llanos campos estendiéndose, los juegos les quitó, y hizo tomar reposo donde albergaron aquella noche.

Otro día a la salida del alva, cuando los paxaricos con dulces cantos, hinchendo de armonía el no bien claro aire, la venida del roxo sol anunciavan, dieron principio a su camino. Ya el sol sus fuerças con mayor vigor imprimía, dando los rayos más sobre nuestras cabeças, cuando los tres pastores a vista de los conoçidos campos y muchas vezes d’ellos pisados, vinieron. Donde ya començaron a conocer ganados, y entre ellos el de Diana, puesto que andava mezclado con el de su indigno marido Delio.

Y assí diciendo Silvano: “Aquel es el ganado de la ingrata y desdeñosa pastora Diana y del sin merescimientos venturoso zagal Delio”. Selvagia dixo: “No es justo pastar sin primero saludar a Diana, si hí la hallamos”.

Y assí caminaron para allá. No habían aun andado muchos passos cuando la vieron en pie, empero arrimada a un grueso roble, el codo sobre el cayado y la mexilla sobre la palma, que sin decirlo, bien dava a entender el cuidado en que estaba puesta. A cabo de rato, como que le había pesado de haverse metido en tal congoxa, echó mano a su seno, sacó una çampoña, y puesta a la boca, començó a tocalla.

En este mesmo punto, dio con ella en el suelo, y sin más, como deslizand las espaldas por el tronco abaxo, en el suelo se dexó sentar, ni más ni menos que si en los pies por flaqueza no pudiera tenerse, dando un congoxoso suspiro, y mirando a la çampoña, d’esta manera dixo: “¡O maldita çampoña!, de mal fuego te vea yo abrasada, que congoxa me has dado. Tomete para aliviar algo la pena que tenía y no solamente

¹⁸ Arrojaría: “orrojaría”, errata en el texto original.

esto no has hecho, más aun me la has doblado. No me acompañes más, que mal pago me has dado del regalo en que siempre te he tenido. Ya no soy para ti, ni tú para mí. Ahí te quedarás para que la fuerza del sol te abra poniendo tan seca, cuanto yo lo estoy de consuelo, y la cantidad de las aguas te podrezca¹⁹, poniéndote tan húmida, cuanto mis mejillas con lágrimas lo están. ¡Ay de mí!, cuan engañada bivo en pensar que la çampoña sin sentido tiene culpa a lo que mi fortuna me ha dado a sentir, y en no saber (siendo en tanto enseñada) cuánto más suficientemente mi fortuna tantos trabajos y penas me acarrea, que no la çampoña. De pequeña causa me aflijo, teniendo tantas de que fatigarme. ¡Oh, váleme Dios! ¿Que será esto que lo que en otro tiempo me causava alegría, agora me acarrea tristeza; lo que antes me era alivio, agora para mí es tormento? ¡Cuán presto de mí se ha desterrado el placer, que en mí tenía morada, cuán en breve de mí se ha partido el contento, que en mí se hallaba, y cuán fácilmente de mí se ha ausentado todo el bien que poseía! ¿De qué me sirve ser dotada de hermosura y entendimiento (que al fin no lo puedo negar, pues todos lo afirman) si no son bastantes para me quitar alguna parte de mis trabajos? Pluguiera a los soberanos dioses que tan ajena me viera de hermosura y entendimiento, cuanto agora me hallo privada de alegría y consuelo. Que, o la falta de lo primero no me hubiera traído a este penoso estado, o el defecto de lo segundo los passara sin tanto sentirlo. ¡O Sireno y Silvano!, ¡cómo, aunque no os manifiesto, estáis bien vengados de mí! Tú, Silvano, el menosprecio que de ti sin razón tuve, y tú Sireno del mal pago que sin causa te di. ¡Ay, ay, ay! A cuanto me llega la memoria triste de aquel alegre tiempo, que tan sin sentir entre las manos se me deshizo. ¡Oxalá los dioses fueran conmigo tan piadosos que en uno hizieran fin mis días y aquellas deleitosas horas mal gozadas!”.

Esto dicho dio tan gran solloço, que parecía no haverle quedado más espíritu para que a su afligido cuerpo animasse. No fue bastante el olvido de Sireno, ni el contento de Silvano, a que no se les enternesciese el corazón de piedad con las dolorosas razones de la afligida Diana, porque eran tantos los afectos que representava con sus tristes palabras, que moviera a las duras tigres a blanda mansedumbre. En toda esta plática no dixo cosa que de graves sospiros acompañada no fuesse. Pues Selvagia (que, por experiencia, bien manifiesto le era cuánto una gran tristeza agrava el corazón del que la padesce) no sentía menos la pena de Diana que los pastores.

¹⁹ *Podrezca*: “convierta en polvo”.

Pero sobre todos, un pastor que, por no ser visto d'ella, debaxo de un alto roble muy quieto estava, haviéndose puesto cerca, al lado para mejor oír la boz y ver el rostro de Diana. Los tres pastores le vieron (que cerca d'él estava, dado que él no los había visto) y cierto era digno de admiración ver cuán atónito se había quedado con la hermosura de Diana, aumentada (si aumento podía recibir) con la congosa del grave pensamiento, y esmaltada con las vivas lágrimas que de sus claros ojos por las encendidas mexillas baxar se veían: que no solamente el pastor pie ni mano movía, mas ni aun las movibles pestañas un solo punto cerrava. Pues, como Diana en ninguna parte reposo recibiese, levantada del duro suelo, se metió por aquellos ásperos matorrales, que fue al no conocido pastor arrancarle el corazón de las blandas entrañas por medio del pecho. El cual, viendo que Diana se le ausentava, y que a sus ruegos para que no se fuesse no quería prestar oídos, determinó seguirla. Mas juzgando que, pues ella sin aguardar se iba, aquello le era más agradable, no quiso ir empos d'ella, por no serle en alguna manera molesto, y assentándose, tomado su rabel d'esta manera, comenzó a cantar:

Bella pastora Diana,
 ¿do escondes essa figura
 muy más clara que Diana
 quando llena se figura?
 Tiénete por maravilla
 Venus, de hermosura reina,
 y mucho se maravilla
 que su beldad ya no reina.

5

Eres del sol claro rayo,
 y assí de quien eres vista,
 hiriéndole cual el rayo,
 le ofuscas su clara vista.
 Eres fuente de do mana
 licor suavíssimo al gusto.
 Eres muy sabrosa mana,
 esto con el ver lo gusto.

10

15

Ninguna cosa te falta
para muy perfecta ser,
si ya piedad no haze falta
en un tan perfecto ser. 20

Que yo apostar muy bien osso,
que no te falta una onça
para más cruel ser qu'el osso,
más que tigre y más que onça.

Cruel eres, pues con llama 25
abrasas por todas partes
al que adorando te llama,
y al mejor tiempo te partes.
Tu ausencia, assí mi alma toca,
que por medio esta partida, 30
tormento me das de toca
con tan amarga partida.

Es tu ausencia más amarga,
qu'el azebuche y la xara.
Ésta a mí muy más amarga, 35
que si me hiriesen con xara.
Tu beldad no tiene suma,
qu'es la más de bellas bella,
mas tu crueza es tan suma,
que fuera mejor no vella. 40

¡O, qué necio soy y simple!
Pues verla es merced sin cuento.
La muerte es senzilla y simple,
si con ella el verla cuento.
No merezco cierto pena, 45
pastora, por este dicho,
que quien de amor assí pena,

no es mucho aver esto dicho.

Si en ser más dura qu'el canto
te precias, y en ello velas, 50
¿cómo quieres que mi canto
calle y no desplegue velas?
Aunque está en tu mano y palma
huir cual agora has hecho,
no pienses se gana palma 55
con tal vil y baxo hecho.

Mucho se maravillaron del nuevo cantar del pastor y cómo forçava unos finos vocablos a que en diversas significaciones en verso viniessen. Al cual llegaron, viendo que por haver sido sentidos, callava. Y después de dadas las saludes, Sireno dixo: “Pastor, quien quiera que tú seas, assí tu querido ganado del hambriento lobo salteado no sea, ni le falte dulce sombra en el molesto estío, ni gusten turbias aguas buscando las claras: que prosigas tu canto, que aquí te tañerá este pastor y pastora, que no una vez, sino ciento, su çampoña y canto la veloz corrida de los ligeros Faunos y lascivos Sátiros detuvo y a las hermosas Ninfas de sus verdes moradas forçó a salir”.

“Pastor –dixo Firmio, que éste era su nombre- poca fuerça me pondrá tu manera de conjurar, pues casi ninguna pena me daría que mi ganado fuesse a los hambrientos lobos pasto, a causa de que es nada, o tan poco, que con él nada iguala. Mas, con todo, por lo que d'estos pastores has dicho (lo cual muy bien creo) yo holgara de daros placer, pero como yo no le tenga, ni d'essa manera le quiera, imposible será que de mí le podáis recibir, cuanto más que según por lo que de su rostro se puede colegir, poco han menester de otra parte tomarle prestado”.

Selvagia dixo: “Ser verdad lo que dizes no lo queremos negar, que tanto y más para mostrar nuestra alegría aparejados estamos, cuanto tú para manifestar la tristeza estás apercebido. La cual, por lo que aquí hemos visto, es de pocos días, y aún horas, pues parece ser por amores de la hermosa pastora Diana. Y si es assí, no puede ser mucha la tristeza, que en tan poco espacio no havrá hecho mucho daño”.

Firmio respondió: “No te quiero, pastora, negar ni confessar que la belleza²⁰ de Diana aya destruido²¹ mi contento. Mas si fuesse essa la causa, poco debes de saber de la heridas de Cupido, pues dizes que en breve tiempo pequeña llaga se puede hazer, como si tuviesse necesidad amor de largo tiempo para perfectamente acabarla”.

“Menos debes tú saber del mío –dixo Selvagia- pues no confiessas ser y haver sido él no solamente mayor qu’el tuyo, más que el de todos los nascidos”.

“Por ventura no errarás- respondió Firmio- si lo dicho añadieras a tu parescer”. “No es necesidad”, dixo Selvagia. “Menos la tengo yo –respondió Firmio- de saber de tu amor para conocer el mío, si ya confessasse tenerle”.

“En no lo confessar- dixo Selvagia- muestras lo poco que tienes de amor”. Firmio respondió: “Y aun, quizá, lo mucho que tengo de dolor, pues no lo oso decir”. “¿Quién encubre –preguntó Selvagia- la gloria de su pensamiento?”. Firmio respondió: “El poco merescimiento”. “Por esso mejor- dixo Selvagia- pues la gloria es más subida”. “Por esso peor- dixo Firmio- pues será mayor la caída”. Selvagia dixo: “Gran maestro eres de palabras”. “Más de obras”, respondió Firmio. “No las he visto hasta agora”, dixo Selvagia.

A esto postrero, Firmio no quiso responder. Sireno, que maravillado había estado del agudo responder del desconocido pastor, se metió en medio; así por esto, como porque vio que también Silvano se había algo alterado, viendo su pastora desabrida, aunque mucho se templó con la moderación de Firmio, que no quiso responder a lo que pensaba que más presto respondiera.

Y Sireno dixo: “No haya más, pastores, por mi amor”. Luego Selvagia, considerado su yerro y la modestia del pastor, bolviéndose mansa dixo: “Pastor, perdóname, que la fuerça de mi amor me ha constreñido a decir lo que no quisiera”.

Firmio respondió: “El perdón yo le pido como devo”. “Mucho me he holgado- dixo Sireno- en que seáis amigos y no riñáis por una causa tan liviana”. “Yo te vi en tiempo- dixo Silvano- que no la juzgaras por pequeña. Mas por tu vida, pastor -buelto a Firmio, dixo- que nos cuentes, pues en todo tan discreto te has mostrado, cómo es lo que dixiste, que amor en breve tiempo haze su obra tan perfectamente como en largo. Cierto que me paresce muy al contrario de la razón y aun de la experiencia. Dexo si no fuesse por alguna sciencia, cual la de Felicia, que d’esta manera bien está experimentado: por otra vía querría yo saber la causa, si la hay. Pues vemos que aun para mudarnos de aquí,

²⁰ *Belleza*: “belezza” en el texto original.

²¹ *Destruído*: “destruido” en el texto original.

siendo tan fácil, tenemos necesidad de algún tiempo, cuanto más, pues, será necesario para una obra tan grande como la que Cupido obra”.

Firmio respondió: “En las humildes choças de mis naturales campos quisiera que lo preguntaras, que allí está un pastor tal que a tus dichos satisfacer pudiera, como a todo lo que más dessearas.

Pero acerca d’esto, se me antoja que le oí que así como el sol en el punto que paresce, sin gastar tiempo, toda su claridad derrama y perfectamente nos alumbra, d’este modo Cupido (que el dios de amor llamava) en el punto que en el corazón asiento hazía, del amante en todo su poder y fuerza se enseñoreava”.

Silvano dixo: “No me cuadra esta razón ni exemplo”. “¿Por qué?”, preguntó Firmio. “Porque según esto, -respondió Silvano-, todos amaríamos en igual grado, si con toda su fuerza Cupido a cada uno hiriese y esto no lo confessaré yo”.

“Pastor- dixo Firmio- has tan bien apuntado que creo que me havré de otorgar por vencido, y no será mi deshonor, pues excede a mi ser pastoril. Mas espera, pensaré si se me acuerda cómo a ese que se le preguntó satisfizo. Creo que, con lo demás, aquesto de la memoria se me ha caído; con todo se me figura que lo voy rastreando. Ya, ya, acordado se me ha, aunque no sé si muy bien, pero tomarlo heis de la forma que groseramente os lo dixere. Dezía que si más obrava Cupido en un corazón que en otro, que esto no procedía de la parte de Cupido, el cual igualmente a todos acomete, sino de la mejor disposición del corazón do assienta y traía una comparación, que con exemplos a nosotros rústicos a entender nos dava esto, y otras cosas, y también porque con ellos mejor se nos acordasse. Era, pues, el exemplo que así como el sol, o fuego, calienta más presto un madero que una piedra, dando tanto calor a uno como al otro porque el madero está mejor aparejado y dispuesto para recibir el calor que la piedra, d’este modo Cupido mayor impresión haze en un corazón que en otro, por la mejor disposición de aquel que de otro.

Añadía más, que como la piedra resiste mejor al calor que el madero, y después d’ella calentada, más dificultosamente le pierde que el madero, el cual más fácilmente el calor recibió, así el que resistiendo más a Cupido d’él es sujetado, con mayor dificultad se libra que el que luego d’ él se dexó vencer. Y con esto no me preguntéis d’ ello más, porque no se me acuerda, ni yo otras cosas que dezía con la pobreza de mi ingenio alcançava. Y aun esto no sé cómo me entendí, porque cuando estábamos satisfechos pareciendonos que ya lo sabíamos, y que a nuestro juicio no había más que entender, le viérades rebolver la feria de lo dicho, de modo que toda la desbaratava, y las razones y

exemplos dados, con otras razones claras y exemplo manifiesto, destruía. Y cuando declinados a esotra parte estávamos, tornava a dar la vuelta al derecho, y luego al través, como al mejor le parecía. De manera que nos echava como a flacos a la parte que se le antojava, haziéndonos arrimar siempre a lo últimamente demostrado. En fin, que aunque todo muy a la clara delante de los ojos nos lo había puesto, cuando a él le agradava, todo lo escurecía”.

Sireno dixo: “Si en otro que en amores hablara, agradable me fuera su dulce conversación, porque aun la tuya me ha sido mucho, y cierto que era estraña habilidad de pastor hazer lo que has dicho, porque aun a mi parece que lo que aquí tú has traído no hay razón que lo contradiga, según lo que en un tiempo por mi passo. Dime, zagal, por tu vida, ¿adónde deprendió tanto ese pastor?”

Firmio respondió: “No lo sé, porque como yo en estas partes no soy conocido, así él, en aquellas. Mas creo qu’el amor y su buen juicio, que cierto le vi en lo uno y en lo otro hazer extremadas pruebas. Según entendimos solo en el hábito era pastor, porque infortunios se le hazían traer”.

“Grandes debían ser- dixo Sireno- pues a tal estado le truxeron”. “No lo sabes bien”, respondió Firmio. “¿No nos lo contarías?”, dixo Silvano. “Muy largo y triste me sería- respondió Firmio- agora contároslo, por tanto, no me lo demandéis”. Sireno dixo: “Bien dice, y también nosotros tenemos necesidad de reposo; por tanto, vámonos y tú, pastor, quédate a Dios”. “Y vaya con vosotros”, respondió Firmio. “Mas si te agrada – dixo Silvano- nuestra compañía, te ven²² a reposar con nosotros”.

A lo cual llegó²³ Selvagia y Sireno y se lo rogaron. El pastor se lo agradesció y rehusó, que mucho holgara quedarse solo, para mejor en soledad pasar su pasión y para ir a buscar a Diana, que en su corazón tenía. No le aprovechó con los pastores escusa alguna, que al fin forçado le llevaron: lo uno, por gozar de su dulce conversación; lo otro, por apartarle, si pudiessen, del pensamiento en que por Diana estaba metido, que bien lo sospecharon, puesto que él por todas vías lo procurava encubrir, a causa de no saber quién Diana fuesse, y hubieralo preguntado, si hallara modo, como sin sospecha hazerlo pudiera. Pues como cerca del lugar llegassen, Selvagia dixo: “Bien será que sienta el lugar la venida nuestra y nuestro contento. Por tanto será razonable que lo den a entender nuestras çampoñas y rabeles”.

²² *Te ven*: uso frecuente en la época.

²³ Es freecuente en la novela esta concordancia del verbo en singular con dos sujetos.

Todos acordaron en ello y, templando éstos con aquellas, comenzaron a tocar dulcemente: Silvano y Selvagia con çampoñas, Sireno y Firmio con rabeles. Selvagia rogó a Firmio y a Sireno que, pues tañían rabeles, cantassen.

Firmio dixo: “El tañer, aunque con pesadumbre, passarelo, mas el canto demasiadamente me será²⁴ enojoso”. Selvagia dixo por darle placer: “Canta siquiera algo en alabança de Diana, que esto no te será molesto, y después cantará Sireno lo que le agradare”. A lo cual Firmio condescendiendo, d’esta manera sonando cada uno su instrumento, començó:

El murciélago está muy confiado
de su vista, en la noche oscura viendo,
con la cual se contenta, mas viniendo
el claro sol conosciere haver errado.
Y el que su entendimiento ha sujetado
a cosas baxas, ser altas creyendo,
las loa, mas las altas entendiendo,
confiessa y siente cuánto se ha engañado.
Assí m’ha sucedido a mí hast’agora,
que pensaba no haver más hermosura
d’aquella qu’havía sido a mi presente.
Mas quando de Diana la pastora
yo vi la gran belleza y apostura,
al instante me fue mi error patente.

Tiempo fue en el cual no hubiera para Sireno mayor contento que de segundar a Firmio en alabança de Diana. Mas como ya libre estuviesse, parésciole no haver en qué mejor se pudiesse emplear que en dar el parabien a los campos y pastores de la venida de sus amigos Silvano y Selvagia, y así con amigable acento començó:

Los rasos campos y los verdes prados
el color de esperança no tenían,
de Silvano y Selvagia no se veían,

²⁴ “Sarà” en el texto original. Tal vez se trate de un italianismo..

cual antes, de sus ojos visitados.

Estaban secos valles y collados,
que d'ellos las pisadas no sentían,
faltando el dulce canto padescían
soledad los pastores y aun ganados.

Verase agora todo muy ufano,
alegre se verá cual antes era
el monte, valle, prado, cuesta y llano.

La primavera viene y el verano,
qu'esles Selvagia alegre primavera,
y el verano abundoso su Silvano.

Bien quisieran responderle Silvano y Selvagia, mas no pudo ser menos, sino que al canto diesen fin por el concurso de los pastores y pastoras, que a la conocida boz de Sireno acudieron, y al recibo de los pastores, que de todos eran muy amados. Que como ya era la hora, en que del encunbrado sol repararse debían, muchos estaban en el pueblo, habiendo dexado sus mansas ovejuelas a la sombra de diversos árboles y a la guarda de los rabadanes. Hecho el recibimiento y dadas las gracias a los pastores, se fueron juntos a reposar, llevándose consigo a Firmio, que maravillado estaba de la grande afición que todos los otros pastores y pastoras mostrado havían en su llegada; y como hasta aquella hora de su ausencia no huviesse sabido, quísosele preguntar, mas guardolo para cuando más espacio tuviesen.

Pero ellos se lo dixeron antes que él lo preguntasse y le contaron todo el suceso de sus amores, desde el principio hasta el presente estado. ¡O, cuántos tragos de amarga hiel bebió todo el tiempo que se detuvieron en contar los favores que Diana a Sireno hecho había! Entonces bien holgara que al cuento principio no le hovieran dado; y a la verdad, si en tal coyuntura fin a su plática hizieran, en gran estrecho le dexaran. Bien sintieron Sireno, Silvano y Selvagia su afición, porque tantos colores le venían e iban del rostro, que claro indicio de la fatiga presente hacía.

Mas cuando llegaron a la bebida que Felicia le había dado, vida de nuevo le dieron: grandísimo gozo y consuelo recibió en ver cuán ajeno Sireno estaba de los favores de Diana, y cuán libremente y sin alteración contava y ohía contar las cosas passadas. Y nunca dava fin ni acababa de bendecir a la sabia Felicia, paresciéndole que se le había hecho a él merced señalada en darle a Sireno la bebida del desacuerdo, pues

con ella se le quitava un tal estorvo delante. Y esto no porque creyese que Sireno no sabría mejor servirla ni agradarla, ni que él tenía menores partes que Sireno para alcançar d'ella cualquier favor, mas porque, no siendo el conosciado, y habiendo Sireno estado tan adelante, tenía por dificultoso derribarle de un tan alto estado como llegado había. Pero rebolvía en la memoria la mudança de Diana con Sireno, puesto que gran culpa le echava a Sireno, por haverse en tal tiempo ausentado, que si él llegara al punto que Sireno se hubiera sabido mejor de la ocasión aprovechar.

En éstas y otras consideraciones estava tan ocupado, que los pastores, sintiendo su pasión, le dexaron solo, porque en todo holgavan de hazerle placer. Començaron a tratar de sus negocios y en dar orden cómo al ganado recaudo conveniente dexassen. Tratando esto acordaron saber de Firmio si havía de estar en aquellas partes algunos días, y si sería su voluntad tomar a cargo el ganado d'ellos hasta la buelta. Y con esto se fueron para él, y le preguntaron su nombre y, dicho, quisieron saber de adónde y quién era. Mas como sintieron que se le hazía grave, no le importunaron, pero dixéronle lo que havían acordado, si era cosa que bien le estuviesse. Él les bolvió las gracias por la confiança que del hazían, no sabiendo quién era y que él holgava d'ello, que en aquella tierra no hubiera de quedar, por darles en tal sazón placer haría assiento por el tiempo que se detuviesen. En fin que hecho su concierto le entregaron el ganado y él le trató de tal manera los días que allí estuvieron, que estavan bien satisfechos y contentos por haver hallado tan buena guarda, pero más lo estaba él por haverle sucedido tan bien que hallasse assiento donde tanto le desseava, que era donde pudiesse gozar de la presencia de Diana sin parescer que su intento fuesse procurarlo.

En estos días, aunque pocos, ninguno se interpuso en que la çampoña dexasen holgar, porque tanto era lo que agradava el canto de Firmio que por malgastada daban la hora que en esto no se empleasse. Muchas vezes fueron a hablar a Diana, pero estava tan desabrida, que poco la conversación d'ella a ellos, ni d'ellos a ella, plazía. No a ella, no porque a los pastores (principalmente a Sireno) no holgasse de ver, mas porque le era gran pena tener presente a quien fue un tiempo toda su alegría y contento, y aún agora le quedava rastro del amor passado, y verle a la sazón tan olvidado de todo. No a los pastores, porque estando ellos tan alegres, no quisieran que alguno estuviera triste, principalmente Diana, a quien ellos todo el bien possible desseavan, aunque de otra manera que en el tiempo pasado.

A los pastores y a Diana juntamente la conversación de los unos y los otros no agradava, porque la tristeza y soledad que a Diana aplazía aborrescían los pastores, y el

placer y compañía que los pastores buscaban, huía Diana. Assí que si a verla ivan, solo era por apartarla, si pudiesen, de tan graves pensamientos. En los cuales viéndola un día Selvagia tan ocupada, le dixo por desvirala d'ellos: “Assí los dioses te sean favorables Diana y te den el contentamiento que desseas, cantes y tañas un poco”.

Diana respondió: “Cuán engañada vives, Selvagia, en pensar que espere contentamiento, pues sé cierta que no lo espero, porque ¡ay! todos los caminos por do me había de venir se han cerrado. Y éste es el mayor mal mío, que a haver alguno, la esperança me le diera. Uno solo que me quedaba por do éste venir pudiesse, que era la muerte, también la fortuna me ha quitado, por serme en todo contraria, y es que no me la puedo dar sin gran infamia mía, y aun esto no me lo impidiera, que ya con nada tengo cuenta, si no hubiera otra cosa de por medio. Dízeme que cante e yo no sé sino llorar. El día que vosotros venistes, lo prové, mas pregúntele a mi corazón o, si no, a mi çampoña, lo que passó: que aquel quedó en mis entrañas lastimado, y esotra en el suelo tendida. Pluguiera a los soberanos dioses que como tuve fuerças para arrojar de mí la çampoña insensible, tuviera poder para desechar de mí el corazón, que tanto siente. Assí que pues el cantar he olvidado, y la çampoña dexado, perdóname que no te puedo complacer en esto”.

Sireno dixo a Selvagia: “No es de agora Diana hazer otra cosa que a su voluntad no sea”. Diana respondió: “No es de agora a Diana suceder la cosa que a su voluntad sea”. Sireno dixo: “Pues en otro tiempo, en el cual el vencerte más me importava, quedaste siempre victoriosa, porque en este, que ninguna cosa me va ser vencido, ¿tengo de pretender ser vencedor? No quiero entrar contigo en disputas, sea como quisieres”. ¡O, cuántos suspiros interiores cada palabra d' estas y memoria de lo pasado a la afligida Diana le costava! “Mas por tu vida, Diana -prosiguió Sireno- que vamos a buscar tu çampoña, que no es razón que le des tan mal pago a lo que te ha servido, y de camino iremos a nuestro ganado, y darte hemos a conocer a Firmio, que ya otras vezes te he dicho, y si le pudiéremos hazer cantar, yo sé que te holgarás. Lo uno por su extremado juicio, lo otro porque está tan triste, creo, como tú, de que tanto consuelo recibes”.

Si supiera Sireno lo que d'este conoscimiento le había de suceder, y lo que d'estos loores y otros que de Firmio había dicho le había de venir, no solamente no lo tratara ni aun hablara, mas ni aun le passara por el pensamiento. Diana respondió: “Havéisme dicho tanto d'este nuevo pastor, que havré de ir a verle, porque son dos cosas las que me dezís que tiene, que me son harto agradables, principalmente la

tristeza”. Ya iban a vista del lugar do Diana había dexado la çampoña, cuando vieron a Firmio que al tono de su rabel cantando estaba. “A buen tiempos²⁵ llegamos, que cantando está Firmio- dixo Sireno- habiéndole conocido y por mi fe que no es sin causa, pues pocas vezes lo suele hazer según anda descontento. Llegándose pues muy quedos y escondidos por d’ él no ser vistos, oyeron aquesto que cantando estava:

¿Qu’ es esto que aquí veo en este prado?
¿Es la çampoña aquesta de mi ninfa?
Ella debe de ser, si no lo sueño.
Aqueste es cierto el venturoso roble,
do recostó su cuerpo y éste es, cierto, 5
el campo que regó con tristes ojos.

¿Qué dudo pues lo veo con mis ojos?
Muy bien conozco que´s aqueste el prado
y el árbol donde estuvo, ello es cierto.
Aquesta es la çampoña de mi ninfa; 10
Aqueste, el más que yo dichoso roble,
pues en él se arrimó, que no lo sueño.

Si por desdicha aquesto fuesse sueño,
que pensando mirarlo con mis ojos
en sueño solamente viesse el roble, 15
y en fantasía solo viesse el prado
do puso el blanco pie mi sacra ninfa,
mas, ¿qué tal que sería? Bueno, cierto.

Júpiter yo te ruego, si no es cierto
aquesto, y es verdad que agora sueño, 20
por cuanto amor tuviste a alguna ninfa,
jamás para velar abras mis ojos.
Ayudadme a rogarlo vos, ¡o prado!,

²⁵ *A buen tiempos*: así en el original..

ayudadme a rogarlo vos, ¡o roble!

¿Qué pudo merescer aqueste roble
para que lo que veo no sea cierto?
¿En qué culpa ha caído aqueste prado,
para que lo presente sea sueño?
¿Qué yerro han cometido aquestos ojos,
para no ver reliquias de mi ninfa?

25

30

Colgar quiero çampoña de tal ninfa
a modo de trofeo d'este roble,
que habiendo sido d'ella ya mis ojos
en verla así reciben pena, cierto,
y no pueden sufrir qu'esté aún por sueño
tendida al sol y al agua en este prado.

35

En este prado estuvo aquella ninfa;
si no sueño, arrimose a aqueste roble:
yo mesmo la vi cierto con mis ojos

Assí como acabo de cantar, cogiendo las más frescas y olorosas flores que halló, d'ellas la çampoña de Diana de tal manera compuso, que juzgar se pudiera ser ella el cuerno que Hércules a Acheloo en toro mudado quitó. Al cual las Náyades adornaron con grande abundancia de mançanas y flores, por donde tomó nombre de Cornucopia. Esto hecho, colgó la çampoña del roble que dicho había, y escribió junto a ella, como después vieron, estos dos versos:

Soy de Diana en hermosura una,
no me quite de aquí persona alguna.

Sireno, que de propósito parecía querer que Diana a Firmio se le aficionase, se adelantó de la compañía, y tirando a Firmio de la halda por detrás (que buelto de espaldas estaba), le dixo: “Pastor, otro ramo te mostraré yo más fresco, más digno d'este trofeo, que más a contento tuyo y de la çampoña esté, y aun por ventura más seguro”.

Firmio dixo que se le mostrasse. Entonces Sireno señalando con el dedo a Diana le dixo: “Veesle allí”. Firmio tal alteración con la vista de la hermosa Diana recibió, que aunque lo quiso dissimular, ni el color del rostro, ni las fuerças de sus piernas lo consintieron: que aquel se perdió y esotras al cuerpo sostener no bastaron sin hazer notable sentimiento. Mas al fin, sacadas fuerças de flaqueza de la mejor manera que pudo, se animó por encubrir lo que por tantas partes manifiesto estaba, y respondió a Sireno: “Otros trofeos de más importancia deben de estar puestos ya en este ramo”. En esto llegaron las dos pastoras y Silvano y le saludaron. Mas él se halló tal con ver cerca de sí a Diana, que no hubo cuenta con salutación. Diana, buelta a Selvagia, dixo: “Este pastor a solas deve de saber hablar, que en compañía aun responder no nos ha querido”. “Tú debes de ser la causa- dixo Selvagia- que para nosotros no le faltavan razones”. “Por tu vida- dixo Diana- que le preguntes de qué sabía mi nombre”.

“Para esto yo bastaré. -respondió Selvagia- Cuándo arrojaste la çampoña aquí en este lugar, tú mesma a ti hablando te nombraste. Esto selo porque lo oímos”. Y contóle cómo le habían visto y de qué modo hallaron a Firmio, y lo que había hecho y dicho, quando ella se fue. Y díxole que aquello mesmo ellos le habían preguntado, a causa de que en su cantar siempre la había nombrado. “D’esta manera- dixo Diana- más sabe de mis cosas que yo quisiera”. “Mas escuchemos lo que tu Silvano nos dize”.

“Diana, nosotros hemos rogado a Firmio que cantasse aquí un poco, y no lo podemos acabar con él. Tengo por entendido que lo hará si tú se lo dizes”. “No hay razón- respondió Diana- porque él condescendiendo a mi ruego, el vuestro rehusse. Mas si ya nosotros no bastárades, aquí está Selvagia que le forçará”. “En tu hermosura- dixo Selvagia- esta toda la fuerça que para constreñir a qualquiera es necessaria. Empero dexemos esto, y haze lo que te ruega mi Silvano”. Diana vuelta a Firmio así dixo: “Más apremiada d’estos pastores que confiada de mí, de su parte y la mía, te ruego, zagal, que a su voluntad satisfagas”.

Firmio dixo, llegándose a Diana, y baxo, que ellos no lo oyesen: “Como estos pastores están en puerto seguro, no querrían sino que siempre estuviesse cantando; e yo, como a tu causa estoy en tormenta, que no sé adónde me echará mi fortuna, no querría estar sino llorando. Mas porque yo no puedo, ni quiero, no hazer tu voluntad, si no es el dexar de servirte, que esto jamás lo dexe a tu querer, lo que ordenares, aunque con boz ronca de cisne, cantaré”. “No estás tan al cabo- dixo Diana- que la muerte te haya de ayudar”. “Estoy tan acabado- dixo Firmio- que sola la muerte espero”. “A nadie he visto- dixo Diana- si no es de palabra, morir, ni lo creo”.

Y levantando algo la boz, para que todos lo oyessen, con dissimulación de lo hablado secretamente, dixo: “Demándasme Firmio que te diga qué quiero que cantes, y cierto, pues tan amigo eres de llanto, no me era necesario, para que cantasses a mi voluntad, sino dexarlo en la tuya. Pero conformémonos con estos pastores y a ellos les pide el qué”. “Tarde viene el conformarte con nosotros- respondió Sireno- mas pues así te plaze, haz que cante qué es la causa de su tristeza y pasión”. “Cante lo que quisieres- respondió Diana- siquiera porque no me digas que nunca me supe conformar contigo”.

Luego Firmio tomó su rabel y d’esta manera comenzó:

Pastores, ora escuchad
la causa de mi pasión
dolorida,
pues con tanta voluntad
y con tan grande afición, 5
me’s perdida.

Poco tiempo ha que fui sano,
poco tiempo ha que perdí
mi alvedrío,
poco tiempo ha que en mi mano 10
mi corazón conocí,
y ser mío.

Poco tiempo ha que’n firmeza
el placer apoderado
en mí estuvo. 15

Poco tiempo ha que tristeza
a mi corazón amado
en sí hubo.

Poco tiempo ha, compañía
m’era precio inestimable 20
cada hora.

Poco tiempo ha que’s ya mía
soledad y aun agradable
me’s agora.

Queriendo yo, triste, ver,	25
mas no pensando ver tanto	
como vi,	
Amor me dio a conocer	
su gran valor valga cuánto	
contra mí.	30
Al principio no eché menos	
lo que'n mí ya conocía	
que faltava,	
Mas de que los pechos llenos	
de fuego grande sentía,	35
que abrasava,	
de quietud enajenado	
me hallé de tal manera	
sin reposo,	
que conocí que mi estado	40
y que mi bivar ya era	
muy dudoso.	
Metí la mano en mi pecho,	
para ver qu'era la causa	
de mi suerte	45
y conocí que de hecho	
se llegava ya sin pausa	
la mi muerte.	
Porque vi que me faltava	
mi querido corazón	50
regalado,	
y que quien me lo llevaba	
no tiene jurisdicción,	
ni es juzgado.	
El juez y el robador	55

en esta causa pendiente
 todo es uno.
 Uno mesmo es el dador
 de la pena y el paciente,
 no otro alguno.

60

No me pesa por morir,
 aunque muero sin porqué,
 según veo,
 mas porque la oí decir:
 “Morir alguno no sé,
 ni lo creo”.

65

Entonces lo creerás,
 tarde, sin remedio haver,
 como hizo
 Anaxarete, y verás
 lo poco qu'el con doler
 satisfizo.

70

Muy atentos los pastores habían estado al cantar de Firmio, para ver si por él se aclararía en los amores de Diana. Mas él tuvo tanta vigilancia, que aunque la causa de su pasión contasse, no entendiesen más que al principio. No era necessario a los tres pastores, para venir en conocimiento de la pasión de Firmio, oírsele en canto, mas quisieran que claramente por su boca lo manifestara, a fin de que negárselo no pudiesse, o por mejor decir, no pudiesse no confessarlo; que cuando ellos se lo significavan, él hablaba tan escuramente, que ni confessava ni negava amarla. Y así, a este intento, Sireno había tramado que Diana le preguntasse la causa de su afición, juzgando que por ninguna, siéndole mandado por ella, dexaría de manifestarla.

Pero si así por obras como por palabras su afición encubrir pudiera, bien ayunos estuvieran los pastores d'ella. No aconteció lo mismo a Diana, que por la última copla bien entendió a ella ser todo dirigido, pues respondió a lo postrero de su plática cuando baxo entrambos habían hablado. Y así tuvo en mucho la aguda y breve respuesta de Firmio.

Todos alabaron su cantar y Diana así por esto, y por lo que con la çampoña havía passado, como por lo que Sireno dicho había, le estaba algo y sanamente aficionada, paresciéndole bien lo que cantava y hablaba, puesto que (como tengo dicho) era tanta la turbación que en hallarse delante d’ella el pastor sentía, que juzgara su presencia ser freno a su lengua. Pero esta turbación, que claro Diana a su causa ser entendía, era parte para que más Firmio acepto le fuesse, si hay cosa acepta o agradable a quien, como Diana, en tan miserable estado se halla.

Diana, acabado el canto, dixo que se quería ir porque se había mucho detenido y que la andaría a buscar su marido Delio, que un punto no sabía estar d’ ella ausente. Determinado pues ya partirse, Sireno le rogó que tomase su çampoña, siquiera porque de tal trofeo, como Firmio havía hecho, otro descomedidamente no gozasse. Ella la tomó porque entendió hazer en ello placer a Firmio. Tomada la çampoña, Diana con ella hablando, dixo: “Dios sabe que no llevo yo a ti para que tú a mí ayudes a llevar mis tristezas y pasiones, que no es tal mi intento; que aunque por ser muchas, favor había de buscar para poder sostenerla, no me quiero valer de tal remedio, pues aqueste se me seguiría si su mucha carga me acabasse, mas porque estos pastores de mí no se quexen”. Esto dicho, se bolvió a ellos y les preguntó cuándo se partirían. Respondieron que a la mañana, que ya en todo havían puesto recaudo y que no se atrevieran a detenerse más, porque los estaría Felicia esperando, y ellos habían prometido dar la buelta, puesta guarda el ganado. Mucho pesó a Diana de la partida d’ellos, mas no se lo quiso dar a entender, y dixo: “Pues que assí es, los dioses os sean favorables, y vayan con vosotros”. Ellos le volvieron las gracias y rogación que no dexasse de mirar por sus cosas, como ellos por las d’ ella harían, y la encargaron tuviesse cuenta con proveer a Firmio, si alguna cosa, ausentes ellos, le faltasse, que en ellos la buena obra se haría, pues por guarda de su ganado quedava.

Diana respondió: “Otra cosa me podéis demandar que por vosotros yo haga, y en ella no havrá falta, cuanto de mi parte fuere, que essa a él por su merescimiento se le debe”. “Verdad es –dixo Firmio- que de muy pequeño en extremo grande mi merescimiento ha resultado, y esto no de parte mía, que no diera tan gran salto, mas de mi pensamiento, que ha sido suficiente para por él ser capacíssimo de honra. Empero, con todo, te has obligado a mucho, y no te quiero por ello dar las gracias que a tal ofrescimiento se deven, porque no tengas ocasión para quedarte con solas las palabras.”

“Tus razones –dixo Diana- no entiendo y, que las entendiera, no quiero entender que las entiendo. Pero sábete que lo dicho haré, si me estuviere bien, que cuando no, serame fácil mudarme; y no te debes maravillar, que como soy única discípula de la mudable fortuna, sé mucho de mudança”.

Firmio quedó atónito, que la palabra que aparejada tenía para responder se le heló en el pecho con el cierzo de su respuesta, y en ver con cuanta libertad y señorío abiertamente le había mostrado su duro corazón. Sireno, viendo que Firmio no hablaba, dixo: “De discreta eres extremada”. Diana respondió: “Más de extremada (si dezirlo puedo) soy discreta, porque tanto la fortuna me ha mostrado que me ha traído a ser extremada en entenderla, y aun estoy yo en lo extremo, y con esto me voy, que veis aquí do viene Delio. Por amor de Dios que bolváis presto”. “Otra vez Diana- respondió Sireno- me dixiste essa palabra, que más me lastimó, y aun hizo más assiento en mi corazón que agora”. A esto que Sireno dixo, no pudo Diana detener las lágrimas, y buelta por no ser d’ellos vista, yéndose, dixo: “Los dioses te pidan cuenta, Sireno, de tantas pesadombres como pretendes darme. ¿Qué fruto has sacado en ponerme delante tan triste memoria?”. Con esto calló, dando un gravísimo suspiro que la congoxa le quitó las fuerças para hablar, y también que Delio llegaba cerca. Firmio, d’este grave pensamiento cargado, se fue a recoger el ganado, que era hora. Ellos, viendo que por ser mucho no bastaría solo (que todo estaba junto, cada uno con su señal), le fueron a ayudar y le dixeron que tomasse compañero para que, después de ellos idos, le ayudasse. Con esto otro día por la mañana partieron para²⁶ Felicia.

²⁶ Para: “con” o “hacia”.

LIBRO SEGUNDO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE DE
MONTEMAYOR

Yendo los pastores por su camino, casi a la hora qu'el ganado, huyendo el calor del sol y la cabeça baxa, con el huelgo, levantando el seco polvo, busca la apazible sombra, oyeron una çampoña. Y paresciéndoles cosa nueva, que en cuantas vezes por allí passado havían otro tanto no oyeron, endereçaron para allá, siéndoles guía el sonido d'ella a tomar allí la siesta, si el lugar les agradasse. Ya que cerca llegavan, vieron al pastor que, dexada la çampoña, este romance en boz baxa començava a cantar al concierto de un rabel:

Cuando yo triste y mezquino,
infelice y desdichado,
de amorosos pensamientos
estaba más descuidado,
el traidor del dios Cupido 5
me puso en mayor cuidado.
De muchos había burlado:
quiso vengarse de mí,
pues le había menospreciado
porque nadie se atreviese, 10
con ánimo confiado,
burlarse de su potencia,
de su reino y de su estado.
El traidor, como maligno,
nueva manera ha buscado, 15
que como ya muchas vezes
sujetarme había provado
con belleza de algún rostro,
y por demás lo ha intentado,
móstrome una bella mano, 20
bella sobre lo criado.
Un golpe me dio con ella,
que aquel solo le ha bastado,

no tuvo necesidad,
 con otro haver segundado, 25
 porque fue tan poderoso,
 que con él fui derribado,
 sin haver en mí poder
 para d'el ser defendado²⁷.
 Dime, mano larga y blanca, 30
 de las manos el dechado,
 ¿cómo siendo tú tan tierna,
 tan duro golpe me²⁸ has dado?
 Por mano yo te juzgué,
 más creo que me'ngañado, 35
 que tal mano no es posible
 que Natura la ha formado.
 Yo creo que tú, Cupido,
 en ella te has transformado,
 para vengarte de mí, 40
 porque no te he respetado.
 Si por aquesto lo has hecho,
 de ti sea perdonado,
 que desde agora prometo
 no salir de tu mandado, 45
 y dezir y confessar
 ser en valor extremado.
 Y si algún inobediente
 contra ti huviere hallado,
 mostrándole su maldad, 50
 él será por mí avisado.

Bien quisieran los pastores que no diera fin a su dulce canto, mas como vieron
 (haviéndose detenido un poco) que en su imaginación suspenso se había quedado, se
 fueron para él, y saludandole dixeron: “Pastor, tu canto suave y dulce çampoña nos ha

²⁷ *Defendado*: Probablemente habrá que leer “defendido” o, mejor, “defensado”.

²⁸ *Me*: “ma”, errata en el texto original.

combidado y forçado a que, dexado nuestro camino antes de hora, demos descanso a nuestros fatigados cuerpos, tomando la siesta aquí contigo, si nuestra compañía no te es enojosa”.

Fausto, que éste era su nombre, dixo: “Pastores, no creáis que jamás estoy solo y no sé si me fuera mejor estarlo, pero vuestra compañía (a lo que de vosotros juzgar puedo) me será agradable”.

Ellos se lo agradecieron y, assentados, estuvieron un rato en sabrosa conversación. Después del cual, Silvano le dixo: “Assí nuestro Dios Pan favorezca a tu sonora çampoña y te ponga en el estado que deseas (si d’ello algún daño no se te recresce), nos tornes a cantar lo que cuando llegamos cantando estabas”.

“Antes pastor- respondió Fausto- no hay para mí mayor bien que cantar mi pasión, y sobervia que indignamente contra Cupido tuve, porque ninguno, de hoy más, temerario sea que se atreva a burlarse d’él. Y porque no os enfade, mudaré el canto guardando el mesmo intento”. Luego, sacado de su çurrón un rabel, assí començó:

Enojado Cupido de mí estaba,
porque d’ él muchas vezes me reía,
y porque de cualquier que le seguía
en público y secreto me burlava.

Por esto contra mí se aparejava,
al tiempo que ocasión se le ofrescía,
mas poco su saeta me ofendía,
que luego de su fuego me librava.

Pues viendo su trabajo ser en vano
si quisiesse con rostro sujetarme,
móstrome una muy blanca y bella mano
la cual vista, no fue más en mi mano,
ni quise, aunque pudiera, d’ él librarme,
para no ser vencido del tirano.

Silvano, en el punto qu’el pastor acabó, dixo: “Para lo mucho que el dios de amor puede, no tengo en mucho que haga esto y más”. “¿Cómo no –dixo Fausto- ¿Vencer Cupido tierno, con mano desarmada, siendo jurisdicción del feroce Marte, tienes en poco? Escucha, pues, este soneto:

Señales de valor grande y crecido,
poder es admirable y estremado
del rey que s'ha en ajeno reino entrado,
sin d'alguno poder ser defendido.

A Marte herir con mano era devido,
con mano hiere Marte estando airado,
mas la cosa ha venido a tal estado,
que con mano también hiere Cupido.

Y quiso mi ventura o desventura,
que fuesse yo el primero que sintiesse
aquesta nueva fuerça y tiranía.

Con mano cual jamás pinta natura,
hirió mi corazón, porque pudiesse
conocer su poder y valentía.

“Bastantemente- dixo Silvano- lo has provado y cierto que es de maravillar el nuevo modo de amor y que al fin, como persona a quien el negocio toca, lo has ponderado y contemplado altamente. Mas assí Dios te dé buena mano en el amor de la mano, que tú nos cuentes el modo que para desliberarte tuvo”. “De lo que aquí havéis oído- respondió Fausto- casi el todo deduzir podréis. Mas pensando ligeramente por lo que tengo contado en breve, lo demás os mostraré. Como ya he dicho, viviendo (a mi juicio) contento con hallarme libre (si libre dezir se puede quien esté de amor ajeno) una noche fui a ver a un pastor amigo mío, herido con cuchillo. Donde estando, al mesmo fin piadoso (dubdo si para mí) entró una pastora en hábito disfrazado, tan gallarda en su persona quanto por sus discretas razones eminente en entendimiento ser juzgué. De las cuales dos cosas tuve sana afición, que otra cosa no havía de qué pues lo demás el enojoso velo encubría. A cabo de rato, por dármele malo, sacó una mano, una mano os digo que sacó, que no sé cómo encubierto tal resplandor havía podido estar. De cuya vista, de tal manera mis ojos quedaron ciegos para alumbrarme el entendimiento, que aunque después su rostro descubrió, me faltó con qué mirarle. Ella, más presto que yo quisiera, de allí se despidió e yo más temprano que mi necesidad pedía, me enajené de consuelo, pues aún licencia darme no quiso para acompañarla con el mísero cuerpo, pues en su compañía iva la felice alma, de donde juzgaréis qué tal estaría quien tal

quedava, y cuál estará agora quien más verla no ha podido. Ésta es la suma de lo que de mí, pastor, saber deseabas”.

“Si otra cosa no nos dizes- dixo Silvano- parece que esta pastora ni te conoce, ni tu pasión le es manifiesta”. “Es verdad- dixo Fausto- que no me conoce, pero bien tiene noticia de mí, mediante otra hermosa pastora, con quien ella mucho comunica. La qual por darme contento, que cierto me le dessea, me hizo que la escribiese, prometiéndome darle una carta mía y recaudar respuesta. En lo primero bien cumplió su palabra; de lo postrero aún no se ha eximido. Verdad es, si ya no lo haze por me consolar, que dize havérsela prometido”. “No nos harás- dixo Silvano- tanto plazer que gozemos de la tuya, que, cierto, de tu mano no se puede esperar sino discreción en ella”. “Aunque no la hay- respondió Fausto- os la mostraré, que aquí tengo el borrador, porque entiendo pagarme de vosotros, sino que está en prosa de industria, porque sabía haver venido a sus bellas manos algunas insonoras rimas mías”.

“No pienso yo- dixo Silvano- que es de menos quilates la prosa sonora qu’el verso gracioso, y aún tengo por entendido que debe pedir más cosas, puesto que a nosotros nos son ignotas”.

Entonces, echando mano al doblez de su caperuza, sacó un papel, el cual leído, vieron que d’esta manera dezía:

CARTA DE FAUSTO A CARDENIA

Salud te envía el que para sí ni la tiene ni la quiere, si ya de tu sola mano no le viniese. Mi torpe mano, soberana pastora, tiembla en pensar que letra por ella escripta ha de caer en la hermosa tuya, porque sospecho que no será en tu mano dexar de condenar mi demasiado atrevimiento y castigar mi loca osadía; ni yo tendré valor para sufrir el rigor de tu airada mano y la fuerza poderosa d’ella, si la levantas para con algún consuelo no socorrerme. Que no debes de entender que para satisfacerte de la injuria que te he hecho, haviendo yo, tan vil pastor, puesto mi pensamiento en tan célebre zagala, es necesario más de la herida de tu furiosa y bella mano dada, si ya con ella mesma de remedio no soy proveído. Bien sé, hermosa pastora mía, (permíteme hablar assí) que irás suspensa leyendo aquestas mal compuesta razones, en no saber quién es el que por ti tan apasionado se muestra. Si tal se te ofresce, ruégote lo preguntes a un corazón que en tu poder nuevamente tienes, que él te dirá la verdad tan pura quanto mal compuesta. ¡Ay de mí!, que yendo yo a visitar un herido de cuchillo, vine herido de tu

mano, y tú, yendo a ver un enfermo en el cuerpo, dexaste a mí herido en el alma. Mira, pues, que por ser con él piadosa, fuiste conmigo cruel. Dirás que no pensavas que tal sucediera. Yo lo creo, que también estava yo d' ello descuidado. Mas no por esto careces tú de culpa e yo de pena. Y a la verdad, de lo uno y lo otro eres digna, que quien de armas sospechosas se atavía, de todo es merescedor. Pues, ¿quién tan sospechosas las trae como tú, arreándote con tal mano? No quiero más serte molesto con mis dissonantes razones, hasta que la cuerda de mi destemplado entendimiento sea acordada con tu soberana mano. Los dioses a ti tengan de su mano y a mí de la tuya.

Mucho se contentaron los pastores de ver cuán breve y sentenciosa había sido la carta. Acabada de leer, dixo Fausto: “Veis aquí, pastores, el estado en que agora estoy, aguardando la sentencia de mi gloriosa muerte o de mi venturosa vida escrita de la ebúrnea mano. Rogad vosotros, pastores, al amoroso dios Cupido, si aceptos le son vuestros sacrificios, la quiera herir, cual a mí, con su dorada flecha, escondiendo la de plomo”. “Enamorado pastor- dixo Selvagia- si los servidores d'esse moçuelo con él algo valen para alcançar alguna cosa, no quedarás mal librado, rogando este pastor Silvano e yo por ti. Mas hágote saber que no te cumple poner a este pastor, que Sireno se llama, por medianero, a causa de que es el más ingrato y rebelde al amor que en estas majadas habita”.

“¡O Júpiter!- dixo Fausto- y, ¿es possible que delante de mis ojos tenga la cosa que (después de mi soberana pastora) más desseava ver, cuyos amores a la fama en tanto trabajo han puesto? Determinado tenía preguntaros quién érades y para dó caminávades; agora sola me resta que en lo postrero cumpláis a mi desseo, pues de lo primero ninguno es ya ignorante. Aunque antes quiero, por lo que a Cupido prometido tengo, avisarte, Sireno, y rogarte que, atenta la potencia d'este dios de amor, le obedezcas y te guardes de serle rebelde, no digas que no te aviso”.

“Tu intención agradezco- respondió Sireno- mas el consejo no apruevo”. “Yo he cumplido- dixo Fausto- con lo que devo, tú podrás hazer a tu voluntad. Mas ten cuenta, no seas como yo castigado”.

Entonces Sireno, por no verle más en esto hablar, le contó adónde ivan y que la buelta no sabían. “D'esto me pesa- dixo Fausto- porque a la vuelta os acompañara por ver a la ingrata pastora Diana, que extrañamente me la han alabado de hermosa, y por ver en qué pecho cupo tanto olvido; y si mucho os detenéis, según mi gran desseo, no os

aguardaré”. Sireno dixo: “D’essa digo yo que te guardes y aun te hago saber que es mejor este aviso qu’ el que tú me diste”.

En estas y otras pláticas estuvieron hasta que la hora de partir se llegó, en la cual, hechas ofertas de entrambas partes, se despidieron. Algún tanto de fuerça iva tomando el roxo Apolo sobre la haz de la antigua madre, cuando los tres pastores llegando cerca de la isleta, do a la ida havían estado, vieron una compañía de gente y como se acercassen, conocieron ser Felicia y algunas de sus Ninfas, con don Felis y Felismena. No poco admirados se detuvieron, conociendo que para ellos guiava. Pero mucho más se maravillaron de que tan callado viniesen. Y así, llegada Felicia y hecha la salutación, le preguntaron la causa de su venida y silencio. A los cuales respondió: “Pastores amigos, la voluntad que tengo de servir a don Felis y Felismena y el amor que en mí está de daros contento, me ha movido a traellos aquí cuando vosotros viniessedes, para que juntos en tan deleitoso lugar recreássedes vuestros ánimos. La causa de venir con tanta quietud y sin canto d’estos amantes o de mis Ninfas es para que el ruido no os prive de ver una cosa bien notable. Por la cual conoceréis no ser solos vosotros los que bien amáis, ni solos los que por amor havéis padescido trabajos. Assí que todos con quietud me seguid. Subidos pues por el arroyo de la isleta arriba, que como dixe, era camino para el deleitoso pradezico do la Fuente de los laureles estaba, llegaron a la entrada d’él. A don Felis y su amada, que aquel lugar no habían visto, les parecía estar en los Campos Elisios. Pero con todo no les era concedido más que recrear los ojos, porque por el silencio puesto, no se atrevían a alabar aquel ameno lugar, ni tenían licencia para preguntar cosa alguna d’e. Felicia se asentó en aquella entrada, haciendo todos lo mesmo.

Buen rato habían estado callando sin tener osadía casi de alentar y no vían otra cosa más que los tremulantes rayos del sol que entre hoja y hoja de los circunstantes árboles con fuerça parecían pasar, de lo cual no poca carcoma sus coraçones estaba comiendo, y trocaban a su juicio el plazer de ver lo prometido de Felicia por el descontento que el silencio les ponía. Esto d’ella notado, le dava no pequeña alegría y la movía a un cierto ademán de risa. Estando pues en la congoxa, Felicia señaló con el dedo a la entrada contraria de aquella do estaban, a fin que allá mirassen. Adonde su vista endereçando vieron por ella entrar un viejo venerable assí en rostro, disposición y persona como en hábito, porque en lo uno y en lo otro representava un dignísimo sacerdote de Júpiter. Traía un báculo en la mano derecha, sustentamiento del cansado cuerpo, sobre el cual algunas vezes arrimado mirava fixamente el suelo como hombre

imaginativo y de cuando en cuando levantava los ojos hacia el cielo como hombre desconsolado. Hazía tantos y tales meneos y representaciones, guardando siempre la gravedad de su noble persona, que no solo a los tiernos coraçones de los que mirándole estaban enternesció, pero aún a las tigres Hircanas, si presentes se hallaran, bastara a hazer piadosas. Principalmente con los movimientos que, después de haver dado una vuelta mirando al cielo por todas partes, hizo, diziendo contra la fortuna, de quien mostraba estar quexoso, esto que así sigue:

En todo lo criado
se halla de contino
un solo movimiento, por pujante
que sea, y es guardado,
por un solo camino, 5
siendo siempre uniforme y semejante.
No hay quien sea bastante,
y aun siendo, no querría
de aquesta orden salirse,
ni menos eximirse 10
d'este concierto por alguna vía.
Tú sola eres, Fortuna,
que'n ser sin algún orden eres una.

Aquella primera sfera,
que mueve y no es movida 15
de otro cielo alguno que se mueva,
la cual con su carrera
y su veloz corrida
a los cielos más baxos tras sí lleva,
por un orden se prueba, 20
sin solo errar un punto,
llevarlos prestamente,
y muy más velozmente,
al cielo que'stuviere a ella más junto.
¡O cierto desconcierto, 25

que'n solo en ser sin orden eres cierto!''.

Entre los elementos
de opuestas calidades:
el fuego, el aire, el agua con la tierra,
aun en sus movimientos, 30
no hazen novedades,
mas siempre guardan orden en su guerra.
Ninguno d'ellos yerra:
la tierra en convertirse
en agua, y ésta luego 35
en aire, y éste en fuego,
no pretendiendo de orden eximirse.
Tú sola eres sin tino,
sin orden, sin tenor y sin camino.

Siempre lo que's pesado, 40
si no fuere impedido,
desciende hazia el centro de su esfera.
Y lo leve es guiado,
no siendo detenido,
en alto hasta su estancia verdadera. 45
Un orden y manera
se halla a la continua
en la generación,
y en toda alteración.
En fin, todo por orden se'ncamina. 50
Sola eres sin orden,
Fortuna, que tú mudas con desorden.

No hay cosa en este mundo,
si sale de concierto,
que con tiempo no pueda concertarse, 55
ni hay cosa en el profundo,

con ser un desconcierto
 y confusión indigna de contarse,
 que no pueda llamarse,
 en su género o modo, 60
 aquel sumo desorden,
 si se mira bien, orden.
 Pues es miseria y llanto eterno todo.
 ¡O infernal trasunto,
 que no hay traerte a orden solo un punto! 65

Porque's tu movimiento
 tan desproporcionado
 que no puede a algún orden reducirse.
 A vezes más que'l viento
 camina apresurado, 70
 que nunca puede verse ni sentirse.
 Jamás se vio partirse
 de Partha alguna flecha
 con tanta ligereza.
 A vezes con pereza, 75
 semejante a tortuga el passo echa.
 Eres, Fortuna, ciega,
 y más el que a tu rueda más se llega.

No acabó las quejas que contra Fortuna mostraba tener, porque caminando hacia la fuente no estaría veinte passos d'ella, cuando le vieron de súbito, dexado el báculo, con presteza diferente a sus años, arremeter, con un alfanje que debaxo de una vestidura larga que encima traía había sacado, para un pastor, que durmiendo estaba al un lado del pradezico. Viendo los que mirando le estaban la furia que, con cuchillo en mano, llevaba para el pastor (que aun hasta entonces no habían visto) quisieron todos salir a favorecerle, más la sabia Felicia con señal los hizo sosegar, mostrando que ninguna cosa sería. El alfanje levantava para herirle por el cuello, cuando dos mendigantes, rotas y suzias pastoras, levantadas del suelo, que cercanas estaban, se asieron d' él, diciendo una d'ellas con boz afligida: “¡Padre mío!”. El viejo, desasido d'ellas se retiró afuera,

haciendo muestra de dar a quien le estorvasse. La que había hablado, como vio no haver sido entendida, tornó a hablar diziendo: “Parisiles, padre mío”, que así se llamava el airado y mísero viejo. Atónito con la boz conocida, se quedó yerto, como piedra mármol, perdido de las manos el alfange.

La pastora, entonces, con el mesmo apellido se abraçó d’ él, al tiempo que para caer en tierra estaba. A lo cual el viejo tornado en sí, supliendo las lágrimas de amor la boz del pecho, le echó los braços encima, començó a besar aquel rostro ensuziado con tierra, tizne y pez. Felicia, buelta el rostro a su compañía, que despedido el dolor de la tristeza passada, se estaba riendo con el deleite de la alegría presente, viendo besar aquel feo gesto, dixo: “No os maravilléis, hijos míos, que aquel venerable viejo beso aquellas disformes mexillas, pues para más tiene poder el amor paternal, de modo que si a vosotros parece feo, a él se le antoja hermoso y al pastor que está durmiendo”.

“Tal para tal”-dixo Felismena. “Assí es- respondió Felicia- mas porque no se le haga tanta injuria al honrado viejo, que éste assí abraçado con una semejante fiereza, vamos despartirlos”.

Con esto se fueron para ellos disimulando haverlos visto antes, a los cuales Felicia dixo: “Salve Dios la noble compañía”. La otra pastora les rindió la debida respuesta, que los demás no podían, a causa de que aún todavía dormía el pastor, el viejo y la otra pastora no se podían desasir. Don Felis llegado a los dos, dixo: “Harto devías estar, noble varón, de tales abraços. Felicia se reía y holgava mucho de ver cómo desdeñava a la pastora”.

El viejo dixo: “Agora, ¡oh Dioses!, podéis dar fin a mis muchos días, pues me havéis concedido ver a mi cara hija; agora podéis poner remate a mis cansados años, pues tengo presente a Stela todo mi bien (assí se llamava la pastora que le habló). Éste era el fin de mis oraciones, se endereçavan para que me alargásedes la vida. Éste era el blanco do mis plegarias assestaván, para la prorrogación de mi muerte. Ven, pues, agora que la tengo en mi presencia antes que por algún otro infortunio me halle d’ella ausente. ¡Ay hija! y quien me apartó de mí, que no puedo creer que de tu voluntad te apartasses, sino quiera primero despedirte de tu querido padre. Mal hayas, pastor, que ahí estás tendido y mal fin haga tu amigo do quiera que está, si ya no lo ha hecho”.

“Aparte, Júpiter- dixo la pastora- las orejas a tal petición, antes la conviertas en mí dignamente a mis miserias de vida, que en ellos sin justicia a su bondad no merescida. No consiento, padre mío, que maldigas a quien culpa no tiene. Yo he errado y por mejor dezir mi fortuna, pues no me dio lugar para despedirme de ti”.

Felicia, que conocía la turbación de la pastora, dixo: “Cesen agora estas disculpas y tú Parisiles despide toda tristeza, pues tienes lo que desseavas”.

Parisiles, buelto a la sabia Felicia, notada la gravedad y autoridad de quien le hablaba, dixo: “Quien quiera que seas, noble señora, ora te cuentes en el número de los mortales hombres; otra entres en el cathálogo de los inmortales dioses, que tal me representas. Perdóname, si hasta agora no te he hecho el devido acatamiento, pues tengo tan piadosa y condigna causa para el perdón. En lo demás, aquí estoy sujeto, para lo que mandarme quisieres”.

“Bien está-dixo Felicia- que para todo havrá lugar y porque te quiero alegrar más que tú tienes pensado, pues de quién más quexoso estás te ha de venir el consuelo, nos vamos a descansar a la sombra de aquellos laureles y orillas de la fontana y porque des a lo que digo, sabe que soy Felicia, si este nombre a tus orejas ha llegado”.

Entonces, Parisiles con las pastoras se hincaron de rodillas para besarle las manos diciendo: “¿Quien de los que a nuestros dioses honra ignorara la parte, que con ellos tienes?

Felicia los levantó a todos tres no consintiendo la honra que le hazían y, tomando la mano de una de las pastoras, que Crimene se llamava, dixo a todos los demás: “Hijos, id os vosotros a la fuente y descansad entre tanto que habló a esta pastora y a aquel zagal descuidado dos palabras”. “Tú, amigo mío Parisiles con tu cara hija Stela los tendrás compañía contándoles algún cuento o antigüedad, mientras se haze hora de comer”.

Luego, tomada la mano de Crimene, se fue para el pastor, que aún todavía durmiendo estaba, asiéndole del hombro y revolviéndole un poco, le despertó y dixo: “Menos devría dormir quién viene en guarda de dos zagalas”. El pastor desconocido no viendo a Stela sin volver respuesta a la sabia Felicia dixo con sobresalto: “¡Ay Crimene!, ¿do está Stela?”. “No tengas pena- dixo Felicia- que bien cerca la tienes. Mejor sería que tuvieses cuenta contigo, que en bien poco estuvo de ponerte el temporal sueño en el eterno. Cierto más cuidado han tenido de la custodia de tu persona aquellas, de quién tú eres guarda que tú de ti mismo ni d’ellas y porque veas en el término que has estado, bien poco ha, tenías el cuchillo a la garganta”.

No podía el pastor pensar que fuese lo que dezía ni qué compañía fuese aquella que a la fuente estaba (bolviendo los ojos por ver a Stela la había visto). Crimene avisó al pastor que reverenciase a Felicia como convenía. Entonces, él hizo el debido acatamiento y Felicia le contó por orden lo que pasado había y cómo Parisiles,

desechada la flequeza senil ayudado del ímpetu de la ira, le había querido matar y cómo se le estorvó con lo demás. Por el cabo, se entristeció el pastor en saber que allí estuviese Parisiles, no por temor que d'él tuviese, sino porque creía perder a su querida Stela. Lo cual de la sabia Felicia entendido le dixo: “Desecha, pastor, de ti toda tristeza, que todo se hará a tu sabor y provecho, que en parte estás. Do no se te hará sin justicia y adonde se remataran tus muchos trabajos en los de tu compañía y muy mejor que tú piensas”.

A todo esto, otra cosa más que rendirle las gracias, el pastor hazer no podía, pero todo no era bastante a consolarle por estar ausente de un caro amigo suyo a quién mas que así quería, pagándole aquel con no menor amor, como por pruebas muchas se había parecido, que cierto bien podían ellos ser tercero número a los dos solos pares de amigos que en el mundo por estremados se cuentan después de tantos millares de años, mas la sabia Felicia le certificó de qué puesto ella daría modo como allí viniese. A esto se hincó de rodillas y besó las manos sin poder ser parte ella para lo contrario.

En estas pláticas y otras se anduvieron paseando buen rato. Dios sabe la vergüenza que Crimene tenía delante de Felicia, pero no pasó mucho que Felicia puso remedio a ello porque no a otro fin la apartó d'entre la otra compañía. Entretanto que ellos tres estaban en estas razones, don Felis, Felismena, Ninfas y pastores desseando en extremo saber quién fuesen los cuatro y por cuál razón Parisiles con tanta furia había querido matar al pastor adormido y todo lo demás de su ventura se lo habían querido demandar.

Empero dexáronlo porque se temieron que no querían decirlo. Y así lo guardaron para cuando viniese Felicia y rogar a ella que se lo pidiese, porque d'esta manera no tendrían excusa para rehusarlo. Por tanto, don Felis con los demás rogaron a Parisiles obedeciese a la sabia Felicia contándoles alguna cosa. A él se le hazían grave porque no quisiera un solo punto hazer otra cosa sino estar abraçado con su hija Stela y así un momento no apartava los ojos d'ella cuando del primer oficio cessava.

Con esto no dava lugar a Stela a mirar al pastor desconocido, tras el cual alma y ojos se le ivan y con todo la vez que podía hurtar el rostro a su padre Parisiles haciendo muestra de assentarse bien o de querer toser, o escupir, le mirava. Pero en fin, el buen viejo no teniendo justa disculpa para ser rebelde al mandamiento de Felicia y ruegos de toda aquella compañía que a grande instancia se lo rogava.

D'esta manera començó: “Amados hijos (que por mi edad este nombre puede tomar) como quiera que la mayor parte de mi vida ha sido sacrificada al culto, honra y

ministerio de los soberanos dioses nuestros y en particular de la diosa Isis, de quién indignamente soy, desde el principio de mi juventud, sacerdote, muy bien me estuviera tratar del modo que en su veneración se había de tener y cuánta obligación ello tenemos. Más como vosotros tengáis por maestría a la sabia Felicia, de quién justamente no solo, yo ínfimo de los sacerdotes, empero todos los de la tierra podrán ser discípulos, fuera de toda cordura, sería querer tomar tal trabajo. Ofrecésceme con esto dificultad, no saber que cuento ponga en vuestras orejas porque la diferencia de los estados que en esta noble compañía veo, haze diferencia en mi ánimo para la elección de mi cuento; que lo que a unos agradara, a otros podrá ofender. A estos pastores presentará algunas cosas competentes a su oficio en provecho suyo y del ganado y algunas curiosidades, que cierto devría saber hasta agora entre pastores no tratadas. Assí mesmo de adonde les ha venido y desde quien le usa el tocar la flauta o la çampoña y la honra de su dios Pan y el uso que en hacerle el sacrificio antiguamente se tenía y porque aquel se perdió y agora se guarda otro. A vosotros, señores, pudiera ofrescer como cosa que será más a vuestro apetito, donde se engendra el amor, cómo obra y porqué causa el dios de amor no guarda razón siendo honrado por Dios, teniendo nosotros por averiguado, que los dioses son justos y que con todo, la justicia guardan.

Y esto es lo que de mejor gana tratará porque aquí, en estos prados, se dio una causa que no tocó la dificultad del pastor que la pidió. Pero como para bien declararla, era necesario tratar de las potencias del ánima y del oficio d'ellas y que asiento cada una d'ellas en el cuerpo humano tiene, más digna disputa de escuelas de Filosofía, que de los campos de ganado, lo callaré, guardándolo para quién preguntar me lo quisiere en particular. Más porque delante de los ojos tengo cosa que cierto me causa admiración, puesto que podría ser que muchos que aquí han estado, no hayan dado en ello, haré mi principio. No miráis cuánta naturaleza y arte, tomando prestado la una de la otra en lo que cualquiera d'ellas era falta, se han extremado en hazer esta isleta o prado, llamadle como más os agradare, imitador de los campos Eliseos. Pero dexando a parte muchas cosas que os pudiera notar acerca d'esto, os quiero advertir porque esta enzina está en medio d'estos laureles, para que entendáis ninguna cosa haver aquí que ingenio no esté puesta. Notoriosos son los amores de Apolo y Dafne²⁹. Digo de Apolo para con Dafne, assí mesmo las preheminiencias de que este dios dotó al laurel, en que fue está Ninfa convertida”.

²⁹ El autor explica a través de uno de los personajes de la obra el mito de Apolo y Dafne, tan conocido y utilizado en la Antigüedad.

Pues como Dorida entonces atajándole su plática dixo: “Señor Parisiles, parésceme que has usado el oficio de mastresala, que al mejor sabor nos has quitado los manjares. Por tanto, pues, estos señores, señalando a don Felis y Felismena, a quién tocavan las dudas de amor y estos pastores, señalando a Sireno, Silvano y Selvagia, a quién pertenecía lo primero, te ha dexado pastar sin resistencia. Yo, a quién paresce bien oír las cosas de tan célebre ninfa, por serlo como ella, no daré de mi grado, licencia para el pasto sin que nos cuentes el origen de la afición de Apolo y porqué causa Dafne rehusó y desdeñó a tan principal dios”.

Silvano y Selvagia, afrentados de que Dorida había señalado a don Felis y Felismena, y no a ellos, cuándo dixo que don Felis y Felismena tocavan las preguntas de amor, tomando la mano a Parisiles dixerón: “Y como ninfa, ¿paréscete que somos nosotros más ajenos de amor que estos señores para que a ellos y no a nosotros se deva el trato de lo que pide?”.

Todos se rieron d’esto y Dorida respondió: “Yo erré, pastores, y assí lo confieso”. “Hermosa Ninfa-dixo Parisiles- plázeme obedescerte, mas si del comienço lo tomo, podrá ser no poder dar fin antes que venga la sabia Felicia, por donde quedando sin acabar, quizá os daría más pena que si no se hubiera principiado”.

“Por esto no quede-dixo Felismena- que caso que assí sea, suplicaremosle nos dé licencia para que se remate”.

“Pues así os agrada-dixo Parisiles- estad atentos que yo la quiero dezir de modo que la vi escripta en un templo de Apolo:

Passado aquel diluvio vengativo,
que fue determinado desde l’alto,
por la malicia del linaje humano,
la tierra de humedad quedó abastada,
con la cual, el calor del sol juntado, 5
contrarios animales s’engendraron
diversos en figura y en especie.
una sierpe s’engendró entre aquestos,
indómita, feroz mayor qu’un monte
en aquella provincia de Thessalia, 10
que puso el primer freno a los cavallos.
Esta terrible sierpe destruida,

su patria natural y l'assolava.
 No perdona las mieses dulce premio
 del continuo trabajo del que labra, 15
 no perdona los bueyes perezosos,
 siervos, ministros fieles de labrança.
 No perdona tampoco los bezerros,
 ni cabras, ni cabritos retoçones.
 No perdona carneros, ni aún ovejas, 20
 ni le vale al cordero mansedumbre.
 No perdona la casa, ni obra dulce
 de la he a maestr'artificiosa.
 Al hombre no respect'aquesta fiera,
 en servicio del cual todo es criado. 25
 Mas como aquel dios sumo no quisiesse
 tornar a destruir de nuevo al mundo,
 proveyó de socorro conviniente,
 pues l'astucia no basta de los hombres.
 Assí que andando a caça el dios Apolo 30
 con el arco y aliava y las saetas.
 Su valor solo en corços executa,
 en cabras montesinas y en venados.
 Mas como s'encontrasse con la sierpe
 y viesse tan gran monstruo y tal fiereza, 35
 menosprecio la caça acostumbrada,
 por ganar nombr'eterno con su muerte.
 El arco duro, flecha y mil saetas
 (que aljava quedó casi agotada)
 con yerva ponçoñosa en ella enclava. 40
 Quedó Fitón tendido por la tierra
 (que así esta fiera sierpe se dezía).
 Quedó Apolo por alto levantado,
 porque ganó una gloria para siempre.
 Estava tan triunfante el dios Apolo 45
 ávida la victoria, que no piensa,

quel cielo tenga dios su semejante.
 Lo cual manifestava en sus razones,
 y hablando a veces con la sierpe Fitón,
 a veces con l'aljava, flechas y arco, 50
 con alegría suma aquesto dize:

¡O gloria sobre glorias excelente!,
 ¡o triunfo sobre triunfos extimado!,
 ¡o victoria en victoria señalada!,
 ¡o hecho sobre hechos sublimado! 55
 ¡O caso más que casos eminente!,
 ¡o fama más que famas ensalçada!,
 ¡o guerra fortunada!,
 ¡o felice combate!,
 ¡o braço que assí abate 60
 la más feroz serpiente que ha nascido!,
 ¡o arco dignamente a mí debido!,
 ¡o flechas que libraste assí de llanto
 al pueblo ya perdido!.
 ¡O Pithón que as muerto das espanto! 65

Por ti, la tierra estéril se bolví
 el fructo acostumbrado denegando;
 por ti, la docta abeja lamentava
 su dulce obra perdida susurrando;
 por ti, la mansa oveja se veía 70
 muy triste por el hijo que no hallaba;
 por ti, el pastor no ossava
 salir de su cabaña,
 que sabe cuánto daña
 la fuerça poderosa de tu diente; 75
 por ti, dentro del muro ya la gente,
 estaba con temor y cualquier sombra,
 pensando ciertamente

qu'estabas allí dentro les asombra.

¡Cuál dios del alto coro assí meresce 80
encienso en sacrificio, como Apolo
y cuál dios por sus artes e invenciones,
de cuántos tiene el uno y otro polo,
con tanto nombre y títulos floresce,
celebrados por todas las regiones! 85
Natura de sus dones,
en mí como en su casa,
descarga y no con tasa.
Yo soy por quién se halló la medicina,
si alguno profetiza o adivina; 90
yo soy el que le inspira y él responde:
la música divina
por mí a la del cielo corresponde.

Renombre cobraré presuntuoso
agora, ¡o sierpe Pithón por tu muerte!, 95
y haré que me celebren por memoria,
de libertad cuál está y buena suerte,
un juego con grandeza glorioso,
que puede para siempre eterna gloria,
y puesto por historia, 100
la boladora fama,
que presto se derrama,
y está de tales hechos siempre hambrienta,
en éste no querrá ser avarienta,
y aunque haya sido larga en otros casos, 105
y mucho en ellos mienta,
en este quedaran cortos sus passos.

Estando como véis tan contento,
acaso y aún quizá porque pagasse

el menosprecio hecho de los dioses, 110
 ¿asa? por allí el niño dios Cupido,
 señor poderosísimo en amores,
 un carcax de la cinta le colgava.
 Traya en la siniestra mano un arco,
 y en la derecha solas dos saetas, 115
 y con venda tapados ambos ojos,
 al cuál como assí viesse el dios Apolo,
 paresciéndole a él que no hay alguno
 que merexca arco, flecha y el aljava
 le trata d'este modo con palabras 120
 arrogantes, sobrevias e injuriosas.

¿Quién es aquel tan fuerte y atrevido,
 que trae aljava y arco en mano tiene?
 ¿No sabe que aquel traje a mí es debido,
 que a otro sino a mí no le conviene? 125
 Aquel hijo es de Venus, dios Cupido
 llamado, hablar le quiero que aquí viene.
 Rapaz, infame, ruin, de vicios lleno
 sin honra, sin verdad, de bien ajeno.

¿De qué sirven las armas poderosas 130
 a ti qu'eres lascivo indigno d'ellas?
 Atiende que estas armas ponderosas,
 mis manos hermocean, también ellas
 en estos ombros puestas son honrosas,
 los tuyos no podrán aún sostenellas, 135
 pues dexa mochachuelo el noble cargo,
 sino a fe que te sea traje amargo.

A mí solo es debido un bien tamaño,
 el arco y las saetas y el aljava.
 Con él mate yo a Fitón, que un rabaño 140

en su vientre pestífero encerrava,
con él en fieras y aves hago daño,
que donde quiero yo, la vida enclava.
También hiero con él, mira que digo,
(si quiero) mortalmente al enemigo. 145

Bastar te deve a ti el antorcha y llama
con que (no sé en qué amores) pones fuego,
no quieras con las armas de mi fama
mezclar tu muy nefando y suzio juego.
El arco dexa pues que se disfama 150
en ti y mira (si puedes) que´res ciego,
los ojos traes vendados de contino,
¿qué tiro tirarás que sea contino?

Afrentado quedó d´esto Cupido,
mas no porque responda con palabras 155
sobervias, ni amenazas temerosas,
que amor como sagaz y como fuerte
de amenazas no cura sino de obras.
Mas, porque conoscieste su ignorancia,
respondió con palabras mansamente. 160

Apolo muy sobervio te has mostrado
diciéndome palabras³⁰ injuriosas.
A mí no son honrosas
las tales, ni las uso, mas callando
sin ser sintido, yo obro tales cosas 165
que nadie sino yo las ha obrado.
Escucha pues mi estado,
agora de palabra y cuánto mando,
después por obra te traeré a mi vando.

³⁰ Se añade -s para la concordancia del sustantivo con el adjetivo, errata en el texto original.

A Júpiter, Neptuno y a Vulcano 170
 los tengo yo debaxo mi obediencia,
 muy pocos dioses son, que con su sciencia
 se libren, que no passen por mi mano.
 De diosas muy ufano
 me veo, que se ofrescen sin desvío 175
 a mi gran señorío.
 Pues Venus, aunque madre y muy amada,
 no pienses que por esto es libertada.

Cuál hombre por más fuerte y poderoso
 que sea, se ha librado d'esta carga. 180
 Aquí no vale darga,
 ni en fuertes armas hay algún reparo,
 mas antes la defensa es más amarga
 la sciencia y el saber aquí es dañoso,
 y muy más peligroso, 185
 que imprime más en él lo que le's caro
 y cree si en él no piensa que avaro.
 Mujeres de que estoy bien adornado
 encubren lo que nunca se ha escondido
 que mal se'ncubre el fuego ya encendido 190
 las aves y las fieras he domado.
 Al fin he subjectado
 lo más que cubre el otro y este polo.
 Pues dime agora Apolo,
 si piensas alcançar tan gran pujança, 195
 que no vengas con estos a la dançar.

Alegas que las armas son devidas
 a ti, porque mataste aquesta fiera.
 Escucha en qué manera
 aquestas se me deven dignamente, 200
 aunque tu flecha donde quieras hiera,

al fin en alimañas abaridas
 se emplean tus heridas.
 Las mías en tu pecho cruelmente
 fixaran sin remedio diestramente. 205
 Assí que cuánto tú a las alimañas
 excedes y eres digno de más gloria,
 tanto es más excelente mi victoria
 y dignas de alabança mis hazañas,
 pues mira si t'engañas 210
 diziendo que aqueste arco y el aljava
 en mi fe deshonrava.
 Cierto que para ti fuera partido,
 no haver visto con ellas a Cupido. 215

Dizes que no merezco este ornamento
 porque los ojos traigo yo vendados,
 y así desconcertados
 mis tiros han de ser, pues que no veo.
 También esto te digo que atapados 220
 los ojos traigo del entendimiento,
 escucha y está atento
 pues esto vendrá bien a mi deseo.
 Dime si juzgarías por muy feo
 que con ferviente amor un dios amasse 225
 alguna mujercilla y cuándo fuese
 su cuidado mayor y más creciese,
 aquella mucho más le desdeñase.
 Si siendo ciego obrasse,
 esto tal por vengarme con mi flecha. 230
 Di tú, ¿sería derecha?
 Pues guarte que al herir mi arco es cierto,
 mas no guarda razón qu'es desconcierto.

Esto dicho, ni él quiso detenerse

a réplicas, respuestas, ni argumentos, 235
ni Apolo respondiera a sus razones
haziendo poco caso de sus dichos.
Cupido hiriendo al aire con sus alas,
se sube sin pereza en lo más alto
de aquella umbrosa cumbre de Parnasso, 240
aguardando sazón para vengarse
a su contento del sobervio Apolo,
y allí de su carcax, sacó dos flechas
en el color diversas y en las obras.
Causa la una amor con vivo fuego; 245
la otra desamor con frío yelo.
Dorada es la que haze amor ardiente,
de plomo la que pon el odio elado
y con ellas hablaba d'este modo,
como si sus palabras entendieran. 250

Salid, amigas mías con presteza,
mostrad vuestro valor y gran pujanças.
Yo tengo de vosotras confianças,
que daréis a entender mi fortaleza.
Abatid las sobervias aquel Apolo 255
que quiso derribar la nuestra él solo.
Conozca qué palabras a él bien vienen,
las obras de Cupido le convienen.

Pues tú, que aguda eres y dorada,
con quién enciendo en fuego cualquier pecho, 260
harás en el sobervio Apolo un hecho
que'ntienda ser su vida desastrada.
Y tú que'res de plomo obtusa y vita,
en alguna mujer terrena toca,
poniendo en desamor el pecho fiero, 265
de modo que semege al duro azero.

Apolo se quedó allí muy alegre.
Los cielos, elementos, animales,
árboles, peces, aves, prado y agua
llamando d'este modo a su victoria. 270

Celeste compostura
que por tus movimientos
se conservan las cosas terrenales,
criadas por natura.
Vosotros, elementos, 275
contrarios y enemigos capitales;
vosotros, animales,
que'n tierra hazéis morada;
aves, que por el cielo
corréis con presto buelo; 280
peces a quién por casa el agua es dada.
A la victoria mía,
conténtosos mostrad en este día.

Vos árboles umbrosos,
reparo deleitable 285
del importuno sol, cuando molesta.

Prados verdes hermosos
y tú, agua deleznable,
que mides con murmorio esta floresta.

Verde yedra inhiesta 290
que vives no muriendo
y sigues el camino

que guía tu vezino
y, a veces, le rodeas discurriendo.
A la victoria mía, 295
contentos os mostrad en este día.

Estando d'este modo véis do viene
 cargada con despojos de la caça,
 una ninfa hermosísima extremo 300
 y en extremo dotada de virtudes.
 Muchas vezes le dixo el padre a Dafne
 (que aqueste era su nombre de la virgen
 y el nombre de su padre era Peneo):
 debesme, hija mía, Dafne yerno, 305
 davesme, hija mía, nietos.
 Mas la honesta doncella con vergüença,
 tenido un color casto por su rostro
 de ver que le tratavan casamiento,
 se colgó con sus braços blancos tiernos 310
 del amoroso cuello de su padre
 pidiéndole, quisiesse concederle
 bivar en castidad, como ha bivido.
 Concedióselo el padre, mas primero,
 por estorvar su intento, le propuso 315
 cuánto a la castidad eran contrarias
 la juventud, riqueza y hermosura.
 Y como cualquier dellas es bastante
 a trastornar un pecho delicado,
 cuánto mas si se hallasen todas juntas 320
 cuál en ella se veían tan cumplidas.
 No le pareció a Dafne inconveniente,
 aunque ella posseyesse todo aquello
 para poner por obra el casto intento
 diciendo ser verdad lo que dezía. 325
 Su padre, si ella acaso le preciara
 de ser rica, hermosa o de no ser noble,
 preciavase le dixo: "De ser casta
 y honróvase, tan solo en honesta".
 Pues como Dafne, virgen, ignorasse 330
 (por ser en la virtud así prudente)

qué cosa fuesse amor y matrimonio,
 la caça era su solo pasatiempo.
 Aquí pues vino a caça esta doncella
 y caçó en esta caç´al dios Apolo, 335
 aunque de tal estaba descuidado,
 porqu´el fin amoroso pensamiento,
 si no es de su victoria gloriosa,
 se halla tan triunfante y tan alegre
 que no tiene cuidado, sino en esto, 340
 hasta que alçó los ojos por su daño
 aquella parte donde estaba Dafne.

Prosiguiendo iba su historia el buen viejo Parisiles, teniendo todo el auditorio bien quito, a causa de que así el cuento como el estilo de contarlos les era sumamente agradable, cuando sintieron venir a la sabia Felicia con Crimene y el pastor, que no poco contento, dio a Stela con su venida. A la verdad, bien poco atenta había estado al cuento por no estar en su presencia, el zagal Parisiles, volviendo el rostro y viendo a Felicia, dixo: “He aquí lo que yo temía, mi cuento se quedara para otro día, si se nos diere lugar. Donde no poco se perderá que para siempre quede comenzado”. “Por ninguna vía -dixo Dorida- yo consentiré esto”. Lo mismo todos a una voz dixeron.

Entonces llegó Felicia, y como se levantasen para hacerla la acatamiento, vieron ser el pastor que con ella venía, el más hermoso, gracioso y bien dispuesto que jamás hoviessen visto. Venía vestido de paño pardo, por mostrar en el color sus trabajos, por el remate del faldamiento y por los demás extremos iban tres bandas diferentes en color. Las os de los cantos eran de leonado y azeituni, por dar a entender en lo primero su congoxa y en lo segundo su tormento; la de en medio era verde, para significar que en medio de su tormento y congoxa, estaba su speranza; otras cosas traía el pastor dignas d´él y de ser miradas, mas Parisiles les estorvó porque como Crimene viniese lavada a ruego de Felicia y fuesse d´él conocida en voz alta, dixo los ojos puestos en el cielo: “¡O Júpiter!, ¿es verdad lo que veo? ¡O ninfa amiga y señora mía!, ¿es posible que aquí estés? Si yo supiera, que tal compañía traía mi cara hija, mas moderado fuera el dolor de verla de mí ausente”, queriendo con obediencia llegar a ella, le abrazó amorosamente desseando el uno al otro pedir cuenta de su no esperada venida a aquel lugar.

Felicia dixo: “Guárdase esso para más tiempo, que yo sé que no poco contento dará a los circunstantes essa pregunta. Tú, Crimene, llega a hablar a toda esta compañía que no medianamente se holgará con la tuya”.

Buen rato estuvieron en comedimientos y ofrescimientos admirados de la hermosura de Crimene y así dixerón: “Señora Felicia, ¿por qué en tan vil cubierta andava cubierta tal joya? Si la compañera es tal, haznos merced de mandarla lavar”. “Por no verse- respondió Felicia- en más trabajos de los que por su hermosura se ha visto, andava encubierto tal rostro. El lavarse esta zagala- señaló a Stela- quede a mi voluntad, para cuando yo se lo rogare porque como es hora de comer, no querría daros mala comida, que cierto más bocados, os quitara la fealdad de su gesto que el asco de su suziedad. Si muy de mal se os hiziere comer con ella, comerá aparte con Parisiles, que no le paresce tan fea ni suzia”.

Con esto, bolviéndose a sus ninfas mandó que le truxessen de comer que ya venían proveidas. “Mas si mandas- dixo don Felis- haz que Parisiles acabe primero lo que tiene comenzado”. “Pues assí os agrada- dixo Felicia- yo se lo ruego”. “Justa razón había, sabia señora – dixo Parisiles- para no mostrar mi rudeza grande delante de tu saber estremado, si no fuera salir de tu mandamiento”. “Bien está- dixo Felicia- déxate désto y haz lo que todos te ruegan”.

Parisiles entonces comenzó: “Obedesciendo a lo que me dexaste mandado y queriendo dar la causa, porque esta enzina está plantada en medio d’estos dos laureles, toque los dones que Apolo al laurel concedió, cuando Dafne en él fue convertida. De donde no me dexaron passar, puesto que algunas excusas di, sin que de su origen contasse esta conversión de Dafne en laurel y así habiendo dicho la victoria que hubo, Apolo de la sierpe Fitón con tanta gloria suya y la riña travada entre él y Cupido por las armas, iva diziendo, como estando muy ufano”.

Apolo vio la hermosa y casta ninfa Dafne, cuando llegaste, señora, con Crimene gracioso impedimento a mi cuento. De manera que, pues es tu voluntad que le acabe prosiguiré tomando solas dos palabras de atrás, para encadenar lo dicho.

Estando sumamente alegre Apolo,
havida la victoria de la sierpe,
acaso alzó los ojos y vio Dafne,
la cual vista contempla en el principio,
tan solo su hermosura y gentileza
y con sincero amor, honesto y puro,

en alabança suya esto dezía.

¿Qué ninfa será aquella
tan linda y tan graciosa
qu'en en el desierto sola anda caçando? 10
Más cerca quiero vella,
por ver si es tan hermosa,
cómo desde acá lexos va mostrando.
En el celeste vando
no hay diosa a mi juicio, 15
qu'en gracia y hermosura
más deva a la Natura,
que ésta, pues puso en ella a su servicio
los dondes qu' ha tenido
y cuánto ha con todos repartido. 20

Pues viéndole Cupido en tal estado,
paréscele qu' es ya tiempo dar castigo
a las graves palabras que le dixo
y por vengarse d'él con más deshonra,
se apareja al combate con las armas, 25
que fue de su enemigo amenazado.
Y assí con la saeta, que's dorada,
le passó el corazón y las entrañas,
no olvidando también d'herir a Dafne
con la del desamor, qu'es la de plomo. 30
Satisfecho quedó con esto el niño,
que aunque ciego bien vio lo que había hecho
y con ello se fue de allí contento.
¡O niño ciego, fuerte y poderoso!
Poder sino es en ti jamás hallado, 35
que cuánto con amor el uno s'arde,
tanto con desamor se yela el otro.
Veréis a Apolo dios tan arrogante

que cree que no hay igual allá en el cielo,
 honrado y acatado acá en la tierra, 40
 porque's el inventor de medicina,
 de música y también porque demuestra
 lo pasado, presente y lo futuro.
 Agora está sujeto a una doncella
 muy baxa, si con él es comparada, 45
 y aún aquesto no mueve a tanta pena,
 sino que cuanto más Apolo le ama,
 la doncella muymás le menosprecia.
 Frigidísimo tiene el pecho Dafne
 en amor d'este dios del alto cielo, 50
 calidísimo tiene el pecho Apolo,
 en amor d'esta hembra de la tierra.
 Dessea el dios gozarla y luego viene
 tras el desseo junta la esperança,
 mas aquí sus oráculos le'ngañan. 55
 Con aquesta sperança falsa y vana,
 está su amor estéril manteniendo
 y sintiendo el gran fuego que le abrassa.

Estas palabras dize al dios Cupido:
 "¿Qué fuego es éste que mi pecho inflama 60
 sin echar de sí llama manifiesta?
 ¿Es la vengança ésta de Cupido
 cruel y endurecido qu'en mí tomas?
 ¡Ay dios!, ¿cómo domas los potentes,
 discretos y prudentes y los ricos, 65
 soberbios, grandes, chichos fácilmente;
 no tan ligeramente s'encendiera
 estopa o cañavera puesta'l fuego,
 como yo con tu juego vengativo?
 En llamas ardo bivo, que has llevado 70
 mi corazón amado, tú le hurtaste,

tú mesmo le quitaste a mi despecho
 d'en medio de mi pecho, ¿qué le hiziste?
 ¿Adónde le pusiste, di cruel?
 ¿Es por ventur' aquel? Aquel es cierto, 75
 usas'en el desierto haver ladrones,
 ¿qué roben coraçones? Desde aquí
 Cupido quiero a ti, compañero
 y amigo verdadero de contino,
 pues que m'heziste digno de tal prenda. 80
 Sus cabellos emienda dan al oro
 y como a mayor tesoro s'arrozilla;
 el rostro y la mexilla está esmaltado
 de blanco y colorado, que la rosa
 en competencia no osa aquí llegarse, 85
 ni menos compararse el açucena,
 la aurora tiene pena viendo aquella.
 Sus ojos más qu'estrella resplandecen,
 sus labios no merescen ser loados,
 mas ser de mí tocados solamente, 90
 el cuello refulgente nada debe
 al blanco de la nieve, cualquier cosa
 qu'encubre la enojosa vestidura.
 Juzgo que la Natura por dechado
 nos ha está dexado de sus obras". 95

Entre tanto que Apolo está alabándola,
 Dafne con pressuroso pasto huye.
 Lo cual apolo viendo este modo,
 prosiguiendo en su plática le dize:
 ¡O, tú, que al mundo sobras!, spera, 100
 no huyas tan ligera, soy tu amigo
 y, ¿huyes como a enemigo? Assí el cordero
 al lobo carnícero va huyendo
 y la cierva temiendo al espantoso

león con pressuroso pasto huye. 105
 L'águila que destruye a las senzillas
 y simples palomillas es huida
 d'esse modo y temida. No te sigo
 yo como el enemigo a sus contrario,
 mi seguir es muy vario y diferente. 110
 El amor bravo ardiente me fatiga
 y manda que te siga. ¡Ay, ay de mí!
 Mira, mira por ti, que las espinas
 herir han las indignas plantas tuyas,
 tante un poco, no huyas tan sin tino, 115
 que's áspero el camino y no querría
 que fuese culpa mía si cayeses,
 mas Dios tales reveses de ti aparte,
 que quieras moderarte en la corrida.
 Te ruego y tú seguida con modestia 120
 serás y sin molestia, si informada
 de quién eres amada oviesses sido,
 no me havrías huído te prometo,
 mas antes con respeto aguardarías
 y en ello juzgarías ser dichosa. 125
 No habito esta escabrosa estéril sierra
 que toda cuánta tierra el obre tiene.
 A mí no me conviene, ni me agrada
 sino es do fue criada tu belleza,
 la cual será en nobleza más subida 130
 y de mí más querida qu'el asiento
 impíreo y firmamento sublimado.
 Tampoco de ganado soy pastor,
 sino es de aquel que amor m'encomendaré
 y el amor me mandaré que yo guarde, 135
 encienso en Delphos haré por mi honra.
 Tenedos, claros me honra en sacrificio,
 tampoco el sacro oficio a mí me niegan

las tierras que se riegan por el Xantho,
 a do por tiempo tanto con boz presta 140
 se oye mi respuesta desseada,
 como en Delos nombrada y en linaje.
 A todos hago ultraje, qu'es mi padre
 Júpiter y mi madre, la gran diosa
 Latona, a él amorosa en sumo grado. 145
 Por mí, lo qu'es passado y lo presente
 y futuro es patente y manifiesto;
 por mí, es el verso puesto en la vihuela;
 por mí, la flecha vuela con presteza
 y aún hiere con certexa, más cierta 150
 es la saeta experta que Cupido
 en mi pecho ha escondido a su contento
 buscando mi tormento y mi ruina;
 por mí, la medicina es inventada;
 por mí, es también hallada con prudencia 155
 de yervas la potencia y propiedad.
 Virtud y facultad que dio Natura,
 más ya que no se cura con las yerbas
 lo que amor con superbas obras haze,
 a otros satisfaze y aprovecha 160
 su sciencia y l'es derecha, más comigo
 se ha como si fuesse su enemigo.

Corriendo como véis ivan entrambos,
 huyendo Dafne del lascivo Apolo,
 siguiendo Apolo a la casta Dafne. 165
 Amor ayuda a Apolo con sus alas,
 temor ayuda a Dafne con las suyas.
 Favor llenan entrambos suficiente,
 más vence al fin Amor, qu'es más ligero.
 Pues viéndose la ninfa en tal estrecho 170
 y que su seguidor está cabe ella,

levantados los brazos y las manos
y los ojos hincados en el cielo,
a los dioses socorro así demanda,
no olvidando a su padre Semideo. 175

¡Ayuda, ayuda, dioses inmortales!,
A todos juntos vuestra ayuda imploro,
de todos el favor humilde invoco,
ninguno excluyo del supremo coro.
¡Socorro pido yo a mis graves males! 180
¡Sed prestos!, si no os es mi ruego poco.

La tierra que yo toco
abriéndose m'encierre en sus entrañas
con muy furiosas sañas.
¡O, destruid al menos mi figura!, 185
pues d'esta desventura
es causa, y tú, Peneo, padre mío
socorre, si deidad hay en tu río.

Apenas puso fin al ruego Dafne,
cuando un temblor pesado ocupó luego 190
los miembros delicados de su cuerpo.

Ciñó corteza dura al blando pecho,
cresció el cabello de oro en hoja verde
y en ramos largos los sus cortos brazos.
El pie, que poco antes fue ligero, 195
fixo quedó en raíces inmovibles
y quedó un mesmo lustre en toda ella.

Apolo en carne amó a esta ninfa
y agora el mesmo l'ama buelta en árbol.
Y assí, puesta la mano diestra al tronco, 200
sintiendo que aún el pecho de su Dafne
debaxo la corteza nueva tiembla,
abraça aquellos ramos blancos tiernos

del modo que a los miembros abraçara.
 Besando ésta aquel leño y aún el leño, 205
 el tal acto desdeña, cuanto puede.
 D´esta suerte un buen rato estuvo Apolo
 sin hablar ni pensar en otra cosa.
 Después cual un atónito se halla,
 que no sabe si sueña o que se sea, 210
 maldize con boz alta, cielo y dioses
 porque con él usaron tal crueza
 que fuera su mujer Dafne quisiera.
 Empero, como ve no es possible,
 la escoge por su árbol y la otorga 215
 muy muchas preeminencias excelentes
 y assí como espantado aquesto dixo:
 ¿Qué es esto que ora veo?,
 ¿es sueño o no? Mas oxalá ya sea
 algún imaginar o algún engaño. 220
 No sé si me lo creo,
 si es noche o no, o si devaneo,
 si es cierto lo que veo, un mal tamaño
 no se puede sufrir sin grave daño,
 despierto pues estoy que en la derecha 225
 mano traigo yo a Pithón degollado
 y en el siniestro lado,
 la aljava y he aquí el arco con la flecha,
 Thessalia pues, ¿es está
 que casi d´esta fiera está desecha? 230
 ¡O triste! Y en el fin de tan gran fiesta,
 ¿tan grave desventura estava puesta?

 ¿Cuál dios fue tan maligno
 que con cruel embidia ha transformado
 el rostro refulgente y la figura 235
 de perfección dechado?

Por cierto que a mi ver el tal no es digno
gozar d'essa celeste compostura,
pues hizo tal agravio a la natura.
Mi saber y mi sciencia no es bastante 240
bolverte tu figura delicada
con aquel radiante
rostro con que mi vista fue cogada,
más es porque a ninguno,
por más docto que sea y más pujante, 245
aunque todos se junten de consumo,
es dado deshacer lo que hizo uno.

Más ya que por los hados
iniquos y perversos m'es vedado
que seas mi mujer como convino, 250
no me será quitado,
aunque estén contra mi muy más airados
que sea árbol mío de contino.
Mi cabello más roxo que oro fino
por honrarte de ti será compuesto 255
y en mi aljava estarás y en mi vihuela,
al capitán que buela,
con fama por el mundo serás puesto,
cuando vaya triunfando
de su enemigo con alegre gesto, 260
y a ti, delante de él te irán llevando
con bozes su victoria sublimando.

Y assí como esta ornada,
mi juvenil cabeça de cabello,
en el cual la tijera no ha tocado, 265
y siempre estoy con ello
nunca serás de hoja despojado,
ni quitará tu honra el tiempo airado,

más siempre en ti lo verde será hallado.
 El rayo, que no haze diferencia 270
 de cosa alguna y todo lo despoja
 no tocará en tu hoja,
 guardando una manera de obediencia,
 pondrante en enzinales
 por defensa al rayo y su potencia 275
 por honra de las casas imperiales
 delante te pondrán de sus portales.

Esto fue lo que dixo Apolo al árbol,
 señal de recibir aquellos dones,
 que a los presentes aquel dios le concedía. 280
 Con los tiernos y nuevos ramos hizo
 señal de recibir aquellos dones
 que al presente aquel dios le concedía.

“Véis aquí, señores, cómo he cumplido lo que mandastes, aunque no como devía”. “Por cierto, señor Parisiles –dixo don Felis- vos lo havéis hecho como de vos se esperaba, solo un escrúpulo me queda y es porque más se pretende guardar la enzina que otro cualquier árbol, pues hay tantos más necesarios a la vida humana”. “Ningún dios hay –respondió Parisiles- que no tenga un árbol, ave, animal o otra cosa a su honra dedicado, assí como Minerva la oliva, Apolo el laurel, Venus la paloma, Juno el avón. Y asís de los demás, pues como Júpiter sea el supremo de los dioses y a él éste dedica la enzina por su respecto, a ella más que a otro árbol hacemos reverencia”. “Yo estoy satisfecho –dixo don Felis- más no me haríades merced de decirme, ¿por qué más la enzina se dedicó a él que otro árbol alguno?”. “Por mostrar – respondió Parisiles- el valor y fortaleza de Júpiter”. “Ello está muy bien dicho –dixo Felicia- y por agora cessen las preguntas y entendemos en lo más necessario, sin lo cual ningún viviente por largo tiempo se puede conservar”.

Aparejándose las mesas para comer, Felicia tomó de las manos a Crimene y Stela y las sacó del prado y las llevó al arroyo, donde, lavada Stela, las vistió cuán ricamente su valor y hermosura merescían porque ella havía hecho traer de secreto aquellos vestidos sabiendo lo que havía de acontecer y luego se fue para la fuente que

ya estaban aguardándolas, porque todo estava aparejado. Assí se escureció la hermosura de Felismena y ninfas con la presencia del radiante sol, que d'ello no poco todos se quedaron admirados no faltando embidia entre las mujeres, con la cual procuraban para consolarse poner algún defecto en ella aunque no lo viesse y quando hallar no les pudieron, le buscaron en la baxeza de su estado o en otras cosasde que ellas inquiriendo se suelen remediar. “Agora- dixo Felicia- podréis de veras reíros de los abraços de Parisiles y veréis si le deshezimos el agravio de estar plegado su venerable rostro con tan feo gesto”.

Entonces Parisiles se levantó y de nuevo se tornó a abraçar con Stela diciendo: “¡O hija mía, que agora te veo conforme a tu estado y merescimiento!”. Al desconocido pastor se le ivan y venían los colores, no por ver a su Stela compuesta, y en tal hábito, que ni su afición crecía con el aumento, ni valor de los vestidos reales, ni su amor se desminuya con la baxeza del hábito pastoril, mas en acordársele del tiempo en que en semejante traje la havía visto. Veníanle también las colores de embidia de Parisiles paresciéndole que a él aquellos a des abraços se debían. Necessario le fue a Felicia tornar a despartir al viejo Parisiles y a la hermosa Stela, esto hecho se pusieron a comer.

Querer contar el modo de hazer las libraciones que antes de poner la comida se hizieron y querer dezir el aparato, orden y abundancia de los manjares, assí como sería prolixo, pienso sería enojoso.

El fin del segundo libro de La Diana de Jorge de Montemayor.

LIBRO TERCERO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE DE
MONTEMAYOR

Acabada la comida, desseosos todos de saber quién fuesen las pastoras y el pastor y por cuál razón tan indignado Parisiles estava contra él, rogó don Felis a petición suya y de su querida Felismena, ninfas y pastores a la sabia Felicia al oído que ella lo pidiese a ellos. Felicia le respondió: “Yo os prometo que les demandaría cosa que aún ellos no sabrán dezirla, porque ni el pastor desconocido ni la hermosa pastora saben quién se son, pues ¿cómo lo podrán contar?. Su vida no será posible que la sepáis agora, porque no están en parte por estar el viejo Parisiles, que se atrevan a contarla. Pero dexadme el cuidado que yo daré orden para sacaros de tal desseo. Bien lo pudiera yo contar mejor que ellos, digo mejor cuanto a lo que tocar de saber quiénes son. Empero quiero que lo oyáis de su boca, porque mejor harán los afectos como personas por quién ha pasado”. Esto respondido de Felicia, don Felis hizo señal que Felicia no quería. Por donde todas se sossegaron conociendo que aquello debía ser conveniente.

Ya que un poco hubieron sobre la comida reposado, Felicia dixo al no conocido zagal: “Muestra a estos pastores tu cayado y vosotros miradlo bien porque es bien digno de ser visto”. El pastor luego se levantó por él, que le había puesto con el çurrón aparte quando se sentó a comer y dándole a los pastores y viéndole don Felis de diferente color, le pidió solo para ver de qué madera era porque desde un poco aparte no se divisava lo principal d’él, que era estar desde el medio de la mañana arriba todo labrado, y digo que desde aparte este entalle no se veía por su mucha sutileza.

Pues como don Felis tomado el cayado en la mano lo viese, dixo: “Porque señora Felicia querías que solos los pastores gozasen de la vida d’este cayado”. “Por ser- dixo Felicia- cosa a ellos pertenesciente”. “Cierto- dixo don Felis- bien me paresce ser el digno de manos de reyes, aunque la verdad él está bien empleado”. “Siquiera por valer yo algo entre tan buena compañía- dixo el pastor- no quiero contradeziros, ni es mi voluntad pagaros en la mesma moneda porque mis baxas palabras no humillen vuestro crescido valor”. Ya respondía don Felis, quando Felicia alargó el brazo diciendo: “Tenéos afuera que aquí bastar deven sendos golpes y mirad lo que entre manos tenéis”.

Entonces, los pastores Sireno y Silvano se llegaron con don Felis. Miraron el artificioso cayado que era negro con algunas vetas blancas, quedaron las mujeres para después. Disputaron entre todos qué madera sería y hubo diversos paresceres. D’ellos

dixeron que era ligno Aloes, d'ellos que era Évano y al fin se concluyó que era raíz de olivo, que a los dos es muy semejante. Esto hecho se pusieron a mirar el cayado, el cual era de largo cuánto un mediano hombre hasta los pechos, por la parte de abajo hasta la mitad de la cabeça y por la parte de arriba en el mástil cuánto una mano estava guarnescido de açofar que parecía oro tan bien asentado y tan igual con la madera que sino por la diferencia del color no se conociera la parte del palo y del metal. Después del metal en la cabeça sin lavor alguna, se seguía una vanda ancha quanto dos granos de cevada. Lo restante de la mançana del cayado estava en quatro partes al largo dividido por quatro pedestales, basas, cañones, capitales, alquitravos, frisos, cornisas y porque aún todo no llegaba al mástil (que quatro pilares ivan a sostenerle), estaban sobre cada uno un niño estendido el braço y a un con todo había menester levantar el calcañar para alcançar con la mano a sustentar el mástil. Entre pilar y pilar había quatro figuricas muy sùtiles.

De manera que había diez y seis entalles en toda la mançana, pero entre cada pilar solamente se mostraba una fábula a ganado o pastor pertenesciente, pues era cayado para pastor. En la parte que primero se les ofresció a la vista, estava entre un hato de toros y vacas, un toro más que todos hermoso y blanco en los cuernos d' él. Europa ponía una corona de flores que de la suya acabava de quitar y el toro mansamente obedescía lamiendo la ropa para asegurarla. Un poco más adelante estava la mesma sentada sobre los ombros del toro y él, poco a poco, haciendo como que pascía levantava. Encima de la primera d'estas dos partes, el toro vuelta la cabeça lamía las manos de la doncella que iva encima y, passo a passo, por las riberas de un mar allí cercano se paseava metiendo de quando en quando el pie en el agua. Más delante, encima de la segunda figura d'este primer espacio, el toro se metía de hecho por el mar adelante.

La doncella de medrosa sin mirarse que se mojaba, entendía solo en assirse bien a los cuernos por no caer volviendo el rostro erizado del temor a la ribera que forçada dexava. Mirada esta parte y dada la vuelta un poco al cayado, vieron en la segunda parte un hermoso pastor entre unas ovejuelas, que sobre sus rubios cabellos una trença de cerdas blancas se ponía sin recogerlos, porque sobre los ojos no se pusiesen. El cual porque más adelante la luna atentamente y con mayor claridad que solía le estava mirando, se conoció ser Endimión.

En la parte superior, vieron al mesmo reclinado sobre un tronco de árbol cortado y la luna con sus artes y fuerças se ingeniava en emprimirle sueño. El intento de

quererla adormescer se entendió por lo que se seguía, a causa de que amorosamente al adormido moça estava besando. En la tercera parte o espacio estava la diosa Juno razonando con un pastor de cien ojos (que Argos se dezía) y señalándole con el dedo una hermosa vaca, para que se la guardasse bien amenazándole si otra cosa hazía. El mesmo Argos, más adelante, estava assentado sobre una peña y con los noventa y ocho ojos, que por entonces velaban, mirando fixamente a la vaca encomendada. En la parte de arriba se veía pasar Mercurio en hábito de pastor tañendo una çampoña. El cual combidado de Argos a reposo allí se quedó, a cuya suavidad se le adormescieron todos los ojos. Más adelante, muerto por Mercurio, Argos se llevaba la vaca, o por mejor dezir, a transformada en vaca y se la dava a Júpiter. En la cuarta parte, riberas de un río, Xanto llamado, estava Alexandro, que después se nombró Paris, echado el brazo izquierdo sobre el cuello de una ninfa dicha Enone y con el derecho escribiendo en un álamo blanco, estas letras servíale de papel la lisa corteza de tinta y pluma un agudo cuchillo:

Olvidarte he yo entonces, ¡o, amor mío!,
cuando bolviere atrás aqueste río.

Más adelante estava esta ninfa con este pastor entre las ramas de un pequeñito tarai robando al ruin³¹ señor sus caros hijuelos y la triste madre por encima de sus cabeças revolando y pidiendo al cielo vengança del despojo. En la parte de arriba estava Mercurio mostrando a Paris (que desde entonces tomó este nombre) una mançana de oro y señalando con la vara que en las manos tenía que la diesse a la más hermosa de tres diosas que con él venían. Más adelante, estaban estas diosas desnudándose por mandado de Paris para hazer mejor el juicio y después de bien miradas por una y otra parte la dio a Venus quedando ella altiva y muy ufana, las otras baxas las cabeças muy enojadas y airadas contra el pastor. En el mástil estava ingeniosísimamente pintada mucha diversidad de juegos pastoriles y caça que aquí no se cuenta ni escribe por evitar prolixidad. Aunque don Felis, pastores, Felismena, Selvagia y ninfas miraron el cayado, nunca Parisiles le quiso tomar en sus manos por ser del pastor a quién odiava sobre todas las cosas del mundo.

³¹ Rui: “ruin”, adición de consonante nasal, errata en el texto original.

Acabado de ver el cayado de unos y otros y alabada la sutileza e ingenio d'él. Sireno preguntó al pastor si acaso le había el hecho. El pastor respondió que no, ni sabía quién, más de que se le habían dado. “No te quería mal- dixo Sireno- pues tan rico don te dio”. “Antes, pastor, - dixo Crimene- quién le dio era y es mortalíssimo enemigo suyo y assí le dio con el más cruel intento que jamás se oyó porque había de ser medio para darle a este nuestro pastor la más cruda muerte que pensar se puede, por donde este cayado ha sido causa del destierro suyo y nuestro y de la prisión de su caro amigo.

No pudieron el pastor, Stela y Crimene a esto comprimir las lágrimas y por esto no quisieron preguntarle cómo había sido aquello. Felicia dixo: “Parisiles, amigo, yo sé que a esta gente moça les pesa porque astamos tú e yo aquí a causa de que tener respecto a nuestra ancianidad no tienen la conversación y pláticas que entre moços se usa, por tanto, si te parece, demos lugar a ellos y tomémosle tú e yo que no menos nos serán a nosotros agradables nuestros passatiempos, que a ellos los suyos. Mas porque es gente maliciosa vénganse con nosotros Crimene y Stela”. Todos se rieron d'esto y luego sin más respuestas, Felicia y los tres se fueron por de fuera de aquel prado. Empero cuando se ivan, estando un poco apartados de la fuente, donde los demás estavan, Felicia dixo a los que con ella ivan: “Esperaos que se me ha olvidado de avisarles un poco”. Con esto, buelta a la fuente, dixo: “Desconocido pastor, puesto que tengo que hablar con Parisiles cosa que a ti y a tu amigo toca y al descanso de todos vosotros, mi apartada de aquí es, por apartar a Parisiles, a Stela y a Crimene para que cuentos a los que contigo quedan quién eres, a lo menos lo que acerca d'ellos sabes y porqué causa traes tan buena compañía porque ellos lo dessean en extremo e yo tendré en mucho que les des este contento”.

Esto dicho, se bolvió para la compañía que había dexado y con ella se fue a un lugar apartado, donde sentándose dixo: “Siéntate Parisiles, vosotras hijas apartaos un poco, oídos a passear por ahí, que no quiero que se seáis testigos de los amores que con Parisiles trato”. Quedándose pues solos los dos, Felicia le declaró todo lo que adelante se dirá y que no le debía pesar porque su hija anduviesse en compañía del pastor, pues él era tal que ninguna cosa se perdía, cuánto más habiéndose todo tratado con tanta limpieza que atendiesse que todas las cosas ivan ordenadas por mano de los dioses, las cuales nosotros no alcançamos, pues las³² más vezes ello a los suyos dan descanso, por

³² Adición de “s” para la concordanciade género y número, errata en el texto original.

donde piensan que les viene el trabajo y que assí con él lo havían usado. Éstas y otras muchas cosas con él trató.

El pastor desconocido que con don Felis, Felismena, ninfas y pastores había quedado apartada Felicia, d'esta manera començó:

“Cuanto a lo primero que pedís, señores, de que os diga quién soy, yo no sé qué responderos, pues de pocos años a esta parte sé yo no ser mis padres a quién por tales tenía y con desseo de saberlo, salimos un amigo mío e yo a quién tengo por mi propia alma de nuestra patria. Hiziéronnos a éste y a mí los dioses, no solo en rostro, cuerpo y condiciones, pero aún en ventura tan semejantes que se podría dezir, havernos dado dos almas para un solo cuerpo o dos cuerpos para una sola alma y assí ni más ni menos a él como a mí es oculto quién su padre y madre sea. Creyéramos ser ermanos sino que a diferentes personas y en diferentes lugares os dieron a criar a mí un moço y gentil pastor y a él una vieja y honrada pastora. Yo (que Delicio es mi nombre) me crié en un lugar pequeñito en Trinacria al ángulo Pachino llamado, en casa de un pastor dicho Carposto, mi caro amigo cuyo nombre es Partenio en otro lugar el segundo ángulo, de tres que tiene aquella isla dicho Peloro, en casa de otro pastor por nombre Sacordo. D'este baxo estado, la Fortuna nos subió al más alto que podríades pensar y porque oyáis el gracioso modo con que nuestra ventura o desventura nos guió a él, os le contaré. Pero havéis de llevar bien en la memoria, assí los nombres de mi amigo y mío, como los de nuestro amo, si queréis gozar del caso. Siendo yo de edad de tres años aconteció que Carposto, amo mío, fue por cosas que le importavan al lugar de Partenio se criava. Al cual, viendo jugar con otros niños en la calle, se quedó como atónito (pensó ser yo aquel, tanto los dos nos semejamos) paresciéndolo como con trabuco haver sido echado en aquellas tierras. Pero aún mucho más se admiró cuando después de haverle llegado a él y besándole contra su voluntad, el niño procurava con sus débiles fuerças eximirse d'él”.

A las bozes que dava Partenio, llegó su ama y maltrató de palabra a Carposto, lo cual muy pacientemente él sufrió y sino por algunos del lugar, que al ruido llegaron, pusiera a las manos en ella. Empero como tanto él porfiase ser aquel su hijo y en ello tales extremos hiziesse, fue de todos reputado por hombre fuera de juicio. Carposto al fin calló, viendo no ser corduraré querer contrastar a todo un pueblo, afirmando a una boz ser hijo de aquella mujer y más viendo que huya d'él el niño que esto postrero le persuadió más a lo contrario de lo que le parecía. Pero cuando más el rostro, ojos, manos, faciones, edad y estatura del niño contemplar querría, más incrédulo se hallava y

tanto que otra cosa no podía entender sino que aquella mujer huviesse a todos hechizado o que él lo soñava. Por hazer breve, él se bolvió cuán más presto pudo a su lugar con temor de no hallarme allí. No se puede creer el gozo que recibió de verme cuando a casa llegó con el regozijo que yo para él me fui.

Esto, mi amo viendo con una moderada risa, me dixo: “Bien poco pues a hijo mío que me negaste” (hijos nos llamavan nuestros amos, que quién nos dio a criar así se lo avía rogado) y buuelto a su mujer, le preguntó si havía yo faltado de casa. Ella le respondió que no, sino los ratos que con otros niños havía andado jugando, más porque lo preguntara. Carposto le contó todo lo que le havía acontecido. Admirada quedó mi ama del caso y más cuando afirmava la semejança entrambos y de veras riyera³³ de la burla, sino porque su marido estava triste e imaginativo y assí esto de ella considerado, le preguntó si le había sucedido otra cosa o que havía porque si más que aquello no havía, antes habíase de ser causa di gozo que de tristeza.

Carposto respondió que havía hecho tales y tantos extremos afirmando aquel ser su hijo Delicio que con razón le tuvieron y tendrían por loco. Mi ama que para su cualidad es sagacíssima, llamada Calasta, después de haver pensado un poco, ordenó lo que agora oiréis y fue esto que me llevaron cubierto por no ser visto mi amo y ama al lugar do Partenio se críava. Estando pues de secreto en el lugar y quedándose Calasta comigo en la posada escondida, Carposto se fue a buscar a Partenio y, hallado, de nuevo hizo los mesmos extremos tornando a porfiar ser su hijo y a dezir que él lo quería probar de lante de todo el pueblo y de la justicia. Cuando d’estas pláticas gran parte del pueblo, que allí se havía juntado a ver su locura de la otra vez ya publicada, riéndose estava, visto que aún porfiava otra vez, él tomó el niño Partenio y sin que alguno fuesse parte para estorvárselo, corriendo se fue a la posada con el niño. Era cosa digna de ser mirada, verle a él llevar el niño que llorava y a la gente que le seguía, temiéndole como a un loco no le hiziese algún daño.

A la fama d’este negocio vino Sarcordo, amo de Partenio, tan amotinado contra Carposto cuán celoso de que algún daño a su hijo huviesse sucedido y cómo hallasse a Carposto fuera con la otra gente hablando (que ya el niño havía dexado con Calasta y comigo escondido) quiso venir con él a manos, sino se lo impidieran assí las persuaciones de la gente, como las blandas palabras de Carposto, que sabiendo ser el padre (llámole padre porque por tal era tenido), d’esta manera le habló: “Hombre

³³ *Riyera*: “riera”, errata en el texto original.

honrado del niño ora sea tuyo como piensas, ora mío como yo cierto sé, no tengas pena qu'él está bueno y sin prejuicio alguno. El darse te será como delante del juez cada uno provare, assí que si el niño es tuyo aquí estoy, que lo bolveré tan sano como cuando le traxe. Si por mío se juzgare, que no dudo en ello, poco te tocará a ti su salud, si ya de las cosas ajenas no quieres tener cuidado”.

A todo el pueblo agradaron las palabras de Carposto, no porque dudasse de su injusticia, sino por oír las razones en que se fundava, en cosa tan sin ella. Por lo cual con ambos concurrió mucha gente en presencia de la justicia a donde, llegado Carposto, d'este modo començó a hablar: “Bien entiendo señores que antes que mi causa sea justificada por vosotros, me juzgaréis por hombre fuera de juicio, según lo que de muchos d'este pueblo he colegido. Empero vista mi clara justicia, aprobada con nuestra rectitud, quedará condenada su falsa estimación y aprobado mi verdadero parescer y porque más derechamente la causa sea determinada, havéis de saber que los días pasados me privaron, por hablar modestamente de un hijo y acaso estando yo bien descuidado de semejante injusto, le topé, cosa admirable habiéndole yo dexado en mi casa y habiendo yo venido con la presteza posible en una calle d'este lugar jugando con otros niños. Considerad pues los que tenéis hijos queridos, ¿qué sentiría yo, como tengo dicho, habiéndole dexado poco antes en mi casa? Donde como hiziesse el oficio de padre, de todos adquirí crédito de loco. Hallándome d'ello afrentado, dissimule por entonces, por no serlo con verdad, pues lo fuera en porfiar contra todo un pueblo, vengo agora a defender mi causa con testigos que para ello traigo y porque esta pobrança por ventura no la tendríades por conveniente o justa, a causa de que podría en mi defensa traer testigos falsos, entiendo hacerla de la suerte que más a mi adversario agradare y en cualquiera que eligiere, pienso convencer a él y a los circunstantes hazer entender la falsa reputación que de mí han tenido. Assí que, señores, mandad a mí contrario que elija el medio con el cual yo averigue mi verdad, si todavía porfía ser su hijo el que yo me he criado”.

A esto respondió Sarcordo: “Cosa indigna del respecto, señores, que se os debe, me parece ser lo que aquí se trata, porque, o havéis de juzgar que este nombre es loco en lo que dize y entiendo probar o havéis de conocer que se burla de vosotros haziéndoos poner en juicio acerca de una cosa más que el mediodía clara. Empero porque su desvergüenza se entienda y por ella digno castigo le déis, mandad que traiga el niño que todo el lugar quiero que testifique”.

“Si essa probança- respondió Carposto- es suficiente, yo también lo probaré con todo mi pueblo”. “Ora señores –dixo Sarcordo- no hay para que detenernos en esto, póngase el niño en medio de entrambos, que él se irá con su padre”. Carposto, que aquello era lo que andava buscando, respondió: “Sed testigos todos de lo que dize. Vosotros, señores juezes, privad de hijo al que el niño menos preciaste y dad el castigo debido al condenado, a él por el hurto cometido y a mí, por la locura o desvergüenza que de mí publica”.

Diziendo esto, volvió su cabeça a un moçuelo que consigo traía y le dixo: “Corre, ve a la posada y trae el niño”. El cual bien presto me llevó a mí dexándose en la posada a Partenio, cuyos vestidos yo llevaba, que Calasta quitó a él los suyos para dármelos a mí y a él dio los míos. Pues como yo ya llegasse cerca, la gente se apartó estando a una parte Sarcordo y Carposto. Entonces el muchacho que me llevaba, me soltó a vista de dos. Yo con alegre gesto e invocaciones de hijo amoroso, me fui en fin con mi padre sin hazer aún muestra de bolver la cabeça a Sarcordo, que con agonía me estaba llamando.

Esto hecho con gran admiración de todo el pueblo porque ninguno había allí que su cabeça no pusiera, apostando ser yo Partenio. Carposto me tomó y me puso junto a Sarcordo apartándose él, mas yo luego me fui tras él sin hazer cuenta de Sarcordo. Todos estaban atónitos, no pudiendo dezir otra cosa, salvo que Carposto me había hechizado y assí por tal le quisieron prender. Mas primero truxeron a la mujer de Sarcordo por ver si con ser madre tendría yo a ella más afición. Empero no hize más caso d’ella que d’él. Carposto entonces dixe: “¿En qué os desvanescéis que el niño conoce bien a su padre? Vosotros, señores, mandad que no se me haga resistencia alguna, para que yo lleve lo que es mío”.

Ignorando los juezes que se responder, Carposto dixo: “No sé porque estáis suspensos en una cosa tan manifiesta, pues porque no dudéis, dad licencia para que vuelva el niño a la posada, que luego le tornarán e yo me quedaré entre tanto por prenda, porque no digan que antes de la sentencia me apodero d’él”.

Hechas señas de concederlo, habló al moçuelo, que dixe que traía, y esto en secreto y lo que le dixo fue que me llevasse a mí y truxesse al otro niño, bolviéndole sus vestidos. Él lo hizo y traído Partenio allí delante, sin más resistencia se fue para Sarcordo, padre suyo, y para su ama. Viendo los juezes tan gran mudança y como a su parecer (pensando los dos uno) hazía del niño lo que quería, le mandaron prender por hechizero. A esto dixo: “Señores, aquí estoy para lo que me mandáredes, pero hazedme

esta buena obra que lo suspendáis hasta que se vea al fin, podrá ser que d'ello recibáis contento". Y luego hizo bolver el niño, diziendo quedó al moçuelo que nos llevaste a mí y al otro niño allí desnudos. Esto hizo porque no fuesse conocido Partenio por los vestidos, pero antes que llegasemos, dixo a los juezes que mandassen apartar a Sarcordo y su mujer de allí o que se pusiesen entre la gente, de modo que el niño viniendo no los viesse. Ellos lo hizieron y he aquí nos vieron traer a entrambos desnudos y muy alegres jugando de cuyo espectáculo admirados los que allí estavan y muchos más que se havían llegado a la fama de lo que passava y otros que por la calle venía tras nosotros, unos a otros se miravan sin hablar palabra, abriendo las manos y de en cuando en cuando levantando los ojos al cielo en señal de admiración.

Entonces con boz alta, Carposto dixo antes que llegasemos: "El uno d'estos niños es mío, el otro de Sarcordo, por tanto él escoja el suyo. Mas porque el conocimiento del niño no se le dé a él, lléguese a conocerlo por detrás de la gente e yo me esconderé por aquí". Llegado, pues, Sarcordo y no pudiendo conocerle, mi amo dixo: "Señores, todos los que aquí estáis presentes, yo os querido dar este día de placer, poniéndoos delante de los ojos una cosa maravillosa, porque no os admiréis ni me juzguéis por loco en lo que hize los días passados con Partenio, creyendo ser mi hijo y para que veáis si havía justa causa para porfiar ser mío".

Todos se holgaron d'ello y le tuvieron por hombre avisado, pues también había sabido bolver por su honra. "Por cierto –dixo don Felis- con gran razón, aunque me paresce que todo fue por consejo de Calasta, pero no dexó de haver en Carposto gran discreción en saber regirse con todo un pueblo".

"Esto hecho –prosiguió Delicio- nos pusieron nuestros vestidos y cierto para dar a cada uno los suyos propios, no menor diferencia hubiera, si nosotros de nosotros no diéramos conocimiento a nuestros padres, llegándonos cada uno al suyo. Tomamos tanta amistad los dos que en ninguna manera nos podían apartar y assí en estando el uno del otro apartado, cada uno preguntava por el otro, tanta fuerça tenía uno que dios, que en nosotros reinava adivinando la gran amistad que entre él y mí havía de haver. Sospecho, señores, que ha rato que me quisiérades haver preguntado que se ha hecho mi tan caro ermano Partenio (que assí siempre nos llamamos) y que lo havéis dexado por no romper mi cuento. Quería pasar adelante Delicio, más las lágrimas no le dieron lugar".

Cinthia se llegó a él diciendo: “Pastor, cessen tus lágrimas y passe tu cuento adelante, que en hazer esso, muestras la poca confiança que de Felicia tienes. Ya te he dicho que se remediarian tus trabajos”.

Delicio, entonces limpiándole los ojos, dixo: “¡O ninfa!, tú me dizes que en lo que hago, muestro la poca fe que tengo de Felicia. Yo te digo que por lo que hablas das a entender lo poco que debes saber de semejantes pasiones y Dios te libre de tal saber, pues la ignorancia en tal caso es más provechosa. Mucho te pudiera acerca d’esto responder, si pensara que me otorgarían lugar los presentes, pero sola una palabra te diré: “Que la esperança no desarraiga la pena, sino que la alivia”.

Polidora dixo: “Por cierto, pastor, que parece que estás en nuestros coraçones, porque assí como dixiste la verdad en que teníamos desseo de saber que se havía hecho tu caro ermano, acertaste en dezir que no te diéramos licencia para respuestas y réplicas. Por tanto, dissimulando tu dolor nos acaba lo començado”.

“Plázeme- dixo Delicio-. No os pene pues, señores, no saber por agora mi amado ermano, pues debe bastar lo mucho que a mí me da dolor, que el proceso de mí cuento, os lo declarara cuando no, otra vez lo sabréis y veréis si tengo razón de solemnizar tal memoria con éstas y más lágrimas. La fama del hecho que contando os iba y la gran semejança nuestra de ahí a pocos días tocó en las orejas del viejo Sinistro, gobernador de aquel reino do nosotros nascimos puesto por Rotindo, rey de Eolia, por lo cual Sinistro mandó que a él nos llevasen y assí por esta gran semejança como por la mucha hermosura, según dizen que siendo niños teníamos, nos tomó a nuestros padres y de ahí a poco tiempo nos embió a Rotindo que oído lo que de nosotros la fama havía publicado, nos embió a pedir para que fuésemos compañía a un hijo que tenía de un año menor que nosotros, llamado Agenestor como el agüelo de parte de madre. Era cosa admirable la mucha afición que todos nos tenían y sobre todo el extremado amor que el príncipe Agenestor nos cobró, porque era aqueste tan grande que fue necessario para tenerle a él contento, aponsetarnos a nosotros en su mesma cámara y assí a su causa éramos tratados como su propia persona. De donde no poco provecho redundó a Carposto y Sarcordo, amos nuestros, que entonces por padres eran reputados, haziéndoles tales mercedes que muy bien pudieran dexar su estado, si su baxa condición y naturaleza les diera lugar a ello, de modo que como pocos dexan de corresponder a su principio, entre los pocos no quisieron ser contados, teniéndose por contentos en haver subido un escalón más que sus antepassados, a lo menos en riquezas. Mas la prosperidad (ora sea en bienes adquiridos por fortuna, ora sea en bienes alcançados por

sí mismo), esté siempre acompañada de embidia y por ventura (lo que más cierto es) para encaminarnos, nuestra fortuna a lo que los hados de nosotros tenían determinado, no faltó quién dixeste, Partenio e yo no ser hijos d'estos pastores, sino criados, pero nadie supo dezir, quién fuesen nuestros padres y a la verdad, esto que de nosotros se dixo, no fue a algunos dificultoso de creer, porque por la afición que tenían, juzgaban nuestra hermosura e inclinaciones ser muy diferentes a las pastoriles. En no mediano cuidado, nos puso saber no ser nosotros hijos de quién pensábamos y assí hasta la hora de agora desde nuestra puericia³⁴ siempre hemos andado congoxosos por saber y conocer a nuestros propios padres. Siendo pues Partenio y yo de edad de diez y seis años y sabiendo (como os he contado), no ser los dichos nuestros padres, fuimos a ellos para informarnos quién fuesen. Los dos cuales ninguna cosa nos supieron dezir, más de que de secreto a mí había dado a criar, como ya havéis oído, un gentil y moço pastor y a Partenio una honrada y vieja pastora, dándonos las señas Sarcordo de la pastora. Carposto del pastor y que a cada uno d'ellos les havían muy bien pagado la criança y aún después les havían dado unas ovejuelas diziendo que se las guardassen, porque a ellos convenía hazer un largo camino. Todo esto supimos de cada uno d'ellos por sí, porque ni el uno sabía del otro, ni el otro del otro. Conformarse nuestros amos y ser todo en un tiempo nos ha puesto en alguna sospecha de ser ermanos, sino nos dieran tan diferentes personas a criar, porque no es de creer que seamos tantos hijos del zagal y de la vieja, siendo tan diferentes en hermosura y edad y más que cuando la vieja dio a criar a Partenio, era el recién nacido”.

Preguntando a nuestros amos si sabían alguna cosa d'ellos, nos dixo Sarcordo que él no había visto más a la vieja, ni sabía d'ella desde que le dexó las ovejuelas. Carposto, mi amo, dixo que a cabo de dos años que nosotros estábamos con el príncipe Agenestor, había allí ido el zagal que me dio a criar a saber de mí y que él le contó lo que passava y cuán queridos éramos del príncipe, pensando que en ello le dava buenas nuevas, más que el zagal casi poco o nada se había alegrado, porque a vezes mostraba contento d'ello, otras pesar. Con esto que mi amo me dixo que me admire y puso en solicitud que un pastor con tanta arrogancia menospreciasse mi prosperidad y no quisiesse ir a verme, pudiendo yo, si él es mi padre (como cree Carposto) ponerle en más estado que él podía pensar y cuando no lo fuera, el cuidado de mis³⁵ crianças gratificara yo cumplidamente.

³⁴ *Puericia*: “pericia”, errata en el txeto original.

³⁵ Adición de “s” para la concordancia de género y número con el sustantivo al que acompaña.

“Por cierto- dixo don Felis- aún a mí me da pena no saber la causa porque me menospreció y tuvo en poco tu estado con no tocarme más de doler me dé tu fatiga que hará a ti que tanto te va”.

“No sé que me diga-dixo Delicio- sino que bivré todos los días de mi vida con dolor, sino puedo alcançar a saber lo que tanto desseo. Pues con este cuidado, vueltos a Eolia, nos presentamos un día delante del rey Rotindo y el príncipe, su hijo, ademandarles licencia para ir a buscar a nuestros padres o a lo menos a buscar aquellos que nos dieron a criar, prometiendo bolver, como éramos obligados a servirles las muchas mercedes recibidas y esto lo más presto que pudiésemos, diciendo y poniéndoles delante, cuán mal contado nos sería estar nosotros prósperos y en descanso y nuestros padres por ventura en miserias y fatigas. Mucho pesó al rey Rotindo por lo mucho que sabía querernos el príncipe, pero sin comparación él más lo sintió, puesto que con ver la demanda ser justa, nos lo concedieron. Hecho esto, fuimos ni más ni menos a pedírsela a la reina Agenesta, a quién no solo como a señora obedescíamos, pero como madre amábamos y amamos, a causa de que continuamente nos hazía señaladas mercedes y también porque ella el tal comedimiento por sí merescía, por su soberano valor. La fama de nuestra partida y el fin se extendió por la ciudad, de lo cual aunque a muchos (según entendimos) pesava, creo que muchos se alegraron por embidia de vernos tan favorecidos. Entre los primeros, muchos hubo que se ofrescieron acompañarnos, pero a ninguno se lo consentimos, excepto a un caballero, Martandro llamado, porque llevaba otra demada semejante a la nuestra, que es buscar a un amigo suyo, cuyo nombre es Disteo, el más principal de aquel reino y a una esposa suya que Dardanea se llama, los cuales ha mucho tiempo que se ausentaron porque se dezía el rey estar indignados contra ellos. Éste, Martandro, amigo mío, salió solo con nosotros y paresciéndonos que mejor haríamos nuestra causa, divididos, cada uno buscando lo suyo y lo de los compañeros nos concertamos de ir cada uno por su parte. De manera que él se apartó de nuestra compañía, pero como Partenio e yo lo mesmo quisiésemos poner por obra nuestro gran amor, no lo consintió, tanto la voluntad del uno con la del otro está ligada”.

A cabo de algunos días, no llevando camino cierto, nos hallamos un día en aquella parte de la famosa Lusitania, donde el caudaloso Duero mezcla con el mar sus cristalinas aguas dentro de una floresta y como allí determinassemos reposar porque a ello la fuerça del sol de mediodía nos constriñía, oímos cantar tan suavemente que suspensos nos quedamos como estatuas, sin poder el uno ni el otro hablar palabra, más

de enarcando las cejas y meneando la cabeça, dar a entender la admiración en que el canto nos ponía. Atendiendo lo que se cantava, era una canción en alabança de la castidad. Mas porque ya me parece que devo de ser largo para otro día quedará mi cuento comenzado. Las ninfas, todas a una boz, dixeron que prosiguiesse y dicesse la canción, si tenía d'ella memoria porque no había en qué mejor passar el tiempo entre tanto que la sabia Felicia venía. Por no ser mal criado para con la noble compañía, dixo Delicio: “Os diré la canción y lo que más mandáredes que no la canto persona para que se me olvidasse”:

Si mi tañer y canto,	
atrás aquel de Apolo se dexasse,	
y si valiesse tanto	
mi dezir que quedasse	
sin memoria Mercurio y se olvidasse,	5
y si aquella elocuencia	
de Minerva famosa pareciesse,	
barbaría en competencia	
de la que yo tuviesse	
y puesta con la mía baxa fuesse.	10
Y si estuviese ornada	
de cien bocas de hierro muy constante,	
y assí mesmo dotada	
de lenguas de diamante	
y con todo me viera muy pujante,	15
no aquel abatimiento	
de la sobervia gente contraria,	
no aquel destruimiento	
por agua hecho diría,	
ni un breve tiempo en ello gastarí.	20
Por mí tan solamente	
tus loores, castidad, serían contadas	
con esto justamente,	
también serían notadas	
las partes qu'en ti sola son halladas.	25

Tú eres destruidora
 de vicios entre todas las virtudes,
 y como protectora
 a nuestr'ayuda acudes,
 y la roña de vicios nos sacudes. 30

Tú, eres el camino
 que a todas las virtudes endereça,
 tú, capitán divino
 dotado de destreza,
 tú, firme alcançar, firme fortaleza. 35

A la razón derriba
 luxuría, si por caso l'ha domado
 y házela captiva³⁶
 de libre a sus mandado,
 la sierva a la señora ha sujetado. 40

Tu castidad libertas
 a la razón en más sublime grado,
 si s'allega a tus puertas
 y assí será llamado
 tan solo libre aquel que t'abraçado. 45

Tú causas en el alma,
 loable proporción y compostura
 y con ésta la palma
 de divina hermosura,
 te llevas reluciendo tu figura. 50

Tus vanos pensamientos,
 que a muchas partes corren sin licencia
 más ligero que vientos,
 recoges con prudencia,
 y al hombre le hazes apto a cualquier sciencia. 55

Siendo sincera y pura
 al puro tú nos juntas y al sincero

³⁶ *Captiva*: "cautiva", errata en el texto original.

y assí a la criatura
 que guía tu sendero,
 amigo de Dios le hazes verdadero. 60
 En balde d'esto y gastando
 palabras pretendiendo de loarte,
 pues es mejor callando,
 con obras sublimarte,
 que querer con palabras ensalçarte. 65

Acabado el dulce canto como vimos que no tornava de nuevo, nos levantamos muy quedo, por ver quién tan alegre había hecho aquella floresta hinchíendole de tan sabrosa armonía. Queriendo echar los ojos a la parte do al boz había salido, el repentino estruendo del agua de un río, que cerca de allí estaba, nos forçó a que aquella parte la vista endereçassemos cuya causa era un fieríssimo pastor que a gran priessa passava el río. Él era tan grande que no hay hombre por bien dispuesto que fuesse que con la cabeça del ombligo le passase, a cuya estatura en devida proporción el grueso de sus miembros correspondía. Era tan velloso que apenas dexarse veían las carnes de su cuerpo y no se vieran, sino que estaba el vello derecho a manera de cerdas de puerco montes. Los ojos espantosos y encarniçados, de vestidos le servía pieles de fieras cozidas por defensa a los duros dientes d'ellas a quién se las quitava. No le passava la vestidura en los braços de los murecillos adelante y en lo baxo de la rodilla. Sobre la cabeça traía una gruesa concha de pescado marino que morrión parescía. El çurrón que de las espaldas le colgava era hecho de piel de cabra montesina. Casi un entero pino bastante para governalle de una gruesa nave de cayado se servía, el remate del cual estaba guarnescido de azero con unas grandes y agudas púas.

La causa de su presteza en passar el río era (a lo que después pareció) seguir a una doncella, que dest'otra parte del río estaba cantando la canción que agora havéis acabado de oír cuya hermosa vista a nosotros no menos espanto que la fiereza del rústico pastor nos había atemorizado. Como vio la hermosa virgen al fiero Gorforosto (que assí este hombre bestial se llama), començó a huir con una increíble ligereza y viniendo a pasar por muy justo de donde nosotros juzgamos o ser ninfa disfraçada en rostro de hermoso niño o niño transformado en rostro de bella Ninfa porque ni su hábito era en todo de varón, ni del todo estava conforme a mujer vestida. Llevava el cabello semejante al oro de la Arabia, suelto desde la media cabeça abaxo que por la frente

alrededor de la cabeça estaba ceñido con una corona de laurel variada de flores en colores³⁷ diversas. Sembrábase la dorada madexa por las espaldas llegando baxo de la cintura y estaba como recogida y presa con la corona dicha, porque no tuviesse lugar ni licencia para ponerse delante de sus hermosos ojos. Trahía un juboncito tan colorado que no se puede creer sino que fue teñido con el chermes y tan justo por la cintura y pecho que parecía ser dotado de entendimiento para por ninguna vía querer apartarse de aquel gentil y hermoso cuerpo que por el alabastrino cuello estava para mayor cuidado suelto con algún descuido. El color purpúreo d'este juboncico en su néveo rostro se representava son tanta gracia cuánta suele dar con su sombra en los blancos palacios el colorado velo tocado del claro sol. El ventizico movido con la presteza de la ligera corrida levantada una delgada faldilla del mesmo color que el jubón.

El ruedo blanco y azul d'esta faldilla, poco más baxo que de la pontorrilla³⁸ passava de donde se parecía la mitad de un borzegui verde y por la parte de afuera de oro la brado con unos çapatos (que talaes se llamavan, cuales lo que dezían traer Mercurio) y vanle sonando las flechas que dentro de un carcax de marfil, que al izquierdo ado llevaba colgando. El arco que en la izquierda mano tenía con tres flechas que en la derecha ivan, le aligeravan y apresuraban la huida. Entrambos a dos, Partenio e yo vimos a esta soberana virgen y entrambos a dos quedamos presos de su graciosa vista como después se vio, aunque no por entonces y tan fuera de nosotros que no tuvimos acuerdo para favorescerla, ni librarla de aquel ferocíssimo bruto que a las espaldas le iva, hasta que ya buen trecho, puesto que en muy breve tiempo de nosotros se habían alexado y dado caso que ayudalla quisiéramos, ni nosotros fuéramos bastantes a las bestiales fuerças de Gorforosto ni con gran parte igualáramos la ligereza d'él, ni a la presteza de la bella Stela, que éste es el nombre soberano de la virgen noble, y es aquella celestial pastora que no se desdeña andar en mi compañía.

“No tenías necesidad- dixo don Felis- de tomar ese trabajo de declararnos quién fuesse, pues lo que en su alabança has dicho fácilmente se coligiera”. “Déxale señor don Felis proseguir- dixo Dorida- que me parece que aún voy en el trabajo d'essa doncella y querría verla libre de las manos de tal animal y dáte por tu vida, pastor, priessa si es verdad que se libró d'él”. “Ya con él huelgo –dixo Delicio- el fiero Gorforosto los cabellos de la hermosa Stela levantava, cuando ella amarilla con el temor de verse en tal aprieto y vencida con el trabajo de la veloce corrida, cobrado ánimo, se le aventajó,

³⁷ Colores: adición de “-es” por la concordancia con el sustantivo al que acompaña.

³⁸ Pontorrilla: “pantorrilla”, confusión de vocales, errata en el texto original.

aunque poco”. Llegada a la orilla del río, por donde el mar mezclaba su corriente, dijo: “¡O vosotras ninfas (si es verdad que poder tenéis en las aguas) ruégoos no desamparéis esta virgen ofrescida a la puridad de la casta Diana, pues tanto sois amigas d’ella, a quién siempre he honrado”. Esto dicho se arrojó en las aguas y tras ella sin dudar el fiero Gorforosto. Donde se viera en peligro, si tuviera menores fuerças para contrastar a la furia de la corriente o supiera menos nadar para salir fuera.

El fiero pastor como de la otra parte se vio, sacudido su cuerpo para desechar de sí el agua a semejança de los puercos cuando de cenagal salen y bueltos los ojos contra el cielo a modo de amenaza d’este modo, començó a dezir en boz alta: “¡O hados embidiosos de mí bien (si hay algunas más que mi voluntad y apetito) como si entre mis manos os tuviesse, os escarmentaría, para que otra vez en mis cosas no os entremetiéssedes! Y, tú, Neptuno, que particularmente dizen que tienes poder en las aguas, echas de tus moradas lo que es mío justamente, sino yo inquietare cada día a ti y a tu compañía dentro d’essas cavernas, trastornando estos montes míos en estas aguas tuyas”.

Estando diciendo estas palabras sobervias, nosotros al río llegávamos y una ninfa sacó la cabeça d’él y contra Gorforosto, esto dijo: “Hombre descomunal, que en desacato de los inmortales, estás vomitando injurias para ti dañosas y para ellos, poco ofensivas, oye lo que te quiero dezir. Ya tienes tan airados contra ti todos los dioses que sino para guardarte a mayor mal se convertirán de presente en tu daño. No enturbies nuestras aguas, pues tampoco te ha de aprovechar, sino quieres terneros también a nosotras por principales enemigas y no pienses que sería poco, pues tenemos en nuestras moradas a quién confiessas por tu diosa. Nosotras la guardamos, pero no para ti que de los hados está para otro destinado. En nuestros palacios está sin haver recibido daño alguno, que no era justo, que de tu culpa llevase ella la pena y con esto te ve sin esperança de jamás verla en tu poder, pues no son los dioses tan injustos que juntasen dos personas tan diferentes”.

A esto, Gorforosto, respondió: “Las amenazas d’essos que dioses llamas (¡o ninfa!, guarda de mí sacradea) en muy poco las estimo, pues a nadie jamás conocí sujeción, sino es a aquella que afirmas tener en tus moradas. Por tanto justamente, confieso ella sola ser mi diosa y así muy más que a ellos la temo y me pesa si ha entendido que yo pretendiese enojarla, pues jamás (como sabe) tal intento que si agora tras ella iba corriendo, fue porque enviéndome sin querer aguardar a lo que dezir le querría, me huyo. Y, créeme, ¡o ninfa!, que porque su tierno pie no recibiese daño con

alguna aguda espina o dura piedra, pensando que se moderaría más en la corrida, me iba retardando en los pasos y amonestándola se detuviese, que pues los más ligeros gamos en poca distancia son de mis presos, no corriera ella tanto espacio. He te querido dar esta cuenta, por rogarte que para con ella me disculpes. Esto haziendo, te prometo guardar en su limpieza tus aguas y porque ella entienda a cuánto me llega haverla injuriado, yo purgaré mi yerro dentro en mi cueva sin d'ella salir por toda esta luna”.

Dichas estas palabras, se fue y la ninfa se çabulló sin querer prestar oídos a mis bozes, ni a las de Partenio. Si d'ella, nosotros pena recibimos a vuestro juicio para adelante, quedé. Visto pues cuán escusado era llamarla, Partenio vuelto para mí que yo primero a la ninfa había llamado, me dixo: “¿Para qué, ermano, la queríades?”. Yo respondí: “¿Cómo será posible no llamarla, pues dize que tiene en su poder a quién mi alma possee? Yo, ermano mío, salí a buscar a mi padre perdido y ha me salido al encuentro quién mi corazón ha ganado. ¡Ay, que no sé lo que de mí será! Vos ya de aquí adelante podréis ir a buscar a vuestros caros padres. Y esta licencia no os la diera, que Dios sabe cuánto me duele, sino por el contento que a vos d'ello viene, que yo aquí me havré de quedar, hasta saber lo que de mí los inmortales dioses han determinado. Apenas, mi amado ermano, se pudo sustentar sobre los pies, oyendo que yo me había enamorado de la hermosa doncella, porque no menos que yo (como después por una estraña aventura supe), él a ella estaba rendido. Más porque mi dicha o desdicha había sido de que yo primero manifestasse mi pasión”.

Partenio dissimuló su pena a trueco de que yo llevasse el galardón. De modo que por una parte estava muy alegre, en que se ofrescía cosa, en que yo recibiesse las primicias de la amistad y, por otra, estava triste en ver que no tenía remedio su dolor y a la verdad no menos hiziera yo por él, si primero que yo él hoviera declarado su amor, como después lo he hecho, aunque con todo siempre le seré deudor, pero porque yo perdía de quilates la buena obra, si yo entendiera lo que por mí él hazía, dissimuló no solo de hecho pero aún de palabras, puesto que aunque más se esforzó a no amar a Stela, no fue bastante a salir con ello. Más (como digo) él lo encubría de modo que no se sintiesse y assí a lo que dixe, esto me respondió: “Nunca los dioses permitan, que yo quiera aprovecharme de tal licencia, vos sois mi padre y madre y dexando a vos, no quiero a ellos. Perdónenme quién quiera que sean que pues ellos me desampararon en mi niñez, por ventura sin ocasión, no será mucho que yo a ellos en su vejez niegue haviendo tan justa causa. Muchas otras pláticas de amistad passamos entre los dos y en lo que concluimos fue, que al más cercano lugar nos fuessemos porque era tarde y allí o

en otra parte nos informaríamos si hallávamos rastro quién fuese aquella donzella y después nos avisaríamos de lo que habíamos de hazer”.

Yendo pues cerca de un lugar que no muy lexos de allí estava, vimos a este venerable viejo Parisiles, casi en el traje que agora véis. El cual, sus ojos hazía todas partes, estendía a manera de mirar si al que aguardava veía venir o assomar a cuya vista se ofresció un montero que algo lexos assomava y, llegado, estuvieron ambos hablando muy poco, lo que hablaron nosotros no lo oímos porque estábamos de aprte escondidos y digo que fue poco, porque luego el triste viejo cayó en el suelo amortescido con grandes sospiros que dio. Viendo el montero su desmayo, creyendo que era muerto y porque ninguno su muerte a él imputasse se fue, sin querer jamás aguardar aunque más bozes le dimos y assí por entonces no podimos saber la causa de la tristeza del buen viejo.

“Mirado he en una cosa- dixo don Felis- que siempre con veneración tratas a Parisiles, queriéndote el mal de muerte, con muy pocas horas ha se paresció”. “Pues yo le quiero a él bien- respondió Delicio- si quiera por ser padre de la hermosa Stela, cuánto más que yo aquello merezco y él es digno d’esto”.

Tornando pues a mi cuento, viendo que aquel montero no quería aguardar, nos volvimos al noble viejo Parisiles, que fuera de sentido estava y como no tornasse, fuimos a buscar un poco de agua entrambos, cada uno por su parte por traella más presto y como no la hallássemos, aunque buen rato la buscamos, dimos la vuelta y antes que llegasemos, le oímos que assí lamentava:

¡O mundo, mas no mundo inundo,
laguna de inmundicias y de cieno,
región llena d’espinas y de alir ojos,
trabajo sin provecho, prado lleno
de fieras y serpientes, más profundo 5
de lágrimas, miserias y de antojos.
Piélagos de tristezas y d’enojos,
verdadero dolor, fals’alegría,
d’hombres que andan en rueda, choro y dança
falsa y vana speranza. 10
D’aquel que sin razón en ti confía,
dulce ponçoña, miel de amarga spuma,

espantable desierto, gran morada
 de fieras, campo ancho y pedregoso,
 de cuidados arroyo caudaloso, 15
 de fatigas y mal ancha posada,
 muchos quisieron escrevir con pluma
 tus obras, que no pueden tener suma
 e yo (si mi tristeza da lugar)
 por experiencia las podré contar. 20

Tus falsas propiedades he callado,
 tus malas obras hast´aquí he sufrido
 y tus perversos hechos h´encubierto.
 Temor de no enojarse m´ha inducido
 a sufrir y passar, como he passado, 25
 y no jugar contigo al descubierto.
 Agora sin temor, porque soy cierto
 que no puedes hazer más mal de hecho,
 podré cuánto supiere de presente,
 hablar ossadamente 30
 aunqu´en todo quede satisfecho.
 El pobre caminante d´este modo
 prosigue su camino y va cantando
 sin temor de los fieros salteadores.
 Cevasnos mundo falso con dulçores 35
 de manjar deleitable y vas celando
 el anzuelo cruel, más después todo,
 al tiempo que nos tienes en el lodo,
 nos le descubres cuando no podemos
 salir aunque muy mucho trabajemos. 40

Prometes mucho, cosa no cumpliendo
 de ti nos echas, porque no podamos
 pedir que cumplas lo que has prometido.
 Por tus enormes vicios nos andamos,

a rienda suelta en ellos nos metiendo 45
y el lazo nos demuestras escondido,
cuando el tornar atrás has defendido.
Algunos, aunque pocos, te dexaron
temiendo tu dexar arrebatado
y estos s'havrán hallado 50
dichosos, porque a ti no s'allegaron
siendo el pago que a este viejo diste
de los largos servicios a ti hechos
y qu'en pago del bien, el mal ayuntas,
los ojos tú nos quiebras y nos untas 55
con consuelo los cascos ya desechos.
A muchos juntos de contino heriste,
porque ninguno solo se alle triste,
diciendo qu'es alivio de agraviados
en su pena tener acompañados. 60

Mas, ¡ay, triste de mí desconsolado
qu'en tanto mal y pena solo me hallo,
pues nadie me dará dolor tan grave
que pueda con el mío comparallo!
Sin consuelo yo soy desheredado, 65
que Stela de mi bien era la llave,
gobierno d'esta peregrina nave
¿por qué di mundo falso me criaste
que a no criarme a Stela no criara,
ni criando no amara, 70
no amando no sintiera este contraste?
Pues mundo malo lleno de maldades,
¿qué remedio tendrán mis tristes días?
Como que quede en ti, mandar me puedes,
pues he visto tus lazos y redes, 75
tus anzuelos, cadenas y falsas
tus obras y engañosas propiedades

¿qué prenden nuestras flacas voluntades?
¿quién acompañará mi edad cansada
y mi triste vejez desconsolada? 80

¡O Stela, mi querer y mi bien todo,
mi buena compañera! y, ¿es posible
qu'este rostro, figura y gentileza
en las aguas se esconda? ¡O caso horrible,
a Júpiter, a dioses d'este modo 85
se trata de las lindas la lindeza
y en lugar de favor, ¿prestáis crudeza?

¡O triste viejo!, viejo desdichado,
¿qué haré cuándo halle solo el aposento
do estaba mi contento,
mi bien, qu'era de bienes el dechado, 90
que cuando el dulce nombre convocando
no suene en mis orejas la sabrosa
respuesta que mi alma consolava?

Pues no bive quién vida a mí me dava.
La muerte me será dulce y gozosa, 95
mi muerte a la su muerte acompañado.
Iréme, pues yo mísero llorando
a do mi claridad está escondida
y allí fenescerá mi triste vida.

D'esta lamentación que atentamente havíamos escuchado, entendimos la causa de su llanto, ser el montero le devía de haver dicho, como huyendo Stela de Gorforosto se avía echado en el río, pero no lo que avía sucedido. Holgáramos assí por saber nuevas de lo que tanto desseávamos como por dar las buenas a quién tanto nos convenía tener propicio. Empero como ya estuviésemos determinados de ir a hablarle.

Mi ermano dixo: “Tengámonos que no es cosa que nos conviene, si este padre de nuestra señora que por agora nos conozca, porque aún no sabemos lo que hemos de hazer, ni como y pues él ha dicho que quiere ir al río para allí con ella darse la muerte. Mi parescer es que le sigamos hasta que anochezca y entonces el uno de nosotros

saliéndole al encuentro y preguntándole qué busca y a do va, le podrá dezir lo que pasa. Y parésceme que sea escueto porque a quién le hablaré, no se conozca otra vez cuando le vea, que si después bien nos estuviere, que sepa aver sido nosotros quién las buenas nuevas le traxo, no faltara modo para dezírselo”. Muy buen consejo juzgamos ser éste y assí le pusimos por obra.

De modo que el buen viejo algo más consolado se bolvió, ofresciendo su posada a mí que le di las nuevas. Mas yo agradesciéndole la oferta, con dezir que tenía que hazer por allí, me despedí d’él, bolviéndome yo con mi Partenio y el viejo a su lugar. Otro día por la mañana (que aquella noche por allí la passamos), nos fuimos al lugar do Stela se había echado, para aguardarla allí salía a hablarla. Más antes que llegássemos, vimos a las orillas del río passeando por la ribera al viejo padre de la virgen.

Determinando nosotros apressurarnos para estar aparcebidos por si en el río echarse quisiesse, vimos que como cansado del paseo, se atentó y luego le oímos que con cuán alta boz podía, cantando d’este modo a su querida hija llamava.

¡O hija! qu’ en las linfas	
de aqueste claro río aún no salado	
havitas con las ninfas,	
oye al desdichado	
Parisiles, tu padre muy amado.	5
No niegues tu presencia	
a quién negó y se niega a tu respecto.	
¿No sabes qu’ el ausencia	
d’este tu claro aspecto	
en él, es acerbíssimo defecto?	10
Y aún es tal y tan fuerte	
que no quiere con el bivar un punto,	
vida le’s la muerte,	
mas quiere ser difunto	
que dexar de vivir contigo junto.	15
Alegra ya, ¡o mi amiga!,	
al viejo de tristeza consumido,	
sino quieres que diga	
que todo era fingido,	

¿cuánto amor hasta agora le has tenido? 20
 ¿Por qué di, te detienes
 en dar a este mísero, consuelo?
 ¡Ay, ay!, ¿cómo no vienes?
 Acaba, rompe el velo
 de su afición, miseria y desconsuelo. 25
 Solías, alma mía,
 acudir a la boz d' este cuitado,
 o no soy quién solía,
 o tú ya te has mudado
 y al pobre de tu padre has olvidado. 30
 Más ruego a Dios primero
 que aqueste olvido tal en ti cupiesse,
 mi día postrimero
 con él también viniesse,
 porque de mí olvidada no te viesse. 35
 Sal, pues, corazón mío
 y aparta la sospecha que aquí digo
 y si no aqueste río,
 acójame consigo,
 que al fin, quiero morar allá contigo. 40

Si las ondas del río y mar parecía detenerse movidas a piedad y el ruido de las
 unas y otras dixerades que se habían amansado para que su tierno llanto mejor oído
 fuese, cuánto más nuestras piadosas entrañas juzgaradas ser enternescidas, viendo con
 cuán amorosas razones del lastimado viejo la hermosa Stela era llamada. ¡Qué bien se
 pudo entender por su impaciencia lo mucho que la amava!, paresciéndole mil años cada
 momento que se detenía. No pasó mucho tiempo, cuando rompidas las aguas
 blandamente, por medio d' ellas salió una hermosísima compañía de ninfas con
 guirnaldas de diversos colores sobre sus ruvias cabeças puestas. En medio de las cuales,
 se mostró la bella Stela semejante a la casta Diana entre su gracioso coro. De cuya vista,
 assí el viejo Parisiles por el sobrado gozo de ver a su desseada hija, como nosotros por
 la gran alegría de ver a nuestra nueva y amada señora, caímos en tierra, mas luego todos

recordados con la suavidad de un ordenado canto que entre sí compusieron las ninfas,
atendimos esto que dezían:

Parisiles, tu canto doloroso,
tus lágrimas piadosas y tu lloro
de sus verdes moradas ha forçado
salir en tu consuelo, aqueste coro,
por tanto, no te aflijas, da reposo 5
al cuerpo de tristezas fatigado.
El llanto comenzado
con gozo y alegría se remate
sin haver más debate.
Agora no te dé tu Stela pena, 10
que ves la sana y buena.
Aquí, porque la veas, la traemos
que muy más qu'esto a entrambos os debe
si justos son los dioses de contino,
obligados le son en algún modo, 15
a cualquiera que bive en su servicio.
Y pues vosotros siempre en todo en todo
seguís y havéis seguido el buen camino
honrándonos por obra y sacrificio.
Cualquier gran beneficio 20
qu'en nuestro amor, nosotras hemos hecho,
se os deve de derecho.
Los dioses, ¡o Parisiles!, celestes,
marinos y terrestres,
de ti y tus cosas tienen más cuidado 25
que tú puedes haver imaginado.

Por lo cual, ellos mismos ordenaron,
que Stela del pastor fiero huyendo,
en estas nuestras aguas se arrojase,
por aquellos lo futuro conociendo, 30

por modos exquisitos, procuraron
 que Stela de un influxo se librasse
 y un signo se passase,
 que le´sta amenzando fuertemente
 y casi está presente, 35
 ordenan pues que biva en esta casa.
 Entretanto que passa,
 aqueste fuerte hado y triste signo
 de su merescimiento bien indigno.

El hijo de la diosa Citherea 40
 había de ser la causa de su llanto,
 hiriéndola el cruel de amor dudoso
 y fuera aqueste amor dudoso tanto
 que causara gravíssima pelea,
 sin saber elegir lo más hermoso. 45
 El pecho de amoroso
 estuviera contino vacilando,
 a vezes inclinado,
 su amor en esta parte, ora en aquella,
 mas la triste doncella 50
 suspensa, sin saber determinasse,
 no supiera a cual d´ellos inclinarse.

No pienses que los dioses intentaran
 evitar los amores que aquí cuento,
 ni pusieran jamás estorvo alguno, 55
 que siendo de tan gran merescimiento,
 cualquiera de los dos no le estorvaran,
 mas el hado d´ellos importuno,
 sin perdonar la uno,
 molestados serán d´un modo y pausa 60
 por una misma causa,
 procuran pues los dioses inmortales,

que Stela en estas tales
desdichas, no se halle compañera,
con quien es la fortuna siempre fiera. 65

Y debes sobre todo consolarte,
pues caso qu'el destino miserable
de los tres evitarse jamás pueda.
Después d'estas miserias favorable,
les será la fortuna en todo parte, 70
mostrándoles su cara pura y le
dará buelta a su rueda,
bolverse ha el sospirar y amargo llanto
en un sabroso canto,
las lágrimas, miserias, sin sabores, 75
fatigas y dolores
convertidos serán en algún día,
en descanso, contento y alegría.

Abraça, pues, Parisiles a tu hija
y luego buelvénosla 80
que en esto todo el cielo se resuelve.

A las orillas del río, llegaba el coro de las hermosas ninfas, cuando dieron fin al profético canto del cual, salidas en un admirable concierto, pusieron en los brazos del afligido Parisiles a su amada Stela. Passadas entre los dos algunas razones y dadas gracias a las ninfas, se despidieron yéndose el suspenso viejo solo, puesto que no de lágrimas y recogándose ellas a sus cristalinos assientos. Partenio e yo nos quedamos tan tristes como podréis pensar por la ida de Stela y muy imaginativos por lo que en el cantar de las ninfas oímos, no sabiendo si aquello que pronosticavan a nosotros se endereçasse. Empero con cuantos trabajos el canto nos amenazava, bien quisiéramos ya vernos en ellos a traveco de que Stela fuesse la causa. Hechas entre nosotros éstas y otras muchas consideraciones propusimos de aguardar allí para ver si saldrían las ninfas a solaçarse algunos ratos por aquellas verde florestas sacando consigo a la hermosa Stela. No aguardamos mucho que otro día en la fiesta, salió acompañada de algunas

ninfas. Empero de poco nos presto, porque todas las vezes que a ellas salíamos del bosque, se bolvían al conosciado río.

Viendo pues Partenio la poca ocasión que de hablarlas se nos ofrescía, me dixo: “Ermanno, en ninguna manera nos conviene más el comenzado estilo, assí porque ningún fructo d’ello sacamos, como porque será enfadar esta señora vuestra y aún por ventura a las ninfas, siéndoles embaraço a sus passatiempos”. “Pues qué remedio –dixe yo- tendremos o qué os parece que hagamos que yo por ningún modo me puedo partir de aquí con la vida”. “No aconsejaré yo –dixo Partenio- ni los dioses lo permitan que de aquí vamos, más que busquemos algún orden, para que estas ninfas menos esquivas nos admitan”. “Si para esso, ay medio –respondí yo- darse ha remedio a mi fatigada vida, pero yo no le siento”. “Si le hay –dixo Partenio- es solo uno. Bien sabéis por las muchas vezes que hasta agora se ha visto esquivarse, ellas menos la pureza y trato de los rústicos pastores que de la cautelosa conversación de los agudos cortesanos y serles más apacible la rústica çampoña de aquellos que la sonante cithara d’estos otros. Por donde nos será más provechoso dexado nuestro hábito, tomar el pastoril, podrá ser que este más que aquel no sea favorable”.

Agradome el consejo y assí lo pusimos por obra. De fuerte que dexemos el usado traje y éste que véis tomados, no queriendo que a quién la naturaleza havía hecho semejantes, diferenciase el vestido. Assí mesmo, tomados çurrón y cayado y lo que más que a pastores pertenesce ganado por entonces, no compramos hasta ver si con la invención nos sucedía bien, después el tiempo y discurso nos avisaría. Propusimos dezir que le dexávamos atrás en guarda de rabadán y que nos íbamos adelantando para mirar adónde mejor el pastor fuesse. También hovimos rabeles y çampoñas de las cuales fácil nos fue sabernos aprovechar, a causa de que sabíamos tañer vihuela de arco y flauta y aún otros instrumentos de música. Con este traje estuvimos algunos días cantando y tañendo muchas y diversas cosas y sucedionos tan a nuestra voluntad que no una, sino mil vezes las ninfas nos tuvieron compañía, viniendo entre ellas aquella clara Stela, por quien nuestro vivir se regía y rige. De donde se me siguió andar en mi compañía estas hermosas ninfas, harto contra mi voluntad, no porque no se me sea soberana gloria estar en la presencia de aquel claro sol que digo, mas porque tuviera por mayor bien que mi caro ermanno gozara de lo mesmo.

“Estraña cosa es ésta –dixo don Felis- muéstraste por una parte todo lo possible apassionado por la hermosa Stela y por otra te pesa porque gozas solo de la vista d’ella desseándola para otro”. “Más estraño os parescería- dixo Delicio- si cuánto en esso

passa supiéssedes, pero por agora baste os saber esto. Otro día podrá ser que os acabe lo començado”.

Todos estaban porfiando para que adelante passasse, cuando por la venida de Felicia cessó la porfía, la cual llegada a Delicio dixo: “Pastor amigo pues te puse en el trabajo, vengo a librate d’él porque entiendo cuán azedo te fuera pasar adelante”. “Indigno de ti, señora, fuera –dixo Delicio- y no correspondiente a lo que de ti se podía esperar, hazer otra cosa, por tanto ni yo entiendo darte las gracias que por ello podías merescer, ni esperes más galardón del que tú te has tomado, pues hazes lo que a ti eras obligada”. “Con todo esto –dixo Felicia- vamos hijos a casa, pues ya Febo se apressura para la suya, que ya que su rayo nos falte, su ermana nos ayudará con su lumbré. Bien pudiéramos y a placer pasar aquí esta noche, pero al fin más descansados, estaremos en casa, por oy bástenos la presa que llevamos”. “A pocas salidas como ésta –dixo Felismena- seremos ricos. Mas yo creo que del primer salto havemos robado cuánto bueno había, de manera que no habrá ya para que tomar trabajo de ponernos en celada”.

No quedará sin pago Felismena de Stela, sino la atajará Felicia diziendo: “No va aquí a pagar luego que lago se ha de fiar. Más como será que ya tengo tomada la palabra a Parisiles, Stela y Crimene para que sean mis huéspedes, no la he recibido de Delicio para que sea mi combidado. Por tanto, mira pastor si te agrada venir con nosotros porque jamás fue mi voluntad forçar a otro la suya. No quiero que de mí te quexes y digas que te llevo forçado o presso”.

“Muy diferentes son, señora, –dixo Delicio- tus palabras de las obras. Quién te oyere dezir que no me llevas forçado, dará crédito a tus razones; pues yo, públicamente, delante de vosotros digo que lleva forçado y preso. Cuando a mí no dieren fe, creerme han por sí que yo quiero perder mi cabeça sino dizen todos que los tienes forçados y presos a tu voluntad”.

Todos se rieron de la respuesta de Delicio viendo como de la burla de Felicia se había satisfecho y assí todos dixeron a Felicia que el pastor dezía la verdad y que no se curasse de satisfaciones con palabras. “Pues quién nos hará justicia –dixo Felicia- que lo mesmo digo yo que me lleváis a vuestro querer forçada. Más dexando esta duda por averiguar, que es bien que assí quede, comencemos a caminar”.

Luego todos obedesciendo a la sabia Felicia, la siguieron haciendo el camino menos grave y más breve con los apacibles cuentos que allí levantaron. De modo que llegaron más presto de lo que quisieran algunos. Ya era de noche cuando, llegados cerca del templo de Diana (palacio de Felicia), les salieron a recibir parte de las

hermosas ninfas ricamente ataviadas, alumbrando con hachas. Más para manifestar la magnificencia y señorío de Felicia, que por la necesidad de la lumbre y resplandor d'ellas, porque hacía tan claro que parecía que en otra cosa la luna no trabajaba sino en mirar y oír aquella noble compañía. Muchos fueron maravillados los que en aquel rico palacio no se habían hallado cuando vieron la sobervia d'él. Pero cuando sobre la portada principal, vieron las dos ninfas de plata sobre los chapiteles de las columnas con el letrero que decía:

Quien entra, mire bien cómo ha bivido,
y el don de castidad si le ha guardado
y la que quiere bien o la ha querido,
mire si a causa de otro se ha mudado
y si la fe primera no ha perdido
y aquel primer amor ha conservado,
entrar puede en el templo de Diana,
cuya virtud y gracia es sobrehumana.

Delicio dixo: “Este letrero, señora Felicia, solo con las mujeres habla, desseo saber porque con los hombre calla, como si no huviesse algunos en quién se halle lo que aquí se pide para la entrada, si por ser templo de Diana, diosa de castidad, su plática y conversación es con las mujeres solo, por el mismo caso se había de prohibir de todo punto la entrada a los hombres y en lo que dize que la que se hallare con lo dicho puede entrar, pregunto: ¿si alguna privada de lo uno o de lo otro entrasse que sería?”. Sireno antes que passasse adelante Delicio dixo: “Agudamente está preguntado o yo no lo entiendo y cierto desseo saber que mal vendría quién sino habiendo guardado la primera fe y amor entrasse para avisárselo a la infiel pastora Diana”. “Pues otra cosa –dixo Delicio- agora se me ha ofrescido. Cuando para este rico palacio veníamos pregunté a una d'estas hermosas ninfas, quién cada uno de la noble compañía fuesse y ella en breve me contó la suma y entre otras cosas de las que me dixo y me admiraron fue que, aquí se habían desposado algunos de los que aquí están, ¿quisieras saber si se usa ya en los templos de la diosa de castidad hazer casamiento? Porque hasta agora no ha llegado a mi noticia”.

“Si entendiera –dixo Felicia- que satisfaciéndote a lo preguntado, no te quedaran más réplicas, yo procurara complazerte. Empero porque sé que no te contentarás con

que a lo propuesto te respondía, sino también a las dudas que de lo que diré te ocurrieren, havré de dexarlo por agora, cuanto más que es hora de cenar y reposar”.

Con esto, se sentaron a cenar que ya les estaba curiosamente aparejada. Haviendo cenado, se fueron a dormir que estaban más codiciosos de reposo que de solaz, pues al passado, les parescía que debía bastar por aquel día.

El fin del tercero libro de la Diana de Jorge de Montemayor.

LIBRO CUARTO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE DE
MONTEMAYOR

Entre algunas vezes que Felicia a sus huéspedes llevaba a holgar a la fuente de los laureles, por ser el lugar más que otro alguno agradable, un día ya que querían entrar al pradezico de la fuente estaba, vieron assentados a la corriente d'ella dos pastoras que en su aspecto mostraban un señorío entre otra cuales quería y junto con esto hermosas por el cabo, principalmente una d'ellas que menor que la otra parecía. Enfrente de ella estaba de pies un zagal, limpiándose con la falda del sayo las lágrimas que por su rostro descendían. Las pastoras mirándose una a otra, por pago de su lloro, no otra cosa más que una graciosa risa le davan. Sireno, Silvano y Selvagia conociendo ser aquel el pastor que les mostró la carta cuando de casa de Felicia para las suyas caminaban, se retiraron afuera y haciendo todos lo mesmo, Sireno dixo: “¡O, cómo huelgo de hallar a aqueste zagal porque si cantasse veria des no ser ficción la dulçura que de su canto os hemos alabado! Pero, duéleme en extremo que le veo en términos que no me querrá hazer verdadero”.

“No tengas pena- dixo Felicia- que no dexará de cantar y para que mejor oírse podáis, veníos conmigo muy quedos que yo os pondré en parte do no seáis d'ellos vistos y podáis gozar de su canto”. Hablando estaban las pastoras con el zagal quando Felicia le puso lo más cerca que sin ser vistos podían estar, pero no tan cerca que entender pudiesen sus pláticas. “Más hermosas que comedidas- dixo don Felis- son aquellas zagalas, pues no mandan al pastor que se assiente”. “No proviene de aí - dixo Felicia- sino del mucho respeto que él a la menor tiene. Y assí jamás en presencia d'ella se ha podido con él acabar que en pie no esté salvo quando se hallan presentes personas con quién su amor dissimular convengo”. “¿Por qué está tan triste?- dixo Selvagia- que según me paresce, por lo que de su carta coligimos ninguna cosa su zagala podía hazer ni dezir de que él grandísimo gozo no recibiesse”. “Hásele buelto la rueda de la fortuna- respondió Felicia- que como por premio de su amor solo tuviesse gozar la presencia y conversación de su zagala de donde todo el contento del mundo le venían, agora le es fuerça por algunos días apartarse d'ella de a do la miseria posible le nasce y lo que más atormenta es no saber quando podrá bolver a verla. Empero escuchad y estad atentos que le mandan cantar”. En esto le vieron sacar un rabel de su çurrón y d'esta manera con boz llorosa començó:

Fílida, zagala mía, ¿qué me parto ya sin ti?, ¡ay que no, mas ay que sí!	
¡O si del mundo partiesse!, pues de ti mi bien me parto, si mi desdicha quisiesse. ¡O si la muerte viniesse por ti, pastora, y por mí! ¡Ay que no, mas ay que sí!	5
Pérdoname si codicio tu injusta y temprana muerte que mi amor de bravo y fuerte, me haze salir de quicio; celos son que hacen su oficio, porirme y quedar tú aquí. ¡Ay que no, mas ay que sí!	10 15
No son celos por pensar que has de amor de otro pastor, pues sé, por mi mal, que amor no puede en tu pecho entrar. Recelo que has de olvidar que me viste o que te vi. ¡Ay que no, mas ay que sí!	20
Mas si sospechas, zagala, olvidarme, ¡ay dolor fiero!, la muerte me da primero que pienses cosa tan mala, al dolor la pena iguala, reciba este don de ti. ¡Ay que no, mas ay que sí!	25 30

Por librarme en tal estrecho
bien temo matarte a ti
porque estás dentro en mi pecho.
Haz, zagala, noble lecho
de salirte, ¿quieres? Di. 35
¡Ay que no, mas ay que sí!

Haz conmigo este concierto
de salirte por un hora
que luego entrarás, pastora.
Si hay entrar en cuerpo muerto, 40
que si sales, a fe cierto
de darme yo muerte a mí.
¡Ay que no, mas ay que sí!

Como si en tu mano fuese,
digo salgas do de estás, 45
pero salir no podrás,
ni yo puedo, aunque quisieses,
no quiero ya que pudiesse
querer y valor perdí.
¡Ay que no, mas ay que sí! 50

Si en algo grato te soy,
te ruego, zagala mía,
digas si quiera algún día:
“Mi pastor, ¿dónde está hoy?”,
por leve mi pena doy, 55
si lo hazes, di que sí.
¡Ay que no, mas ay que sí!

Dilo siquiera burlando,
aunque no hayas de cumplirlo,

tanto te va en no decirlo,
una vida restaurando,
humilde, poco demandando,
pues que poco merescí.
¡Ay que no, mas ay que sí!

60

Assí como acabó de cantar, ellas se levantaron y la menor que era la Fílida señaló al zagal con el dedo para que le alcançasse su çurrón y cayado que en el suelo estaba. Él con todo comedimiento lo hizo, recibéndolo ella sin más mudança que si un rabadán suyo se lo diera. En este punto, con pocas razones de las zagalas y muchas lágrimas del pastor, se despidió. Fílida, entonces, mostrando un templado pesar de su despedida, sacó de su çurrón una muy pulida cucharica (devía ser con que ella comía) y se la dio, con la cual el pastor moderó en algo su tristeza. Luego, ellas se salieron del pradezico por la una entrada d'él y el zagal por otra.

“¿No sería bien- dixo Felismena a Felicia- hablar a aquellas hermosas pastoras antes que se vayan?”. “Ora que no todo lo havéis de saber- respondió Felicia- su tiempo se vendrá y holgaréis de ver y tratar a Filida y Cristalio, que assí el pastor que aquí havéis visto se llama. Por agora, no cumple y más que yo sé que les echaríamos en vergüença”.

Con esto, idas las zagalas, ellos se fueron a pradezico y fuente donde en ordenados bailes, dulces cantos, graciosos cuentos, amorosas pláticas gastaron el tiempo que a Felicia le pareció, recogíendose al templo todos a la hora que por ella les fue avisado. Paresce que no en otro Felicia se desvelava, sino en cómo, adónde, de qué modo y mejor a toda aquella noble compañía solazar pudiesse y assí una vez por el llano que estaba delante del templo, otra vez al cercano bosque y otra a la fuente dicha los llevaba. Verdad es que para tener el alegría³⁹ posible, don Felis y su esposa, Silvano y su pastora no les era necessario buscarle en cosas exteriores, pues interiormente le gozavan con verse amados todos cuanto amor trocado. Sireno tomava un placer libre a vuelto de los unos y de los otros. Las ninfas procuravan no solo haverle ellas, empero aún regocijar a todos. Parisiles, pasada la ira con lo que le dixo Felicia y desechada la tristeza con tener a su hija presente, estaba estrañamente gozoso.

³⁹ En el siglo XVI, *alegría* tenía género masculino, de ahí la concordancia con el determinante artículo.

Stela y Crimene se veían, entre el placer y el pesar, dudosas; por una parte, se alegraban con la esperanza por Felicia prometida y con que veían aquellos amantes haver sido por ella remediados; por otra, entristescíanse juzgando no poder hallar camino para sus trabajos y passiones a causa de que aunque a ellas se les pidiera de qué manera estarían contentas, no lo supieran dezir, para que conforme a su voluntad se les diera porque cada una d'ellas en igual grado amava a Delicio y Partenio, principalmente a Stela que no tomara ser querida de Delicio, habiendo de ser de Partenio olvidada, ni quisiera ser amada de Partenio si había de ser Delicio aborrescida. Solo Delicio en tanto regalo y passatiempo, como allí se le ofrescía, estaba ajeno de consuelo por hallarse ausente de Partenio sin el cual de la vida no quisiera gozar. Representávesele allende d'esto el peligro en que sabía estar como después se dirá, quisiera ir a librarle o morir en la demanda, sino que, por una parte le estava prohibido y por otra, no tenía fuerça para dexar a Stela. Añádiase a esto no la poder ver y hablar como solía a causa de Parisiles. De manera que aunque todos cantavan, nunca con él se pudo acabar que lo hiziesse escusándose con harto floxas razones y assí, quando buenamente podía, se desviava de toda alegre conversación de cuyo descontento no pequeña parte a sus zagalas cabía. Visto por la sabia Felicia, lo poco que esperanza con él valía, una tarde delante de todos le dixo: “Afligido zagal, no dexara de estar de ti quexosa, si no supiera la mucha razón que de estar triste tienes. Por tanto, pues yo no lo estoy, ruego a vosotros todos no os agraviéis sino os puedo complacer y hazédmele a mí tan grande que no le pidáis más de aquello que él de su voluntad dezir os quisiere que timepo vendrá en que os dará las manos llenas. Assí, tú, pastor, por cortesía ni vergüença, no hagas más de lo que vieres que es más a tu contento, pues todos holgamos de dártelo”.

“Sabia y discreta señora- respondió Delicio- sino es con ponerme delante a mi Partenio en ninguna cosa mayor merced podía recibir que en la que de presente me has hecho y, pues para tan grande, mi posibilidad es pequeña, quedarás sin el pago devido porque puesto que en señal de sujeción, mi persona para tu servicio quiera ofrescer, sería fuera de razón prometer lo que ya te está obligado”. Don Felis y su esposa, pastores y ninfas dixeron que holgavan de todo aquello en que Delicio recibiesse contento. Él les bolvió las gracias por ello demandándoles perdón por la estrañeza que con ellos usava. Con esta licencia havida de Felicia y de los demás, Delicio passava como podía su tristeza a solas metiéndose por aquel espesso bosque lamentando su desventura y no dexara de perderse en él sino que la altura de las torres del palacio de Felicia le llenavan quando quería.

Entre algunos días que unos y otros por diversas partes a holgar se ivan, uno d'ellos se hallaron los pastores Sireno, Silvano y Selvagia solos con el viejo Parisiles en un cuarto de la rica casa (haviánse ido Felicia y don Felis por un parte, la demás compañía por otra) al cual Sireno dixo: “Pues a todos los que de amor tratan, señor Parisiles, estos días que aquí has estado te ha plazido darles contentamiento con tus agradables cuentos y razones de las cosas de Cupido, a mí que ningún trato con este niño tengo. ¿Por qué te has de desdeñar darme alguna alegría con algún apazible cuento de cosas pastoriles? El primer día que gozamos de tu sabrosa conversación, propusiste diversas cosas a nosotros tocantes y desde entonces me cargaste de un más que mediano desseo de oírtelas, principalmente aquella del sacrificio de nuestro dios Pan y como antes se le hazía y desde cuándo se tiene en veneración y todo lo que más sobre esto propusiste. Assí que pues agora tu cuento vendrá a cuento pues solos pastores estamos, te ruego me libres d'esta carga”.

“No puedo Sireno, amigo – respondió Parisiles- no obedecerá a lo que me pides, así por ser cosa que a mi oficio pertenesce declarar el rito y honra que a nuestros dioses se debe como por ser cosa que a vosotros está bien saberlo, en especial aquellos que conviene a Pan, dios de los pastores. Cuánto a lo primero no tengáis en poca estima vuestro oficio pues no solo Pan, pero aún muchos otros dioses nuestros le han usado y sin estos emperadores, reyes y personas de gran cualidad y aún más os digo que el primer oficio que en la tierra hubo fue éste (los nombres de los unos y de los otros dexo de dezirlos porque a vosotros poco o nada pertenesce y también sería muy largo), así que no os maravilléis si os dixere que a quien primero los nuestros hizieron sacrificio fue a este dios. Bien entiendo que mi principio havía de ser declarando quién este dios sea, pero como él no le tenga, no se le podré yo poner sino en sí mesmo porque dezir que es todo uno Pan y Fauno (según los autores muestran) no lo creo porque por ellos mesmos los condenaré. Pues dizes Fauno ser hijo de Pico y padre de Latino, Pan hijo de Demogorgón, Dios de la tierra. Dizes (como también afirman) que Pan y Silvano es lo mesmo; es falso pues un muy auténtico autor después de haver contado que venía Pan, dios de los pastores, dixo que también venía Silvano con una raíz del árbol en que Cipariso fue mudado. De lo cual, claro, se colige confundirse mal el uno con el otro. Los que más acertadamente hablan de Silvano dizen ser Dios de las hezes de los elementos, de las cuales todas las cosas materiales toman ser”.

“Por cierto, señor Parisiles- dixo Selvagia- tú nos has destruido lo que en nosotros juzgavamos estar bien fundado porque siempre hemos reputado a los tres por

uno o a lo menos, a los dos”. “No solo vosotros- respondió Parisiles- pero aún casi todos puesto que hayan sido de más cualidad que vosotros”. “A mi estado, mi entendimiento- dixo Selvagia- no es dado entender tanto que pueda contradecirte lo dicho, cuanto más que por decirlo tú es bien darte crédito. Pero una duda se me ofresce acerca d’esto: Afirmaste que Pan no tiene principio y después dixiste que era hijo de Demogorgon, ¿cómo es esto?”.

“Ello está discretamente apuntado- respondió Parisiles- y como persona que va bien atenta a mi cuento. A la verdad, tú te metes en cosa que no sé cómo salga d’ella con la honra de mis dioses o la mía porque doy mi fe que la una ha de faltar, pues, o tengo de confesar no lo entender, o que nuestros dioses son ningunos si hemos de dar crédito a nuestros escriptores. Mas porque me acussas de inadvertido en mis dichos quiero que consideres que cuando dixe Pan no tener principio, fue de mi propia sentencia y la verdad si Pan significa todo. Cuando dixe ser hijo de Demogorgón fue, según el parescer de aquellos que afirmavan ser uno Pan y Fauno y fue cosa conveniente para derribar los de su opinión traer de su sentencia la contradicción mostrando sus dichos ser repugnantes. Réstame agora probar no ser hijo de Demogorgón. Cosa indesciente sería dezir que el hijo sea dios de su padre y que el hijo, sea padre de su padre y si esto no, provaré a lo menos que todo es uno Pan y Demogorgón, pues yo me atrevo hazer verdad lo uno y lo otro con fundamentos propios suyos. Pan quiere dezir todo y assí para darnos a entender ser dios de todo, le pintan como sabéis. Demogorgon quiere dezir Naturaleza, ora pues Pan es dios de todo, naturaleza es algo, luego Pan es dios de naturaleza. Luego por el consiguiente, si Demogorgon es naturaleza, Pan es dios de Demogorgón. Colegí agora que Pan que es el hijo, es dios de Demogorgón su padre. Si me dixeredes que Naturaleza no es algo sino todo, ya vendréis a confessar que todos es uno Pan y Demogorgon, no dos cosas, pues no puede haver dos cosas que cada una d’ellas sea todo absolutamente. Assí como los nuestros se confunden con este dios, mostraré lo mesmo de otros dioses muchos”.

“Ora pues- dixo Silvano- quién crees tú ser Pan”. “Sease quien más quisiéredes- dixo Parisiles- basteos honrar a este dios Pan debaxo de que es dios de todo. El primero (que yo sepa) que a este dios hizo sacrificio fue el rey Evandro y aun el primero que le hizo templo y fue este templo en Arcadia, al pie de un monte llamado antiguamente Olimpo, porque allí dixerón que se havía criado Rómulo. Después se llamó este monte Palatino y Liceo. Havía en él quatro cosas principales: la una, un bosque consagrado a Júpiter de tal cualidad que si alguno menospreciada la ley, quedaba la entrada, entrava,

moría el tal dentro de un año. En lo alto del monte, había una ara del mismo Júpiter de gran reverencia. Havía assí mismo una fuente de tan maravillosa naturaleza que parece haver sido los Dioses más curiosos en ella, que en otra cosa alguna, porque movida su agua mansamente con un ramo de enzina, se levantava luego un vapor espesso semejante a niebla, el cual no mucho después hecho nube y ayuntado con otros de allí levantados era bastante para hazer lluvia abundosa. Al pie d'él estaba un lugar o espacio que Lupercal se dezía. Afirman unos que tomó este nombre porque allí no se consentía a los lobos ni podían ensobervescerse con el ganado; otros, que porque crió allí a Rómulo y Remo, una mujer llamada Lupa. Aquí, pues, estaba el templo del dios Pan. Los sacrificios que se le hacen toman de aquí nombre Lupercales. Llamábanse antes Licea del monte donde primero se hizieron, ya sabéis que son diez y ocho de enero, los que hazen sacrificios se llaman Lupercos. Éstos mientras le hazían, corrían desnudos por las calles. Cubiertas las caras con máscaras y con riendas que en las manos llevaban hechas de piel de cabra, herían las manos y el vientre de las mujeres preñadas y de las que no podían concebir porque assí el parto era fácil a aquellas y estas otras se hazían preñadas. Andavan desnudos, según algunos, porque les parecía que assí mostravan la ligereza d'este dios; según otros porque los de Arcadia, que fueron los primeros que le hizieron sacrificio, andavan sin vestidura y sin leyes por las selvas vagando; según otros porque Pan aborrescía sumamente los vestidos y assí sin ello le pintan; según otros cuentan, porque estando un día Rómulo y Remo con otros mancebos haciendo estos sacrificios y exercitando sus personas con ellos en cosas a su juventud conformes, dexadas las vestiduras por el calor, les vino nueva que les habían hurtado el ganado. Ellos entonces con los demás, como mancebos airados sin aguardar a vestirle, fueron en seguimiento de los ladrones y, havida la victoria por Remo con los Fabios que en su compañía fueron, cobraron su ganado. Después, por memoria d'esta hazaña, se ordenó que los que hiziessen sacrificio a Pan fuesen desnudos. Todo lo dicho hasta nuestros tiempos ha permanescido, excepto el no ir desnudos que no se usa desde que un dictador romano no rehusó la corona del imperio, que un cónsul hecho Luperco le ponía y fue tan aborrescible al pueblo romano lo que aquel cónsul hizo que por ello aborrescieron también el tal modo de sacrificar. Véis, pues, aquí, amigos, lo que me havéis preguntado que aunque largo os havré parecido por ventura ha quedado más corto de lo que el negocio pedía”.

“Yo a lo menos- dixo Sireno- por breve te juzgo, señor Parisiles, según lo mucho que has tocado. Mas con todo todo no nos harías tanto placer de decirnos por qué causa nuestro dios Pan aborresce tanto los vestidos”.

“Plázeme -respondió Parisiles- de contároslo porque es cosa graciosa. Recreándose a caso Hércules con su mujer Yole por las sombrías selvas y amenos bosques, huyendo el calor del sol, Pan desde un alto, los vio. Vio principalmente a Yole, mujer de rostro hermosísimo. Viola y ardió en amores d’ella y dixo: “Ya, o deidades d’estas montañas, no tengo que ver con vosotras. Quedaos, quedaos que aquella es solo mi deleite”. Llevava Yole las espaldas y pechos dorados con la madexa de oro que de su cabeça por los hombros se extendía y a las sombras doradas hazían amarillo el sol, que poco o nada calentava y el luzero húmido con el rocío de la noche cercana corría con su cavallo casi negro, quien Hércules con su compañía se recogió en una cueva junto a los viñedos de Lidia. Entre tanto que la cena se aparejava por los siervos, Yole por tomar placer o por lo que se le antojó, atavió al robusto Hércules con los femeniles vestidos suyos soltando las ataduras de las sayas, para que le cupiesen y, rompiendo lo que no alcançava, ella tomó la maça y despojo del león con el arco y flechas de su marido. D’esta manera cenaron y d’este modo entregaron sus cuerpos al sueño y con este hábito cada uno d’ellos en diferentes estrados, cual el tiempo les concedía, se pusieron a dormir (no les era lícito aquella noche estar juntos porque el día siguiente se havían de celebrar sacrificios a Baco) la media noche sería cuando Pan a oscuras (¿a qué no se atreve un amante?) entró por la cueva y halló los criados con la cena y vino adormidos de donde le vino esperanza que lo mesmo havría sido causa de sueño a los señores. Andando pues d’este modo, su ventura lo guió a la parte do Yole estava (dichoso si conociera su dicha) y, como tentasse la piel del león con miedo levantó la mano pensando ser Hércules el que allí estava, cual el caminante que de improviso ha pisado la sierpe no vista. Passando adelante topó con el estrado do Hércules en traje diferente a su persona yazía, al cual como Pan tocasse y sintiesse las femeniles vestiduras creyendo ser lo que buscaba sobre el estrado, subió y, alçadas las vestiduras en lugar de las blandas carnes, halló áspero vello. Recordado Hércules el sueño, arrojó tal puñada al mísero amante que le derribó de la cama abazo⁴⁰. Despierta Yole con el ruido y pedida luz a la gente, hallaron al pobre enamorado quejándose⁴¹ del golpe recebido. Donde no solo Hércules y criados, mas la señora amada hizieron burla del sin

⁴⁰ Abazo: “abajo”, errata en el texto original.

⁴¹ Ver nota 41. Repetición.

ventura amante. Véis, pues, aquí amigos como el dios engañado por los vestidos los aborresce”.

“Bien está- dixo Sireno- mas no nos dirías lo que començaste, en qué modo se nos da a entender por su pintura ser dios de todo”. “Píntanle con cuernos- respondió Parisiles- a semejança de los rayos del sol y de los cuernos de la luna. Tiene el rostro encendido, a imitación del fuego. Tiene en el pecho una estrella dicha Nebrides, en representación de las estrellas (creo que se hazía esta estrella de cuero de cabra montés o ciervo, porque Nebrides quiere dezir cabra montés o ciervo, d’estos pellejos usava en los sacrificios de Baco). Por lo dicho, se nos da a entender que es todo lo superior. Del medio cuerpo abaxo, se pinta cerdoso y veloso para significar los árboles y fieras. Tiene los pies de cabra para mostrar la dureza de la tierra y esto baste por el presente”.

Con estas y otras semejantes curiosidades que los pastores preguntaron a Parisiles, se les pasó la tarde con harto contento suyo. Este mismo día (como dixe), se llevó Felicia consigo a Stela y se apartaron por otra parte don Felis, Felismena y ninfas con Crimene. A la cual después que estuvieron todos assentados a la sombra de unos espessos sauzes, don Felis dixo: “Hermosa ninfa, assí sucedan todas tus cosas a tu voluntad y te creas en la prosperidad que desseas, nos cuentes cómo y porqué andáis tan tristes tú y Stela con el hermoso zagal y de cuando acá tenéis conoscimiento con él”.

“Mándasme, señor don Felis- dixo Crimene- renovar mi suma miseria y extremado dolor. ¡Ay de mí!, ¿quién podrá templar las lágrimas? ¿Quién podrá amatar mis encendidos sospiros que con tal me moría de mis ojos y entrañas saldrán? ¿Cómo podré deziros, mi excesiva desventura por orden, pues no le ha habido en mis innumerables passiones? Conténtate, señor don Felis y basteos señoras saber que delante tenéis la más de las mujeres desdichada en vuestra presencia, está la suma de las desastradas”. Diciendo esto, un profundíssimo suspiro acompañado de abundantes lágrimas impidieron su boz dolorosa.

Todos juntos como estaban, llegaron a ella y consolándola, Felismena dixo: “Creéme, hermosa ninfa, que nunca don Felis mi señor, te pidiera esto si pensara que por ello havías de recibir el menor sinsabor del mundo sino que él y todos desseamos saber lo que pidió para ayudarte con lo que pudiéremos a tus trabajos”. “¡Ay, venturosa señora!- dixo Crimene- cómo bives engañada y todos los que contigo creen que hay remedio a mis desventuras. Mas por la voluntad y amor que me mostráis y por el que yo os tengo, poned las orejas a mis palabras y el entendimiento a mis infortunios que os quiero satisfazer a lo preguntado por el señor don Felis y porque entendáis a cuánto ha

llegado mi infelicidad y hasta dónde se he entendido mi miseria, sabed que soy forçada a amar a quien poder no tiene para quererme y no hay en mí valor para no tener por muy cara amiga a aquella que me traía como a enemiga y porque os parescerá cosa rezia de creer. Entended que yo amo a este pastor que con nosotras viene, cuanto puedo y ¿puedo a la verdad cuánto quiero? Amo assí mesmo a Partenio, amigo suyo cuanto quiero y quiero cierto cuando puedo. De manera que assí como no se hallara quién a estos dos pastores pueda conocer por su mucha semejança, d'este modo yo no soy bastante a distinguir a cuál d'ellos tengo mayor amor por ser tan uniforme. Pensé un tiempo contentarme con ser del uno queriday cuando me di a entender que lo era, no estava satisfecha. No puedo con razón d'ellos quexarme pues ambos o a lo menos Delicio (según pienso y creo que no es vana mi sospecha) se ha esforçado lo possible a amarme, poniendo de su casa cuanto tenía y no ha sido en su mano. Pues, véis aquí cómo he dado mi amor, aquí no puede pagarme en la misma moneda. Preguntarme héis ¿quién es el impedimento para que ellos no correspondan a lo que justamente me deven? A esto respondo que la maior y entrañable amiga mía porque por ésta están ambos heridos de la flecha de Cupido y ella por los dos no menos lastimada. Quien está bien, sospecharéis que no podía ser otra que Stela e yo os juro por cuanto un verdadero amante puede jurar que nunca he querido mal a Stela puesto que es y ha sido causa de no ser yo amada de los pastores porque por mí veo que no pudiera yo más hazer en su causa que ella haze en la mía y más que aunque le odiara, me convenía serle amiga entendáis de qué manera nosotros perdimos nuestra libertad y ellos quedaron sin la suya, os contaré solamente lo que a este propósito haze: el mesmo día (según ellos después nos han dicho) que Stela por voluntad de los dioses vino a nuestra compañía, (ya sabéis cómo soy una de las ninfas del muy celebrado, famoso y caudaloso Duero) Partenio y Delicio vieron a Stela y entrambos igualmente la amaron , dado que no se pareció por entonces porque Partenio lo encubría a causa de que Delicio primero el suyo había manifestado. Pues como Delicio dixesse que estava enamorado de Stela, acordaron aguardar en una floresta que allí cercana está a fin de ver si de las aguas saldría Stela para hablarla más como saliesse y ellos para nosotras que en su compañía íbamos, encaminasen, huyamos, volviéndonos a nuestro lío. Visto por ellos, no ser posible hablar la de aquel modo, determinaron engañarnos tomado hábito pastoril y dexando el suyo cortesano.

D'esta manera pues ellos aguardando, salimos Stela e yo y como nos viesan sin hazer muestra d'ello, el uno tocó rezio una çampoña (sospecho que para llamarnos) la

cual de nosotros oída, como por allí, buenos días había no fuese acostumbrada, nos acercamos, puestas como en celada detrás de unos sauzes. Mas ellos que a hurto nos estaban mirando, viendo llevar buen principio su engaño y fingiendo no havernos visto, entre sí se rogaban que cada uno tañase y cantase.

Quedando al fin vencedor Partenio, Delicio tomó un rabel con el cual tañó y cantó tan suavemente que juzgamos haver cometido nueva culpa Apolo, por donde de nuevo tornado, hoviesse a ser pastor y que fuese aquel que tañía. La canción fue de gran sentencia, la invención ingeniosísima, el artificio curioso; por tanto, id atentos en lo uno y en lo otro si queréis o desseáis gozar d'ella:

No tan rebelde a Amor, ni desdeñosa
pisó yerva con planta,
ni verde hoja cogió ninfa con mano,
cabello de oro fino no dio al viento,
ni en lino hermosos miembros ha cogido 5
dama gentil y bella, cual aquesta
dulce enemiga mía.

Belleza y castidad es una cosa,
no vista en edad tanta
y assí admira y contenta a todo humano, 10
mas ello a mí da pena y descontento
porque amor con belleza me ha encendido
y por la castidad ya no me resta
un punto de alegría.

No hay en apartado lirio o rosa, 15
ni flor alguna en planta,
ni prado ameno, verde en el verano,
que vello alegre assí mi entendimiento
cual la flor qu'en mi pecho ha florecido,
contemplando en aquella qu'es compuesta 20
de gracia y gallardía.

Parésceme que veo de mi diosa,
el pecho o la garganta,
en viendo al blanco armiño en algún llano,
y en ello aún imagino que la afrento. 25

¡O dioses que jamás aún he podido
ser harto en contemplarla al sol o siesta,
de noche o claro día!

De río no creciente caudalosa
de tanta falda, cuanta 30
dulçura sparze el rostro grave, llano
y bello, de quien basta hazer contento
al mundo, ni tranquilo mar se vido
salir menos de madre, assí cual está
de toda recta vía. 35

A cualquier voluntad algo viciosa
su honestidad quebranta,
cual suele al fuego o vela al aire insano,
si aquello tuvo poco fundamento.
Felis, cuerpo que tal alma has tenido 40
y ella que siendo en otro cuerpo puesta,
menos le convenía.

Por sola ella la vida m'es gozosa,
qu'el alma se adelanta
contemplándola, en gozo soberano, 45
(creello bien podrán con sano intento)
por ella, los desiertos me han plazido,
que sin ella no hay bien, placer, ni siesta,
ni aún verde yo quería.

Hado dulce, que a empresa generosa, 50
al corazón levanta,

sellando en sí quién l'haze ser ufano.
¡O sello dulce, o tu dulce tormento!
Milagro dulce, que verse no ha querido,
dulce llaga por quien de balde cuesta
tan dulce compañía.

55

Gracia, hermosura igual, beldad honesta
no fue, ni ser podría.

Assí como Partenio puso fin a su canción, pensando Stela que había cessado el cantar y tañer, creyendo que del todo lo había dexado, no siendo assí porque estaba rogando Delicio a Partenio que tocasse el rabel y cantasse, me dixo: “Dime, hermosa Crimene, goza muchas vezes este solitario lugar de semejante boz acompañada de tanta dulçura, porque cierto a ser assí, no dexaría de quejarme en alguna manera de la amistad que entre ambas está trabada, en no haverme dado tan dulces ratos como el que agora hemos pasado”. “Cara amiga mía- respondí yo- después que el fiero Gorforosto habita en estas partes (los dioses le destruyan, pues nos ha quitado gran parte de nuestros solaces), ésta es la primera çampoña y rabel que en esta floresta ha tocado sonando tantas en otro tiempo de pastores y pastoras que en ella passava sus siestas y cierto no menos me admira la novedad del caso, que la melodía del canto, puesto que con gran parte igual a mis orejas no se ha ofrescido. Mas porque tornan a tañer y cantar vámonos un rato con ellos, pues es gente comedida que tanto respecto a nosotras tiene”.

Esto dicho, caminamos para ellos, los cuales viéndolo, increíble alegría sintieron, pues alcançavan lo desseado tanto por ellos. Empero por más dissimular con nosotras y porque no nos bolviessemos a nuestra costumbre de huir, se estuvieron quedos sin levantarse aún a hazernos comedimiento, hasta que nosotras les hablamos. Llegadas pues que fuimos a ellos, como yo vi tan gentiles zagales y tan semejantes en rostro y vestidos, vuelta para Stela, dixe: “¡Qué hermosos pastores!, mas, ¿no ves cuánto se parescen? No hay a mi juicio plata a plata, oro a oro, ni agua a agua tan semejantes entre sí. No debían ser tan unos, nuestro Júpiter con Anfitrión, ni Mercurio con Sosia, cuando por gozar de Alchmena, Júpiter siendo Anfitrión, a Anfitrión echó de su propia casa y Mercurio siendo Sosia, a Sosia hizo sentir sus puños”. Buelta luego para los pastores, d’esta manera les hablé: “Graciosos pastores el no acostumbrado y dulce canto, después de la suspensión qu’en cuánto está en estos campos ha hecho, a

nosotras ha apremiado para venir a gozar d'él; por tanto, si en algunas estima las ninfas con vosotros, los pastores somos. Os rogamos que no sea de peor condición para estos árboles que sin mover hoja os escuchava nuestra presencia, que fuera nuestra ausencia”.

A estas palabras, levantados los pastores y entre sí rogados cuál había de responder, Partenio dixo: “Hermosísimas ninfas de las ninfas, no negamos por lo dicho estar obligados a cumplir vuestro ruego (de industria desechavan de sí palabras que a cortesanía supiesen), pero muy menos dexaremos de confessar, estar más constriñidos a obedesceros por vosotras mismas, perdónennos las demás ninfas. Assí que ved en qué podremos daros contento, que luego satisfaremos, si podemos, a vuestra voluntad”. “La nuestra- respondí yo- ya la tenéis entendida”. “Pues alto- dixo Delicio- comiença”. “Mejor sería- dixo Partenio- que tú lo hiziesses porque con lo mucho que justamente tu suavidad les ha agrado, cualquier cosa que yo cante con mi desgracia les dará fastidio”. “No hay para que tratar d'esto- dixo Delicio- que tus metros darán testimonio de la verdad”.

Ya quería començar Partenio, pero no hallándose satisfecho en que solamente yo se lo hoviesse rogado y no Stela, me dixo: “No querría, graciosa ninfa, mientras a ti doy contento por hazer lo que me dixiste que a tu compañera dicesse pesadumbre, dígolo porque hasta agora yo no sé si es tu voluntad que cante”. Stela respondió: “Ninguna cosa hay que a esta hermosa ninfa agrade que a mí no aplazga, cuanto más que aunque assí no fuera, bastarte devría cumplir el parescer d'ella, sin hazer caso del mío”. Bien quisieran responder a estas palabras entrambos, empero creo que no se atrevieron, lo uno por no mostrarse de repente tan apasionados, lo otro por no afrentarme, cosa en que tanto les iba y también porque les tomé yo la mano, diziendo a Stela: “El pastor como sagaz ha hablado y tiene mucha razón, por tanto mándale que cante, que esso espera”. “Pues porque más no se tarde- dixo Stela- dexado lo que en essa parte podría dezir, yo se lo ruego con presupuesto, que si acaso otra vez tú le mandares algo y él lo quisiere hazer, no tome de mí consejo, pues cumpliendo con tu voluntad, la mía está satisfecha”. Delicio respondió: “Nosotros guardaremos este aviso y no se te olvide”.

Luego començaron a tocar el rabel y çampoña, queriendo dar principio a su canto. Partenio estuvo suspenso no sabiendo qué materia tomar porque quisiera dezir algo de la hermosura de Stela, por quien no menor pasión sentía de secreto que Delicio de público, pero la fuerça de la amistad a otra parte le arrojó y assí parte con alegría por hazer lo que al amor de su amigo Delicio tocava con tristeza por ir contra lo que a sí era

obligado, quiso alabando a Delicio inclinar a Stela para que le amase. Cuyo comienzo fue este entrando de la misma manera que su amigo en la pasada:

No tan fiel, ni sujeto al dios Cupido
puso en boca çampoña resonante,
ni ovejas ha apastado
pastor en algùn prado,
no miembros tan graciosos ha extendido, 5
tirando dardo o barra muy pujante
zagal gallardo y bello (yo lo fío),
cual este dulce y caro amigo mío.

Con su canto dulcíssimo ha forçado,
los Sátiros dexar la dulce empresa 10
de ninfas que seguían
y entre manos tenían,
y aún ellas olvidadas han dexado
el huir que llevaban y la priessa,
blandos haze los duros pedernales 15
y amansa los feroces animales.

A su gracia, belleza y apostura
las Ninfas y Napeas se rindieron,
Náyades, Hamadríadas,
Oreadas y Dríadas, 20
que de tal gentileza y hermosura
ni Paris, ni Endimión, ni Alexis fueron
a todas de gallardo menosprecia
por sola una a quien justamente precia.

Porqu'ella sola a solo éste conviene, 25
justamente a ella sola reverencia.
Él solo a sola ella
bastará a merescella

y este⁴² solo a ésta sola igual le viene,
qu'entre ellos no hay alguna diferencia. 30
Él nació para ella solamente
y aún ella para él únicamente.

Assí que, a no nascer ella, él quedará
sin amar si a su igual amar quisiera
y aun ella pretendiendo 35
su igual y él no nasciendo,
también ni más ni menos nunca amara
que igual, excepto aqueste, no tuviera.
Él dichoso, pues ha su igual nascido
y ella, pues nació quien l'ha merescido. 40

Fortuna en todo a él fuera favorable,
haziéndole⁴³ entre todos más jocundo,
si supiera ya acaso,
por algún modo o caso,
su puríssimo amor, su fe inviolable, 45
aquella que da lustre a todo el mundo,
en cuya extremadíssima belleza,
mostró su gran poder Naturaleza.

El pobre su dolor padesce y calla,
que a dezillo, lugar no se le ha dado. 50
Una vez le ha tenido,
mas él no se ha atrevido;
su pena con callar quiere passalla,
por no ser expelido de su estado,
que si ella tiene extremo de hermosura, 55
también tiene el extremo de ser dura.

⁴² Este: "hasta", errata en el texto original.

⁴³ El texto dice *haziéndles*, errata evidente.

Desecha esta aspereza, pues zagala,
 no huyas a quien tanto por ti pena.
 Ninguno cierto duda,
 qu' es defecto ser cruda, 60
 ¿por qué quieres tener cosa tan mala,
 ninguna habiendo en ti que no sea buena?
 Y pues no es justo haver en ti algún vicio,
 paga el amor que debes a Delicio.

Tocarón tan en lo vivo estos dos postreros pies a Partenio que los cantava, viendo que le era fuerça pedir para otro lo que tan para sí quería que por poco no pudiera dar fin a ellos. Fue esto claro y manifiesto porque a modo de los que solaçan, redoblava algunas sílabas y assí nos dimos a entender que alguna congoxa le había sucedido. Tuvimos d'ello más evidencia viendo que con algunos sospiros internos cessó sin hazer remate de canción. Verdad es que la causa de su dolor no la pudimos alcançar, que dado que se la demandamos, él nos dixo más fingidas apariencias que puras verdades. A lo cual, yo con alguna risa le dixe: “Gracioso pastor, no quiero ser yo de tu condición para que haya de alabarte en tu presencia, como tú has hecho a tu amigo, puesto que por ventura no se te deve aventajar, pues no menos en boz y gracia os semejáis que en cuerpo y figura. Mas con todo te debe mucho Delicio (que assí me paresce que dizes llamarse), empero porque la alabança en presencia es tenuta por blasón, aconsejarte hia ya que la guardasses para quando él estuviesse ausente de ti”.

“Graciosa ninfa- respondió Partenio- no debes condenarme sin primero ser oído porque aunque te parezca tu acusación ser justa, podrá ser que lo contrario juzgues, oída mi satisfacción. No es tan universal esta regla de que ninguno en presencia debe ser alabado que necesidad no la quebrante. Por lo cual, no solo uno a otro puede alabar, pero aún uno por sí mesmo, lo podrá hazer”. “¿Qué necesidad había para ello?- preguntó Stela. A esto como Partenio callaste, buelta para Delicio, le dixo: “Pues tu amigo no quiere responder, dínoslo tú”. Delicio, aunque lo sabía, no atreviéndose a dezirlo, dixo: “No hallo yo otra sino en mi nombre cantar propias alabanças tuyas”. Queriendo Partenio bolver sobre esto, yo me atravesé y dixe: “No se gaste más tiempo en cumplimientos y dezidnos si os plaze de adónde sois (que ser d'estas comarcas vuestro traje nos desengaña) y para dó es vuestro camino y sobre todo si havéis de estar en esta tierra algún tiempo y porqué ya sabemos el nombre del uno de vosotros para

echarnos en obligación que el otro sepamos. Yo me llamo Crimene y esta compañera mía Stela”.

Delicio, entonces, tomando la mano, respondió: “Nuestro incierto y dudoso viaje es buscar con algunas señas que llevamos a nuestros padres que de niños nos desampararon sin saber cómo se llaman ni de adónde son o a lo menos buscar a un hermoso zagal y a una honrada vieja que a los dos en un mismo tiempo y diferentes lugares a criar nos dieron. El nombre de mi compañero es Partenio, el mío (como dezis) por lo que él cantó, os es manifiesto. El estar aquí, será no más de lo que a vosotras agradare”. “Si a nuestra voluntad quedara- dixo Stela- no nos tengáis por tan desconocidas que no nos supiéramos aprovechar d’ella por gozar de tan sabrosa conversación. Empero tampoco fuéramos tan mal miradas que quisiéramos impedir vuestro piadoso intento”. “El más piadoso, dulce y hermosísima Stela- dixo Delicio- y que más a nosotros toca es que nos mandes quedar en esta tierra porque no perdamos tan agradables horas como éstas”. “Yo no estorvaré- respondió Stela- tan loable propósito, aunque bien me holgara que siendo agora la vuelta y nuestros padres hallados, bivierades en ésta partes siquiera por las horas que aquí salimos”. Yo, entonces, acordándome de lo que Partenio había cantado, que Delicio de gallardo menospreciava a todas las mujeres, por sola una a quién más que a sí quería, riendo respondí: “Ora, pastor, que yo te lo quiero mandar, a lo menos por ver de ir yo también en el número de las desdeñadas o si sola de ti querida”. En estas pláticas passamos la fiesta con concierto que allí algún tiempo detuviesen, inquiriendo si algunas nuevas por aquella tierra de sus padres se pudiessen haver y que ellos acudirían a pasar allí la siesta y nosotras saldríamos a tenerles compañía. Esto concertado, Stela me dixo: “Si te paresce, amiga Crimene, nos vamos, que ha rato que salimos, pues no es razón que se quexe nuestra guarda de tanto tardar”. Para que entendáis, señores, esto que Stela dixo, havéis de saber que por todas las vías posibles procurábamos dar a Stela todo contento y por esto la dexávamos ir con compañía por aquella floresta. Empero temiéndonos del fiero Gorforosto, quedaba una de nosotras a las orillas del río debaxo de una palma que casi enfrente de la parte por do solamente había passo estaba, a fin de que si assomasse el fiero pastor, avisasse, tocando una cornetica que tenía para que Stela se recogisse.

Despedidas pues de los pastores (de creer es que con algunos sospiros interiores suyos), nos fuimos a nuestras moradas y ellos se quedaron en aquella floresta. Otro día a la misma hora yendo muy quedo y por partes escondidas, por ver en qué entendían, los hallamos sentados sobre la verde yerva y de tal manera durmiendo que mostraban no ser

Estaba el uno frente del otro como que razonando habían estado, puestas las manos en el rostro, sustentando el otro brazo la carga del brazo y cabeza y, de cuando en cuando, echaban fuera de sí profundísimos suspiros. Lo cual a no pequeña compasión moviéndonos que alguna manera les teníamos cobrada una sana afición, determinamos apartarnos, porque despiertos no se afrentasen por ser vistos de aquella manera y desde algo aparte, para despertarlos como que ninguna cosa huviésemos visto, comenzamos a cantar tomando por fundamento las lágrimas que delante de nosotras habían derramado. Lo que cantamos fue esto:

Al prado, el agua es deleite,
la estopa agrada a la llama;
a la lámpara, el aceite 5
y al pasto, el ganado ama.
Las ya maduras espigas
se sazonan con calor
y aumentasse con fatigas
y con lágrimas, amor. 10

⁴⁴ Adición de “s” para la concordancia de número con el adjetivo y sustantivo al que acompañan.

nosotras- mas no negando lo que nos demandáis qué tiempo os queda para ello, ¿nos deid si estáis en descansar aquí algunos días?”. “El descanso- respondió Delicio- no sabemos, hermosas ninfas, si le tendremos aquí, pero estamos determinados detenernos todo el tiempo que vuestra voluntad fuere de la cual con la nuestra jamás saldremos”. “No menos- respondí yo- la nuestra para lo que os cumpliere está aparejada. Pero yo os quiero avisar de una cosa, que, por ventura, hasta agora a vuestra noticia no ha llegado. Por las nuevas de fertilidad d’esta tierra de las partes septentrionales habrá diez o doze años que por aquí aportó con gran número de ganado un pastor (cierto no tan hermoso, ni gracioso como vosotros) hijo del dios Silvano y de una robustísima y fiera pastora que con él venía, no os sabré dezir, si más graciosa y hermosa que esta compañera mía. Este desemejado pastor no solo a sus padres en cuerpo y fiereza fue semejante, pero aún en mucho les ha sobrepujado. Viendo pues la fama no serle mentirosa y el aparejo que de aquella parte del río una gran ínsula para su habitación, le ofrescía sin temor de los fieros animales que yerma o inhabitable la hazían en ella determinó vivir y oxalá como en los tiempos venideros, esta isla del río, pienso será comida, como señalando, la huviesse agora acabado. El nombre d’este fiero hombre es Gorforosto y porque entendáis su increíble fuerça y grandeza, mirad la hondura del río y la furia que trae que a pie de tres en tres y de cuatro en cuatro de la otra parte todo su ganado puso. Lo cual de tal manera en número ha crecido, disminuidas las fieras que dañar le podían que no da lugar a ser guardado.

Y assí, sin mucha parte d’ello poderse poner en apriscos, libre se estiende por los campos y riberas. Pero de tal manera, libre de ésta, preso por las aguas que en cárcel le tiene. Bien le tuviéramos que agradecer a Gorforosto, pues ha destruido las fieras que algo dañaban en esta tierra (las pocas que pasar podían), si junto con esto maltratando a los pastores d’esta parte, no nos privara de su graciosa conversación, puesto que a nosotras sino es en lo dicho, nunca agravio nos hizo, mas antes le somos obligadas, aunque a la verdad no le proviene de virtud que no habiéndonos hecho injuria ha sido medio por el cual está en nuestra compañía esta hermosa donzella.

El fin, pues, por el cual os he hecho esta breve narración porque no queríamos que por nuestra causa recibíessedes algún daño d’este pastor. Seos dezir que gran parte de su natural fiereza ha olvidado, después que el blando amor dio entrada, de donde entenderéis el valor de aquel poderosísimo niño. Pero si en estos días, que soy cierta que no saldrá por un juramento que hizo algún buen modo se hallare para que a vuestro salvo podáis estar, le buscaremos. Donde no más a nuestro plazer será que ausentes

vosotros de peligro estéis ajenos que con vuestra presencia, nosotras de contento estemos abundantes”. Ellos nos agradecieron la voluntad que les mostrábamos teniendo en poco cualquier cosa que sucederles pudiese con que nosotras el puesto no faltásemos y Partenio se ofresció saber en tan manera grangear y agradar al fiero Gorforosto que muy a su salvo allí pudiesen habitar. Con esto y algunos cantos amorosos que todos cuatro a veces cantávamos la fiestas de aquel día se nos pasó y nosotras según nuestra costumbre fuimos a nuestro río y ellos, como solían, se quedaron en aquella floresta, la cual de morada les servía que de lo necesario a su sustentación de los lugares comarcamos se proveían. No solamente Delicio, Partenio, Stela e yo en aquellos primeros ocho días al lugar diputado no faltamos, mas aún a la fama de los nuevos pastores acudieron algunas otras ninfas, donde ellas y nosotras ordenávamos graciosos coros al son de la çampoña y rabel.

A ratos, al dulce canto de Partenio y Delicio, prestábamos atentas orejas. A veces a cuentos alternos, lugar davamos. Algunos días se halló en estas conversaciones el viejo Parisiles que por ver a su cara hija allí acudía, dando no pequeño contento a todos con sus preceptos, acerca de la veneración de los inmortales dioses y mostrando la providencia divina en todas las criaturas y por ellas la suma potencia de su plasmador y enseñando los veloces movimientos de los orbes celestes y la causa de su presteza infatigable. En el cual tiempo, Delicio y Partenio ganaron para sí la voluntad de todas mis compañeras, pastores y pastoras (que también allí acudían sabido lo que Gorforosto había prometido) que de todas no medianamente eran amados y queridos assí por la suavidad de su cantar y tañer, como por su discreción y gracia. Pero a todos sin comparación, excedíamos la hermosísimas Stela e yo, puesto que más a lo descubierto el amor mío para con Partenio se extendía. Al cual, yo más entonces me había inclinado y no por otra causa, sino por entender que Delicio tenía puesto el suyo en Stela y también porque juzgué estar más libre Partenio.

Entrambas como rudas, no sabíamos gobernarnos en los tratos de Cupido; entrambas como poco prudentes, ignorábamos cómo regirnos en las obras d’este niño y por esto, lo llevábamos impacientemente, dado caso que más dificultoso y áspero se le hacía a Stela y esto no porque yo huviesse más que ella andando en la escuela de la experiencia en los efectos de su hijo ciego, mas porque ella quería y aún se esforçava para desechar de sí el gusano que poco a poco por el corazón sin sentirlo se le entrava, que es de tal cualidad este traidor dios de Amor que parece que cuanto procuráis desecharle de vos, entonces con mayores fuerças os entierra más dentro. De manera que

cuanto más Stela se ingeniava en no amar a los pastores, más animosamente Amor la acometía.

Por donde, ni de día ni de noche, no reposava ni hallaba sosiego alguno (todo esto súpelo después d'ella, porque entonces ella lo dissimulava tan bien que aún yo colegirlo no podía) y assí queriendo apartar de sí la causa, alguna vez huyera de las conversaciones, dexando de venir adonde los pastores nos aguardaban, si forçada de mí no fuera. Entre los otros días que los cuatro solos nos hallamos, yo dixে: “Hermosos zagales, no es razón que vivamos nosotras con la duda de todos los demás sin que por alguna cosa o parte, sepamos distingueros, que muchas vezes os dexamos como los otros de nombrar por vuestro propio nombre, de lo cual no poca pesadumbre recibo. Assí que mucho quería tomasse alguna diferencia el uno de vosotros, pero de tal manera que fuesse tan oculta que ya que a nosotras sacasse de duda a los demás, dexasse con ella”. “Graciosa Crimene- respondió Crimene- hasta agora nuestro intento ha sido que los vestidos no diferenciasen a los que la voluntad y rostro ha hecho semejantes. Mas pues en esso, te haremos placer que en recibirle tú no creo le pesara a tu compañera, ordene la diferencia de nosotros la hermosa Stela en lo exterior, pues la puso en lo interior”. “Pastor – dixo Stela- no alcanço que diferencia entre ti y Partenio haya yo puesto”. “No creo, hermosa Stela- respondió Delicio- que tengas tan duro el entendimiento como las entrañas para entender lo mucho que amor en mirarle a tu causa”. “La pureza de mi vivir- respondió Stela- me ha hecho ignorante en lo que no quisiera haverlo sido”. “La dureza de tu corazón –dixo Delicio- me ha hecho prudente en lo que no me convenía serlo”. “Dizes de veras –dixo Stela- ¿qué me quieres?”. “¿Pregúntaslo burlando – respondió Delicio- si te amo?”. Stela dixo: “No. Según esto, ¿yo soy a quien endereçavas tus cantos y lágrimas?”.

Delicio pensando tener próspero viento (y aún nosotros no estábamos fuera d'ello porque en toda esta plática nunca mostró ira, más mansedumbre con la cual le sacava lo que el triste en su pecho encerrado había tenido), respondió: “Sí, según lo cual tú eres a quién se encamina mi vida y alma”. “Basta, basta –dixo Stela- tú estás entendido e yo desengañada, nunca pensé que a tanto se estendía el atrevimiento de un miserable hombre; de hoy más venga quien quisiere a gozar de tu ponzoñosa conversación”. Esto dicho con un rostro grave y airado de allí sin aguardar se partía con semejante presteza cual la de la temerosa virgen que despojando al rosal de su honra ha pisado con su tierna planta la descuidada bívora. El mal proveído Delicio sin poderse quezar, ni hablar, atónito quedó cual pastor que al fiel mastín que a su lado tenía, ha

visto del temeroso rayo muerto y las un poco antes verdes yervas que a sus pies estaban, de su fuego vio abrasadas. De lo cual tuve tanta compasión que no pude comprimir las lágrimas y bolviendo el rostro a Partenio para dezirle que se llegasse a tener a su compañero, vile estar fuera de sentido, representando más imagen de cuerpo muerto que figura de hombre bivo, havíale extrañamente lastimado ver a su caro amigo en tal trance y sumamente le traspasso conociendo que de la vista de su querida Stela, solo premio de sus passiones havía de ser privado.

Viendo d'esta manera yo a mi Partenio como verdadera enamorada juntando las manos y luego sacudiéndolas, dixé: “¡O día axiago!” Al mesmo instante me arrojé sobre Partenio, que quando Stela se puso en pies para irse, me havía yo levantado y puesto su rostro con el mío, besándole muy a menudo, incliné su cabeça en mi regaço. A la boz que di, Delicio recordó como de sueño con un profundíssimo suspiro y viendo a Partenio de aquella manera, ni más ni menos, que él se quedó. Buen rato estuve con mi Partenio del modo que havéis oído, olvidada de lo que a mi honestidad devía sin levantar mi rostro del suyo, a cabo del cual queriendo pedir ayuda a Delicio, vi que también d'ella él tenía necesidad. Creed mis señores que si pena se me pudiera añadir, no dexara con esta segunda vista de recibirla, mas como sobre la que tenía no havía más grados de dolor, no la sentí, sino es de verme sola en tal caso, pero animada con la voluntad de los socorrer, saqué de presto de un çurrón una colodra y fui por agua al río y traída se la eché al uno y al otro. “Recordaros- con algunos sollozos dixé con más alegre rostro que corazón- ¿Qué poco esfuerzo es éste, zagales? Muy novicios sois en el servicio de Cupido, pues al primer contraste le querréis desamparar dexándole vuestra vida en sus manos. Mas con todo, mucho quería saber (érame a mí oculto lo que en su pecho de secreto Partenio tenía) qué fue la causa, Partenio para sacarte de mi juizio, que de lo Delicio no hay para que preguntarlo, ¿tócate por ventura a ti algo la acerba respuesta de Stela?”. “¡Pues no!” – respondió Partenio. “¿Qué?”- pregunté yo. Partenio que por todo el mundo, no descubriera el amor que a Stela tenía, respondió: “Ser en daño de mi caro Delicio, a quien más que a mí, su propio bien desseo”. No me pesó, yo os prometo, señores, de oírle esto porque ya había comenzado a roer mis entrañas el insufrible gusano de los celos. “Yo te creo- dixo Felismena- mas sabes que me parece que d'estas pendencias y riñas que has contado tú sola quedaste gananciosa, pues gozaste de tan buen rato como el que con tu Partenio estuviste”. “Yo te doy mi fe, señora a Felicia- respondió Crimene- que de buena gana trocara yo el gozo de estar de aquel modo con mi Partenio, por el pesar que de verle de aquella manera recibí que ya

havrás oído dezir que no sabe la mitad un placer que amarga un pesar”. “Dexado esto aparte, ¿sabes –dixo Felismena- en qué he pensado? ¿Cómo nombrávedes a cada uno de los pastores por su nombre, pues dizes que no se podían distinguir por su mucha semejança y assí pediste señas para diferenciallos, las cuales hasta agora no las teníades? De manera que yo no entiendo como no conociendo a cada uno, como si ya estuviera hecha la diferencia, los nombras dando a cada uno su nombre propio”.

“Muy bien dizes- dixo Crimene- mas de lo contado devrías mirar lo que preguntas porque he dicho que solo Delicio era el que amava, a lo menos en público, sin dezir a quien hasta este punto postrero, pues como amasse por sus pláticas se conocía, luego que hablava, de manera que aunque en llegando no los conocíamos, después por sus razones salíamos de duda”. “Ello está bien dicho – dixo Dorida- y por tu vida que passes adelante que recibo pena de la en que dexaste a los tristes pastores”. “Yo, por aliviarles del grave dolor que tenían- dixo Crimene- estaba con ellos razonando con algunas aparentes y alegres palabras, mas los afligidos pastores no cessavan de derramar abundancia de lágrimas acompañadas con cantidad de sospiros. Yo, a vezes increpándolos, a vezes animándolos, procurava consolarlos pero todo no prestara para desesperarse en aquel solitario lugar, si no les diera esperanza de tornar a Delicio en la gracia perdida con Stela y aún más adelante aunque bien se contentara él y no medianamente con sola aquella de que fue privado, sin passar de allí. Paresciéndome pues ser ya más que conveniente irme, me despedí de los pastores, prometiendo hazer todo lo posible en lo dicho y para esto solo les encomendava paciencia por algunos días a causa de que en el principio no se podría bien curar el apostema duro, hasta que con el tiempo y emplastos que yo aplicaría se ablandasse y que entretanto no dexaría de visitarlos con otras ninfas, puesto que no sería tan a menudo como quisiera, por no dexar sola a Stela y también por no ser sospecha.

En esta sazón, assí porque Delicio y Partenio recibían pesadumbre con los regozijos como porque el tiempo de la salida de Gorforosto se llegaba, toda la conversación se deshizo. Partenio que no solamente cuidado tenía con lo que assí tocava, pero aún con lo que a su amigo convenía, se andava paseando algunos ratos por las orillas del río y allí, tañendo canciones amorosas y tristes, procurava entrar en amistad del fiero Gorforosto para que d’esta suerte y con tratarle y decirle cosa a su voluntad conformes pudiessen sin peligro estar en aquella floresta y para que deteniéndole en cuentos y pláticas, si después Stela se amansasse, pudiésemos estar descuidados en conversaciones Stela e yo con Delicio. Andando pues d’este modo

Partenio, el fiero Gorforosto comenzó a baxar por un alto collado, al cual como Partenio viesse, se assentó en un ribaço del agua hecho y tocó su çampoña cuan más alto pudo para mejor ser oído de Gorforosto. Apenas él le oyó cuando con un passo tirado que dificultosamente a todo correr otro cualquier pastor le pudiera alcançar, llegó a las contrarias orillas del río. Partenio, cuando ya cerca del río, dexada la çampoña y tomado el rabel, comenzó a cantar en alabanza del amor (todo después él nos lo contava) de lo cual assí por ser cosa a su propósito como por la dulçura de su canto, no pequeño contento el fiero pastor recibió y pasara a la parte do Partenio estaba, si no tuviera temor dársele a él, de modo que se fuesse, aunque alguna confiança tomó en ver que habiéndole visto no se había movido, ni dexado su canto y assí algo confiado dixo que la distancia del lugar por ser grande el río, ni el ruido de las aguas con ir impetuosas estorvavan a que no fuesse oído: “Pastor, assí ese dios te sea favorable, consientas que yo pueda gozar de tu suave canto pasando d’esta parte que yo te juro por aquella que solo en mí poder tiene que no recibirás mal de mí agora, ni en tiempo alguno”. Partenio le hizo señas que passasse. Él lo puso luego por obra y allí, dándose cuenta cada uno al otro de su vida (callándose Partenio lo que dañar le podría), passaron muy gran rato; a la postre tañó cosas con que Gorforosto agradasse y, cierto, d’ello el fiero pastor gran contento recibía, pero no menos se alegrava por tener con quien comunicar sus disconvenientes amores con Stela. Con esto por aquel día se despidieron, rogándole Gorforosto no olvidasse aquel lugar.

Entre tanto que Partenio la voluntad de Gorforosto ganaba, en lo cual tanto havía aprovechado con su sagacidad que en braços de la otra parte del río muchas vezes le passava para mostrarle toda su riqueza y morada, yo entendía en amansar a la airada Stela, en lo cual tanto me havía adelantado con mi industria que en el seno de Cupido la tenía puesta para darle a entender su valor y señorío. Assí que ninguna fuerça para resistir al amor tenía, pero con todo se animava a pasar su pena sin descubrirla aún a mí con serle yo tan cara amiga. Mas no por esto me descuidava un punto de por todas las vías posibles estudiar, en que perdonando a Delicio tornasse a la pasada conversación. Y assí, un día que de las demás ninfas nos hallamos apartadas a la hora de siesta, le dixe: “Amada Stela, no puedo no recibir pena que por un ligero movimiento perdamos tan buenas horas como las que a este tiempo teníamos”. “Verdad es caríssima Crimene-respondió Stela- que yo quisiera gozar d’ellas si se trataran con la limpieza que al principio entendimos y no sé yo por qué le llamas ligero que a lo menos a mí bien pesado me pareció “. “Que te iva a ti- le dixe yo- o de que recibías pesadumbre que te

quisiesse bien un zagal tan gallardo, bien entendido y discreto al cual Apolo en el tiempo que las vacas de Admeto apascentava, ninguna ventaja hazía cuánto más que aunque muy sin merescimiento fuera por tener como pasar estas siestas fuera bien que dissimularas, pues al fin tu voluntad quedaba libre para hazer lo que te convenía”.

“¿Havía yo de consentir- dixo Stela- que me amasse alguno fuera de los límites de castidad?”. “Esso dixe yo pues no está en tu mano, ¿por qué no lo has de permitir? Si no di a Gorforosto que dexe de amarte y verás cuánto aprovecha tu querer”. “Bien lo conozco- respondió Stela- pero, ¿havía yo de sufrir que me manifestaste cosa tan torpe?”. “Tú te tuviste la culpa- dixe yo- que le sacaste a barreras, ni más ni menos que si otra cosa no dessearas, con lo cual él descuidado y confiado de que no podía caber en ti engaño para con palabras blandas, sacarle del pecho lo que con duras ataduras ligado tenía. Y en esso le eras más obligada: que jamás te lo quiso manifestar, pasando quizá graves penas por enojarte hasta que por ti le fue mandado”. “Pues assí es- dixo Stela- que a mí quieres dar essa culpa, yo me tomaré esta pena que será con no verle ni tratarle, no caer con él más yerros y él coja el fructo de su atrevimiento que bien creo que no me será a mí grave de aquella llevar, ni a él trabajoso de aqueste coger”. “Bien veo yo- dixe- cuán fácil a ti sea, pero también entiendo ser a él no medianamente dificultoso que te certifico que si le viesses lo que yo digo juzgastes, pues anda tal que apenas conocerle podrías, con cuyas lágrimas los duros diamantes se podrían ablandar y créeme que si no por mí y Partenio, que esperanças inciertas le damos porque no desespere, él hubiera pagado su yerro (si yerro en hacerlo que tú le mandaste cometió). Pero al fin sospecho que no se podrá sufrir si mucho en verle te tardas, que ya no pide otras cosa con la cual quedaría bien satisfecho”. “Por cierto-dixo Stela- tú has dicho inciertas esperanças porque lo son tanto que de inciertas para siempre serán vanas”.

Vista de mí su dureza y de cuán poco fructo eran mis persuasiones, los ojos rasados de agua, dixe: “Ay Stela y cuán mal remuneras lo mucho que te he querido, cuán mala cuenta das del amor que me debes y cuán mal miras por el afición que en ti he puesto. A los dioses pido vengança de lo uno y de lo otro”. Esto dicho rasgando el delgado velo que a mí amoroso pecho débilmente cubría y sospirando tan fuertemente que el huelgo parecía quererme romper las entrañas, cerré los braços y puse la cabeça sobre las rodillas (que sentada estaba) solloçando gravemente. Atónita se quedó Stela con semejante espectáculo, no sabiendo a qué se pudiesse atribuir aquellos mis extremos y assí estaba suspensa sin dezir ni hazer cosa alguna, mas de amor y piedad, sin saber de qué, con lloro acompañarme.

De ahí a un tanto abraçándose de mí, d’esta manera habló: “Ermana y señora mía, si de lo primero te desdeñas por el enojo que de mi sinrazón (a lo menos que yo sepa) tienes, no menos me admira aqueste nuevo caso que me mueven a piedad tus no acostumbradas lágrimas. ¿Dime en qué te soy culpada? Cata que me pones en sospecha de que tu amistad para conmigo va maculada, habiendo sido la mía para contigo tan limpia, pues dizes que te pago mal porque no quiero ver al descomedido pastor”. “¡Ay Stela, cara amiga mía -respondí- cómo quisiera ser yo tú para con la libertad que tienes poderte dezir la causa de mi lloro o que tú fueras yo, para que con mi sujeción oyeras la razón que tengo para hacerlo y quejarme de ti! Pero, al fin, con la posibilidad que alcançare y cuan brevemente pudiere te lo contaré, por quitar de ti la sospecha que has tomado y porque no es lícito a nuestra amistad que haya entre ti y mi cosa encubierta. La razón que me mueve justamente a quejarme de ti es, por lo que dizes, que dixes que es porque no quieres ir a ver a Delicio. Empero muy por otra vía encaminada que tú la guías y está atenta. Ya te es clara la grandíssima amistad que entre los dos hermosos pastores está travada por la cual no en menor grado ha sentido Partenio la pena de su amigo, que él mismo de modo que de la mesma manera al peligro de la vida está puesto que Delicio estando tan sin color y tan otro que al punto de la muerte juzgarías que ambos han llegado. Y como te dize, ya hubieran salido de pena, si de mí no les fuera dada alguna esperança y aún creo que cada uno huelga de vivir no por sí mismo, sino porque el otro biva que bien sabe cualquier d’ellos que no está en más la vida de entrambos de cuanto el otro la tuviere. Assí que tú no dexando verte de Delicio corre peligro Partenio. ¿Dirás qué me va a mí del bien o mal d’este pastor desdichado para sentirlo tanto? A esto yo quisiera que otro te lo contara, pero al fin pospuesta la vergüença para contigo, pues no puede ser menos, has de saber que después que estos pastores aquí aportaron por su mal (que no quiero dezir por el mío, pues aunque cien mil vidas su vista me costaste, no puedo dezir no haver sido dichosa) sin saberte dezir como yo quedé rendida a lo que de mí Amor quiere ordenar y no más inclinada al de Delicio que al de Partenio pues nunca halle cosa porque más al uno que al otro aficionar me deviesse con la cual duda de no saber a cuál parte me arrimasse, estuve algunos días suspensa, mas después conociendo estar Delicio de ti preso y Partenio libre, determiné al no captivo sujetarme y de tal manera en mí ha hecho impresión que sin él la vida sería aborrescible. Pues vees aquí, hermosa Stela, cómo por lo que a mí conviene desseo algún contento a Delicio. Poco te cuesta, amiga mía, perdonarle por el bien que a mí

vendrá, pues a ti ningún mal resulta y más que te pide perdón con protestación de jamás enojarte”.

“Cosa rezia me pides- dixo Stela- pero porque veo tus mal sufridas lágrimas con tanta abundancia correr por donde manifiestas el dolor que sientes y porque no te quexes de mi amistad, haré lo contrario de lo que propuesto tenía. Mas ha de ser con tal condición que te enagenes de licencia para de mí quexarte, si Delicio otro semejante delicto cometiendo, mi vista para siempre le negaré y quiero también que entienda que por sí de tan grave culpa perdón no alcançara, si tan buen medianera no hubiera tenido, que no es mi voluntad que a mí por ello me dé las gracias”.

Yo, entonces, abraçándola por la merced que me hazía se lo agradecí y luego con su licencia me fui (ya véis si alegre) a buscar a mis pastores y no hallé sino a Delicio porque Partenio con Gorforosto estaba. No será necesario deciros si se holgó Delicio de verme ir a él con rostro diferente al de los días pasados que como se lo prometí lo había cumplido de visitarle. Pues como a mi alegría huviesse notado, me dixo: “Única esperança de mi salud y consuelo, ¿es el generoso corazón tan alegre como el gracioso rostro? Dímelo presto sin más preámbulos que ya sabes que la buen aobra se haze dos vezes, haziéndose de una”.

Por estas palabras, conociendo ser aquel Delicio, dixe: “Mañana verás a Stela”. Delicio preguntó: “¿Bivo?”. “Si de aquí allá no te mueres”- respondí yo. “En su gracia”- preguntó él. “Si tú quieres”- respondí yo. “Buen dezir está esse”- dixo él. “Pues mejor te cumple hazer”- dixe yo. “En esso no dudes- dixo él- sino que hago y haré la más encumbrada y mejor obra que hombre pudo ni podrá hazer que es amar a Stela, verdadera amiga mía”. “¡Ay Delicio!- dixo yo- cómo tu mucho amor o poca dissimulación (por no dezir poco saber) entiendo que te ha de dañar”. “Venga lo que viniere- dixo Delicio- que más holgaré padescer por demasiado amar, si excesso en el amor se halla, que ser premiado por poco querer”. “En esso- dixe yo- no te quiero aconsejar que no ames porque por ventura de nada me serviría, pero sé dezir qué te conviene y no poco dissimules tu afición, a lo menos delante de Stela si ya no quieres para siempre serle odioso y no esto solo, pero aunque sea privado de su presencia y entiende que con esta condición viene, hechas treguas de su parte, y de la tuya”. “De la mía no- respondió Delicio- aunque havré de pasar, aunque mal, por ellas, pues más no puedo. Al fin halas hecho ella a su voluntad del modo que le ha parecido como vencedora que sabe que nadie le ha de ir a la mano”. “Ora bien- dixe yo- que’l tiempo, muchas cosas consume y podrá ser que vaya con tantas la ira de tu Stela”. “Quiera

Dios- respondió Delicio- que al ira de mi zagala no se cuente con las pocas”. “Dime- le pregunté yo- ¿qué’s de tu ermano o qué se ha hecho que no está hoy contigo? Por mi fe- salió Dorida- que estaba y no assí medianamente maravillada como desde que llegaste, no havías preguntado por tu Partenio, pues tanto por él, según lo que aquí has mostrado, estavas perdido y que yo me deshazía ya por preguntártelo”. “Mal dizes perdida- respondió Crimene- por él ganada te parecerá.

Quiero te responder a esto que has dicho: Si yo en llegando preguntara por él creyera Delicio que mi principal intento era ir a ver a Partenio y no a lo que a él convenía y para ganar la voluntad de ambos no fuera buen camino. Otras razones te pudiera dar, pero baste ésta. Tornando a lo que contaba, como yo pregunté por Partenio, Delicio respondió que era ido con Gorforosto y dióme cuenta de la amistad que entre los dos había. Algo me atemorizé d’esto, mas no dexó de serme agradable el buen aviso para poder estar en aquella tierra.

Quise aguardarle a que viniese para avisalle en algo del estilo que había de tener en el trato con aquel fiero pastor, pero huveme de ir porque me dixo Delicio que no vernía tan presto a causa de que le había de mostrar la isla y cueva do habitava.

Otro día antes de la hora acostumbrada, pidiendo yo a Stela la palabra dada la llevé al lugar designado, quedando en guarda (como está dicho) una ninfa de la cual por aquel día era la suerte. Yendo para ella y mirando Stela la brevedad de las sombras, dixo: “Muy temprano vamos que por ventura los pastores no serán vencidos y caso que huviessen llegado, no es decente ir antes de las horas acostumbradas porque sería dar a entender que de extremado desseo de verlos, prevenimos el tiempo. Si te parece, amiga, entrémonos por lo espesso d’esta floresta a passear por la sombra, mientras se llega la hora”. Yo dixe que guiasse e hiziesse a su voluntad. Yendo d’esta manera de árbol en árbol, vimos una alta y gruessa haya, cuya lisa corteza desde cuan alto un hombre más que mediano podía alcançar hasta el suelo, estaba escrita de letra muy menuda, a la cual llegándonos por ver que sería aquello, yo començé leer. Lo que dezía, era esto:

Pues es mi hado y ventura,
en todo tan sin igual,
que do la diestra Natura
hizo fin en la hermosura,
principié todo mi mal.
El dolor, ansia y tormento,

en mí, su fuerça assí prueve
que haga tal sentimiento,
cual haz'en la niebla el viento
o cual el sol en la nieve. 10

Y pues mis ojos solían
ser ambiciosos por ver,
porque de camino veían
lo supremo que podían
en el mundo pretender; 15
agora codiciaran
tan solamente llorar,
lágrimas derramaran
y mi rostro bañaran
en lugar de aquel mirar. 20

Pues de mi amada, la ausencia
ha querido acompañarme
por justa y clara sentencia
de mi dolor la presencia
no querrá desampararme. 25
Y pues ya se me ha escondido
mi estrella y claro luzero,
no podré sino ir perdido
a ciegas y sin sentido,
sin camino, ni sendero. 30

Desterrado el cuerpo irá,
pues le fue su suerte mala
que l'alma no partirá,
ni un punto se ausentará
del cuerpo de mi zagala. 35
Y assí, caso que perezca
por riscos mi cuerpo andando,

no es posible que fallezca
mi alma, ni que padezca
con él jamás caminando. 40

El alma en ella se queda
solo el cuerpo es quien se parte
que ya que'l cuerpo irse pueda,
a l'alma el partir se veda
que al partir ella no es parte. 45

Comiença pues a sentir
cuerpo miserable y triste,
este tu amargo partir,
este acerbo despedir
de l'alma que cuerpo fuiste. 50

No menos qu'él sentiréis
esta miseria mis ojos,
bien es que le acompañéis
pues que la culpa tenéis
de sus trabajos y enojos. 55

Començad pues a llorar
lo mucho que os atrevistes,
vuestro oficio sea llorar,
no curéis ya de mirar,
bien os basta lo que vistes. 60

Los ojos intelectuales
tendrán cuidado de ver
y vosotros corporales
en llorar mis graves males,
tan solo havéis de entender. 65

Ellos que son impassibles,
verán descansadamente
aún las cosas impossibles,

vosotros como passibles
cansaros heis fácilmente. 70

Por vosotros mirarán,
aquel resplandor estraño,
sin lisión contemplarán,
con deleite assestarán
en lo que a vos hizo daño. 75

Mirarán que soy y fui
sin justicia condenado,
que si culpa merescí,
por quererla más que a mí,
yo confieso haver errado. 80

Y en esto no me arrepiento,
suceda lo que quisiere
de cualquier mal soy contento,
de buena gana consiento
al mal, que de amar viniere. 85

Mi deber hago en amarla,
aunque suceda al revés,
yo prometo de olvidarla
y nunca más dessearla,
si dexa de ser quien es. 90

Ella no puede dexar,
ni es cosa que bien le viene
el ser que tiene sin par,
ni yo puedo no la amar
ni es cosa que me conviene; 95
y si ella con poco amor,
dixere que aborrescer,
me sería lo mejor,
respondo que lo peor,

quiero para mí escoger. 100

Enojóse contra mí
porque le dixe mi pena.
Hay desdicha igual assí
que porque la obedescí,
¿con tal rigor me condena? 105

Mandóme le declarase,
si mi pena era por ella
y como tanto l'amase
y ella mesma lo mandasse,
no pude no obedescella. 110

¡Ojos tristes, llorad!,
mi gran miseria desde hoy;
los del alma contemplad,
eficazmente mirad,
quién fui antes y quién ya soy. 115

¡O afligido corazón!
di, ¿cómo no desfallesc
en tan acerba pasión?
Con tal imaginación,
dime ¿cómo no perescas? 120

¡O sin ventura amador!
(aunque dichoso algún día)
Hoy mueres, mas no tu amor,
hoy comiença tu dolor,
hoy se acaba tu alegría, 125

hoy tu gran gozo paresce,
hoy sale a luz tu tristeza,
hoy tu contento fenesce,
hoy tu miseria aparesce,
hoy se muestra tu firmeza. 130

¡Ay ojos!, ¿y qué hazéis?
verted agua lo posible,
que podrá ser que amaréis
o que al menos mitiguéis
aqueste fuego terrible. 135

Mas, ¡ay de mí desdichado
con la fiebre desvarío,
el fuego en mi pecho hallado
no puede ser mitigado
con las aguas de un gran río! 140

Porque de tal modo ofende
al corazón hecho fragua
que muy más cresce y se estiende
y muy mucho más se enciende,
cuanto más se le echa de agua. 145

Pues ya me falta la haya,
no faltándome el penar,
bien será que yo me vaya
a buscar tronco en que caya
lo que aquí no puede estar. 150

Con el gusto d'esta triste canción, os quiero por agora, señores, dexar porque me paresce buena o lo haze la afición que al pastor que la escrvió tengo (que por lo dicho tendréis entendido ser Delicio) o que quando la ley, y agora que la recito, se me representava y representa la miseria que'l pobre tenía y aún yo os certifico que por poco entonces no lo acabara de leer, según me impedían las lágrimas de ver el dolor de un tan hermoso cuan desdichado zagal".

"Ninguna cosa me digas- dixo don Felis- porque te prometo que a no pensar que tan bien leeríades lo que dixo que iva a poner en otro árbol, te rogara la bolvieras a dezir, pero tiempo quedará para ello placiendo a los dioses y oyamos la otra". "Pues, ¿qué dirías -dixo Crimene- si te dixesse que nunca se nos acordó de buscarla?". "Desde agora- respondió don Felis- digo que no te doy fe porque me paresce semejante

descuido no caber en tales personas principalmente en ti que juzgo que les eres extrañamente aficionada”. “Pues por no caer d’esta reputación- dixo Crimene- te hago saber que la buscamos y hallamos”. “¡O cuánto me has alegrado!- dixo Felismena- mas mira Crimene que te ruego, si ya conmigo no quieres salir al campo que no te burles de aquí adelante d’essa manera porque me has puesto en gran estrecho, dando a entender que no la havías buscado”. “Pues esperaros, señores –dixo Dorida- que yo no soy de nuestro parescer para que essotra canción diga tan presto como queréis”. “¿Por qué?”- dixo don Felis. “Porque quiero primero saber- dixo Dorida- si es tal como la dicha porque a no serlo, ella hizo bien en dexar su cuento a tal cuento porque no es de mi paladar quedar con mal gusto, si puede tenerle bueno”.

“Agudamente has tocado- dixo Felismena- pues ¿qué respondes Crimene a esto?”. Ella dixo: “Por ventura no tengo yo su gusto y assí podría ser que lo que a ella fuesse dulce, a mí se me antojasse amargo, o al contrario, porque en gustos no hay poca diferencia. De mí le sé dezir que no menos me agrada la que está por venir que la passada”. “Pues d’essa manera- dixo don Felis- bien podrás decirla y no creo que dexarás de cumplir con la condición que sacó Dorida”. “Pues vosotros señores- dixo Polidora- os havéis detenido más de lo que quisiera en preguntas y respuestas, yo también quiero proponer la mía y desde aquí, me atrevo a apostar que confesáis a una boz ser mejor que todas y para esto, no podré ni llamaré otros juezes sino a vosotros mismos y a fe de no apelar en tiempo alguno de la sentencia”.

“A mucho te atreves- dixo Felismena- y más que lo dexas en arbitrio de los contrarios”. “Antes a poco- respondió Polidora- que bien sé que por vuestra honra, no osaréis sino pronunciarla en mi favor”. “Propón a ver”- dixo don Felis. “Presumís- dixo Polidora- de muy enamorados y alabando justamente la canción y haviendo oído dezir a Crimene que casi no la puedo acabar de leer de lástima de Delicio, no la havéis preguntado qué hizo o qué sintió Stela y qué impresión hizo en ella. Ésta era digna pregunta de amantes que no ponerlos en si es buena, no es buena, si vio la otra, no vio la otra. A mí con no ser enamorada me pesaría que no se huviesse dolido ella d’el, puesto en tanta angustia y vosotros que tanto afirmáis serlo, no mostráis doleros de su pasión, lo cual parece pues aún remediarle no queréis, siquiera de palabra”.

Gran placer dio Polidora a todos con la ira que burlando mostró porque no hubiera quien no sospechara que muy a pechos lo había tomado, si a la fin no se riera. Entonces a una boz, unos y otros dixeron que por ella estaba ganando el pleito. Callando todos por oír lo que Crimene respondería a aquello, d’esta manera dixo: “Haslo tan

altamente considerado, ¡o Polidora!, que si juntamente tu pregunta con la d'estos señores fuera llegada a la tuya satisfiziera quedando desamparadas las tuyas. Y cierto si el amor no hubiera pedido a Stela bien estrecha cuenta de la dureza de su corazón, también la tuya quedara sin respuesta porque entiendo que no diérades crédito a mis razones, no pareciendo cosa possible, que en donde todas las virtudes se encierran, faltasse piedad, porque yo os certifico que no hubo en ella más muestras de misericordia que en la nieve señal de calor. De lo cual, si yo recibí pena, desseándole al pastor tanto bien (por lo que tengo dicho), vosotros señores, lo podréis conjeturar. Mas yo os prometo que no tengo agora de qué quejarme porque también me ha pagado amor del enojo que entonces ella por su crueldad me hizo, que puedo y muy bien dolerme porque tuvo tanta piedad, pues por tenerla tanto ha sido conmigo cruel y con esto por hoy cesso, assí porque yo a mí y a vosotros canso como porque viene y a buen templo Felicia, con los demás”.

Acercándose pues a ellos, Felismena dixo: “Señora Felicia, pon la mano de tu castigo en mí que yo confieso ser merescedora de pena, pues no niego haverme pesado de tu llegada y d'esto bien sé yo quién tiene la culpa”. Lo mesmo dixeron todos. “Assí-respondió Felicia- pues yo os juro que mañana me lo paguéis”.

Con esto se fueron a cenar y reposar. Si particularmente los bailes y cantos, que después de comer y cenar hazían y cantavan, huviesse de dezir, sería nunca acabar.

El fin del cuarto libro de la segunda parte de la Diana de Jorge de Montemayor.

LIBRO QUINTO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE
DE MONTEMAYOR

El día siguiente por la mañana, las tres ninfas que fueron ayudadas de los pastores que allí estaban cuando los selvajes las acometieron, desseosas de darles todo placer, les contaron lo que con Crimene habían pasado. Dado fin al cuento hasta lo que de Crimene habían oído, estorvado por la venida de Felicia y ellos, Sireno dixo: “Luego por esso dixo Felismena que le había pesado porque llegó Felicia”. “No por otro”, respondieron las ninfas. “Pues no me ayude Dios- dixo Selvagia- si yo me apartare más de Crimene, hasta que acabe su historia y lo mesmo creo que harán Silvano y Sireno”. “¿Pues no?”, dixeran ellos. En acabando de comer don Felis y Felismena y ninfas codiciosos de saber el remate de lo que Crimene había comenzado el día de antes andavan en concilios, por sacarla de toda la conversación.

La sabia Felicia, entendiendo lo que tratavan, dixo a don Felis que se sossegasse, que ella lo haría mejor que ellos querían. De ahí a un rato se fueron a solazár con Parisiles y Crimene, dexando a Stela con todos ellos, para que ella lo restante contasse, a causa de que lo que se seguía no pudiera tan bien contarlo Crimene como Stela, y assí se lo dixo a don Felis. Delicio, en acabando de comer, como acostumbrava se fue al bosque passando en lágrimas aquellos miserables días. De modo que, ida Felismena, Parisiles y Crimene, quedaron don Felis, Felicia, ninfas y pastores con la bella Stela. A la cual Felismena d’esta manera habló: “Soberana virgen, desde el punto que tu purpúreo y niveo rostro a nosotros descubriste, nos es claro tu estremada hermosura entre todas las mujeres la palma haver alcançado, y hasta ver que tu duro corazón Crimene nos mostró, no nos había sido manifiesto tu excessiva crudeldad entre los mortales la victoria haver merescido”. “Excelente señora –atajándola, dixo Stela- no creo que te hiziera agravio aunque a lo dicho te respondiera con una mala criança, pues quieres darme de palabra lo que tú te has ganado por obra, digo quanto a lo que toca en ser hermosa, que en ser cruel no niego que el premio merescí, dado que d’él agora mejor soy digna por piadosa”. “Hasta aquí- dixo Felismena- lo primero sabemos, lo segundo ignoramos, por tanto haznos merced de quitarnos d’esta falsa reputación”.

Todos a una boz cargaron en la mesma demanda. “Por muchas causas- dixo Stela- no puedo, señores, rehusar lo pedido. La una porque me ha sido demandado por la sabia Felicia, a quien toda obediencia se debe; otra, por cumplir vuestro mandamiento, al cual contradecir no quiero; otra porque me deleito en recitar mis

pasiones, para probar si con el dolor de contarlas la muerte me liberará d'ellas. Bien es verdad que aunque por esta causa la desseo, me es apacible la vida, solo por gozar de la vista de mis zagales a quien reservada mi hora de mi libertad tengo hecho sacrificio. Dexo otras razones que me mueven para hazer lo pedido y porque ya soy avisada hasta donde Crimene, mi amada amiga, os contó, prosseguiré en lo que ella iba, mas de una cosa antes que comience os aviso: que jamás de mi boca saliera ni aún tuviera osadía para contaros estos amores míos, si de mi parte hubiera habido sola una mácula. Lo cual assí de lo dicho por Crimene como por lo que yo recitaré, parescerá. También os quiero advertir que de la manera que mi compañera no pudo deziros lo que yo comigo y a solas hazía y hablava, sino aquello que públicamente se veía, assí yo no podré contaros lo que ella o los pastores de secreto dezían o tratavan y si algo yo contare que delante de mí no haya pasado, será porque ellos me lo dixeron. Oíd pues, que ya doy principio.

Apenas Crimene podía ya pronunciar las palabras de la canción, en la haya escrita y por ella recitada, de lástima de Delicio (bien conoscimos por las razones d'ella ser suya) y a durar más no la pudiera acabar, pero habiendo dado fin, dixo: “¡Ay de mí!, y cuán diferentes son en el ánimo los que son tan semejantes en el rostro” -(ya sabéis cómo Crimene moría de amores por Partenio y que ella me lo había dicho)- “Delicio arde en amor y Partenio está frío en él. Justo me parece que fuera que ambos como leales compañeros amaran, o que Stela e yo como buenas amigas aborresciéramos. Aviniéraste, Stela, con Partenio, pues te es tan conforme y dexárasme a Delicio, tan a mi semejante”. Yo os certifico, señores, que mucho me traspasaron las razones que en la haya estaban de Delicio escritas, pero sin comparación me lastimaron las palabras que en el alma de Crimene estaban fixadas. De gran eficacia havían sido las persuasiones que Crimene, para que amasse a Delicio, muchas vezes me dixo, pero sin igualdad fue esto postrero que agora me amonestava. De gran valor habían sido los merescimientos de Delicio y Partenio con notar cuán dignos eran de ser queridos, pero de mucha más fuerça fueron los celos que de Crimene cobré con ver que ella de cualquiera d'ellos holgara ser amada. ¡O Amor, Amor!, cuán bien te pintan como niño, siendo tan a su condición: veréis un niño descalabrado que aún una venda no consiente serle puesta y, viendo que a otro niño se la atan, llora él por ella. Assí fui yo con Crimene: rehuía el amor de los pastores y entendiendo que Crimene los amava, moría yo por ellos y aun en el alma llorava porque tanto Crimene les era aficionada. Mas notad mi dissimulación, pues a lo que dixo, esto respondí: “A lo postrero de lo que has, amiga, dicho, por cierto, por lo que a mí toca, bien puedes avenirte, no digo con Delicio, pero con ambos a dos”.

“Éste es el mal- dixo Crimene- que tengas tanta libertad para darme tanta licencia, mas al fin no me plaze tomarla, que no quiero tan poco a Delicio para hacerle semejante agravio, ni a él veo en tal propósito para que me lo otorgue”.

“Esse propósito- respondí yo- poca parte será para que yo no dé licencia a ti y a quien más me agradare”. “Dexemos esso- dixo ella- y si te paresce, vamos a do hemos de ir”. “Vamos- dixe yo- aunque no sé si adónde debíamos, puesto que no fuesse sino porque cuanto más presto seremos, más presto será la buelta”.

Llegadas pues al usado lugar, hallamos a los pastores alegres por la esperanza que tenían de verme (que en esto no me engaño y si al contrario es, cierto yo estoy bien engañada) y aun tristes porque le parecía que me tardava. Parecidas delante de los hermosos pastores, un horror les ocupó todo el cuerpo, no menor que si alguna cosa espantosa de repente a los ojos se les ofresciera, de modo que les causó un notable temblor en sus miembros. Crimene se adelantó cuanto seis passos; devía de dezir a Delicio que tuviesse esfuerço y cordura y tras esto habló alto diciendo: “Amigos, yo traigo forçada aquí a esta compañera mía para hazer las pazes entre vosotros”. Delicio quiso responder, mas Crimene, temiendo que en algo no errasse, le atajó prosiguiendo: “Para las cuales no se pide otra cosa sino que, sin memoria de lo pasado, tornemos a nuestros pasatiempos. Verdad es que no estorvaré yo a Delicio que pida perdón a quien enojó, y a ella, por la fe de nuestra amistad, ruego no se le niegue”. “Desde luego- dixo Delicio- los ojos llenos de lágrimas y las rodillas en tierra- no sólo por lo cometido, pero si en algo de aquí adelante errare, le demando”. “Si tan de balde⁴⁵- dixe yo- se vendiesse el yerro, por pasatiempo se tendría, a trueco de satisfacer a nuestra voluntad, dar en cualquier modo enojo, comprando la culpa con perdón demandado. Assí que no te fies en esso, que el segundo no se te perdonará”. “Tan por nivel- dixo Partenio- querrás, hermosa Stela, qu’él viva, que no solamente a hablar, pero aún a ressollar, no se atreverá, pensando que te ofende”. No pude yo no reirme de lo dicho por Partenio y con el semblante que lo dixo. A lo cual assí respondí: “Gracioso eres por mi fe, pastor, que de aprecibido estás para volver por tu compañero; no me pongo yo tan en lo extremo como tú dizes, bien me entiende él”. “Esso no sé yo- respondió Partenio- empero esto no ignoro: que eres rigurosa y que d’esse modo nos estamos en el mesmo atolladero, si por dezir o hazer una cosa leve con ignorancia, no ha de ser perdonado. Pues si los pequeños delictos tan atrozmente son castigados, los grandes ¿cómo serán punidos?

⁴⁵ *De balde*: “de blade”, errata en el texto original.

Haz (si quieres ser justa) que no exceda la pena a la culpa, poniendo en igual balança el yerro con el castigo. En más obligaciones somos a nuestros dioses por la misericordia que con nosotros usan que por la justicia de que se podrían aprovechar. Dime, assí los dioses te conserven en tu soberana hermosura, si todas las vezes que pecan los hombres, Júpter sus rayos embiasse, ¿cuántos piensas que se hallarían desarmados? No me imputéis, señores, a sobervia, arrogancia o necedad si alguna vez digo, hermosa Stela, mintiendo, pues son palabras formales de los pastores y aunque me las pudiera yo callar, no se sufre porque no carece de misterio”.

“Bien está- dixo Dorida- sea como quisieres y passa adelante, que no nos ponemos aquí en tantos primores”. “Yo respondí- dixo Stela- a Partenio: “El error cometido bien se manifiesta, pero ¿de qué manera la ignorancia que dizes me será clara? Mas véote Partenio tan libre en hablar y tan acerbo en reprehender, que seré forçada de mi gana y aún de miedo hazer algo por ti”. Partenio, sin más aguardar, se humilló con Delicio que todavía se estava a mis pies, que yo de industria no le había querido dezir que se levantassee, esperando aquello que al presente tenía, que era verlos entrambos igualmente a mí rendidos, a causa de que en igual grado a los dos amava y d’esta manera puesto dixo: “Pues assí es, yo te ruego que le perdones, pues con tanta humildad te lo demanda”. “Plázeme”, dixe yo, y asiendolos de los braços igualmente los levanté, Esto hecho, Crimene dixo: “Dime Partenio, ¿cómo no estás hoy con tu amigo Gorforosto?”. Partenio respondió: “Porque supe que había de venir la hermosa Stela”. “¿Y no porque había yo de venir?”, dixo Crimene. “No hay para qué me preguntes esso, graciosa ninfa- respondió Partenio- pues sabes que también por ti lo hiziera, pero por ser ya tan desseada la hermosa Stela a causa de los enojos”. “En una cosa he mirado- dixo Crimene- de lo cual no poco afrentada estuviera a ser otra que Stela, y es que ella siempre intituláis hermosa Stela y a mí graciosa”. “Tanto me podrás preguntar- dixo él- que me otorgue por vencido”. “Amiga Crimene- dixe yo- la culpa d’ellos no ha de quitar los quilates de tu hermosura. Assí que la tuya, si fuesse juzgada de rectos juezes, siempre sería la ventaja”. “¿Y a quién- dixo Crimene- pondremos por tales juezes?”. “A mí- dixe yo- y a los que más quisieres que sean de mejor conoscimiento que estos pastores”. “¿Pues tú que dizes?, dixo Crimene”. “Yo lo tengo dicho”, respondí. “Esso me basta- dixo Crimene- y agora en ninguna cosa tengo lo que ellos dixeren, pues de mejor voto es en mi favor dada la sentencia”.

En estas y otras burlas que dexo de contar, porque sé que desseáis ver la otra canción, passamos gran rato, después del cual, habiendo cantado algunas cosas de

regozijo, oímos las señas de la ninfa nuestra aguardadora para que nos recogiesemos porque Gorforosto baxava por las montañas abaxo. Entonces nosotras con gran presteza, nos recogimos, aun antes que Gorforosto principiase a pasar el río, el cual alcançándonos a ver con ruegos, començó a dezir no huyésemos, pues su intención no era jamás enojarnos; mas como yo no sé si igualmente que a los pastores amava a él aborresciesse, nunca quise aguardar, puesto que Crimene me rogó que desde aparte esperassemos a ver qué quería dezir, y que si se acercasse, avisándole primero nosotras lo contrario, hazer no lo quisiesse, nos podríamos recoger, pues estávamos en lugar seguro. Entradas nosotras en nuestro río, sin querer condescender yo a la petición de Crimene, Gorforosto pasó a la parte donde mis caros pastores estaban, a los cuales dixo: “Partenio (cualquiera que de vosotros dos sea), aunque por ti vuestra semejança me fue declarada, nunca pensé que tanta pudiera ser que me estorvara para no conocerte. Agora yo confieso que no me sé determinar cuál de vosotros sea Partenio, pero habladme entrambos y por la boz havré lo que por rostro ni vestido he alcançado”.

Entonces a la par dixerón los dos: “Yo soy Partenio”. “A no haveros visto moveros- dixo Gorforosto- los labrios a ambos, pensaran que una sola boz había sido. Empero, hazedme placer de hablar cada uno por sí: d’esta suerte os conoceré”. Delicio adelantándose dixo: “Yo soy Partenio, ¿no me conoces?”. Gorforosto respondió: “Sí, por cierto, y muy bien”. Luego salió Partenio diziendo: “Yo soy Partenio, ¿no me conoces?”. “Agora –dixo Gorforosto- ni a ti ni a essotro, pero quienquiera que de vosotros sea, por la amistad que entre él y mí hay, le ruego cante aquellos versos que dixo la primera vez que le vi, porque con otras cosas antes no me he acordado de pedírselos y entonces del todo no los pude entender bien por estar muy apartados”.

Partenio, que por lo que ya sabéis deseaba tenerle contento, tomando el rabel, començó a cantar este soneto que de industria había hecho él para que sufriesse con paciencia el desdén que yo con él mostrava:

Si lágrimas amando derramamos,
si fatigas amando padescemos,
regalos son de amor que no entendemos,
regalos son de amor que no alcançamos.
Si pasiones amando desechamos,
si suspiros amando aborrescemos,
regalos son de amor que no queremos,

regalos son de amor que desdeñamos.

Las sospechas de ser aborrescidos,
los celos de la dama demandados,
regalos son de amor mal entendidos.

No fingir sin por qué no ser amados,
no pensar sin razón no ser queridos,
regalos son de amor menospreciados.

“¡O cuánto holgara- dixo Silvano- haver oído este soneto al tiempo que tantas lágrimas inútiles vertí y tantos disfavores recibí de la ingrata Diana!”. “¿Qué consuelo podías recibir?- dixo Sireno- pues maravillosamente dize que son regalos de amor fingir (sin haver causa para ello) que no son amados, de manera que entender que no son amados habiendo razón para creerlo, no serían regalos de amor. Assí que, pues tú tenías tan ciertamente visto no tenerte amor Diana, mal consuelo recibieras por este soneto”. “Bien veía- respondió Silvano- ser aborrescido, pero con todo esso, no quería entender que lo que entendía”.

“Ello era muy bien dicho- dixo Dorida- no se trate más d’esse tiempo pasado, pues ambos con el presente estáis contentos. Y tú, señora Stela, sigue, por tu vida”. “En otros muchos cantos- dixo Stela- y placeres, porque le tenían, los pastores pasaron buen rato con el fiero Gorforosto e ya que el sol iva a descansar, se despidió d’ellos rogando a Partenio se fuesse algunos ratos con él, que como se pudiesse, al passo del río él tendría cuidado de venir a pasarle. No dormí con mucho sossiego aquella noche porque me representó tantas cosas la fantasía de lo en el día pasado y de otras muchas que un punto reposar no pude. Mirava la gracia y gentileza de cada uno de los pastores, que cualquiera me parecía, a no estar en hombres de ganado, de mayor cosa que de mí digno. Lastimávanme las dolorosas palabras de la canción de Delicio en la haya escritas y traspasavan los ravisos celos que de Crimene por Partenio en mi corazón se havían fixado. Por una parte procurava no amar a los pastores y, por otra, no quisiera que alguna pusiera en ellos su amor. La fatiga de las cuales consideraciones, al punto qu’el aurora despertava me vino a adormescer de sueño más pesado que la vigilia de aquella noche. Soñava..., pero no quiero contaros esto, porque desseo que se me olvide; básteos que el dolor extremado de tan horrible ensueño despertándome, me alivió en alguna manera. Viéndome libre de aquel peligro, como si la cama me tuviera culpa, como si ella fuera la causa de mi congoxa, como si de venenosos escorpiones estuviera llena y

como si de vivo fuego se abrasara, salté alborotada y medrosa, sin un solo momento en ella detenerme. Al ruido, Crimene, que conmigo dormía, despertó y, preguntándome la causa, otra cosa no respondí más de que un ensueño temeroso me había alborotado”.

“No poco le debía de ser- respondió Crimene- pues tal te ha puesto, amiga mía, que color en todo tu rostro no ha quedado, salvo el que los cuerpos defuntos tienen; y los ojos, preñados de lágrimas no acabadas de salir fuera, parece que quieren reventar”. “Si era- yo dije- pues jurara que me habían abierto el pecho”. Crimene con risa graciosa, que lo es extrañamente, por burlarse se llegó a mí y quitándome unos cordones y mirando mi pecho dixo: “Por cierto que no te ha mostrado el sueño lo contrario de la verdad, que abierto está y ha estado para recibir toda la beldad posible y aún si me das licencia, te diré más”. Yo respondí: “Poca necesidad había de pedirla, quien la tuvo para levantarme tal testimonio. Di lo que quisieres”. “Puesto-dixo ella- que para lo dicho tu pecho esté abierto, lo ha estado más el de Delicio para recebirte dentro”. “Más lo está el tuyo- dije yo- para encerrar a Partenio”. “No me pesara d’ello- dixo ella- con que de ti y d’él se pudiera con verdad dezir esto. Mas, ¿sabes qué me ha venido a la imaginación? Que fuimos cortas ayer en no buscar lo que restava de la canción escrita en la haya”. “¿Qué restava?”, dije yo. “Eso quisiere yo saber- dixo Crimene- ¿No tienes memoria que lo postrero d’ella dezía que por no caber más en aquella haya se pasava a otra?”. “Es verdad”, dije yo”. “O, ¡cómo has llegado- dixo Dorida- donde todos desseávamos!”. “Pues por tu vida - me dixo Crimene- que vamos algo temprano hoy y buscaremos adonde lo demás escribió y aún tornaremos a leer lo de ayer”. “Sea como mandares”, dije.

Con este concierto nos fuimos temprano adonde el día pasado habíamos estado y tornamos a leer, no sin lágrimas la canción leída, y luego no lejos de allí, hallamos un álamo grueso y alto, cuya corteza blanca blanca y lisa de papel había servido a esto que en ella se había escrito:

¡Ay de mí! Cuánto está firme
la pena en un amador:
pensaba que con partirme
de un lugar y a otro irme,
de mí partiera el dolor.
Ya sé al fin, por experiencia,
no menos que con la vida

hazer tal dolor ausencia.
Yo derreniego de sciencia
tan caramente aprendida. 10

De una parte a otra me voy
y el dolor nunca se va;
tan diferente en mí soy
qu'en un lugar nunca estoy
y el dolor siempre se está. 15

Al cuerpo llevan mis pies
y en mí se queda la pena.
Ella ya tan mía es,
que no hay echarla después
que m' es mi zagala ajena. 20

Por muy liviana tuvieras
la pena con padescella,
si mi zagala quisiera,
o a lo menos consintiera,
padescerlo yo por ella. 25

Lo que más acerbamente,
en todo excesso sin medio,
mi triste corazón siente
es porque ella no consiente
en lo que ya no hay remedio. 30

Después qu'en mí se hizo fuerte
Amor a su voluntad,
quiero, amando más la muerte
que la vida de otra suerte
y qu'estar en libertad. 35

Bien sé que la muerte es cierta
con la vida que padezco,
de mi gana tengo abierta

para la muerte la puerta,
esta posada le ofrezco. 40

¿Quién duda que si alcançasse
mi pasión y dolor fiero
que de mí no se apiadasse,
puesto que en ella se hallasse
el pecho de duro azero? 45

¿Quién duda, si ella entendiese
la pena d'este su amante,
que a piedad no se moviese,
puesto caso que tuviese
las entrañas de diamante? 50

No tanto s'enternesció
el pueblo del reino oscuro
cuando Orfeo descendió
por Eurídice y pasó
del Cancerbero seguro. 55

¡Cuánto mi pena y pasión,
a cualquiera movería
con justísima razón,
si fuese otro corazón
qu' el de la zagala mía! 60

¡Ay de mí, cómo he bivido
engañado, y con razón,
teniendo por entendido
que no habrían diferido
su rostro y su corazón! 65

¿Cuál de los hombres huviera
desd' el cielo hasta el infierno
que aún imaginar pudiera
que tan dur'alma cupiera

en un cuerpo assí tan tierno? 70

¡Cuál humano entendimiento
pensara que hubieran hecho
duras entrañas asiento
tomando por aposento
un tan tierno y blando pecho! 75

¿Quién bastara en sí a sentir
que de lengua más que miel
dulce pudiera salir
respuesta, qu'és, sin mentir,
más amarga que la hiel? 80

Y huelgo ser engañado
en esto de mi zagala
por no haver imaginado
qu'en tanto bien se haya hallado
una cosa assí tan mala. 85

Por lo cual será cordura
entender yo para mí
qu'ella no es cruel ni dura,
mas que lo es mi ventura
desd'el día en que nascí. 90

Porque viniesse delante
el pesar a l'alegría,
sin viudez soy de constante
a tórtola semejante
que perdió su compañía. 95

En el bivar y el amar
pienso haverla aventajado,
mas no la podré igualar
en primero el bien gustar

que del mal haver gozado. 100

Todo cuanto puede ser,
al agua qu' es clara y pura
no puedo no aborrescer,
porque no querría ver
un cuerpo tan sin ventura. 105

Como a bívora que muerde
huyo sin hazer tardança
de cualquier cosa qu' es verde,
porqu' este color se pierde
donde falta la esperança. 110

Si acaso, parando mientes
en mis fatigas y enojos,
correr veo algunas fuentes,
huyo diciendo entre dientes:
“Bástanme las de mis ojos”; 115
y si no tomando holgança
en mi miserable suerte,
mi vista a ver verde alcança,
huyo y digo: “La esperança,
me basta ya de mi muerte”. 120

Según en miserias doy
desde el vientre do salí,
pienso y según quen⁴⁶ yo soy
que si tras la muerte voy,
que aun la muerte huirá de mí. 125
Creo que cuanto podría
darme descanso o consuelo
que todo se me desvía,

⁴⁶ *Quen*: “quien”, errata en el texto original.

huyendo mi compañía
por doblar más en mi duelo. 130

Yo me canso ya de estar
tanto tiempo en una parte
y mi dolor y pesar
nunca se quiere cansar
en mí, ni de mí se parte. 135

Quédate aquí canción ya,
y el álamo aquí contigo,
qu'el dolor conmigo irá,
de donde no partirá
como bueno y fiel amigo. 140

Don Felis, assí cómo acabó la canción Stela, se bolvió para Polidora diziendo: “¿Estás satisfecha?”. “Estoilo tanto- respondió ella- que aún por poco diría que es mejor que la primera”. “¿Sabéis que juzgo yo?- dixo Sireno- Que la primera está más graciosa y esta otra más sentenciosa, y d’esta me contento; y cayó mucho en gracia que dixo, y muy bien, que primero le había venido el mal que el bien, pues sin haver embiudado, padescía la pena semejante a la tórtola. Juzgava por mediano mal embiudar, porque fuera señal que había gozado algún tiempo de lo que amava. Mas parésciole ser gravíssimo, sin haver tenido possession de la cosa querida, ser privado d’ella.

“Por cierto- dixo Felismena- mucho le devías, señora Stela, pues con ser con él tan dura, por salvarte de que ninguna falta en ti huviesse, dixo que tú no eras cruel, sino su ventura, atribuyéndolo a su desdicha”. “Pues en una cosa- dixo Dorida- mostró infinito su amor más que en cuanto dezir pudiera que en ninguna parte reposava”. “Bien pudiera yo notar algo -dixo Silvano- mas no quiero impedir tan agradable proceso. Por tanto prosigue, señora, assí los dioses te den el descanso que desseas”. Acabado de leer esto que en el álamo estaba, prosiguiendo Stela dixo: “Ninguna de nosotras por un buen espacio pudo hablar; Crimene de piedad e yo de dolor”. Más después, Crimene dixo: “¿Paréscete Stela que tuve razón de socorrer a tan gran necesidad? ¿Qué fuera ya de Delicio, si hasta agora hubiera durado tu obstinación?”. “Lo que es por el presente- respondí yo- y que otra cosa hubiera sucedido poca pena me diera”. “No digas esso- dixo Crimene- que ofendes en ello a ti mesma”.

Con esto nos fuimos al lugar acostumbrado con los pastores porque nos pareció hora. Donde, con ellos estando en graciosa conversación, mi compañero dixo: “Yo estoy siempre que con vosotros, zagales amigos, me hallo, con trabajo”. Ellos preguntaron: “¿Cómo así?”. “En que para haveros de conocer- respondió ella- han de haver precedido primero actos exteriores y aun después que por los tales os sé diferenciar tengo, como los que menos que yo os han tratado, de estar mirando, porque si doy la vuelta a la cabeça, torno a la mesma duda a causa de que entre tanto os podríades haver trastocado. Por lo cual, y por nuestra amistad, te ruego, amiga mía Stela, que tú des alguna señal al uno d’ellos, mediante la cual sepa distinguirlos y así no estaré con tanta solicitud”. “Pues si tanto desseo tienes- dixe yo- ¿qué necesidad hay de pedirme a mí esto, sino ponerla tú?”. “Ya sabes- dixo Crimene- que a ti te fue demandado primero y que no lo fuera, devría bastar que de nuevo te lo ruego”. “Esso no lo niego- dixe yo- empero hágote saber que d’esta ambigüedad que a ti da pena, saco yo contento”. Y era así la verdad porque como en igual grado a entrambos yo amasse, quisiera no solo que fueran en lo exterior semejantes, pero aun en lo interior conformes, digo para conmigo, de modo que yo lo entendiera, porque entonces muy ajena estaba del amor que de secreto Partenio me tenía; y no solamente desseava, como tengo dicho, que se parecieran, pero aun que fueran uno. “No ha de ser siempre- me respondió Crimene- al sabor de tu paladar, que algo se ha de hazer al mío”. “Sea como mandares- dixe yo- pero escoge, pues por ti se haze”. “Válame Dios- dixo Crimene- y qué pesada eres, no quiero que hagas cosa. Yo me voy, quédate tú si quieres y, si no, haz a tu voluntad, que ya yo sé en lo que ha de parar esto”. “Espera, espera- dixe yo- no te vayas ni estés tan enojada que todo se hará como te plaziere”. “Por mi fe, si no fuera por estos zagales- dixo Crimene- que creo que no me vieras más aquí”. “Pues que así es- dixe yo- oye una palabra de mí a ti”, y tomándola aparte le dixe: “Yo, por ninguna vía, querría dar más favor al uno que al otro con darle seña al uno y al otro no, porque a aquel que la dé no le nascan más alas que al otro. Por tanto, o me has de dar espacio para pensarlo, o me has de aconsejar cómo lo deva hazer”. “Las alas para servirte- respondió ella- ya están en Delicio nascidas. Así que a él solo puedes dar favor, que Partenio ni le quiere de ti, ni a mí me agrada”.

No creía Crimene que en dezir esto me dava pena, pero Dios sabe cuánto yo lo sentía, mas con toda dissimulación respondí: “Pues aunque no te agrade, quiero yo dársele a Partenio tanto como tú”, y no me burlava. “¿Para cuándo- dixo ella- piensas darles la diferencia?”. “Para mañana”, respondí yo.

“Pastores- dixo Crimene alto bolviéndose a ellos- la dilación de daros Stela de su mano el modo de cómo os tenemos de conocer, se estiende no más de hasta mañana”. “Cuando le plaziere, sea”, dixerón ellos, que otra cosa ninguna osavan hablar.

Otro día venidas allí, yo les dixe: “Pastores, amigos míos, que éste nombre no os podré negar, mientras vuestro desseo de lo lícito no declinare, aunque he sido incitada de mi muy querida compañera a que de mi mano alguna señal pusiese, por la cual viniésemos en conocimiento de cada uno de vosotros, yo de mi propia voluntad, dexada aparte su petición, determino ponérsela. Dilatela desde ayer hasta la hora presente, por mejor pensar de qué manera os la diesse, sin mostrar particular afición y como de igual amor sanamente os sea aficionada, a mí me era agradable esta vuestra grande semejança; pero como negar no se deva lo justo, de tal manera os daré la señal de diferencia que a nosotras saque de duda y a los demás conserve en ella. Y juntamente quiero que no sepáis determinar, pues yo lo ignoro, quién recibe más favor, si este nombre meresce, y porque conozcáis no declinarme a alguna parte hasta que la haya puesto, no quiero que por señas, ni habla, me engañéis diziéndome quién es cada uno de vosotros, sino que caya a quien cayere la suerte, y ninguno rehúse o contradiga lo que yo por agora hiziere, sino querer rehusar o contradecir mi voluntad para adelante”.

Esto dicho, saqué de mi pecho un cordoncito verde y púsele con un punçón en el sayo del uno a la parte del corazón, y luego fui al otro y cortándole con unas tijericas un poco de lavanda azeituní de aquella parte que al otro había puesto el cordoncito verde, me lo cosí en mi propio lado izquierdo: quise por esto que hize dar a entender que al uno dava esperança y al otro quitava el tormento. Lo cual hecho, dixe: “Agora os podéis declarar a quién cupo el cordón y de quién tome el pedacico de lavanda”.

Entonces se vio que a Delicio se había dado lo primero y a Partenio quitado lo segundo. Ya que se huvieron declarado y para nosotros eran conocidos, Delicio estando muy ufano y alegre por el don de mi mano dado, con alguna loçanía dixo: “Agora, hermosa Stela, se me ofresce a la memoria qué ha sido la causa por la cual Crimene tanto te ha importunado para que nos diferenciases”. “¡O, cómo huelgo de saber esso- dixe yo- porque nunca d’ella lo he podido sacar!”. “Si me alcanças d’ella licencia- dixo él- para decirlo presto te daría esse contento”. “Porque ella lo reciba- dixo Crimene- me plaze concederla aunque a mi costa fuese”. “Pues has de saber- dixo Delicio- que puesto que ha sido suma la merced que de ti al presente hemos recebido, por ser de tu mano, empero estremadíssimo por ser de mayor cualidad en su género, se

le hizo a Partenio, cuando tan rigurosa conmigo te mostraste y fue cuando (como ya sabes) por verme tan afligido se desmayó. Y es (como quien no dize nada) que volviendo yo el rostro a una boz que la bella Crimene dio, la vi tener en su regaço rostro con rostro la cabeça de Partenio felicísimamente desmayado, pues fue causa para que tal merced se le hiziesse. Si otra cosa más pasó, pregúntaselo a ella, porque yo más no pude a causa de mi desmayo. ¿Qué te paresce, hermosa Stela, qué altíssima piedad?”.

Esto dixo con graciosa risa y no lo hubo acabado de dezir, quando un color vergonçoso se extendió por los rostros de los tres que lo oímos, puesto que de diferentes causas procedía. A Crimene se le puso la vergüença mezclada con alegría de tan jocunda memoria. A Partenio, el corrimiento ayuntado con el dolor del passado acto. A mí, los celos incorporados con la ravia de tan miserable hecho para mí. Assí que pensando Delicio burlarse y darnos contento, salió muy de veras y nos dio pesadumbre y desde aquella hora tomamos Partenio e yo con ella desabrimiento, puesto que no se lo dávamos a entender, porque ella era medio con el cual podíamos todos tres vernos y comunicarnos. Verdad es que ya la mala voluntad tengo perdida por las muchas y buenas obras que d’ella he recebido, y visto cuánta razón hay para amarlos, assí como cualquier hermosa lo devría hazer. Le doy licencia o consiento en mí que los ame y porque veo que de ninguno d’ellos es ella querida tanto como yo, aunque si de buen conoscimiento fuesen, no lo devría hazer. Pero dexado esto a una parte, nosotros passávamos aquellas fiestas, que nos duró, que fueron bien menos y más pequeñas de lo que yo quisiera, a tan nuestro contento que no las trocáramos por deleite que mortal fuera y aún no sé si os lo encarezca más. En las cuales ya ni rabel, ni çampoña se ohía, si no es quando otras ninfas venían. Creo yo que estando solos los que bien se aman, que no hay que cantar, ni tañer, sino contemplar y hablar: deve de ser más apazible la conversación de amorosas palabras que la melodía de la dulce música.

No sabré deziros por qué vino a noticia del fiero Gorforosto que Delicio me amava, por donde creía que ni más ni menos yo a él devría amar, pues cada día estábamos en solazes. De lo cual no poco ravioso, propuso, si Delicio d’ello no desistiesse, executar en él su furia y huviéralo hecho, sino que, según dezía, lo dexava por no darme enojo y por no perder a Partenio, y también porque como no sabía diferenciarlos, no quisiera, pensando vengarse de Delicio, hazer el daño en Partenio.

Y assí, para salir d’esta duda, un día que donde él estaba acudió Partenio como solía, dixo: “He sabido, amigo Partenio, que tu ermano Delicio ama a Stela. Lo cual si a mí sea más cual azebuche amargo, tú mesmo lo juzga, siendo ella sola a quien mi

voluntad está sujeta, y siendo yo solo el que la puede merecer. De una cosa puedes ser cierto: que si tú de por medio no estuvieras, o él se hubiera dexado de semejante locura o hubiera sentido la dureza de mi cayado. Considerar devría, si buen seso tuviese, que pretende tener conferencia con quien tiene en poco la de los dioses, si hay alguno. Avísale, pues, que me dexe lo que me es mío dignamente, si no quiere con mi justicia ser castigado con razón. Y porque no es mi voluntad que la semejança que con él tienes, te dañe, toma este cayado, que en rescate de un gentil zagal huve de una graciosa pastora, y con él traelle conoceré ser tú”. “Gorforosto- respondió Partenio- si algún mal entiendes hazer a Delicio, verdaderas entrañas mías, sea el principio en mí porque yo te prometo que se me hará menos grave. Mas porque conozcas que no te han dicho la verdad de lo que passa, te juro por los dioses, en quien adoro, y por aquella a quien estimo más que a mí proprio, que Delicio no ama más a Stela que yo; d’ella no sabré dezirte si le ama o no (y dezía la verdad en lo uno y en lo otro). El cayado que me das, como don ímpio para tan cruel efecto rehusara, si de tomalle creyera que por él havías de saber diferenciarnos. Empero porque sé él para tal no ser bastante, lo recibiré y la causa que no servirá para el fin que pretendes es que le traerá él tantas vezes como yo, porque de traerle o no traerle, no sepas cual de los dos es Delicio. Por donde claramente podrás entender si su vida me es cara”.

Admirado quedó Gorforosto del amor grande de Partenio para con Delicio, pero no pudo creer que tanto sería de obras como por palabras mostrava. Por lo cual, assí le respondió: “Mira Partenio, ya te tengo avisado por lo que devo a la amistad entre ambos travada, que cierto yo te precio más que piensas por ser con quien de mis penas descanso. Mas si con esse intento el cayado quieres recibir, no me plaze dártelo, no por lo que él vale, pues más que esso te daría yo, pero porque no vengán cosas mías a Delicio. De una cosa puedes ser cierto, qu’el amor me mostrará por donde le conozca, y entonces tú verás cuánto mejor le fuera aprovecharse de mi consejo menospreciado que servirse de su parescer engañoso”. Con esto, muy triste e imaginativo se fue Partenio, no sabiendo en tal caso lo que se podría hazer. Por una parte vía ser peligroso a Delicio el estar allí, por otra conocía no ser posible poder ausentarse de mí. Entendía, por lo que en sí hallava, las fuerças incontrastables de Cupido y consideraba, por lo que sabía, la furia incorregible de Gorforosto. Pues querer ellos matarle, juzgava ser imposible, si ya no fuesse a traición, lo cual no hiziera aunque cien mil vidas les costara.

Aquella mesma tarde, a puestas del sol, estando todos cuatro debaxo de un frondoso sauce, assomó el fiero Gorforosto y en poco espacio se vio encima de un

peñasco alto que sobre el río caía, frontero de aquella parte do yo me eché huyendo d'él, el cual, después de haverse asentado, puesto a su lado el çurrón y entre los pies el pino que por báculo y cayado le servía, sacó de su çurrón una flauta, hecha de bien cien çampoñas juntas con cera. Puesta a la boca y tocada con furia para alimpiarla, si alguna suziedad tenía dentro, los montes resonaron, las aguas se revolvieron, los animales y peces se atemorizaron, la floresta se estremeció y de ahí a un poco contra mí començó a dezir la más amorosa canción que habéis visto y yo os prometo que ella me fuera agradable si no tuviera tan tristes remate: porque con comparaciones rústicas de campo y de pastores me alabó extrañamente de hermosa y de cruel, ofresciéndome después cosas con que le parescía que yo me inclinaría. Pues ver cómo provó ser hermoso, siendo tan fiero, fue plazer”.

“Por lo que más amas- dixo Selvagia- que lo digas, si se te acuerda, que si a estos señores no les fuere apacible, por ser su policía diferente, haránnos placer de prestar un poco de paciencia, pues dizes que´s a lo pastoril conforme”. “No- dixo don Felis y Felismena- sino que nos la hará muy grande y no hay cosa que más agora desseamos, por ver qué diría un pastor tan fiero y que tanto amava a esta hermosa señora y que tanto ella le aborrescía”. “¿Cómo podré negar la demanda- dixo Stela- habiendo sido tan bravamente conjurada? Pues estad muy atentos porque yo os prometo que os agradará:

¡O mi Stela, mi bien, mi sola diosa,
 más blanca que la nieve no pisada,
 y más que la no bien abierta rosa
 cogida con rocío, colorada,
 más qu'el plátano alto al ver graciosa, 5
 más dulce que la uva sazónada,
 más que sombr'apazible en el estío
 y más que sol de invierno con el frío.

Más fresca qu'el templado venterico,
 más noble que la fruta del mançano, 10
 más alegre qu'el tierno cabritico
 cuando harto retoça por el llano,
 más florida qu'el prado ameno y rico

de flores en el medio del verano,
más blanca que la pluma inmaculada
del cisne y que la leche ya cuajada. 15

Más qu'el claro cristal resplandeciente,
más bien sacada qu'el ciprés inhiesto,
más derecha qu'el álamo eminente
que fue entre baxos árboles traspuesto, 20
y más qu'el agua elada transparente
y, si no te desdeñas solo en esto,
por ser tanto de ti sobrepujado,
más hermosa que huerto cultivado.

Y con esto, tú mesma más terrible 25
y brava qu'el novillo no domado,
más que estas firmes peñas inmovible
y más sobervia qu'el pavón loado,
más que pisada sierpe airada, horrible,
más furiosa que río apresurado, 30
más dura que las muy viejas enzinas,
más áspera que abrojos y que espinas.

Más sorda qu'este mar a mi lamento,
más que las blandas aguas engañosas,
más fuerte que el gran fuego a mi tormento, 35
más cruel que recién parida osa,
más que vara de sauze o sarmiento,
si verde está al quebrar dificultosa
más contraria a mi bien y mi descanso
qu'el lobo al corderico tierno y manso. 40

Y lo que más mi pena y fuego aviva
y evitarlo querría haver podido,
por ser cosa que más a mí me priva

de alegría y que más he yo sentido,
no solo más ligera y fugitiva 45
qu'el ciervo de los perros perseguido,
empero más qu'el viento apresurada
y qu'el tiempo fugace acelerada.

Soy cierto que si bien me conosciesses,
huir cierto de mí jamás querrías, 50
y cuando ya de mí partido huviesses,
tú mesma sin llamarte bolverías,
y si mucho ya allá te detuvieses,
tu prolixo tardar condenarías.
Sé que te pesaría, con aquesto, 55
verme en tanto trabajo y pena puesto.

Una cueva, de un monte en buena parte,
que de una biva piedra está pendiente,
es mi casa, la cual es de tal arte
qu'el sol allí en verano no se siente, 60
ni el invierno su frío allí reparte,
que la entrada jamás se le consiente.
Mançanas tengo en baxo y en la cumbre
que causan en sus ramos pesadumbre.

Uvas tengo en las vides, que son d'ellas 65
cual oro, y otras tengo coloradas.
Téngolas assí éstas como aquellas
para ti solamente reservadas,
las çarçamoras tú podrás cogellas
con tus manos, hermosas y delicadas, 70
estándote a la sombra de su hoja,
o cerezas, si ya más se te antoja.

Ciruelas negras tengo con aquesto,

y amarillas, loçanas con el vicio.
Cualquier árbol en esta isla puesto 75
está de todo en todo a tu servicio,
y assí como agradarte he yo propuesto,
han tomado ellos mismos este oficio:
siendo yo tu marido en los otoños,
tendrás siempre castañas y madroños. 80

Cuanto ganado vees aquí tendido,
pasciendo en las riberas d'este río,
y mucho qu'en los montes va perdido
por selvas y por valles, todo es mío.
Mucho tengo en apriscos recogido, 85
que quererlo contar es desvarío.
Proprio de pobres es tener contado
el número que tienen de ganado.

De cuantas alabanças aquí digo,
no quiero que me creas al presente. 90
Tú puedes ser de todo ello testigo
de vista y no de oídas solamente.
Si vinieses a verlo, yo me obligo
dixesses: "Gorforosto en nada miente".
Es tanto, que no basto yo a ordeñarlo, 95
ni puedo de su leche descargarlo.

También tengo en apriscos encerrada
abundancia de mansos cordericos,
iguales en edad tengo apriscada
cantidad de saltantes cabriticos. 100
También en otra parte está guardada
copia de retoçones bezerricos;
de leche nunca está pobre mi cueva,
la cual mi ingenio d'este modo prueba.

De diversas maneras lo aprovecho: 105
dexando d'ello para ser bevido,
en cárcel de madera d'ello echo
para allí con un maço ser batido.
D'ella haze durar cuajo desecho
o çumo de una hierva allí exprimido; 110
d'ella vuelvo aún más blanca que armiño
con solo golpearlo en un barquiño.

Y aun otros dones te daré mayores,
si éstos juzgas ser fáciles y viejos:
dart' e cabras, venados corredores, 115
monteses, puercos, liebres y conejos.
Tengo dos palominos, en colores
en grandeza y en todo tan parejos,
que no sabrás jamás diferenciarlos,
por mucho que te pongas a mirarlos. 120

Baxelos de su nido en alto puestos
a intento que con ellos tú jugases.
Dos cachorricos de osa hallé tras éstos
y trúxelos a fin de que tú te holgases.
Guardelos assí aquellos como aquestos 125
porque viniendo aquí te deleitases
y assí, dixe, en hallandolos, al hora:
“Yo os guardo para Stela, mi señora”.

Sal, pues, Stela mía, sal del río,
mira bien que t'estoy aquí aguardando, 130
no quieras desdeñar el ruego mío
que con pena y dolor t'estoy llamando.
Yo no entiendo con qué desdén o brío
mis ruegos quieres ir menospreciando.

Soy rico, soy ligero y valeroso 135
y más que sobre todos, soy hermoso.

Miréme agora, agora en una fuente
que corre muy quieta, clara y pura.
Miréme desde el pie hasta la frente
y cierto que me agrada mi figura. 140
Júpiter, vuestro dios omnipotente,
ni tiene tal grandeza, ni estatura:
esse dios de vosotras tan honrado,
a quien yo obedescer he desdeñado.

Mira cuánto cabello me hermosea, 145
qu'en mi rostro feroz está esparcido.
Juzgarás que algún bosque mi ombro sea,
según la sombra d'él le ha escurecido.
No pienses que a mi cuerpo es cosa fea.
en ser de duras cerdas bastecido: 150
feo es el árbol, cuando le despoja
el seco otoño su verdura y hoja.

¿El cavallo sin crin cuál estaría?
Y con ella y con cola está adornado.
¿Sin pluma, el ave qué parescería? 155
La lana es hermosísima al ganado;
el varón tan hermoso no sería
si de barva estuviese despojado;
assí que no me afea barva y vello,
pues mucho más hermoso estoy con ello. 160

Añade a lo que aquí estoy refiriendo
que afirman ser mi padre el dios Silvano,
por suegro te le doy y no pretendo
más que misericordia de tu mano.

Oye la petición que estoy pidiendo, 165
mi ruego no se vaya siempre en vano;
humilde yo a ti sola ruego y pido
te duelas de este mísero afligido.

Yo, que el rayo de furia temerosa,
y a Júpiter y a dioses tengo en poco, 170
a ti sola conozco por mi diosa,
¡o mi Stela!, y por tal siempre te invoco.
Más que el rayo tu ira es espantosa:
quien lo contrario piensa cierto es loco.
Eres de mucho más merecimiento 175
que Júpiter y dioses y su asiento.

Que no me amases no me habría afrentado,
por ser de tal valor y ser quien eres,
si de todos te huviesses alejado,
cual de mí, pues siempre huir me quieres. 180
¿Mas por qué, Gorforosto desechado,
a Delicio indignísimo prefieres?
¿Sus abrazos pequeños y muy fríos
prefieres a los grandes dulces míos?

Agrádese él a sí, pues, cuanto puede 185
y agrade a ti también (que no querría)
que si lugar a mí se me concede,
sentirá el gran valor y fuerza mía.
Sentirá que mi cuerpo en nada excede
al rigor de mi brazo y valentía. 190
Sentirá cuánto un fuerte brazo vala
y cómo cuerpo y fuerza en mí se iguala.

Yo sus vivas y tépidas entrañas
Abriré, por un brazo y otro asiendo,

y después de barridas las montañas, 195
 irélas por los campos esparciendo.
 Sus miembros por las aguas do te bañas
 desd'este alto peñasco iré tendiendo,
 si contigo en las aguas se mezclare,
 o si mano con mano te tocare. 200

¡Ay de mí, qu'el dolor que me traspasa
 y el fuego me haze hablar lo que aquí digo!
 La llama de Etna siento que me abrasa
 y juzgo qu'en mi pecho está conmigo.
 Abrásome (¡ay dolor!), ¿y eres escasa 205
 en remediar a mí que soy tu amigo?
 Si tratas d'este modo a quien te quiere,
 ¿cuál tratarás a quien te aborresciere?

Haviendo Gorforosto estas quejas en balde tendido por el aire, se levantó y semejante a furioso toro que la vaca le ha sido quitada, no pudiendo estar quedo, con extremadísimos saltos por aquella isla adelante se metió. Bien nos había agradado el pastoril canto y las cosas que me ofrescía para a su amor atraerme si no añadiera lo postrero con tan bravas amenazas”.

“Detente un poco por tu vida- dixo Sireno- que no puedo no apuntar una cosa que extremadamente de esse canto me ha agradado”. “Y ¿qué puede ser- dixo Selvagia- para que impidas tan agradable narración?”. “Assí- dixo Sireno- pues yo os prometo que no os agrada a vosotras todas. Murmuró delicadamente de las mujeres”. “¿Cómo assí?”, preguntó Felismena. “Yo os lo diré”- respondió Sireno- “que sagazmente en cuantas comparaciones dio de blanca, de colorada, de graciosa, gallarda, nunca hizo salva, paresciéndole que hazía harta honra a Stela y que ella se holgaría ser a aquellas cosas comparada, mas cuando llegó a ser hermosa, entró con acatamiento, diziendo: “Si no te desdeñas, más hermosa que huerto cultivado”. Juzgava que le hazía agravio porque en solo ser hermosa, recibis las mujeres pesadamente igualdad o comparación. Búrlense con vosotras en lo que quisieren, mas la hermosura ha de ser religión no tocada. Empero passa adelante señora”.

Todos se rieron de lo dicho por Sireno y don Felis dixo: “Bien parece pastor que estás libre, pues tomas licencia para dezir lo que te agrada”. “Por quitaros de contienda- dixo Stela- quiero proseguir. Partenio, temeroso assí por la furia con que las amenazas hizo como por lo que aquella mañana le había dicho a él, no sabiendo qué se hazer para poner en tal trance remedio, se puso muchas vezes en consideración para buscarle. Dudoso, pues en semejante negocio de muchas cosas que consigo mesmo el remedio inquiría en provecho de Delicio, sin mirar por lo que a él sucediesse, acordó hazer lo que agora oiréis. Una tarde aguardando, como solía, a Gorforosto y pasado de la otra parte con rostro diferente al coraçón, riendo d’este modo le dixo: “Sábeta que yo he persuadido a tu competidor, para que dexé de amar a Stela, lo cual d’él alcançar no pudiendo, he impertado que d’esta tierra se ausente, para lo cual solos ocho días por plazo demanda e yo en nombre d’él te los pido, assí que bien podrás darme el cayado, pues yo, en estas tierras, me quedo solo en tu compañía”.

Gorforosto muy alegre por las nuevas de Partenio traídas, paresciéndole que si Delicio de en medio se le quitava, yo me iría para él, fue luego por el cayado y, traído, se le dio. Entonces Partenio dixo. “Mira Gorforosto, pues es tu voluntad que Delicio se vaya e yo me quede, hasme de jurar de no hazer daño alguno en mi persona y porque entiendas ser yo, te he pedido el cayado, con el cual me verás continuamente, y si otra cosa pretendes no guardando las leyes de buena amistad, descúbreme tu pecho y también me iré yo”. “¡O Partenio- respondió Gorforosto- no te me vayas que yo te juro por Stela, dea mía, de que agora ni en tiempo alguno recibirás daño por mi causa”.

Con este concierto y juramento satisfecho, Partenio se fue a poner por efecto lo que tenía propuesto hazer. Adelante veréis qué es lo que pretendía él por esto, empero como no hallasse a Crimene ni a mí con Delicio, porque ya nos habíamos ido de con él, lo guardó para otro día cuando a estar con ellos fuésemos. Pues como nosotras no faltássemos a las horas acostumbradas, Partenio sacó el cayado que Gorforosto le dio, el cual es el que agora él trae, que ya le vistes en la fuente de los laureles y dixo: “Antes que os manifieste mi intención quiero que miréis cuán hermoso don me ha dado Gorforosto, puesto que su intención fue muy diferente de la mía. Mas porque con lo demás oiréis también esto, miradle agora bien y dezidme vuestro parecer, que después diré yo lo demás”.

Entonces, juntando nosotros tres, porque él muy bien le había ya mirado, con atención le miramos, poniendo cada uno los ojos con más eficacia en lo que más nos agradava. No cesaremos de mirar una vez y otra el ingenioso cayado, aunque no pocas

vueltas le dimos, sino que teníamos desseo de oír lo que Partenio nos había prometido. El cual, como quietos nos vio, d'esta manera comenzó a hablar: “Bien os es manifesto, soberanas ninfas, el piadoso destierro de nuestra cara patria, assí mesmo el amoroso detenimiento nuestro en estas partes, por tanto tiempo malgastado, y fastidiosa sería la repetición agora en lo mesmo. No quiero dezir que haverme detenido yo hasta el tiempo presente ha sido por intercesión de mi caro Delicio, pues la dulce conversación y vista vuestra era harto suficiente para detener a otro que más que yo fuesse.

Por lo que quiero que sepáis que assí como hasta esta hora mi estar por ventura ha sido conveniente, desde hoy adelante mi ida, cierto, es necessaria y de tal modo que si toda afición quisiéredes desechar, juzgaréis no ser posible otra cosa para lo que nos conviene y porque no estéis suspensos con lo nuevamente determinado, si con atención me queréis oír, os será clara la necesidad de mi partida propuesta. Ya tenéis entendido los disconvenientes amores del fiero Gorforosto para contigo, hermosa Stela, y también os son manifestos los proporcionados y, por mejor dezir, la sana afición de Delicio para contigo mesma. Pues Amor, que todo lo descubre, ha declarado al fiero pastor (como por su canto pudistes entender) que tiene por competidor, si assí se puede dezir, a mi hermano. Si él está d'ello lastimado, vosotros d'él mesmo cantando sobre el peñasco lo oístes, e yo aquella mañana, antes, estando con él en conversación, de su boca lo entendí, donde me dixo que pretendía vengarse d'él y por la amistad que conmigo tiene, afirma haverlo dexado. Mas que ya, no lo pudiendo sufrir y no sabiendo de qué arte hazer la vengança en su contrario sin executarla en mí, por el engaño que de la semejança nuestra le podría venir, me dava esta cayado para que, trayéndole yo, me conociesse. El cual por ser para cruel acto, por entonces rehusé. Mas después, viendo su ravisosa ira y alcançando un buen medio le he tomado, y es éste: que yo le dixe que Delicio por mi consejo se quería ir y que me dicesse el cayado por el cual vería estar yo solo en esta tierra. Para esto le pedí ocho días de término y él me los concedió. Cumple pues agora que yo me vaya a buscar a mis padres y dentro de un cierto término bolveré con él sí, o con él no, y Delicio se quedará en mi lugar y visitará a Gorforosto como si yo fuesse para mejor con él dissimular, dándole yo aviso de todo lo que con él he pasado, para que piense ser yo”.

Esto dixo Partenio por mal compuesta razones, que el dolor de quererse despedir de Delicio y de mí, a quien tanto amava, no le dieron lugar para mejor ordenarlas. Ninguno de nosotros tres fue de tanto ánimo que a lo propuesto por Partenio responder pudiesse por la pena que de su partida recebíamos. A cabo de buen rato, estando todos

callando con lágrimas en el rostro, que entonces no tuve sufrimiento para dissimular el grande amor que le tenía, Crimene dixo: “No es ya tiempo, amigo mío Partenio, para que vença a la manzilla de la cara el dolor del corazón. Si hasta agora por obras no has querido entender lo mucho que te amo, al presente por palabras te sea claro cuánto te quiero: o tú determina llevarme contigo y, si no, a lo menos, consentirme que te acompañe, o propón de darme la muerte de tu mano, pues me será más honrosa y agradable que la que, partido tú sin mí, yo me daré”. Luego, como atajada de su osadía, con vergonçoso color y con un doloroso suspiro, calló. A cuyas palabras d’esta manera Delicio prudentemente respondió...”.

La respuesta de Delicio comenzava Stela, quando Felicia con la compañía que había llevado, llegó diziendo a Felismena: “¿Paréscete que he cumplido lo que ayer te prometí de que oy vernía a más ruin tiempo?”. “Sí, por cierto”, respondió Felismena. “Pues, ¿por qué- dixo Silvano- hemos de escotar nosotros lo que ella ha comido?”. “Porque algo se os ha de pegar- dixo Felicia- de su compañía. Empero, por amor de vosotros más que por Felismena, yo me quiero ir, que no vine a otro, sino a cumplir mi palabra”.

Y con esto se fue, quedándose los mismos que antes estaban. Entonces, Stela dixo: “Oíd, pues, lo que respondió Delicio a lo que dicho había Crimene: “No sabría determinar, cara ninfa, si es mayor tu desdicha en haver puesto tu amor en tan miserable hombre o si es mayor mi desventura en no tener libertad de concedértele. Por una parte, quisiera satisfacer a tu desseo y, por otra, no tengo poder para ello, pero, con todo, no dexara de hazerte este plazer de llevarte conmigo, pues era cosa en que yo ganava, si d’ello no se hiziera mala obra a la hermosa Stela y a mi ermano Delicio. A ella en quitarle su agradable compañía, y a él en privarle de aquella por quien espera ser remediado, que ya sabes cuán mala le sucediera con tu compañera estando tú ausente”. Mucho me holgué yo en que con tanta modestia se desviasse de Crimene, porque me parece que estava mi vida colgada de lo que a ella respondiesse a causa de los encubiertos celos que de Crimene había cobrado.

Y assí, bolviéndome para Partenio dixe: “De mi parte te agradezco, zagal, la voluntad de hazerme tanta honra en no querer llevarte a mi amiga Crimene, pero por lo que a ella devo y a ti, soy obligada: del contento de entrambos le recibiré yo, puesto que sea a mi costa. Según lo cual, no le niegues lo pedido por ella con tanta eficacia, mas antes que me respondas te digo que parece que porque te quieres ir, has tomado más licencia de la que reservada te estava en tornar a hablar por tu amigo Delicio fuera de

los límites que a la castidad que prometida tengo se debe. Pero como tengo dicho, te perdonaré por ser ya huésped, pues por ellos mucho se ha de hazer. Empero, con todo, querría mucho de ti saber, ¿quién te ha quitado la libertad que dizes para no condescender al amoroso ruego de mi amiga Crimene?”.

Partenio dixo: “Si piensas que tenga yo de serte tan obediente (perdóname por ello) como mi amigo Delicio, que haya yo de satisfacer a cuanto demandares, bives engañada. Eso mismo pediste a él y bien claro nos costó a todos, cuanto más que no hay para qué lo pidas, pues de nada te sirve. Una cosa puedes saber: que algo has de dexar de saber. A lo que me replicas de la graciosa Crimene, ya tengo respondido”.

A esto no se pudiendo sufrir Crimene, con lágrimas en el rostro y sin hablar palabra, se fue. Delicio entonces fue en pos d’ella, consolándola y diciéndole que aún no se iba Partenio, y que él prometía pagarle en la misma moneda lo que por él con Stela había hecho. Con esto algo consolada, se fue. Entretanto yo dixe a Partenio: “¡Ay, cómo no querría que te fueses y cómo desseo que no te muevan las lágrimas de Crimene!”.

“En lo primero -respondió él- no creo que hay remedio, puesto que yo lo desseo, más que ninguno podría imaginar. En lo segundo, puedes estar descuidada, aunque no fuese sino porque tú lo mandas”. “Sé que no te irás- dixe yo- sin hablarme”. “Ni sería possible, respondió Partenio. “Pues quédate a Dio- dixe yo- que no puedo dexar la compañía”. “Y vaya contigo”, respondió él”. “Detente un poco- dixo Felismena- Por mi fe, bien mirado, agravio hazías a Delicio, pues nunca otro favor a él heziste como entonces a Partenio, por donde parece que te inclinavas más a éste”. “Los celos eran causa d’ello, -respondió Stela- pero atended que de aquella hecha, no quedó en cosa alguna atrás Delicio; mas yo os digo que lo mereció bien él, porque hizo una evidente prueba de amor y humildad y fue passo amorosísimo, que fue éste.

Despedida yo de Partenio, e yendo algo apresurada por alcançar a Crimene, encontré con Delicio que se bolví de acompañarla; el cual, como assí presurosa me viesse antes que a él llegase, me dixo: “Si no te ofendo en esto, te ruego, señora mía, que passes, quando a mí llegues, con menos presteza, porque no se me represente que de mí huyes y, si no, haz tu voluntad”. “Cierto- dixerón todos- que lo contempló altamente y que merecía ser galardonado, mas veamos que le respondiesse o heziste”. “Yo entonces- dixo Stela- con manso passo a él me llegué, diciendo: “A la templança y modestia de tu lícita demanda no es en mi mano no obedescer, como siempre a las semejantes. No seré desobediente en cosa que te tocare y no solo passaré quieta, empero

aun me detendré cuanto mandares, dado que me convenía alcançar a Crimene”. Todo esto hablé de industria porque, como juzgava haver mostrado amor a Partenio con lo que dixe cuando d’él me aparté, no quería fuesse a Delicio preferido en aquello, pues no lo estava en la afición. Delicio a tanta merced (a su juicio) no pudiendo pagar, sin ser yo parte para estorvarle en un instante, se arrodilló y me besó la mano tomándomela con la suya. Yo, admirada de tan súbito hecho y conociendo aquella desemboltura haver procedido de sumo amor, con paciencia dixe: “Puesto que por lo hecho merecías castigo, no te lo quiero dar, siquiera porque tu hermano no tome ocasión para reprehenderme diciendo que ninguna cosa sé perdonar””.

Delicio, buuelto en sí y viendo su atrevimiento haverle puesto en peligro de perderme, cobró tal color de vergüenza, junto con temor, que no medianamente aumentó en su hermosura. Y cierto, fue bien mirado de mí, y así por animarle le dixe: “¿Estás contento?”. Delicio respondió: “Sí, mi señora, pero qué tanto no te lo sabré encarecer, y con esto no te quiero detener”. Mas despedidos los dos, yo me fui tras Crimene y él con Partenio, los cuales passaron muchas y amorosas razones sobre la ida de Partenio, porque Delicio no consentía que se fuesse, e ya que irse quisiesse, por el peligro que d’él quedarse había, no dava lugar a que sin él partiesse; pero en fin, convencido de Partenio, aunque harto contra su voluntad, hubo de venir en ello.

En este medio, no creeréis, señores, que dest’otra parte estábamos nosotras ociosas pensando en aquella amarga partida de Partenio, Crimene quejándose a ratos delante de mí del desamor d’él, y a ratos ella mesma consolándose con lo prometido por Delicio. Con las cuales cosas y variaciones, nos fuimos a acostar. Venida la hora, lo que ella consigo pasó y habló bien véis que yo no lo puedo saber, más deziros he de mí que paresciéndome mi compañera dormir y muertas las velas, sirviéndome la escuridad de fiel ministra para las obras de entendimiento y fantasía, varias cosas se me representaron, las cuales bien fundadas en mi pecho, d’esta manera conmigo comencé a dezir: “¿Qué dios ha arrojado estos dos nuevos pastores en aquesta tierra para hazer en mí tantas mudanças? Por ventura, ¿no soy yo a quien ofendía la sola imaginación de varón?, pues ¿cómo me da contento pensar en estos zagales? No soy yo a quien tanto deleitava la caça de ciervos y aves?; pues ¿por qué ando agora a caça de pensamientos y vanidades? ¿No soy yo la que de mi voluntad me ofrescí al servicio de Diana? Pues, ¿por qué de mi gana tengo de ser esclava de Venus? Vaya, vaya de mí tal delito.

Perdonadme Delicio y Partenio que no puedo hazer lo que bien merecíades. ¡Ay Dios! Y qué color virgíneo está en su rostro pueril, adornado con aquel poco de

vello que brota por sus coloradas mejillas, qué belleza, qué sosiego, qué discreción. Por cierto, creo que deven de descender de algún linaje de los dioses, si no lo son ellos, y no pienso que es vana mi sospecha. A no serme aborrescible el dios Himeneo, por ventura a esta sola culpa me pudiera someter. Confiesso que estos solos han doblado mis sentidos y hecho fuerça en mi constante ánimo, que está para caer, pero antes plega a Dios la tierra me encierre en sus entrañas, o Júpiter con su rayo me embíe a las amarillas sombras del infierno y a la perpetua noche que yo o castidad viole o desate tus nudos. El casto propósito que siempre he tenido me acompañará hasta la sepultura, pero sé que no me ofende pensar a cuál d'ellos me inclinara, si mi firme intento se hubiera de trastornar a alguna parte. En disposición, forma y hermosura cuál d'ellos se aventaje, para por ello amar el uno y dexar al otro, no tengo que dezir, pues son tan semejantes que aun ellos, si se mirassen, no se conocerían.

Grande es la bondad de Partenio, pues aun hasta la vida se ha ofrescido por su amigo. Cuán bivas y prestas respuestas por Delicio, cuánta sagacidad con todos para que mi compañera ayudasse al suyo e yo no le desamparasse y el fiero Gorforosto no le ofendiesse. Muy digno era, al fin, Partenio para ser de mí querido, pero con todo creo no ser sobrepujado Delicio. No ha tenido Partenio necesidad del favor de su ermano que por ventura no hiziera menos que él. No se le ha dado lugar para mostrar la agudeza de sus palabras que a las primeras le atrae. Cuanto más que bien claro está por cuanto ha cantado y hecho. ¡Qué canciones assentó en los árboles y por mejor dezir en mis entrañas! ¡Qué modesto, que por no enojarme aun en lo que le conviene no habla! ¡Ay Dios y cuánta razón era amarle! Mas, ¿quién cree que si Partenio hubiera puesto en mí su amor que no hiziera todo esto? ¡Ay de mí!, pues ¿a cuál me havía de inclinar? ¿Ha de ser Delicio menospreciado porque me ama y porque dessea tanto mi amistad? ¿Tengo que consentir que muera porque codicia bivar conmigo? ¿Ha de llevar la indigna muerte por premio de su grande amor? ¡O desdichado Delicio!, no quisiera haverte visto, ni ser yo vista de ti, merescedor de que yo te amara si castidad no hubiera prometido y si mis importunos hados no me amenazaran con casamiento. Pues ¿havía de ser desechado Partenio porque no me ama por la vía que Delicio? Por esso mejor era digno de ser a mi amor admitido. Para yo amarle, poco me importa que él me ame, haviendo en él partes para ser querido. Lo que más en él fuerça es que no sufro con paciencia ser de Crimene amado. Mas, ¿en qué ando vacilando?, ¿qué cuidado tengo yo d'ellos al cabo de tantos menospreciando? No me mueve la hermosura d'ellos y podíalo muy bien por ella, sino que aún son niños. No me mueven ellos, sino su edad; vayánse en buen hora, pues de mi

voluntad ya yo les he avisado y cuánto se me niega el casamiento. Vayan y busquen otros amores, pues ninguna cuerda los desechará. ¡Ay, que esta licencia es muy dura!”.

Con esto postrero, no pudiendo passar, dado que otras muchas cosas me quedaban, enmudescí, calló la lengua y habló con el corazón. Con estas y semejantes alabanças, yo pobre, sin saber lo que hazía, como ruda en tales negocios, amava sin sentir el amor. Concebía el fuego sin verlo, criava llaga en mis venas sin apercibirlo. Tres o cuatro días se passaron que a los pastores no fuimos, porque Crimene no salía, que viendo ser ella de Partenio desdeñada, procurava olvidar le con ausencia y era abivar más el fuego. De modo que ya yo recibiera alegría en que Partenio amara a Crimene, a trueco de ver a él y a Delicio. Por lo cual, muchas vezes la importuné fuésemos a verlos, trayéndole a la memoria la esperança que Delicio le havía dado, pero con todo se esforçava a no parescer delante d’él.

Ya no faltavan sino dos días para el plazo de la ida de Partenio, cuando no pudiendo tanta ausencia sufrir d’esta manera hablé a Crimene: “Ermana, muy gran plazer recibiría que fuessemos a ver los pastores, porque prometí a Partenio hablarle antes que se fuesse”. Crimene, aunque, según imagino, poco menos que yo lo desseava, respondió: “Amiga, tú te puedes ir, puesto que no te negaré que desseo ver al enemigo mío, pero es tan cruel aquel mi amor (no puedo al fin no dezir la verdad) que entiendo que aprovechara tan poco mi ida como las passadas”. “Mira Crimene- respondí yo- que no sabes lo que havrá hecho Delicio, pues te lo debe, y él lo ha prometido, y cuando esto no fuesse, ten memoria que los días passados, teniendo yo mayor ocasión para no ir, y con menos voluntad, por sola la tuya fui adónde y cómo quesiste. De modo que eres obligada a hazer agora mi ruego, pues entonces hize lo que me mandaste”.

“Convencida soy, -dixo ella- no quiero ni puedo contraderte”. Con esto nos fuimos para los pastores, a las cuales, como yo viesse de aparte que muy de propósito estaban razonando, a mi compañera dixe: “Cosas de gran cualidad deven tratar, mas ¿que sería que Delicio tratasse en tus negocios?”. Ella respondió: “Más en los tuyos”, y era la verdad, que en los unos y en los otros tratavan, como después supimos.

Llegadas a los pastores, hallamos tanta novedad que nos pareció cosa monstruosa. ¿Qué más queréis sino que Delicio mostró haver mudado el amor que me tenía en Crimene, cuando havía mayor razón de amarme, pues la postrera vez que le hablé, alcançó más de mí que en cuantos días allí estuvo? Yo no pude ni puedo saber la causa d’este trueco. Verdad es que assí porque he visto que los amores de Delicio para con Crimene son fríos, como porque le tengo por tal que no hoviera hecho mudança sin

grande ocasión, y no pudiendo tomarla de mi culpa, he sospechado, y aun Crimene lo entiende, que Delicio por alguna vía devió de conocer cuánto Partenio de secreto me amava, y que fingir haverme olvidado era por dar lugar a su caro amigo en mi amor, e yo os prometo que si ello es assí como lo creemos, aunque d'él nunca lo hemos podido sacar, que es de las más heroicas obras de amistad que hasta hoy se ha visto. Porque en más de un año que juntos andamos, jamás por sí, sino por su amigo, me ha hablado, guardándome siempre con tanta sinceridad como si de un vientre ambos huviéramos salido.

“¿No nos dirás- dixo Dorida- qué modo tuvo para mostrar no amarte?”. “Sí haré- respondió Stela- porque de mi cuento resta poco, que nuestra larga peregrinación con las muchas desventuras que hemos passado para más tiempo quedará. Como nosotras delante de los pastores llegássemos, Delicio mostró más desemboltura en sus pláticas y más alegría en su rostro que solía, de lo cual nosotras admiradas, como la causa le preguntássemos, respondió: “No son, Stela, siempre los tiempos iguales; muchas vezes lo que blanduras no hazen, el fuego efectúa. Por bueno que sea el cimiento, si en demasía le cargan, se vendrá a hundir. Tanta agua pueden echar en un gran fuego que le amate. De ninguna cosa me sirvió mi mucho amor para ablandarte y hame aprovechado tu extremado desamor para ponerte en olvido. Bien fundada tenía mi afición para contigo, mas hasle echado gran carga de sinsabores. Grande era la llama que en mis entrañas estava, empero hasla amatado con excessiva agua de disfavor. Assí que de hoy más bien puedes avenirte con quien tenga más fuerça o cordura, que yo para poder saber avenirse contigo, que yo confieso no ser suficiente para ello. Verdad es que no niego estar agora tan de veras a tu servicio como antes, y puedes experimentarlo con quanto mandarme quisieres, puesto que por otro estilo que en los días passados”.

Mirándole estávamos todos con qué libertad de mí se despedía y muy mucho nos admirávamos de su mudança. Este propósito de Delicio ya él se lo havía dicho aquellos día de atrás a Partenio, pero nunca lo creyó del todo hasta aquella hora, que entonces tuvo por entendido no amarme su compañero. Pues assí, rostro a rostro, me lo dezía que juzgava si otra cosa fuera no ser possible tener osadía ni ánimo para de tal modo hablarme. Atónita me quedé con tal novedad, y un cierto remordimiento me aquejava a manera de pesarme d'ello.

Empero, dissimulando, dixe: “¡O cuánto huelgo d'esso, pastor! Desde agora te seré más aficionada”. Crimene dixo: “No sé que te diga, amigo Delicio, ni puedo alcançar la causa de tal movimiento. Mira si tienes alguna queixa de Stela que aquí haré

yo que te la pague y no hagas tal desconcierto”. “Los dioses en todas mis cosas me sean contrarios- respondió Delicio- si d’ella yo tengo quexa, salvo de mi ventura, sino que por ellos mismos, te juro que lo quiero assí, porque hallo que me conviene. De modo que si mi bien desseas, no debes de hablarme en ello”. “Donosa estás, por mi fe, Crimene,- dixe yo- ¿de cuándo acá tiens tú licencia de bolver por mí en lo que no me está bien?”. “Pues por estarte bien- respondió Crimene- tratava d’ello”. “Si bien me estuviera- dixe yo riéndome- semejante negocio, ahí estava Partenio que no menos partes que él tiene para ser querido, si ya entrambos no se han hecho de concierto”.

Esto dixe yo burlándome y no se burlava Amor conmigo. “Esse concierto- respondió Delicio- no hiziera yo sino que por lo que más quiero en esta vida, que desseo sumamente que tú le amasses y que él con más prosperidad por el mar de tu amor navegasse”. Tanto en fin trabajó Delicio, juntamente con mostrarse muy apasionado por Crimene (más cierto que agora) que al segundo día descubrió a Partenio por público enamorado mío y que por Delicio lo havía cubierto, y que ésta era la causa porque a Crimene nunca se pudo mover a amar. Muy ufana estuviera entonces y agora lo estaría, si supiera o supiesse que de entrambos fuesse amada igualmente como yo por un grado los amo. No cabía Crimene en sí de contenta, pensando ser muy de veras amada de Delicio y assí por hechos y dichos lo mostrava. Bien creo yo que no está agora tan gloriosa ni contenta porque, como he dicho, está frío en su amor aunque siempre haze algunas muestras. El último día del plazo en que Partenio se havía de ir llegava, quando la noche de antes Delicio a Partenio dixo: “Pues es tu voluntad, caro ermano mío, ausentarte de mí, ¡o duro trance!, necessario me será ir mañana a hablar por ti con Gorforosto para que con la instrucción de ti a mí dada, sepa para adelante avenirme con él, y según con lo que después me avisares, me sabré tratar. Podrá ser que me detenga hasta la noche, por tanto no tengas pena si me tardare hasta aquella hora”.

Este concierto hizo Delicio con Partenio porque él tenía determinado de irse en busca de sus padres y dexar a Partenio conmigo, que él jamás tuvo propósito de ir a hablar a Gorforosto, sino que para ausentarse de secreto, de suerte que aquel día no le echássemos menos, fingió aquello. Sabía él, o a lo menos sospechava, que Partenio no consentiría irse sin él, y también por no passar con él y con nosotras el duro trance de su despedida. Con esto, se fue hazia el río y junto a él, do solía esperar a Gorforosto Partenio, en un olmo, con cuchillo, en letras que de lexos devisarse pudiessen, esto escribió:

“Caríssimo amigo mío. Partenio, tú mismo creo sentirás en ti si tu ausencia me causará dolor; pero como ésta sea necessaria, me parece ser cosa justa que tú te quedes, pues hay más razón para ello. Lo que te encargo por el amistad nuestra, que mudança no hagas, ni desampares a la hermosa zagala tuya, que éste será el mayor plazer que de ti recibir podré, que yo te prometo poner toda diligencia en buscar a tu madre y a mi padre, pues para todo tengo bastantes señas. Dentro de un año, si los dioses hasta entonces me dieren vida, te vendré a visitar con la relación de lo que huviere hecho. Tórnote a rogar que de aquí no te partas, porque en lugar de buscarme, me perderás, pues bolviendo no sabré a do estás. El cayado hallarás al pie d’este álamo cubierto con el arena. Los dioses queden contigo y a mí acompañen”.

Como Crimene e yo supiéssemos que Partenio se havía de ir aquel día, fuimos por la mañana a despedirnos d’él o, más verdaderamente, a rogar Crimene por mí (tenía alguna sospecha ella de mí que estava aficionada a Partenio) que no se ausentase; sino que pues entrambos juntos no podían estar allí por lo dicho, se fuesse a algún comarcano lugar el uno d’ellos, que a veces podrían estarse allí, yendo el uno, y viniendo el otro, y que d’esta manera, sin hazer ausencia, engañarían a Gorforosto con el cayado. Pues como delante de Partenio llegássemos y le viéssemos solo, le preguntamos por Delicio.

Él nos contó cómo havía ido a ver a Gorforosto para saber para adelante cómo con él se havía de tratar. Lo cual de Crimene oído, sin más aguardar, se fue a esperar a su nuevo amor donde sabía que acostumbrava ir Partenio, el cual se quedó conmigo passeándose por un pradezico verde que en la floresta estava. Crimene llegando al puesto, viole rezién escrito de Delicio en el álamo y, leído, no pudiéndolo sufrir con paciencia, començó a llorar fuertemente, maldiziendo su ventura y como propusiesse seguirle, juzgó ser bien primero avisar d’ello a Partenio.

Estando pues sacando el cayado para llevársele juntamente con la nueva, Gorforosto del peñasco alto vio a Partenio y a mí, cómo nos passeávamos solos y asidos de las manos: que como sin el cayado le viesse, pensó certamente ser Delicio. Lo cual d’él visto, començó rezio a gritar con aquella furia que el enojado Gorforosto podría tener diziendo: “Ya, ya os he visto. Yo haré que ésta sea vuestra última vista y que sea éste el postrer deleite vuestro”, y luego, con increíble ligereza, baxó de allí y en un instante passó el río. Yo, medrosa con la cruel boz y avisada de la ninfa que guardava, me recogí al río. Partenio, temiendo más el mal que pensava haverle a su amigo sucedido que del daño que a él podría venirle, aguardó sin huir.

Dado que lo quisiera hazer no le aprovechara. Crimene, oída la furiosa boz de Gorforosto, sospechando lo que podría ser, como persona que cierto es muy avisada, fue corriendo adonde nos havía dexado, por avisar con tiempo a Gorforosto cómo aquel era Partenio, su amigo, a fin de que, engañado, no le hiziesse mal; y creédme, señores, que restituyó con su buen aviso la vida de todos. De manera que ella antes que llegasse a Partenio, que yo ya era ida, se puso delante d'él, diziéndole: “Detente Gorforosto, mira bien que es Partenio; y porque no creas ser lo contrario de la verdad, vees aquí el cayado que tú le diste” (desentérrole de adonde Delicio le havía dexado). Con esto algo amansado, aunque no del todo, por havernos visto passear mano a mano, y no certificado de quién fuesse, lo tomó diziendo a Crimene: “Yo me avisaré de quién es y conforme a ello, haré lo que me cumple”.

Dicho esto, llevándose a Partenio debaxo del braço, se fue corriendo. Partenio no osó preguntar a Crimene por Delicio, aunque vio el cayado que él aquella mañana havía llevado, porque como pensava estar con Gorforosto, si él preguntava por Delicio, daría a entender ser él Partenio. De modo que más quería padecer él diziendo ser Delicio, que no que daño a Delicio viniesse, confessando ser él Partenio. Con esta incertinidad, Gorforosto le metió en una oscura cueva, a la cual una grandíssima peña por puerta y aldaba servía, como despúes supimos. Crimene, con el contento que podéis pensar, sabiendo ser ido Delicio y habiendo visto llevar de aquella manera a Partenio, se fue a nuestra morada a darme nuevas de lo que passava y a dezirme lo que tenía propuesto hazer. Entrando ella en nuestro retraimiento, me halló casi sin aliento y vida. Rebolví en mi imaginación lo que a los dos amigos míos havría acontecido. Al punto que le vi, me levanté de la cama, donde echada estava, y yéndome para ella, el pecho bañado de lágrimas y los cabellos rompidos con mis manos, le eché los braços sobre sus ombros sin poderle dezir otra cosa más de dar un doloroso suspiro sacado de lo más secreto de mi amoroso pecho.

Crimene, con bien poco más esfuerço que el que yo me tenía, como pudo asida de mí, se llegó a la cama y allí conmigo se dexó caer donde sin movernos ni hablar por buen espacio estuvimos. No fuimos vistas en este acto de las otras ninfas, porque se havían ido unas con otras a solaçar por las orillas del mar. Passado, pues, buen espacio, como yo me rebooviesse rompiendo las vestiduras que a mi pecho cubrían, señalando las duras uñas en las blandas carnes, Crimene recordó y me detuvo mis despiadadas, o por mejor dezir, piadosas manos. A la cual yo dixé: “Dexa, Crimene, las manos, pues hazen lo que son obligadas, no quieras en son de piadosa ser conmigo cruel. Saquen ya mi

corazón público, pues ha estado hasta agora secreto. ¡Ay, Stela, ay, Partenio, ay, Delicio!”.

“Escucha- dixo Crimene- si quieres que alivie tu dolor y aumente mi pasión, Partenio está salvo por mi respeto y Delicio perdido por tu causa”. “Afírmate en lo que dizes- dixe yo- ¿Delicio es muerto?”. “Perdido- dixo Crimene- he yo dicho”. “¿A qué llamas perdido?”, pregunté yo. “Para mí- respondió ella- a tu causa, porque por dexarte a ti Partenio él ha hecho el camino que Partenio había de hazer en busca de sus padres”. Entonces yo, algún tanto aliviada, le pregunté lo demás y cómo lo sabía. Después de lo cual contado, me dixo cómo tenía determinado de ir en seguimiento de Delicio. “¿Tanto esfuerzo tienes- dixe yo- que sola te atreves a hazer tal viaje?”. “No iré sola- respondió ella- que Amor me acompañará, que de ninguna cosa tiene temor”. Yo, instimulada del aguijón de los celos, no pudiendo sufrir que sola fuese con quien más que a mí quería, dixe: “Pues tan buen defensa llevas, no dexaré de acompañarte, pero ruégote que primero procuremos saber qué se ha hecho de Partenio, porque si él muere, ni me plaze bivar, ni quiero parecer delante de Delicio con tan desventuradas nuevas, pues tengo por cierto que quien se las diere, le dará la muerte. Si estuviere preso, dársela hemos, para que busque modo cómo librarle”.

Con esta determinación, pues, nos quedamos, y fue tal nuestra ventura que al segundo día que por las orillas del río paseamos, a lo más angosto d’él se llegó una robusta pastora con una honda en la mano y a vista nuestra con ella tirando, arroja nuestra parte una como bola, y luego corriendo se metió por la isla adelante. Nosotras, no entendiendo qué fuese aquello, pero codiciosas de saberlo, fuimoslo a ver, que por el campo adelante un buen trecho había rodado. Como en la mano lo tomó, vimos un pedaço de lienço muy bien atado y dentro una piedra redonda, la cual nos pareció haver sido puesta para que con la ligereza del lienço en el río no se quedasse. Estaba este lienço todo escrito y pienso que con çumo de frutilla de yezgos. devía de faltar tinta y papel. Mirada la letra, conoscimos ser de Partenio, por la cual nos avisava estar bueno y contava su modo de evasión y cómo por las señas que le había dado a Gorforosto, estaba ya desengañado ser Delicio. Con lo cual le tratava muy bien, pero que no le quería soltar, porque le guardava para cevo de Delicio, a fin de que le viniesse a valer por la grande amistad que sabía haver entre ambos, y también porque si se soltava, aunque después topasse con Delicio, pensaría ser Partenio, de lo cual estaría desengañado, teniendo a éste en su cueva.

Por tanto, que en ninguna manera pareciesse Delicio; que él se daría recaudado para de allí salir. Con esta entreverada nueva y con el venturoso dechado osamos ir en busca de Delicio, y cierto si aquel lienço de la misma letra de Partenio no le huviéramos traído, el pensar de la prisión de su caro ermano le hubiera acabado, según lo mucho que lo siente, como aun agora en parte véis.

He aquí, señores, lo que desseávades saber del pastor y de nosotras y por qué causa andamos en su compañía, por qué mi padre le quería matar. Sospecho que las ninfas, nuestras compañeras, viendo que en un mismo tiempo faltamos todos cuatro, le devían de dezir que ellas nos havían llevado, de qué manera hallamos a este zagal que nos acompaña y los innumerables trabajos que hemos padescido y padesceremos hasta que a Partenio, tan de todos tres amado, veamos. Hazedme merced que por agora no me lo pidáis, hasta que con más alegría todos estemos, si fin han de hazer nuestras desventuras, como la sabia Felicia nos tiene prometido, que ya véis cuánto contento se recibe contando trabajos passados cuando libres se está d'ellos, y al revés, cuánta pena, cuando los estamos padesciendo". "De industria- dixo Felismena- havíamos tomado temprana la conversación porque para todo quedasse lugar. Mas pues ésta es tu voluntad, no queremos ir contra ella por obedescer a la nuestra".

Con esto que Stela les contó, conocieron la gran razón que Delicio, Stela y Crimene tenían de estar tristes y, en parte, lo estaban ellos de piedad de aquellos amantes desdichados. Venida la noche se recogieron y, después de haver cenado, se fueron todos a reposar, a lo menos aquellos qu'el descanso tomar podían.

Fin del quinto libro de La Segunda Diana de Jorge de Montemayor.

LIBRO SEXTO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE DE
MONTE MAYOR

Saliendo toda aquella compañía (excepto Felicia y Parisiles con algunas ninfas, que en el templo orando se habían quedado) una serena mañana, entrado el día buen pedaço, el tiempo se les rebolvía de tal modo con truenos y relámpagos, que con temor assí de los rayos como del agua que parecía amenazarles, se ivan ya recogiendo, cuando oyeron a un pastor que de lexos cantando para ellos juzgaron acercarse, el cual oído dixeron: “A aquel en poco cuidado le pone la aspereza del tiempo”.

Todos fueron de parecer de aguardarle. El pastor no tardando mucho de descubrirse del bosque, por do venía, y viendo tanta gente, admirado dexó el canto, pero más lo fueron ellos, cuando se les juntó, mirando su hábito, porque venía vestido de piel de hiena, ceñido con un gran manojo de una hierva semejante en las hojas a la vid blanca que por los árboles cual culebra sube. En la cabeça traía una corona de laurel y, en la mano, por cayado un gran ramo de higuera.

Todo esto d’ellos notado, dixeron: “Dinos, zagal, ¿es tu común traje esse?”. “No, señores- respondió él- mas antes mi condición es traer éste u otro, según qu’el tiempo me avisa, proveyéndome siempre a las injurias que d’él me podrían suceder, y assí me arreo al presente de lo que véis, por no ser tocado del furioso rayo contra el cual la virtud de cada una d’estas cosas admirables resiste, y otras muchas, que no tan a la mano me vinieron”. “Mucho holgamos de saberlo,- dixeron ellos- mas porque el rigor d’este día nos aconseja que nos pongamos debaxo de cubierta, haznos plazer de venirte con nosotros aquí, al templo de la diosa Diana”. “Las buenas nuevas d’essa casa y vuestra noble compañía me llevaran allá, aunque en tal tiempo, por consejo de un experto pastor, no es muy seguro hallarse en los altos edificios”. “¿Por qué?”, dixo don Felis. “Dezía- dixo el pastor- que como el rayo no viene derecho sino a manera de giro, encuentra con lo más alto, y por esto por la mayor parte da en lugares altos, como en torres y castillos. Y más porque a quien está en el campo, si no es que en su propia persona toque, no le puede hazer mal. Empero, al que en casas principalmente altas está, sin que el rayo le dé, puede ser muerto o herido de las piedras, maderos o otra cosa que del mesmo edificio con que se cubre haya derribado, y aun con el humo del fuego que en la madera se enciende, podrá ser ahogado, como de lo uno y de lo otro por experiencia muchas vezes se ha visto. Mas porque vuestra buena voluntad me conbida a

hazer lo que me demandáis, iré, puesto que en voluntad tenía de ponerme a dormir en hallando un lugar a mi intención conveniente, porque me dizen que perdona el rayo a los que duermen”.

“Para muchos días te guardas- dixo Selvagia- pues con tantas defensas te amparas”. “D’esso puedes ser cierta- respondió el pastor- que no hay en el mundo a quien tanto la vida y bien desee como a mí”. “Assí me parece- dixo Selvagia- y deve de causarlo que no tiene amores”. “Y aún esso es- dixo el pastor- lo que mi cantar dezía”. “¿Pues qué- preguntó Selvagia- y tiéneslos?”. “Sí- respondió él- y con la mayor bien aventurança que jamás havéis oído”. “No solo oído- dixo Selvagia- mas visto, y aun delante de ti están”. “Yo digo esto”, dixo él. “E yo estotro”, respondió Selvagia. “Déxaos desas razones- dixo don Felis- y vámonos a casa. Tú, pastor, de camino, por hazernos plazer, nos di si eres enamorado”. “Sí que lo soy”, respondió él. “Estos amores- dixo don Felis- deven de ser tuyos”. “Míos,- respondió él- pues, son, que no ajenos”. “No digo- dixo don Felis- sino que deven de ser de ti propio”. “No tengo tantas partes- dixo el pastor- para estarlo de mí, pero con todo no creo que hay quien tanto me quiera como yo mesmo. Mas esto dexado, yo amo, quanto es possible, a una hermostísima pastora”. “No es muy perfecto tu amor- dixo don Felis- pues dizes que no hay quien tanto quieras como a ti”. “¿Pues esto lo impide- preguntó el pastor- para ser perfecto?”. Don Felis dixo: “¿Pues no?”. “D’essa manera- dixo el pastor- yo entiendo que ninguno hay que en esse grado ame”. “Cree, pues, lo contrario- dixo don Felis- que vees aquí a algunos que muy alegremente pondrían su cabeça por quien aman”. “Fácil es- dixo el pastor- dextrarlo”. “Y más- repondió don Felis- hazerlo”. “Yo te prometo, señor,- dixo el pastor- que si la muerte llamasse a tus puertas y quedásse a tu elección irte con ella o embiar a tu querida, que se viesse lo que digo”. “Más lo que afirmo”, dixo don Felis. El pastor respondió: “Por dificultoso lo tengo”.

Con estas preguntas y respuestas llegaron al templo donde reposaron y comieron, siendo bien hospedado aquel nuevo pastor de la sabia Felicia, porque sabía ella ser digno d’ello. Puesto fin a la larga comida, todos le rogaron cantasse lo que cantando venía quando lo dexó por su vista. Él dixo que le plazía y que se holgava de que le quissiesen prestar oídos, no por su boz, pues d’ello era indigna, mas por la materia de cualquier bien merescedora. Empero, que le acompañasse algún instrumento porque su canto tomasse algún lustre. Entonces Dorida, por mandado de Felicia, tomó una harpa, y templada a lo alto de la boz que llevar quería, d’esta manera començó, estando todos atentos:

Hazed eterna, amantes, a mi memoria,
 por el más de vosotros venturoso;
 solemnizad a bozes la victoria
 que de vosotros tengo en ser dichoso.
 Perpetuad con loores esta gloria, 5
 que alcanço con el triunfo generoso
 de ser el más felice qu'ha nascido
 entre aquellos que sirven a Cupido.

¿Qué amador hast'agora s'havrá hallado,
 por más desfavorescido que se viesse, 10
 qué d'algún sinsabor no haya gustado
 y algún dolor pequeño no sintiesse?
 ¿O quién hasta este punto me havrá dado,
 por más seguro y cierto que estuviesse
 de su dama y él firmamente amasse, 15
 que un tantico de celos no provasse?

Entre todos, yo solo soy essento
 de pena, de fatiga y de çoçobra,
 a manos llenas gozo de contento
 que, si dezirlo puedo, el bien me sobra. 20
 Estoy bien descuidado qu'el tormento
 de celos fabrifique en mí su obra.
 A cosa que me dé dolor o pena
 l'aldaba tengo echada firme y buena.

Romper no se podrá esta cerradura, 25
 si muerte no assestass'en mí su flecha,
 y aun si amor permanec'en sepultura
 no podrá de la muerte esser deshecha.
 Mirad, ¿cómo es possible no ser dura,
 pues a mi voluntad ha sido hecha? 30
 Y porque no digáis que son blasones,

oídmeme que lo pruebo con razones.

¿Quién podrá ser de sí tan inhumano
(si de seso privado no estuviesse)
que teniendo plazer él en su mano 35
el pesar aún no hallándole eligiesse?
Del gozo yo poseo y bien loçano,
no hay tristeza en mi amor aunque quisiesse,
pues dado que yo quiera procurarla,
del modo que yo amo, no hay hallarla. 40

A mí mandar está la suerte buena,
pues tengo a mi alvedrío los favores.
No tiene con qué ver la mano ajená
en ellos, y tampoco en disfavores.
Si cosa ya pudiera darme pena, 45
paresce haver de ser competidores,
mas ellos en mi gozo y gloria aumentan
que cuanto crescen más, más me contentan.

Si algún pesar por esta competencia
de fieles amadores en mí mora, 50
miradlo, pues con tanta diligencia
yo mesmo se los busco a mi pastora,
y no me queda fe por negligencia,
si mil no le presente cualquier hora.
Mas por ser yo tan torpe y tan grosero 55
que no sé dezir d'ella lo que quiero.

Y con todos la bella conversara,
sus virtudes y gracias demostrando,
muy poco mi alabança le importara
para tener al mundo ella a su mando; 60
con callar de sí mesma más hablara

que cuanto yo dixera aún bien hablado.
¡Cuánto más no teniendo sciencia, ni arte,
para d'ella dezir sola una parte!

Mas mirad por mi amor adonde he dado, 65
sin pensar de mi intento me salía.
Prometí con razones dar provado
ningún contraste haver en mi alegría.
No sé, si con descuido o con cuidado
la lengua al pensamiento obedecía. 70
Pienso en siempre alabar a mi pastora
y salto en su favor la lengua a la hora.

No mira si es tiempo l'alabança,
ni mira si es sazón o fuera d'ella,
no mira qu'es muy poca su pujança 75
y muchas las virtudes d'esta bella:
que sin más, a loarla se abalança,
sin poder yo en tal furia detenella;
y no una vez mas mil le ha reprehendido,
mas muy poquito o nada me ha valido. 80

Aviso y amenazas de mí tiene,
a fin que entremeterse aquí no intente;
verá mirando a sí que no conviene
tratar de quién es honra entre la gente.
Responde sin vergüença: "No te pene, 85
pues ha de ser al fin forçadamente.
Confiéssote que soy muy torpe y basta,
mas suple voluntad y creo que basta".

Vista tu pertinacia, como a loca
le dexo alguna vez floxa la rienda. 90
Si d'esta mi zagala baxo toca,

no es digna de castigo ni d'emienda:
que sea tu alabança mucha o poca,
temor ninguno tengo que a ella ofenda.
Mas buélvome al propósito dexado 95
y en breve fin daré a lo començado.

Otro Cupido reina en mis entrañas
que aquel hijo de Venus, niño ciego;
diversas son sus obras y sus mañas,
diversa condición, plazer y juego. 100
No trampas, no ficciones, no marañas,
no quemas cual aquel esotro fuego;
no pued'este mi amor salir de quicio
por no estar assentado en algún vicio.

De mi zagala no amo su figura, 105
y puede ser amada por hermosa.
Lo menos qu'ella tiene es hermosura,
puesto que de belleza es bien copiosa,
por su discreción l'amo y su cordura
y por ser en extremo virtuosa. 110
Y assí mi amor es casto, puro, honesto;
no lascivo, no torpe o deshonesto.

Hierva verde no halle mi rebaño,
ni agua clara jamás ganado mío;
no goze de la siesta en todo el año, 115
haviéndola buscado en el estío.
El março con rigor venga en su daño
y le falte reparo contra el frío,
si jamás me passó por pensamiento,
amando a esta pastora vano intento. 120

La miera a mi ganado no aproveche,

estando de la roña carcomido;
a mis ovejas falte siempre leche
y muera el corderico desambrido,
el mastín con descuido a dormir se eche, 125
a fin de que los lobos sea comido,
si al amor que yo tengo a mi zagala,
m'ha venido intención dañada o mala.

No penséis que yo amar tan castamente,
sin mezcla de intención lasciva o vana, 130
y que amar con limpieza puramente
de mi propia virtud y bondad mana.
Proviene de la suya solamente,
que a cualquier pensamiento suzio sana,
a cualquier tropedad su honesta vista 135
con ímpetu bravísimo conquista.

Para mí ciertamente yo sospecho
que si algún atrevido s'allegasse
a querer declararla muy de hecho
amor que d'el honesto desviasse, 140
qu'en verla solamente dentro el pecho
la boz, sangre y palabra se le elasse,
y no solo dezirlo no pudiesse,
mas ni otra vez lo mesmo pretendiesse.

Querer yo declarar en este canto 145
su grande honestidad, virtud sobrada
no soy, yo lo conozco, para tanto,
ni puede ella en mil versos ser cantada;
y más que ya otra vez canté algún cuanto
y está de allí mi boz amedrentada. 150
Por ser baxa no pudo no hazer falta
siendo la intonación mucho más alta.

Pues véis aquí que d'este modo amando
 no temo, ni hay de qué, los disfavores,
 en mi pastora sola contemplando, 155
 me vienen a manadas los favores
 y assí jamás los pido, ni demando,
 ni busco par'averlos más primores
 de cuanto por mi mano los escojo,
 por lo cual bivo alegre y sin enojo. 160

Amando d'este modo, no hay dolencia
 de celos, verdaderos o fingidos;
 apazibl'es aquí la competencia
 y ver'en casto amor muchos rendidos;
 mas no puede llamarse conferencia, 165
 estando en castidad todos unidos,
 ni se puede dezir sernos contrarios,
 pues no son los intentos nuestros varios.

Venid, pues, los que amáis, venid agora,
 dexad vuestras zagalas al instante; 170
 venid amar a ésta mi pastora,
 amadla con amor puro y constante;
 veréis cuanto la suerte se os mejora
 amando a este luzero radiante
 de virtud, y diréis qu'es mal gastado 175
 el tiempo que no havéis a ella amado.

No pudieron detener la risa a la amonestación del pastor, al cual Silvano dixo:
 “Por mi fe, zagal amigo, tú vienes tarde con el consejo, pues dexar lo que tenemos por
 essa zagala, no creo que havrá remedio. Y si a éste llamas tiempo perdido, de lo no
 perdido nos pesa”. “Yo quisiera- respondió el pastor- que tuviérades mejor acuerdo, mas
 yo hago lo que devo”. “Bien está- dixo Felicia- que vosotros, hijos, estáis contentos con
 vuestra suerte y él satisfecho con su ventura. De una cosa os hago ciertos, dexado aparte
 vuestro amor, porque no vengamos a conferencia, que este pastor ama y con muy gran

razón a una soberana zagala que, como dixo en su canto, lo menos que tiene es ser hermosa. Y en ésta pequeña parte le ha cabido, y tan castamente, que puesto que infinitas veces está en su presencia, jamás lascivo pensamiento le trastornó el juicio. Y es a la verdad por la estremada honestidad d'ella. Y assí no creo que hombre se le haya aventajado en amar limpiamente, como d'él en la canción passada oístes”.

“¿Con qué mayor limpieza- dixo Sireno- pudo pastor amar a su zagala que yo a Diana?”. “Cierto- respondió Felicia- muy grande fue, empero al fin atrevístete a declararle tu amor”. “Verdad es”, dixo Sireno. “Pues mira- dixo Felicia- a cuanto el d'este zagal se estiende, que aun esta sana afición jamás a su pastora ha osado manifestar, representándosele que ofendía en ello a la summa honestidad d'ella”. “Pues cuéntenos- dixo don Felis- si te paresce, señora, porque en algo podamos passar esta afligida tarde, siquiera alguna cosa de essos tan castos amores que tanto encaresces”. A esto respondió el pastor: “Gran contentamiento fuera para mí passar en tan alegre cuento esta triste tarde, si me atreviera a poder salir con ello, pero ya en mi canto, si tenéis memoria, os dixe que otra vez d'ella havía cantado y que por su mucho valor quedé muy corto. Por tanto, amedrentado, tengo propuesto de callar, cuanto más que no se me da más lugar para detenerme a causa de que voy en busca de una cervatica amada quanto es possible de mi pastora. Assí que me será forçoso apartarme antes que quisiera de tan honrada compañía”. “No tengas pena- dixo Felicia- que yo he proveído en esto y no tardará en estar aquí”.

El pastor le dio las gracias por ello. Delicio, movido en un deseo de saber o, por mejor dezir, de un superior movimiento, dixo: “Venturoso pastor, ¿no nos dirás algunas cosas curiosas como las que quando de tu vestido te preguntamos dixieste? ¿Y quién te las mostró?”. “Más preguntas- dixo Felicia- que piensas”. “Gracioso zagal- respondió el pastor a Delicio- aquellas y otras muchas aprendí en los fértiles campos que él aún no caudaloso Duero con sus cristalinas vertientes riega en el condado de Santistevan, de un famoso pastor que allí veían de estrañas tierras, a cuyo saber paresce estar naturaleza sujeta. Si sus gracias, virtudes y gentileza huviesse de contaros, assí como a mí sería impossible, a vosotros sería pesado, no pudiendo dar fin. Todos tenemos por entendido (porque no es possible otra cosa) que no es pastor, aunque por su atavóo lo muestra. De una cosa os puedo certificar, que a todos cuantos trata, roba. ¡O, cuánta utilidad nosotros y nuestros ganados con su presencia recebimos! A nosotros con sus industrias aliviándonos del contino trabajo, y a los ganados curando de sus comunes enfermedades. Si algún cabrón havía fugitivo que, de su compañía saliéndose, nos

trabajaba en buscarle, con solo cortarle las barbas le hacía estar con su rebaño. Si el carnero, que para que guía de los otros escogíamos por más gallardo, no podíamos amansar, más que cordero le bolví, agujerándole los cuernos por junto a las orejas. Si alguna vez la yesca y pedernal nos faltava, teniendo necesidad de fuego o lumbré, nos proveía, fregando dos palos secos de laurel uno con otro, o con moral o yedra, y muy mejor con uno de laurel y otro de yedra. Los cuales fregados muy bien, con poner encima polvos de piedra açufre, con gran facilidad sacava fuego. Por avisarnos y holgarse con nosotros hacía graciosísimas burlas. Colgava de nuestros pesebres a escondidas una cabeça o cola de lobo, con lo cual no solo el ganado menor, como ovejas, carneros y corderos, bocado no osavan dar en el pasto puesto, pero ni aun el ganado mayor, como los bueyes y cavalgaduras.

La causa d'ello nosotros ignorando, creíamos estar el ganado enfermo. Viéndonos él con esto afligidos, quitava lo que havía puesto, sin que lo viésemos, y luego comía. Nosotros por milagro lo teníamos, viéndolo tan presto remediado. Cuando en el campo descuidados estávamos, y nuestras cabras al mejor sabor pascían, de secreto ponía a una d'ellas en la boca una hierva llamada eringio, con la cual no solo aquella se parava y elava, empero aún todas las otras cual aquella se quedavan, dexando de comer. D'esto nosotros admirados, no pudiendo hazerlas pascir, para ello remedio le demandávamos. Él, entonces, fingiendo hazer algunos caracteres encima de la cabra a quien la hierva havía puesto, porque pensássemos ser virtud suya, de la boca se la quitava, y ella y todas las demás pascían. D'ésta ficción en todas las cosas usava por ponernos en mayor admiración y porque no entendiésemos ser virtud natural de las cosas. Al cabrón que nosotros llamamos padre, sacava del rebaño por las barvas, y al instante como admirado todo el rebaño se olvidava del pasto hasta que lo soltava.

Dexo otras infinitas burlas que por impossibles teníamos poderse hazer por vía natural, porque d'ellas (aunque el secreto me mostrava) por no ser cosas a pastores pertenescientes, no hacía memoria, y d'estas muchas se me han olvidado. Hazía mostruosidades en los árboles y miesses, preservándoles de lo que dañarles pudiesse y acelerando su fruto y aún mudándoles su ser. Librava los árboles de cualquier oruga o gusano, y las miesses de tempestades, y los páxaros que a comellas venían, con cierta cosa que ponía en la simiente, con la mano los tomava. Proveíanos maravillosamente de peces de aquel famoso río, y creo sí me acuerdo d'esto postrero, que dessotro no tengo memoria, que echava en él la raíz de la aristolochia redonda quebrantada y mezclada con cal, a la cual masa con gran velocidad acudían los peces y, en provándola, papo

arriba, amortescidos por buen rato en el agua quedaban. Pues era admirable cosa ver con que presteza venían a las redes que les parava: creo que les ponía simiente de rosas y granos de mostaza y pie de comadreja. No se me acuerda qué hierva tomava en la mano que si dentro del agua la ponía, se le asentaban encima.

Sería nunca acabar querer deziros los avisos que nos dava para de qué pastos havíamos de guardar nuestro ganado y cuál le havíamos de procurar. Pues ver con qué descuido se ponía a dormir en lugares do havía abundancia de culebras, bívoras y otros animales ponçoñosos, era maravillosa cosa, cercándose con ramos de fresno, de la sombra del cual árbol, por experiencia vimos estos animales estrañamente huir. Y aun otra cosa en nuestra presencia hizo, porque viéssemos la enemistad que con este árbol tienen: que hizo medio círculo de fuego, y otro medio de ramos d'él, y echó dentro en medio una bívora, la cual, no pudiendo salir sino por el fuego o por los ramos, por huir d'estos se llegava al fuego. Comía de las carnes del lobo muertas porque dezía (y assí lo hallamos) ser más sabrosas que las otras. Y no se vistía de la lana d'ellas porque crían piojos.

Las horas, los tiempos nos dezía y enseñava con cosas naturales: por la luna adivinava la aspereza o benignidad de todo aquel mes; por el sauze, álamo blanco, azeituno y otros árboles, los solsticios, mostrándonos a los ojos cómo bolvían sus hojas de abaxo arriba en cada uno d'ellos, ora sea el del verano, ora del invierno; las horas del día, con rayas que en el suelo señalava, las de la noche, con unas tablicas que hazía; la altura del sol, por una hierva de color azul; los llenos y menguantes de la luna, por las hormigas y escaravajos: porque las hormigas entre lunas reposan y en el lleno aun todas las noches trabajan. Y lo que acerca d'esto más me maravilló, porque siendo cosa tan común jamás havía dado en ello, pensando no haver cosa digna de contemplación, fue lo del escaravajo, animalejo tan vil y común, y que tenga tal instinito que si en ello queremos mirar, nos muestra claramente el ayuntamiento de la luna y del sol. El cual, llevando rodando una pelotilla que de estiércol de buey haze, la forma en figura redonda, la cual bolica, enterrándola en un hoyo que en veinte y ocho días ha hecho, tan solo la tiene encerrada aquel breve tiempo en el cual passa la luna al sol. Y entonces, abierta su pelotilla, enseñándonos el ayuntamiento del sol y de la luna, saca sus hijuelos y no conosce otro modo de generación. Y con esto, perdonadme si os he cansado. Si más desseáredes saber, otro día, si juntos nos viéremos, os diré lo poco que recogí de lo mucho que aquel docto pastor derramó”.

Todos dixeron que se havían holgado de oírle y que mucho quisieran que passara adelante. “Según lo que de ti agora he oísto⁴⁷- dixo Sireno- y lo que no ha muchos días oí a un pastor llamado Firmio (si conoces), que cuidado de nuestro ganado tiene, esse avisado pastor se llama Corineo”. “Según lo que agora oyo de ti y ohí no ha mucho- dixo el pastor- tú debes ser o el olvidado Sireno o el menospreciado Silvano. A Firmio muy bien conozco, porque es el mayor amigo que jamás tuve ni tendré, y es verdad que esse es el nombre del pastor que dezía”. “Yo te confieso- dixo Sireno- que soy el puesto en olvido, y no me duele mucho ya, puesto que en otro tiempo me lastimó harto. Mas porque Firmio muchas cosas no dignas de menosprecio me contó, y por lo que has tú dicho agora de su amistad, sospecho que tienes por nombre Partenio”. “Es assí”, dixo él. “No sé -dixo Selvagia- cómo has hecho tanto caudal de Corineo, dexándote a su zagala, que Diana se dize, porque Firmio nos dixo ser summamente hermosa, cuerda y honesta”. “¡Ay pastora!, que no la oso tomar en mi boca, porque si alabarla quisiesse, entiendo que sería abatirla, pues no hay juizio do quepa lo menos que ella tiene. Basteos saber que ella es la zagala a quien reverencio por su extremada bondad, y si de todo huviesse de tratar, no dexaría en blanco a una hija de los dos de hasta doze años, que en hermosura, discreción y virtud compite con sus padres; de la cual es la cervatica perdida, y quierela tanto que cierto no me atreveré a parescer en su presencia si no se la llevo o sé que ha parescido; y assí porque conozco el contento que daré a mi pastora por el que la zagalica recibirá, no sé lo que me haría por hallarla yo y presentársela de mi mano. Y a la verdad no fuera de razón la quiere tanto, porque no diréis sino que los dioses la dotaron de entendimiento para que sirviesse a Luztea, que assí esta hermossísima pastorcica se llama”.

“Dime Partenio,- dixo Sireno- ¿qué tanto ha que no viste a Firmio, tu amigo? Porque si desseas verle, presto te podría yo encaminar a do está”. “Yo te agradezco- respondió Partenio- la buena voluntad. No ha aún un mes que le vi, la cosa más desseada que en el mundo podía de mi ser, y cierto me ha dolido haverle visto de la manera que está porque creo que amores de la ingrata pastora Diana han de rematar su vida y no le bastava su mal, sino que se le ha levantado un grandíssimo competidor, zagal bien entendido y rico, que Fausto se llama”.

“¿Qué es possible- dixo Silvano- que Fausto ama a Diana?”. “Sí- respondió Partenio- y no medianamente”. “Él nos dixo (que quando acá venimos, le encontramos)-

⁴⁷ *Oisto*: “oído”, errata en el texto original.

dixo Selvagia- que desseava ver a Diana por la fama de su hermosura”. “Pues ya la ha visto- dixo Partenio- y no creo que se alabara de la feria”. “Bien se lo avisé yo- dixo Sireno-. A manzilla me mueven esos pastores porque sé en el trabajo que Diana les pondrá y cuán mal d’ellos sacará”.

Preguntarle querían Sireno y Silvano cómo estava Firmio, cuando entraron dos ninfas que la cervatica traían, a la cual Partenio se levantó con gran regocijo y la cervatica, en viéndole, con halagos saltándole a los pechos, le lamía el rostro. Partenio le dezía amorosas razones, ni más menos que si ella las pudiera entender. Todos se holgaron de verla porque, allende que era hermoíssima, estava tan bien adereçada que combidava a que todos pusiessen los ojos en ella y porque sería muy largo querer contar las fábulas e istorias labradas en una sillizica, freno, testera y pretal que traía, no hablaré d’ello. Solamente que en el collar que sobre todo era graciosísimo, estava un letrado que dezía: “Ninguno me toque, que soy de Luztea”.

Esto de Parisiles leído, dixo: “Gran confianza tiene de sí su dueña, pues juzga que le basta dezir que es suya para que no la toquen”. “No se hable en esso- dixo Partenio- que en Luztea no hay cosa digna de reprehensión. Donde es conocida, con verdad lo puede dezir, cuanto más que no lo puso ella. Por qué permite que lo traiga, no es agora tiempo de saberlo. Ninguno en ausencia deve ser culpado y pues ignoras la causa muy bien te estuviera callar”. “No es lugar éste- entremetiéndose Felicia dixo- para semejantes palabras”. “Si en algo contra ti he errado, señora Felicia- dixo Partenio- yo demando a ti, sabia señora, y a este venerable viejo, perdón por ello, que no es maravilla responder por quien tanto devo, sin consentir que d’ella se hable cosa que perjudicar la pueda”. “Yo te prometo, pastor- dixo Parisiles- que nunca tal pretendí, sino aprovar el valor que d’ella havías dicho, que la confianza que dixe es que, pues ella a nadie deve de hazer agravio, entendería de sí que nadie la quería enojar y por esto querría mostrar por el letrado ser suya”. “Ello está muy bien- dixo Felicia- mas dexado esto aparte, oídme con atención lo que para utilidad y provecho de los más que aquí estáis, conviene mañana hazer. Bien sé, Partenio, que se te hará grave esperar hasta la luz del siguiente día, porque querrías verte delante de tu pastora por el buen recaudo que llevas, pero como el detenerte sea en provecho d’ella y su esposo, no creo que lo recibirás por molestia, y porque conozcas ser assí, sábetelo que por mi industria esta cervatica se perdió, ausentándose tan fuera de su costumbre, y baste esto. Cumple pues (nadie rechace lo que yo ordenare, pues conviene assí) que tú, Partenio, lleves contigo adonde está Coríneo y su pastora a este zagal -señalole a Delicio- y de mi parte se le

dará una carta que esta noche escribiré y él ordenará lo que yo pretendo. Tú, Sireno, es menester que los acompañes hasta los campos, pues por ahí ha de ser su camino, porque hay cosas nuevas”.

Esto dicho, después de haver cenado y pasado un rato de la noche en sus acostumbrados placeres, se fueron a dormir, aunque les fue por demás a Stela y Crimene por la partida de Delicio. Pues es de creer que él tan poco como ella dormiría, pero no pudo no obedecer por la esperanza que en Felicia tenía. Venida la mañana, antes que los tres pastores se despidiesen, Felicia dio a Sireno una bebida con que poco a poco fuese perdiendo el olvido de Diana y a Delicio una carta para que la llevase a Corineo avisándole que se nombrase Aculio y que ninguna cosa de su hazienda dicesse ni preguntasse, porque no le cumplía hasta que allí bolviesse. La carta dezía assí:

“A ti, noble Disteo, yo, Felicia, sierva y ministra en el templo de la casta Diana, salud embio. Los dioses han determinado poner fin a tus infinitos trabajos, augmentando en tu honra y estado y hanse querido humillar sin méritos míos a que sea yo la medianera. Por tanto, conviene que con la brevedad que pudieres, te halles aquí con tu cara esposa Dardanea y tu querida ama Palna y la bella Luztea, hija tuya. Acompañarte ha esse zagal que esta lleva y quien más te agradare. No pretendas más d’ él saber de aquello que él de su propia voluntad dezirte quisiere. No me alargo más, pues pienso en breve verme contigo, que no creo que dexarás de dar crédito a quien a ti y a los demás por sus nombres propios ha sabido nombrar. Los dioses te tengan de su mano”.

Esto hecho, se partieron los tres pastores haviéndose despedido de todos. Luego, aquella tarde, Felicia en presencia de todos, d’ esta manera a don Felis y su esposa a Silvano y su pastora habló: “Bien conozco, señores y hijos míos, que os detengo en embiaros a vuestras casas más de lo que convendría. Empero, porque assí todo se ha cumplido, como después veréis, y porque conozcáis a los pastores que he embiado a llamar y veáis el suceso d’ ello, de Parisiles, Stela, Crimene y sus pastores, lo he dilatado, pues no será por largo tiempo con la voluntad soberana”. Todos cuatro respondieron que de cualquier cosa que d’ ellos ordenasse, recebían merced. De ahí a un poco, don Felis y Felismena se llegaron a Felicia diziéndole: “Sabia señora, porque nos es manifiesto que ninguna cosa se esconde a la claridad de tu entendimiento, te rogamos nos satisfagas en esto que cierto nos da pena ignorarlo. Los días passados, Delicio y su compañía, a pedaços, casi el processo de su vida desde su niñez hasta el estado presente nos contaron, y dado que nos falta saber quién son, por poco podríamos dezir que no lo

desseamos en respecto de la codicia que tenemos de alcançar la causa porque Delicio dexó (si es assí) los amores de la hermosa Stela, amándola tanto y en el tiempo que más favores había recibido: que Stela, o la ignora, o no lo quiso dezir”.

“Porque sé- respondió Felicia- que lo tendréis secreto como Delicio lo ha hecho, os lo diré. Sabed que no dexó de amarla, sino que assí lo ha fingido y finge porque entendiendo que su caro amigo Partenio la amava, quiso dársela a él y privarse él d’ella”. “Extraño exemplo de amistad- dixeron ellos- aunque parece que bien se lo devía a Partenio. Pero, señora, esso assí lo sospechamos y aun también Stela, mas queríamos nos dixesses cómo lo supo, porque por lo contado a nosotros no se puede colegir, según como él lo dissimulava”. “Yo os lo diré.- dixo Felicia- Bien tendréis memoria (según Stela os contó) que por la rigurosa respuesta que Partenio a Crimene dio cuando le declaró su amor, ella propuso no ir a do los pastores estavan, por provar a ver si ausencia obraría en ella lo que en muchos”.

Por lo cual, algunos días se passaron que d’ellas no fueron visitados, porque sin Crimene, Stela no se atrevía, antes de vergüenza, dexava de ir a los solares acostumbrados. En estos tan tristes días para Delicio y Partenio y aun para Stela y Crimene, que los cuatro no se vieron como solían, muchas vezes a conversación con los pastores se llegaron algunas ninfas, mas a ellos ningún gusto les deva, puesto que lo encubrían con actos exteriores cantando y tañendo y con otros regozijos. De los cuales passatiempos una vez, fingiendo necesidad de su cuerpo, Partenio se apartó y entrado por lo más espeso de la floresta, en un lugar bien apartado de la compañía se assentó, donde varias cosas imaginando, y viendo serle necessario apartarse de su señora por la amenazas de Gorforosto contra Delicio (como ya se os ha contado), muchas vezes intentó darse la muerte. Dexolo de poner por obra solo porque tenía entendido que en ello su Delicio le seguiría, y también porque si la muerte se daba, cesaría la bienaventurança de ver a su señora. Estando assí mayor rato de lo que se había presumido para lo que se había apartado, Delicio pidió licencia a las ninfas con quien estava para ir a ver en qué Partenio se detenía tanto. Y assí, buscándole y hallándole, se llegó adonde boca abaxo tendido estava, que como d’esta manera le vio, pensando que dormía, a él se acercó muy quedo, de modo que Partenio sentir no le pudo y a la verdad, puesto en el cuidado que estava, creo que aunque de rezio llegara, no le sintiera. Como assí estuviessen los dos y Partenio de en cuando en cuando hablasse consigo, creyendo que nadie le ohía, tales palabras dixo, quexándose de sí y su ventura, que Delicio conoció ser verdadero amante de Stela y que por su causa lo dissimulava.

Esto de Delicio entendido, muy quedo se apartó de allí por no ser sentido de Partenio, para hazer mejor lo que determinava, por donde se mostrasse no ser él en la amistad de menores quilates que Partenio, a lo menos procurar igualarle. Y assí, sin dezir ni hazer cosa alguna, se bolvió a las ninfas, diziendo que no le podía hallar, que él se vendría.

A cabo de un buen rato, llegó Partenio al parescer alegre, que no poco admiró a Delicio, sabiendo cuán miserable él le havía dexado, de donde coligió ser dissimulada la alegría porque él no entendiesse su tristeza. Pues desde este punto, Delicio poco a poco (por no ser sospechoso haziéndolo de repente) mostró enfriarse en el amor de Stela, alegrándose más que solía, y diziendo que era necedad passar fatigas por quien no hazía caso d'ellas, ni se le dava cosa por él. Dixo colegirse esto claramente, pues tantos días se detenía en venir a verle, y que hartó mejor le hubiera sido haverse empleado en Crimene que en ella, donde por ventura le fuera agradescido. Assí que con esto, él mostrava no querer hazer caso de Stela y ser aficionado a Crimene. Pero con todo, nunca Partenio se quiso declarar, porque se temía no fuesse manera de querer sacarle si amava a Stela, que de pensar él que Delicio lo sabía, estava descuidado.

Pues que como con estas cosas Delicio de Partenio la verdad no pudiesse sacar a luz, esforçándose cuanto podía, tañía y cantava cosas alegres y de hombre libre, sin jamás hablar de Stela, cosa bien diferente a su costumbre; y no sólo esto ponía por obra, empero aun determinó hazer más si huviesse coyuntura, como lo hizo, pues de su boca a Stela dio a entender no amarla. Véis aquí lo que desseávades”. “Satisfechos estamos- dixo don Felis- y cierto es gran amistad la de entrambos”. “Pues aun veréis y oiréis- dixo Felicia- otras muchas y grandes pruebas de amor entre los dos”.

Con esto y otros muchos passatiempos passavan don Felis, Felismena, Silvano y Selvagia alegremente aquel tiempo que Felicia los detenía. Parisiles, Stela y Crimene con un mediano contento por la esperança que de ser remediados tenían. Pero bien será que, dexados estos señores aquí, caminemos con los tres pastores que para do Diana estava ivan, siquiera por començar a ayudar a Sireno que comiença con la bebida dada a sentir una blandura de amor, entrando por el acuerdo del tiempo passado, siguiendo tras esto un remordimiento de los amores de Firmio y Fausto.

En lo cual Sireno pensando, dixo a Partenio: “Por aquella zagala que tanto poder sobre ti tiene que porque con algo aliviemos el trabajo del camino, cuantes a este zagal y a mí alguna cosa, si sabes de lo que passa entre Fausto y Firmio con Diana”. “Aunque ha de ser a mi costa- dixo Partenio- el complazeros en esto, por traer a la memoria parte

de los trabajos de un tan grande amigo mío como es Firmio, no será en mi mano dexar de obedesceros. Sabiendo yo desde do estava que en los campos de León mi Firmio havía hecho assiento, al instante, dexada la presencia de mi soberana zagala, por algunos días me partí a visitarle, y el mesmo día que llegué, le hallé sentado debaxo de un alto aliso, teniéndole compañía la hermosa pastora Diana. A la cual, porque havía estado mal dispuesta, a causa de un enojo que tomó por haver perdido un papel que Firmio le havía dado, este soneto cantando estava:.

Si pequeña ocasión bastante ha sido
a turbar el color del claro gesto,
dime, hermosa Diana, ¿cómo es esto
que mis passiones nunca te han movido?

Un pequeño papel te ha removido
tan fácil, tan en breve y tan de presto,
¡y que mi grande amor no te haya puesto
siquiera a que de mí te hayas dolido!

Yo mesmo de mí mesmo tengo afrenta,
que hiziesses tal caudal de un breve scrito,
que no es capaz ni siente esos favores.

¿Y no quieres, zagala, aún hazer cuenta
de tanto como está en mi alma scrito
y siempre ha padescido disfavores?

Yo, que por detrás de otros árboles allí cercanos le havía escuchado, no quise romperle su agradable conversación con mi injusta presencia, más no faltó quién la impidiese porque como Fausto buscase a Diana, que ya él devía de saber que ella por el campo andava, assomó por allí. El cual con el dolor de verla tan dichosa en hermosura, cuan infortunada en casamiento, la bella malmaridada venía cantando y apenas havía dado fin al principio d'ella, quando vio a Diana y a Firmio. Si él d'ello se dolió a vuestra discreción lo dexó, pero como en los principios sea muy dañoso al amante demandar celos dissimulando, llegado a ellos los saludó. Diana le hizo luego assentar cabe si del otro lado. Empero antes que adelante passe, havéis de saber que Diana por descargarse en algo de la grave pasión que le aqueza de su descontento, de industria a ambos haze favores aunque ligeros y deziros he de a do le salió este modo de querer assí passar su afligida vida.

Fausto, como ya os dije, con sola voluntad de ver la hermosura tanto de la fama pregonada de sus campos partiéndose, a los Diana fue, con la cual algunos días passó en buena conversación libremente, cuanto a lo que d'ella tocava; porque según paresce, en su tierra de otra zagala estava prendado. Diana se aficionó a su discreción y cordura y no menos lo estava de la de Firmio. De manera que ella, por ver cuál al otro precedía, los juntó a entrambos, travándolos en disputas y cantos. En los cuales, como cada uno (entendida la voluntad d'ella) tan bien por su parte bolviesse, nació entre ellos un género de adversidad, no porque mal se quisiessen, sino porque cualquiera d'ellos desseava preferirle al otro. De donde les vino que ningún día hubo, ni creo que le hay, que no contiendan en luchar, tirar barra, cantar, bailar y otras cosas de que nosotros nos preciamos, poniendo siempre juezes para que al vencedor coronen, pero jamás el uno corona llevó que el otro sin ella quedasse, porque ni Firmio salió vencedor, ni Fausto vencido, ni al revés Firmio vencido, ni Fausto vencedor.

D'ésta competencia ninguno se hallará que no gozasse y más que todos Diana. La cual, para ponerlos en mayor contienda, un día después de passadas algunas razones entre Fausto y ella, a solas, riéndole dixo: “Pastor, con gran desemboltura me hablas y aun dizes palabras embueltas con malicia. Querría verte a mi aficionado para que me pagasses esta demasiada licencia”. Desde esta hora, pues, Fausto comenzó a amar a Diana y aun perder su libertad, de la cual ya muy poca o ninguna tenía cuando llegó adonde estavan Firmio y Diana. Bolviendo a este punto (porque como a essotro no me hallé presente no os lo podré contar), assí como se assentó, Diana dixo: “Haznos plazer de dezirnos lo que cantando venías, Fausto”. Sin dilación, tomado su rabel assí comenzó:

La bella malmaridada
de las más lindas que vi,
si havéis de tomar amores,
vida, no dexéis a mí.

El sol se nos eclipsó,
añublósenos la aurora,
el luzero se escondió,
el Norte se nos perdió,
cuando casastes, pastora.

Hizoos hermosa Natura

5

10

y Fortuna mal casada,
y fue cierto gran cordura
que fuéssedes, sin ventura,
la bella mal maridada.

Nuestra vista no es capaz 15
ver el sol con claro cielo,
sin ponernos antifaz;
y assí, Fortuna sagaz,
os cubrió con esse velo.

No huviera quién os mirara 20
sin quedar fuera de sí,
vuestra vista le cegara
porque sois perfección clara,
de las más lindas que vi.

En assí escureceros 25
con un tan baxo marido,
quiso darseos a entender
que sujeta havéis de ser
a la fuerça de Cupido.

Assí que fuerça es amar, 30
no curéis de más primores,
no tenéis más que dudar,
ni devéis ya preguntar
si havéis de tomar amores.

Ser amada, y a porfía 35
vos amar, es conveniente
porque ¿de qué serviría
tal belleza y gallardía
y gracia tan eminente?

Y pues que mi amor es tal, 40
que meresce bien por sí

ser tenido en gran caudal,
por otro ningún zagal,
vida, no dexéis a mí.

Firmio por no ir contra la contienda acostumbrada, tomado el rabel, assí cantó:

Si el templado vetezico
menea hoja en la rama,
si el perdido cabritico,
si el hambriento corderico,
balando a su madre llama; 5
si la çampoña o avena,
de solo el aire es tocada:
con boz pía y de amor llena,
todo en viéndoos dize y suena,
“la bella malmaridada”. 10

Las más fieras alimañas,
fuera de su condición,
con piadosas entrañas,
si braman en las montañas,
dizen la mesma canción; 15
si se quedassen con “bella”
y no passassen de allí
con tan amarga querella,
una canción sería ella
de las más lindas que vi. 20

No devieran ingerir
desventura con beldad,
y pues tanto hay que dezir
en la hermosura, encubrir
fuera bien la otra mitad. 25
Harto huviera en qué entender

si publicaran sus lores,
 pero dévenlo de hazer
 por no os ensobervescer
 si havéis de tomar amores. 30

Porque si acaso entendéis
 la hermosura que aquí toco,
 vos a vos sola amaréis,
 de nada caso haréis,
 al mundo teniendo en poco. 35

Mas si viniendo a alcançar
 la beldad que encubro aquí,
 al mundo queréis dexar,
 porque en él no hay vuestro par,
 vida no dexéis a mí. 40

Diana, porque cantassen más, en acabando Firmio, dixo: “Pastores, yo acordaré sobre ello con tal que me digáis para que es tanto publicar de palabras que me amáis, viendo yo por obras vuestro poco amor”. Como Firmio le preguntasse en qué lo veía, ella le respondió: “Si a tanto se estendiesse tu amor, ¡o Firmio!, más a menudo me vendrías a visitar, pésame al fin del favor que un día te hize”. Firmio, sin más que Diana le declarasse, ravisoso por lo que d’ella oyó en que le pesava del favor hecho, tomado el rabel, esto cantó:

¡Qué priessa os dais, zagala, a lastimarme
 y cuán continua sois en destruirme!
 ¿Hasta cuándo tenéis propuesto herirme
 sin la mano estender para matarme?
 Dezidme, ¿para qué es tanto mandarme
 que os visite y, haziéndolo, dezirme
 palabras que querría más morirme?
 ¿qué trance a sí cruel presente hallarme?
 Pesar malo me venga, pues os pesa
 haverme hecho un favor, quizá ligero

si con mis muchas lágrimas se pesa.

Pesado havéis mi vida con la pesa
de pesaros de un bien, no bien entero,
echando tan pesada contrapesa.

Apenas acabó Firmio, cuando Fausto preguntó a Diana: “¿Por dónde entiendes ser mi afición poca?”. Ella respondió: “En que holgándome yo de verte en mis amores abrasado, te quejas sin propósito de unas poquillas lágrimas que has derramado, como si fuesen éstas para el amor tan necesarias como al ganado el pasto y el azeite a la lámpara”. A las cuales palabras, con su rabel Fausto d’esta manera respondió:

Dezis que deseáis, zagala mía,
verme en vuestros amores abrasado,
y un medio nunca oído havéis tomado,
qu’ es darme pesadumbres cada día.

No miráis que se amata y resfría
el fuego de mi pecho ya inflamado
con el agua continua qu’ ha baxado
de mis ojos en ver vuestra porfía.

El prado con el agua reverdesce,
con azeite la lámpara revive,
con lágrimas amor se estiende y cresce.

Mas amor, prado y lámpara peresce,
si manjar excesivo en sí recibe
cualquiera, qu’ el excesso siempre empesce.

Assí como Fausto acabó, Firmio dixo (que todo lo que yo entonces no pude oír, él me lo contó): “Bien sería Diana que algún rato te holgasses de nuestras tristezas, pues de otra parte el placer no quieres, de modo que sonasse tu dulce boz en nuestras desseosas orejas con algún sabroso canto”. Diana lo rehusó, pidiéndoles perdón por no poder en ello darles placer, pues ella tanto d’él carescía. Ellos, procurando consolarla, le davan esperança, diciendo que, al fin, los trabajos y miserias no son perpetuas y se acordasse de aquella común canción que dize: “Nunca falta lo contino...”.

“Pues porque veáis- dixo Diana- cuán mal se estiende este dicho, concertad la çampoña con el rabel y, caminando para nuestro ganado, porque ya es hora de recogerlo, puesto que no lo pensava s’ avía hazer, cantaré como supiere sobre esso, y tomaréis el concierto del canto como de persona tan concertada en míseras desventuras”. No pusieron dilación Firmio y Fausto. Lo cual hecho, Diana, como desesperada, en boz triste assí començó, tomando por principio lo que ellos para su consuelo propusieron.

Nunca falta lo contino,
do continua es la esperança,
mas cualquier desconfiança,
haze torcer el camino.

Entren aguas en el mar	5
sin número cada día,	
por esso no han de faltar	
aguas de nuevo qu’entrar,	
continamente a porfía.	
Vengan miserias sin cuento:	10
al fin ventura, mezquino,	
que por esso, no está essento	
de miserias, pues momento	
nunca falta lo contino.	

Las miserias le son ya	15
continuas al sin ventura:	
no huésped que si hoy está	
a la mañana se va,	
qu’en casa muy poco dura;	
ni gana cosa en la feria,	20
ya que biva en confiança	
de salir de su lazeria.	
Pues es continua miseria,	
do continua es la esperança.	

Es evidente señal	25
que si a la contina espera,	
nunca goza aqueste tal.	
¿Pude ser pues mayor mal,	
que esperar d'esta manera?	
Quien quisiere arrée assí	30
d'esta contina esperança,	
que aunque con ella biví,	
no la quiero para mí,	
mas cualquier desconfiança.	
Si algún bien succederá,	35
con desconfiança estando	
mucho más me alegrará,	
y a mejor sazón vendrá	
que no estándole esperando;	
al hombre más acertado,	40
de mejor seso y más tino,	
la falta de lo esperado,	
siendo el tiempo ya passado,	
haze torcer el camino.	

Muchas vezes importunaron los pastores a Diana prosiguiesse en su canto o tomasse otra cosa de nuevo, porque es de creer que les agradó lo cantado por Diana, pero jamás con ella acabarlo pudieron, mas antes les rogó que ellos cantassen alguna cosa, entretanto que llegavan al ganado. Firmio, entonces acordándose de lo que poco antes le havía dicho que no la amava mucho, d'esta manera soltó su boz:

Zagala, no te puedo más;
yo quisiera
amarte más, si pudiera.

Como a Fausto por la mesma causa hiziesse al propósito aquello, lo mesmo cantó. Y assí Firmio y Fausto a vezes cantavan y se respondían.

FIRMIO

De mí mismo tengo quexa,
no por tanto te querer,
mas por mi poco poder,
que amarte más no me dexa.
Solo este dolor me aquexa,
que quisiera
amarte más, si pudiera.

FAUSTO

Bien merescas tú por ti
ser amada mucho más,
pero en otro no podrás,
hallar amor cual en mí:
lo possible ya te di.
Pues quisiera
amarte más, si pudiera.

FIRMIO

No prueves otro zagal,
ni busques otro pastor,
qu' en darte todo su amor
no le podrás hartar.
Quieres de amor más caudal;
pues quisiera
amarte más, si pudiera.

FAUSTO

No es possible qu'en amar
pueda ser yo precedido:
cualquiera será vencido,
si conmigo ha de lidiar;

es mi amor sin tener par
y aún quisiera
amarte más, si pudiera.

FIRMIO

Mira cuánto te he dado
desde el punto que te vi,
que aun un poco para mí
con que amarme no he guardado.
Por te amar, me he desamado
y quisiera
amarte más, si pudiera.

FAUSTO

Te di siempre y aún te doy
cuanto amor yo pude darte,
y puedes bien contentarte
que de amor muy rico soy.
Pues mira agora en qué estoy,
que quisiera
amarte más si pudiera.

Bien creo que no hizieran fin tan presto, según la materia tenían, sino que Diana de Firmio se apartó a causa de que estava el ganado d'ella a una parte y el d'él a otra. Fausto se fue con ella porque en otra cosa no tenía en qué entender, sino en passearse por aquellos campos compitiendo con Firmio y aguardando a Diana para quando a ellos salga. Si algo Fausto, acompañado a Diana passó o cantó, no lo sé, porque en viendo solo a mi Firmio, me fui para él. No os quiero cantar el gozo que sentimos, los abraços que passamos y las palabras que diximos hallándonos presentes dos tan caros amigos". Prosiguiendo iba Partheo en su cuento, quando oyeron una boz muy lexos de a dó estavan y cómo determinassen ir allá, Sireno dixo: "Aquí cerca hallamos nosotros a Fausto y, cierto, si el que agora canta lo haze tan bien como aquel entonces, no nos pesará por lo que aquí nos detuviéremos".

Llegándose cerca, porque el canto iba baxo, significando lloro y tristeza, vieron ser una hermosa pastora, la cual sintiéndolos, calló. Ellos se acercaron a ella y, dadas las saludes, de ambas partes, le rogaron que no dexasse el canto. Cardenia, que éste era su nombre, respondió: “Llanto diríades mejor”. “Véncenos tú- dixo Delicio- en intitularlo como quisieres y queda de nosotros vencida en hazer lo que te pedimos”. “En serlo de tales zagales como vosotros- respondió Cardenia- saldré yo con la victoria”. “Sino truxera tanta compañía- dixo Partenio- estando tú a solas, yo procurara que tan presto no alcançaras la palma con tus respuestas. Mas porque no te aproveches con dezir que tuve osadía con el favor que traigo, callaré”. “¿De adónde- dixo Sireno riendo- estás confiado que a ti favorescemos, dexando la parte d’ esta hermosa pastora?”. “Cessen por agora estas amorosas burlas- dixo Delicio- y tú, graciosa zagala, no nos quieras negar lo demandado”.

“Por no ser digna de reprehensión- respondió Cardenia- rehusando lo pedido por tales zagales, me esforçaré a ello y porque mi llanto, por no dezir canto, mejor entendáis. Sabed que no ha mucho tiempo que Fausto, pastor rico en ganado y mucho más en gracias (el cielo le sea favorable), me amó. No creo que me engañava, ni agora lo soy, en saber que ha dado las puertas al olvido del amor passado, porque soy avisada (mal haya tal aviso) que está preso en amor de la engañosa Diana, a la cual por mi mal y, aun por el suyo, fue a ver, y temo que aunque Diana es, como tengo dicho, engañosa pastora con otros, no lo será para con mi Fausto, assí porque él se le aventaja en ser engañoso como porque tengo tal confiança de mi fortuna, que por ser en mi daño Diana perderá de su costumbre”.

Bien le dolían estas palabras a Sireno, que poco a poco se le refrescava el amor passado. “Y es el mal- prosiguió Cardenia- que cuanto más procuro, poniendo delante de los ojos su ingratitud, más le amó. Con lo cual, oíd lo que me demandastes y lo que a solas cantando estava, quexándome de mi Fausto:

El oficio de pastor
mal te está, Fausto, a la ce,
pues tan mal guardas la fe.

¡O, si en el tiempo passado
yo también con él passara,
porque d’este no gustara,

haviendo de aquel gozado.
Víme en un dichoso estado,
el cual siempre llorara,
pues tan mal guardas la fe. 10

Contenta y ufana estava,
porque a mi voluntad veía
que tu amor correspondía
con aquel que yo te amava,
mas creo que m'engañava, 15
qu'en humo todo se fue,
pues tan mal guardas la fe.

Tu fe, y aun con juramento,
en aquel tiempo me diste
de no olvidarme, mas ¡triste!, 20
que agora la has dado al viento
y llevósela al momento
que yo de ti me fié,
pues tan mal guardas la fe.

Si piensas qu'en engañar 25
a quien ama es triunfo y gloria,
no digo yo una victoria,
mas mil podrás alcançar:
de todas puedes triunfar,
si aman cual amo y amé, 30
pues tan mal guardas la fe.

Mira mi amor sin compás
y mírate a ti quién eres,
que si mil vezes quisieres,
todas mil m'engañarás. 35
Y assí, si mi amor es más

que tu deslealtad no sé,
pues tan mal guardas la fe.

De día y noche conmigo
rebuelvo en mi fantasía 40
cómo olvidarte podría,
para lo cual assí digo:
“Si es que tú eres enemigo,
zagal, yo te olvidaré,
pues tan mal guardas la fe”. 45

Más al tiempo que por obra
lo dicho executar quiero,
entonces más que primero
Amor en mí fuerças cobra,
assí que si amor me sobra 50
y en ti falta, ¿qué haré,
pues tan mal guardas la fe?

Un remedio, aunque algo fuerte,
al fin havré de tomar,
menos grave de llevar 55
que bivar d’esta tal suerte,
el cual será darme muerte,
quicá que te agradaré,
pues tan mal guardas la fe.

No fueron tantas las sílabas que pronunció cantando, cuántas las lágrimas que derramó llorando, las cuales poco en poco limpiava con una cristalina mano, que no en pequeña admiración puso a los pastores que la vieron, y assí Sireno dixo: “Sin que cosa nos huvieras contado, hermosa y triste pastora, tu soberana mano nos aprovechará para conocerte”. “Cortadas las vea yo- repondió Cardenia- pues ellas fueron causa de mi miserable suerte”. Todos se movieron a compassión d’ella, ayudándola a vezes con lágrimas, a vezes con consuelo, a la cual Sireno dixo: “No es possible que si Fausto

entendiesse tu firmeza y amor, que no se apiadasse de ti, cuanto más que sin nada d'ello eres merescedora para ser amada, dado que más partes que Fausto tuviese". "No se hable en su merescimiento- dixo Cardenia- porque a éste ninguno se le iguala, y a lo primero que dixiste respondo que desde que se partió, ¡ay de mí!, le es claro en cuánta pena yo quedava. Y assí, ignorando lo que agora por mi mal sé, porque me prometió bolver luego alegre con tal esperança, le embié este soneto:

Al cansado, agradable es el reposo;
del mísero el socorro es desseado;
revocar la sentencia al condenado
y darla en su favor es muy gozoso.

La siesta es en el tiempo caloroso
apazible al pastor, y aun al ganado;
el agua es muy alegre al seco prado
y el sol en el invierno tempestuoso.

Empero, a todos esto ha excedido
el gozo, gloria y bienaventurança
de esperar la pastora a su querido.

La lengua calle y dígallo el sentido,
que bien que refrigerio es la speranza
al pecho que de amor está encendido.

Muy poco después, viendo su tardança ser más larga que mi desseo pedía, le escreví este otro:

Llegado he de saber, mas con mi daño,
hasta cuánto se estiende el mal de ausencia,
mas ruego a dios, zagal, que una tal sciencia,
no la aprenda pariente, ni aun extraño.

Hasta agora he bivido con engaño,
haziendo poco caso de presencia,
mas, ¡ay triste de mí!, que la experiencia
me muestra claramente el desengaño.

Ven pues ya, Fausto mío, brevemente,

que cierto el esperar me da tormento
y no puedo sufrir ya más tardanza.

Mira bien que se dize comúnmente
que casi viene luego en seguimiento,
tras un largo esperar, desconfianza.

No mucho después, como la amarga nueva de su injusta mudanza a mí noticia
llegasse, rabiosa con semejante pasión, le escreví esta carta y soneto:

Si quisieres, Fausto, leer
estos mis pocos renglones,
podrás claro en ellos ver
en cuánto se han de tener,
tus fementidas razones: 5
que según tus obras son,
no debes, zagal, pensar
que ha llegado a mi intención
loarte por un varón
de constancia singular. 10

Qu' esta será en ti hallada
como pluma puesta al viento,
o como cosa azogada,
o como casa fundada
sobre arena sin cimiento; 15
de firmeza eres contrario,
mudable más que la luna,
mucho más que Protheo vario,
un gallo de campanario,
finalmente, una Fortuna. 20

¡Quién te veía cada hora
blasonar de aqueste modo:
“Mi vida eres mi pastora,
mi alma en ti sola mora,

mi consuelo y mi bien todo.	25
La vida me faltará,	
mas no havrá falta en amarte,	
el río atrás bolverá,	
el cielo se parará,	
antes que pueda olvidarte”!	30
Este amor que prometiste,	
di, zagal, ¿dó se hallará?	
La palabra y fe que diste,	
¿en qué parte la pusiste,	
o adónde se buscará?	35
Muy presto nombre cobraste,	
dador de palabra vana,	
muy presto mi amor trocaste,	
muy presto te aficionaste	
de la pastora Diana.	40
Dezirte quiero un cosa	
más amarga a ti que hiel:	
que si Diana graciosa	
presumiere de hermosa,	
no presumirá de fiel.	45
Por cierto que has escogido	
discretamente tu igual,	
que tú eres fementido,	
ella fe no ha mantenido,	
y assí sois tal para tal.	50
Si algún enojo comigo	
por lo dicho acaso cobras,	
ten memoria, Fausto amigo,	
si te ofende lo que digo,	
que a mí mucho más tus obras.	55

Haga enmienda cada cual:
yo del dicho, tú del hecho.
Confieso que he hablado mal.
Haz otro tanto, zagal,
pésese de lo que has hecho.

60

Hazaña deve ser jamás pensada,
¡o mi Fausto!, y estraña maravilla,
engañar una simple pastorcilla,
que crédito dio luego a tu fe dada.
Era poco en tu fe experimentada,
y así pensó que huviesses de cumplilla,
no supo qué era ruda jovencilla,
mas ¿qué aprovecha, qué era enamorada?
Si te precias, zagal, d'esta victoria,
de mil d'ellas podrás ser coronado,
si mil veces quisieres engañarla.
Si por falso se gana eterna gloria,
en tu zagala sola havrás hallado
sugeto para mil veces ganarla.

De ninguna cosa d'estas he havido respuesta: sospecho que a lo primero no la dio por sársela él mismo, de lo postrero creo que hizo poco caso, por estar ya olvidado de mí cuando llegó. “Un consejo te daría yo- dixo Sireno- si de mí recebirle quisiesses”. “Eso te pudieras ahorrar- dixo Cardenia- pues creo que no hay quien remedio a sus males no quiera, si el medio lo permite”. “El medio- dixo Sireno- es fácil a ti, que libertad tienes, como de Fausto supe, y es que vayas adonde él está en compañía nuestra, que para allá es nuestro camino, que no puedo yo creer que tu presencia no le haga conocer su yerro. Este aviso le dava Sireno por quitar de sí un tal contrario como era a Fausto

A todos pareció bien el consejo, pero Cardenia mejor y así respondió: “Pues es necessario, ermanos míos, si esta piedad conmigo queréis usar, que me aguardéis siquiera un día, mientras pongo en recado unas vacas más que yo me guardo, encomendarlas he a un pastor que cierto me ama más que Fausto, y confío que lo aceptará de buena gana:

pero conviene que no entienda a dó voy, porque no lo podría llevar con paciencia e yo fingiré que voy a otra parte. Entre tanto, dárseos ha recado conforme a mi posibilidad, aunque diferente a vuestro merecimiento”. Con este acuerdo determinaron aguardar y ella fue en busca del pastor, al cual en breve halló, porque ya sabía a dó comunmente apastava.

Carizo, que éste era el nombre del pastor, viendo que para él Cardenia endereçava, siendo tan fuera de su costumbre, se fue a ella, saliéndole al encuentro y d’esta manera le habló: “¿Qué novedad es ésta, caríssima pastora mía? ¿De adónde tanto bien, que no se desdeñe la venturosa ánima mía venir a visitar este miserable cuerpo suyo”. Cardenia, que aquellas palabras quisiera más verlas en boca de Fausto que en la de Carizo, le atacó diziendo: “Necessidad de dexar en guarda mis vacas, entre tanto que voy cerca a ver una mi parienta, me trae a buscar un pastor tal que mi ausencia no sientan. Y como de otro sino de ti esta confiança no tenga, vengo a saber si querrás tomar este cargo”.

Carizo, entonces, puestas las cerdas al rabel que en la mano tenía y la boz a esto que se sigue, a la demanda de Cardenia assí respondió, tomando por fundamento, pues hazía también a su propósito, aquella común canción que dize: “Guárdame las vacas...etc”.

Si me encomiendas el pasto
de tus vacas y ganado,
para esto muy bien basto,
porque en ello me he criado.
Continuamente he apastado
mis ojos en mirarte,
no me mandes el guardar,
qu’esto aun en mí no lo sé.

5

¿Cómo tengo de guardar
tus vacas?, pues no he podido
guardarme a mí, ni agradar
a ti en cuánto te he servido.
Mas si me das por partido
un beso, no pido más.
Tus vacas luego verás

10

15

ser guardadas con gran fe.

Para ti no es grande el don
que pido por mi jornal,
más será a mí el galardón
estremo y de gran caudal. 20
No se te haga de mal,
pastora, ten ya clemencia,
y si no dame licencia,
que yo me la tomaré.

Si a esto no te sujetas 25
por no darme luego el pago,
con que tú me la prometas
para adelante, me pago.
Mira si me satisfago,
tus favores desseando, 30
que aunque lo digas burlando,
por gran premio lo tendré.

Mira cuánto en mí obra amor
y cuán mal remunerado,
que con sombra de favor 35
pensaría ser pagado.
Ten piedad de mí, cuitado,
que por pensar solo en ti,
me he olvidado ya de mí
tanto que de mí no sé. 40

En extremo eres hermosa
y en extremo brava y dura;
¡O, si fuesses tan piadosa
como muestra tu figura!
Si tu rostro me asegura 45

y me espanta tu crueldad,
en tanta contrariedad,
¿qué remedio buscaré?

Zagala, si has de provar
para tus vacas pastor, 50
no debes menospreciar
a quien es pastor de amor.
Ninguna habrá que mejor,
ni tan bien quiera agradarte,
que por solo contentarte, 55
sol e yelo sufriré.

Cardenia, que más atenta estava a lo que en su pecho de Fausto tenía que a lo que d'el canto de Carizo oír pudiera, a cabo de rato que sobre el cayado puesta la cabeça inclinada había estado, dixo: “¿Pues, qué me dizes a lo que te ruego?”. “Mas, ¿qué me respondes- dixo Carizo- a lo que te pido?”. “¿Qué demandas?,- dixo Cardenia -que cierto no he estado con atención, pensando en mi ida”. “¿Esse es el galardón- respondió Carizo- que de ti esperaba por la guarda de tus vacas? Haz lo que quisieres y ve adónde te plaziere, que al fin no puedo, como siempre, no obedescerte. Bastarme ha por pago, si a otra cosa inclinarte no quisieres, haverme de tu boca hecho guarda de tus vacas, que pues muy muchos trabajos por tu causa he padescido sin premio alguno, passaré este sin más remuneración de que tú recibas contento, y será harto grande para mí”. “Yo te agradezco, Carizo- dixo Cardenia- tu buena voluntad y ruego a Dios te dé más descanso que yo agora tengo, y con esto me voy a poner recado en otras cosas: te queda a Dios. Hallarás mañana mis vacas en el lugar que sabes comúnmente ser recogidas”.

Esto hecho, se fue para los pastores, que más cerca de allí estaban que ella había pensado, porque cuando d'ellos partió, la siguieron, por ver lo que entre los dos passaría, y cierto se holgaron mucho y rieron medianamente cuando Carizo dixo en su canto que si tenía ella vergüença de darle el beso que le dicesse ella licencia, que él se la tomaría. Puesto pues el recado que su partida pedía, se fue otro día por la mañana, acompañada de aquellos tres graciosos zagales, a los cuales dexaremos por agora, pues esse camino tan trillado de Sireno sabrán hazer sin nosotros, bolviéndonos a casa de la sabia Felicia, que los más están alegres con la venida de Danteo y Duarda, portugueses, que de su tierra partieron por dar las gracias a Felicia: que por su industria Duarda había

perdonado a Danteo d'el enojos, que contra él tenía, viéndole tan de veras arrepentido y traían consigo a un peregrino que mucho días en busca de sus señores había en balde gastado. Al cual como Danteo y Duarda encontrassen, después de haverles contado parte de su peregrinación, le rogaron se fuesse con ellos, donde si en alguna parte remedio alguno se podía esperar, lo habría de aquella que no sabía negarle a cualquiera que d'ella necesidad tuviesse Danteo, Duarda y el peregrino, que Plazindo se dezía, fueron (como digo) de Felicia y los demás recibidos con gran gozo, abiendo diversos juegos, bailes y regozijos. De los cuales, Stela y Crimene se hallavan siempre apartadas, que no se podían consolar en verse de sus pastores ausentes.

Parisiles, en estos y otros, pocas vezes estava, porque comúnmente no salía del templo haziendo sacrificios y oraciones. Felicia, sabiendo que se acercava el remate de los infortunios de todos aquellos pastores y pastoras no conocidas (que luego se bolvieron a su hábito pastoril Crimene y Stela, porque no quisieron que si Partenio parecía las hallasse con arreos pomposos y alegres, estando él en fatigas y trabajos) tomó de la mano, un día en acabando de comer, a Parisiles, Stela y Crimene y d'ésta manera les habló: “Ya, ¡o Parisiles e hijas mías!, Fortuna comiença a descubriros su alegre rostro, y a subiros en su favorable rueda, y en ello no cessará hasta ponerlos más alto de los que os baxó. Buena fue la hora que vistes a los zagales Partenio y Delicio, y venturosa la que ellos a vosotras miraron, pues por ellos vosotras, y por vosotras ellos, gozaréis de un supremo estado. Y porque comencéis a saber quién son estos zagales dichosos, presupuesto que son hijos de Corineo y Dinia, de quien tantas cosas os començó a dezir Parteo. El propio nombre de pastor y pastora es Disteo y Dardanea: quién estos sean luego quiero que lo sepáis d'este peregrino, criado suyo, que muchos años ha que los busca, sin otros muchos que él mesmo camino han hecho. Y aun entre ellos, el príncipe de Eolia anda en busca de Delicio y Partenio, por el cual no mediano bien a todos vendrá. Assí que cuanto de Disteo y Dardanea oyéredes, sabed que son estos pastores cuyo usurpado nombre es el dicho y padres de Partenio y Delicio; e yo os certifico que si vosotros tres la corona de desdichada pensáis haverlos sido merescida, que a Disteo, Dardanea y su compañía les parece no poderseles negar la palma de desventurados. Empero, porque sepáis quién son y por qué causa de su patria alexados en tan miserable estado su vida passan, esperadme aquí y traheros he a quien la razón d'ello os dará, que yo os prometo que aunque el caso no os tocara, recibierades contento en oírlo”.

Quedándose pues solos Parisiles, Stela y Crimene (ya podéis conjeturar si, codiciosos de ver a quien les contasse aquello que tanto desseavan, principalmente Stela y Crimene, que ninguna cosa sin comparación como ésta entender querían) Felicia embió a llamar a Placindo, que a ver la casa era ido, y llegado ante ella le dixo: “¡O exemplo de fieles criados!, no pongas en duda que las buenas obras, aunque tarde, no han de ser remuneradas del soberano, y ten con esto por cierto que la dilación d’ella aumenta más en la paga, porque de otro modo, si las buenas obras no se pagassen en alguna manera, podríamos quexarnos d’él. Digo en alguna manera cuanto a lo que por él prometido tenemos, porque por otra vía, él ninguna cosa nos debe, mas antes perpetuamente le somos obligados, no sólo por havernos dado ser de racionales, que es el supremo estado, siendo en su mano darnos el más ínfimo, empero aunque nos hiziera la más vil cosa del universo, pudiendo dexarnos sin ser que es la suma infelicidad después de la condenación eterna.

Pero esto dexado, assí porque fuera necessario mucho más tiempo del que al presente tenemos, como porque el lugar no lo demanda, quiero, conforme a esto, en breve dezirte que aquí en esta casa has hecho el fin de tan gran jornada, hallando en ella lo que por tantas partes no has podido. Aquí fenescerán tus trabajos y los de todos esos señores, y aun con mayor prosperidad bolveréis a vuestro suelo desseado. Aquí os veréis en breve cuantos andáis desterrados y algunos más de los que piensas. Al fin, en pocos días verás en este templo de la casta Diana a tus caros señores y amada tía”.

Placindo, a tan alegre nueva rompiendo tan gozosa plática y no teniendo con qué pagarla, prostrado por tierra, le besó las manos. Felicia le levantó, diziendo: “Pues cumple, que assí conviene a tus señores, cuentes el origen de tu destierro y vuestro a dos hermosas ninfas y un venerable viejo que hallarás esperándote en el patio grande delante d’esta casa”. Placindo, por obedescer a la sabia Felicia, sin responder fue adonde le dixo ella, que ya a don Felis y Felismena, Danteo y Duarda, Silvano y Selvagia y ninfas havía hecho juntar entre tanto que con Placindo hablava. Ida a ellos, dixo: “Seguidme todos”.

Ninguno entonces rehusando, fueron empós d’ella y llegaron a do Parisiles, Stela y Crimene estavan, al punto que Placindo su historia començava. A los cuales, Felicia dixo: “Porque a tan noble cuento no falte auditorio, yo también con esta mi compañía vengo a hallarme en él. Por tanto, sentémonos todos y tú, Placindo, sin salva alguna, haz lo que te tengo rogado”.

Fin del sexto libro.

LIBRO SÉPTIMO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE DE
MONTEMAYOR

Todos estaban ya sossegados y por orden asentados, cuando Placindo, puesto en medio d'esta suerte, començó: “De la descendencia y clara estirpe del rey Eolo en Eolia, que después llamaron dios de los vientos, del cual la región tomó nombre, salieron dos ilustres casas. En la una d'ellas era cabeça un poderíssimo hombre llamado Sagastes, a la otra ilustrava un virtuosíssimo mancebo por nombre Disteo. El cual, aunque en posesiones, ni renta al otro igualava, en las virtudes de que su ánimo dotado era, grandíssima ventaja le hacía. En estas dos casas perpetua dissensión huvo, a causa de que ninguna d'ellas quisiera tener igual, porque es carga enojosa a quien señorear y mandar dessea. Verdad es que en tiempo d'estos dos principales varones la parte de Disteo andava algo abatida, porque el rey Rotindo, que entonces reinava, había levantado mucho de la contraria, a causa de que Sagastes le semejava en todo a sus malas costumbres, que ambos eran sobervios, crueles, libidinosos, enemigos de virtud y al fin amigos de todo género de vicio.

De todo lo cual era inimicíssimo Disteo, assí que el rey con mercedes continuas enriquecía a Sagastes y favorecía a sus secueaces y Disteo con perpetuo odio procurava hazer pobre y a sus amigos perseguir. Casi todos los del reino, por temor, hazían lo que Sagastes mandava, aborresciéndole, y ninguno por voluntad quisiera dexar de cumplir lo que a Disteo aplazía, amándolo. De manera que a Sagastes obedescían en público por respecto del rey y a Disteo amavan en secreto por su merescimiento. Empero, no assí medianamente con un amor loable, sincero, puro y honesto le estava aficionada una ermana de Sagastes, cuyo nombre era Dardanea, moça rica, hermosa, dispuesta, adornada en fin de todas los dotes de naturaleza y cumplida de todos los bienes de que cada uno meresce solamente ser loado, que en ella resplandecían las virtudes como en propio lugar suyo.

Era este amor d'ella para con él casto, porque tenía por fundamento la virtud y bondad de que Disteo publicavan. Aunque no siendo en tan casto pecho como el de ella, bien merescía él, por su gracia y gentileza, de amor lascivo ser amado. Havía estado esta generosa dama casada solos tres meses con un cavallero de su linage llamado Fenubio, al fin de los cuales Atropos antes de tiempo a el cortó la hebra de su vida y a ella puso en temprana biudez. Aunque Dardanea, siendo donzella, tenía gran afición a Disteo y sumamente quisiera casarse con él, no sólo por palabras, pero ni aun

por señas, significarlo quiso. Lo uno, porque por todo el mundo no saliera de lo que a su honestidad devía; lo otro, porque juzgava ser cosa imposible en tanta contrariedad tratar casamiento. Y assí, muy sin pesadumbre, tomó el marido que su ermano darle quiso (que de padres a los ocho años de su edad, huérfana había quedado), y estava tan contenta, o a lo menos lo mostrava, como si otra cosa jamás por pensamiento le passara, cosa digna de tan virtuosa persona y ella digno exemplo de las que por matrimonio han de tomar estado.

Siendo, pues, Dardanea biuda, sucedió que a un su mayordomo, criado antiguo⁴⁸ y muy querido de sus padres, por liviana causa Sagastes, a pesar d'ella, despidió, no consintiendo que de lo que se le devía fuesse pagado, mas ella, echada la cuenta, no sólo en esto satisfizo a Anfilardo, que éste era su nombre, mas en abundancia largas mercedes le hizo, desculpándose con él en la despedida.

En toda la ciudad, persona de cuenta no hubo de la parcialidad de Sagastes que recibirle quissiese, por no hazerle enojo. Esto visto por Anfilardo, y por la sinrazón hecha, procuró assentar con Disteo. Lo cual con facilidad alcançó, assí porque él lo merescía, como porque a Disteo le era honra que los⁴⁹ criados antiguos de la casa de Sagastes se recogiesen a él. Pero no assí de improviso le recibió sin primero sagazmente tomarle la palabra y fe de hijodalgo que, no haziéndosele agravio, no le dexaría. Hizo esto porque después de assentado con él no le dexasse, que a despedirse en tal tiempo pensava ser mayor la afrenta que d'esto resultava que la honra ganada en lo primero.

Esta palabra, porque le conocía, tuvo en mucho Disteo de Anfilardo, y bien la cumplió aunque fue harto molestado. También Anfilardo, primero que con Disteo assentase, pidió licencia a Dardanea, por no hazerle pesar, si agravio en ello sintiesse. En lo cual ello consintió, y esto porque entendía que entrando con Disteo, el ermano, de agraviado, procuraría tornársele a ella; que no se dio a entender que la palabra Disteo le tomaría, que, a saberlo, tal licencia no le diera, que bien tenía por cierto que Anfilardo no haría cosa contra lo que prometido huviesse. Mucho sintió Sagastes lo que el mayordomo había hecho y bien conoció ser d'ello él solo el culpado, pero mucho más le pesó viendo que ruegos ni amenazas eran bastantes para moverle a que con Dardanea se tornasse. Conosciendo, pues, Sagastes ser imposible el tal remedio, le buscó para en mayor daño suyo, y fue éste: que a trueco de dádivas y promesas o por lo que después

⁴⁸ *Antigua*: “antiguo”, errata en el texto original.

⁴⁹ *Lo*: “los”, errata en el texto original.

paresció, sacó a Disteo la persona que él más amava, que era una ama suya y tía mía llamada Palna, la cual desde teta le havia criado, para dársela a Dardanea en recompensa del mayordomo.

Esto hecho, él se halló tan ufano en su vengança que creía quedar Disteo injuriado. A quien la razón de Anfilardo era manifiesta de lo hecho por él no se maravillava. Mas lo de mi tía en gran admiración a todos puso, juzgando ninguna justa causa poder haver que de culpa librarla pudiesse, sino ser muger; que de Disteo todos bien satisfechos estavan no ser persona que agraviasse a alguno, principalmente a Palna, que sobre sus ojos tenía y siempre la honrava como madre, no sabiéndole otro nombre. De lo cual, él tanto se sintió que pensó perder el seso, que bien se persuadiera antes a creer que todo el mundo le faltara que no que mi tía le huviesse de dexar.

Estando muy triste Disteo, y muy imaginativo, y a ratos quexándose de su ama, Anfilardo llegó y d'esta manera comenzó a hablar: “Si no se huviera vendido, mi señor, tan caro el trueco de mi persona, gran razón havia para estar summamente contento siendo criado de tal señor. Pero considerando que en la causa de mi plazer vuestra tristeza está colocada, amátasse mi alegría con vuestro descontento y aun de tal manera que más queda fría que si siempre estuviera muerta. Pluguiera a los altos dioses que yo no huviera gozado del bien de vuestro conoscimiento porque no supierades el conoscimiento de Palna. Espantado estava de la mudable fortuna, que tan sin pensar me havia querido dar sabrosa bebida, pero ella, por no caer de la reputación en que yo la tenía, mezcló de presto más cantidad de amargo que de dulce. Una sola cosa me consuela, que entiendo veréis la diferencia que hay de hombre a muger, puesto que no quisiera yo que por esta vía lo provárades y, a la verdad, aunque por la mudança de Palna devéis estar triste, no hay por qué os espante, siendo muger que no en balde a la variable Fortuna los antiguos nombraron con apellido de hembra.

Perdonadme señor que digo mal de quien tanto queríades, pues tengo ocasión para ello, que me dexó pesadíssima carga, que aunque estava por mí obligado a obedesceros con toda mi posibilidad, agora quedo por ella constriñido a más que mis fuerças alcançaren serviros. Si yo en vuestro servicio puesto, ella quedara, lo poco que yo hiziera paresciera algo. Empos, yéndose a mi causa, mas no por mi culpa, por más que me desvele a más quedará obligado en haver sido trueco de la que tanto de vos era amada. Y lo peor de todo es que si (lo que no acontescerá por mi voluntad) algún descuido yo cometiere, estará en los ojos de todos puesto, diziendo: “Buen cambio fue el de Palna por Anfilardo. Suplícoos, pues, mi señor que no considerando esto, recibáis

de mí la intención que es bien complida, si la obra en algo quedare corta, y que a culpa que cierto será por mi poco valor o ignorancia, a ésta o a mis pocas fuerças sea atribuida.

“Anfiardo, no te podré ni quiero negar- dixo Disteo- que no he sentido mucho la ingratitud de mi madre, digo de mi ama Palna, por no coincidir con su mudable ser que dizes de hembra, que no fue assí pequeño el amor que le tenía y tengo, diziendo la verdad, para que tan en breve pueda desechar de mí la gran injuria que d’ella he recebido. Pero tempo sería bien no confessar que me es alivio haver sido a tu causa, de quien espero será bien mirado y la mayor parte está pagada con la voluntad que al presente has descubierto, dado caso que obras de tu parte están puestas. A las cuales entiendo dar galardón, y para començar en algo, porque he conocido tú haver recebido pesadumbre en que tanto yo haya sentido su ausencia, te prometo jamás en tu presencia mostrar por ello pena, ya que yo conmigo la passe, ni siendo tú ausente, yo con alguno comunicarla”.

Estando ellos en estas pláticas, yo llegué a casa de Disteo, y hablando con un criado suyo, le dixe que entrasse a su señor y le hiziesse saber cómo yo estava allí con una carta de mi tía. El page hizo mi mensage, en lo cual, como Disteo pensativo estuviesse, en sí sería bien recibirla, o no. Anfilardo dixo: “Señor, mandadle entrar que en esto mostraréis más vuestra bondad, oyendo con un rostro al justo y al culpado y también porque no havéis da dar tanta gloria a Palna, que entienda que os ha pesado mucho por su ausencia”. A Disteo pareció bien este consejo y assí mandó entrar”. “Con licencia de ti señora Felicia- dixo Parisiles- y de todos los demás querría preguntar cómo, estando tú fuera, oías esas razones a ellos, que dentro las passavan”. “Pues desde agora” - respondió Placindo- para adelante, quiero que todos estéis advertidos que unos a otros no contamos lo que acerca d’este negocio aconteció, y con este presupuesto proseguiré”.

Yo, en fin, entré do Disteo y Anfilardo estavan y, hecho mi devido comedimiento, assí hablé: “Señora Palna, vuestra ama os suplica que esta carta leáis”. Disteo tomó la carta y dissimulando su pena, según el consejo de Anfilardo, dixo: “Si tu tía me escribe para disculparse conmigo, poca necessidad tenía de tomar trabajo, que ella pudo hazer en esso a su propósito, como yo en lo que bien me estuviere, haré mi voluntad. Dirásle que yo la leeré, y si fuere cosa que me cumple, me tendré cuidado de responder”. Yo no entendiendo ser aquello dissimulación, me admiré d’él, como tan en breve había desechado el amor que a mi tía tuvo. Verdad es que como ignorava lo que

después apareció, tuve a gran cordura el menosprecio, y cierto que yo estava afrentado de lo que ella había hecho. Con esto yo me fui y ellos quedaron solos.

Anfilardo le alabó mucho su dissimulación y tuvo en mucho su prudencia, que no solo no quiso llamarla madre como acostumbrava, pero ni aun nombrarla por su propio nombre, como en menosprecio. Disteo abrió la carta y vio que assí dezía:

Carta de Palna a Disteo

Palna, tu madre de leche y en amor de sus entrañas, a ti, su amado hijo Disteo, salud embía. Porque entiendo que condenarías por de estremada locura al que pretendiesse mostrar que en haver dexado a ti, que eres mi solo consuelo y a quien tanto devo, ha havido justa causa, no daré desculpa en este hecho; y junto con esto, porque si dicesse que no soy digna de reprehensión, parescería cargarla a ti, pues alguna causa a tan gran mudança se debe atribuir. A mí sola quiero que se impute el yerro, que al fin menos grave me será que a mi se aplique la falta que alguno piense en ti haver defecto. Por lo qual, ésta solo servirá para por ella suplicarte, por la amorosa leche que de mis pechos has tomado, prestes paciencia, que el sucesso declarará la causa, y hasta el fin d'él passaré con la mala reputación que de mí, por haverte dexado, tendrán, a efecto de que en tu provecho resulte. Y entonces tú quedarás satisfecho e yo absuelta para contigo, a lo menos: que de los demás poco me importa. Bien sé que dirás que si cosas era en que tú harvías plazer, ¿por qué no te di parte? Respondo que porqué conocía que en ningún modo me otorgarías licencia, debaxo de que no te quería dezir mi intento, hasta que visto el buen sucesso, conozcas mi grande amor. Pues sin darte parte, he acometido cosa grande y dificultosa, y porque en esto he dicho más que pensava, no quiero ser más larga, sino que estoy muy buena y contenta en ser criada de Dardanea, de cuya hermosura y virtud solamente en esta edad se habla.

Leída la carta, Disteo dixo: “No dexara de leértela” (que no la quiso leer alto hasta saber lo que en ella venía) “si pensara que en ella havías de recibir contento, o pena por lo contrario, y también porque ella viene tan cifrada que cláusula no se dexa entender. Lo que por ella creo que pretende es que yo no tenga pena, ni fatigue mi espíritu enquirir la causa de su ausencia, hasta que el tiempo lo manifieste, y que entonces ella quedará libre de yerro e yo de quexa. Juntamente con esto, me escribe que está contenta con tal señora como es Dardanea, para cuya provança la sublima estremadamente con solas dos palabras, diziendo ser ella lengua de nuestro siglo”.

“La que es extremo de belleza -respondió a Anfilardo- engastada con todo género de virtud, no merescía menos que ser estremadamente loada, e yo os certifico, señor, que si con tanta verdad Palna en lo hecho se justifica como en lo dicho ha tenido razón, que ella quede con todo el mundo desculpada. Y a la verdad ella ha sido cuerda, si no tenía cierto el descargo, poniéndoos en esperança incierta de cosa que no sabéis para que en él entretanto se os passe el enojo, y después no sea necessaria desculpa”. “Ya tengo dicho- dixo Disteo- que aunque mucho sienta la ausencia de Palna, contigo lo tengo de dissimular y assí, a malo o buen sucesso mostraré una mesma cara, esperando la causa de su apartamiento, que, diziendo la verdad, jamás me he podido persuadir a que esto no fuesse sueño, tanto en la fe d’ella confiado estava. Por donde creo que justa causa lo movió, cuanto más que para mi consuelo, aunque por otro no fuesse, assí me conviene entenderlo”. “En lo que toca a la merced que me hazéis- respondió Anfilardo- yo os beso las manos. En lo demás, aun en esto mantenéis quién sois”.

En estas y otras semejantes razones passaron algún rato, puesto que Disteo mudava algunas vezes las pláticas pidiéndole de las costumbres, hermosura y entendimiento de Dardanea, que gran deleite le era oír que, en tanto grado, se hallassen juntas tales partes, y en una mujer. Los cuales hazía tan suficientemente Anfilardo, como persona que lo sabía y estava a ello obligado, que no era necessaria ahí la elocuencia del facundo señor de Ítaca.

Todo lo cual era en Disteo poner de secreto pólvora para qu’el amor adelante se encendiesse. De la otra parte, Palna, mi tía, con el mayor recato y sagacidad que era possible, de en cuando en cuando, por no ser sospechosa y no sin algún propósito, el cual con rodeos ingería a Dardanea, de Disteo las gracias y bondad contava. Lo cual ella hazía tan prudentemente, como si loarle no pretendiera. Disteo ya dava licencia a que la imaginación en sola Dardanea trabajasse, amava la tristeza, aborrescía los juegos, passatiempos, saraos y plaças. Holgava con la soledad y fastiávale la compañía, y no solo la de los estraños, pero con ella la de los amigos y criados. A los cuales, en tal novedad ningún recelo de que amoroso pensamiento en Disteo reinasse les venía. Mas, en semejante mudança, la culpa al apartamiento de mi tía atribuían y si esto no creyeran, no dexaran de preguntárselo. Pero bien escusado les fuera que aun él la causa no sabía.

Algunos días estuvo Disteo en estas consideraciones, en las cuales puesto un día, estas palabras dixo: “¡Ay Dios! y cómo no te es necesario, madre mía, darme satisfacción para la razón que tuviste en dexarme por essa excelente señora. Dichosa tú

que tienes delante de ti, todas las veces que quieres el claro espejo de nuestros tiempos. De hoy para conmigo en esto solo quedas culpada, en haverme desamparado tan tarde, si oportuno lugar se te había concedido para ampararte con el escudo de bondad y hermosura. A la cual, por entrambas cosas, los mortales están obligados a servir. Presto has cumplido tu palabra que vería yo algún tiempo tu justa causa. Perdóname, madre amada, del yerro que en haverte culpado he cometido, aunque si bien lo adviertes, no fue culpa la mía, sino grande amor que te tengo. Mas, ¡o traidor de mí!, ¿no ha sido gran maldad no haver respondido a tu prudente carta? ¡Ay, si tu sobrino te dio la azeda respuesta de la venenosa boca de tu inmérito hijo, cómo tendrás mucha razón en detestar la infructífera leche que le has dado y con justo título maldezirás la ingrata criança que en él has hecho! ¡O Disteo, moço inconsiderado, cuán précipite fuiste en responder a Palna, mujer madura, y cuán mala te has sabido aprovechar de su cardura y reposo!”.

Y con esto, juzgando ser excesiva falta no haverle respondido, apriesa demandó tinta y papel y queriendo començar, estuvo gran rato suspenso, no sabiendo determinar lo que escribiría, porque él quisiera no solamente darle perdón, pero aún demandársele él a ella, y esto no osava ni era cordura, antes que Palna claramente mostrasse su justificación. Y assí la escribió de manera que mi tía no se agraviasse y él hiziesse lo que devía, cuyo tenor era éste:

Carta de Disteo a Palna

Porque ningún amparo tengas para que no quedes obligada a mostrar la inocencia que dizes tener, y también porque entiendas cuánto mejor he yo usado del oficio de humilde hijo que tú de amorosa madre, me he movido a tomar la pluma para responderte. Luego que leí la tuya, me quise poner a ello y tuve tantos contrarios para el sí y para el no, y tan poderosos, que no me sabiendo determinar a qué vando me arrimasse, hasta agora lo he suspendido. Si el amor que te tuve afirmava que lo hiziesse, el enojo que tú me diste lo mesmo contradezía. Si la fe que siempre en mí hallaste aquello amonestava, la deslealtad que entonces en ti vi lo disuadía. Si mi benignidad para contigo forçava el sí, la impiedad que conmigo usaste defendía el no. De manera que si por los unos quedava obligado, por los otros estava constriñido. Y assí, no sabiendo cuál me elegir con estas alteraciones, él sí quedara vencido, si no socorriera el desseo de saber la disculpa tuya y la esperança que me das tan encargada. Los cuales me apartaron de la duda que tenía y me forçaron a que te respondiesse. Aunque, cierto, por bien que

lo quiera mirar, no sé cómo a tu carta responder, pues en toda ella cláusula no hallo que declararse dexe. Mas antes, en lo que más claro paresce, en aquello siento mayor escuridad y es que me dizes en tus carta⁵⁰ consolatoria que estás muy contenta, como si estarlo tú fuesse a mí consuelo. ¿No fuera mejor dezir lo contrario para que de estar descontenta estuvieras arrepentida, y de arrepentida te emendaras, y, emendado, te bolvieras conmigo?

Mas en provança de tu contento dizes “por estar con Dardanea etc.”. ¿Qué necesidad tenía yo de saber cosa alguna de las que d’ella me escribes? Assí que, o tengo de juzgar que no lo entiendo, o tengo de creer que fue sin propósito, y será mayor inconveniente que lo primero, pues sería condenarte por nescia, cosa indigna a ti, si con esta mudança no estás añadiendo yerro a yerro. Los dioses te tomen en cuenta de la intención con que me dexaste que otras saludes en el principio d’esta, ni rogaciones en el fin, te quiero dar hasta que vea tu disculpa, si alguna tienes.

Escrita esta carta, me hizo buscar con toda diligencia y, venido ante él, me la dio para que luego se la llevasse mi tía. No fue pequeño gozo el que ella sintió en ver letra de su hijo Disteo, puesto que fuera para confusión suya, que quien perfectamente ama, aunque sea en su daño, huelga de ver cosas de quien ama, pero mucha mayor alegría recibió viéndo la mansedumbre d’ella. Era ya tanto (como tengo dicho) lo que amava Disteo la soledad, que toda compañía le era grandíssima pesadumbre, excepto sola la de Anfilardo, assí porque se le representava haver sido criado de Dardanea, como porque le respondió siempre simplemente a su propósito, contándole las gratias d’ella. Este retraimiento y tristeza de Disteo vino a oídos de su querida Palna, en lo cual ella recibió pena, creyendo que era por su ausencia, para remedio de lo cual le escribió una carta acusándole de fe falto, pues no cumplía lo prometido, de que no recibiría ni mostraría pena hasta que supiesse la causa y rogándole por todas las vías posibles que desechasse de sí aquella tristeza, exercitando las armas como solía.

Disteo le respondió con juramento que antes se holgava de que estuviesse con Dardanea. Assí que no era aquella la causa de su soledad, sino que sin saber de qué, se hallava muy otro de lo que solía. Después que su primera carta havía recebido y después que havía oído nombrar a Dardanea y que, por una parte, se deleitava en oír su nombre y, por otra, sin alcançar la causa, temblava en oyéndola nombrar. En lo final, le rogó

⁵⁰ Carta: “cartas”, error de concordancia con el determinante y el adjetivo, errata en el texto original.

que si algún plazer en esta vida le havía de hazer, diesse orden cómo pudiesse ver a Dardanea porque, puesto que cuando donzella la havía visto, no fue como devía, según lo que después la fama d'ella publicava.

Todo esto que él a ella escribió le fue grandísimo gozo, viendo que se endereçava al fin que ella pretendía. Pero en gran cuidado la puso cómo podría satisfacer a la voluntad de Disteo, que ella tanto desseava, en mostrarle a la hermosa Dardanea, porque no hallava oportunidad a causa de su mucho recogimiento. El gran cuidado de entrambos descubrió un encubierto camino para poner en execution su voluntad desseada, y fue que se concertaron de que cuando una noche, por ser más cubierto, huviesse aparejo, ella embiasse a llamarme, como que me quería embiar con algún recaudo, y que Disteo, tomándose los vestidos, iría, y para esto me avisaron fingiendo conmigo que era para ir a ver a mi tía, que aun de mí estos negocios y secreto fiar no quisieron.

Algunos días se detuvo mi tía en poner por obra este remedio, aunque tuvo muchas vezes aparejo, tanto que ya él se quexava d'ella y aun pensava que todo era burla y palabras (el que mucho una cosa dessea dificultosamente lo cree), pero no era así; antes, de considerar con vigilancia mucho el negocio, se le havía ocurrido una gran dificultad que en el negocio y medio determinado havía, por la cual estava suspensa, no sabiendo que hazerse; y era que si así de súbito Disteo viesse a la hermosa Dardanea podría ser qu'el repentino plazer caussasse en él alguna alteración y sobresalto, por donde Dardanea lo sintiesse. Lo cual mi tía no quisiera por todo el mundo, a causa de que su señora se desgraciaría con ella y con Disteo, cosa en que tanto al principio les iba. Pero la discreción y alto juicio de mi tía socorrió con un prestantísimo remedio para que, aunque la viesse, no recibiesse a causa de la alegría algún sobresalto moderándole con algún pesar.

Y fue d'esta manera: que ella hizo lo que por entre ambos estava concertado de que fuesse a prima noche en mi hábito, pero cuando le embió a llamar en mi nombre, fingió mi tía que era para que fuesse por un médico, porque Dardanea abriendo un cofre, cayó el cobertor y le havía quebrado un brazo. Fue tanto el pesar que recibió con esta nueva, que ya trocara el plazer que de ver a Dardanea esperaba con el pesar que del desastre d'ella le havía venido. Y tanto lo sintió, que por poco no tuviera esfuerço para ir si no se animara porque yo no lo sintiesse, y así, encubriendo su dolor lo mejor que pudo, dexados sus vestidos y tomados los míos, fue en casa de Dardanea. Donde subió sin llamar (que así le estava avisado), como yo acostumbrava, hasta una cuadra antes

del retraimiento de Dardanea y allí tocó a una puerta, luego salió una donzella, y sin llegar a do él estaba bolvió pensando ser yo y avisó a mi tía, diciendo estar yo allí.

Mi tía respondió a la donzella y le dixo que entrasse que assí lo tenía mandado su señora, y era la verdad. Pues porque entendáis para qué Dardanea me quería, havéis de saber que Sagastes, ermano de Dardanea, amava a una donzella llamada Martea, moça de harto buen linage y rica, pero ella no a él, por sus malas costumbres y sobervia, y también porque estava más aficionada a otro cavallero no de tal linage, ni tan rico, pero virtuoso, noble y por su persona valeroso, del cual era servida.

Verdad es que con todo esto mostrava ella muy buen semblante a Sagastes, y esto por los muchos y continuos servicios que le hazía. ¿A qué no basta el domador interesse? Assí que, holgando ella de ser servida, y también porque es condición de mugeres a diestro y a siniestro gloriarse de ver a los hombres penados por ellas, le dava más favores que a su honestidad estava obligada. En lo cual Sagastes no pequeña gloria recibiendo, tenía por entendido que de amoroso pecho manava. Juzgando, pues, ser de Martea amado y entendiendo ser él de mayores quilates en linages y hazienda que los parientes d'ella, pensó que en el punto que por muger la demandara, no hubiera más intervalo y con tal presupuesto la pidió a su padre. Él se lo agradeció y de su parte se la prometió, pero dixo que sería bien dar a su muger e hija parte. Sagastes, como sobervio e inconsiderado, mostró algo de impaciencia, que no quisiera dilación, principalmente conociendo que les hazía merced. Mas el amor de Martea le dio tal sofrenada, que fuera de su natural inclinación, amansar le hizo. Assí respondió que era bien el acuerdo.

A la madre de Martea agradó sumamente el casamiento, por ver a su hija próspera, condición natural de mugeres, mas a Martea se le hizo grave y dificultoso por lo dicho. Empero, respondiòles que ella no podía salir de su mandamiento, mas que mirassen bien lo que hazían y que para esto pidiessen a Sagastes plazo, en el cual se podrían determinar, mirando bien lo que les cumplía, y ella les daría sobre ello su parescer. Y que, porque Sagastes no se desgraciasse entre tanto que en ello acordavan, le respondiessen que ella dava fin a ciertas romerías y devociones comenzadas. Y que en aquel medio, ella le sostendría en cierta esperanza, con la cual no se le hiziesse pesado el aguardar. Este plazo tomó Martea a fin de provar si pudiesse animarse a amar a Sagastes y olvidar a su querido Beldaniso (que éste era el nombre del cavallero de quién era servida y ella amava).

Muy satisfecho quedó Sagastes, viendo que la determinación havían sus padres dexado en mano de Martea, en las cuales él havia puesto su libertad. Ella, con

consentimiento de sus padres, no dándolo a entender, le hablaba todas las veces que él quería y esto fingiendo ser a hurto. Pues como Sagastes de día, y más de noche, rondasse la puerta, no pudo dexar de verlo y sentirlo Beldaniso. ¿Qué dexa he mirar y qué no siente el que verdaderamente ama? Y esto veíalo en la floxedad y tibieza que Martea con él mostrava. De lo cual gravemente se sintió y assí determinó vengarlo bien por su persona en la propia de Sagastes, aunque le costasse la vida; y para esto le aguardó lo más encubiertamente que pudo algunas noches, llevando consigo un ermano y tres primos suyos, todo tres para sacar a cualquiera de afrenta.

Aunque algunas vezes le havían encontrado, jamás se atrevieron a la demanda, no por miedo, mas porque havia siempre gente en las calles, que puesto caso que le mataran o hirieran, sabiéndose, no pagaran menos que con cruelíssima muerte. De manera que ellos aguardavan devido tiempo y sazón para hazerlo a su salvo de la gente de la casa de Sagastes. Vino a oídos de la hermosa Dardanea que su ermano de noche no parava en casa. Ella, desseosa y temerosa, quiso saber adónde iva. El cual desseo tratando con Palna (mi tía y ama suya), les pareció que no havia cómo mejor saberlo pudiesen que espiándole yo secretamente. Pues para este efecto Dardanea havia mandado a mi tía que me embíasse a llamar y ella, porque Disteo a Dardanea viesse en mi nombre, le hizo venir allí.

Dexeos, si tengo memoria, quando me mandavan entrar (o, por mejor dezir, a Disteo en mí disfrazado). Mi tía, en todo discreta, un poco antes que Disteo entrasse, como si nada hiziera, puso la vela casi delante de su señora por dos causas: la una por deslumbrar a Dardanea para que a Disteo no conociesse, y la otra por alumbrar a Disteo para que a Dardanea mirasse. Ya entrava él, y no sabré deziros si alegre por verla o si triste por su desastre, quando le dio aquel resplandor del hermoso rostro, del cual quedó admirado y como elevado. Donde consció que la fama le havia hecho agravio, publicando lo menos que en ella havia, y no solamente él esto juzgó, pero otro lo conociera que menos estuviera apasionado. Y cierto él se viera en peligro, si no se le representara el desastre que mi tía fingió. La cual, juzgando que bastantemente él havría visto lo que tanto desseava, se levantó para él diziendo algo alto, por no desengañarle por entonces: “Placindo, mi señora tiene necessidad de ti y mándate que vayas”. En esto de industria acabó de llegar Disteo.

“Por mi fe- dixo Parisiles- aguda estuvo la llegada de Palna a Disteo, porque cierto ya yo estava congoxado, no sabiendo qué se pudiesse Palna dezir hablando alto que entrambos lo oyessen, a causa de que Dardanea sabía que le quería embiar a espiar

a Sagastes y Disteo entendía que era para que fuese a llamar un médico. Y así con gran discreción, habló alto lo que a los dos era común, que era ser llamado para que fuese a fin de engañar d'esta manera entrambos. A Dardanea, para que no entendiese ser aquel Disteo, y a Disteo para que no saliese por entonces del engaño, pero llegó cuando el passar adelante con su plática dañarle pudiera”.

“Por cierto- dixo don Felis- ella en todo devía ser muy avisada, y bien dio muestra d'ello en el poner de la vela delante de Dardanea, por lo que tú apuntaste”. “Yo os dos⁵¹ mi palabra- respondió Placindo- que por tal estava tenuta y porque soy parte, callo lo que más acerca d'esso dezir pudiera, y también porque en el processo de mi cuento lo veréis”. Así como ella a Disteo se acercava, buelta a Dardanea, dixo: “Señora, ¿mandaisle otra cosa?, que esto yo se lo diré acá fuera”. Dardanea respondió: “En esso me hará plazer que ponga diligencia”.

Mi tía tomó de la mano a Disteo para sacarle fuera, en lo cual él hizo quedamente alguna resistencia, desasiéndose de la mano, como que era para ponerse la capa que se le caía. Notada de mi tía su ostinación, mostrándose airada, dixo baxo: “No entraréis más aquí, os prometo”. Él, vista la cruelísima amenaza, con lágrimas en los ojos, respondió: “Perdona, madre mía, al cuerpo, que se le haze garve apartarse de su alma”. Con esto salieron. Mi tía le iba hablando y preguntando si estava ya con él desculpada. A lo cual, ni palabra respondía ni ohía, tanto en contemplación de Dardanea puesto estava, mas después, buuelto en sí con grave suspiro, dixo: “¡Ay de ti, Disteo!” Y con esto calló. Ella le acussó de lo dicho y le reprehendió de lo hecho, poniéndole delante de los ojos que no libraría mal estando ella de por medio, con lo cual quedó él alegre.

Passadas algunas pláticas entre ellos, le descubrió lo que había fingido acerca de haversele quebrado el braço a su señora y por qué lo había hecho, y con esto, contándole a lo que yo había sido llamado, le dixo: “Cumple, pues, que porque se haga lo que Dardanea manda, vais luego a vuestra posada y déis sus vestidos a mi sobrino, diziéndole como yo os dixe que Dardanea se lo ruega (sin que entienda otra cosa de lo passado) y que yo se lo mando, que lo ponga luego por obra y con diligencia. Disteo respondió: “Nunca quiera Dios que otro cumpla lo que a mí me fue mandado. Yo con mi propia y verdadera persona haré lo que mi señora a mí fingido y disfraçado mandó”. Mi tía dixo: “Hazed como os paresciere, con tal que se entienda averlo hecho mi

⁵¹ Dos: “doy”, errata en el texto original.

sobrino”. “Dexadme d’esto el cargo- dixo él- y tomadle vos en lo demás”, y con esto se despidieron.

Él fue a su casa, do me halló aguardándole, y me dixo: “Placindo, esta noche aquí te podrás quedar, que yo quiero ir un rato por la ciudad. Llevaré tus vestidos porque tu tía te manda ir con un recado que me dio para ti, y pues yo voy hazia allá, de camino lo podré hazer. Y porque no te hallen con mis vestidos, si alguno me viniere a buscar, cerrarás por de dentro, que yo diré a mis criados que si alguno por mí preguntare, le digan que estoy durmiendo, que a ninguno abran si no dixere ser Placindo, y esto porque si yo viniere me abran en tu nombre”. Con este aviso que me dio, se entró a otra cámara más dentro, y tomó una rodela y una muy buena y ancha espada, que muchos días havía que estava guardada en una cámara de armas sin servirse d’ella, por ser algo pesada, y púsose un jaco y unas calças de malla y un casco. Con este aparejo se fue a esperar a quando saliesse Sagastes. Quiso ir d’este modo apercebido, por si le aconteciesse.

Cuando llegó en casa de Sagastes, oyó tocar instrumentos de música para darla aquella noche. A cabo de algún espacio que guardava, que sería como a las onze, sintió que baxavan, y por no parescer que estava de celada, fingió passar de traviessa. Tenía tanta confiança Sagastes que ninguno le osaría enojar en toda la ciudad ni fuera d’ella, que solamente llevaba consigo un page de espada y los músicos. Disteo los seguía de aparte, por no ser visto con la claridad de la luna que hazía, hasta en casa de Martea (que allí se detuvieron), donde comenzó rezio a tocar uno de los músicos una cornetica, entiendo que a fin de despertar la gente y llamar a Martea. De ay a un poco tocaron una vihuela, una harpa, una flauta y una vihuela de arco con tanto concierto y melodía que, según dixeron, pareció suspenderse el curso de la noche. A lo cual añadió no poco un mochacho que con suave boz este romance cantó, que Sagastes a su propósito hizo componer:

El silencio de la noche
haga su oficio devido.
Escuchen todas las gentes,
o si no, hagan ruido.
Ni un cuidadoso perro
por agora dé ladrido;
el gallo, nuncio del sol,

calle el canto enroquescido;	
ningún ganso velador	
al presente de graznido;	10
el viento allá en sus cavernas	
esté un rato oprimido,	
mientras vos, señora mía,	
al canto prestáis oído,	
en el cual yo no diré	15
vuestro gran valor crecido,	
ni cuánto vuestra hermosura	
entre todas ha luzido,	
ni cuánto con vuestras gracias	
a todas havéis vencido,	20
ni vuestro merescimiento,	
qu'el mundo no ha merescido:	
qu'es entra en alta mar	
con chico barco y hendido	
y en el laberinto oscuro	25
donde Theseo fue metido,	
sin ser a mí el hilo dado	
con el cual él fue regido.	
Solamente cantaré	
cuán fortunado he yo sido	30
en ser en vuestro servicio	
y por vuestro recebido,	
alabando mi fortuna	
y agradesciendo a Cupido:	
a ella, porque en lo alto	35
de su rueda me ha subido;	
al niño porque con flecha	
dorada herirme ha querido	
y porque con otra tal	
también a vos ha herido.	40

Esto postrero quiso Sagastes que el romance dicesse, porque, como tengo dicho, assí Martea se lo hazía entender y él no pensava lo contrario. Acabado este canto luego dio principio a lo en él prometido, que era alabar al dios Cupido y a la Fortuna con tanto contento de los oyentes quanto el fin de lo primero se lo havía quitado, y fue esto que sigue. Mas yo os prometo (según me contaron) que su comienço no quedó sin azedía del enojoso templar de sus discordes instrumentos”. “Fácil me es a mí- dixo don Felis- de provar el sinsabor que recibirían los que allí se hallaron, pues yo aquí con su sola recitación le siento, y por vuestra vida que sin más rodeos nos digáis lo que más canto que en extremo desseo oír cómo alabo a la Fortuna, sujeto más para vituperio apto que para alabanza idoneo”. “Pues assí lo queréis- dixo Placindo- poned el oído en mis palabras y el entendimiento a su sentencia, que esté es el canto:

Quien pone en Fortuna lengua
y dize mal de Cupido,
no debe haver entendido
que a sí mismo el tal se amengua,
siendo por nescio tenido. 5

Quien habla lo que no entiende
cierto es nescio jubilado,
pues quien mal d'ellos ha hablado
sospecho que el tal pretende
ser por nescio reputado. 10

No sabe quién es Fortuna,
ni conosce al dios de amor.
Son ambos de gran valor,
qu'entre diosas ella es una,
y él entre dioses señor. 15

Al niño havré de dexar,
pues le da sumo loor
su nombre, qu'es dios de amor,
y quiero un poco cantar
de Fortuna en su favor. 20

A Fortuna culpa el necio
 porque un punto no reposa:
 la prima esfera otra cosa
 no tiene de tanto precio,
 como nunca estar ociosa. 25
 En su perpetua corrida
 el ser tiene fundamento
 y bive en su movimiento;
 y assí cesaría la vida
 si ella cessasse un momento. 30

Pintanla ciega en efecto
 porque al grande y al menor
 baxa y sube a su tenor
 sin ecepción ni respecto
 del rey, ni del labrador. 35
 Hazenla diosa a Fortuna
 en esto, como es razón,
 qu'es de dioses condición
 decente, a persona alguna
 jamás guardar ecepción. 40

Llámanla también "sin tino"
 porque jamás atinamos
 en sus obras, ni acertamos
 senda alguna, ni camino,
 por el cual no nos perdamos. 45
 Mas sin tino son los tales
 que hazen este argumento.
 ¿Cuál humano entendimiento
 de los dioses inmortales
 supo sus obras o intentos? 50

A mi canto no conviene
responder en tal sazón
a los hombres sin razón,
pues Fortuna solo viene
en quien usa de elección. 55

Otro parescer tuvieron
los antiguos, pues la honravan
por diosa, y la veneravan,
y en su honra le hizieron
templos en que la adoravan. 60

Acabada esta canción en alabanza de la Fortuna, luego en vituperio del tiempo (porque como ya os tengo contado, havíasele diferido por un mes la respuesta de su casamiento, y cada hora breve se le hazía un año prolixo), este soneto cantó. Mas quiero passar adelante con mi cuento y dexar de dezirlosle, porque entiendo que os dará pena como a mí ha hecho en no verle acabado”.

“Estremado sois por mi fe- dixo don Felis-, yo con ofrescérseme qué preguntaros he callado hasta el fin, porque prosiguiesse sin interrupción, y vos parece que de industria andáis buscando rodeos con que privarnos de lo que tanto contento recebimos. Hazednos tamaño plazer que no digáis el soneto comenzado y por qué no se acabó y aquí procuraremos, sabiendo, suplir la falta”. “Pues vos ofrescéis esso- dixo Placindo- yo le diré. Mas creo que se os hará dificultoso. Oíd, pues assí os agrada, el infelice soneto:

Vosotros, que querellas havéis dado
de amor y de Fortuna indignamente,
bolvedlas contra el tiempo brevemente
y en ello havréis mejor harto acertado.

Ved si es falso, que en un soplo es passado,
si algún contento os dio, el tiempo presente.
Mas si enfada, se irá pesadamente,
y nunca llega el tiempo desseado.

No tiene amigo en lo criado el tiempo
que todo lo consume y gasta siempre

sin perdonar tan solamente un cuerpo⁵².

Redoblando aún estava el muchacho el postrer pie del último verso, cuando Beldaniso, servidor de Marthea, dando de repente sobre Sagastes, desbarató la música començada, haviendo dexado a su ermano y tres primos en retaguarda, para que si alguno en su favor saliesse, le ayudassen”. “Detenéos un poco- dixo don Felis- que no será mucho, con licencia d’estos señores, que corte el hilo de vuestro cuento de cuantas vos le havéis rompido, y antes que se me olvide, me declarad una media copla de las dichas arriba, que comiença “A mi canto no conviene”, que yo no sólo no entiendo el propósito ni sentencia d’ella, pero ni aún los vocablos”. “Para responder, señor- dixo Placindo- a vuestra pregunta, fuera necessario haver sido criado en las acedemias de los filósofos griegos y, como me dizen, en la de los Peripatéticos. Mas su declaración queréis saber, yo os la mostraré escrita de mano del que compuso las coplicas, la cual a mi instancia hizo, y traigola siempre conmigo, porque cierto está a mi contento. Véis aquí lo que pedís. ¿Cuál queréis más: oírmelas leer a mí o leéros las vos?”.

“Havéis preguntado- respondió a esto don Felis- prudentemente, que cierto acerca d’esso he visto diversos gustos y no sé la causa de adó viene, pero passe que, como dizen, en gustos no hay disputa. Mas yo hartó más sabor tomo de leermelo yo. y es a fin que me detengo, contemplo sobre lo que mejor me parece, para mejor entenderlo”. “Leed pues alto,- dixo Placindo- assí porque todos os entiendan como porque yo os avise cuándo havéis de cessar”. “Leo,- dixo don Felis- por tanto, estad atentos que assí dize: “A mi canto no conviene...etc”. Para cuya declaración se presupone de la doctrina de los Peripatéticos que Fortuna es una causa accidental que raramente acontece, y viene solo en los que obran por elección ordenada en algún fin. Sería bien largo processo si particularmente huviesse de declarar cada parte d’estas y cómo se ha de entender, si se distingue de las cuatro causas que assignan los filósofos y si no se distingue, porque sería poner cinco, a cuál de las cuatro se reduce; y qué diferencia hay entre Caso, Fortuna y Hado y en otras infinitas cosas que hay.

Pero para cumplir nuestro propósito basta atender esto: que si uno a fin de sembrar o de enterrar algún muerto cavasse, y cavando descubriesse un thesoro, el cavar sería fortuna que fue causa de hallar el tesoro, y llámase causa accidental porque aquel cavar no fue ordenado para hallar el tesoro, sino para enterrar el muerto que si, sabiendo

⁵² A pesar en numerosas ocasiones que se trata de un soneto, éste se muestra incompleto en el texto original, ya que le falta el último terceto.

que estava allí, por aquel fin cavara, no se dixerá Fortuna. Vino en quien usó de elección, porque eligió cavar, que pudiera dexarlo, pues ya veis si acontece raramente hallar tesoros. Dezirse ha buena Fortuna, si el efecto fuera bueno, cómo hallarse el tesoro, dirasse mala, si el efecto fuere malo, como si quando halló el tesoro hallara una bívora que le mordiera. Dirasse grande, si el efecto fuere grande, y pequeña, si pequeño. Colígese para nuestro intento que es necessario que haya elección o propósito o intención (que de todo usan en un mesmo significado para la presente disputa) para que se diga Fortuna. De manera que en los locos y niños que no usan de razón, no hay Fortuna. De donde entenderéis que si las piedras de que se componen los altares o a los maderos de quien se hazen las estatuas de los dioses, llaman afortunados, es por una metáfora o semejança que tienen aquellas piedras y maderos en respecto de los otros con los hombres fortunados y los que no lo son. Pero hay una cosa de notar, que las cosas insensibles participan de la Fortuna passivamente como objectos con los cuales los hombres son fortunados”.

“Dad acá- dixo Placindo a don Felis- que entráis muy dentro: basta lo leído para el entendimiento de la copla”. “Por cierto- dixo Parisiles- que ello está doctamente dicho y pienso que está entendido lo que el señor don Felis pidió y me parece que bien claro lo dio a entender considerada la obscuridad de la materia”. “Yo estoy satisfecho- dixo don Felis- mas plazer recibiría que se me ordenasse agora el sentido de la coplica con el intento tomado”. “Soy contento- dixo Placindo. Haviendo en el principio (si se os acuerda) dicho que quien mal de Fortuna dezía era nescio, respondiendo a sus razones, queda provado no tener razón, de lo cual infiere en la copla que preguntáis que pues no tiene razón en tiempo que se trata de Fortuna, no es conveniente hablar con ellos, ni con ellos tratar cosas de Fortuna, pues Fortuna solamente viene con quien usa de razón”. “Agora que está a mi voluntad –dixo don Felis- bolved a vuestro cuento. Acabavades de dezir que había Beldaniso desbaratado la música, dexando en retaguarda a su ermano y primos. Rompí esta palabra “Disteo que ya”, que razón es que pues yo os quité vuestro hilo, que os le torne a poner en las manos”. “Ora que desde ay quiero començar:

Disteo que ya (como persona que quería gustar de la música) se había llegado algo cerca, al punto que vio echar mano contra Sagastes, aunque mortalmente le odiava, por hazer servicio a su señora Dardanea, en un salto se puso entre Beldaniso y Sagastes, que ya también había desenvainado su espada, diciendo: “Tenéos, señor Sagastes, afuera y recibí este pequeño servicio por mi señora y ermana vuestra, Dardanea”. Fue tan grande el enojo que Beldaniso tomó en ver que le habían quitado a Sagastes de

delante que, como airada ossa que ha sido privada de su caros hijos, con impetuosa ravia contra Disteo arremetió, bolviendo su ira contra él. Beldaniso, creyendo que quien por medio se le había puesto sería de poco valor, y también por la mucha cólera que tomado había, sin miedo alguno se entró con él, y alçada la espada de toda su fuerça sobre el descargo. Mas Disteo como cuerdo y entendiendo que no le convenía descuidarse, como vio venir el furioso golpe, antes que descargasse, se metió con él cubierto de su rodela, con la cual dándole fuertemente en los pechos, le hizo dar tan terrible caída de cerebro, que de aquel buen rato no tuvo sentido para levantarse.

Sagastes y el page habían querido llegar a favorecer a Disteo, mas el ermano de Beldaniso y sus primos, en viendo que había espadas a favor de Sagastes, saltaron dos d'ellos contra Disteo, pensando ser Sagastes, con intención de abreviar con él, porque no les convenía detenerse en el negocio (que assí los cuatro lo habían ordenado cuando Beldaniso d'ellos se apartó) y los otros dos fueron contra Sagastes y su page, que juzgavan ser criados de Sagastes. Mas sucedioles muy al contrario de lo que habían pensado, que por breve que llegaron, ya a Beldaniso tenía Disteo en tierra. Cuando su ermano le vio en el suelo sin hablar, bien pensó que era muerto, por lo cual determinado morir o vengar a su ermano, se fue contra Disteo, y lo mesmo hizo el uno de los primos. Disteo sin punto de cobardía los aguardó. Mas, con todo, se vio en aprieto, porque entrambos eran buenos moços y porque, con esto, les dava la ira atrevimiento de ver a Beldaniso en tierra.

Empero, ninguna cosa les prestava con el esfuerzo, fuerça y destreza de Disteo, que ya los traía cansados y aun los huviera acabado, si no estuvieran bien proveídos de armas, pero cuando alcançava a su plazer a alguno con su buena espada, él los tratava de suerte que tenían por buen partido no llegarse muy cerca, con la cual les había desechado la malla y aún herido en algunas partes ligeramente. A Sagastes y al page llevavan de corrida los dos primos y huviéranlos muerto si pensaran que allí tenían a Sagastes. Ignoravan ellos en el estado que estava su ermano y primos, ya que del todo los traía a mal andar Disteo. Beldaniso bolvió en sí, que ningún daño tenía, más de que del golpe del cerebro había perdido el sentido, y conociendo su afrenta y viendo cuán denodadamente aquel que se había entremetido se valía con los dos, se fue para él con propósito de tomar justa vengança, acometiendo con más cordura que antes.

Disteo, no por verse rodeado de tres, perdió su animoso corazón, mas antes como si en aquel instante comenzara la contienda, hería cruelmente, recibiendo algunas heridas pequeñas y solamente en los vestidos, porque sus espadas no cortavan como la

suya, ni sus braços tenían el vigor que el suyo y aun la principal causa porque Disteo no les dava lugar para que a su plazer lo hiriessen. Uno de los primos le fatigava grandemente, a causa de que como los dos le davan en qué entender, él con un largo estoque le tirava algo de aparte mortales estocadas, y assí, paresciéndole que toda su victoria estava puesta en el vencimiento de aquel, procurava de entrarse con él, que bien entendía que si una le alcançava a su contento, le bastaría. Mas los otros dos, conociendo su intento, se lo impedían.

Fue, empero, aventura tal que arrojándole aquel una estocada, él, por desviar el estoque, le dio con furia un revés que todo quanto del estoque alcançó, lo derribó en tierra, y sin detenerse, a Beldaniso, que en el ombro le había herido, le dio un mandoble en el brazo izquierdo que la manga de malla y carne hasta el hueso le cortó. D'estos dos golpes quedaron tan amedrentados que tenían por bueno retraerse, procurando más la defensa suya que la ofensa el contrario. Disteo, viéndose de victoria, los acometió de modo que los hizo retirar. En este tiempo, llegó mucha gente y los puso a todos en paz sin que unos a otros se conociessen. Disteo tomó su capa, que se le había caído, y se apartó de la gente.

Sagastes, por buscar a quien en tal coyuntura le había favorecido, no curó de inquirir los acometedores. Assí que ellos se fueron sin ser por entonces conocidos, sin cosa alcançar de lo que procuravan. Disteo, viendo que con tanto desseo le buscavan, por hazer mejor su hecho y lo que delante oiréis, se llegó al page, bien arreboçado, y puesto un pañizuelo en la boca porque por la habla no le conociessen, dixo: “Dezid a vuestro señor que, por agora, no pretenda saber quién yo soy, más que mañana yo prometo de ir a besarle las manos”. El page fue con su mandado. Mas Sagastes, no contento con aquello, le fuera hablar si el page no se lo estorvara, diziendo: “Señor, no es justo que agraviéis a quien tan buen obra os ha hecho, que no menos que vuestra vida ha rescatado. Él me parece que por agora rehusa de ser conocido; dexadle y no le fatiguéis tanto pues ha dado su palabra de iros a visitar”. “Bien dizes- dixo Sagastes- empero, de aquí a essa hora estaré con gran pena, que en gran confussión me ha puesto quién podrá ser el que tan valerosamente se huvo y contra tres, y mucho más estoy confuso desde que se me auerda que al tiempo que en mi favor se puso, dixo que lo recibiesse en servicio por mi ermana y su señora Dardanea. Cierto que fue palabra que, a no conocer yo a Dardanea por tal, me pusiera en recelo. Juntamente con esto se me ofresce que si él está herido (que no podrá ser menos) me será mal contado si no hago quanto pudiere por su salud y vengança, dado que él se la supo tomar buena. Por tanto,

vele a dezir de mi parte mi desseo y voluntad, y que si él no se va a poner en recado, yo no me apartaré de aquí”.

El page fue y, llegando a Disteo, estas palabras dixo: “Señor, quienquiera que vos seáis, Sagastes, mi señor, os besa las manos y por mí os embía a dezir que los dioses le den lugar en que os pueda servir o galardonar la buena obra recebida. Que él en persona os quería venir a dar las gracias, si no entendiera haveros querido encubrir. Mucho quisiera saber quién sois, mas que no quiere forçar vuestra voluntad para que dexéis de hazer lo que os pareciere, aunque vos le havéis puesto fuerça en su persona para seros obligado. Mas con todo, él os pudiere apremiar y obligar a que cumpláis vuestra palabra de verle mañana, como havéis prometido. Mas dize que veáis si estáis herido para que en vos se ponga recado, y que hasta que os vais de aquí, no partirá de allí él”.

“Dezid a vuestro señor- respondió Disteo- que si yo algo he hecho por él, entienda a ser deuda que le pago por ser ermano de mi señora Dardanea, y porque no esté penado por saber quién soy, le dezid que yo soy Placindo, sobrino de Palna, que no estoy herido, y que a mí me conviene estar aquí solo sin otra compañía, por un concierto que tengo; por tanto que él se podrá ir, pues de ninguna cosa hay necessidad que pierda cuidado, que yo cumpliré mañana mi palabra”.

Mucho fue maravillado el page en que fuese yo, y cuanto me reputó por valiente, me juzgó por mal criado, pues secamente, sin palabra de buena crianza, respondido havía. Mas Disteo de industria no lo quiso dezir, que bien creeréis que lo supiera hazer, y dexolo porque, como os tengo dicho, no havía por qué quererle bien si no fuera ermano de todo su bien.

El page, con pensamiento que havía aquello procedido de poco saber, creo yo que suplió lo que de criança faltava. Admirado quedó, y con razón, Sagastes en que el que tan valerosamente lo hizo fuese yo, y assí con esta falsa reputación que de mí desde entonces tuvo, se fue a su casa, pensando ser yo quien tan buena obra recibió. Disteo, también assí como vio ido a Sagastes, se fue a su casa, donde me halló que con cuidado de su tardança aguardando le estava.

Pero cuando tan maltratado le vi, mucho me entristecí pensando que herido estava y assí le dixe: “¿Qué es esto, señor, cómo venís d’esta manera?”. Disteo me respondió: “No te aflijas que no traigo mal alguno, ya viste que porque no me nosciessen en casa de Dardanea con tu hábito fui a ver a tu tía y mi madre. Assí mesmo te dixe que tu tía te embiava con un recado, y que por hazérseme a mi camino,

yo le haría. Era pues el recado que Dardanea te rogava (está atento, de manera que no pierdas punto de lo que te contaré porque conviene mucho a ti, y porque no nos hallen a todos en mentira), digo que Dardanea te rogava, porque le habían dicho que su hermano salía de poco acá todas las noches de su casa, le espiasses a dónde iba. Sucedió, pues, haciendo yo lo que a ti se había encargado, que a cabo de buen rato él salió e yo lo seguí”. Tras éste me contó particularmente todo el suceso como de mí ahora lo habéis oído y aún más. Visto por el cuento el favor y ayuda de Disteo en Sagastes hecho, yo me élé, en ver que Disteo con tanto hervor había favorecido a Sagastes, mortal enemigo suyo, y dixe: “Señor, atónito me habéis dexado, que no hay entendimiento de quepa, ni sentido que alcance qué os pudo mover para que arriscádes vuestra vida por quien os la querría a vos quitar”. “Espera- dixo Disteo, paliando el negocio- y sabrás la causa por la cual entenderás lo mucho que me debes. Yo, como te he contado, por mejor entender lo que se cantava, me llegué cerca y sospeché que como llevaba tus vestidos, me habrían tenido por ti, y porque no cayesse en falta con Dardanea que hallándote presente, no favorecías a su hermano puesto en peligro, quise, no por él (que antes ayudara a darla la muerte que a estorvársela) sino por ti, poner mi persona en peligro.

Y así, porque se entendiesse ser tú, cuando me puse delante de él, dixe que lo rebiesse en servicio de Dardanea. Pues ya todo lo sabes cómo ha acontecido y te he encargado que lo guardes bien en la memoria sin falta de una jota, escucha el fin al cual se endereça havértelo tan particularmente contado. Tú has de ir mañana con una carta mía a mi madre, como que vas a decir lo que heziste, en la cual irá todo el caso. Lo uno porque ella te aconsege cómo te has de haver con Dardanea y con cualquiera que te pidiera el caso; lo otro, porque ella ordene todo lo que hazer conviniere. Después de esto irás a hablar a Sagastes por cumplir tu palabra y, por mejor decir, mía, donde conforme a lo que tu tía te mandare e yo te he avisado, hablarás. Has de llevar esta espada porque creo que te preguntará por ella, según la prueba hizo en el estoque. Si quisiere saber de adónde la huviste, dirás que cuando conmigo tu tía estava, te la di yo. Tengo por entendido que te querrá dar algún vestido en recompensa del tuyo, destruido en su servicio. Hárasme tanto plazer que no lo recibas porque se entienda que no pretendes pago por lo primero que se te ha ofrescido en qué servir a Dardanea, señora de tu tía, que yo prometo darte esso y más, y aun ella te lo gratificará, pues por ella se hizo, y te lo tendrá en más, juntamente con que la echarás en mayor obligación para con tu tía por no haver querido galardón”.

Otro día siguiente, por la mañana, yo llevé a mi tía la carta que aquella noche Disteo escribió, haziéndole por ella saber todo cuanto passara”.

Assí como Placindo iba los agradables amores de Disteo y Dardanea contando, todos bolvieron los ojos al ruido que un cavallo y su señor hazían. Éste, por tomarle, que suelto sin freno andava, y aquel por no venir a sus manos, que la libertad le aplazía. Visto por Placindo, con alegre gesto se levantó y dixo: “Sabia señora y noble compañía, suplícoos por agora me perdonéis, que no me sería a bien tenido si no fuesse a ayudar a aquel cavallero para que su cavallo cobre”.

Y sin más se fue, quedando todos riendo, y aun condoliéndose de cómo los havía dexado tan a secas por tan ligera causa. A los cuales, Felicia d’esta manera dixo: “No juzguéis por pequeña ocassión el assí dexarnos, porque, como advertió, no le pareciera bien no favorecer a aquel que tras su cavallo anda, porque havéis de saber es un grandíssimo amigo de Disteo llamada Martandro. El cual salió en busca d’él y de Dardanea en compañía de Delicio y Partenio, y antes os debe alegrar su venida en tal sazón, pues d’ él mejor que de Placindo lo restante de los amores comenzados sabréis”. “Pues assí- dixo don Felis y los pastores- bien será que le ayudemos todos”.

Con lo cual levantados, fueron parte para que Martandro su cavallo suelto cobrase. Hasta el punto que su cavallo en las manos tenía, y Placindo, humillado, le abraçó, jamás Martandro a Placindo havía conocido. El cual, no considerado el trabajo passado con el gozo de ver a Placindo, soltó su cavallo, echándole sobre los ombros. D’esta suerte por buen rato sin hablar palabras estuvieron, al cabo del cual, queriendo el uno del otro informarse si algo de los buscados sabían, Felicia se llegó a ellos diziéndoles: “Señor Martandro, veníos comigo, que os dará relación de cuánto pedir quisieredes”. Martandro, por esto y por la autoridad notada de la persona que le hablava, y visto que le havía por su propio nombre llamado, entendiendo quién era también por lo que oiréis, respondió: “Señora Felicia, la fama de vuestro extremado saber por el mundo tanto estendida, a cabo de tanto tiempo sin provechos gastado, me trae solo a este fin de que me encaminéis a do pueda yo hallar a Disteo y Dardanea, pues en balde tanto y tantos hemos en ello trabajado que yo creo que otro remedio no nos queda para lo que tanto desseamos”.

“Ora bien- respondió Felicia- descansaréis por el presente, que no tendréis mucha necessidad de más buscarlos, que cuan más presto fuere possible, veréis a ellos y a otros”. Entre tanto que en estas y otras razones ambos passavan, tornaron los pastores a tomar el cavallo y Placindo fue por el freno, que a dó quedava Martandro le havía

dicho y se fueron a do toda la demás compañía estava. La cual de Martandro mirada, quedó admirado, principalmente quando tanta hermosura de Stela en tan húmil hábito vio puesta, que, dado que Felismena, Crimene, pastoras y ninfas estavan d'ella bien aposeionadas, con harta parte a ella no llegavan, que los ojos de Martandro no se engañaron con al ventaja de los vestidos que Felismena y ninfas tenían. Crimene y Stela, sabiendo por el aviso que Felicia les havía dado, de que Partenio y Delicio eran hijos de Disteo y Dardanea y siéndoles ya dicho que andava en busca d'ellos y cuán amigo era de los unos y los otros, de quando en quando bolvían para él sus amorosos ojos.

Martandro, con alguna loçanía o crédito de sí, pensando de otra manera ser él a aquella hermosa pastora agradable (no hazía tanto caso de Crimene) estava algo ufano, y començó a sentir alguna passioncilla de amor y fuera muy mayor si no se humillara con ver la baxeza del estado d'ella. Felicia, passado algún rato de conversación, dixo: “Bien será que demos lugar a este cavallero para que se vaya a refrescar, y porque conozca que todos desseamos servirle, nos iremos con él a tenerle compañía”. Martandro les besó las manos por la merced que le hazía. Con lo cual se fueron al templo de Diana y casa de Felicia, donde con el regalo possible, por algunos días, descansó.

Desseosas Stela y Crimene, y aun todos, suplicaron a Felicia rogasse a Martandro acabasse lo que Placindo dexó començado. Felicia, considerada la justa petición, un día, en acabando de comer, dixo a Martandro la voluntad de aquellos señores, ninfas y pastores y la causa porque tanto lo desseavan. Él, sabido el punto en que Placindo havía quedado, estando todos en gran silencio, d'este modo començó:

Fin del séptimo libro.

LIBRO OCTAVO DE LA SEGUNDA PARTE DE LA DIANA DE JORGE
DE MONTEMAYOR

Recebida la carta de Disteo por Placindo a Palna embiada, en que le avisava de lo acontecido en la noche passada, estraño fue el gozo que ella tomó del buen socorro que a Sagastes le hizo por Disteo y que se havía entendido ser por Placindo. Con lo cual, se fue luego a Dardanea y d' esta manera habló: “Cuanto más a mano, señora mía, ha estado el peligro, tanto mayor es el plazer que libres d' él tener devemos. Buena fue la hora en que a Placindo mandastes que fuesse a espiar a vuestro ermano, pues la mala se nos siguiera, si tan buen desseo se dilatara. Esta noche passada, os ha buuelto a nascer Sagastes por vuestro acuerdo, más creo que determinado por el concilio del soberano Dios, que movido por vuestro estremado juizio. Esta noche passada, havéis librado de muerte a Sagastes con la codicia que por saber sus salidas tuviste; al fin le havéis dado la vida con haver embiado a Placindo en su seguimiento, y porque os assosseguéis para oír mis buenas nuevas, que os veo algo alterada, os digo primero que él está tan bueno y sano como vos.

Sabréis, pues, señora, que luego que Placindo con vuestro mandamiento de aquí partió, proponiendo de hazer lo mejor, quise fuesse proveída bien su persona, y no sabiendo quién a tal hora le diesse las armas necessarias, acordé pedírselas a Disteo, que aunque con razón está de mí quexoso, no por eso su generoso corazón ha perdido ni tiene culpa mi sobrino, para que se las huviesse de negar. Y porque para con vos no es lícito no dezir la verdad, os la diré, dado que a mí sea vergonçosa y a mi sobrino ignomiosa. Y es (fingió ella todo esto por lo que oiréis) que poniendo un jaco delante de Disteo, como si el ánima le adivinara, que se havía de ver en algún alboroto, temía”.

Lo cual Disteo conociendo, se ofresció a favorecerle. Placindo no lo quería aceptar, mas al fin, importunado, le contó lo que passava, y que en ningún modo dexaría de espiar a Sagastes, porque vos se lo havíades mandado e yo encargado. Entonces Disteo dixo que le diesse sus vestidos y que él iría”. Tras esto le contó todo lo que havía sucedido, exagernado bien los passos en que Disteo se havía havido valerosamente y ponderando por el cabo su gran discreción en haver sabido tan bien dar a entender que era Placindo.

“Mas señora- dixo Palna- cumple que no lo digáis a persona alguna, sino crean todos vuestro ermano haver sido ayudado por mi sobrino”. “Tú, Palna- respondió Dardanea- estás muy contenta por las buenas nuevas que dizes traerme, e yo no estoy

muy satisfecha d'ellas, por no saber juzgar si las deva contar en el número de las buenas, o si será más justo ponerlas en el catálogo de las malas. Por una parte, veo a mi hermano libre, dando crédito a tus palabras (que quiera Dios que en esto sean verdaderas) y, por otra, no siento adónde pretendes poner mi honra con tus obras (que no permitan los dioses ser dañadas). Plázeme de ver la salud de mi hermano entera, pero mucho más me pesaría que mi honra huviese, ni aun por imaginación, en algo quebrado. Alegre estoy sabiendo que mi hermano ha sido socorrido en tal peligro, mas estoy descontenta en conocer que ha sido por Disteo. Contentárate, Palna, si como comenzaste a dezir me querías dar buenas nuevas, que supiera yo de ti ser libre Sagastes del peligro, sin que viniera a mi noticia que era por la ayuda d'él.

No había causa, creo yo, (que otra cosa no quiero entender), por lo que a mí toca, para que fuese a otros oculto y a mí manifiesto el socorro hecho por Disteo, y porque pienso que aun en hablar esto ofendo a mi castidad, no quiero tratar en ello. Más de que te aviso, si ya no te quieres tornar con tu Disteo, que en cosa d'él, ni aun en cosa que a él huela, no abras tu boca, si no pretendes cerrar la voluntad que hasta agora te he tenido: y con esto te mando que, o Placindo no ponga pie en mi casa, o no entre en la de Disteo”.

Esto dicho, sin más aguardar fingida disculpa de Palna, se retruxo a su aposento con alguna ira, donde vacilando sobre el caso, se le ofrescía la bondad de Disteo, pues por un criado suyo se había de su propia voluntad ofrescido a un tan gran peligro y a favor de su mortal enemigo; e juntamente se le ocurría el ánimo y esfuerzo con que de sus adversarios había alcanzado la victoria.

Todo lo cual, con lo que ella sabía y con lo que Palna d'él muchas veces hablava, le pusieron en un alegre desassossiego. Estando ella en esto, entró Sagastes con Placindo (que luego como a su tía habló, le fue a besar las manos) para consolarla, si algo había sabido de lo pasado, y como assí la halló sola e imaginativa, creyó que su peligro le había puesto en tal tristeza y pensamiento. Sagastes se lo contó todo del modo que había pasado, creyendo que ella no lo sabía. A lo cual, ella estava muy atenta, que gran plazer recibía en oírsele contar. Empero cuando algo contava de Placindo, que como tengo dicho sabía ser Disteo, las colores del rostro se le mudavan y mucho más contando que, al tiempo que entrambos habían echado mano a las espadas, con presteza increíble se había puesto en medio diziendo que se tuviese afuera y lo recibiese en servicio de su señora Dardanea.

Esta mudança en el rostro d'ella no davan a él sospecha alguna, mas antes pensava que le provenía de contemplar en el peligro que él se havia visto. Después de passadas algunas razones, apartándola aparte, la encargó que ella lo gratificasse a Placindo, pues d'él no quería receber, con lo cual se fue. A ninguna cosa d'estas Palna se halló presente, porque no quería dar pena a su señora con su presencia, hasta que se le passasse el enojo y furia. Mas no por esso perdió la esperança, empero, quiso guiarlo cuerdamente, y assí avisó a Placindo que no fuesse públicamente en casa de Disteo fingiendo con él que era porque no se sospechasse que havia sido el, quien favoreció a Sagastes y porque si Sagastes o Dardanea sabían que entrava allá, no le tendrían tan buena voluntad. No quiso Palna hazer saber a Disteo cómo era por mandamiento de Dardanea, por no darle tan ruines nuevas, que bien entendía que no lo podría tomar en paciencia.

No es necessario aquí contaros, señores, lo que hizo Sagastes hasta saber quién eran los que le acometieron. Basta que todo se hizo pazes, perdonándolos Sagastes porque ellos perdonassen a Placindo; y Beldaniso no pudo dexar de sossegar-se viendo que Marte le havia olvidado y casado con Sagastes. En este tiempo, assí en las fiestas justas y torneos (disfrazado salía a todo esto Disteo) que a causa de Sagastes por su casamiento en la ciudad se hizieron, como en otras que Disteo muchos días en particular ordenava, que sería largo de contar, Disteo ganava tanta honra, que era fábula de todo el reino, tanto que ya Dardanea se movía algo más ahincadamente a amarle entendiendo en alguna manera ser ella causa de que todo en su servicio se hiziesse.

Lo cual alcançava por muestras de Disteo, puesto que con todo recato lo hazía, y bien holgara ya no de haver a Palna ásperamente reprehendido porque le hablara algunas vezes de Disteo y no se atrevía salirse ella al camino, por no dar a entender lo que en su pecho tenía; pero no tratava con quien eran necessarias espresas palabras, que harto secretas señas le bastavan. Mas como astuta dava a entender que no entendía lo que sospechava entender, y esto porque, no siendo cierta, no cayesse en algún nuevo error. Y también, por si era assí, amansarla y hazerla jugar al descubierto, para más libremente tratar su negocio. En este medio, Disteo dava la priessa possible a Palna para que le tornasse a mostrar a su señora, o que le manifestasse su pena, o que le diesse una carta de su parte.

Todo lo cual, Palna hallando ser dificultoso, eligió el menos, y assí le embió a dezir que escriviesse, que ella havría modo cómo la recebiesse sin peligro alguno, y para esto ordenó que porque Dardanea no entendiesse que ellos se hablaban y havían escrito,

y para que más fe y crédito d'ella tuviese, que escribiesse también a ella, como si entonces fuese la primera vez, encargándole que diese a Dardanea la otra carta que para ella escribía, y que con lo demás dexasse a ella el cargo, prometiendo salir con el negocio a la luz, con tal condición que prestasse paciencia, si a dicha por algunos días la respuesta se tardava.

Disteo lo hizo assí como por Palna fue avisado. Recebidas las cartas y vistas venir a su voluntad, ninguna d'ellas quiso dar a su señora porque no se atrevía, assí por lo dicho, como por hazerlo más al seguro. Y fue que cuadno más necessidad d'ella Dardanea tenía, o al tiempo que más decuidada estava, se retraía a su aposento que era más dentro d'el de su señora a leer las cartas, o hazer que las leía, para que una vez o otra Dardanea la viesse ocupada.

Y assí fue que, como tantas vezes la viesse quitar de su presencia, embió de secreto a una donzella suya, para que viesse en lo que entendía. La cual lo hizo, y dixo que escribiendo estava y que la devía de haver sentido, porque escondió los papeles. Grande era la codicia de Dardanea por saber qué escribía con tanto secreto, y no menor el de Palna porque lo viesse. Por esto Dardanea anduvo reboviendo en su ánimo qué maneraa tendría para verlo. Palna, que otro no era su desseo y la voluntad d'ella entendía, escondió las cartas de Disteo, y otra en que ella le respondía negando su demanda de dar carta a su señora y aconsejándole que de tal propósito se apartasse, y en tal parte las puso que pareciesse estar guardadas y escondidas y a poco trabajo fuessen halladas, por fingir que en ningún modo quería que a las manos de ninguno viniessen. Cuánto más ella hazía muestras de recato, tanto más en Dardanea crecía el desseo dicho, no dándolo a entender. Para lo cual, una tarde, después de haver comido, fingió con despereços que el sueño no la dexava labrar y que se quería un poco retraher a dormir, que tuviessen cuidado con que ninguno entrasse, ni hiziesse ruido.

Mandó assí mesmo le adereçassen el estrado que delante de la cama tenía y cerrassen las ventanas. Esto hecho se entró, y quando le pareció que Palna y sus donzellas se havrían buuelto a su lavor, se levantó, y muy quedo abriendo la puerta del aposento de Palna, buscó las cartas y no le fue muy dificultoso hallarlas. Abierta la primera que a la mano le vino, que era la que a Palna Disteo enviaba, vio que d'esta manera dezía:

Carta de Disteo a Palna

Disteo, salud a ti, Palna. Después que de mí, no sé si injustamente, partiste, un solo daño tuve por entendido que tu ausencia causarme pudiera, que era hallarme privado de quien siempre tuve en lugar de madre, y éste ser el mayor creía; pero cuánto más peligroso me sea haverte puesto con la hermosa Dardanea mi solo corazón lo sabe, porque buscando razones para condenarte, en lo que de todos eres culpada, hallé causas para sentenciarme en lo que no sé si merezco ser castigado. Quexávame de ti porque me havías dexado, mas cuando llegava a considerar por quién, enmudescía. ¡O, cuántas veces hize hincapié en éste “por quién” y cuántas diera la vida por no detenerme en él! ¡O, cuántas veces procuré desechar de mí tal pensamiento, creyendo apagar la llama que en mí se encendía, y cuántas me hallava muy más dentro, avivando más el fuego que en mi aposessionado ya estava. No quiero más en esto hablar, porque todo es a mi costa, sino que te ruego por la amorosa leche que de ti he recebido, y por lo mucho que en voluntad me debes, des essa carta a mi señora Dardanea (dichoso yo si ella la aceptasse). Y con esto cesso, esperando el cessar de mis passiones o vida.

Teniendo ya en la mano la carta que a ella Disteo embiava, le pareció mirar primero la que Palna le havía escrito por ver lo que a esto respondía. Abierto vio que dezía assí:

Carta de Palna a Disteo

A ti Disteo, tu criada Palna, salud. No menos por lo passado en el tratamiento que siempre me hiziste sin ser constriñido el valor de tu persona me es manifiesto, que por lo presente en haverme primero escrito sin ser a ello obligado, la benignidad de tu ánimo me es clara. Bien se muestra la real sangre de tu descendencia y bien se conoce la baxa condición mía. No lo digo por haverte dexado por mi señora Dardanea, que d’esto jamás te pediré perdón ni me arrepentiré, mas por no haver sido yo la primera en escrevirte. Aunque bien tendría disculpa, pero no la pretendo dar, pues no desseo ser perdonada. Gran plazer recibiera con tu carta, si por ella alguna cosa, aunque fuere a costa de mi vida, me mandaras, mas no dexé de recibir pena viendo que no te podía complazer y, si obediencia no te deviera, por otro más claro vocablo hablara, y dévesme perdonar que por todo el universo no haré cosa en que de mi voluntad a mi señora dé pesadumbre. Y con esto ahí te embío la carta que para ella me embiaste. Empero porque en algo a lo mucho que te devo pagues, te aconsejo que tal imaginación de ti apartes,

porque te será lo contrario peligroso, trabajoso y sin provecho alguno. Si en otra cosa mi voluntad provar quisieres, gran merced recibiría. Los dioses tengan de su mano”.

Luego abrió la carta que para sí venía, a cuya sentencia y discreción os ruego, señores, prestéis atentos oídos:

Carta de Disteo a Dardanea.

A ti, de los mortales el consuelo,
salud embía el más desconsolado,
si alguna le ha dexado el desconsuelo.
El remedio de ti me sea negado,
si mil veces la pluma no he tenido 5
para escrevirte y tantas la he dexado.
Estava en alta mar siempre metido,
y el puerto do acogerme no sabía,
siendo de varias ondas combatido.
Por una parte, si escrevir quería 10
haziéndote saber mi pena brava,
por otra, tu valor se me ofrescía.
Mi pena, de cansada, el sí mandava;
tu valor de extremo y soberano
con el no aquel mandato desterrava. 15
Llegava atrevimiento muy ufano,
diziendo qu’era bien que te scriviesse,
mas temor de enojarte dio de mano.
Pues como ya temor vencido huviesse,
quedando derribado atrevimiento, 20
sin que poder alguno más tuviesse,
Amor allí llegó con ardimiento,
diziendo: “Alto temor, id de aquí luego,
que por agora no havréis vencimiento”.
Y buuelto a mí, assí dixo: “Como el fuego, 25
después de ya encendido, no es posible
encubrirse por mando ni por ruego,

assí te digo que sería imposible
 encubrirme, y aun caso que yo quiera,
 mi llama no podrá ser invisible. 30
 Pues tiene de saber mi llama fiera
 tu ninfa celestial, temprano o tarde,
 tu boca se lo diga la primera.
 Pon mano al escribir, no seas cobarde,
 yo respondí: "Screvir cierto quería, 35
 ¿mas si s'enoja? ¡Ay Dios, de tal me guarde!".
 Viendo el amor al fin mi cobardía,
 él mesmo te escribió, mas en mi nombre.
 Amor es el que a ti esta carta envía,
 y porque el recibirla no te assombre, 40
 si crees que honestidad recibe ultrage,
 entiende qu'esta carta no es de hombre.
 De amor es, qu'es un dios de gran linaje,
 cuyo poder se estiende en cielo y tierra,
 recibiendo de entrambos vasallaje. 45
 Assí que solo Amor es el que yerra
 (si yerra en escrevir), yo soy testigo.
 Contra Amor si te enojas mueve guerra.
 Escucha bien, señora, lo que digo
 que si has de tomar ira por esto, 50
 te avengas con Amor y no comigo.
 Mas te doy por consejo presupuesto
 que si con él te enojas, que a Natura
 enojas por haverte tal compuesto,
 si tomó cuanto tuvo de apostura, 55
 de gracia, de beldad, de gentileza,
 por hazer el dechado de hermosura.
 Si por dexar en uno su riqueza
 al universo todo ella ha dexado
 en todo lo possible de pobreza. 60
 ¿No es justo que se enoje si al dechado

donde ella se estremó, porque se viesse
 su poder, tú le huviesses sepultado?
 ¿No es justo que s'enoje si entendiesse
 qu'entierras su thesoro, pretendiendo 65
 ella, que su riqueza paresciesse?
 Pues sé cierta que amar tú no queriendo,
 sepultas lo primero, y esto entierras,
 que piensas que se gana amor huyendo.
 Y si crees qu'en amar se pierde, o yerras, 70
 a lo menos permite ser amada,
 y con esto el error de ti destierras.
 Permítelo a tu grado, pues forçada
 en solo esto has de ser toda tu vida
 y aun no sé si después d'ella acabada. 75
 Tú no mandes dexar de ser querida,
 que cuanto más lo mandes, yo soy cierto
 que muy menos serás obedescida.
 No pienses que se te haze en esto tuerto,
 porque no se obedesce a lo que quieres 80
 que obedescer sería desconcierto.
 Dexa tú lo que tienes (si pudieres)
 bolviéndole a Natura lo que ha dado,
 y dexa tú también de ser quién eres,
 que entonces tú verás essecutado 85
 tu querer, y cumplido sin defecto,
 aunque hayas lo contrario desseado.
 Mas, ¿por qué has de dexar un ser perfecto
 (y no perfecto assí medianamente)
 por tomar otro ser más que imperfecto? 90
 Assí que, mi señora, no es decente
 que enojas a Cupido, ni a Natura,
 siendoles obligada eternamente.
 Pues tienes el remate de hermosura
 y del todo en virtud eres cumplida, 95

y abundas de saber y de cordura,
ilústralo con ser agradescida,
cata que ingratitud es muy odiosa
y assí fue y es por tal siempre punida.
No creas que por burlas va esta cosa, 100
que dado está el cuidado del castigo
d'este vicio a una dea rigurosa.
Némesis es el nombre de quien digo,
ya sabes su poder no contrastado,
que igual haze al amigo y enemigo. 105
No querría qu'en ti se huviesse hallado
tal falta, pues de falta eres ajena,
si tan sola esta hoviesses desechado.
Dirasme que de qué tengo yo pena,
o que me toca a mí que sea tu suerte 110
adversa, favorable, mala o buena?
A esto yo no sé que responderte.
Basta que de tu mal aun la sospecha
es a mí más amarga que la muerte.
Por tanto, no querría que la flecha 115
de Némesis airada tú provasses,
antes la unión de mi alma sea desecha.
Pero bien me holgaría que gustasses
la dulce flecha de oro de Cupido
porque de mí siquiera te apiadasses, 120
que bien sé que de mí te havrías dolido,
no por mi merescer tan baxo siendo,
mas por mi amor, que bien lo he merescido.
Todo lo qu'es criado, igual teniendo
en género diverso, pago admite, 125
la deuda con el género midiendo.
Mas como amor igual nunca permite
en género diverso o diferente,
así mesmo en sí mesmo se remite,

y pues amarte yo es cosa evidente, 130
 no debes, ni es razón, dexar de amarme
 si ingratitud Némesis no consiente.
 Mas si ya no pretendes de pagarme
 el amor que te tengo y he tenido,
 y con el mismo amor remunerarme, 135
 yo mesmo tomaré el pago devido
 con muerte por remedio en tanta muerte
 do no se´spera, ni hay otro partido.
 Que cierto, si la vida es d´esta suerte,
 la vida es el morir, morir es vida, 140
 la muerte es dulce en un bivar tan fuerte.
 Cesso que cessa el alma de afligida.

“¡O, cómo lo hezistes acertadamente, señor Martandro- dixo don Felis- en prevenirnos a que estuviésemos atentos, porque cierto bien huele a la persona de cavallero tan entendido y tan bien enamorado, con qué modestia, temor y honestidad escribió!”. “¡O, cuánta verdad es- dixo Danteo- lo que casi al fin dize que todas las cosas d´este mundo en cosa diferente se pueden pagar, como hierva con ovejas, ovejas con paño y finalmente todo con dinero. Empero solo amor, por no tener igual, no con otra cosa que con solo amor recibe pago! Yo sé de mí que aunque todo lo del mundo me diera mi pastora Duarda, no cumpliera con lo que me devía, si su amor me negara”. Felismena atajando a Duarda, que responder a su Danteo quería, dixo: “Dexémonos agora de lo demás y proseguid, por vuestra vida, señor; veremos qué hizo esta señora con tal carta, que yo no sé qué podía responder a ella, más de quedar rendida, y assí pienso que no se atrevería a dar respuesta a tan entendidas razones”. “Assí, señora,- dixo Martandro- pues yo certifico que no es tal Dardanea para espantarse de su alteza, y si la entendió o no, verlo heis por la respuesta, mas porque no rompamos el hilo, prosigo. Fue de tanta eficacia esta carta en el tierno pecho de Dardanea que del todo se sintió rendida a las fuerças de Cupido. Lo cual manifestavan las cristalinas lágrimas de sus claros ojos, sin ser ella parte para reprimirlas, dado que a la resistencia muchas vezes se puso, pero como no se satisfaciesse con leerla una vez, ni dos, aumentávasele el amor con el crescer el número de leerla, porque, conocido el valor de Disteo y considerada la cualidad de su persona, la movía estrañamente la fuerça de las palabras

de la carta, juzgando a cuánta modestia, cordura y entendimiento que por ella mostrava se estendía. Principalmente le traspasava entender el poder que en él el amor tenía, pues en la prosecución de su carta había cortado el hilo poniendo en ella fin. Por donde significava la pasión que recibía en escrevir sus fatigas. Añadíase a esto haverse ofrescido a peligro de muerte por Sagastes, mortal enemigo suyo, por solo hazer a ella servicio, no haviendo aún d'ella recibido un pequeño favor. De manera que, apretándola por una parte el amor que hasta entonces no le había notablemente enseñoreado, y por otra apremiándole la honestidad a la cual siempre había servido, estava suspensa, y aun fatigada, ignorando el remedio que elegir debiese, porque a ésta no quisiera dexar de complazer, ni a aquel podía no obedecer.

Con estos congoxosos pensamientos, puestas las cartas en su lugar, se bolvió a su aposento y echada en su estrado y hincada su fuente en la almohada, d'esta manera consigo hablava: “¡Ay Dardanea, y qué ha de ser de ti, siendo combatida de tantos y tales contrarios! ¡O Diana, o Venus, que vosotras de mí agora estáis apoderadas!, ¿cómo havéis podido, siendo tan grandes señoras, hazer morada y assiento en tan húmil y pequeña casa? Y, ¿cómo, siendo tan contrarias y enemigas capitales, havéis determinado hazer, a vuestro contento y daño mío, dura y poderosísima batalla en campo tan tierno y flaco? ¿Por qué queréis vuestras desmesuradas fuerças executar en el débil pecho de una rendida muger? Bien quisiera, ¡o amada Diana!, no abrir las puertas a tu contrario. Empero, perdóname, que no tengo las fuerças acostumbradas, que Venus, conociendo cuánto por ti estava defensado este alcançar suyo y haviendo sido d'él echado muchas vezes, agora todo su poder ha empleado en la empresa d'él.

¡O Disteo!, Disteo, ruego a los dioses que tus palabras no sean fingidas, que a serlo mi muerte es cierta. Mas ¿por qué tengo yo de pensar que lo han de ser, siendo tú quien eres, cuanto más que no cumple entenderlas así? ¡Ay, cómo tu ama Palna te galardona mal las mercedes que de ti confiessa haver recibido, pues a la primera cosa que le encomiendas, rechaça tan ásperamente, y siendo tal fácil como es darme una carta? ¿Qué dirás y qué haré yo, pues ella, que era el solo y único medio, se quiere quitar de en medio? Ni tú podrás, ni osarás descubrirme tu pena, ni yo bastaré, ni me atreveré a manifestarte mi pasión. Dime, cruel Palna, ¿quién te dio licencia para que la carta que a mí venía endereçada, sin dárme la tornes a embiar? ¿No fuera justo que hizieras lo que tu señor te mandava y a mí cumplía? Mas, ¡ay de mí!, que no tienes tú la culpa, sino yo y así recibiré yo la pena y tú quedarás libre de castigo. De modo que, pues yo te traté acerbamente cuando d'él me hablaste, aun no siendo en cosa que a mi

honestidad perjudicava, es razón que me trates con crueldad en lo que agora a mi remedio cumple. Y con esto, poniendo al dolor silencio, considerava qué manera tendría para que Palna le dicesse la carta porque assí havría ocasión para escrevir a Disteo. Y al fin, determinó tomar a Palna con las cartas en las manos y verlas a su pesar, assí lo creía ella, de donde se le ofrescería modo para responderle. Puesto por obra este consejo, quando Palna con las cartas en las manos estava, que como dixé muchas vezes lo hazía por ser vista, entró Dardanea y fingiendo ella quererlas encubrir, Dardanea la importunó, casi mandándaselo, le dicesse a quién y qué escribía. Mas ella, que otra cosa no desseava, hecha alguna resistencia por no parescer que ella lo quería, se la mostró.

Dardanea, fingiendo alguna ira contra Disteo, la alabó cuán bien respondía. Mas que, con todo, para con un hombre tan atrevido no bastava aquello, sino que ella le quería responder, para avisarle que ni aun por imaginación le passasse tratar más de ello, y que ella, al pie de la que havía escrito, le contasse el modo cómo su carta havía venido a sus manos, porque ambas quedassen desculpadas. Lo cual, luego allí delante puso por obra, y Dardanea comenzó a escribir. Acabada la carta, la leyó a Palna y dezía assí:

Respuesta de Dardanea a Disteo

A ti, el más de los hombres atrevido,	
aviso, no salud, aquí te embía	
la qu'es más temerosa que ha nascido.	
Si pensara que aumento recebía	
mi honra por dexar de reponderte,	5
o qu'ella en escribirte se perdía,	
primero que me vieras complacerte,	
primero que tomara pluma en mano,	
tomara espada para darme muerte.	
Mi fin es bueno, honesto, casto y sano	10
y si d'esto al revés imaginares,	
hallarás que te sale falso y vano.	
Que si bien mis palabras ponderares	
y mis razones pesas sanamente	
y la sentencia d'ellas contemplares,	15

verás cómo por esta solamente
 pretendo un saludable aviso darte,
 y un consejo harto bueno y conveniente.
 El cual es que procures apartarte,
 si puedes, de tan vano pensamiento, 20
 o al menos no me des d'ello más parte.
 Y no sé, ni aun alcanço, el fundamento
 con el cual a escribir te moviste
 ni a do te nació el atrevimiento.
 Pero ya se me acuerda que dixiste 25
 en la tuya que tú no la escrivías,
 sino Amor, porque tú no te atreviste.
 Ficciones son al fin, y fantasías
 comunes de amadores, si hay alguno
 para manifestar sus niñerías. 30
 Pobre del dios de Amor, que ya ninguno
 de cuantos publicáis ser sus sirvientes,
 dexáis de dar la culpa a solo él uno.
 Si dixes "niñerías", no te afrentes,
 qu'es niño aquesse dios que tú obedescas, 35
 que assí por tus palabras lo consientes.
 Digo que por palabras lo paresces,
 por obras no lo sé, ni lo pretendo
 saber, aunque a las obras tú te ofresces.
 Al menos, de los hombres esto entiendo, 40
 que son más las palabras que los hechos
 en casos d'esse dios de amor viniendo.
 Del amor estaríamos satisfechos,
 si cual se ve la boz en nuestra boca, 45
 se viesse el corazón de nuestros pechos.
 Verdad es que muy poco a mí me toca
 y, por mejor decir, cosa ninguna,
 que sea tu afición muy mucha o poca,
 que sea más constante que coluna 50

y más firme que peña a la marina
a la adversa o a la próspera fortuna,
que sea contra el viento firme enzina,
y al buril un durísimo diamante
tu amor y tu afición do se avezina; 55
y que sea al revés más inconstante
qu'el resplandor de espejo meneado,
y más que en mar turbado un bel semblante,
que sea más que gallo el viento dado
en torre y más que luna cuando cresce, 60
y más, al fin, que'l hombre enamorado
a mí poco me daña ni me empece.
Por lo cual te será muy conveniente
no lo pongas do no se te agradece.
En otra parte, pon tu amor ferviente, 65
que será mejor agradescido
y pagado quiçá cumplidamente.
Que tu persona bien ha merescido
de cualquier otra dama ser amada,
por muy mucho valor que haya tenido. 70
Ninguna dama havrá tan mal mirada
que no desdeñe tu amor y no se tenga
en que l'ames, por bienaventurada.
Y antes te faltará quien te convenga,
conforme al merescer que hay de tu parte, 75
que se halle quien sobrada a ti te venga.
He querido de industria aquí alabarte,
que a tanto como tú me has alabado,
con esto y no con más, pienso pagarte.
A palabras, palabras yo te he dado, 80
y si tú de mí mucho blasonaste,
también de ti he yo mucho blasonado.
En la tuya de ingrata me notaste,
y cierto, la provança que truxiste

es falsa y falsamente la provaste.	85
Aunqu'ello assí no sea, tú dixiste	
qu'era obligada amar por ser hermosa:	
al fin como mundano concluiste.	
Mira si tu razón es engañosa,	
que tanto resplandesce la hermosura	90
cuanto más la muger es virtuosa.	
Assí que más plazer haré a Natura	
siguiendo de Diana el passo honesto	
que de Venus el rastro y su locura.	
Complazer a Cupido no he propuesto,	95
pues no puedo agradarle y a Diana	
qu'ella es honesta y él es deshonesto.	
En servir a la casta y bella ermana	
del claríssimo Apolo honra se adquiere	
y en servir a Cupido no se gana.	100
Mas si al hijo de Venus más quisiere	
alguno complazer, puede cualquiera	
hazer como mejor ya le estuviere.	
Yo no quiero seguir essa carrera,	
haga esse dios en mí quanto mandare	105
que no me imprimirá su llama fiera.	
No busca sino aquel que le buscare,	
ni hiere a quien no huelga ser herido,	
ni subjecta a quien no se sujetare.	
Mas no sé para qué me ha detenido	110
en dar razón por qué no me conviene	
seguir aquesse dios tuyo Cupido.	
Pues basta qu'ello a mi voluntad viene	
y qu'esto es lo que a mí me satisfaze:	
razón en mi querer cimiento tiene.	115
La razón, pues, se funda en que me plaze	
y es bastante razón, según entiendo,	
pues debe de bastar que assí me aplaze.	

Escribes que si amar yo no pretendo,
 permita ser amada ya siquiera, 120
 pues ha de ser, aun no lo consintiendo.
 Que buena y graciosísima manera
 de rogarme que quiera permitirlo
 y dezir que ha de ser aunque no quiera.
 Pésame que no puedo prohibirlo, 125
 mas si ha de ser por fuerça, a pesar mío,
 por fuerça al fin havré de consentirlo.
 Si a ser amada pudiera dar desvío,
 como puedo no amar, a fe te digo
 que nunca le dexara a tu alvedrío. 130
 Que hiziera en quien me amara tal castigo
 que holgara para siempre de no amarme
 si no fuera de sí propio enemigo.
 Mas haré lo que no podrán vedarme,
 qu'es hazer que ninguno más se atreva 135
 a su lascivo amor manifestarme.
 La pena desde agora, pues, te mueva
 y si ella no es bastante, yo te ruego
 qu'el amor de mi honra te conmueva.
 Encubre, si le tienes, esse fuego 140
 que dizes que tu pecho tanto inflama,
 mira bien este aviso, no esté ciego.
 Si dizes que s'encubre mal la llama
 de amor y que no puede estar cubierta,
 descúbrela tan solo a Palna, tu ama. 145
 Mas pues que la esperança t'es incierta,
 y es cierto el daño y mal, mejor sería
 al olvido y desdén abrir la puerta
 y cesso con que cesse tu porfía.

Interrumpiendo Martandro a Felismena, que alabar la carta quería y notar
 algunos passos d'ella, d'esta manera prosiguió: "No quedó tan sossegada Dardanea,

acabada de leer la carta, que no dicesse verdaderos indicios de lo que dentro del pecho le quedava; por donde y por la blandura de sus palabras, Palna entendió lo que a su propósito convenía; pero dissimuló, alabándole mucho cuán bien a su carta havia respondido, bolviendo siempre por lo que a su honestidad estava obligada. Y porque la aspereza de la carta a Disteo no espantasse, secretamente le embió otra, en la cual le avisó lo que devía hazer agora que tenía tan buen principio, lo cual podía colegir de algunas palabras de la respuesta. Para cuya provança notasse que ninguna cosa áspera havia escrito que luego, como pesándole, no la huviesse moderado. Si no, que mirasse que quando le avisó que se apartasse de amar, le dixo, “si puedes”, corrigiéndose en cosa que tanto le iva y que vería si le pesava, pues aún no acabava de creer que amava de corazón y que, sobre todo, mirasse cuánto le encargava secreto.

Añadió también Palna que tuviesse buena esperança, pues holgava Dardanea que ella supiesse este negocio, haziéndola secretaria. Finalmente, por no enfadaros con el largo cuento, en pocos días después d’esto, Palna se dio tan buena diligencia que de Dardanea sacó lo que en su coarçón encerrado tenía. Mas nunca con ella acabar pudo que hablasse a Disteo, sin que primero le dicesse palabra de casamiento. Lo cual fue bien fácil de acabar con él, porque juzgava hazérsele a él la merced. De modo que, esto hecho, Dardanea le dio entrada en su casa, puesto que se le hizo grave. Algún tiempo, aunque poco, gozaron de sabrosa conversación con todo el recato y diligencia que tal negocio pedía; al cabo del cual, quanto de apazible le gozavan, tanto y más amargo les sucedió, porque amor pocas vezes da aun un pequeño plazer que a la entrada o a la salida no le cargue de bien cumplido desabrimiento. Y fue que, haviendo Disteo ido temprano, sin haverse Palna acordado de cerrar la puerta de la calle, se acostaron en una cama, que aparejada tenían, en una cuadra baxa, que era servicio de verano, donde ya algunas vezes dormido havían, que Palna tenía aviso de cerrar, quando Disteo havia de venir, una puerta por donde toda la casa se mandava, para que ningún criado, ni criada baxasse.

Pues como con el descuido de la puerta de la calle estuviessen, acaso entró Sagastes, bien ageno de semejante espectáculo. Disteo, sintiendo passos mayores que de muger, se cubrió lo mejor que pudo con la ropa de la cama. Si Dardanea se alteró viendo a su ermano, juzgadlo señores, pero dissimuló. Sagastes se assentó en una silla que al pie de la cama estava, y preguntó que havia porque tan temprano se havia acostado. Ella respondió no estar bien dispuesta y qué quería recibir una medicina. Sagastes, oyendo esto, se quiso ir, pero buelto el rostro, que de lado estava, hazia su

ermana y, viendo bulto en la cama, preguntó quién estaba acostado con ella. Dardanea respondió que su sobrina (tenía una niña de una criada suya y ésta, por quererla mucho, llamava sobrina). Paresciéndole a Sagastes aquel bulto ser mayor que de niña, metió la mano por entre las sávanas para tentar los pies. Disteo, cuan sossegadamente podía los iba encogiendo. Empero, como Sagastes tanto estendiese el braço y Disteo conosciessse no se poder más encubrir, tomó a dos manos toda la ropa y échola sobre Sagastes, de tal suerte que todo le cubrió y saltando de la cama a modo de querer poner las manos en él, Dardanea le hizo señas que se fuesse.

Disteo, por hazer lo que ella le mandava, assí como estava en camisa, salió corriendo. Sagastes, después que se hubo desarrebuelto de la ropa, echada mano a la espada, fue en su seguimiento, sin conoscerle. Disteo, por las partes más encubiertas que podía, procurava desaparecerse, mas la claridad de la noche no le dava lugar. De manera que, por doquiera que iba, le seguía Sagastes. Y si alguna vez se le desaparecía por algunas calles angostas, la gente le dava aviso. Yendo pues d' esta manera Disteo y Sagastes en su seguimiento, Disteo se entró en una casa, por no ser conocido del pueblo que se alborotava viendo a un hombre huir en camisa y a otro seguirlo con espada desnuda. Aún no era bien dentro cuando Sagastes llegó, pero Disteo cerró la puerta de una escalera y buscava con qué se defender y aún ofender.

Sagastes procurava hazer pedaços la puerta para entrar, y dava tales bozes a los de la casa que abriessen (si no que los castigaría cruelmente, pues encubrían un ladrón) que fue conocido y temiendo el dueño de la casa las amenazas de Sagastes (que ya por de dentro al ruido había llegado) se acercó a Disteo para prenderle y entregárselo a Sagastes. Mas conociendo ser Disteo, a quien tantos todos en el reino amavan, se hincó de rodillas, suplicándole quisiesse salir fuera por una ventana que a las espaldas de la casa había, porque no osaría no abrir a Sagastes y diole una capa vieja y una espada (que para más no se les dava lugar). Disteo, forçado, hubo de cumplir lo que aquel hombre le pedía y también porque le pareció buen acuerdo, agradesciéndole el acorro. Sagastes se estava deshaziendo porque no le abrían, y jurava que a cuántos en la casa había, haría matar. El dueño de la casa, después de mostrado a Disteo por dó saliesse, fingiendo no haver cosa sentido, baxó y, preguntado quién llamava, abrió la puerta.

Sagastes hizo prender a aquel hombre y buscó toda la casa, y no hallando lo que buscava, se bolvió a él jurando por vida del rey que si no le mostrava quién allí ahvíá entrado, lo haría luego ahorcar o, a lo menos, si no le dezía quién era. De lo cual, el

hombre temeroso, le dixo al oído ser Disteo. Fácilmente Sagastes creyó esto porque entendía que ningún otro tuviera osadía para injuriarle, sino él. Assí que, viendo havérsele ido, sin más aguardar se fue a casa de Disteo, acompañado bien de gente. Luego, como Sagastes salió en seguimiento de Disteo de en casa de su ermana, ella cerró su puerta y dixo a Palna lo que havía acontecido; que viesse qué remedio devrían tomar. Palna, por un rato no pudo bolver respuesta, según la confussión que sintió.

Empero, considerado el peligro en que iba Disteo y animándola el amor que como a hijo le tenía, respondió: “Señora mía, vos hazed lo que os paresciére, de mí ossé dezir que en todo tengo de seguir a mi hijo Disteo, que no menos ánimo tendré para sufrir con él dolor que tuve osadía para darle el plazer. Assí que mi determinación es saber que ha sido d’él y si (lo que los dioses no permitan) su persona ha padescido detrimento, no quiero que la mía esté sin acompañarle. Por lo cual, señora, me podréis perdonar que, pospuesto todo temor, es mi voluntad saber qué ha sido de mi querido Disteo. Pésame que en trance y en tiempo de tanta necessidad, os dexo sola, pero no es más en mi mano”.

Dardanea, con más abundancia de sospiros y lágrimas que con cantidad de razones y palabras, dixo: “El tiempo no me da lugar a que a lo dicho te responda para que mi intento conocieras, y si seré yo de menores quilates en amar a mi señor y todo mi bien que tú en querer a tu criado y todo su consuelo. Pesárame que en tal possession me hayas tenido, si no entendiera presto manifestarlo. Esto a lo menos puedes creer de mí: que pues tuve atrevimiento para lo más, que tendré esfuerço para lo menos”. “Señora- dixo Palna- aquí (como havéis dicho) hay poco lugar de alargarnos en palabras, por esso ved lo que determináis por obras que en todo haré lo que me mandáredes, con tal que no sea dexar de seguir a mi hijo”. “Esso no temeré yo- respondió Dardanea- mas lo que yo tengo propuesto hazer es que assí por el gran amor que a mi señor devo, que sin él no quiero bivar, como por el temor que a mi ermano tengo, no quedaré aquí”. “Pues assí es- dixo Palna- mi parescer es que yo llevaré los vestidos de Disteo y vos recojáis las mejores preseas que tuvieredes y vamos a casa de mi sobrino que, salidas y escondidas, el tiempo nos descubrirá lo que hazer conveniere”. Esto puesto por obra lo más ocultamente que pudieron, fueron a casa de Placindo. Al cual, decubiertos los amores contados (que hasta entonces sino a Palna a ninguno eran manifestos) y contado lo acaescido en aquella noche, rogaron fuesse a saber lo que se havía hecho.

Sagastes, como conté, sabido ser Disteo, fue en busca d'él a su propia casa y como la halló abierta, entendió que no había llegado. Por lo cual, muy gran rato le estuvo aguardando, pero vista su tardanza, sospechando que en casa de algún amigo se habría recogido, se bolvió a casa de su ermana, proponiendo de vengarse bien de Disteo, puesto que aquella noche quisiera satisfacer a su ravisosa ira. La cual se le augmentó no poco cuando no halló a Dardanea, ni a Palna, y mucho se maravilló viendo cuán sossegada toda la gente de su ermana estava y cuán de nuevo se les hazía todo cuanto Sagastes preguntava. Disteo, que para su casa había querido ir, como vio gente de lexos a la puerta, diose a entender (como era la verdad) que Sagastes le estava esperando y assí se fue a mi casa (diome en esto a conoscer la confiança que de mi amistad tenía, que no poco le tuve). No dudo, señores, que alguno que atento a mi cuento haya estado, me querrá preguntar cómo llegó primero Sagastes a casa de su enemigo, pues Disteo salió antes de casa de aquel hombre do se recogió. A ésta, fácil está la respuesta, y es que como ya sabéis, Disteo iva casi desnudo, por lo cual huyendo los lugares comunes, se iva por rodeos y lugares secretos y d'este modo llegó más tarde.

Assí como en mi casa entró Disteo sin llamar, cerrada la puerta por si alguno en su seguimiento venía, se metió en mi estudio y fue tal nuestra ventura que me halló solo. Yo, que de aquella manera le vi, me admiré y pregunté la causa de su venida y de aquella suerte. Él me respondió que no tenía espacio para tan larga cuenta, mas que le diesse unos vestidos y un montante. Yo lo hize y queriéndome adereçar para acompañarle, jamás lo consintió (pretendía y pretendió hasta que más no pudo que aun yo sus amores no supiesse). Vestido pues y con el mayor recado de armas defensivas y ofensivas que quiso proveherse, fue a dar remedio en Dardanea, por si su ermano quisiesse poner en ella las manos, o morir en la demanda antes que ella recibiesse mal alguno.

Andando pues en esto, se encontró con Placindo, que en busca d'él había salido por mandado de su tía, y le preguntó si sabía algo. Placindo le dixo cómo a entrambas hallaría en su casa, que fuesse presto, que Dardanea estava casi en lo extremo de pena de su peligro. Disteo fue luego y, conociendo no ser aquel lugar conviniente para estar de secreto, porque en faltar Palna acudirían allí, se bolvió con ellas a mi casa, avisando a Placindo se acostasse y sossegasse porque assí diesse muestra de no haver sabido cosa alguna. Pudieron ir de secreto los tres a mi posada, a causa de que mi casa y la de Placindo están apartadas del bullicio del pueblo, y porque Sagastes había ido a hablar al

rey para que castigasse la injuria a él por Disteo hecha y mandasse hazer cala en todas las casas sospechosas de que en ellas Dardanea y Palna se pudiesen haver recogido.

No solamente a esto dio licencia el rey (que, como sabéis, deseaba se ofresciesse algo en que con mediana causa pudiesse assolar la parcialidad de Disteo, por complazer a Sagastes) pero aun tomó el negocio por suyo y juró descabeçar a Disteo y a todos los culpados y a cualquiera que favor le diesse. Y assí hizo juez de la causa al mismo Sagastes, por darle mayor favor y porque más a su plazer se vengasse. Sagastes, como vio tan buen aparejo para lo que deseaba, sin más esperar puso guarda en la casa de Disteo, haviéndola calado toda y visto que en ella no estava, fue a buscar a su ermana. Todas las diligencias que le parecieron necessarias para buscarlos hizo (no calaron mi casa, por no ser con harta parte de la cualidad de Disteo no era tenido por muy amigo suyo y assí no se sospechó tenerle yo) y no hallados, mandó pregonar que so pena de la cabeça cualquiera que los tuviesse o supiesse d'ellos los manifestasse y tras esto, prendió a Anfilardo y Placindo, ya todos cuanto sospechava poder saber d'ellos, amenazándolos a crueles tormentos ya algunos poniendo por obra. No dexó gravemente Disteo de sentir la destrucción de su casa y la prisión de su familia, pero mucho se consolava en ser por su señora y más estando en su poder y assí se lo mostrava a ella. Mas con todo ella no se podía consolar, puesto que a él no se lo dava a entender, assí porque le dolía en extremo su fama como porque temía el peligro en que su esposo estava con la mucha diligencia que Sagastes ponía en su busca. Por lo cual, tomándole aparte d'esta manera dixo: “Señor mío, bien tenía yo entendido de mi fortuna que no me havía de dexar sin alguna çoçobra en un tan dulce estado, ni havía de hazer menos conmigo que siempre en dar su amarga buelta. Duéleme que de la mía a vos cabe parte, pero consuélome que no seré la postrera en ofrescer mi vida la menor peligro vuestro, pues fui la primera en sacrificar mi alma a vuestra voluntad y oxalá como no tuve fuerças para con mi juizio contrastar vuestro querer, tuviera valor para con mi vida libraros de fatiga y os veo en gran trabajo (que del mío no haga caso), por tanto mi parescer es, que pues aquí y menos en otra cualquier parte d'este reino no estamos seguros por muchos días, nos llevéis adonde mejor os pareciere, que si fuera de peligro yo os viesse todo lo demás tendría en muy poco”.

“Bien podría mi señora- respondió Disteo- passar esta nueva obligación con las muchas passadas en que después que fui vuestro, me havéis echado y pues aquellas no ha pagado por mí poco poder (si ya el amor os he tenido y tengo, no entra en cuenta) cómodamente quedará ésta sin satisfacción, pues no tengo suficiencia. Yo tenía acordado

lo que vos mandáis y cierto lo dexava dezir, por no daros pena, ausentadoos de vuestros parientes, casa y sussiego para llevaros entre estraños a tierra agena y con desassossiego”. “Si esso miráis, mi señor- dixo Dardanea- también lo dexáis vos y por ventura más. Empero dado que yo dexará muy mucho y vos ninguna cosa, nada pensará dexar, no dexando a vos”. “Cessemos ene sto- dixo Disteo- que si no por vuestro trabajo, yo tuviera por buen medio éste para teneros siempre en mi presencia y demos d’ello parte a mi madre que ella como siempre nos aconsejará lo que más no conviene y de que modo se debe guiar”.

Llamada Palna y dicha su intención, les dixo: “Pues sabed, hijos míos, que esso mesmo estávamos tratando Martandro e yo y cierto él está afligido, que cree que haría ni más ni menos cala en su casa, donde a nosotros sucederá mal y a él no muy bien. No os lo ha querido dezir porque no pensásedes que por lo que a él tocava, lo hazía”. Dicho esto, luego me llamó Palna ante ellos y Disteo d’esta manera me habló: “Martandro, si conociera que no érades amigo fiel, ni me fiara de vos en tan arduo hecho, ni dixera con palabras, pues no puedo con obras de gratificaros lo que por mí havéis hecho. Mas como lo contrario tuve y tengo experimentado, no me culparéis sino nuestro exteriormente agradesceroslo. Nosotros determinamos por el presente huir la saña de nuestro rey con ausencia de nuestras personas y para esto os pedimos vuestro parescer, como se hará sin que haya rastro de nosotros”.

Yo respondí: “En lo que toca a la obligación que dezis tenerme, no os responderé más de que me la havéis a mí cargado, pues es más y no assí medianamente haverme vos escogido por único amigo vuestro entre todos que lo que yo he hecho, que en comparación de aquello es nada. En lo demás pensemos cada uno por sí en lo que se puede hazer, para que lo mejorelijamos. Puestos pues todos cuatro en consulta y acabo de gran espacio habiendo dicho todos su parescer, eligióse el mío. El cual fue, que pues en las puertas de las⁵³ ciudad, Sagastes tenía puestas guardas y más de noche que a ninguna persona dexavan passar, sin reconocer quién era que la mejor vía para salir era que ya sabían como yo tenía una granja una legua de allí, que aquella tarde para deshecha haría en tres carros traer cosas que yo tenía en la granja de servicio de casa y de otras cosas, puesto que no tenía necesidad d’ellas. De modo que los carros llegassen allí a la puesta del sol y a la buelta entrado un rato de la noche, los carros se fuessen vazios porque assí viéndolos ir sin cosa alguna y ser de retorno no mirarían lo que yo

⁵³ Las: “la”, error de concordancia en el texto original.

tenía pensado y que lo mirassen, no caerían en ello y era que debaxo de los carros, yo pondría muy bien en cada uno d'ellos a la larga un gran saco abierto y que en cada uno podría ir uno d'ellos y que para que los carretolos no me los viessen poner, yo los embiaría después de descargados los carros a alguna parte y entretanto la ordenaría como está decho y que en la granja yo me daría recado de modo que ninguno lo sintiesse. Esto se hizo d'esta manera sin que ello huviesse embaraço ni sentimiento alguno.

Aquella noche que a mi granja los lleve, nos pusimos en consulta sobre que estilo tendríamos para que los tres de aquella región se saliessen a parte donde no fuessen seguidos ni conocidos y en lo que concluimos fue, que tomando un carro de aquellos Disteo se hiziesse carretero y ellas en hábito humilde saliessen del reino y se passassen a Trinacria del mejor modo que pudiessen en trage diferente a su estado y que desde a do hiziessen assiento, me avissassen de lo que les sucediesse. Bien pudiera Sagastes y aún tal intento había tenido poner tales guardas en todas partes, que ninguno d'ellos se fuera, empero mudo el propósito passado el ímpetu de la ira y no fuera de razón y es ésta.

Sabía el que Disteo era de todos amado y con esto si le prendiera y le quisiera justiciar, no siendo justa causa, se descubrieran todos sus amigos y por ventura se viera en mayor rebuelta. Assí que por ver quitada la cabeça del vando adverso, holgava que su contrario se ausentase y él podría con los demás valerse. Verdad es que no entendía el que su ermana también con él se fuera, sino que en casa de algún pariente suyo se habría recogido. De modo que, ausente Disteo, pudo Sagastes confiscar los bienes y sentenciarle por traidor, pues no parecía al llamamiento del rey, por cuyo mandado Sagastes se apoderó de toda la hazienda de Disteo y en los de su ermana se entró que no pocos eran.

No hay para que aquí, señores, contaros las lágrimas que se despendieron a la despedida entre mí y mis caros huéspedes. Mas que Disteo me rogó que por las mejores vías que pudiesse prrocurasse favorecer a Anfilardo y Placindo con mi persona y la de mis amigos, que d'esto solo llevaba pena. De manera que apartó todos de mí e yo d'ellos con el cuerpo, Disteo se fue, como está dicho a Trinacria. Donde, como después supe comprado un pequeño rabañuelo de ovejas para disimular su cualidad con la baxeza de su oficio, estuvieron algunos días, por ventura, más contentos que en Eolia porque allí se gozavan sin sobresalto alguno, ni çoçobras y eran de todos los

comarcanos pastores muy queridos y aún honrados procurando darles todo el plazer que podían, unas vezes con juegos rústicos, otras con bailes y mñusicas pastoriles.

A todo lo cual, se aplicó tan bien Disteo que a todos en gran manera se aventajava. Y assí por esto como por su afabilidad y cordura da saberse tratar con todos por infelice, se juzgava el pastor, que particular amistad no tenía con Corineo, que este nombre se puso, después que su hábito mudó. No menos Dardanea, que Diana se llamava, a todas las pastoras era agradable y Palna, que Corinea como su hijo se dezía, de los unos y otros era reverenciada. Cuando de mí los tres se partieron ya Dardanea iva preñada de dos meses. Que parió o que se hizo lo que parió no lo sé, ni aún cumplió un año en aquella tierra cuadno se fueron, no sé adónde ni porqué.

Bien es verdad que sospecho por el tiempo en que se fueron ser ésta la causa que en este comedio, el rey Rotindo se casó con una ermana del rey de aquella provincia do ellos estavan y bien poco después muerto el ermano de su muger, un tío d'ella se alçó con el reino competiéndole a ella. Por lo cual, Rotindo moviendo contra Sinistio que assí se dize el tío de la reina, con poca pérdida de su gente, alcançó victoria y se hizieron pazes entre ellos dando el gobierno del reino a Sinistio por intercessión de la reina Agenesta, sobrina suya, que éste es el nombre de la reina. Assí yo me doy a entender que como esta guerra se sonó Disteo por no ser conocido de allí se fue con su gente.

No hemos podido más saber d'ellos aunque ha muchos días que en su busca salieron Anfilardo y Placindo e yo havía dos años y dexando de contaros, pues a lo perdido no haze al propósito los trabajos que he passado en buscarlos. Solamente os diré cómo estos dos criados salieron tan temprano estando, como os , he dicho, encarcelados e yo tan tarde estando, como ya sabéis libre. Cuando el rey Rotindo con su muger casó en regozijo de la fiesta, saltaron todos los presos y entre ellos salieron Anfilardo y Placindo y de aí a seis meses, por asegurar a Sagastes, aventurando su vida porque estava mandado que ninguno fuesse en busca de Disteo, fueron adonde yo les dixe que estava. Y como cuando llegassen no estavan ya allí cada uno por su parte procuró buscarlos y quedó entre ellos concierto de aí a un año bolverse allí para avisarle de lo que sabían y porque lo que el uno huviesse paseado, el otro no anduviesse. De todo esto me avisavan a mí siempre, pero yo no sé cómo ni de qué manera, o porqué este aviso a más de doze años que no se me hazía, haviendo durado obra de seis.

Yo, con el despecho de no saber de señores, ni de criados, procuré buscar modo como ir en la mesma demanda y nunca lo pude hallar por el mandamiento del rey y

cierto que si pensara hallarlos lo pospusiera todo. Estando con este desseo, dos genties moços en extremo favorecidos del príncipe Agenestor de Eolia con quien juntos se criaron, propusieron partirse de allí a buscar a sus padres que supieron no serlo aquellos, a quien por tales hasta entonces havían tenido. A estos mancebos que Delicio y Partenio se llaman, dexado a parte que por su bondad suma merescen ser de todos queridos, de industria con todas mis fuerças me hize particular amigo y esto a fin que como eran cabidos con la reina y rey por medio e intercessión del príncipe, los tuviesse de mi mano para que si Disteo y su compañía paresciessen, alcançasse el perdón y en sus estados restituidos fuesen. Ciertó que me parece que iva llevando buen camino a causa de que infinito el rey Rotindo en sus costumbres estava apartado. Y esto por la buena compañía que en su muger Agenesta tiene, guárdesela el soberano por largos años.

De donde podéis entender que muchas vezes las costumbres de la muger virtuosa son bastantes a enmendar y corregir las del marido vicioso. Y por esto se dixo: la muger ser espejo del hombre, porque en ella como en espejo claro mirándose el hombre, su ánimo puede componer a su semejança y al contrario, el hombre es espejo de la muger por la mesma causa y razón. Por lo qual, ya Sagastes a Rotindo no era tan acepto como solía porque lo que en virtud no se funda, no es por mucho tiempo durable que como el vicio sea nada (es la verdad privación de virtud) será de ninguna estabilidad, lo que en él se fundare. La fama d'esta ida de Delicio y Partenio y el fin se estendió en pocos días por la ciudad. De lo qual aunque a muchos pesa, no faltó a quién aplaziesse por embidia de verlos tan favorecidos, propia y particular enfermedad de casas principales.

Viendo pues yo oportuna ocasión para hazer lo que oiréis que determinado tenía, llegándome a ellos d'esta manera les hablé: “No puedo, señores y amigos míos, daros el pésame de vuestra partida, assí por ser cosa que a vosotros tanto conviene, como porque tengo propuesto, sino os es enojoso que para conmigo no la haréis, pues quiero con vosotros hazer este viaje y porque entendáis lo dicho os lo contaré, debaxo de fidelidad que con todos y más conmigo havéis usado. Ya por otras vezes la havéis sabido la grande amistad que estuvo entre Disteo y mi travada y estará a lo menos de mi parte, mientras mi ánima estos miembros rigiere. Pues sabed que yo los encubrí y guardé hasta ponerlos en seguro y no contento con esto, si ellos me dieran licencia, o no fuera porque con mayor secreto fuesse su partida, yo los acompañaré. Después, acá yo he tenido grande afición y voluntad de irlos a buscar y he lo dexado por dos causas, la una porque en la misma demanda han ido mcuhos días a dos criados suyos bien cuidadosos y solícitos en

el negocio, la otra dependiente d'esta por quedar yo a que si los hallassen, procurar el perdón para que fuessen bueltos a sus casas y reposo.

Cuando Anfilardo y Placindo se partieron, passó concierto entre nosotros que me avissen de lo que sapiessen y este aviso ha días que me falta, por donde entiendo, o ser muertos, o no estar en su libertad. Con esta esperança y por mejor dezir desesperación, me he sostenido aunque mal hasta este punto, más agora que veo tanto estenderse y la buena ocasión para hazer con secreto mi salida, sin que entienda alguno ir en busca de Disteo, sino ir en vuestra compañía, querría, si os paresciesse, salir con vosotros que después podremos dividirnos o hazer como mejor a vuestra voluntad fuere”.

A esto como discretos, fieles a mi su amigo y leales a Rotindo, su señor, assí me respondieron: “Mucho nos ha pensado y pensa (señor Martandro) de los infortunios de Disteo y Dardanea, puesto que no los conoscemos, más por la bondad que en todo este reino d'ellos siempre hemos oído. Y cierto quisiéramos tener valor para servir a vos y a ellos y lo haremos, si el poder alcançassemos, no negando nuestro servicio con lo poco que agora tenemos. Empero, no querríamos hazer cosa por donde errassemos en secreto ni en público contra lo que devemos a nuestro señor y rey. Pues , como sabéis, nosotros sio por él ninguna cosa éramos, mas nosotros hemos acordado mejor vía y más conveniente en la cual se hará más de lo que vos pedís, haziendo nosotros lo que a nuestro señor devemos y a vos estamos obligados. Y es que, como ya es notorio, el príncipe nos tiene afición y aún, según lo que yo d'él he sentido, no le plaxe lo que con essos señores se hizo. Por tanto, entiendo alcançar del rey, por medio de la reina licencia para que los váis a buscar haziendo la salida con nosotros que después de hallados se remediará todo que ya que nosotros tan presto no vengamos. Dexarlo hemos suplicado a la reina y príncipe y tened por averiguado que esto no podamos alcançar, lo trataremos de suerte que d'ello vos, ni otro alguno reciba daño por tratarlo nosotros, a causa de que lo negociaremos como que de nosotros sale y no otro”.

Yo les dixé: “Hazed, señores, a vuestra fantasía y con esto no creáis que del mal que por ellos me viniesse recibiría pena, con tal que a ellos en bien resultasse”. “Mucho os deven”- dixeron ellos. “A más estoy obligado- respondí yo.

Finalmente, en muy pocos días ellos alcançaron licencia para que quien quisiesse los buscase, que no pequeño contento dio a los amigos de Disteo. Lo cual, luego se sonó por la ciudad y assí sin más aguardar salí con Partenio y Delicio de Eolia proveyéndonos todo tres de lo necessario para camino tan incierto y luego nos dividimos. Ha sido tal mi ventura que jamás de unos ni otros en dos años que ha que los

busco, ha sabido, si no es aquí que a Placindo he hallado. El cual de Delicio me ha dado nuevas y las mejores de la señora Felicia que me ha certificado que en breve aquí los veré a todos. En lo cual no pongo duda, pues ella lo dize. Lo que en tanta peregrinación me ha acontecido, en los trabajos que me he hallado, assí como por livianos tengo por ser la causa tal y que presto me veré con ellos plaziendo a los dioses, como porque para lo que me demandastes haze poco al caso, no os los contaré. Assí que señor véis aquí declarado, quien Corineo, Dinia y Corinea son y la causa de su peregrinación y nuestra.

Perdonad si he sido largo, pues no requería menos lo pedido. Parisiles y todos los demás bolviéndole las gracias por lo hecho y dicho, le respondieron que la falta era muy grande en haver tanto abreviado el agradable cuento y no querer contar sus trabajos passados en busca de Disteo. “No os dé pena- respondió Felicia- que esso tendrá su sazón con lo que se dirá de las desdichadas de Disteo y su compañía con las de Placindo y de otras personas que han salido en busca de Partenio y de Delicio, como después sabréis”. “Con essa esperança nos sostendremos- respondió don Felis- aunque ella será más tardía que nuestro desseo”.

Con esto, bueltos al templo y passados como ocho días, Felicia dixo a Silvano y Selvagia: “Tiempo es hijos míos que se muestre la amistad que hasta la hora de agora a Sireno havéis tenido y porque conozcáis y os sea manifiesta, cuánta necesidad de sus amigos y más de vosotros tiene. Sabed que cuando lleguéis a vuestros campos hallaréis muchos pastores, haziendo el postrer oficio a Delio de hoy muerto que como ya os he dicho estava muchos días ha malo. Embié antes d’esto a Sireno porque como mi voluntad y lo que a él convenía era que a los maores de Diana se bolviesse con nueva bebida que a la partida le di. No quise que se le prefiriesen entretanto que él con nosotros se estava dos pastores no dignos de ser desechados que d’ella no medianamente se han enamorado. Los cuales son y han sido d’ella bien favorecidos. Es agora la sazón en que más tiene necesidad de ayuda vuestra, por tanto conviene que os váis por agora y os halléis con él, que so doy mi palabra, que no os pese de ver la competencia de Sireno y los dos pastores”.

Silvano y Selvagia le agradescieron el aviso por la voluntad que de aprovechar a Sireno tenían, pesándoles en alguna manera de la muerte de Delio. Después de lo cual dixeron: “No podemos no obedescerte, señora, aunque mucho quisiéramos hallarnos aquí, para cuando Corineo y su compañía vinieran”. “Ora bien- respondió Felicia- que no está tan cerca esse pastor, ni podrán tan en breve rebolverse, ni aún vosotros estáis

tan apartados que no podáis ser avisados, cuando huvieren de venir, de modo que gozáis de aquesso y essotro no perdáis”. “Pues assí es- dixo don Felis- con tu licencia señora, yo quiero llevando a mi señora Felismena acompañar a estos pastores porque cierto recibiré gran contento ver essa contienda que dizes”. Lo mesmo dixerón a una boz Martandro, Placindo, Doarda⁵⁴ y Danteo. “Pues assí os plaze- dixo Felicia- sea muy en buena hora, pero conviene porque de vosotros señores no se estrañen los pastores, toméis su hábito y tú, señora Felismena, harás lo mesmo”.

Esto concertado y puesto por obra, se fueron con Sireno encomendándoles mandassen bien a la memoria todo lo que entre los competidores passasse, para que después lo pudiessen contar, quando juntos todos se hallassen. Quien quisiere pues ver las obsequias de Delio, la competencia de Sireno, Fausto y Firmio y hallarse recebimiento de todos y recibiere contento de saber quién es Stela y desseare saber sus trabajos con los de Crimene, Delicio y Partenio y en qué parangón con los amores de Agenestor, príncipe de Eolia, y Luztea, hija de Disteo, y Dardanea aguardeme a la tercera parte d’esta obra, que presto se están para si Dios fuere servido. No se puso aquí por no hazer gran volume.

Fin del octavo y último Libro de la Segunda Parte de la Diana de Jorge de Montemayor.

⁵⁴ Doarda: “Duarda”, errata en el texto original.

Por ser este soneto, amigo lector de historia tan agradable y trillada de todos y también por haverle visto con una glosa muy ruin (dexo muchas que de secreto muy buenas) prové ésta que aquí está. El soneto, salva paz de su autor, no me agrada aunque el sujeto es muy bueno porque, dexadas otras cosas a parte el primer cuartete⁵⁵, no tiene sentencia, si se lee: “Hero de un alta torre do mirava” do havía de dezir “A Hero, etc.” Mudé la d. en l. solamente por no parescer que le disfraçava que aunque no está muy bien, no está tan mal.

SONETO

Hero de un alta torre lo mirava,
a su Leandro qu’ en la mar venía,
elósele la sangre que tenía,
muriose cuando vio que muerto estava.

Con lágrimas el mar acrescentava,
el aire con suspiro encendía,
estremos eran grandes los que hazía,
palabras eran tales las que hablava.

“¡O mal logrado esposo!, ¡o dulce amigo!,
espérame, no partas, que ya muero,
de un golpe dio la muerte dos heridas.

Recíbeme, mi bien, allá contigo,
y do murió Leandro, muera Hero:
parézcanse las muertes a las vidas.

GLOSA

Sobre las raudas aguas del estrecho,
qu’ está puesto entre Sesto y entre Abido,
sin el alma devida a un tal pecho,
el cuerpo de Leandro iva tendido,
y porque de tan triste y crudo hecho
el dolor fuesse en todo más crecido,
(que assí su duro hado lo guiava),

5

⁵⁵ *Cuartete*: “cuarteto”.

Hero de un´alta torre lo mirava.

Paresce que contenta no estuviera

Fortuna con la muerte al moço dada. 10

Si para mayor mal no le traxera

delante de los ojos de su amada.

¿No bastara, ¡o cruel, traidora y fiera!

que le fuera la nueva triste dada,

sin qu´ella viesse muerto en agua fría 15

a su Leandro, qu´en la mar venía?

No juzga en el principio ser defunto,

mas piensa que nadando se acercava,

acúsale de tardo y en el punto,

de lo dicho perdón le demandava. 20

Acussa y perdón pide todo junto,

mas cuando a las orillas se acercava

y vio que pie ni braço no movía,

elósele la sangre que tenía.

Tan yerta como el muerto se ha quedado 25

sin mover pie, ni mano, ni aun pestaña,

dichosa si la muerte en tal estado

quisiera executar su furia y saña,

su desdicha en sentido la ha tornado

y quisiere engañar y no se engaña, 30

que como la verdad tan cierta hallava,

murióse cuando vio que muerto estava.

Raviosa de los dioses se querella,

los ojos levantados contra el cielo,

diziendo que imbidiosos de su estrella 35

le quitaron su bien y su consuelo.

Tanta agua sale de los ojos d´ella,

que corre en abundancia por el suelo,
y como en su llorar nunca parava,
con lágrimas el mar acrescentava. 40

Los cielos con su llanto romper quiere,
la madexa dorada maltratando,
con mano despiadada el pecho hiere,
las uñas en sus carnes señalando,
con las tristes palabras que refiere, 45
a los monstruos marinos va domando,
tras un ¡ay! que del alma le salía,
el aire con sospiros encendía.

Suspéndela el dolor, ansia y tormento,
el trabajo, pasión, afán y pena. 50
Sin sentido le dexa el descontento
y la mucha tristeza la enagena.
Mirad a su miseria qué descuento,
que la suma congoxa le era buena,
por no sentir, pues cuando en sí bolví, 55
estremos eran grandes los que hazía.

De nuevo, cual si culpa le tuviera,
despedaça el cabello de oro fino,
y como si su rostro lo deviera,
le sulca con crueza y desatino; 60
del modo que si pena meresciera,
en sangre baña el pecho alabastrino,
si d'este oficio algún rato cessava,
palabras eran tales las que hablava:

“¿A do está el resplandor de tu figura?, 65
¡o mi eclipsado sol!, ¡o claros días!
¿Adónde tu belleza y hermosura?

¡o mal gozado bien!, ¡o anima mía!
¿Adó el color de nieve y grana pura?,
¡o mi perdido gozo!, ¡o mi alegría! 70
¿Adó toda mi luz, todo mi abrigo?,
¡o mal logrado esposo!, ¡o dulce amigo!.

¿Son éstas, di, las bodas que aguardava,
el tálamo y la boda desseada,
los hijos y progenie que sperava, 75
y verme de ti y d'ellos rodeada?
Mas, pues, vida que tanto desseava
de mi hado cruel me fue negada,
acompañarte, en todo caso, quiero.
Espérame, no partas, que ya muero. 80

Espérame que quiero acompañarte
y serlo yo de ti, que assí conviene,
ninguno como yo podrá guiarte,
ni a mí, sino tu guía bien me viene;
no puedo, ni querré, desampararte, 85
pues mi alma en la tuya se sostiene,
y assí de estar las dos juntas unidas
de un golpe dio la muerte dos heridas.

¿Qué yerro contra ti he yo cometido,
por el cual, ¡ay dolor!, de mí te alexas? 90
¿No eres tú mi esposo muy querido
e yo tu esposa? ¿Pues por qué me dexas?
¡O malvada!, el juizio he ya perdido,
pues de mi fiel Leandro formo quexas.
No mires, dulce amor, a lo que digo. 95
Recíbeme mi bien allá contigo.

Aguardándome estás, que no lo dudo,
pues sé bien cuánto fui de ti querida;
si mi amor engañarse en esto pudo,
con engaño estaré mi breve vida. 100

Aparejarme quiero al salto crudo,
más pío, pues seré contigo unida.
¿Qué hago, en qué me tardo, o qué espero?
A do murió Leandro, muera Hero. 105

Si una llama de amor fue de tal suerte,
que juntos a los dos bastó abrasarnos,
¿por qué no será un agua así tan fuerte
que también a los dos pueda ahogarnos?
Si vida no ha bastado, ¿por qué muerte, 110
y en passo tal, podrá diferenciarnos?
Ora sean ganadas o perdidas,
párezcanse las muertes a las vidas.

SONETO DE AUTOR NO CONOCIDO

Pues tuve corazón para partirme,
tampoco ha de faltar para matarme,
que menos mal será desesperarme,
que fue de vos, señora, despedirme.

A mí mesmo no puedo ya sufrirme,
cuando de que os dexé vengo a acordarme.
¿Mas qué muerte podrá de mí vengarme?
¿Cómo es esta memoria y no morirme?

Al corazón confieso he levantado,
que comigo le traxe a la partida,
porque de que os le di, no os ha dexado.

Sin el alma y sin él fue mi venida,
y de venir así no esté espantado,

pues bivo yo sin vos que sois mi vida.

GLOSA

De hoy más, si por traidor fuere acusado,
no hay respuesta que dar que satisfaga;
si fuere por falsario condenado,
confissión bastará solo por paga;
si fuere por infame reputado, 5
no hay bastante razón que por mí haga.
A toda acussación devo rendirme,
pues tuve coraçón para partirme.

Partido vea yo luego al momento,
coraçón para mal tan atrevido. 10
Maldito sea tal atrevimiento,
e yo, que coraçón tal he tenido.
Mas bien está, que agora al pensamiento
el remedio mejor se me ha ofrecido,
que si tuve valor para ausentarme, 15
tampoco ha de faltar para matarme.

Bien siento que a sí mesmo darse muerte
espanta aun a los brutos animales,
mas veo que bivar de una tal suerte,
sufrir no lo podrán los racionales. 20
Cordura es, pues, tomar el menos fuerte,
el más leve y más flaco de dos males,
y entiendo (no hay en esto yo engañarme),
que menos mal será desesperarme.

El cielo se me junta con la tierra 25
en pensar que de vos yo hize ausencia;
Más frío que la más elada sierra
estoy, no estado yo en vuestra presencia:

el claro sol, no sé cómo no cierra
su luz mi maldita inadvertencia. 30
¿Quién la causa pudiesse ora dezirme,
que fue de vos, señora, despedirme?

Desseo, si pudiera ser possible,
hallar alguna excusa suficiente,
y como darla en esto es imposible, 35
sin seso estoy, y es poco, de impaciente.
La noche y día m'es aborrescible,
la soledad y el trato de la gente.
De pensar solo en esto y afligirme
a mí mesmo, no puedo ya sufrirme. 40

¡O, si oscuros abismos se me abriessen
y consigo al instante m'encerrassen!
¡O, si ravorosas tigres me saliessen
y en mí luego su furia essecutassen!,
¡O, si paridas ossas concurriessen 45
y mi cuerpo sin más despedaçassen!,
¡O, si lobos viniessen a tragarme,
cuando de que os dexé vengo a acordarme!

Por muerte assí cruel, de amores ardo,
más no hay cumplirse en cosa mi desseo, 50
sospecho que por solo que la aguardo,
no vendrá: de mi dicha assí lo creo.
A vengança mayor pienso me guardo,
por la grave maldad de que soy reo,
porque memoria d'ella y no acabarme, 55
más que muerte, podrá de mí vengarme.

Parésceme que tengo algún consuelo,
con tan justa vengança cual ninguna,

pues por más que lo pienso y me desuelo
buscándola entre todas de una en una, 60
no l'hay desde lo baxo d'este suelo
hasta lo más supremo de la luna,
que tanto pueda en vida consumirme,
como es esta memoria y no morirme.

Esta justa vengança y digna pena 65
corresponde al delicto cometida,
ninguna otra a mi yerro fuera buena,
ella sola a medida le ha venido.
Mas otra culpa agora em condena,
tras una necesidad, otra ha caído, 70
que un falso testimonio no pensado,
al corazón confieso he levantado.

A corazón qu'en fe no tiene precio,
en constancia, firmeza pura, entera,
como vil sementido y como necio, 75
cual otro imaginarse no pudiera,
con desacato grande y menosprecio,
falsedad levante que no deviera,
diziendo una mentira conocida,
que comigo le traxe a la partida. 80

Qué desatino fuera y qué locura,
que estando en vos extremo de belleza,
de gracia, de virtud y de cordura,
bolviesse a mí el extremo de vileza,
no contemplo tan mal nuestra hermosura, 85
para hazer ni aún pensar tan gran baxeza,
y assí en vos solamente será hallado,
porque desde os le di, no os ha dexado.

Jurado tiene ya de no dexaros,
 dado que allá le hagáis mal tratamiento, 90
 juro cualquier injuria comportaros,
 a trueco de no hazer apartamiento,
 y el alma (porque son amigos caros
 los dos), se fue tras él en seguimiento,
 por lo cual en tan triste despedida 95
 sin el alma y sin él fue mi venida.

Aquí vine yo al fin cual merescía
 sin alma, corazón, sin cosa buena,
 qu'en partirme de vos toda alegría
 al instante de mí se hizo agena, 100
 tuvieron y tendrán me compañía,
 dolor, ansia, tormento, afán y pena.
 Yo vine cierto bien acompañado,
 y de venir assí no esto espantado.

¿Quién pudiera venir mejor conmigo, 105
 partiéndome de vos? ¡O dolor fuerte!
 ¿Es possible qu'en vida, yo esto digo,
 que de vos me partí? ¡O dura suerte!
 ¡O traidor y de mi proprio enemigo,
 que yo mesmo a mí mesmo di la muerte, 110
 yo mesmo de mi mesmo fui homicida,
 pues bive yo sin vos que sois mi vida.

*El fin de la segunda parte de la Segunda Diana de Jorge de
 Montemayor.*

5.- ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

	PÁGINAS
- A más que ser varón se me tuviera...	9
- A ti, de los mortales, el consuelo...	262
- A ti, el más de los hombres atrevido...	268
- Al cansado agradable es el reposo...	223
- Amor en dar descanso es tan experto...	14
- Amor en dar fatiga es tan experto...	14
- ¡Ay de mí! Cuánto está firme...	163
- Bella pastora Diana...	34
- Bien merescas tú por ti...	218
- Búrleme con amor, amor conmigo...	26
- Cresce con pena y dolor...	139
- Cuando yo triste y mezquino...	52
- Dezis que deseáis, zagala mía...	215
- ¿De dónde, o papel mío, tal ventura...	16
- De hoy, mas si por traidor fuere escusado...	290
- De los pollicos tiernos, la manada...	30
- De mí mismo tengo quexa...	218
- El murciélago está muy confiado...	40
- El oficio de pastor...	220
- El silencio de la noche...	244
- Enojado Cupido de mí estaba...	54
- En todo lo criado...	59
- Estando sumamente alegre Apolo...	79
-Fílida, zagala mía...	121
- Hazed eterna, amantes, a mi memoria...	195
- Hero de un alta torre lo mirava...	285

	PÁGINAS
- La bella malmaridada...	211
- La presencia del lobo carnicero	30
- La tierra dexará de ser pesada...	29
- Los años del que más bivió en el suelo...	31
- Los rasos campos y los verdes prados...	40
- Llegado he de saber, más con mi daño...	223
-Mira cuánto te he dado...	219
- No es possible qu'en amar...	218
- No prueves otro zagal...	218
- No ser en lo que he dicho, mentiroso...	15
- No ser en lo que t'he dicho, mentiroso...	15
- No tan fiel, ni sujeto al dios Cupido...	135
- No tan rebelde a Amor, ni desdeñosa...	131
- Nunca falta lo contino...	216
- Olvidarte he yo entonces, ¡o, amor mío!...	91
- O digo qu'entre tanto que se huviese	31
- ¡O hija!, qu'en las linfas...	111
- ¡O, mi Stela, mi bien, mi sola diosa...	173
- ¡O mundo, mas no mundo inmundo	107
- Parisiles, tu canto doloroso..	112
- Passado aquel diluvio vengativo...	66
- Pastores, ora escuchad...	47
- Podrá verse ir el cielo con sossiego...	29
- Pues es mi hado y ventura...	149
- Pues tuve corazón para partirme...	289
- ¿Qué (es) esto que aquí veo en este prado?	44

- ¡Qué priessa os dáis, zagal, a lastimarme	214
- Quien entra, mire bien cómo ha bivido...	118
- Quien del manjar no gusta de Cupido...	14
- Quien gusta del manjar del dios Cupido...	13
- Quien pone en Fortuna lengua...	246
- Según la sombra d'él le ha escurecido...	178
- Señales de valor grande y crecido...	55
- Si de Helena o Narciso la figura...	8
- Si el templado venterico...	213
- Si lágrimas amando derramamos...	161
- Si me encomiendas el pasto...	227
- Si mi tañer y canto...	101
- Si pequeña ocasión bastante ha sido...	210
- Si quisieres Fausto leer...	224
- Sobre las raudas aguas del estrecho...	285
- Soy de Diana en hermosura una...	45
-Te di siempre y aún te doy...	219
-Vosotros, que querellas havéis dado...	248
- Yo digo que entre tanto que se huviese...	30
- Yo que ya no soy por ti...	17
-Zagala, no te puedo más...	217

6.- LISTA DE LOS NOMBRES DE LOS PERSONAJES DE LA OBRA

Agenesta, esposa de Rotindo (rey de Eolia).

Agenestor, príncipe de Eolia, hijo de Rotindo y Agenesta.

Anfilardo, criado de Dardanea primero, después de Disteo.

Arsileo, pastor enamorado de Belisa.

Belisa, pastora enamorada de Arsileo.

Calasta, madre adoptiva de Delicio.

Cardenia, pastora enamorada del pastor Fausto, después de Carizo.

Carizo, pastor apuesto enamorado de Cardenia.

Carposto, padre adoptivo de Delicio.

*Cinthia, ninfa que sirve a Felicia.

Crimene, ninfa del Duero, amiga íntima de Stela.

Coríneo, nombre verdadero del pastor Disteo.

Danteo, pastor portugués, esposo de Duarda.

Dardanea, pastora viuda de Fenubio, enamorada de Disteo.

*Delicio, cortesano disfrazado de pastor, hermano de Partenio, enamorado de la ninfa Stela.

*Delio, esposo de Diana.

*Diana, una de las protagonistas de la obra.

Dinia, nombre verdadero de Dardanea.

Disteo, enamorado de Dardanea.

*Dórida, ninfa que sirve a Felicia.

Driadas, ninfas/ semidiosas habitadoras de las selvas.

Duarda, pastora portuguesa, esposa de Danteo.

Fausto, pastor enamorado de Cardenia, después de Diana.

*Felicia, sabia.

*Felis, esposo de Felismena.

*Felismena, esposa de don Felis.

Firmio, pastor enamorado de Diana.

Gorforosto, pastor fiero enamorado de la ninfa Stela, se le compara con Polifemo.

Hamadriadas, ninfas/ semidiosas de los árboles.

Luztea, hija de Disteo y Dardanea.

Martandro, caballero que acompaña a Delicio y Partenio en busca de sus amigos Disteo y Dardanea.

Marteia, pastora enamorada del pastor Beldaniso.

Napeas, ninfas.

Náyades, ninfas.

Oreadas, ninfas.

Palna, criada de Disteo, después de Dardanea, tía de Placindo.

Parisiles, anciano padre de la ninfa Stela, discípulo de Júpiter.

Partenio, cortesano disfrazado de pastor, hermano de Delicio, enamorado de la ninfa Stela.

Placindo, criado de Disteo.

*Polidora, ninfa que sirve a Felicia.

Rotindo, rey de Eolia, esposo de Agenesta y padre de Agenestor, acoge a Delicio y Partenio.

Sagastes, hermano de Dardanea, enamorado y esposo de Marteia.

Sarcordo, padre adoptivo de Partenio.

*Selvagia, pastora casada con Silvano.

*Silvano, pastor casado con Selvagia.

*Sireno, pastor olvidado de Diana gracias a la bebida de la sabia Felicia.

Stela, ninfa muy hermosa del Duero, hija del anciano Parisiles. De ella se enamoraran Delicio, Partenio y el fiero Gorforosto.

*Los nombres que figuran precedidos de asterisco son de personajes que aparecen en la primera *Diana* de Jorge de Montemayor.

B. ESTUDIO

1.- INTRODUCCIÓN

Dada la importancia de la obra *La Diana* del portugués Jorge de Montemayor, quizá la crítica ha desatendido una de sus continuaciones más conocidas y famosas, ésta de Alonso Pérez. Probablemente se puede comparar a la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva, que tuvo tanto éxito en la época. En 1565 ya estaban en manos de los lectores un buen número de *Dianas* de Montemayor, de Alonso Pérez y de Gaspar Gil Polo, y, por tanto, el género tenía sus características establecidas. Este trabajo sobre la *Segunda Diana* surge para intentar esclarecer un poco más, si cabe, el entramado del nuevo género literario del siglo XVI: la novela pastoril española.

El género literario pastoril agruparía un vasto número de obras desde Grecia y Roma a través de las literaturas europeas, en las cuales se establecería la consideración del “pastor” como un ente que condiciona de un modo u otro por su naturaleza la obra de creación literaria que a él se refiere y que en él toma fundamento y razón de ser, y en torno del cual se sitúa un ambiente con el que se formaliza el conjunto de la expresión literaria.

Aquí estudiaré lo que la práctica narrativa fue constituyendo como género pastoril desde la fecha en que el portugués Jorge de Montemayor dio a la luz su obra y, con ella, toda una estela de continuadores o seguidores que fueron los que configuraron “la teoría silenciosa”⁵⁶ del género. López Estrada se refiere a la combinación de prosa y verso que desarrolla una intriga pastoril, donde el amor es tema esencial, sin olvidar la presencia de otros aspectos como son el mundo cortesano, los toques humanísticos, etc.

Sismondi, crítico literario neoclásico, pone de relieve el brillante éxito de la *Diana* inmediato al del *Amadís*, y lo mismo que éste con los libros de caballerías, “también la *Diana* fue seguida de un tropel de novelas pastorales”⁵⁷. Menéndez Pelayo también habla de la importancia de la *Diana*: “fue el mayor éxito que se hubiese visto en libros de entretenimiento, después del *Amadís* y la *Celestina*” y traza un cuadro de su influjo en Europa. Después estudia las *Dianas* de Alonso Pérez, Gaspar Gil Polo, Tejeda, Ponce, y las obras pastoriles de Lofrasso y Gálvez de Montalvo, hasta dar en la

⁵⁶ Francisco López Estrada, *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, Gredos, 1974, pág. 546.

⁵⁷ F. López Estrada, *Los libros...*, Madrid, Gredos, 1974, págs. 27-29.

Galatea. Quizá el estudio más completo sobre la amplia difusión de la obra es el de Eugenio Fasalba sobre la *Diana* en Europa⁵⁸.

Riley reflexiona sobre las diferencias entre novela y *romance* y dentro de este último tipo incluye el género pastoril⁵⁹. El *romance* y, por tanto, la narración pastoril presentan las siguientes características:

- 1) El argumento suele ser una historia de amor.
- 2) Queda más próxima al mito que la novela.
- 3) Los personajes son simplificaciones psicológicas.
- 4) Tiempo y lugar no se determinan demasiado por criterios empíricos.
- 5) La descripción de detalles externos a menudo es abundante, rica y sensual, el estilo verbal suele ser elevado.
- 6) La narración suele ser muy a la moda de su época, compuesta según la sensibilidad del siglo.

Estos rasgos, más lo señalado por López Estrada sobre la teoría poética del género, la cual no se llegó a formular, constituyen lo que el género pastoril necesita para su consideración como tal género.

En la narración de Alonso Pérez, evidentemente, se encuentran todos estos elementos que la convierten en un miembro más de los que integran el llamado género pastoril. Por un lado, en esta obra no se da una sola historia de amor (entre Silvano/Sireno y Diana), sino muchas, lo cual convierte este asunto en temática central del libro. En él, el amor disfrutado en plenitud está rodeado por diversos casos que encuentran su solución al final del libro. Por otro lado, la proximidad a la mitología aparece en la obra de Pérez en forma de ninfas, dioses (por ejemplo, el dios Pan), seres sobrenaturales o con poderes (la sabia Felicia, presente también en *Los siete libros de la Diana* de Montemayor) y un tiempo y un espacio mítico, heredero del *locus amoenus*: se trata de un lugar idílico donde se encuentran los pastores y pastoras y confidente de sus amores. Por último, los personajes, encarnados por pastores, están ocupados únicamente en formular sus quejas de amor y ausencia.

Es evidente que la obra de Alonso Pérez obedece tanto a una experiencia personal como a una moda de la época, donde no sólo se sirve de la *poética silenciosa*

⁵⁸ Eugenia Fasalba, *La Diana en Europa: ediciones, traducciones e influencias*, Barcelona, Universidad Autónoma, 1994.

⁵⁹ Edward. C. Riley, "Géneros y contragénero novelescos" en *Literatura en la época del Emperador*, ed. de Víctor García de la Concha, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1988, pág. 197-208, dice que "cada obra nueva en cierto grado modifica al género al que pertenece" (pág. 197).

del género, sino de otras manifestaciones literarias e ideológicas que convierten este libro en una continuación destacada y que merece ser estudiada.

Por estos factores, *La Segunda Diana* de Alonso Pérez vio la luz casi en una veintena de ocasiones entre 1563 y 1662: así queda atestiguado por un importante trabajo de Florian Smieja⁶⁰ y queda manifiesta la fama que la obra alcanzó. La historia literaria ha aceptado como *editio princeps* la de Valencia de 1564, hasta que el propio Smieja descubrió en la Universidad de Cracovia un ejemplar de una edición de Valencia de 1563 y Avalle- Arce descubrió otro ejemplar de esa edición en la Biblioteca del Escorial (signatura 37- VI- 21)⁶¹.

La edición que he utilizado es la de 1574, publicada en Venecia por Giovanni Comenzini, que, actualmente, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Consta de 219 folios en los que se encuentran los ocho libros de *La segunda parte de la Diana de Montemayor*, a las que se suman 5 folios más en las que se incluyen dos sonetos y sus correspondientes glosas.

⁶⁰ Florian Smieja, “La señora no es para la hoguera: el caso de *La segunda parte de la Diana* de Alonso Pérez”, en *Actas del VI congreso Internacional de Hispanistas*, Toronto, Universidad de Toronto, 1980.

⁶¹ Juan Bautista Avalle- Arce, *La novela pastoril española*, Madrid, Itsmo, 1955, págs. 136-137.

2.- NOTICIA BIOGRÁFICA

La identidad de Alonso Pérez sigue rodeada de misterio. La teoría más destacada sobre su biografía es la que proporciona Avalor- Arce⁶². Se trata del doctor Alonso Pérez, natural de Don Benito (provincia de Badajoz), quien estudió en Sigüenza, y en octubre de 1562 entró en el Colegio del Arzobispo de la Universidad de Salamanca, donde llegó a ser catedrático y murió en 1596. Dejó dos obras que bien pueden explicar el antiplatonismo y escolasticismo del novelista Alonso Pérez: *Summa totius meteorologia facultatis et rerum copia uberrima...cui etiam Aristoteli textus in fine Epitome appenditur* (Salamanca, herederos de Juan de Cánova, 1576) y *Epitome in libros Meteorologicos Aristotelis* (Salamanca, herederos de Juan Cánova, 1576).

A comienzos del siglo XVII, un ingenio anónimo escribió una *Floresta española* y en ésta se lee: “En aquella universidad [la de Salamanca], en lo tocante a la notomía, a sido la primera el licenciado Alonso Pérez, que escribió *La Segunda Diana* y otras obras bien curiosas”⁶³.

Como no conocemos otras obras del novelista Alonso Pérez, me parece sostenible la identificación que hace Avalor- Arce sobre la biografía de nuestro autor.

A pesar de la problemática sobre la biografía de Pérez, de quien sí tenemos datos de su vida y obra es del primer impresor de la novela en Venecia, Alonso de Ulloa⁶⁴. Conviene repasar su biografía porque podría arrojar alguna luz sobre al autor.

La accidentada vida de Alfonso de Ulloa, divulgador de la cultura española en Italia, “nos ha llegado poco a poco, al azar de fortuitos hallazgos en bibliotecas y archivos”. No es posible tener aún una relación completa de su biografía. Algunos manuscritos nos indican que Ulloa, todavía adolescente, vivió en la República de Venecia, y nos permiten sospechar los motivos de su encarcelamiento en 1569 y de su muerte.

Según nos sigue indicando Arróniz, muy poco se sabe sobre su familia; el propio autor dirige unas palabras a su padre: « Francisco de Ulloa, cavallero nobilissimo ». Ulloa nos indica de esa manera la categoría social en que veía o quería ver a su padre. Igualmente nos señala el hecho de haber quedado huérfano desde temprana edad. Nada

⁶² J. B. Avalor-Arce, *La novela pastoril...* págs. 105- 116.

⁶³ Luis Sánchez Costa, “La Península a principios del siglo XVII”, *RHi*, 34 (1915), 513. Tomo la referencia de Avalor- Arce, pág. 116.

⁶⁴ Othón Arróniz, “Alfonso de Ulloa (servidor de don Juan Hurtado de Mendoza)”, *Bulletin Hispanique*, 70 (1968), págs. 437- 454, que sigo muy de cerca.

sabemos del lugar de su nacimiento. Algunos afirman que nació en Toro, provincia de Zamora, otros se inclinan por Extremadura basándose sin duda en la amistad de los Ulloa con el extremeño Hernán Cortés. No es posible en consecuencia, descubrir el lugar de origen de nuestro escritor. La situación de la familia Ulloa no debe haber sido, en todo caso, tan elevada como parece sugerir la frase « cavallero nobilissimo », ya que Ulloa no mereció consideración especial de ninguna clase.

De cualquier manera, quizá con el apoyo del propio Cortés, Ulloa se trasladó de España a Italia siendo muy joven, pues bien pronto entró al servicio del embajador de España en Venecia en 1546; primero como paje, después como escribiente en la época de Don Juan de Mendoza. Es necesario tener en cuenta, por otra parte, que Ulloa necesitó algunos años para familiarizarse con el italiano literario. No olvidemos que en 1552 hace ya su primera traducción con un buen conocimiento de lo que gustaba entonces al gran público italiano. Es posible –sugiere Arróniz– que su vocación de literato surgiera de sus visitas a la famosa biblioteca de don Diego Hurtado de Mendoza. Peraxylos (Amoldo Arlenio), bibliotecario de Mendoza, pudo haber sido quien orientara sus primeros pasos literarios. Así tendríamos una explicación del seguro conocimiento con que seis años más tarde editó para los italianos *La Celestina*, *La Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, las poesías de Garcilaso de la Vega y de Boscán, *La Diana* de Montemayor, etc... El mismo don Diego pudo haberlo aconsejado para que siguiera la carrera de las letras.

El intento de comerciar con libros en lengua española o con traducciones del español en italiano tenía ya algunos precedentes. La idea resultó sin duda excelente desde el punto de vista económico, pues a ella vemos que Ulloa consagra los restantes 18 años de su vida. En ellos realiza una intensa labor que no deben hacernos olvidar su importancia como medio divulgador de una cultura en otra. De las obras conocidas tenemos⁶⁵:

a) Trece obras editadas en lengua española: entre las cuales debemos destacar la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, 1553; *La Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, 1553; las obras de Garcilaso y Boscán, 1553; *El Orlando Furioso*, de Ariosto, 1553; los sonetos, canciones, madrigales y sextinas de Petrarca, 1567; *La Diana*, de Montemayor, 1568; *La segunda Diana* de Alonso Pérez, etc...

⁶⁵ Sigo valiéndome aquí del artículo citado en la nota anterior.

b) Una obra editada en lengua italiana: *Las Novelle*, de Matteo Bandello y cuatro traducciones del italiano al español: *El Duello*, de Mutio (1552); *La Exposición de todos los lugares dificultosos*, de Ludovico Dolce; *las Sentencias* recogidas por Nicolas Liburnio (1553) y el *Diálogo de las empresas militares y amorosas*, de Paulo Jovio (1558).

c) Veinticuatro traducciones del español al italiano: entre las cuales podemos señalar las obras de Antonio de Guevara; *la Historia de los turcos*, de Vasco Díaz Tanco; las obras de Pedro Mexía, etc...

d) Dos traducciones del portugués al italiano: *El Asia* de Juan de Barros y la *Historia de las Indias Orientales*, por Fernando López de Castañeda.

e) Dos obras compuestas originalmente en español: *El Suceso de la Jornada... en los Gelves*, 1562 y los *Comentarios de la Guerra que...* de don Hernando Álvarez de Toledo... 1569.

f) Once obras originalmente compuestas en italiano: *Vidas de Carlos V*, de Ferrante Gonzaga; *Historia de Europa*; *Historia de Zighet, rey de los Turcos*, etc...

En 1569 hallamos a Ulloa en prisión, y desde allí solicita la protección de don Diego de Guzmán y Silva, embajador en Londres. Sabemos que Ulloa se hallaba en prisión aún el 28 de mayo de 1570, esto es, casi un año después de que había solicitado la protección de don Diego.

Por alguna razón que desconocemos, Ulloa fue condenado el 19 de enero de 1567 por el Tribunal del Consejo de los Diez a ser decapitado entre las dos columnas de la Plaza de San Marcos. Ulloa, que debía tener un cómplice entre los nobles venecianos, recibió la promesa del Consejo de conmutarle la pena de muerte por la de prisión perpetua si delataba a su compañero, con fecha 6 de febrero de ese mismo año le es perdonada la vida e ingresa en la prisión de « Valier ». No vivió mucho tiempo allí. El 16 de junio de 1570 murió de fiebre en las mazmorras venecianas.

3.- ARGUMENTO

La primera reflexión que cabe hacer es que el propio Alonso Pérez se considera a sí mismo como el heredero literario de Montemayor⁶⁶, pues por haber sido amigo suyo, haber recibido sus confidencias literarias y admirarle en extremo, se creyó capacitado para continuar sus obras y a ello se dio prisa por temor, como indica en el prólogo de que saliera otra segunda parte antes de la suya. Así lo expresa en el “Argumento” de su obra:

Empero, como tan célebre varón nos falte, parecióme que ninguno mejor que yo podría en sus obras suceder. Y esto no por mi suficiencia (vaya fuera toda arrogancia), más por la mucha afición que a su escritura con justa causa siempre he tenido [...] Desengañese quien pensare igualársele en facilidad de composición, dulçura en el verso y equivocación en los vocablos [...]. Por ser esta obrezilla segunda parte de la *Diana*, no quiere argumento, pues prosigue lo comenzado en la primera, más de lo que en breves palabras diré. Antes que de España se fuesse Montemayor, no se desdeñó comunicar conmigo el intento que para hazer segunda parte a su *Diana* tenía, y entre otras cosas que me dixo fue que avía de casar a Sireno con Diana, embiudada de Delio. Como yo le dixesse que casándola con Sireno, con quien ella tanto desseava, si avía de guardar su honestidad, como avía comenzado, era en algún modo cerrar las puertas para no poder más della escrevir, y que mi parescer era que la hiziesse biuda y requestada de algunos pastores juntamente con Sireno, le agradó y propuso hazerlo. De manera que el consejo que a él di he tomado para mí. Assí que a quien ésta leyere, no debe pesar porque Diana enbiude y por ahora no se case, siendo de algunos beneméritos pastores en competencia requerida, pues queda agradable materia levantada para tercera parte, que saldrá presto a luz, si Dios fuere servido.

Así que Alonso Pérez se presenta como heredero de algunas ideas de Montemayor y, al mismo tiempo, como origen de algunas ideas aceptadas por el portugués. La obra está dividida en ocho libros, a través de los cuales, el autor muestra un panorama amplio de lo que debía ser una novela de pastores.

⁶⁶ En la “Epístola al lector” dice paladinamente: “Como tan célebre varón [Montemayor] falte, parecióme que ninguno mejor que yo podía en sus obras suceder”. Tomo la referencia de Avalle- Arce, pág. 105.

El **Libro I** tiene como punto de partida la aparición de la *sabia Felicia*, conocedora de todas las historias de amor de los pastores, narradas por Alonso Pérez a lo largo de la novela. La obra comienza una noche en la cual Felicia recrimina a dos de los personajes principales (Silvano y Selvagia) que tengan descuidado su ganado y, para solucionarlo, les recomienda que partan con él a los montes y prados para que se recupere: “Ruegooslo, porque poniendo recado a vuestro ganado lo podréis hacer muy bien, que yo os prometo que antes que a vuestras casas lleguéis, hallaréis a quien sabrá muy bien tener en cuenta con el ganado”⁶⁷; ellos aceptan la petición y parten.

Aparecen a lo largo de este primer libro numerosos diálogos entre los personajes principales, la mayoría de contenido amoroso. El primer diálogo al que asistimos es el de Silvano y Selvagia, en el que ella se muestra muy amable con su amado y sugiere la posibilidad del matrimonio: “Después que la muger da possession de sí al hombre, le entrega también la jurisdicción de su libertad con el sí del dulce matrimonio. Y en esto veré el amor que me tienes, si usas d’este agradable vínculo conforme a sus justas leyes dexando las supersticiosas vanidades del ilícito amor”.

Continúa este primer libro y entra en escena el tercero de este “triángulo amoroso” que es *el olvidado* Sireno, que también requirió, en su momento, los amores de Selvagia, aunque ésta se decidió por Silvano. Entre ellos media la sabia Felicia: “Por mí sé, Sireno, todos están de tu parecer; si no pregúntenlo a tu competidor y a su querida Selvagia”. A pesar de la incomodidad de Sireno, Felicia le obliga a que acompañe a Silvano y Selvagia con el ganado y así lo hace, a pesar de que él guarda cierto rencor a su competidor por quitarle a su amada.

Son numerosas las ocasiones a lo largo de la obra en que los pastores, de acuerdo con una convención bien conocida, toman su zampoña y cantan; la mayoría de canciones tratan de amor, pero con una gran amplitud de enfoques (desencuentros entre los amantes, obstáculos para el amor, amor no correspondido, queja a Cupido, la naturaleza del amor...). Vemos aquí la primera ocasión en la que Silvano y Sireno cantan; tres son los núcleos temáticos de dicha canción: en primer lugar, tratan de la *naturaleza del amor* (cada uno lo interpreta de una manera); en segundo lugar, Sireno ataca a Cupido y, a continuación, Silvano apoya al dios del amor. Por último, tiene lugar el enfrentamiento entre ambos pastores, de acuerdo con el conocido esquema opositivo del canto amebeo. He aquí un ejemplo⁶⁸:

⁶⁷ Pág. 11.

⁶⁸ Pág. 15.

Sireno

[...]pues de Diana en mí me he transformado,
vaya, vaya el amor, que no le quiero,
pues es desapazible compañero.

Silvano

[...]pues me he de mí en Selvagia transformado,
venga, venga el amor, que sí le quiero,
pues es tan apacible compañero.

A la mañana siguiente, andando por los montes y prados, los tres pastores (Silvano, Sireno y Selvagia) se encuentran con un pastor anónimo que les da buena conversación y una carta. Sireno será el encargado de leerla. La carta explica que una pastora es cruel con un pastor, ya que no le corresponde. Él está tan desesperado por no tener su amor que incluso está dispuesto a “beber de su copa y comer los huesos que ella deja”, todo por conseguir un *beso* de su amada. Encontramos aquí uno de los ejemplos más claros de reminiscencia de la lírica cancioneril amorosa del siglo XV y del *amor cortés*. El autor utiliza, por un lado, la terminología propia de la corte como “señora” (v. 44), “servir” (v. 244) y, por otro lado, el lenguaje típicamente popular como “zagala” (v. 214). En los versos se puede apreciar esa “desesperación” del pastor; la poesía parece sumamente refinada en su contenido, aunque, en la forma, Pérez utiliza el verso octosilábico, propio de la poesía típicamente castellana, que estudiaremos más adelante. El texto utiliza los consabidos juegos conceptuales (antítesis, pardojas, etc.) de la poesía cancioneril:

Procurado he hasta agora
resistir a tu poder
y hallo ya qu’el vencer
es serlo de ti, señora⁶⁹. (vv. 41- 44)

Con que no finjas jamás
que amo alguna sino a ti,

⁶⁹ Pág. 18- 19.

a tu clemencia pues llamo,
y en merced solo demando
no estés con mi amor burlando
ni finjas que no te amo.⁷⁰ (vv. 138-143)

Leída la carta, el pastor anónimo se va, dejando a los pastores acongojados por no saber de quién se trata. Los tres (Sireno, Selvagia y Silvano) siguen su camino: van de un prado a otro con el fin de descansar, siguen un arroyo de aguas cristalinas y aquí el autor hace una descripción minuciosa de lo que podríamos considerar un *locus amoenus*. Tiene todos los ingredientes necesarios para considerarlo así (árboles, pájaros, arroyos de agua clara...). Continúan los diálogos entre los tres pastores; los enamorados Silvano y Selvagia y el solitario y olvidado Sireno cantan al amor, pero con una premisa: Silvano lo posee y Sireno carece de él.

Sería tedioso señalar todas las canciones de nuestros protagonistas, pero cabe mencionar la canción de amor que se dedican Selvagia y Silvano. Un hecho destacable es que mientras los pastores continúan su camino, se encuentran con el ganado de Diana. Selvagia decide que deben saludar a la bella pastora Diana a su marido Delio. Ante su presencia, Silvano la ataca sin piedad por lo que les hizo a él y a Sireno y la llama “íngnata y desdeñosa Diana”. Finalmente, a pesar de su rencor, Diana les ablanda el corazón al escuchar sus palabras que explican su condición de malcasada: “Ojalá los dioses fueran piadosos conmigo”, “¿Qué será esto que lo que en otro tiempo me causava alegría, agora me acarrea tristeza?”, “¡Ay, ay, ay!”⁷¹.

Ante la atenta mirada de los pastores, aparece un pastor que escucha el lamento de Diana, llamado Firmio, que se queda atónito y acongojado ante lo que acaba de escuchar. Se muestra sorprendido por la belleza de Diana y se enamora perdidamente de ella: “Pastora, por este dicho, /que quien de amor assí pena/ no es mucho aver esto dicho”, a pesar de que sabe que por este amor puede llegar a sufrir mucho. Firmio coge su rabel y le dedica una canción a Diana donde alaba su hermosura: “Ninguna cosa te falta/para muy perfecta ser”⁷².

Escuchada su canción, Sireno habla con Firmio y le advierte lo que le puede pasar a su ganado si lo deja abandonado; sin duda, una metáfora de lo que le ocurrirá a

⁷⁰ Pág. 22.

⁷¹ Pág. 33.

⁷² Pág. 35.

él si no cesa en su empeño por cortejar a Diana. También Silvano y Selvagia le dicen que se mantenga alejado de Diana, pero Firmio sale airoso de la conversación y explica que no hay nada ni nadie que le pueda apartar de aquella a la que considera ya su bella pastora: “No haya más pastores, por mi amor”. A continuación, todos hacen una reflexión sobre el poder que tiene Cupido y la naturaleza del amor. Se discute la idea “Todos amaríamos en igual grado, si con toda su fuerza Cupido a cada uno hiriese”. Sireno queda impresionado por la sabiduría de Firmio acerca del amor y le pide que les acompañe: todos prosiguen juntos el camino mientras que recitan sonetos y cantan al amor.

A pesar de sus advertencias, Firmio no comprende por qué los tres pastores juzgan mal a Diana hasta que aparecen otros pastores anónimos que se lo explican y le cuentan cómo, gracias a una bebida de la sabia Felicia, Sireno ha olvidado todo el mal que le produjo la bella pastora, hecho que hiere profundamente a Diana. Todos, apenados, tratan de ayudar a Diana y le piden que cante para que olvide lo ocurrido, aunque ella solo puede llorar. Al fin, Sireno decide que va a presentar a Firmio a su enamorada y él le dedica unos versos a la zampoña de Diana: “Soy de Diana, en hermosura una; no me quite de aquí persona alguna”⁷³. Ante la presencia de la pastora, Firmio se muestra muy nervioso y entablan una pequeña conversación seguida de una canción donde él le muestra, sin tapujos, su más profundo sentimiento. No será hasta la última estrofa de la canción donde Diana se da perfecta cuenta de que está enamorado de ella.

Al oír las palabras de Firmio, Diana decide evitarle e ir en busca de su marido, el rico pastor Delio, aunque antes debe mantener una última conversación con los pastores y les pregunta cuándo partirán. Ellos le contestan que pronto, ya que no pueden hacer esperar más a la sabia Felicia, que les está esperando en su palacio. Diana se muestra triste y apenada por la partida y por el recuerdo de todo lo que le ocurrió con Sireno, pero debe callar puesto que su marido Delio está muy cerca y no debe enterarse. La separación es tan dulce pena que ni siquiera Firmio es capaz de guiar al ganado, por lo que los demás le ayudan. Todos se dirigen hacia el encuentro con Felicia. De esta manera finaliza el primer libro.

El **Libro II** no continúa el hilo argumental del primero; la historia de Diana y Firmio ni se menciona, aunque los protagonistas (Sireno, Silvano y Selvagia) siguen

⁷³ Pág. 45.

estando presentes. Aparecerán en este libro pastores nuevos, historias de amor nuevas... En definitiva, parece como si Alonso Pérez quisiera contarnos historias distintas que se sitúan en compartimentos estancos, aunque en apariencia se yuxtapongan y se entrelacen.

Comienza el libro con el camino que prosiguen nuestros pastores. Mientras se ocupan del ganado aparece un nuevo pastor llamado Fausto (éste solo aparecerá en la primera parte del libro y luego desaparecerá) que canta un romance cuyo tema principal es el amor, en concreto, el poder negativo de Cupido y cómo ese *diosecello* ataca a todos los seres humanos; se muestra muy agresivo con él. Después de recitado el romance, le seguirán dos sonetos: el primero, recitado por Fausto, nos explicará cómo un día pudo librarse de Cupido y el segundo, recitado por Silvano, contará cómo el dios del Amor un día le hirió y compara su poder al del dios de la guerra (Marte). Es una prueba más la presencia de la mitología en toda la obra siguiendo una moda de la época muy frecuente en la pastoril.

Como consecuencia de la escucha de estas composiciones, se produce un diálogo entre los pastores (Silvano, Selvagia, Sireno y Fausto), que tanto gustan al autor, en el que se debate acerca del poder de Amor. Al final, será el nuevo pastor el que cuente su propia historia: un día se enamoró perdidamente de una pastora hermosísima, pero claro está, ella no tenía conocimiento de su loco amor. La única forma de comunicarle sus sentimientos era a través de otra pastora que la acompañaba; ésta le propuso que le escribiera una carta en la que expresara sus verdaderos sentimientos: ella se haría responsable de darle la carta y devolverle una respuesta de la pastora en cuestión; él no ha recibido ninguna respuesta y esto le angustia profundamente: “sentencia de mi gloriosa muerte o venturosa vida”. Curiosamente, tiene un borrador de la carta que él envió y, ante la expectación de los tres pastores, decide leérsela (Carta de Fausto a Cardenia). Se trata de una carta breve y clara donde el pastor le cuenta cómo y dónde se enamoró de ella.

De la carta merece la pena resaltar un par de líneas que dicen así: “demasiado atrevimiento y castigar mi loca osadía”⁷⁴, quizá el autor tome prestadas estas líneas de *La Celestina*, cuando Calisto ve por primera vez a Melibea y le declara su amor. La reacción de su “amada” es hostil: nadie puede tener la osadía de hablarle y mucho

⁷⁴ Pág. 56.

menos de mostrar ningún sentimiento hacia ella sin su consentimiento. Es un punto interesante que puede que se relaciona con la discreción del enamorado cortés..

De nuevo, ante la respuesta de la amada que no llega, Fausto apela a Cupido para que la hiera con su flecha y sea correspondido. Los demás intervienen en la conversación, pero el único que se muestra contrario es Sireno que le advierte que no se fíe nunca de Cupido después de lo que le ocurrió a él con la ingrata pastora Diana.

Otra vez en el camino, se encuentran a la sabia Felicia con sus ninfas y con don Felis y Felismena, nuevos pastores que intervendrán en el libro. La sabia les manda que vayan juntos hacia un lugar espectacular llamado la fuente de los Laureles (don Felis compara este lugar con los mismísimos Campos Elíseos) mientras debaten sobre el poder de Amor, sus consecuencias negativas y sus dolores, que todos comparten⁷⁵. Cuando llegan a este lugar, aparecerá otro nuevo personaje que marcará el resto del libro, es el viejo venerable Parisiles, que ataca despiadadamente a la diosa Fortuna por haberle separado de su amada hija, Stela⁷⁶. De repente, aparece un pastor desconocido y Parisiles, lleno de furia, intenta atacarle, pero éste le detiene y le devuelve a su hija desaparecida que viene acompañada de otra pastora llamada Crimene. Parisiles reconoce a su hija y comienzan a abrazarse, después se presentan todos.

Una vez que el viejo ha encontrado a su hija, reza a los dioses para que se lo lleven, ya ha alcanzado el objetivo de su vida y puede dar la bienvenida a la muerte. Agradece muchísimo a la sabia Felicia el encuentro con su adorada hija y se pone a su disposición para lo que necesite. Ante todos los allí presentes, Parisiles explica cómo se ha dedicado toda su vida a honrar a la diosa Isis, dónde se engendra el amor, cómo obra, por qué el dios del Amor no guarda razón y benevolencia con nadie a pesar de haber sido honrado por Dios y, por último, explica qué es el amor a través del mito de Apolo y Dafne⁷⁷. Todos se muestran impacientes por escucharle y con esta historia Parisiles les mostrará cuál es la naturaleza del amor, presente incluso entre los dioses del Olimpo y las consecuencias que puede tener ser vulnerable ante Cupido.

La historia se interrumpe casi en el final por la aparición de la sabia Felicia con Crimene y el pastor desconocido. Crimene aparece con el rostro tapado; parece fea y sucia, y Felicia se la lleva para lavarla y asearla, a ella y a Stela. Mientras, le pide a Parisiles que termine el cuento mítico que había comenzado. Él lo hace encantado.

⁷⁵ Pág. 58.

⁷⁶ Pág. 59- 61,

⁷⁷ Pág. 66- 77.

Terminada la narración mitológica, todos los pastores preparan las mesas para comer: será en ese mismo instante cuando, ante el asombro de todos, aparece la sabia Felicia de la mano con Crimene y Stela, perfectamente aseadas y vestidas⁷⁸. Todos se quedan asombrados de la belleza de ambas, que genera la envidia de las allí presentes, y Parisiles vuelve a abrazar y besar tiernamente a su hija, despertando la envidia del pastor desconocido por tener a Stela entre sus brazos. Con la comida de los pastores finaliza el segundo libro de *La Diana*.

El **Libro III** comienza donde terminó el segundo. En esta ocasión, parece que Alonso Pérez quiere darle una continuidad al conjunto de la obra, puesto que entre el primero y el segundo no la hay. De nuevo, aparecen los pastores reunidos a la hora de comer y don Felis y Felismena preguntan a la sabia Felicia quiénes son Stela, Crimene y el pastor desconocido. Ella decide no revelárselo por el momento; lo dejará para más adelante. Los pastores se muestran muy interesados en saber cómo es el cayado que lleva el pastor desconocido en el que se encuentra una inscripción que obedece al tópico de los *impossibilia*: “Olvidarte he yo entonces, ¡o, amor mío!, / cuando bolviere atrás aqueste río”⁷⁹. Felicia decide irse del prado, situado en la fuente de los Laureles, junto al viejo, Stela y Crimene y le pide al pastor que les cuente a los que allí se quedan su propia historia.

A partir de este momento, se desarrolla en este tercer libro una historia aparte sobre la vida y las desdichas del pastor desconocido, historia que se encuentra al margen del hilo argumental central, aunque es importante para entender el enfrentamiento entre el viejo Parisiles y el desconocido pastor. Toda la historia podría resumirse de la siguiente manera⁸⁰: el pastor desconocido se llama Delicio, fue criado en un lugar pequeño llamado Trinacria por un pastor llamado Carposto. No se sabe realmente quiénes son sus verdaderos padres, igual que no se sabe quiénes son los de su hermano, llamado así en la historia por su semejanza física. Éste se llama Partenio y fue criado en una pequeña isla llamada Peloro por otro pastor llamado Sarcordo. Un encuentro casual hará que se conozcan y que tengan el mismo interés por averiguar sus orígenes.

La historia de ambos se hizo tan conocida que llegó a oídos del rey Rotindo de la región de Eolia. Éste tenía un hijo llamado Agenestor que deseaba que ambos pastores le hicieran compañía y fueran tratados como hijos suyos con todas las ventajas que ello

⁷⁸ Pág. 88.

⁷⁹ Pág. 91.

⁸⁰ Pág. 93- 94.

suponía (riquezas, ascenso social...). Sus “padres adoptivos”, los pastores Carposto y Sacordo, aceptaron la oferta de que sus hijos tuvieran un futuro mejor, aunque para ello se tuvieran que separar. Los dos hermanos no estuvieron demasiado tiempo sin buscar sus raíces: le piden permiso al rey y se marchan con la promesa de volver. Les acompaña en su búsqueda otro pastor llamado Martandro y llegan hasta Lusitania. Allí escuchan una canción sobre la castidad hecha por una bellísima ninfa: era la propia Stela quien la cantaba. Delicio se enamora perdidamente de ella al oírla “¡Ay, que no sé lo que de mí será!”, pero la casualidad hace que su propio hermano Partenio se quede también prendado de ella, aunque le cederá su amor.

Poco después, encontrarán a un viejo (es Parisiles) que se lamenta por no encontrar a su hija, la soberana virgen Stela, a la que dedica una canción. En este planto, Parisiles dirige toda su furia hacia el mundo por no encontrar a la muchacha⁸¹. No encuentra ningún sentido a su vida y sabe que tendrá una vejez muy difícil si no está con ella: “¿Quién acompañará mi edad cansada/ y mi triste vejez desconsolada?” (vv. 79-80). De esta composición merece la pena destacar los últimos versos (v. 81-99) donde Parisiles reflexiona acerca de la muerte. Sin duda, llama la atención que el autor recurra a la “imitación” de una de las mejores partes de *La Celestina*, el planto de Pleberio ante la muerte de Melibea (acto XXI). Los versos que aquí leemos evocan los conocidísimos: “... ¡O duro corazón de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edificué torres? ¿Para quién adquirí honras? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡O tierra dura! ¿Cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡O Fortuna variable, ministra y mayordoma de los temporales bienes! ¿Por qué no executaste tu cruel ira, tus mudables ondas, en aquello que a ti es sujeto?”⁸².

Después de este lamento, Delicio y Partenio deciden seguir a Parisiles y contarle que han visto a su hija, ante el temor de que él se arroje al río y decida acabar con su vida. Al planto de Parisiles le suceden otras canciones de menor importancia, incluida la que le dedican las ninfas⁸³. Una vez que todos ven a Stela, surgen en Delicio sentimientos contrarios: por un lado, tristeza porque su hermano también está enamorado de ella y, por otro lado, contento y satisfacción por ver a su hermosa enamorada.

⁸¹ Pág. 107- 110.

⁸² Fernando de Rojas, *La Celestina*, ed. Peter Russell, Madrid, Castalia, 1991, págs. 596-597.

⁸³ Pág. 113- 115.

Por último, el autor interrumpe esta historia para volver a la principal con la llegada de la sabia Felicia y el silencio de Delicio. Todos acuden al palacio de la sabia para pasar la noche incluidos Parisiles, Stela, Crimene, Delicio. Para que no resulte tediosa la historia, el autor decide interrumpir aquí la narración.

El **Libro IV** comienza en el mismo lugar que el segundo y el tercero, en la fuente de los Laureles donde se encuentran los personajes principales: Silvano, Sireno y Selvagia que escuchan a un nuevo pastor llamado Cristalio que canta una hermosa canción dedicada a su amada, la pastora Fílida. Al igual que en libros anteriores, las canciones de amor de los pastores se suceden, en esta ocasión encontramos la llamada desesperada del amante: “Fílida, zagala mía,/¿qué me *parto* ya sin ti? (v. 1-2)⁸⁴; la pastora se encuentra allí con él y le hace una declaración de amor en toda regla, ya que aparecen los celos del pastor (v. 10-16) y la muerte; para finalizar, el pastor desea una respuesta de Fílida: “Si en algo grato te soy,/te ruego, zagala mía,/digas, siquiera algún día:/ “Mi pastor, ¿dónde está hoy?”; /por leve pena doy, /si lo hazes; di que sí”. (vv. 52-58). Fílida, después de escuchar esta canción, se va, dejando abandonado a Cristalio con los demás pastores.

Pasado un tiempo, aparece de nuevo la sabia Felicia junto a otros personajes y el autor describe lo que hace cada uno (ordenados bailes, dulces cantos, graciosos cuentos, amorosas pláticas...). El narrador recuerda otra vez el cuarteto amoroso: las ninfas Stela y su amiga Crimene y los “hermanos” Delicio y Partenio, donde las ninfas aparecen enamoradas de Delicio y Partenio. Ya se sabe que Delicio y Partenio están enamorados de la bella Stela, pero ésta (debido a su castidad) no puede amar a ninguno en presencia de los demás, aunque lo cierto es que, en secreto, ella se decide por Delicio. Encontramos dos impedimentos para que la relación (Delicio/ Stela) sea posible: la primera es la imposibilidad que tiene el pastor de hablar con ella sobre sus sentimientos ya que el viejo Parisiles lo impide, y la segunda es que Partenio se ha ido en busca de sus “verdaderos” padres y Delicio está destrozado por no tener a su hermano cerca, aunque sus sentimientos son contradictorios ya que le cuesta dejar de amar a Stela. Crimene, también hermosa pero no tanto como su amiga, se enamora de ambos pastores. Más adelante, veremos cómo se resuelve la historia.

Sireno, Silvano y Selvagia junto a Parisiles se encuentran en una de las habitaciones de la rica casa de Felicia y comienzan a hablar del poder del amor⁸⁵. Sireno

⁸⁴ Pág. 121.

⁸⁵ Pág. 125.

le dice que él ha hablado de una manera favorable de Cupido con todos los que allí se encuentran, pero que ahora es el momento adecuado de hablar del sacrificio del dios Pan, dios de los pastores, hijo de Demogorgón (dios de la Tierra) a los que todos deben honrar. Los tres pastores le piden a Parisiles que les cuente la historia del dios Pan y así lo hace. Llega a la conclusión de que el dios Pan es dios de todo y, por tanto, Pan y Demorgorgón son UNO. De nuevo, asistimos a la insistencia del autor por la presencia de la mitología en su obra, en este caso acompañada de ideas de raíz neoplatónica. El primero que hizo sacrificios al dios Pan fue el rey Evandro, que le levantó un templo en Arcadia, al pie de un monte llamado Olimpo/Palatino/Liceo. Alrededor de este templo había varias cosas: un bosque consagrado a Júpiter, un ara de Júpiter, una fuente maravillosa y un lugar llamado Lupercal; los sacrificios que se le hacían reciben el nombre de lupercales y las personas que hacen sacrificios lupercos y éstos iban siempre desnudos. Parisiles también les cuenta la historia de Hércules, y Yole y cómo Pan se enamoró de ella y acabaron atacándole por ese motivo. Por último, hace una descripción física del dios Pan⁸⁶.

Volviendo al hilo argumental de este libro, Felicia se lleva a Stela, don Felis, Felismena, Crimene y varias ninfas. Don Felis les pregunta a Stela y Crimene por qué están tan dolidas con el hermoso zagal Delicio. Crimene está muy triste, y con voz dolorosa y lágrimas en los ojos, cuenta su propia historia: Crimene, que está enamorada de dos pastores (Delicio y Partenio), no sabe por cuál decidirse. Pensaba que iba a ser capaz de amar a uno solo, pero no es así. Además, existe un impedimento para que cualquiera de los dos pastores la amen: ambos están enamorados de su mejor amiga, la bellísima Stela, aunque Crimene no le guarda rencor y le desea lo mejor (“Nunca he querido mal para Stela”).

La historia había comenzado de esta manera: cuando todas las ninfas se encontraban en las orillas del río Duero, Delicio y Partenio vieron por primera vez a Stela y se enamoraron de ella. Los hermanos se disfrazan de pastores, dejando atrás su hábito cortesano, y comenzaron a tocar la zampoña y a cantar una canción reproducida íntegramente por Crimene. Delicio puso fin al canto y las ninfas decidieron ir con ellos. Ellas se habían sentido muy halagadas ya que, hasta el momento, nadie las había hablado ni cantado.

⁸⁶ Pág. 129.

Partenio, conocedor del amor de su hermano Delicio, mantuvo en secreto su amor por Stela, por lo que decidió ocultar la razón de su tristeza. Puesto que su hermano había manifestado su amor primero, Partenio tomó una decisión: intentar a través de una canción que Stela amara a Delicio: “Él nació para ella solamente y aún ella para él únicamente” (v. 31- 32) y que pagara el amor que le debía. En un momento determinado, Crimene había intervenido y les había preguntado quiénes eran. Ellos explican la causa de su viaje: buscar a sus “verdaderos padres”.

Crimene les avisa de la presencia de un fiero pastor llamado Gorforosto que lleva en esas tierras desde hace diez o doce años. De hacho, en aquel lugar había varias ninfas vigilando por si al fiero Gorforosto se le ocurría volver. Aquí la acción se detiene un poco para que Crimene cuente la historia completa de Gorforosto.

Los dos “hermanos” y las dos pastoras estuvieron juntos durante ocho días cantando y contando cuentos. Crimene, día a día, se enamora más de Partenio; ni ella ni Stela saben el verdadero poder de Cupido.

Un día, Stela habla con Delicio y le pregunta si realmente la ama y si a ella van dirigidos sus canciones. Ella definitivamente le rechaza porque es una ninfa y como tal debe permanecer en castidad. Delicio está muy apenado por esta situación, se lamenta del mal que le ha hecho Cupido e incluso hace llorar a Crimene y entristece a su hermano Partenio.

Mientras, Crimene y Partenio se enamoran y se besan apasionadamente. Pero Partenio sigue enamorado también de Stela y a Crimene le embarga el “terrible gusano de los celos” por el amor tan grande de los pastores hacia su amiga: no obstante, después de la respuesta tan brusca de Stela hacia su “amado” pastor Delicio, Crimene tratará de ablandarla y promete ver a los pastores de vez en cuando en un lugar solitario hasta que se resuelva la situación.

Tras largas conversaciones entre las ninfas, Stela explica a Crimene que los pastores la han engañado y que por su castidad ella no puede permitir que la pretendan. Crimene le recrimina que ha permitido que las cosas vayan demasiado lejos y que ha consentido que los pastores la cortejasen. Stela acepta su error y promete no volver a ver ni hablar con Delicio.

Crimene y Partenio hablan con ella para intentar hacerla recapacitar sobre lo ocurrido. Si finalmente consiguen su propósito y ella perdona a Delicio, Partenio estará feliz por su hermano y, egoístamente, caerá rendido en los brazos de Crimene. Stela

acepta hablar con Delicio con la condición de que nunca más le muestre su amor: sólo de esa forma podrá perdonarlo.

Crimene lleva a Stela al lugar de encuentro con los pastores; allí aparece escrita en un haya otra triste canción de amor hecha por Delicio para su amada Stela donde se lee: “Mirarán que soy y fui /sin justicia condenado, /que si culpa merescí /por quererla más que a mí, / yo confieso haver errado”.

Crimene decide interrumpir esta narración porque la sabia Felicia se aproxima al lugar de reunión, a pesar de que todos quieren escuchar el final. Como en otros libros, cuando los pastores se van a cenar, a reposar con sus bailes y cantos y, finalmente, se acuestan. De esta manera acaba este libro, dejando interrumpida la historia de las ninfas Crimene y Stela y los pastores Delicio y Partenio.

Como era de esperar, el **Libro V** continúa donde acaba el anterior. Los personajes principales siguen siendo los mismos, aunque en el libro IV y en éste tomarán especial relevancia los cuatro: Stela, Crimene, Delicio y su *caro ermano* Partenio. La diferencia fundamental respecto al anterior es que la historia que comenzó a contar Crimene, aquí la va a terminar de contar Stela desde su propio punto de vista ante la curiosidad de los que allí estaban (don Felis, Felismena, Silvano, Selvagia, Sireno, las ninfas y los pastores). Mientras, Delicio está en el bosque muy apenado por lo que le ha ocurrido y Parisiles, Crimene y la sabia Felicia se marchan de aquel lugar para no escucharla.

Stela continúa la historia donde la dejó Crimene, en la canción de amor de Delicio dedicada a Stela; el relato abarcará todo el libro V.

Stela dice a todos que Crimene amaba a Partenio, pero Partenio, al igual que Delicio, amaba a Stela. Ambos hermanos se respetaban. Stela confiesa que ella también amaba a los dos pastores en secreto, pero su condición de castidad hizo que lo mantuviera oculto y disimulara. Por su parte, Crimene también amaba a los dos pastores.

Continúa la historia y aparece otro personaje mencionado anteriormente que lo revoluciona todo: el fiero Gorforosto. Según cuenta Stela, éste había llegado al lugar donde se encontraban los cuatro (la propia Stela, Crimene, Partenio y Delicio) y se había encontrado con un tremendo problema: no podía distinguir a Delicio y a Partenio por su parecido físico. Lo único para diferenciarlos era su voz y Gorforosto había pedido a Partenio que cantara. Este soneto sirve para que se interrumpa el relato de Stela, pues Silvano recuerda así a la ingrata pastora Diana, y también lo hará Sireno.

Este tipo de interrupciones las utiliza el autor de la novela para mantener la atención del lector y que éste no pierda el hilo de la historia. Casi siempre son las ninfas Dorida o Polidora las que dan paso otra vez a la historia principal.

Para consolar a Stela, don Felis le canta una canción donde aparece el mito de Orfeo y Eurídice⁸⁷.

Stela continúa ahora su relato: dado el parecido físico de Partenio y Delicio, Stela había ideado un sistema que le ayudara a distinguirlos por medio un cordoncito verde (a uno le dará esperanza y a otro le quitará el tormento de amar). Los sentimientos de los protagonistas pueden resumirse así: Crimene se encuentra muy contenta; a Partenio se le pasa el dolor que sentía; Stela está celosa ya que Crimene y Partenio se amaban y Delicio piensa burlarse de ella.

Llega a oídos del fiero Gorforosto que Delicio ama a Stela; puesto que él también estaba enamorado de ella, no lo podía consentir, el problema sigue siendo que no los distingue y no quiere herir a su amigo Partenio. Así que avisa a su amigo de lo que le puede ocurrir a su hermano. Ellos intentan matarle, pero les resulta imposible de modo que inventan una treta para engañarle y que ninguno salga herido. Mientras, el fiero pastor se convertirá en manso, le dedicará “la más amorosa canción que habéis visto” a Stela y se puede resumir de la siguiente manera:

- 1) A pesar de la apariencia física de Gorforosto, no es motivo para que Stela no le quiera.
- 2) Le hace elegir entre él o el pastor Delicio.
- 3) El fiero muere de amor por ella y debe darle una respuesta.

Terminado el canto, Stela se muestra muy receptiva, mientras que los pastores que escuchan la historia la increpan. Para evitar que haga daño a Delicio por amar a Stela, inventan otra treta: el fiero le dará un cayado a su amigo; quien lo lleve será Partenio y no Delicio. Además le da un plazo de ocho días para abandonar aquel lugar con la condición de no herir a nadie en ese tiempo.

Puesto que Delicio está profundamente enamorado de Stela, su hermano Partenio decide darle a su hermano el cayado para que pueda estar junto a su amada y él, mientras tanto, se irá en busca de los padres de ambos y regresará pasado un año.

⁸⁷ Ref. del autor a la mitología en este libro y en los anteriores.

Todos aceptan su plan, pero Crimene, que le ama apasionadamente, le pide que no le deje sola y que la lleve con él o que le dé muerte, pero Partenio no acepta.

Entre tanto, Delicio también decide marcharse y escribe su decisión en un olmo. No soporta la idea de la partida de su hermano en busca de sus “verdaderos padres”. Crimene y Stela van a despedirse de Partenio; después Crimene va donde se supone que está Delicio, encuentra lo que él ha escrito y comienza a llorar. Al quedarse solos Partenio y Stela, pasean de la mano: son vistos por Gorforosto que se enoja y quiere herirle pensando que era Delicio puesto que no lleva el cayado. Stela huye al río con las ninfas y Partenio se queda solo. Crimene impide la tragedia: llega a tiempo de contarle a Gorforosto que él es realmente su amigo. Los tres abandonan aquel lugar y se van donde habitaban las ninfas.

Crimene le cuenta a Stela la historia: Partenio está a salvo y Delicio se ha ido por su culpa. Crimene decide irse con él y Stela, obligada por las circunstancias, decide acompañarla en su viaje. Reciben noticias de Partenio que ha sido perdonado por Gorforosto. De esta manera, ya saben todos por qué Delicio, Stela y Crimene se encuentran apenados. La sabia Felicia promete que resolverá el conflicto.

Como en libros anteriores, llega la noche, la cena y todos los que habían escuchado la apasionante historia, se van a dormir hasta el día siguiente.

El **Libro VI** comienza al día siguiente donde salen todos (excepto Parisiles y Felicia) de la casa de ésta (templo de la casta Diana) y van al campo donde escuchan a un pastor cantando. El autor hace una descripción del pastor y cuenta cómo todos entablan una conversación con él acerca de sus sentimientos. Como en ocasiones anteriores, el pastor (del que no se dice el nombre) comienza un canto acompañado por el harpa de Dorida (ninfa de Felicia).

Lo más importante de esta canción es que de ella se deduce que el pastor es Partenio⁸⁸. Su vestimenta y su modo de comportarse se deben a un famoso pastor (llamado Coríneo) que encontró en la orilla del caudaloso Duero y le enseñó todo lo que sabe.

A partir de aquí, Sireno le pregunta cuánto tiempo hace que no ve a su amigo Firmio y qué si tiene noticias de él. Partenio aclarará parte de la historia: Firmio ama a la ingrata pastora Diana, pero no es correspondido por ella y, a su vez, otro rico pastor llamado Fausto también la pretende⁸⁹. Ambos están enamorados de ella, pero ella está

⁸⁸ Pág. 196- 201.

⁸⁹ Pág. 205.

casada, lo que hace imposible cualquier relación. Sireno, habiendo sufrido él mismo los disfavores de Diana, había avisado ya a Fausto que si la amaba, sufriría mucho. La conversación queda interrumpida por la llegada de Felicia y Parisiles. La sabia determina que al día siguiente Partenio, acompañado por Sireno y Delicio, vayan a buscar a Coríneo (que a partir de ahora se llamará Aculio) y a su zagala y les llevará una carta escrita por ella misma donde pide al noble Disteo que se reúna con ella lo antes posible y que venga acompañado por su esposa Dardanea, su ama Palna y su bella hija Luztea.

Ante la insistencia de los pastores Silvano, Selvagia, don Felis y Felismena, Felicia les acaba de contar la historia de Stela, Crimene y Delicio, pero lo hace en secreto. Esta historia ha tenido, por tanto, tres narradores: las dos protagonistas y, ahora, Felicia. Es la historia de amistad más bella jamás contada: Delicio se enteró de los amores de su amigo Partenio por Stela, él prometió no volver a hablar de ella y dio a entender que ya no la quería, respetando así a su “hermano”.

Una vez finalizada la historia, el autor da paso a la siguiente, es la historia de Diana contada por Partenio, Delicio y Sireno. De nuevo, unas historias se entrelazan con otras, como es este caso, puesto que aquí comienza la historia de Firmio, Fausto y el amor de ambos por Diana; esta vez contada por el propio Partenio. En toda esta historia cabe resaltar la canción de tradición popular que le dedica Fausto a su pastora Diana que lleva por título “*La bella malmaridada*”⁹⁰. En la historia, Diana incita a ambos pastores, Fausto y Firmio, a que compitan por su amor y lo consiguen: la historia está llena de canciones y sonetos dedicados al amor del que se sienten presos los protagonistas.

Otra vez, el autor introduce una nueva historia con un nuevo personaje: se trata de la pastora llamada Cardenia a la que un tiempo atrás amó el rico pastor Fausto⁹¹. Ella tiene miedo de que su amado se vaya con Diana. Una de las posibles soluciones, que le sugiere Sireno, es presentarse delante de Fausto, para que, al verla, se arrepienta de su infidelidad. Ella acepta ese consejo que le da Sireno y deja su ganado a un nuevo pastor, Carizo, que le pide algo a cambio del cuidado de su ganado: un beso; al que ella, por supuesto, no accederá. La historia finaliza con la partida de los tres pastores (Sireno, Delicio, Partenio) y la pastora Cardenia hacia el lugar donde se encuentra Fausto.

El autor no cree conveniente terminar aquí el libro, así que vuelve otra vez sobre la historia principal: volvemos a la casa de Felicia donde llegan dos nuevos pastores

⁹⁰ Pág. 211.

⁹¹ Pág. 219- 229.

portugueses (Danteo y Duarda), acompañados por un peregrino Placindo. Todos les recibirán de buen grado. Felicia resuelve el misterio planteado en los libros anteriores: los verdaderos padres de Delicio y Partenio se llaman Coríneo y Dinia, pero se cambiaron el nombre para que nadie sospechara y son, en realidad, Disteo y Dardanea⁹². Así que los dos “hermanos” realmente lo son, lo que explica su parecido físico.

Stela y Crimene se muestran muy satisfechas de saberlo y el peregrino aguardará allí para poder ver a sus señores. Para finalizar, Felicia le pide a Placindo que cuente a los que están allí reunidos toda la historia de Disteo y Dardanea, Delicio y Partenio. Nadie pone ningún impedimento para escuchar atentamente la historia, que comenzará en el siguiente libro. De esta manera, Alonso Pérez mantiene la intriga para que al lector no le resulte tediosa la lectura.

Como ya nos avisaba el autor, el **Libro VII** comienza con la historia contada por Placindo. Todos los personajes que aparecen en este cuento tienen relación con los protagonistas de libros anteriores (Delicio, Partenio, Stela, Crimene, Parisiles, la sabia Felicia...). Placindo será el narrador de toda la historia y comienza así: de la estirpe del rey Eolo, de la región de Eolia, salieron dos casas ilustres: la de Sagastes y la de Disteo⁹³. Ambos tenían numerosas posesiones y riquezas, pero también eran enemigos, soberbios, crueles, libidinosos... Sagastes tenía una hermana llamada Dardanea, rica y hermosa, que contrajo matrimonio con Fenubio, pero a los tres meses, éste murió, quedando ella viuda. Disteo, nada más conocerla, se enamoró perdidamente de ella. En su relación con Dardanea, Disteo utilizó como alcahueta a Palna, antigua criada suya y considerada como una “madre” para él y que más tarde, casualmente, había entrado al servicio de Dardanea. El dolor que siente Disteo por no poder ver a su amada Dardanea era tan fuerte que Palna no paró hasta conseguir un encuentro entre los jóvenes amantes.

Mientras, el temido Sagastes se enamora de una moza llamada Martea y pide la mano a sus padres: “Solamente cantaré /cuán afortunado he yo sido /en ser en vuestro servicio /y por vuestro recibido, /alabando mi fortuna, /y agradesciendo a Cupido”⁹⁴. Ella, antes de aceptarlo, le pide un plazo de tiempo para pensárselo y poder dejar de amar a Beldaniso, su amado. En ese plazo de tiempo, Sagastes descubre que Martea sigue viéndose a escondidas con Beldaniso, y planea su venganza junto a su hermano y primos. La consecuencia es que una noche se produce una trifulca entre Beldaniso y

⁹² Pág. 230.

⁹³ Pág. 232.

⁹⁴ Pág. 245.

Sagastes. Este punto es curioso ya que, como en libros anteriores, el hilo argumental queda interrumpido por la intervención de los personajes que escuchaban la historia de Placindo (don Felis y Parisiles principalmente).

Tras esta interrupción se retoma la historia, y Placindo termina de contar cómo Disteo había intervenido en la pelea entre Beldaniso y Sagastes, en la que todos salen heridos. Al final, Disteo será quien salve a su enemigo Sagastes por el amor que tenía por su hermana, haciéndose pasar por Placindo. Disteo, malherido, le cuenta todo lo sucedido a su criado y le pide que le lleve una carta a su querida Palna explicándole lo sucedido⁹⁵. Así lo hace.

De los amores de Disteo y Dardanea y de cómo acaba la historia nada más se sabe hasta el libro siguiente puesto que Placindo interrumpe de nuevo la historia por la llegada de un nuevo personaje al lugar donde estaban todos reunidos. Se trata de Martandro (el mejor amigo de Disteo, que llega a la casa de Felicia buscando a su amigo). La sabia Felicia le pide que espere allí con ellos a que llegue su amigo; Martandro le da las gracias mientras que, presentados todos los que estaban allí, se queda asombrado por la belleza de la ninfa Stela y se enamora de ella. Este libro acaba con el traspaso de narrador, de Placindo en este libro, a Martandro que será el que acabará la historia en el libro siguiente. Como siempre, el libro termina con una comida y el reposo de todos.

El **Libro V III** comienza con un cambio de narrador. En esta ocasión será Martandro⁹⁶ quien narre la historia comenzada por Placindo en el libro anterior. La historia se quedó en la carta, escrita por Disteo, que fue enviada a Palna y fue llevada por Placindo. En esa carta Disteo le cuenta todo lo sucedido a Palna y cómo él había salvado al hermano de Dardanea, Sagastes. Palna se siente muy orgullosa de su “hijo”, pero Dardanea no puede aceptar sus pretensiones, puesto que su castidad es lo más importante y pretende que Placindo, o no vuelva a su casa, o no vaya a la de Disteo. Ella se muestra muy tajante en sus explicaciones. Así que Palna obliga a Placindo a que no acuda públicamente a casa de Disteo ya que le podrían descubrir. Finalmente, Sagastes le perdona y también lo hace con Beldaniso y se casa con Martea y ésta olvida a su amado Beldaniso.

Palna, para ablandar a su ama, le pide a Disteo que escriba cartas y ella será la encargada de dárselas. Así lo hace, aunque ella las esconde con el fin de que no sean

⁹⁵ Pág. 250- 255.

⁹⁶ Pág. 257.

descubiertas. Un día, mientras todos duermen, Dardanea descubre las cartas y comienza a leerlas. Hay un total de cuatro cartas, las tres primeras se titulan así: “Carta de Disteo a Palna”; “Carta de Palna a Disteo” y “Carta de Disteo a Dardanea”⁹⁷. Ésta última Dardanea la lee con detenimiento. En ella Disteo confiesa su pena y le ruega que permita que entre en su vida. Si esto no surte efecto, por lo menos, Disteo pretende que ella permita que la ame. Por último, si ella no le paga como debiere, él prefiere arrebatarle la vida: “la vida es el morir, morir es vida... ”.

A partir de aquí, queda interrumpida la historia por el diálogo de varios personajes que tan atentamente escuchaban la historia (don Felis y Danteo). Será Felismena quien le pide a Martandro que continúe la historia.

Leída varias veces la carta de su amante, Dardanea comienza a llorar desesperadamente. De repente, Cupido y Venus se apoderan de ella y empieza a suspirar. Se produce, entonces, un monólogo muy sentimental y Dardanea busca el modo de escribir a Disteo y de que Palna le entregue su carta. Aquí aparece la cuarta carta del libro: “Carta de Dardanea a Disteo”. En ella le pide que se aparte de sus pensamientos y emociones y que se aparte de ella y busque otra dama que le pueda amar. Ella no quiere servir a Cupido, pero sí a la casta Diana. De un modo u otro, ella acepta el amor de Disteo, pero rechaza sus propias emociones y los deseos de él..

Pero finalmente a Dardanea se le ablanda el corazón y le permite a Disteo que vaya a verla con propósito de casamiento. Disteo accede gustosamente. Estando juntos una noche, son descubiertos por el temido hermano Sagastes. Disteo huye por toda la ciudad para no ser descubierto; se aloja en casa de su amigo Placindo, creyendo que uno de sus mejores amigos no le traicionaría⁹⁸.

En este punto, la historia vuelve a quedar interrumpida. Cuando se retoma, se cuenta cómo Palna y Dardanea acuden a casa de Placindo a ver a Disteo, oculto allí. Sagastes prende a Placindo por acoger a su enemigo. La única salida a esta situación es la huida del reino hacia un lugar seguro. En esta huida, son ayudados por Martandro y Palna. Los amantes esposos huyen de la región de Eolia, donde transcurre la acción, a Trinacria⁹⁹ con otros ropajes para no ser descubiertos. Sagastes se hizo con las tierras de

⁹⁷ Pág. 260- 273.

⁹⁸ Pág. 274.

⁹⁹ Las fuentes griegas antiguas dan el nombre de Trinacria, “la isla de las tres puntas o cabos” en clara referencia a su forma triangular, a la gran isla de Sicilia, separada de la Italia peninsular por el estrecho de Mesina. Los primeros pobladores de Sicilia fueron los sicanos y posteriormente los sículos, que dieron nombre definitivo a la isla. Desde tiempos remotos fue una zona conflictiva al poseer asentamientos no

Disteo y Dardanea y le sentenció como “traidor”. Al llegar a la nueva región de Trinacria, todos cambian sus nombres para no ser reconocidos: Disteo será Coríneo, Dardanea será Diana y Palna será Corínea (madre de Coríneo). Dardanea, en su huida, salió embarazada de dos meses. En este lugar, estuvieron un año y después se marcharon. El narrador, Martandro, no sabe qué ocurrió con ellos, por lo que queda inconclusa la historia. Al cabo de dos años, Placindo fue liberados.

Pasados doce años, Martandro había decidido ir en busca de sus amos. En este viaje había coincidido con otros (Delicio y Partenio) que buscaban a sus verdaderos padres y todos habían viajado juntos.

El final de la historia es simple: en dos años Martandro no sabe nada de sus amos ni de sus acompañantes y llega al lugar donde están todos los personajes escuchando la historia (el templo de la casta Diana situada en la fuente de los Laureles), encuentra a la sabia Felicia que le promete que los verá pronto. Allí encuentra a Placindo y cuenta su propia versión de la historia. Los allí presentes agradecen sus palabras.

Todos vuelven al templo de la casta Diana (casa de la sabia Felicia) y permanecen allí ocho días. La sabia Felicia será el personaje clave que resolverá el final del libro¹⁰⁰: explica a Selvagia y Silvano que ha enviado a Sireno con un bebedizo en busca de Diana para recuperar su amor ya que el marido de ésta (Delio) ha muerto. La sabia les pide que vayan en busca de Sireno para ver si ha conseguido su objetivo, recuperar a Diana, y explica a los dos pastores enamorados de la bella pastora (Firmio y Fausto) que no se aflijan por ello. Los demás personajes (don Felis, Felismena, Martandro, Placindo, Duarda y Danteo) deciden acompañarles. Felicia les promete que cuando vuelvan encontrarán a Disteo y Dardanea.

Lo más llamativo de la obra es que Alonso Pérez deja inconclusa la obra, sugiriendo al lector que deberá leer la tercera parte si quieren saber lo que ocurrirá con todos los personajes, incluida la historia de amor principal: la de la bella pastora Diana y su “olvidado” Sireno. No se ha encontrado esa tercera parte a la que alude el autor, bien porque nunca la escribió, bien porque no se conserva el texto original: “Quien quisiere pues ver las obsequias de Delio, la competencia de Sireno, Fausto y Firmio y hallarse recebimiento de todos y recibiere contento de saber quién es Stela y desseare

solo griegos, sino también cartagineses. Tras la primera guerra púnica entre romanos y cartagineses, la isla pasó a convertirse en territorio romano (241 a. C.). Pág. 280.

¹⁰⁰ Pág. 283.

saber sus trabajos con los de Crimene, Delicio y Partenio y en qué parangón con los amores de Agenestor, príncipe de Eolia, y Luztea, hija de Disteo y Dardanea aguardeme a la tercera parte d' esta obra, que presto se están para si Dios fuere servido. No se puso aquí para no hacer gran volumen”¹⁰¹. De esto y otros asuntos hablaremos en los siguientes apartados.

¹⁰¹ Pág. 284.

4.- ESPACIO Y TIEMPO EN ESTA NOVELA

El género pastoril al que pertenece la novela de Alonso Pérez se centra sobre todo en varias historias de amor, lo cual convierte este asunto en la temática central del libro. Los diversos casos o, al menos, algunos de ellos encuentran su solución en un lugar “idílico”, en el que se reúnen los protagonistas. Aparece, por tanto, un espacio mítico materializado en diversos espacios, bien mágicos, bien herederos del *locus amoenus*. Por este motivo, se puede comprender que las descripciones de todos los lugares, fuentes, bosques, senderos, templos y cuevas, así como las elipsis temporales que se detienen siempre en un tiempo primaveral, no corresponden con el aquí y ahora del autor, sino con unas coordenadas convencionales. En el texto abundan las descripciones de detalles artísticos y naturales.

Es evidente que en éste convergen, por una parte, una experiencia personal; por otra, una moda de la época y, finalmente, la influencia directa de la *Diana* de Montemayor. Prácticamente en todos los aspectos de la novela es preciso tomar en consideración esos tres factores.

El espacio es el primer componente narrativo que caracteriza el relato y lo estructuramos de la siguiente manera:

A) ESPACIOS MAYORES: estos espacios utilizados por Alonso Pérez, a su vez, se pueden clasificar en espacios fuera y dentro de España. De las tierras más lejanas nos llegan tres lugares fundamentalmente. El primer espacio y, quizá, el más importante es la antigua **Grecia** ya que uno de los temas más significativos de la obra es la mitología; por ello se describen lugares como el templo de Diana, del que hablaremos más adelante, y el templo de Apolo donde aparece narrado el mito de Apolo y Dafne.

En el libro II, todos los pastores que aparecen en la Fuente de los Laureles se preguntan acerca de la naturaleza del amor: dónde se engendra, cómo obra y por qué no guarda ninguna relación con Dios. Para dar respuesta a estas cuestiones, la ninfa Dorida pide al viejo Parisiles que les cuente el mito de Apolo y Dafne para que ellos saquen sus propias conclusiones. En la narración aparecen cuatro lugares de la antigua Grecia donde se desarrolla:

- El monte Parnaso, en griego Όρος Παρνασσός, la conocida montaña situada en el centro de Grecia que se alza, con 2.457 metros de altura, sobre la población de

Delfos, al norte del golfo de Corinto. Los pueblos más cercanos son los de Delfos y Aráchova. El nombre Parnaso parece tener su etimología en el sustrato del pre-griego, al tener como sufijo *-ssos, frecuente en los topónimos (ej. Korinthos). De otro lado, para *Parna- se ha propuesto la misma raíz que la palabra que significa "casa". Este lugar es adonde se sube el dios Cupido para herir con mucha fuerza a Apolo y hacer que se enamore perdidamente de la bella ninfa Dafne.

- Thessalia: geográficamente está situada entre las Termópilas al sur, el Pindo (que la separa de Epiro) al oeste, y el mar al este. Tesalia fue en la mitología la sede de Helén, el fundador de la raza de los helenos. En esta región, aparece la serpiente Fitón que lucha con el dios Apolo. Finalmente ganará Apolo y hará que se sienta un ser superior y sobrenatural.
- Xantho, Xánthi o Xanthe, en griego Ξάνθη, es una ciudad situada en el norte de Grecia, en Macedonia oriental y Tracia. Es la capital de Xánthi. La ciudad era conocida anteriormente como İskeçe en turco, y Ksanti (Ксанти) o Skecha (Скеча) en búlgaro. Las primeras referencias de Xanthi datan del 879 a. C. Esta ciudad aparece citada en el mito ya que el dios Apolo recorre ese lugar y hace sacrificios para su padre, Júpiter.
- La isla de Delos, en griego Δήλος, es una de las ~~las~~ pequeñas islas griegas de las Cícladas, en el mar Egeo también llamada *Lagia*, isla de las liebres; Ortigia, isla de las codornices; Cintera, también Clamidia, Cintos, Pirpile y Pelasgia. En la mitología clásica se dice que había sido una isla flotante, pero Zeus la fijó para establecer en ella a Latona, perseguida por Hera; allí nacieron Apolo y Artemisa. Era uno de los lugares más sagrados de Grecia. La mitología griega dice que emergió agarrada por el tridente de Poseidón, pero fue una isla flotante hasta que Zeus la ató con cadenas al fondo del mar, para convertirla en un lugar seguro para Leto, al abrigo de los celos de Hera, para el nacimiento de Apolo y Artemisa. Como lugar de nacimiento de Apolo fue uno de los lugares en los que se rendía culto a este dios, y la isla fue posesión del dios que la cambió con Poseidón. El origen de la isla está sujeto a dos tradiciones diferentes. Así, habría sido creada: por la zambullida de Asteria, hermana de Leto, en el mar, para escapar de las persecuciones de Zeus o por Poseidón, a petición de Zeus. Con un golpe de su tridente, el dios del mar hizo salir del agua dos peñascos llanos,

Delos y Renea. Igual que la ciudad de Xantho, en esta isla el dios Apolo también hace sacrificios a su padre Júpiter.

Sin salir del antiguo mundo helénico, encontramos otros tres lugares citados en la obra de Alonso Pérez. El primero es Trinacria (actual Sicilia) donde se cría Delicio, y Peloro (isla pequeña del Mediterráneo) donde lo hace Partenio. Ambos personajes irán a parar, en la búsqueda de sus verdaderos padres, al reino de Eolia (donde habita el dios del viento Eolo), ubicada en Grecia. En esta región también aparece situada la historia que cuenta Placindo a todos los allí presentes. En esta historia, se dice que Disteo es señor de Ítaca (Grecia).

El segundo espacio citado fuera de nuestras fronteras que aparece en la obra es **Lusitania** (Portugal). La acción del Libro I la podemos situar, en boca de Silvano, en este país cercano al nuestro. A lo largo de la novela aparecen numerosas ocasiones en las que los personajes proceden de Portugal. Aquí es decisiva la continuidad de la obra de Alonso Pérez con respecto a la de Montemayor, ya que en la primera *Diana* algunos de los episodios más importantes tenían lugar en Portugal.¹⁰² Sólo que en el caso de Montemayor, la elección de ese lugar correspondía a motivos autobiográficos, mientras que en el de Alonso Pérez se trata de un mero mimetismo literario. Más adelante, en la novela de Pérez, también Delicio y Partenio, en la búsqueda de sus “verdaderos padres” Delicio y Partenio, llegan a Lusitania: “por donde pasa el río Duero” (así lo describe Pérez). En las orillas de ese río se desarrolla la historia de Delicio y Stela (libro III); Danteo y Duarda son procedentes de Portugal y en los campos fértiles del caudaloso Duero y el condado de Santistevan un pastor desconocido aprendió a cambiar su forma de vestir por otra para no ser reconocido por los demás (libro VI).

El último espacio geográfico citado en la obra son los **Campos E líseos**; comparación que utilizan don Felis y Felismena en el libro II para referirse a la “Fuente de los Laureles” que estudiaremos más adelante.

En cuanto a los espacios mayores dentro de nuestras fronteras, encontramos dos lugares fundamentalmente. Por cierto, es destacable que serán pocas ocasiones en las que Pérez menciona lugares reales que se corresponden con lugares que fácilmente

¹⁰² “En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla, uvo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo...” Jorge de Montemayor: *Los siete libros de la Diana*, ed. Asunción Rallo, Madrid, Cátedra, 2008, pág. 108.

podemos situar en un mapa. El primer espacio lo situamos cuando, en boca de Silvano, nombra las aguas de los **ríos Ezla**¹⁰³ y **Mondego**, lo que nos permite, al menos, situar la acción entre el límite de las provincias de León y Zamora.

El segundo y último espacio dentro de la Península son los **montes de León**, donde se cuenta la historia del pastor Firmio, enamorado de Diana (libro VI). Precisamente bajando las montañas de León, se encuentra un río enorme donde salen Stela y Crimene. En la orilla del río hay un bosque espeso y frondoso donde aparece el pastor fiero Gorforosto (enamorado de la bella ninfa Stela).

Cabe señalar que la mayoría de los espacios utilizados por Alonso Pérez son localizables (en España, en Grecia y Portugal), pero aparecen transfigurados literariamente, y la distancia entre ellos no obedece, desde luego, a criterios realistas. Nuestro autor salmantino no nos dice cómo Delicio y Partenio llegan desde el Duero hasta Sicilia, es una incógnita. Simplemente dice que recorren un camino largo hasta llegar.

La elección de Grecia probablemente se debe a la importancia que la mitología tiene en la obra, y al deseo por parte del autor de dar una ambientación clasicista a la historia. La presencia de Portugal y de la zona de León-Zamora quizá se explique por razones de gusto personal, pero obedece, sobre todo, como ya he apuntado, a una herencia de la obra de Montemayor, donde los personajes se mueven en ese mismo espacio geográfico.

B) ESPACIOS MENORES: estos lugares los podemos clasificar en dos tipos: abiertos y cerrados. De los espacios abiertos el más importante es la conocidísima **Fuente de los Laureles**. Con el ir y venir de los pastores por varios caminos, llegan a uno de los lugares más importantes de toda la obra, es la llamada “Fuente de los laureles”¹⁰⁴ donde encuentran a la sabia Felicia, personaje que guiará toda la obra. La Fuente de los

¹⁰³ El **río Esla** (nombre real, no Ezla) es uno de los ríos más importantes del noroeste de España, un afluente del río Duero que nace en la cordillera Cantábrica que cruza de norte a sur las provincias de León y Zamora. Es el afluente más caudaloso del Duero y cuando desagua lleva más caudal que el propio Duero. El **río Mondego** es un río portugués, que nace en la Sierra de la Estrella (Serra da Estrela en portugués). Desemboca en el océano Atlántico en la localidad de Figueira da Foz. Se trata del río más largo que recorre exclusivamente tierras de Portugal. Los romanos ya lo llamaban el río de Munda, que significa *transparencia, claridad o pureza*.

¹⁰⁴ Don Felis y Felismena describen este lugar como los Campos Elíseos por su magnitud y belleza; a todos los que están viendo aquel lugar no les parece exagerada la comparación. En la historia de la literatura, no se ha podido comprobar cuáles son estos Campos, puesto que no se corresponden con un espacio real (pág. 58).

laureles es un lugar maravilloso donde los protagonistas descansan, comen y cuentan historias de amor. Para el autor éste será el lugar más importante de la obra puesto que aparece en todos los libros y porque los personajes se encuentran y desencuentran, se enamoran y desenamoran allí...

Otros lugares de menor importancia que también se encuentran al aire libre son: un **camino** que llevará a los protagonistas Sireno, Silvano y Selvagia a encontrarse con la mediadora Felicia en el Libro I, nada más comenzar la obra. Andando por ese camino llegarán a verdes prados rodeados de un pequeño arroyo con aguas claras y transparentes y cubierto de hierbas olorosas, es decir, Alonso Pérez comienza con el convencionalismo de la época: la descripción de un maravilloso *locus amoenus*¹⁰⁵, pero no será el único que describa, y que aparecerán muchos a lo largo de la narración. De ese lugar se trasladarán a otros prados de características semejantes al anteriormente descrito.

Según se observa son espacios donde la marcha de los pastores propicia la comunicación y el canto para sobrellevar el camino. Luego, también, son espacios de espera y entretenimiento donde el solaz cumple la función de llenar amplios momentos que actúan de preámbulos a otros espacios y otros actos. Por otro lado, configuran un espacio específico donde el *locus amoenus* combina arte y naturaleza en partes casi equivalentes. E. W. Tayler¹⁰⁶, distingue, durante el Renacimiento, un concepto de lo instintivo y espontáneo para la Naturaleza y otro de lo voluntario y consciente para el Arte. Si se analiza desde la perspectiva del hombre, y desde la del universo, asigna la Naturaleza a la obra divina y a la obra del hombre, el Arte. Sin embargo, algún pasaje de Alonso Pérez muestra una inextricable colaboración entre Arte y Naturaleza, aunque algunas veces, también, ofrece ejemplos diferentes para cada una (florestas y bosques naturales frente a obras de arte de talla y pintura).

Los demás espacios que aparecen en la obra, pero que no merecen mención especial, son **montes, valles, fuentes, arroyos, arboledas** que surgen conforme a las

¹⁰⁵ “Allí se vía el funesto ciprés, el triunphante laurel, la dura enzina, el frondoso sauze, la invencible palma, el resinoso pino, le blanco y liso álamo, el negro y áspero olmo, unos con otros mezclados... Al lado del, estaba la fuente del arroyo, que cuidado tenía no se secasse aquel deleitoso lugar proveyendo por todas partes sus manantiales aguas. Salía el agua desta clara fuente de un duro pedernal, al qual abraçava con sus duras rayzes, una vieja enzina, a cuyos lados estaban dos amplísimos laureles” (págs. 27- 28). Se trata de una minuciosa reelaboración del tópico del *locus amoenus*.

¹⁰⁶ E. W. Tayler, *Nature and Art in Renaissance Literature*, Columbia U.P., 1966, pág. 39.

necesidades que impone la narración, para configurar un escenario adecuado a los sucesos que se narran¹⁰⁷.

Para finalizar con el espacio de la obra, hablaremos de los espacios cerrados y, sin duda, el más relevante es el **templo de Diana** o lo que es lo mismo, la **casa- palacio de Felicia** donde habitan ella y sus ninfas (Dorida, Polidora...). Este templo viene a significar la apoteosis final de las reuniones ya que a esto se añade una serie de coreografías de ninfas que van haciendo ofrendas a la diosa de la castidad. El toque pagano está presente desde el principio. El templo, las écfrasis de las siete maravillas del mundo, la estatua de la diosa, las ninfas y sus bailes conforman un ambiente muy peculiar, que, una vez más, guarda relación con el escenario paralelo de la obra de Montemayor, aunque Pérez le da una mayor suntuosidad. La descripción del templo, construido de forma natural por los troncos, ramas y hojas de laureles compone un espacio real al que Pérez se refiere como palacio de Felicia¹⁰⁸. Todos los pastores ofrecen las canciones y sus plegarias a la diosa. No solo aparece la adoración de la diosa Diana, sino también del dios Pan, del que el viejo Parisiles es su más fiel seguidor. Delante del templo había un espeso bosque cercano y varias fuentes, también una floresta para los pastores y un río para las ninfas.

En este lugar se narra, por ejemplo, una de las historias más relevantes de toda la obra, la historia de Crimene, Stela, Delicio y Partenio en el libro IV. En libros posteriores, se refieren a ella como la rica casa- palacio de Felicia donde surgen las diferentes historias de la obra. El palacio es, por tanto, un espacio cerrado, pero que se abre, a través de las narraciones de los personajes, a un mundo mucho más amplio. Los relatos actúan, por tanto, como ventanas que ensanchan el universo donde ocurre la acción principal.

En el último libro de la obra aparecen todos los personajes reunidos en **casa de Felicia** situada en la Fuente de los Laureles dispuestos a escuchar cómo acaban las diferentes historias en las que están involucrados. En este momento, el autor no nos dice dónde se sitúan, pero sí que nombra lugares relevantes para la última historia. Estos espacios, también cerrados, son: la **casa- palacio de Dardanea** (también aparece su habitación, su cama, sus aposentos donde mantiene una relación con Disteo y son

¹⁰⁷ F. López Estrada, "Los temas de la pastoril antigua", *Anales de la Universidad Hispalense*, 28 (1967), pág. 165, ya establece desde la misma égloga latina medieval el fondo natural con "valor representativo de lugar o fondo en el que ocurren determinados acontecimientos".

¹⁰⁸ Pág. 117.

descubiertos por su hermano Sagastes), la **casa d e D isteo** (esposo, al final, de Dardanea) y la **casa del fiero Sagastes** (hermano de la bella Dardanea).

Ante el descubrimiento de Sagastes de la relación que mantienen su hermana Dardanea y Disteo, éste tiene que huir de la casa de su amada. Sale y va corriendo por las angostas y estrechas calles del pueblo (no se dice dónde está) y llega a una casa anónima para ocultarse, después se va a casa de Placindo. Allí planean la huida definitiva con ayuda de Martandro; salen fuera de las puertas de la ciudad y llegan a la granja de Martandro para la huida. Y, por último, Dardanea y su amado Disteo huyen a Trinacria (citado anteriormente). En la última escena del libro, todos están reunidos en casa de Felicia (templo de la casta Diana) y, de esta manera, finaliza la obra. Esta historia secundaria permite, por tanto, la incorporación de un espacio urbano, que tiene más que ver con la novela corta que con el mundo idílico de los pastores. De hecho, la escena en la que Disteo huye por las calles de la ciudad tiene un tono que recuerda a ciertas copmedias de capa y espada, con su ambiente urbano bien definido.

El tiempo en la novela tiene un carácter acrónico¹⁰⁹, y esto a pesar de la minuciosidad en las indicaciones de transcurso del mismo. Se pueden establecer dos tipos de mención temporal: una más vaga e imprecisa en que el tiempo transcurrido suele ser amplio, de varios meses o incluso años; y otra más detenida, que abarca un lento transcurrir de un día. Es imposible fijar exactamente en cuánto tiempo transcurre toda la novela, aunque son numerosas las referencias a este aspecto.

En libro I encontramos doce referencias al tiempo; siempre se trata de días, no menciona meses, años ni tampoco una hora concreta (aunque sí indicaciones más vagas). La obra comienza “pasados algunos días”, sin saber ni dónde ni cuándo se sitúa. Aparece expresiones del tipo: “no muchos días después”, “una noche”, “a la mañana siguiente”, “se iban a quedar a dormir”... En lo que sí coinciden casi todos los libros es que terminan una noche, de acuerdo con un conocido tópico heredado de Virgilio: los pastores se van a dormir o a reposar la comida y al día siguiente empieza un nuevo libro

¹⁰⁹ José Fernández Montesinos, “La Diana de Montemayor” en *Entre Renacimiento y Barroco*, Granada, Comares, 1997 (pág. 106-07) indica lo difícil de precisar el tiempo en que ocurren los hechos de la acción en los libros de pastores. “Desde entonces, esta paganía (en mezcla de cosas modernas y antiguas) quedó presa en todo el género pastoril, y los poetas que se disfrazaban a sí mismos de pastores disfrazaban también su época, dándole el aspecto de los que soñaban en una lejana edad de oro. Cuando los episodios se mantenían dentro de la estricta observancia bucólica, no era tan difícil realizarlo; cuando se imponía aludir a circunstancias contemporáneas, unas lentas perífrasis que permitían eludir la designación clara y concreta de las cosas atenuaban los más inminentes riesgos de “realismo”, manteniendo la armonía deseada”. Es justo el uso que Alonso Pérez realiza con respecto al factor pagano en su vertiente espacial (con templos y ninfas) y temporal, que como se verá tiende al estatismo o la demora del transcurso combinado con grandes períodos elípticos.

y un nuevo día. De esta manera acaba uno de ellos: “Ellos viendo que por ser mucho no bastaría solo le fueron a ayudar y le dixerón que tomasse compañero para que después de ellos y dos le ayudasse. Con esto otro día por la mañana partieron para Felicia”. Siguiendo también a Virgilio, el comienzo de los capítulos suele corresponder con el amanecer: “Yendo los pastores por su camino casi a la hora qu’el ganado huyendo el calor del sol y la cabeça baxa con el huelgo, levantando el seco polvo, buscala apacible sombra, oyeron una çampoña y paresciéndoles cosa nueva...”.

Este tratamiento del tiempo no es original de Alonso Pérez, sino que tenemos otras referencias en la literatura anterior. Como ya he apuntado, el punto de partida está en Virgilio en sus *Bucólicas* donde la acción y el tiempo quedan interrumpidos al final del día. También lo encontramos en Garcilaso de la Vega en su *Égloga I* que, sin duda, por influencia de Virgilio y de Sannazaro, es el tipo de poesía pastoril más característica del Renacimiento español. En esta égloga hay dos “cuadros” (los lamentos de Salicio y Nemoroso) y ambos están enmarcados entre la salida y la puesta del sol, siguiendo los modelos virgilianos. Para encontrar la similitud temporal con Pérez reproduzco el comienzo de la composición:

“Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio ...

y el final:

“Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que solo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas d’oro,
no vieran que era ya pasado el día;
la sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,

se fueron recogiendo paso a paso”¹¹⁰.

Podríamos ubicar, sin embargo, el libro I en cuatro días aproximadamente por las claves que nos da el autor; termina de la siguiente manera: “Con esto otro día por la mañana partieron para Felicia”. Más allá de estas consideraciones resulta imposible fijar el tiempo preciso.

En el libro II llama la atención la fijación que tiene el autor con la comida y el reposo de ella, costumbre muy habitual de los libros de pastores: “se hace la hora de comer”, “la hora de comer”, “se sientan a comer”... Podemos hacer un promedio de tres días en los que consiste este libro.

Ya en el siguiente libro la cuestión del tiempo es un poco más compleja, aunque lo fundamental sigue siendo la hora de comer. Aproximadamente se desarrolla en dos días la historia de Partenio y Delicio y un día más hasta que se encuentran con la sabia Felicia, pasan la noche en su casa, cenan y duermen. Esto, más o menos, está claro, aunque casi al final del libro dice el autor: “Estuvimos algunos días”. Intentar esclarecer este tipo de aclaraciones es prácticamente inviable.

Según termina este libro con la noche, el siguiente comienza por la mañana cuando los pastores se han levantado para realizar su tarea de llevar al ganado al pasto, unos, y seguir escuchando la historia, otros. La insistencia del autor en no fijar de manera precisa el tiempo es evidente con expresiones tales como: “una tarde”, “entre algunos días”, “se les pasó la tarde”, “otro día”, “los otros días”... Los únicos datos relevadores en este cuarto libro son, por un lado, que algunos de los protagonistas como Delicio, Partenio, Stela y Crimene tienen un total de “ocho días” (es de las pocas referencias precisas que aparecen en la obra y, además, el autor hace la cuenta atrás de cada día que les queda para despedirse) juntos mientras cantaban y contaban cuentos; a ellos se añadieron nuevos pastores y ninfas y, por otro, que Crimene avisa a los pastores Delicio y Partenio que el fiero pastor Gorforosto lleva en esas tierras desde hace “diez o doce años” (el autor no lo precisa), que es hijo del dios Silvano y una pastora y que tengan mucho cuidado si se lo encuentran. El libro termina, como era de esperar, con una cena y el reposo posterior.

En todos los libros el autor no nos sorprende en modo alguno, ya que todos tienen un final y un comienzo muy parecido. Tan solo se sale de lo normal el último,

¹¹⁰ Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*, ed. Elías L. Rivers, Madrid, Castalia, 1996, págs. 129 y 145-146.

puesto que asegura que si el lector quiere saber cómo y dónde continúa la historia debe esperar a una tercera parte que nunca escribirá, o, por lo menos, no tenemos constancia de ello.

En el libro V encontramos también, como en el primero, doce referencias temporales. Algunas son muy parecidas a los libros anteriores: “el día siguiente por la mañana” (esas son las primeras palabras de este libro), “por la noche”, “otro día”, “aquella misma tarde a puestas del sol”, “nos fuimos a acostar”... Lo único destacable es que se vuelven a repetir los *ocho días* que el autor empieza a contar desde atrás. En ese espacio de tiempo, para evitar que hiciera daño a Delicio por amor a Stela, Partenio le propone al fiero Gorforosto que le dé el cayado que él lleva y, a cambio, él se irá de aquel lugar en el plazo señalado. Gorforosto promete no hacerles daño durante esos “ocho días”. Después, dice el autor que pasaron *tres o cuatro días* de esos ocho en los que Crimene quería olvidar la ausencia de Partenio y, después, se indica que quedaban dos días para la partida definitiva. Debemos recordar que durante este tiempo, las ninfas intentaron no ver a los pastores para que su pena fuera menor. Al final, quedaba solo un día antes de la partida cuando Delicio le dice a Partenio que al día siguiente debían hablar para hacer el engaño a Gorforosto y que a él se le ocurriera qué hacer. Los pastores deciden partir juntos y prometen regresar transcurrido “un año”. La última referencia al tiempo es al final “cuando venida la noche, después de haber cenado, se fueron a reposar”. De manera que en este libro, el tiempo juega un papel relativamente distinto al que tiene en otros. Aparece como plazo que se señala para el cumplimiento de un proyecto o una promesa: los ocho días que se concede Partenio para abandonar el lugar y el año que los dos tardarán en regresar.

De nuevo en el libro VI, igual que el primero y el quinto, encontramos otras doce referencias temporales. La repetición de esta cifra da qué pensar. ¿Es meramente casual que en varios libros se repita el mismo número de referencias temporales? ¿O existe una deliberada voluntad por parte del autor? En cualquier caso, cabe señalar que, por primera vez en toda la obra, el clima no acompaña a los pastores, Alonso Pérez es muy descriptivo en esta ocasión: “el tiempo se revolvía con truenos y relámpagos”. Situamos este libro en cuatro días aproximadamente y cada día está perfectamente definido (“por la mañana”, “triste tarde y pasado un rato de la noche”, “se fueron a dormir”). No encontramos en ningún libro este eje temporal tan bien definido. Señalaré dos aspectos destacables: el primero es que la sabia Felicia promete a Placindo que “en

pocos días verá en el templo de la casta Diana a sus señores y a su amada tía Palna”¹¹¹ y el segundo es que este libro no acaba con la noche y el sueño de los pastores como los anteriores, sino que, sin especificar el momento del día, aunque podríamos adivinar que se trataría de la tarde, todos se sientan a escuchar la historia de Placindo en el templo de Diana. Es una manera diferente de cerrar este capítulo de la obra.

En el caso del penúltimo libro, encontramos once referencias al tiempo. Todas son muy parecidas a las de anteriores libros, por ejemplo: “pasaron algún rato”, “algunos días”, “una noche”, “algunas noches”, “otro día siguiente por la mañana”... Dos hechos son relevantes en este libro, el primero es que, por primera vez Alonso Pérez hace una referencia histórica o, más exactamente, mitológica con apariencia de historia: “hace varios años, cuando reinaba el rey Rotindo”¹¹², aquí menciona la región de Eolia y que el rey Rotindo pertenecía a la estirpe del rey Eolo. Y la otra cuestión que llama poderosamente la atención es que, también por primera vez, se cita la hora concreta: “aquella noche, como a las *onze*”¹¹³, cuando Disteo llega a casa de Sagastes acompañado por un paje de espada y músicos que iban a casa de Martea; allí comienzan los músicos a tocar varios instrumentos y un muchacho canta una canción que Sagastes le había mandado componer. El mayor realismo del espacio (urbano, según hemos visto en este episodio) va curiosamente acompañado de una mayor precisión en la indicación del tiempo. Es posible que Alonso Pérez intuyera que la medición precisa del tiempo es una exigencia de las ciudades, y que los relojes son instrumentos urbanos por excelencia. Aunque me parece más probable que estuviera siguiendo aquí un modelo donde ya encontraba esa referencia. No deja de ser curioso, sin embargo, que el ámbito donde ocurre la acción (y los géneros literarios correspondientes) den un tratamiento tan distinto al tiempo.

El libro VIII tiene tan solo cinco menciones al tiempo y tres de ellas muy significativas: el narrador nos dice que estuvieron en Trinacria “un año” Disteo, Dardanea y Palna; después huyeron, pero no sabe adónde ni porqué; durante “doce años” se buscó a Disteo y Dardanea sin obtener respuesta y “ocho días” quedan para que vuelvan a casa de la sabia Felicia y se acabe la historia: allí todos se reencontrarán. Además de estas indicaciones, el libro podríamos situarlo en tres días y dos noches (una

¹¹¹ Pág. 231 del texto original.

¹¹² Pág. 232.

¹¹³ Pág. 244.

cuando fueron descubiertos los esposos Disteo y Dardanea y otra cuando huyen ayudados por Martandro).

Según se observa, el autor adopta una expresión indeterminada que permite al narrador omitir todos los acontecimientos que sucedieron para detenerse en aquellos que por su pertinencia generan la acción que conduce al desenlace. Se detiene, por tanto, en momentos cumbre y selecciona las situaciones cruciales en las que se produce un cambio de circunstancia. El narrador ofrece un marco de tiempo suficiente para que todos los sucesos o historias puedan encadenarse y desenvolverse sin que tenga que echar mano de efectos mágicos, ni de soluciones inmediatas. Por el contrario, Alonso Pérez procura que el tiempo funcione dentro de la narración de modo que los acontecimientos se desarrollen con efectividad lógica o, por lo menos, con verosimilitud (recordemos que los espacios suelen ser lugares existentes para darle verosimilitud al texto, por ejemplo: Lusitania, río Ezla, Mondego...).

Por consiguiente, en el relato de Pérez el tiempo se ajusta a la retórica propia de la pastoril: reuniones y juntas pastoriles que terminan con la puesta de sol (en el templo de la casta Diana- palacio de la sabia Felicia, situado en la Fuente de los Laureles); amaneceres con los que comienzan caminos y encuentros; menciones minuciosas del paso del día en estas reuniones atendiendo a la comida, la siesta, el calor del sol, la cena o las crecientes sombras que se apoderan del campo, de los bosques y florestas. A esos motivos tópicos hay que añadir algunos tratamientos más personales, como el plazo de ocho días en la historia de Gorforosto.

Por otro lado, se produce un vaivén entre el estatismo temporal de la historia principal y el transcurso de amplios períodos de tiempo en las historias relatadas. Es un desequilibrio que caracteriza a muchas novelas pastoriles, empezando por *Los siete libros de la Diana* de J. de Montemayor...

Uno de los aspectos más importantes del tiempo es la presencia de la llegada de la noche, donde las historias deben acabar imperiosamente para continuar al día siguiente. El resto de consideraciones temporales se adecua a las indicaciones del paso del tiempo que tienen acomodo junto a las demás expresiones del día. Éstas se adaptan al cierre del ciclo diurno que acompaña al término de las actividades pastoriles, como ya era tradicional en las églogas del propio Garcilaso.

Otro de los aspectos más destacados en la cuestión del tiempo es la detención del mismo en momentos cruciales de la historia, es decir, cuando el narrador cuenta una historia, el tiempo se detiene; y cuando termina, el tiempo del relato continúa. Lo

podemos observar en cualquier libro combinado a la presentación de espacios irreales de templos (del dios Pan al que venera el viejo Parisiles) y reuniones solemnes de fuerte sabor pagano.

A los aspectos destacados, debo añadir uno más, la elipsis de grandes periodos de tiempo que intentan conseguir la verosimilitud conveniente para desarrollar los procesos de enamoramiento y desenamoramiento prescindiendo de soluciones sobrenaturales. En este sentido, Pérez se aparta de su modelo. En Montemayor, el filtro mágico de la sabia Felicia actuaba como una especie de catalizador que aclaraba las reacciones emocionales de los personajes. El olvido amoroso se producía de manera casi instantánea, lo que hacía innecesarias las elipsis temporales que encontramos en su continuador.

En conclusión, espacio y tiempo, dentro del relato pastoril, mantienen su carácter convencional, aunque con atisbos originales. El espacio es, quizás, el elemento más convencional de todos cuantos integran un relato pastoril, pues obedece a los bien conocidos esquemas del *locus amoenus*. En Alonso Pérez, siguiendo a Montemayor, se da un cierto enriquecimiento de ese tópico a través de las referencias arquitectónicas al palacio de Felicia, que introduce la dimensión del Arte en el mundo de la Naturaleza. También como en Montemayor, el mundo pastoril se abre al urbano en alguna de las historias secundarias. Pero, en general, el espacio pastoril contribuye a crear una sensación de coherencia textual, por lo que organiza el material narrativo y lírico. De manera que las canciones se escuchan en parajes amenos o en espacios de intimidad dolorida, como cuevas y valles apartados (como el del fiero Gorforosto...), etc. Con esto, también caracterizan el mundo interior del personaje y de su intimidad.

5.- NARRADOR Y TÉCNICAS NARRATIVAS

En el análisis de este apartado, las técnicas narrativas más importantes son:

A) D descripción: Cuando se analiza la narración pastoril¹¹⁴ de Alonso Pérez se comprueba que el narrador es omnisciente. Desde su saber absoluto, tanto enfoca como dosifica la información sobre pastores, lugares y acontecimientos. Esto es evidente desde el principio, cuando empieza situando la acción en el espacio y no desentona del resto de novelas pastoriles. Nos interesa apreciar el modo en que el narrador va presentando estos parajes a través de sus descripciones, lugares como la Fuente de los Laureles o sitios de encuentro, como por ejemplo destaca ésta que hace en el libro I: “A la cual llegando, vieron una estrecha entrada y algo larga, cuyos lados no de paredes de artífice mano fabricados, mas de árboles de la maestra Naturaleza compuestos estavan, que no menos el lugar silvestre era ennoblescido con la verdura natural, que las pomposas cámaras con el oro assentado. Allí se vía el funesto ciprés, el triunphante laurel, la dura enzina, el frondoso sauze, la invencible palma, el resinoso pino, el blanco y liso álamo, el negro y áspero olmo, unos con otros mezclados. Cuyos troncos eran enlazados de la vivace yedra, de la fructífera parra, del oloroso jazmín, y de otras yervas que en compañías más abundantemente crescen”¹¹⁵.

También destacan la descripción del *locus amoenus*¹¹⁶, de los ríos Ezla y Mondego¹¹⁷, de la Fuente de los Laureles que tiene un prado enorme¹¹⁸, del templo de Apolo¹¹⁹, del reino de Eolia¹²⁰, del templo de Diana, lugar considerado como la casa-palacio de la sabia Felicia¹²¹, de la floresta donde se desarrolla la historia de los pastores Delicio y Partenio y de las ninfas Stela y Crimene¹²², o de las casas de Dardanea¹²³, Sagastes¹²⁴ o Disteo¹²⁵.

¹¹⁴ Para comprender este apartado he acudido a Antonio Prieto, *Morfología de la novela*, Barcelona, Planeta, 1975. El autor afirma que una estructura narrativa tiene explicación dentro de sí misma y está constituida por los elementos típicos que la narratología ha codificado desde el estructuralismo francés. En esta parte de mi trabajo he analizado aspectos integrados en convenciones literarias como el tiempo y el espacio, aunque éstos han sido estudiados en el anterior. Para el estudio del narrador, he considerado algunos aspectos donde adopta unas especificidades particulares que es lo que aquí he tenido en cuenta. Lo mismo he hecho con el estilo directo e indirecto pertenecientes al discurso narrativo, aunque todo ello depende de la voz del narrador.

¹¹⁵ Pág. 27 de mi edición.

¹¹⁶ Págs. 27-28.

¹¹⁷ Pág. 28.

¹¹⁸ Pág. 58.

¹¹⁹ Pág. 66-67.

¹²⁰ Pág. 100.

¹²¹ Pág. 117-118.

¹²² Pág. 141.

Aparte de estas descripciones de lugares adecuados para sus reuniones, el narrador adorna su relato con otras muchas, como son las descripciones de los trajes o instrumentos pastoriles¹²⁶, sus costumbres¹²⁷, las descripciones de personajes, como la que hace el autor de dos de los personajes más importantes (Delicio y Partenio)¹²⁸, la descripción de la bella pastora Diana¹²⁹, la del viejo Parisiles¹³⁰... o la de otros personajes.

B) *Amplificatio*: la manipulación de la materia por parte de Alonso Pérez, ya sea tradicional o clásica, obedece al antiguo recurso de la *amplificatio* y ésta es característica no sólo del cuento intercalado (como el de Delicio y Partenio)¹³¹, sino de la novela toda del salmantino. La técnica narrativa, por su parte, se acerca más a lo practicado por su modelo Jorge de Montemayor. Es evidente que tanto aquí como en la primera *Diana* el cuento intercalado sirve las funciones de añadir una nueva dimensión al relato pastoril. Pero, así como en Montemayor la interrupción es única, aquí se da en forma múltiple.

Tres partes tiene la historia de Partenio y Delicio, separadas por anécdotas totalmente diversas, como lo es el cuerpo de la novela. Y estas interrupciones múltiples, si bien nos alejan de la medida del novelista portugués, nos aproximan, como recuerda Avale Arce, a la técnica de la narración bizantina, que en muchos sentidos lo es también de la caballeresca. La técnica de la interrupción derivada de la novela bizantina y caballeresca se aplica también a la lírica: se comienza a cantar un soneto que queda cortado por la acción. Cervantes utilizó este artificio en la *Galatea*, donde hay otro soneto interrumpido. El mismo Cervantes llevó esto a un extremo burlesco en su comedia *La entretenida* (acto II), donde se recitan separadas las cuatro partes de un soneto. De otro tipo de interrupciones se burla asimismo en la aventura del vizcaíno (*El Quijote*, I, caps. VIII y IX)¹³².

¹²³ Pág. 242.

¹²⁴ Pág. 244.

¹²⁵ Pág. 244.

¹²⁶ Pág. 77.

¹²⁷ Pág. 32.

¹²⁸ Pág. 93.

¹²⁹ Pág. 33.

¹³⁰ Pág. 65.

¹³¹ Libro V, VI, VII y VIII, págs. 157 y siguientes.

¹³² Tomo referencia de J. B. Avale- Arce, *La novela pastoril...*, pág. 114.

Por lo demás, estos cuentos intercalados tienen poco o nada que ver con la materia pastoril. Delicio y Partenio, por ejemplo, son pastores sólo por accidente, ya que en realidad son hijos de reyes, pero aquí, como en tantos otros casos en distintas novelas, existe al menos el disfraz pastoril. La historia de los padres de estos personajes, sin embargo (que, por otra parte, constituye una especie de *amplificatio* temática respecto a la historia de Delicio y Partenio), sí está totalmente aislada del mundo pastoril, ya que Disteo y Dardanea, los padres, ni siquiera aparecen en la intriga principal de la novela. Así y todo ocupa en parte los tres últimos libros con interrupciones. El mundo que recrea esta historia es el de la caballeresca y la bizantina, con reyes, paladines, amores lícitos, venganzas, etc.

Tenemos que anotar la intromisión del autor en el relato, que ocurre desde las primeras páginas. Veamos algún ejemplo: “En demasía se holgaron oyendo el dulce cantar de los pastores, y cuán contrarios estaban en sus opiniones. En mucho tuvieron la astucia de Silvano que, mostrando su contento por las mismas palabras de Sireno, de todo punto le contradixo, y con esto se fueron a dormir, despidiéndose los pastores para su partida, porque habiendo de madrugar, a fin de no caminar con calor, la visita de la mañana no les interrumpiese el sossegado sueño”¹³³. Tenemos aquí, de manera indirecta, una observación metaliteraria sobre la habilidad poética de Silvano (que, naturalmente, en última instancia, es la del propio Pérez). Es frecuente que el autor elogie sus propios versos haciendo que los personajes se admiren de la habilidad para el canto de algún pastor o de alguna pastora.

En su uso de la *amplificatio*, Alonso Pérez carece de todo equilibrio y poder de síntesis, lo que perjudica al desarrollo y al interés de su novela.

C) A nalepsis y p rolepsis. Tal vez, donde más destaca la presencia del narrador omnisciente, aparte de en las manipulaciones en el tiempo, es el uso de las analepsis y prolepsis. Recordemos que una analepsis es un pasaje retrospectivo que rompe la secuencia cronológica de una obra literaria y la obra de Alonso Pérez está llena. Destaco algunas. Por ejemplo, la hecha por el viejo Parisiles cuando cuenta su historia de juventud en el libro II: “Pero en fin, el buen viejo no teniendo justa culpa para ser rebelde al mandamiento de Felicia y ruegos de toda aquella compañía que a grande distancia se lo rogava, d’esta manera comencó: ‘Amados hijos (que por mi edad este

¹³³ Pág. 15.

nombre puede tomar) como quiera que la mayor parte de mi vida ha sido sacrificado al culto, honra y ministerio de los soberanos dioses nuestros...”¹³⁴. Lo mismo que en el limitado marco espacial de la pastoril los relatos abren una ventana a escenarios lejanos, el reducido ámbito temporal en el que se desarrollan los acontecimientos se amplía indefinidamente hacia atrás gracias a estas analepsis. Pues muchas de ellas son muy amplias, es decir, obligan a retroceder muchos años hacia el pasado, ya que dan cuenta de toda la vida del personaje.

Otra analepsis de esta naturaleza la encontramos cuando Delicio cuenta su propia historia a los pastores que le escuchaban¹³⁵: “Yo (que Delicio es mi nombre) me crié en un lugar pequeñito en Trinacria al ángulo Pachino llamado, en casa de un pastor dicho Carposto, mi caro amigo cuyo nombre es Partenio en otro lugar el segundo ángulo, de tres que tiene aquella isla dicho Peloro, en casa de otro pastor por nombre Sacordo...”

Esas analepsis quedan interrumpidas frecuentemente por la intervención de los oyentes. Es lo que ocurre en el libro IV, cuando la ninfa Crimene cuenta su historia a los largo de muchas páginas y ésta queda interrumpida por don Felis: “Ninguna cosa me digas- dixo don Felis- porque te prometo que a no pesar que tan bien leeríades lo que le dixo que iba a poner en otro árbol, te rogara la volvieras a dezir, pero tiempo quedará para ello placiendo a los dioses y oyamos la otra”.

Un último ejemplo: en el libro VII es el propio Placindo quien narra su historia que queda interrumpida por la participación del viejo Parisiles y, de nuevo, por don Felis: “Por mi fe- dixo Parisiles- aguda estuvo la llegada de Palna a Disteo porque cierto ya yo estava congoxado, no sabiendo que se pudiesse Palna dezir hablando alto que entrambos lo oyesen, a causa de que Dardanea sabía que le quería embiar a espiar a Sagastes y Disteo entendía que era para que fuesse a llamar un médico”. “Por cierto- dixo don Felis- ella en todo debía ser muy avisada y bien dio muestra d’ello en el poner de la vela delante de Dardanea, por lo que tú apuntaste”¹³⁶.

Estos narradores intradieгéticos no suelen diferir, ni en su estilo ni en su modo de ver los acontecimientos, del narrador extradieгético, pero en algunos casos, Alonso Pérez parece hacerse consciente de las dificultades que implica la introducción de estos narradores secundarios. Así en la pág. 216 Placindo supone que sus oyentes se

¹³⁴ Pág. 65.

¹³⁵ Pág. 93.

¹³⁶ Pág. 242-243.

preguntan por qué conoce el contenido de una conversación a la que no estuvo presente. Y aclara que se la conteron quienes sí asistieron a ella.

En toda la obra, los personajes que interrumpen las historias principales de los narradores son personajes externos que no participan en ella, simplemente dan su punto de vista y suelen ser don Felis y su esposa Felismena y, en menor medida, el viejo Parisiles, la sabia Felicia y las ninfas de Felicia, Dorida y Polidora.

Otra muestra del control omnímodo del narrador se da con las prolepsis. Éstas son menos numerosas que las analepsis, pero sí encontramos algunas situaciones en las que adelanta, vagamente, algo de lo que va a ocurrir. Se genera así cierto suspense dirigido, sobre todo, a demostrar la capacidad inestable del sentimiento amoroso. La más destacada se sitúa en el comienzo del libro III cuando la sabia Felicia se aleja de todos los pastores con el viejo Parisiles y le anticipa lo que ocurrirá después: “Quedándose pues solos los dos, Felicia le declaró todo lo que adelante se dirá y que no le debía pesar porque su hija anduviese en compañía del pastor, pues él era tal que ninguna cosa se perdía, cuánto más habiéndose todo tratado con tanta limpieza, que atendiese que todas las cosas ivan ordenadas por mano de los dioses, las cuales nosotros no alcançamos. Éstas y otras muchas cosas con él trató”¹³⁷. Aunque no se sabe exactamente qué va a ocurrir, se atisba ya el final feliz de la historia a través de la referencia a la noble condición del pastor que acompaña a Stela y a la “limpieza con la que se trató todo”.

Podrían ponerse otros ejemplos, pero la característica común de las prolepsis es que en todas interviene la sabia Felicia, pues será la única que sabrá todo lo que ocurra; aunque al final de la obra, es el propio narrador de toda la obra el que anticipará lo que sucederá en la tercera continuación de la *Diana*:

“Quien quisiere pues ver las obsequias de Delio, la competencia de Sireno, Fausto y Firmio y hallarse recebimiento de todos y recibiere contento de saber quién es Stela y desseare saber sus trabajos con los de Crimene, Delicio y Partenio y en qué paragón con los amores de Agenestor, príncipe de Eolia, y Luztea, hija de Disteo, y Dardanea agúardeme a la tercera parte d’esta obra, que presto se están para si Dios fuere servido. No se puso aquí por no hazer gran volumen”¹³⁸.

La omnisciencia del narrador sirve para controlar todo lo referido a los acontecimientos. Al profundo conocimiento de las vidas de los personajes, desde el

¹³⁷ Pág. 92.

¹³⁸ Pág. 284.

pasado anterior a la acción pastoril, añade la dosificación de esta información que va exponiendo según las necesidades del relato, o su propio capricho.

D) Sumarios: es bastante común encontrar en el relato de Alonso Pérez el sumario. Mediante este recurso ofrece, con brevedad, la información que el narrador cree más pertinente dentro de los acontecimientos que ocurren en la narración. Los sumarios más importantes se encuentran en los comienzos de casi todos los libros donde aparece un resumen de lo ocurrido en el anterior para que el lector no se pierda. El narrador se cree en la obligación de señalar someramente algunos de los hechos que han ocurrido entre los pastores. Conviene señalar, por tanto, que se trata habitualmente de sumarios redundantes: no resumen acontecimientos que el lector ignore, sino que pretenden refrescar su memoria sobre lo que ya conoce. Es significativo que varios de ellos ocurran al principio de los capítulos, como si el autor pensara que el lector ha interrumpido la lectura al final del capítulo anterior y ha dejado pasar cierto tiempo desde entonces.

Un ejemplo visible lo encontramos en el comienzo del libro V: “El día siguiente por la mañana, las tres ninfas que fueron ayudadas de los pastores que allí estaban, cuando los selvages las acometieron, desseosas de darles todo placer, les contaron lo que con Crimene habían pasado. Dado fin al cuento hasta lo que de Crimene habían oído estorvado por la venida de Felicia...”.

E) Los comentarios de los personajes: Con frecuencia, la intervención lírica de uno de los personajes suscita el comentario de los demás. He señalado ya un caso en el que ese comentario es de índole metaliteraria: los oyentes comentan –y habitualmente alaban la habilidad poética- de quien está cantando o acaba de cantar. Otra veces esos comentarios se refieren a otros aspectos de lo que se acaba de escuchar. De esta manera lo encontramos, por ejemplo, en el libro VI: “Entonces Dorida, por mandado de Felicia, tomó una harpa y templada a lo alto de la voz que llevar quería, de esta manera comenzó estando todos atentos:

Hazed eterna, amantes, a mi memoria,
por el más de vosotros venturoso,
solemnizad a voces la victoria,

que de vosotros tengo en ser dichoso[...] ¹³⁹

No pudieron detener la risa a la amonestación del pastor, al cual Silvano dixo: “Por mi fe, zagal amigo, tú vienes tarde con el consejo, pues dexar lo que tenemos por essa zagala, no creo que habrá remedio. Y si a éste llamas tiempo perdido, de lo no perdido nos pesa”. “Yo quisiera- respondió el pastor- que tuviéades mejor acuerdo, mas yo hago lo que devo””.

De esta forma, el lector puede enjuiciar los hechos desde la perspectiva de los diferentes personajes y obtener una visión perspectivística de los acontecimientos presentados por la voz lírica o, más aun, de las opiniones expresadas por ésta.

F) Diálogos: el deambular de los pastores por el campo o en los caminos hacia distintos parajes, valles o templos suele estar asociado a diálogos entre los personajes, alternados de cantos y poesías. En otras ocasiones, los diálogos se mantienen en lugares apartados y sirven para hacer un retrato completo del personaje descrito. En la obra de Alonso Pérez el diálogo es bastante frecuente, aunque es constante la presencia del narrador con alguna de las técnicas narrativas analizadas anteriormente.

Los tipos de diálogos más destacados se producen, unas veces, cuando intervienen dos o más personajes en él, por ejemplo en el libro I encontramos la intervención del narrador omnisciente y el diálogo de la sabia Felicia y Sireno: “Todos se rieron de lo dicho por Sireno, y Felicia dixo: “Por mí sé, Sireno, todos están de tu parescer, si no pregúntalo a tu competidor Silvano y a su querida Selvagia”. “El ciego- respondió Sireno- mal juzga de las colores”. “Pues, ¿quién quieres- dixo Felicia- que sea el juez?”. Sireno respondió: “El que tiene ojos de la razón”. “¿Quién es esse?”- preguntó Felicia. “Quando otro no huviere - respondió Sireno- yo””.

Otras veces, observamos que el diálogo de los personajes se produce en forma de canto utilizando la poesía, como por ejemplo en el libro I cuando cantan Sireno y Silvano acerca de la naturaleza del amor; Sireno ataca duramente a Cupido y Silvano lo defiende. Es la técnica del canto amebeo, que tiene ya sus precedentes en la tradición clásica y que aparece con mucha frecuencia en la égloga española del siglo XVI, empezando por Garcilaso. El artificio tiene una finalidad esencialmente lírica, y sólo de manera traslaticia puede hablarse aquí de “diálogo”. Se da, no obstante, un claro

¹³⁹ Págs. 196- 201.

enfrentamiento de pareceres, que queda subrayado por la identidad de la rima y de sintagmas enteros.

Sireno

Amor en dar fatiga es tan experto,
que no sé yo, por que deva loarse;
es tan infiel, mudable y tan incierto,
que debe con razón vituperarse...

Silvano

Amor en dar descanso es tan experto,
que no sé por qué no deva loarse,
es tan fiel, tan constante y es tan cierto,
que no debe a mi ver vituperarse...

Otra forma peculiar de diálogo es la que se da en los intercambios epistolares, como por ejemplo en el libro VII donde Palna se comunica con su “querido” hijo Disteo a través de cartas justo cuando se produce el cambio de criados de Disteo de Palna (tía de Placindo) por Anfilardo¹⁴⁰.

A diferencia de lo que ocurre con el canto amebeo, esta forma de diálogo tiene un carácter marcadamente narrativo, de manera que el desarrollo de la intriga sería con frecuencia ininteligible sin estos intercambios epistolares.

Y, por último, se producen diálogos cuando se está contando una historia y queda interrumpida por la intervención de personajes (normalmente don Felis, Felismena o las ninfas de la sabia Felicia) para dar su punto de vista. Por ejemplo, en el libro V cuando interviene la ninfa Dorida para pedirle a Stela que continúe su historia: ““Bien está- dixo Dorida- sea como quisieres y passa adelante que no nos ponemos aquí en tantos primores”. “Yo respondí- dixo Stela- a Partenio. El error cometido bien se manifiesta, pero ¿de qué manera la ignorancia que dizes me será clara?””¹⁴¹.

La distribución de todo el material narrativo entre narrador y personajes no parece que obedezca a una intención determinada. Narrador y personajes parecen compartir unas normas de conducta o aceptar una concepción de la vida en la que todos participan, como demuestran los propios juicios que emite el narrador.

¹⁴⁰ Pág. 236- 239.

¹⁴¹ Pág. 160.

G) La voz del narrador: a medida que va transcurriendo la narración, los relatos que hace el narrador van constituyendo una entidad independiente y configuran una unidad que va dando cuerpo a la figura del narrador, cada vez más consciente de su presencia en el relato. La figura que el narrador ha ido conformando, se introduce en el relato hasta convertirse en una voz sin apariencia física, pero consciente de todos los entresijos que configuran a sus personajes. Él mismo, a través de sus manifestaciones, llega a constituirse en ficción como si fuera un personaje más.

En el texto de Alonso Pérez, junto a los personajes-narradores que cuentan su propia historia o la de otros, existe un narrador omisciente en tercera persona. Desde el principio es claro que este narrador no sólo conoce las acciones de los personajes, sino que puede penetrar en sus sentimientos: “Puesto que no era possible no ser estremado el gozo d’estos felices amantes, pues Fortuna los tenía en el más alto grado de contentamiento y bien aventurança que ellos mesmos supieran pedir, poseyendo cada uno d’ellos lo que solo dársele podía, no creo ser de menores quilates el que Felicia gozava”¹⁴². A pesar de las reticencias (“no era possible no ser estremado”, “no creo ser de menores quilates”), no cabe duda de que este narrador es fiable y debemos dar crédito a lo que dice.

¹⁴² Pág. 10.

6.- PERSONAJES PRINCIPALES, SECUNDARIOS Y MITOLÓGICOS

La literatura es el país de las palabras y, por tanto, un personaje es un ser de papel y no una persona. No obstante lo habitual es que tengan forma de personas y, a pesar de ser criaturas de papel, sirvan como vehículo de identificación para el autor y los lectores¹⁴³.

De los personajes, nos interesa conocer fundamentalmente tres aspectos:

- A) La caracterización:** en este apartado hablamos principalmente de dos aspectos: el nombre (siempre es significativo, puede ser expresión de categoría social y de categoría discursiva por el espacio textual que ocupa) y la representación (son todas las características que definen al personaje como la edad, el sexo, cualidades físicas, culturales, sociales...). Según este primer criterio, en la obra de Alonso Pérez encontramos un gran número de personajes, de los cuales treinta y uno son principales, diecisiete son secundarios y veintidós pertenecen al ámbito mitológico.
- B) Las funciones que desempeñan en el relato:** las funciones principales son tres: dramáticas (se refiere a lo que los personajes hacen que es lo que constituye el eje de las novelas), fáticas (es lo que dicen, acción fundamental que les convierte en narradores y, por lo tanto, en dueños parciales del relato) y actanciales que expresa el papel que tienen dentro de la historia¹⁴⁴. La función que más me interesa es la función actancial, por la cual, los personajes se pueden clasificar en principales y secundarios, que veremos en el apartado posterior.
- C) La entidad de su papel:** se pueden clasificar como principales (los protagonistas) y secundarios o deuteragonistas. Por su complejidad, según sean capaces de sorprender al lector con sus cambios o no, E. M. Forster los dividía en redondos o planos (*round/ flat*) y dependía de sí evolucionaban a lo largo del relato o no. Y finalmente, por su función sintáctica Henry James distinguía entre los personajes *ficelle*, que sirven al desarrollo discursivo de la historia actuando como enlace de personajes, espacios y momentos, y los que son servidos por los demás elementos de

¹⁴³ Alicia Redondo Goicoechea, *Manual de análisis de literatura narrativa. La polifonía textual*, Madrid, Siglo XXI de España editores, S.A., 1995, págs. 31- 34.

¹⁴⁴ Tomo referencia de Alicia Redondo Goicoechea, *Manual...*

la obra, como ocurre con los protagonistas de la novela psicológica¹⁴⁵. Siguiendo estos criterios, he clasificado los personajes en tres grandes grupos: principales, secundarios y mitológicos. Prácticamente todos son, “planos”, según la caracterización de Foster.

1.- PRINCIPALES: en primer lugar, los personajes principales son los más numerosos de la obra de Alonso Pérez, en total veintiuno. Veamos uno por uno quiénes son, cómo se comportan en la obra y qué papel desempeñan. Dada la complejidad de éstos, es necesario estudiar uno por uno y/o la relación entre ellos.

- **La sabia Felicia:** es el personaje principal, por excelencia. Está presente al principio y final de cada libro y aparece en todos desde el I al VIII. El mundo sobrenatural se fusiona con el humano potenciado por el propio espacio bucólico, en el cual resulta natural la presencia de ninfas y de la sabia Felicia. Introducen junto con la magia la posibilidad de entender y aprender el misterio del amor y, por tanto, alcanzar la solución, que evidentemente no pertenece al plano de lo humano. Felicia, identificable tanto con personajes pertenecientes a la pastoril (como Enareto, sacerdote mayor de pastores en *L'Arcadia*), como a los poemas épicos (como la sabia Melissa del Orlando furioso), aparece como *dueña*, mujer de edad madura, vestidos austeros y comportamiento cortés. Funciona, situada en el centro de la novela, como personaje importante, porque a ella (y su ámbito) convergen todos los demás personajes, y de ella dependen los desenlaces. Pero no tiene entidad ni siquiera como carácter. Rodeada siempre de ninfas (las principales son Dorida, Cinthia y Polidora de las que hablaremos más adelante) es, como ellas, elemento inalterable; Felicia y las ninfas vienen a ser únicamente personajes- instrumento de la resolución de la trama de otros, puesto que permanecen exentas de amor. En este sentido, son personajes atemporales, no pueden realizarse en un currir narrativo, según explica Antonio Prieto, y utópicos en cuanto que su lugar (el palacio mágico) no sólo es inaccesible para los pastores por sí mismos (las ninfas cumplen el papel de guías), sino descrito como obra sobrehumana. Las ninfas repiten, como eco mitológico, dos principios que resultan así fundamentales en la novela: encarnan la castidad, y preludian el alto valor de la sabia Felismena, ya que sus vestidos, de significado simbólico, son semejantes a los que viste este personaje en el

¹⁴⁵ Darío Villanueva, *El comentario de textos narrativos: La novela*, Gijón, Ediciones Júcar, 1989, pág. 53.

palacio de Felicia. Esto explica la posible interrelación de pastores y ninfas y su significado como parte superior a todas ellas.

Todos los niveles de interrelación entre lo natural y lo sobrenatural se encuentran encarnados en los personajes que funcionan de modo ambivalente según la escena o lugar que representan en un momento concreto.

La sabia Felicia está siempre presente junto con el triángulo formado por Sireno, Silvano y Selvagia, además de don Felis y Felismena, sus ninfas y pastores en todos los libros, siendo testigos de todo lo que ocurre. Algunos de los episodios más importantes en los que aparece Felicia son: en el libro I, gracias a sus habilidades con la magia, le da una bebida a Sireno para que olvide a su bella pastora Diana¹⁴⁶; el libro IV comienza con el recibimiento de Felicia a todos los allí presentes¹⁴⁷ y, por último, en el libro VIII, Felicia actúa como narradora al final del relato y da consejos a Silvano, Selvagia y Sireno de cómo deben comportarse¹⁴⁸. La sabia Felicia siempre participa en el relato y es el único personaje conocedor de todo lo que ocurre y lo que ocurrirá en el futuro.

-Silvano/ Selvagia: es una de las parejas más importantes que encontramos. Como he dicho anteriormente, aparecerán en todos los libros de la obra, acompañando a la sabia Felicia y, por tanto, serán testigos directos de todo lo que ocurra. En la primera aparición que hacen en la obra se declaran su amor y hablan de matrimonio; el pasaje tiene un notable lirismo¹⁴⁹. Algo después, se dedican una de las canciones más bonitas de amor que encontramos en la obra, en la juran amarse mutuamente y después de la muerte. Pese a su continua presencia, estos dos personajes juegan un papel muy limitado en el desarrollo de la acción, ya que el carácter aproblemático de su relación amorosa hace que ofrezcan pocas posibilidades novelescas. De manera casi paradigmática, la canción que cantan ambos personajes muestra el carácter inalterable de sus sentimientos, lo que anula toda dimensión temporal en la presentación de este amor:

Selvagia

[...] mas no verá jamás algún humano
dexar de amar Selvagia a su Silvano.

Silvano

¹⁴⁶ Libro I, págs. 41-42.

¹⁴⁷ Libro IV, pág. 120.

¹⁴⁸ Libro VIII, págs. 283-284.

¹⁴⁹ Libro I, págs. 11-12.

[...] mas no se verá un día ni una hora
tener odio Silvano a su pastora.

Selvagia

[...] mas no podrá jamás ser en su mano
tener odio Selvagia a su Silvano.

Silvano

[...]y si el alma salida se le diere
amar estando el cuerpo sepultado:
en vida, en muerte, el año, día, y hora
siempre amaré Silvano a su pastora.

Selvagia

[...] ora sea en invierno, ora en verano
siempre amaré Selvagia a su Silvano¹⁵⁰.

Estos dos personajes, protagonistas de un amor correspondido y feliz, actúan como contrapunto de la mayoría de los enamorados de la obra, que se enfrentan a un amor, al menos inicialmente, infeliz.

El elemento discordante está representado por el olvidado Sireno. Ambos, Silvano y Sireno, compiten por el amor de Selvagia, que, como queda claro desde el primer momento, será para el primero; se entretienen en discutir acerca de la naturaleza del Amor. Sobre todo este triángulo amoroso aparecerá en el libro I, ya que en los demás libros solamente serán personajes- testigo de lo que ocurra a otros. A pesar de la rivalidad entre los dos, es la sabia Felicia la que obliga a Sireno a ir junto con la pareja al lugar de pasto del ganado. Al día siguiente, parten con el ganado hasta que se encuentran con ese *locus amoenus* del que hablamos en capítulos anteriores y se quedan allí. En el camino, van encontrando distintos personajes que interactúan en la historia principal con ellos (por ejemplo con el pastor Firmio, enamorado de la bella pastora Diana y al que Sireno aconseja que se olvide de ella por el daño que le hizo). Uno de los datos más significativos de estos pasajes es cómo ponen de manifiesto las costumbres de los pastores (la comida, el reposo o siesta que hacen después de la comida cansados por el esfuerzo realizado, las dulces canciones de amor que tocan con su zampoña y rabel) o la forma en la que van vestidos (el hábito pastoril con su inevitable cayado); sea

¹⁵⁰ Libro I, págs. 30-31.

cual sea su procedencia se integran en el mundo pastoril por la ropa y por sus signos externos, como llevar zurrón o tocar la zampoña. Los rasgos caracterizadores del personaje pastoril (y de estos tres a los que me estoy refiriendo) son mínimos, y actúan casi sólo como indicios que vinculan a los personajes a una tradición. Lo mismo puede decirse del valor connotativo de los nombres propios, ya que Selvagia y Silvano se relacionan claramente con *selva*.

Así que la función principal de estos dos personajes es la de encarnar el mundo de los pastores (nombre propio, comidas, costumbres, vestuario). Desde el punto de vista narrativo tienen sólo el papel de catalizadores de las historias ajenas y, más pasivamente aún, de simples oyentes. Pertenecen, por tanto, a la categoría de personajes *ficelle* a los que se refería Henry James.

-El olvidado Sireno: es otro de los personajes más relevantes de la obra de Alonso Pérez, ya que como se trata de una continuación de la de Montemayor, ha de aparecer de nuevo junto con la sabia Felicia, Silvano y Selvagia. Sireno y Silvano son personajes simétricos y opuestos. Ambos comparten un mismo pasado y pueden, como en espejo, remitir a sus propias experiencias: cantan juntos, contraponen sus sentimientos y viven un mismo espacio de amor al ofrecer sus sentimientos a la pastora Diana, en principio. Su paralelismo es inevitable: ambos olvidan a Diana, por un nuevo amor (Silvano se enamora perdidamente de Selvagia) o por la indiferencia amorosa (Sireno) y, en el fondo, disfrutan de un sentimiento de venganza hacia Diana. Más que evolución psicológica habrá que ver en ellos la manifestación de estados de amor distintos, todos característicos de *L'Arcadia* de Sannazaro. Sireno, desde el principio, lleva el sobrenombre de “el olvidado”, por la relación que tuvo con la ingrata y bella pastora Diana. No se volverá a enamorar en esta obra, pero su papel será fundamental para aconsejar a otros pastores que no lo hagan, contándoles su propia experiencia, por ejemplo con Firmio.

Ya en el libro I de camino con el ganado con Silvano y Selvagia, el autor fuerza un encuentro con el ganado de Diana y, así, ambos protagonistas tienen ocasión de verse y hablar. Sireno la acusa de su crueldad pasada, y ante las lágrimas de ella, sólo puede expresar indiferencia. “Pues en otro tiempo, en el cual el vencerte más me importava, quedaste siempre victoriosa, ¿por qué en este que ninguna cosa me va a ser vencido, tengo de ser vencedor?”.

Sireno aparecerá en los demás libros como mero espectador de lo que les ocurre a otros personajes, pero a partir de cierto momento entrará en competencia con Firmio por el amor de Diana. Es el propio autor quien advierte al lector que si desea saber cómo acaba la competencia entre Sireno y Firmio por el amor de la pastora, deberá esperar a la lectura de la tercera parte de la obra (libro VIII).

-Diana/Delio: el personaje de Diana es, sin duda, uno de los más importantes de la obra y el que da continuación a la obra realizada por Montemayor. Diana encarna la mujer mal casada con el rico pastor Delio y arrastra las consecuencias de una infidelidad que se justifica por la obligada obediencia a los padres. Una de las cuestiones más interesantes reside en saber si se trata de un personaje inventado o si oculta a algún personaje real. Diana puede esconder una dama de Valencia de Don Juan¹⁵¹, pero al pasar a personaje novelístico se dibuja en primera instancia como pastora del conjunto arcádico y, en segundo, como clave escamoteada al llevar el nombre de la diosa de la castidad que preside la obra y que el personaje contraviene desde el principio al estar casada. Traspone así el mundo real a la novela al introducir un problema de índole social: la obediencia de los hijos a los padres a la hora de casarse, es decir, la práctica del matrimonio concertado por conveniencia económica. Diana viene a ser el personaje femenino que menos deja huella en la obra por ella misma. Todo lo que sabemos de ella lo sabemos a través del narrador omnisciente o de lo que cuentan otros personajes, porque, a pesar de ser la protagonista teórica de la historia (o quizá recisamente por eso) no nos relata su vida como hacen otras: Selvagia, Dardanea... El nombre de Diana presente desde el título de la obra se lee en una doble vertiente, como posible anagrama de *Ana* o como resonancia paradójica del mundo sobrenatural que convive con el humano de la novela. La diosa Diana aparecerá en la novela en el palacio de la sabia Felicia (libro III).

A pesar de su importancia, solo aparecerá en dos ocasiones; la primera es en libro I donde aparece descrita por sí misma como una pastora que sufre por no tener el amor que desea¹⁵². Paradójicamente, sus confidentes serán los antiguos enamorados, Sireno y Silvano, a los que considera justamente vengados de ella. La segunda aparición se produce en el libro VI cuando mantienen un diálogo Partenio, Firmio, Sireno y

¹⁵¹ Tomo la idea de Asunción Rallo, *La Diana* de Jorge de Montemayor, Madrid, Cátedra, 2008, pág. 74, a quien sigo en las observaciones siguientes.

¹⁵² Libro I, pág. 33.

Selvagia hablando de ella donde Selvagia cuenta cómo Firmio les había asegurado que Diana “era sumamente hermosa, cuerda y honesta” y ahora Partenio asegura a Sireno que hace un mes que no ve a su amigo Firmio porque “creo que está en amores de la ingrata pastora Diana que han de rematar su vida y, además, se le ha levantado un grandísimo competidor, zagal bien entendido y rico que Fausto se llama”¹⁵³. A su marido, el rico pastor Delio, apenas se nombra en la obra, solo que sus ganados pastan juntos y que no sabe nada acerca de la conversación que mantienen Sireno y Firmio con ella. La personalidad de este personaje, insensible y tosco, estaba ya prefigurado en la obra de Montemayor, pero Alonso Pérez ha desarrollado de manera personal ese motivo.

El narrador (libro VIII) deja la historia de Diana y Sireno inconclusa, puesto que en la última página todos están presentes cuando se anuncia la muerte de Delio; así Diana quedará libre para volver a amar.

-Don Felis/ Felismena: es otra de las parejas protagonistas de la obra. Sus nombres están vinculados a la tradición pastoril y, de esta manera, se enlaza asimismo en una misma significación: Felismena lleva dentro el nombre del amado don Felis. Desde el principio de la obra ambos son invitados por la sabia Felicia a su palacio situado en la Fuente de los Laureles y allí permanecen el resto de la obra; siempre aparecen acompañados del triángulo pastoril formado por Sireno, Silvano y Selvagia, además de pastores anónimos y ninfas. En muchas ocasiones, además de ser testigos de todo lo que ocurre a su alrededor, intervienen en los diálogos principales para dar su propia opinión, incluso a costa de interrumpir los relatos de otros personajes; por ejemplo, Felismena interviene en la historia de Crimene, Stela, Partenio y Delicio en el libro IV cuando ésta aconseja a Crimene acerca de los celos que tiene porque Partenio está enamorado de la bella ninfa Stela: “Yo te creo- dixo Felismena- mas sabes que me parece que d’estas pendencias y riñas que has contado tú sola quedaste gananciosa, pues gozaste de tan buen rato como el que con tu Partenio estuviste”¹⁵⁴; o don Felis en el libro VII cuando Placindo está contando la historia de Sagastes y cómo éste pide matrimonio a su amada Marte, don Felis interviene y suplica a Placindo que continúe la historia: “Estremado sois por mi fe- dixo don Felis- yo con ofrescerseme que preguntaros he callado hasta el fin porque prosiguiesse sin interrupción y vos parece que de industria andáis buscando

¹⁵³ Libro VI, pág. 205.

¹⁵⁴ Libro IV, pág. 143.

rodeos con que privarnos de lo que tanto contento recibimos. Hazednos tamaño plazer que no digáis el soneto comenzado y porque no se acabo y aquí procuraremos sabiendo suplir la falta”¹⁵⁵.

-El viejo Parisiles: es también un personaje- testigo de lo que ocurre en la mayoría de libros y se sitúa en el palacio de Felicia acompañado por los demás citados anteriormente (Sireno, Selvagia, Silvano, don Felis, Felismena, ninfas y pastores). Aparece descrito como “dignísimo sacerdote” de Júpiter, se halla en amable plática con la sabia Felicia y los demás pastores, todos departiendo en medio de un escenario campestre. Se le hace a Parisiles una pregunta acerca del amor que el sabio sacerdote rehúsa contestar.

La primera aparición del anciano se produce en el libro II, donde aparece descrito como un anciano venerable, que mira hacia el suelo “como hombre imaginativo”, o hacia el cielo “como hombre desconsolado”¹⁵⁶; será el propio Parisiles quien arremete contra la diosa Fortuna por haberle privado de la compañía de su amada hija Stela, una bellísima ninfa, que, gracias al poder de la sabia Felicia, vuelve a encontrar. Producido el reencuentro de padre e hija, éste suplica a la muerte que venga a buscarle ya que se ha hecho posible el encuentro que él tanto anhelaba. No se separan nunca más a lo largo de la obra¹⁵⁷; por último, una de las intervenciones más conocidas del viejo Parisiles se produce cuando todos los que estaban en el palacio de Felicia le incitan a que cuente el mito de Apolo y Dafne que encuentra escrito en el templo de Apolo y así lo hace en el libro II. Además de su papel de narrador y testigo, Parisiles toma parte en la acción de manera muy patética, puesto que, al menos en los momentos iniciales, cree haber perdido a su hija.

-Stela: es la hija “perdida” del viejo Parisiles y al igual que otros personajes, estará presente en toda la obra. Ella aparecerá descrita amablemente por su bello aspecto físico de acuerdo con las convenciones de la *descriptio puellae*: cabellos como el oro de Arabia, cuello de alabastro, “hermosos ojos”¹⁵⁸.

De belleza inigualable, provocará los celos de su íntima y mejor amiga Crimene (ambas ninfas del celebrado, famoso y caudaloso Duero), el amor desmedido del fiero

¹⁵⁵ Libro VII, pág. 248.

¹⁵⁶ Libro II, pág. 59.

¹⁵⁷ Libro II, pág. 62.

¹⁵⁸ Libro III, págs. 102-103.

Gorforosto al que no corresponde y la pasión que por ella sienten los pastores Delicio y su “hermano” Partenio. Ellos competirán por obtener su amor: “Partenio y Delicio vieron a Stela y entrambos igualmente la amaron, dado que no se pareció por entonces porque Partenio lo encubría a causa de que Delicio primero el suyo había manifestado”, incluso es la propia Stela la que pregunta directamente a Delicio si realmente la ama¹⁵⁹.

Esto hará que la otra ninfa, menos agraciada físicamente, Crimene, sienta el “terrible gusano de los celos” por su amiga Stela, a pesar de que ella, por su condición, no puede amar a ninguno y los rechaza; primero a Delicio y luego a Partenio: “Basta, basta -dixo Stela- tú estás entendido e yo desengañada, nunca pensé que a tanto se extendía el atrevimiento de un miserable hombre; de hoy más venga quien quisiere a gozar de tu ponzoñosa conversación”. El impedimento del amor entre la ninfa y los pastores se hace notable por su obligada castidad como ninfa: “¿Havía yo de consentir-dixo Stela- que me amase alguno fuera de los límites de castidad?” y decide no volverles a ver nunca más. La tristeza de Delicio, sobre todo, es tan grande que su amiga Crimene la insta para que les vea una vez más y se despida de ellos; al final, ella acepta aunque no quiere reconocer que también le ama. La frialdad de Stela ante el amor hace que Delicio abandone el lugar en el que la encuentran para no verla más y no afligirse; se marcha en busca de sus “verdaderos” padres para, así, poder olvidarla. Su hermano, Partenio, también sufre mucho por el desdén de la ninfa y por la partida; decide acompañarle en su viaje (libro V). Éste es uno de los quintetos amorosos más relevantes de la obra de Pérez (Delicio, Partenio, Stela, Crimene y el fiero Gorforosto, del que hablaremos a continuación).

-Crimene: es una de las ninfas del “celebrado, famoso y caudaloso Duero”; íntima amiga de Stela que estará con ella en los momentos cruciales de la obra. Como he dicho anteriormente, será ella la que cuente en primera persona su propia historia en el libro V y comienza lamentándose por la difícil situación de Delicio por no tener el amor de Stela. A Crimene la llaman “graciosa”, mientras que su amiga es siempre la “hermosa Stela”, esto y no tener el amor de su pastor le hace que tenga unos terribles celos. El autor no la describe físicamente en toda la obra, aunque destaca por encima de otras ninfas del Duero, su belleza no es comparable a la de su amiga Stela. La historia de Crimene queda interrumpida por unos instantes por la aparición de Gorforosto, también

¹⁵⁹ Pág. 142.

enamorado de la bella Stela, después Crimene continuará con la historia. Crimene es directa y clara en sus sentimientos y declara su amor a Partenio. De esta forma establece un contraste entre los dos personajes femeninos de la novela, ya que al retraimiento de Stela se opone el carácter más impulsivo de su amiga.

Tras esta declaración de amor, Partenio la rechaza; el verdadero motivo es que él también estaba profundamente enamorado de Stela a la que vio al tiempo que su hermano Delicio; pero como él está tan enamorado, Partenio decide retirarse para que su hermano y Stela puedan vivir felices. Finalmente se descubre públicamente que los dos pastores aman a Stela y, de esta manera, Crimene “nunca se pudo mover a amar más” y queda muy triste y desdichada. El autor insta al lector al final de la obra que quien quiera conocer cómo acaban los amores de Stela, Crimene, Delicio y Partenio ha de esperar a la tercera parte de la obra.

-Partenio/Delicio: son dos mozos idénticos como gotas de agua, se crían bajo la tutela de dos pastores (Carpосто y su mujer Calasta, padres adoptivos de Delicio y Sacordo, padre adoptivo de Delicio) en distintos lugares. Una casualidad los reúne- lo que da lugar a diversas equivocaciones-, y los muchachos terminan haciéndose amigos. La fama de su parecido físico llega a la corte de la región de Eolia y son llamados por el rey Rotindo, cuya esposa es Agenesta y su hijo primogénito Agenestor, un año menor que Delicio y Partenio. Deciden acogerles y tratarles como miembros de la corte, hasta que un día ambos deciden ir en busca de sus “verdaderos” padres. Parten juntos a buscarlos y llegan a Lusitania, a las orillas del Duero. Oyen un dulcísimo canto entonado por Stela y bruscamente interrumpido por la aparición del gigante Gorforosto, quien persigue hasta los propios márgenes del río. Las ninfas del Duero esconden a Stela en el fondo del agua, pero la visión de la doncella ha bastado para cautivar a los dos mozos. Delicio es el primero en confesar su pasión y Partenio decide sacrificar la suya en aras de la amistad (libro III). A los pocos días, reaparece Stela, acompañada de Crimene, una de las ninfas, y se siguen largas pláticas con los jóvenes. En el curso de éstas, Crimene se enamora de los dos y luego se decide por Partenio, quien encubre su pasión por Stela en favor de su hermano Delicio, así que decide partir solo y dejar a Delicio que ocupe su lugar. Pero Delicio descubre la pasión de su amigo y, a su vez, decide sacrificarse por la amistad. Furtivamente sale del lugar y deja a Partenio que goce del amor de Stela, pero Gorforosto, al ver a ambos juntos, cree que Partenio es Delicio, le atrapa y le encierra en una cueva. Desconsoladas, Crimene y Stela parten en

busca de Delicio (libro IV). La historia queda truncada, pues la obra termina sin dar solución al embrollo (Libro VIII).

La sustancia medular de esta historia intercalada viene de un viejísimo cuento tradicional que se remonta, en sus versiones europeas, al segundo relato de la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso. Mas Alonso Pérez borda tales arabescos alrededor de la materia tradicional que resulta difícil reconocerla. En realidad, casi todas las circunstancias anecdóticas de la historia de Delicio y Partenio se plasman sobre las literaturas clásicas¹⁶⁰.

-El fiero Gorforosto: es el quinto personaje importante de la historia narrada anteriormente. Aparece descrito ya en el libro III, visto a través de los ojos de los dos “hermanos”: “Queriendo echar los ojos a la parte do al boz havía salido, el repentino estruendo del agua de un río, que cerca de allí estaba, nos forçó a que aquella parte la vista endereçassemos cuya causa era un fieríssimo pastor que a gran priessa passava el río. Él era tan grande que no hay hombre por bien dispuesto que fuesse que con la cabeça del ombligo le passase, a cuya estatura en devida proporción el gruesso de sus miembros correspondía. Era tan velloso que apenas dexarse veían las carnes de su cuerpo y no se vieran, sino que estaba el vello derecho a manera de cerdas de puerco montes. Los ojos espantosos y encarniçados, de vestidos le servía pieles de fieras cozidas por defensa a los duros dientes d’ellas a quién se las quitava [...]. El çurrón que de las espaldas le colgava era hecho de piel de cabra montesina. Casi un entero pino bastante para governalle de una gruessa nave de cayado se servía, el remate del cual estaba guarnescido de azero con unas grandes y agudas púas”¹⁶¹. La descripción combina elementos de distinta procedencia y significado: por un lado, el personaje es un pastor el zurrón y el cayado); por otra, se identifica con el Polifemo clásico; en fin, su cuerpo cubierto de vello lo aproxima al hombre salvaje.

Cuando Delicio y Partenio le encuentran en las orillas del río Duero, el monstruo va en busca de una hermosa doncella, la bella Stela, que, después de una serie de encuentros y desencuentros, le rechaza por su aspecto físico y por su condición de ninfa. Pronto se hace amigo de Partenio y persigue a Delicio cuando se entera de que éste está también locamente enamorado de su amada Stela. Ambos planean confundirle para que no les haga daño.

¹⁶⁰ J. B. Avalle-Arce, *La novela ...l*, capítulo IV, págs. 112-113.

¹⁶¹ Libro III, pág. 103.

Una de las más bellas canciones de amor de la obra la encontramos en la que el fiero Gorforosto dedica a Stela en el libro V y dice así:

“¡O mi Stela, mi bien, mi sola diosa,
más blanca que la nieve no pisada,
y más que la no bien abierta rosa
cogida con rocío, colorada,
más qu’el plátano alto al ver graciosa,
más dulce que la uva sazónada,
más que sombr’apazible en el estío
y más que sol de invierno con el frío!¹⁶².”

Sin duda, Alonso Pérez se ha dejado influenciar por la mitología clásica (el mito de Polifemo y Galatea) para diseñar de una manera semejante la historia del fiero Gorforosto y su amada ninfa Stela. De hecho, los versos que acabo de citar constituyen una versión más o menos fiel de los que canta Polifemo en la obra de Ovidio. Así que, por un lado, el gigante Polifemo es el Cíclope que desempeña un papel fundamental en la *Odisea*. Es hijo de Posidón y de la ninfa Toosa, hija de Forcis. La narración homérica lo presenta como un horrible gigante, el más salvaje de todos los Cíclopes. Es pastor, vive del producto de su rebaño de ovejas (como Gorforosto) y mora en una caverna (Gorforosto lo hace en una cueva). Con posterioridad a los poemas homéricos, Polifemo se convierte, de un modo harto singular, en el protagonista de una aventura amorosa con la nereida Galatea. Otros escritores de la Antigüedad como Teócrito u Ovidio también hacen referencia en sus obras al célebre mito; por otro, Galatea es una hija de Nereo y de una divinidad marina que desempeña un papel en las leyendas populares de Sicilia (recordemos que Delicio y Partenio viven en Trinacria). Galatea, la doncella blanca que habitaba en el mar en calma, es amada por Polifemo, el Cíclope siciliano de monstruoso cuerpo. Pero ella no le corresponde, pues está enamorada del bello Acis, hijo del dios Pan (dios de los pastores) y de una ninfa. Hallándose Galatea descansando un día, al borde del mar, sobre el pecho de su amante, Polifemo los vio (como Gorforosto se entera de que Delicio está enamorado de Stela) y, como Acis intentara huir, le arrojó una enorme roca y lo aplastó. Galatea restituyó a Acis la naturaleza de su madre la ninfa

¹⁶² Libro V, pág. 174.

y lo convirtió en un río de límpidas aguas¹⁶³. La similitud con la obra del salmantino es clara: Acis es ahora Delicio- Partenio; Galatea es Stela y Polifemo, Gorforosto, aunque el final de la historia es distinta del de la fábula clásica de Ovidio, pues el novelista, por asociación de ideas y temas, pasa del Polifemo ovidiano al Polifemo homérico, y Partenio termina encerrado en su cueva en la misma forma que Ulises y sus compañeros.

Como ya he apuntado, a la evocación de Polifemo se añade la de los hombres salvajes de la novela sentimental y de la *Diana* de Montemayor. En la descripción de Gorforosto, varios elementos recuerdan al salvaje del folklore y la literatura: su cuerpo cubierto de vello, su comparación con el jabalí, la “gruesa concha de pescado marino”. De hecho, en su caracterización psicológica, el personaje está mucho más cerca del salvaje que no del cíclope ovidiano. De este último lo separa su actitud violenta en relación con Stela, ya que Polifemo se muestra de una sorprendente delicadeza en sus relaciones con Galatea.

-Disteo/Dardanea/Sagastes/Placindo/Martandro/Palna/Anfilardo: es otra de las historias más importantes de la obra de Alonso Pérez que encontramos en los libros VI-VIII y cuyo destino queda sin resolver; debemos esperar a la tercera parte de la obra para saber cómo termina. La historia es un poco compleja, como la anterior, en la que aparecen numerosos personajes. El personaje que dará lugar al encuentro con Disteo y Dardanea se llama Martandro. Cuando Delicio y Partenio van en busca de sus “verdaderos padres”, les acompaña un caballero del reino de Eolia que, igual que ellos, va en busca de unos amigos suyos llamados Disteo y Dardanea a los que hace mucho tiempo que no ve. Llegan a Lusitania y allí casualmente se encuentran con una pareja portuguesa llamados Danteo y Duarda que quieren ir a casa de la sabia Felicia para darle las gracias por todo lo que había hecho por ellos; éstos a su vez van acompañados por un peregrino llamado Placindo (eje fundamental para entender la historia, ya que será él mismo el que la cuente) que también desea encontrarse con la sabia para intentar averiguar qué ha sido de sus amos Disteo y Dardanea. Mientras, la sabia Felicia advierte en el Libro VI que los padres de Delicio y Partenio se llaman Coríneo y Dinia y que sus nombres fueron cambiados por los de Disteo y Dardanea.

¹⁶³ Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 2006, págs. 440- 441; 209- 210.

El auditorio le pide a Placindo que cuente la verdadera historia de Disteo y Dardanea (Libro VII): Placindo tenía una tía, a la que quería como una madre llamada Palna, que servía en casa de Disteo. Del rey Eolo de la región de Eolia surgen dos estirpes: la de Sagastes y la de Disteo; ambas rivales. Sagastes tenía una hermana muy hermosa llamada Dardanea casada durante tres meses con Fenubio, de la que quedó muy joven viuda. Disteo, nada más verla, se enamora perdidamente de ella, pero por la enemistad entre Sagastes y Disteo su historia no podía llegar a buen puerto. Mientras, Sagastes se enamora perdidamente de la joven Martea, cuyos padres están de acuerdo en que acepte el matrimonio con éste, pero hay un impedimento: ella ama profundamente a otro caballero llamado Beldaniso. Esta primera parte de la historia tiene como narrador a Placindo, pero, de acuerdo con una técnica “perspectivista” a la que ya he aludido, la segunda parte de la historia tiene un narrador diferente.

En el Libro VIII será Martandro quien cuente esta compleja historia de amor. Palna, tía de Placindo, cambiará de casa: de la Disteo a la de Dardanea con el gran pesar de su sobrino y Dardanea dejará que su criado Anfilardo se cambie a casa de Disteo. Ella intentará convencer a Dardanea que mude sus sentimientos en favor de Disteo, a lo que ella se muestra implacable. Disteo y Dardanea se escribirán una serie de cartas en las que expresan sus sentimientos y son llevadas de una casa a otra por medio de los criados (Anfilardo y Palna). Será Palna la que planea el primer encuentro de la pareja en casa de Dardanea. Todas las historias transcurren entre las tres casas: la de Disteo, la de Dardanea y la de Sagastes. Finalmente, Sagastes y Martea contraen matrimonio y Dardanea muda sus sentimientos a favor de Disteo cuando descubre unas cartas que Disteo escribe a Palna hablando de sus amorosos sentimientos por ella¹⁶⁴.

La única condición para que Dardanea se dejara conquistar por Disteo es que él le diera, a través de Palna, palabras de casamiento y así lo hace. Se acuestan juntos una noche y les descubre su hermano Sagastes, se produce entonces una persecución entre ambos en la que Disteo consigue escapar bajo pena de muerte promulgada por Sagastes. Disteo se muestra triste por la no aprobación del hermano de su amada esposa, pero muy feliz por tener a la mujer que quiere. Martandro, Placindo y Palna ayudarán al enamorado pero triste matrimonio a huir de la ciudad, lo hacen a Trinacria (Sicilia) y se cambian el nombre por Coríneo y Dinia. La historia acaba con que Dinia (Dardanea) está preñada de dos meses cuando huyen, pronto dará a luz a su hija Luztea en su nuevo

¹⁶⁴ Libro VIII, pág. 265.

hogar y, tras seis meses en prisión por encubrirles, Anfilardo y Placindo logran salir. Tras dos años de búsqueda, nadie les ha vuelto a ver ni saber qué ocurrió con ellos. Lo cierto es que Felicia advierte a todos que pronto regresarán al lugar donde se encuentran. Alonso Pérez nos deja una intriga más para la tercera parte de la obra: los posibles amores de Luztea (hija de Disteo y Dardanea) con Agenestor (príncipe de Eolia).

2.- SECUNDARIOS: los personajes secundarios son menos numerosos que los principales, pero también tienen su importancia en el relato. Algunos simplemente serán citados ya que su presencia no es relevante y en otros me detendré.

- **Ninfas y pastores:** están presentes desde el principio hasta el final de la obra y sirven, fundamentalmente como acompañamiento del auditorio reunido en el palacio de la sabia Felicia.

- **Arsileo/ Belisa:** pareja de pastores amantes que aparecen al principio de la obra y entre los que media Felicia para que puedan estar juntos. No aparecen en descritos físicamente ni aparece su condición social en toda la obra. Da la sensación que está pareja estuviera ya presente en la primera *Diana* de Montemayor y que simplemente quisiera darle continuidad, aunque no volverán a ser mencionados.

- **Pastor anónimo:** escribirá una carta de amor a una pastora al principio de la obra; no se sabe su nombre, pero sí sus pretensiones.

- **Carposto/ Calasta:** padres adoptivos de Delicio, le perderán ya que él se va en busca de sus “verdaderos padres” (libro III).

- **Sacordo:** padre adoptivo de Partenio, se verá envuelto en un problema por la semejanza física entre su “hijo” y Delicio (libro III).

- **Rotindo/ Agenesta** (reyes de Eolia) y su hijo **Agenestor** (príncipe de Eolia): pertenecen a la estirpe del rey Eolo por pertenecer a esa región. Llega a oídos del gobernador de esta región, Sinistro, que existen dos niños muy graciosos y hermosísimos. Los manda llamar y llevar ante el rey Rotindo. La familia real acogerá a Delicio y Partenio como

hijos suyos ya que el rey quiere que ambos sean como hermanos para su hijo de un año, Agenestor (libro III). Por tratar de explicar un poco mejor quién es Eolo podemos decir que con este nombre se conocen varios personajes que, por otra parte, la leyenda distingue de modo confuso. De todas, la más segura es la que cuenta que Eolo es hijo de Helén y de la ninfa Orseis y, en consecuencia, nieto de Deucalión y Pirra. Son sus hermanos Doro y Juto y sus descendientes, los eolios. Eolo reinaba en Magnesia (Thessalia), donde casó con Enáreta, hija de Deímaco, de quien tuvo siete hijos y además siete hijas. A veces se identifica a este Eolo, hijo de Helen, con el Señor de los Vientos, pero lo más corriente es atribuir este título a otro Eolo, nieto del primero, hijo de Posidón y de Arne. Este Eolo, hijo de Helén y padre de Cánace, representa un papel en los trágicos amores de ésta con Macareo¹⁶⁵. También de la estirpe del rey Eolo (dios de los vientos) en Eolia salieron dos casas ilustres: la del poderosísimo Sagastes y la Disteo (libro VII). Del rey Rotindo no se explica nada más que la historia se desarrolla durante su reinado, pero no sabemos cuándo se produce.

- **Firmio:** pastor enamorado profundamente de la bella e ingrata pastora Diana (libro I y VI). Decide intentar la respuesta de Diana y lo hace a base de unas conversaciones escuchadas hacía un tiempo a un pastor muy sabio, aunque se puntualiza “sólo en el hábito era pastor”: era Sireno. Firmio le dedicará una canción muy hermosa de amor a Diana; los pastores que le escuchan (Silvano, Selvagia y Sireno) sienten tanta lástima del pobre pastor que deciden hablar con él y aconsejarle que cese su empeño en la ingrata y desdeñosa Diana. Aún así, el pastor prefiere que le dejen en soledad pasar su pasión e ir en busca de Diana que en su corazón tenía. Diana, casada con el rico pastor Delio se encontraba muy afligida por su historia con Sireno y le rechaza. Sireno y Firmio entablan una gran amistad, aunque Firmio sigue enamorado de Diana.

A pesar de que no se le describe físicamente, podemos deducir que se trata de un apuesto pastor que está enamorado de Diana. Su descripción psicológica se deja entrever por sus propias intervenciones; sabemos que se hace muy amigo de Sireno y Silvano y que, a pesar de sus consejos, no les hace caso y prefiere amar sin ser correspondido a no amar. También sabemos que será el principal competidor de Fausto en el amor por la ingrata y desdeñosa Diana del que sentirá unos terribles celos. Ninguno la ganará.

¹⁶⁵ Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós 2006, pág. 160.

- **Fausto:** pastor enamorado de la hermosa pastora **Cardenia** (libro I); será a ella a quien dedica una carta y unos versos muy bellos que serán escuchados por Sireno, Silvano y Selvagia. Como la respuesta de Cardenia no llega, decide acompañarles en su camino hacia la fuente de los Laureles. De camino, se encontrará con Diana y mudará sus sentimientos. Más adelante, rivaliza con Firmio por obtener el amor de la ingrata Diana.

-**Coríneo:** pastor enamorado de Diana. Es amigo de Firmio y luchará con él, con Fausto y con Sireno por conseguir el amor de Diana. Se cambiará el nombre por el de **Aculio** (libro VI).

- **Cardenia:** es de la pastora que se enamora Fausto. Cuando se entera de que Fausto realmente está enamorado de Diana, ella se enamora locamente del pastor **Carizo** (libro VI) que la pretende y se muestra dispuesto a cuidar de su ganado.

-**Danteo/Duarda:** es una pareja de pastores portugueses que acompañan a Placindo en la búsqueda de la sabia Felicia para agradecerle lo que había hecho por ellos y, de esta manera, Duarda perdona a su amado Danteo por su desdén (libro VI). Están presentes al final del relato de Pérez.

3.- MITOLÓGICOS: forman el tercer grupo de personajes de la obra de Alonso Pérez. La influencia clásica se evidencia en cada página; lo primero que encontramos es el inevitable amanecer mitológico y, a partir de ahí, se suceden en la obra las comparaciones, alusiones, perífrasis de antecedentes clásicos, casi todas ellas con referencia a la mitología. Baste solo un ejemplo de lo que Avalor-Arce llama “el rebuscamiento estafalario y pedante en que a menudo incurre Alonso Pérez”: “La zampoña de Diana de tal manera compuso que juzgar se pudiera ser ella el cuerno que Hércules a Achelóo en toro mudado quitó. Al cual las Náyades adornaron con grande abundancia de mançanas y flores, por donde tomó nombre de cornucopia. Esto hecho colgó la çampoña del roble...”¹⁶⁶.

¹⁶⁶ J. B. Avalor-Arce, *La novela ...* capítulo IV, págs. 111-112.

Este compendio de personajes mitológicos se podrían, a su vez, dividir en cuatro grandes bloques según su condición:

A) DI OSES: son numerosas las ocasiones en las que el propio autor recurre a la mitología para tratar los temas pastoriles. En la mayoría de ocasiones, los dioses aparecen nombrados en composiciones pastoriles y merece la pena, al menos, citarlos y ubicarlos:

- **Cupido/Amor:** el amor es el eje de la novela pastoril y, como era de esperar, debe estar presente el dios del amor, Cupido. Muchos personajes, entre los que destacan Sireno y Silvano, discuten acerca del poder de Cupido en los hombres. De esta manera, Silvano apoyará sin medida a Cupido por haber hecho que tenga el deseado amor de la pastora Selvagia, mientras que Sireno le aborrece y critica por no ayudarle a obtener el amor de la ingrata Diana (libro I, II). El viejo Parisiles le describe de la siguiente manera: “Aquel hijo de Venus, dios Cupido/ llamado, hablar le quiero que aquí viene/ Rapaz, infame, ruin, de vicios lleno,/ sin honra, sin verdad, de bien ajeno” (libro II, vv. 126-130).

- **Pan:** dios de los pastores, está presente sobre todo en los libros II y IV donde se hace una descripción detallada. Este dios es originario de la Arcadia, aunque su culto se ha propagado por Grecia y se ha generalizado incluso más allá del mundo helénico. Se le representa como un genio, mitad hombre, mitad animal. El personaje mejor preparado para contar historias de los dioses es, sin duda, el viejo Parisiles (libro IV) y lo hace del dios Cupido y del dios Pan, entre otros: hijo del dios de la Tierra, Demorgorgón, y dios de Todo, por lo que Demorgorgón y Pan son uno solo. El primero en honrarle fue el rey Evandro y el primero que le hizo un templo en Arcadia, al pie de un monte llamado Olimpo, porque allí dijeron que se había criado Rómulo. Alrededor de este templo había cuatro cosas principales: un bosque consagrado a Júpiter, un ara del mismo Júpiter de gran reverencia, una fuente maravillosa y un espacio llamado Lupercal (de ahí la tradición de que los que le hacen sacrificios se llaman lupercales y que corrían desnudos por las calles). Todo lo narrado es fiel a la mitología clásica. Dada la importancia del dios Pan, el viejo Parisiles insta a todos los pastores allí presentes a honrarle; cosa que ya hacen algunos como Silvano quien ya le nombra desde el principio del libro II: “Assí

nuestro dios Pan favorezca a tu señora çampoña y te ponga en el estado del que seas, nos torne a cantar, lo que llegamos cantando estavas”¹⁶⁷.

- **Diana:** la diosa de la castidad, Diana, se encuentra presente en el palacio de la sabia Felicia y la única conversación que mantiene es con las mujeres solo por el mero hecho de negar la entrada a los hombres en dicho templo (libro III). Naturalmente no es casual que precisamente sea Diana el nombre elegido como protagonista de la novela pastoril, siempre envuelta en amoríos, y que los hombres pretenden (el olvidado Sireno, su marido Delio, Firmio, Fausto o Coríneo).

Otros dioses, de menor importancia, que también aparecen en la obra de Alonso Pérez son:

- **Júpiter** (libro I)
- **Marte** (libro II)
- **Isis** (libro II)
- **Febo** (libro III)
- **Fauno** (libro IV)

B) NINFAS: son personajes mitológicos de gran belleza y castas que, casi siempre, aparecen alrededor de la sabia Felicia. Las ninfas más importantes que encontramos son:

-**Dorida:** esta ninfa se encuentra, desde el principio con los demás pastores. Aparece ya en el libro I de la mano de Felicia y ella prepara comida a Silvano, Selvagia y Sireno por orden de la sabia para que vayan a pastar con el ganado. Acompañará a Partenio con su harpa en su canto (libro IV). Toma partido en las discusiones de los pastores y está presente hasta el final de la obra.

-**Polidora:** aparece por primera vez como espectadora de las palabras de Delicio junto a otra ninfa, Cinthia (libro III) y dará su propio consejo sobre el amor a Crimene (libro IV).

¹⁶⁷ Pág. 54.

-Cinthia: aparece al lado de Polidora y también escucha atentamente las palabras de Delicio (libro III).

Otras ninfas son las driadas, hamadriadas, náyades, napeas, oreadas, que Alonso Pérez no se resiste a mencionar en uno u otro momento de su relato. Parece asignarles una menos importancia, ya que no aparecen al lado de la sabia Felicia.

C) MITOS: Alonso Pérez recurre a los mitos hasta en tres ocasiones. La primera ocasión es el **mito de Polifemo y Galatea** asimilado en los personajes del fiero Gorforosto, la bella ninfa Stela y los pastores Delicio y Partenio (libro V). Lo cierto es que el mito propiamente dicho no es narrado por ningún personaje: la historia aparece incorporada al relato principal, adaptándolo, mediante el artificio de rebautizar a Polifemo como Gorforosto y a Dafne como Stela.

La segunda ocasión es el conocidísimo **mito de Apolo y Dafne** que el viejo Parisiles encuentra escrito en la puerta de un templo de Apolo y decide reproducir a todo el auditorio (libro II) como muestra de las preguntas que tienen acerca de la naturaleza del amor. Nadie mejor que este personaje, sacerdote para contar fielmente uno de los mitos más importantes.

Finalmente, la tercera es el **mito de Orfeo y Eurídice** que don Felis plasma en una de sus intervenciones ante el público presente para consolar a la bella ninfa Stela en sus “prohibidos amores” con Delicio y Partenio (libro V). Don Felis compara la situación de Orfeo que descendió a los infiernos por Eurídice con la situación de Stela.

Al igual que ocurre en el *Quijote* con las historias secundarias, los relatos mitológicos de Alonso Pérez se incorporan de diferentes maneras. El de Polifemo y Galatea queda perfectamente integrado en el escenario principal (algo así como el relato del capitán cautivo); en cambio, los otros dos se incorporan a la manera del *Curioso impertinente*, es decir, mediante el más fácil artificio de convertir a un personaje en narrador de una historia que forma un universo *a se*, independiente del relato principal.

D) PERSONAJES MITOLÓGICOS: además de los tres grupos citados anteriormente, aparecen en el relato otros personajes mitológicos. Éstos son:

-Hércules/Achelóo/ Yole: su historia es narrada por el viejo Parisiles en relación a la historia del dios Pan (libro IV).

-**Anaxárete:** personaje mitológico de origen noble, es pretendida por Ifis, de origen humilde. Se convierte en piedra durante el funeral de Ifis (libro I).

7.- EL NEOPLATONISMO EN LA SEGUNDA DIANA

La *Segunda Diana* de Alonso Pérez obedece a la concepción de un mundo pastoril en el que se han eludido algunos de los elementos de la de su modelo (la de Montemayor). En este sentido, un elemento importante que ha desaparecido en el paso de una a otra *Diana* es el **neoplatonismo**. En la obra del portugués, la vida pastoril está firmemente arraigada en las doctrinas neoplatónicas. De aquí parte también lo que se podría llamar teoría del conocimiento de que hacen gala sus pastores, ya que su erudición en materias amorosas depende, justamente, de su condición de enamorados.

Para los platónicos, el amor nos lleva en vuelo trascendente a la región de las formas perfectas e ideales. Todo el proceso se inicia mediante la contemplación de la belleza femenina, pero de la belleza de los cuerpos se pasa a la de las almas y, de allí, a la contemplación de la belleza ideal, que pertenece al mundo de las ideas platónicas y que, en clave cristiana, podría identificarse con la Divinidad. El amor platónico es de una absoluta firmeza pues, al ser por destino, nada puede camiarlo ni alterar su objeto.

Avalle-Arce ha observado que, frente al platonismo de la primera *Diana* la de Alonso Pérez es claramente antiplatónica. Esta actitud negativa de Alonso Pérez ante el platonismo, se trasluce a lo largo de toda la novela en la cambiada postura ante el amor. Por lo pronto, el amor ahora no tiene nada de la firmeza de Montemayor. La pasión aquí con suma facilidad muda de objeto de deseo¹⁶⁸.

Así, por ejemplo, Delicio, que pasa sin mayor solución de continuidad del amor pasional por Stela al olvido a favor de su hermano Partenio cuando se entera que éste se había enamorado primero¹⁶⁹.

O bien el caso de Fausto, quien desplaza su amor desde Cardenia en el libro I (después enamorada del pastor Carizo) a Diana en el libro VI, a pesar del consejo de Sireno por evitarlo: “¿Qué es possible- dixo Silvano- que Fausto ama a Diana?”. “Sí- respondió Partenio- y no medianamente”. “E nos dixo que quando acá venimos, le encontramos- dixo Selvagia- que desseava ver a Diana por la fama de su hermosura”. “Pues ya la ha visto- dixo Partenio- y no creo que se alabara de la feria”. “Bien se lo

¹⁶⁸ J. B. Avalle- Arce, *La novela ...* capítulo IV, pág. 109. A lo largo de las siguientes páginas, sigo de cerca el excelente análisis de Avalle- Arce.

¹⁶⁹ Libro V, pág. 188.

avisé yo- dixo Sireno-. A manzilla me mueven esos pastores porque sé en el trabajo que Diana les pondrá y cuán mal d'ellos sacará”¹⁷⁰.

Además, en el neoplatonismo, es imposible que una misma persona pueda amar a dos individuos distintos, si bien existen en la obra dos casos en los que esto no ocurre. El primero es el caso de la ingrata pastora Diana que, en la obra de Montemayor, estaba enamorada de Sireno, pero la ausencia de éste, hizo que se olvidara de él. Impulsada por sus padres, contrajo matrimonio con el rico pastor Delio, aunque en la obra de Alonso Pérez se ve cómo ella está muy afligida al volver a ver a su amado Sireno, al que sigue amando. Por lo tanto, es inconcebible que ella esté casada con Delio al que se supone que quiere y también quiera el amor de Sireno¹⁷¹. También se acuerda del amor que en la obra de Montemayor le profesa Silvano, aunque ahora está feliz al lado de su pastora Selvagia.

El segundo caso es el de la pastora Cardenia, enamorada primero del rico pastor Fausto y, después, del pastor Carizo. En primer lugar, Pérez nos cuenta cómo Fausto está enamorado de Cardenia, a la que alaba a través de varias cartas, sin obtener ninguna respuesta. Pasado algún tiempo, él ve a la ingrata pastora Diana y decide mudar sus sentimientos por ella, dejando a Cardenia “abandonada”. Cuando se entera de todo, Cardenia suspira por el amor de Fausto que ya no está enamorado de ella. A pesar de todo, ella insiste y le envía varias cartas y sonetos, sin obtener lógicamente ninguna respuesta. Triste y abatida en compañía de su ganado, encuentra un pastor apuesto que la pretende llamado Carizo¹⁷² que está dispuesto a cuidarla a ella a sus “vacas”.

Todas estas circunstancias rebajan considerablemente el concepto del amor y no se puede hablar más de ese puro “deseo de hermosura” que caracteriza a la filosofía neoplatónica. Para Alonso Pérez, “en una tradición escolástica y no neoplatónica, el amor es un puro apetito concupiscente”, que trastorna al enamorado, en lugar de elevarlo. La entrega amorosa se concibe más bien como una enfermedad que tiene graves consecuencias para el alma y para el cuerpo. Así que la liberación del amor se presenta como un bien al que aspiran los diferentes personajes.

En resumen, y como señala Avalle-Arce, la composición de Pérez está influenciada por dos corrientes diferentes: la novela pastoril de su creador (Montemayor) y la literatura grecolatina (vista sobre todo en la mitología). Pero la

¹⁷⁰ Libro VI, pág. 205.

¹⁷¹ Libro I, págs. 32- 33.

¹⁷² Libro VI, págs. 220- 229.

pastoril está vista desde una perspectiva opuesta a la de Montemayor. El neoplatonismo del modelo es sustituido por el escolasticismo y ese cambio de perspectiva entraña un cambio en la visión del amor, que de ser una fuerza ascensional se convierte en una enfermedad del alma. La idealidad que se pierde de esa forma se intenta compensar con una mayor influencia del mundo clásico¹⁷³.

¹⁷³ Juan Bautista Avalle- Arce, págs. 109 y siguientes.

8.- ESTILO

Los apartados más relevantes para el estudio del estilo son:

Léxico

Cuando leemos el relato de Alonso Pérez la primera impresión que se obtiene es la de un intenso carácter retórico. El autor quiere mostrarnos la riqueza de su vocabulario en diversos ámbitos. Éstos abarcan desde los lugares y espacios pastoriles¹⁷⁴, con indicación de los sitios concretos donde residen los pastores y otros personajes como la sabia Felicia o las ninfas¹⁷⁵, hasta diversos medios lingüísticos para indicar el acceso a dichos sitios¹⁷⁶, acompañado de un variadísimo vocabulario aplicado a la flora¹⁷⁷. Entre ésta transitan, pasean y reposan *pastores, zagales, mozos y ninfas* con toda la vaguedad significativa heredada para este término de las pastoril anterior.

A la hora de recrear con cierta similitud todo este panorama pastoril surgen los típicos animales¹⁷⁸, junto a otros menos arcádicos¹⁷⁹ y otros que además de introducirse en un ambiente más propio a la mitología ennoblece el relato y lo emparenta con otro tipo de relatos¹⁸⁰.

Además de este vocabulario, debemos mencionar el relativo a las vestimentas¹⁸¹ de los protagonistas del relato, que lleva progresivamente a un ambiente cortesano, en el que se aprecian la calidad de los tejidos¹⁸², así como sus colores¹⁸³. Ya plenamente en el mundo cortesano encontramos referencias al léxico de las armas¹⁸⁴ y otros elementos bélicos más proclives al mundo legendario y mitológico¹⁸⁵.

¹⁷⁴ Ribera, río, arroyo, fuente, fontana, islezica/isleta, pradezico, aguas, lugar silvestre, llano, campo, prados, valles, collados, montes, cuesta, sombra de árboles, floresta, bosque, montañas, monte, selva.

¹⁷⁵ Palacio, cueva, aposentos, habitaciones, cuartos, fuente de los Laureles, cabaña, posada, río, casa, templo, torres, castillos.

¹⁷⁶ Camino, senda, granja.

¹⁷⁷ Yervas, ciprés, sauce, pino, álamo, olmo, laurel, roble, palma, parra, manzano, jazmín, matorrales, flores (ramo), oliva, avón, olivo, ébano, haya, zarzamoras, cerezas, ciruelas, castaños, madroños.

¹⁷⁸ Ovejas, pajaritos, lobos, corderos, raposas, toros, cabras, venados (ciervos), monteses, puercos, liebres, conejos, palominos, vacas, agrupados en forma de ganado.

¹⁷⁹ Galgo, ratón, gato, pollino, paloma, gallina, zorra, tigre, sierpe, serpiente, cabras montesinas, abeja, víbora, oruga, gusano, peces, hormigas, escarabajos.

¹⁸⁰ Corzo, sátiros, venados (ciervos), salvajes.

¹⁸¹ Traje, zurrón, vestido, corona, jubón, faldilla, zapatos, hábito pastoril, hábito cortesano, cordón, camisa, capa, montante, jaco, calças, casco.

¹⁸² Paño, algodón, laurel, piel de hiena, malla.

¹⁸³ Pardo, verde, negro, blanco (níveo), oro, purpúreo, rojo, lavanda, vetas blancas, leonado, aceituní, rojo.

¹⁸⁴ Flechas, carcax, hacha, rodela, espada ancha.

¹⁸⁵ Arcos, saetas, aljaba, flechas, carcax.

Pertenecientes al mundo de la Antigüedad grecolatina, encontramos buena muestra del léxico relativo al arte y la construcción de palacios, casas y templos¹⁸⁶.

El vocabulario donde Alonso Pérez demuestra su condición de humanista imbuido de los valores de su época y de su cultura, lo hallamos en la terminología musical y poética¹⁸⁷ y el conocimiento de la cultura clásica¹⁸⁸, sobre todo en la onomástica de dioses, ninfas y personajes mitológicos.

Todo el léxico señala al salmantino como un escritor familiarizado con su cultura y conocedor de todos los convencionalismos que dominan el género pastoril. Ahora bien, parece que se mueve por cierto prurito de originalidad que le orienta hacia la necesidad de demostrar su saber por medio de la variación, para lo que busca el sinónimo, preferentemente, de carácter culto.

A esto tenemos que añadir el gusto de Alonso Pérez por el tránsito entre un mundo pastoril real y otro donde comparten esa realidad con elementos mitológicos o típicos del género. Inserto en este último de la alta cultura que le proporciona la plenitud del saber humanista, se encuentra un vocabulario filosófico, psicológico y moral¹⁸⁹.

Además de todo este léxico hay un ligero predominio de términos de carácter negativo, lo cual induce a pensar en una proyección psicológica a través de la descarga de su conciencia. Esto envuelve la obra de Alonso Pérez en un aire de amargura y melancolía¹⁹⁰.

¹⁸⁶ Pedestales, basas, cañones, capiteles, alquitravas, frisos, cornisas, pilares y mástiles.

¹⁸⁷ Rabel, çampoña, tañer, cantar-canto-canción, danzar, vihuela, arco, flauta, cítara, arpa, otros instrumentos musicales, copla.

¹⁸⁸ Delfos, Xantho, Thessalia, monte Parnaso, monte Olimpo, Ítaca, Neptuno, Aurora, Cupido, Diana, Júpiter, Hamadriadas, Driadas, Oreadas, Nayades, Napeas, Enone, Ninfas, Faunos, Sátiros, Hércules, Yole, Achelóo, Peneo, Cornucopia, Anaxarete, Natura, Pan, Marte, Apolo, Dafne, tigres Hircanas, Venus, Fitón, Demorgogón, Endimión, Orfeo, Eurídice, Mercurio, Vulcano, Argos, Alexandro (Magno), Paris, Trinacria (Sicilia), Minerva, Citherea, Febo, Rómulo, Alexia, Silvano, Osa, Himeneo, Latona. Elementos del universo: tierra, agua, aire, fuego.

¹⁸⁹ Alma, amistad, afición, armonía, amantes, ánimo, amores/amorosos/amor, afectos, bien, belleza, bondad, contento, causa contento, celos, celosa, corazón, contentamiento/ contento, clemencia, compasión, castidad, consuelo, poder, pasión, gloria, triunfo, victoria, fama, juventud, riqueza, razón, sentimiento, trofeo, gracias/ gracia/ graciosa, estado, voluntad, mandamiento, favor, servir, paz, vida, fortuna, hermosura, entendimiento, juicio, esperanza, entrañas, pensamientos, merescimientos, virtud, honestidad, pasión, gentil, galán, honra, honor, hechizo, ira, ingenio, injurias, injusticia, juicio, juegos, pasatiempos, lágrimas, libertad, mal, miedo, muerte, malicia, melancolía, música, olvido, suerte, soledad, placer, trabajo, voluntad, virtud, ventura, verdad, vanagloria.

¹⁹⁰ Ausencia, celos, confusión, dolor, envidia, engaño, ira, lágrimas, mal, muerte, olvido, pena/s, pesar, quejas, sinrazón, sospecha, tristeza, terror, llanto/ llorar, venganza, sentencia, ceguedad, enojos, disfavor/ es, desesperada, odio, cuerpo sepultado, desconsuelo, congoja, tormento, sollozos, suspiros, infortunios, mudança, pesadumbre, osadía, atrevimiento, locura/ loco, agonía, hechicero, miserias, vicios, recelo, desventura, ansia, compadecimiento, fatigas, vergüenza, codicia.

Encontramos también las costumbres pastoriles de la época¹⁹¹ y los lugares reales¹⁹² por donde transitan los pastores de la obra. Ante todo, el autor quiere que su obra sea lo más verosímil posible, de ahí que los espacios que aparecen se sitúen la Península. Por último, encontramos léxico relacionado con el tiempo en que transcurre la obra y fenómenos meteorológicos que condicionaran a los protagonistas en su estado de ánimo¹⁹³.

Otros fenómenos lingüísticos

Encontramos en la obra de Alonso Pérez otros fenómenos lingüísticos importantes para su estudio. El autor mezcla términos del nivel popular de la lengua con otros del nivel culto. En primer lugar, encontramos una muestra de rusticismos/vulgarismos propios del lenguaje pastoril como *agüelo*¹⁹⁴ referido al padre de la reina Agenesta, esposa del rey Rotindo de la región de Eolia donde se criaran los pastores Delicio y Partenio.

En segundo lugar, hallamos una manifestación de su tendencia al cultismo que consiste en la utilización de latinismos como *in execution*¹⁹⁵ (“en ejecución” del plan ideado por la criada Palna para que se produjese el encuentro entre Disteo y a su amada Dardanea).

Epítetos

Alonso Pérez se encuentra dentro de unas convenciones que aunque acepta, adopta a su peculiaridad personal; al igual que en el léxico que emplea, se aprecia en el uso reiterado de los epítetos¹⁹⁶. La anteposición del adjetivo al sustantivo domina toda

¹⁹¹ Siesta, juegos pastoriles, pasatiempos, saraos, plaças.

¹⁹² Ríos Ezla y Mondego, río Duero, Lusitania, condado de Santistevan, los campos de León (igual que Montemayor).

¹⁹³ Noche, tarde, alba, rayo, luna, relámpago, truenos, sol, horas, rato.

¹⁹⁴ Libro III, pág. 98.

¹⁹⁵ Libro VII, pág. 240.

¹⁹⁶ Felices amantes, sabia Felicia, venturosos pastor y pastora, claras aguas, apacible sombra, blanca leche, sabrosa sal (pág. 10); amorosos acentos, cercano Febo, venerable rostro, amorosos ojos, dulce matrimonio, ilícito amor (pág. 11); sublime pensamiento, extremada gloria, pequeña olla, grande fuego (pág.12); querida Selvagia, competidor Silvano, olvidado Sireno (pág. 13); dulce cantar (pág.15); rica casa (pág. 16); verdaderos enamorados (pág. 17); desesperada pastora Belisa (pág.26); alegre descanso (pág.26); dulce sosiego, funesto ciprés, el triunphante laurel, la dura enzina, el frondoso sauze, la invencible palma, el resinoso pino, el blanco y liso álamo, el negro y áspero olmo, hambrienta boca, descomedido ganado (pág.27); blancos álamos, negros olmos, verdes suazes (pág.28); dulces cantos, ingrata y desdeñosa pastora Diana (pág. 32); afligida Diana (pág.33); vivas lágrimas, claros ojos, encendidas mejillas, ásperos matorrizales, bella pastora Diana (pág.34); dulce sombra, molesto estío (pág. 36); amarga hiel (pág.41); frescas y olorosas flores (pág.45); amorosos pensamientos (pág.52); dulce canto, suave y dulce çampoña (pág.53); fatigados cuerpos, blanca y bella mano (pág.53); hermosa

la narración, de tal manera que se remarca aún más la función expresiva del lenguaje y ensalza el sentido poético del término al que acompañan. Así, lo que consigue es

pastora, torpe mano, soberana pastora, loca osadía (pág.56); gloriosa muerte, venturosa vida (pág.57); deleitoso pradezico (pág.58); viejo venerable (pág.59); airado y mísero viejo, disformes mexillas (pág.62); noble señora, inmortales dioses (pág.63); soberanos dioses (pág.65); ferviente amor (pág.73); vivo fuego, frío yelo (pág.74); amoroso pensamiento (pág.77); hermosa y casta ninfa (pág.78); sincero amor (pág.79); lascivo Apolo, casta Dafne (pág.83); no conocido zagal (pág.89); lisa corteza, agudo cuchillo (pág.91); vieja y honrada pastora (pág.93); caro ermano (pág.97); gentil y moço pastor, honrada y vieja pastora (pág.99); cristalinas aguas (pág.100); gruessa nave (pág.103); dorada madexa, gentil y hermoso cuerpo, alabastrino cuello, níveo rostro, blancos palacios, delgada faldilla, colorado velo, soberana virgen, hermosa Stela (pág.104); hermosa doncella (pág.106); venerable viejo Parisiles, grandes sospiros, buen viejo, falsa y vana esperanza (pág.107); pobre caminante, fieros salteadores (pág.108); tristes días (pág.109); triste viejo, triste vida (pág.110); tierno llanto, lastimado viejo, desseada hija, nueva y amada señora (pág.112); rústicos pastores, agudos cortesanos (pág. 116); apacibles cuentos (pág.117); rico palacio, hermosas ninfas (pág.118); grandísimo gozo (pág.120); injusta y temprana muerte, dolor fiero (pág.121); ordenados bailes, dulces cantos, graciosos cuentos, amorosas pláticas (pág.122); rica casa, apazible cuento (pág.125); femeniles vestidos, áspero vello (pág.128); encendidos sospiros (pág.129); maior y entrañable amiga, celebrado, famoso y caudaloso Duero (pág.130); dulce enemiga (pág.131); dulce y caro amigo (pág.135); sabrosa conversación, agradables horas (pág.138); cristalinas lágrimas, congoxosos pensamientos (pág.139); breve narración, blando amor (pág.140); fiero Gorforosto, viejo Parisiles (pág.141); hermosos zagales, miserable hombre (pág.142); aparentes y alegres palabras (pág.144); suave canto (pág.145); graves males (pág.151); afligido coração (pág.153); triste canción (pág.154); miserables días, soberana virgen, purpúreo y níveo rostro, estremada hermosura, duro coração, excessiva crueldad, excelente señora, mala criança, falsa reputación (pág.157); buenas amigas, semejante agravio (pág.158); pequeños delitos (pág.159); graciosa ninfa, gran rato (pág.160); caros pastores (pág.161); dolorosas palabras, ravisos celos, venenosos escorpiones, horrible ensueño (pág.162); triste coração (pág.165); graciosa risa, mala voluntad (pág. 171); amorosas palabras, dulce música, verdaderas entrañas, cruel efecto (pág. 172); vivas y tepidas entrañas, bravas amenazas (pág.180); agradable narración (pág.181); ingenioso cayado, soberanas ninfas, piadoso destierro, cara patria, amoroso detenimiento, dulce conversación, disconvenientes amores (pág. 182); vergonçoso color, doloroso sospiro, miserable hombre, agradable compañía (pág.183); encubiertos celos, amoroso ruego (pág.184); amarga partida (pág.185); casto propósito, bivas y prestas respuestas, desdichado Delicio (pág.186); extremado desamor (pág.188); duro trance, hermosa zagala (p.190); duras uñas, blandas carnes, piadosas manos (pág.192); serena mañana, noble compañía (pág.194); sabia Felicia, larga comida (pág.195); fieles amadores (pág.197); casto amor (pág.201); soberana zagala, lascivo pensamiento, afligida tarde, castos amores, alegre cuento, triste tarde, caudaloso Duero, fértiles campos, famoso pastor, estrañas tierras (pág.202); graciosísimas burlas, infinitas burlas, famoso río (pág.203); ingrata pastora (pág.205); sabia señora, venerable viejo (pág.206); verdadero amante (pág.208); hermosa pastora, claro gesto, pequeño papel, grande amor, breve escrito, bella malmaridada, afligida vida (pág.210); buena conversación, hermosa Natura (pág.211); templado vetezico, perdido cabritico, hambriento corderico (pág.213); poquillas lágrimas, desseosas orejas, dulce boz (pág.215); continua miseria (pág.216); amorosas burlas, graciosa zagala, engañosa pastora, dichoso estado (pág.220); hermosa y triste pastora (pág.222); amarga nueva, injusta mudança (pág. 224); simple pastorcilla (pág.226); miserable cuerpo (pág.227); graciosos zagales (pág.229); favorable rueda, usurpado nombre, miserable estado (pág. 230); caros señores, amada tía (pág.231); clara estirpe, ilustres casas, principales varones, temprana viudez (pág.232); variable Fortuna (pág.234); amado hijo, mala reputación, grande amor (pág.236); facundo señor, amoroso pensamiento (pág.237); amorosa madre (pág.238); nescia cosa, pequeño gozo (p.239); encubierto camino, prima noche (pág.240); amoroso pecho (pág.241); hermoso rostro (pág.242); gran discreción (pág.243); fingido y disfraçado mando, buena y ancha espada (pág.244); nescio jubilado (pág.246); perpetua corrida, humano entendimiento (pág.247); caros hijos (pág.251); animoso coração, largo estoque, mortales estocadas, gran pena (pág.252); buena obra (pág. 253); amorosos ojos, hermosa pastora, gran silencio (pág.256); buen socorro, mala fe (pág.257); fingida culpa, mortal enemigo (pág.258); real sangre (pág. 261); alta mar (pág.262); dulce flecha (pág.265); tierno pecho, cristalinas lágrimas, claros ojos (pág.266); mortal enemigo, congoxosos pensamientos, grandes señoras, pequeña casa, dura y poderosa batalla (pág. 267); vano pensamiento (pág.269); próspera fortuna (pág.270); sabrosa conversación, pequeño placer (pág.273); crueles tormentos, amarga vuelta (pág.277); gran espacio (pág.278); particular amistad (pág.280); buen camino (pág.281); grande amistad (pág.282).

detener mucho más el tono y el ritmo, ya de por sí moroso, que el epíteto confiere a la narración, pero simultáneamente proporciona una cadencia más suave que obliga al lector a leerlo con detenimiento, con la intención buscada de saborear la propia lentitud en la que va deteniéndose en su redacción.

Aparte de los estipulados convencionalmente por el género pastoril, se alternan adjetivos como *venturosa, desesperada, bella, hermosa, vieja, honrada o triste* para las pastoras; *venturoso, rústico* para los pastores o *funesto, triunphante, dura, frondoso, invencible, resinoso, blanco, liso, negro, áspero, verde, fresca, olorosa, deleitoso* para montes, valles, prados, flores, árboles, etc., aunque también, en muchas ocasiones, encontramos economía del lenguaje, ya que un mismo adjetivo sirve para calificar numerosos sustantivos como *acentos, ojos, pensamiento, ruego, hijo, madre, pecho, palabras* que son “amorosos”; *días, viejo, vida, canción, pastora* son “tristes” o *amistad, espacio, suspiros, rato* son “gran- grande/s”.

Otra muestra de su tendencia al cultismo consiste en el amplio uso que hace Alonso Pérez del **superlativo** con predominio de la anteposición¹⁹⁷ y del **diminutivo**¹⁹⁸. Este uso frecuente del superlativo en *-ísimo* refleja una inclinación del autor a la cultura italiana. De esta manera, Alonso Pérez aparece como un buen conocedor de las posibilidades que le ofrece su lengua en un momento de creciente expansión, aunque él prefiera un estilo justo y preciso que no se salga de los cánones propios del género, limitados por su carácter humanista.

¹⁹⁷ Frigidísimo, calidísimo pecho (pág. 80); mortalísimo enemigo (pág.92); fierísimo pastor (pág.103); acerbísimo defecto (pág.111); hermosísima compañía de ninfas (pág.112); gravísima pelea (pág. 114); grandísimo gozo (pág. 120); muy celebrado, famoso y caudaloso Duero (pág.130); hermosísimas ninfas de las ninfas (pág.134); extremadísima belleza (pág.136); hermosísimas Stela e yo (pág.141); grandísima amistad (pág.147); muy enamorados (pág.155); lana hermosísima (pág.178); mucho más hermoso, Delicio indignadísimo (pág.179); passo amorosísimo (pág.184); carísimo amigo mío (pág.190); hermosísima pastora (pág.195); ímpetu bravísimo (pág.200); graciosísimas burlas (pág.203); hermosísima pastorcica (pág.205); de amor muy rico (pág.219); carísima pastora mía (pág.227); la más vil cosa del universo (pág. 231); virtuosísimo mancebo, grandísima ventaja (pág.232); muy triste y muy imaginativo Disteo, pesadísima carga (pág.234); grandísima pesadumbre (pág.239); grandísimo gozo, prestantísimo remedio (pág.240); cruelísima amenaza (pág.243); muy buena y ancha espada (pág.244); grandísimo amigo (pág.255); muy mayor (pág.256); muy dificultoso (pág.260); durísimo diamante (pág.270); pastores muy queridos (pág.280).

¹⁹⁸ Pradezico, islezica, mansas ovejuetas (pág.40); menudita yerva (pág.43); pedrezicas, paxaricos (pág.51); isleta, deleitoso pradezico (pág.58); figuricas (pág.90); juboncito, juboncico, faldilla (pág.104); cachorricos (pág.163); tijericas (pág.171); corderico (pág.200); cervatica (pág.202); zagalica, pastorcica (pág.205); ventezico, cabritico, corderico (pág.213); poquillas lágrimas (pág.215); pastorcilla (pág.226); pasioncilla (pág.256).

Figuras retóricas

Muchos recursos estilísticos y figuras retóricas son las que utiliza Alonso Pérez a la hora de producir su propio estilo poético. Analizaré a continuación las figuras por adición (sinonimia, pleonismo...), figuras por omisión (elipsis, asíndeton...), figuras por repetición (anáfora, derivación, polisíndeton...), figuras de posición, accidentes gramaticales o concordancia (paralelismo, quiasmo, hipérbaton, aposición, construcciones de participio absoluto, juegos de palabras...), tropos (metáfora, alegoría...), figuras patéticas (exclamación retórica, interrogación retórica, hipérbole, dialogismo...) y figuras lógicas (símil/ comparación, antítesis...), según la clasificación hecha por J. M^a. Díez Borque¹⁹⁹.

A) Figuras de adición: entre las figuras de adición destacan fundamentalmente dos: la **sinonimia**²⁰⁰, muy utilizada por Alonso Pérez para reiterar la misma idea que detiene el fluir de la narración que se bifurca en varios términos y el **pleonismo**²⁰¹ que es la insistencia en una palabra o varias que son redundantes para la comprensión de la idea que quiere transmitir y pueden tener valor expresivo.

¹⁹⁹ José María Díez Borque, *Comentarios de textos literarios*, Décima edición, Madrid, Playor, 1984, págs. 96- 100; 106- 115.

²⁰⁰ Estoy alegre, ufano y contento (pág. 14); es tan infiel, mudable y tan incierto (pág. 14); es tan fiel, tan constante y es tan cierto (pág.14); no estaré yo alegre y muy gozoso (pág.15); verás sumado en breve todo el resto de gracia, gallardía y de hermosura (pág.16); ¡o, manjar dulce y sabroso! (pág. 24); amarga partida, ausencia más amarga (pág. 35); la muerte es sencilla y simple (pág. 35); aunque está en tu mano y palma (pág. 36); yo vi la gran belleza y apostura (pág. 40); los verdes prados, el color de esperanza no se veían (pág. 40); alégrese verá cual antes era el monte, valle, prado, cuesta y llano (pág.41); triste y mezquino, infelice y desdichado de amorosos pensamientos (pág.52); una sierpe s'engendró entre aquestos indómita, feroz (pág. 67); el arco duro, flecha y mil saetas (pág.67); ¡o gloria!, ¡o triunfo!, ¡o victoria!, ¡o fama! (pág. 68); rapaz, infame, ruin, de vicios lleno, sin honra, sin verdad, de bien ajeno (pág.70); y con sincero amor, honesto y puro (pág. 79); ¿qué ninfa será aquella tan linda y tan graciosa? (pág.79); discretos y prudentes (pág. 80); siendo sincera y pura (pág.102); malas obras, perversos hechos (pág.108); tus lágrimas y tu lloro (pág. 113); lágrimas, miserias, sin sabores, fatigas y dolores (pág. 115); contento y alegría (pág. 115); virtud y gracia (pág. 118); bravo y fuerte (pág. 121); dama gentil y bella (pág. 131); pena y dolor (pág. 139); dolor, ansia y tormento (pág. 149); desechamos, aborrescemos, no queremos y desdeñamos (pág. 161); fatigas y enojos (pág.167); dolor y pesar (pág.168); irá, partirá (pág. 168); más florida qu'el prado ameno y rico, de flores en el medio del verano (pág. 174); más sobervia, más furiosa, más dura, más áspera (pág. 175); enmudescí, calló la lengua (pág. 187); truenos, relámpagos (pág.194); y así mi amor es casto, puro, honesto, no torpe, no lascivo o deshonesto (pág.199); como muestra tu figura, si tu rostro (pág. 228); si tomo cuánto tuvo de apostura, de gracia, de beldad, de gentileza (pág. 263).

²⁰¹ Las lágrimas con las que regó el campo con tristes ojos (pág. 44); ¿yo mesmo la vi ciertos con mis ojos? (pág. 45); prados verdes hermosos, verde yedra (pág.75); al blanco de la nieve (pág.81); apenas Crimene podía ya pronunciar las palabras (pág. 158); el claro cristal (pág.174); a esto no se pudiendo sufrir Crimene, con lágrimas en el rostro y sin hablar palabra (pág. 184); calló la lengua (pág.187).

B) Figuras de omisión: las figuras de omisión que aparecen en la obra son, fundamentalmente, la **elipsis**²⁰² que consiste en suprimir elementos de la frase, sin que se altere la comprensión con lo que dota de energía, concentración y poder sugestivo; en la mayoría de casos la palabra que se omite en las elipsis es el verbo en todas las oraciones y el **asíndeton**²⁰³ cuando se omiten conjunciones para dar más rapidez, viveza y sensación de agilidad a la frase.

C) Figuras de repetición: más orden y concierto ponen en el estilo de Alonso Pérez las figuras de repetición como son las anáforas, derivaciones, polisíndetos que ofrecen un ejemplo de cuidada expresión. Las **anáforas**²⁰⁴ son frecuentísimas en toda la narración.

²⁰² Señales de valor grande y crecido (pág. 55); por un orden se prueba, sin solo errar un punto, llevarlos prestamente (pág. 60); ¡o mi Stela, mi bien, mi sola diosa, más blanca que la nieve no pisada y más que la no bien abierta rosa cogida con rocío, colorada, más qu'el plátano alto al ver graciosa, más dulce que la uva sazónada, más que sombr'apazaible en el estío y más que sol de invierno con el frío! (pág. 174); el agua es alegre al seco prado y el sol en el invierno tempestuoso (pág. 223); mi vida eres mi pastora, mi alma en ti sola mora, mi consuelo y mi bien todo (pág. 224); a ti de los mortales, el consuelo (pág. 262).

²⁰³ No te quiero, pastora, negar, no confessar, que la belleza de Diana aya destruido mi contento (pág. 37); el fuego, el aire, el agua con la tierra aún en sus movimientos (pág. 60); ¡ayuda, ayuda, dioses inmortales (pág. 84); ordenados bailes, dulces cantos, graciosos cuentos, amorosas pláticas (pág. 123); y aumentasse con fatigas; y con lágrimas, amor (pág.139); las horas, los tiempos nos dezía (pág. 204).

²⁰⁴ Quien gusta del manjar del dios Cupido, quien del manjar no gusta de Cupido (págs. 13-14); Amor en dar fatiga es tan experto, amor en dar descanso es tan experto (pág.14); no ser en lo t'he dicho mentiroso, no ser en lo que he dicho mentiroso (pág. 15); en esto solo entiende, en esto se desuela (pág.16); poco tiempo ha, que fui sano, poco tiempo ha, que perdí, poco tiempo ha, que en mi mano, poco tiempo ha, que'n firmeza, poco tiempo ha, que tristeza, poco tiempo ha, compañía, poco tiempo ha, que's ya mía, (pág.47); en agua, y ésta luego, en aire, y éste fuego (pág.60); no perdona las mieses dulce premio, no perdona los bueyes perezosos, no perdona tampoco los becerros, no perdona carneros, ni aún ovejas, no perdona, la casa, ni obra dulce (pág. 67); quedó Fitón, quedó Apolo (pág. 68); ¡o gloria sobre glorias excelente!, ¡o triunfo sobre triunfos extimado!, ¡o victoria en victoria señalada!, ¡o hecho sobre hechos sublimado!, ¡o caso más que casos eminente!, ¡o fama más que famas ensalçada!, ¡o guerra fortunada!, ¡o felice combate!, ¡o braço que assí abate!, ¡o arco dignamente a mí debido!, ¡o ficehas que libraste assí de llanto!, ¡o Pithón que as muerto das espanto! (pág. 68); por ti, la tierra estéril se bolví; por ti, la docta abeja lamentava; por ti, la mansa oveja se veía; por ti, el pastor no ossava; por ti, dentro del muro ya la gente (pág. 68-69); sus ojos, sus labios (pág.81); por mí, lo qu'és pasado y lo presente; por mí, es el verso puesto en la vihuela; por mí, la flecha vuela con presteza; por mí, la medicina es inventada; por mí, es también hallada con prudencia (pág.83); y el don de castidad si le ha guardado, y la que quiere bien o la ha querido, y si la fe primera no ha perdido, y aquel primer amor ha conservado (pág. 118); ni flor alguna en planta, ni prado ameno, verde en el verano (pág. 131); ni es cosa que bien le viene, ni yo puedo no la amar, ni es cosa que me conviene (pág.152); hoy mueres, mas no tu amor, hoy comiença tu dolor, hoy se acaba tu alegría, hoy tu gran gozo paresce, hoy sale a luz tu tristeza, hoy tu contento fenescce, hoy tu miseria aparesce, hoy se muestra tu firmeza (pág. 153); si lágrimas amando derramamos, si fatigas amando padescemos, si pasiones amando desechamos, si sospiros amando aborrescemos (pág. 161); regalos son de amor que no entendemos, regalos son de amor que no alcançamos, regalos son de amor que no queremos, regalos son de amor que desdeñamos, regalos son de amor que desdeñamos, regalos son de amor mal entendidos, regalos son de amor menospreciados (págs. 161-162); miréme agora, agora en una fuente, miréme desde le pie hasta la frente (pág. 163); ¿quién duda que si alcançasse?, ¿quién duda, si ella entendiesse? (pág. 165); más blanca que la nieve no pisada, más qu'el plátano alto al ver graciosa, más dulce que la uva sazónada, más que sombr'apazible en le estío, más fresca qu'el templado venterico, más noble que la fruta del mançano, más alegre qu'el tierno cabritico, más florida qu'el prado ameno y rico, más blanca que la pluma inmaculada, más qu'el claro cristal resplandeciente, más bien sacada qu'el ciprés inhiesto, más derecha qu'el álamo eminente, más hermosa que huerto cultivado, más

La **derivación**²⁰⁵ consiste en utilizar dos o más palabras que tienen la misma raíz.

El carácter reiterativo del estilo se ve reforzado por el constante uso del **polisíndeton**²⁰⁶, la repetición de las conjunciones que hace que el ritmo de la narración se detenga.

D) Figuras de posición: en las figuras de posición destaca el **paralelismo**²⁰⁷; quizá sea el recurso más utilizado por el autor salmantino. Con él aumenta el ritmo lento y pausado del estilo, ya de por sí demorado por el abundante uso del epíteto, como hemos visto anteriormente. Entre los paralelismos más utilizados destacan, sobre todo, los de tipo oracional, aunque también están presentes los

que estas firmes peñas inamovible, más que pisada sierpe airada, más furiosa que río apresurado, más dura que las muy viejas enzinas, más áspera que abrojos y que espinas, más sorda qu'este mar a mi lamento, más que las blandas aguas engañosas, más fuerte que le gran fuego ami tormento, más cruel que recién parida Osa, más que vara de sauze o sarmiento, más contraria a mi bien y mi descanso (pág.174-175); sentirá el gran valor y fuerça mía, sentirá que mi cuerpo en nada excede (pág. 180); si el templado venterico, si el perdido cabritico, si el hambriento corderico, si la çampoña o avena (pág. 213).

²⁰⁵ Bien sabes que lo fingido, y finje cuanto querrás, con que no finjas jamás, fingir aquesto conmigo (pág. 22); burléme con amor, burlávame yo d'él, quede burlado, es de burlas enemigo (pág. 26); no tiene jurisdicción, ni es juzgado, el juez (págs. 48- 49); mi ventura o desventura (pág. 55); si sale de concierto, que no pueda concertarse, con ser un desconcierto y confusión indigna de contarse (pág. 61); aquel sumo desorden, si se mira bien orden (pág. 61); ¡o mundo, mas no mundo inmundo! (pág. 107); miréme agora, mira cuánto cabello me hermosea (págs. 163- 164); agrádesse él a sí y agrade (pág. 179); el consuelo, el más desconsolado, ha dexado el consuelo (pág. 262).

²⁰⁶ Y a mi mal los cerrarás, y puedes leerla asta el cabo, y si no, da la sentencia (pág. 18); ora sea con mi vida, ora sea con mi muerte (pág. 25); que alguna vez he dexado y es que me doy a entender, que según soy sin ventura (pág. 25); y aun por algún espacio detenerse, y las aguas de Ezla y Mondego, y puestas a llama de una gran fuego (pág. 29); si mi tañer y canto, y si valiesse tanto, y si aquella elocuencia, y si estuviesse ornada, y assí mesmo dotada, y con todo me viera muy pujante (pág. 101); o no soy quién solía, o tú ya te has mudado (pág. 112); ¡o si del mundo partiesse!, ¡o si la muerte viniesse! (pág. 121); no tan rebelde a Amor, ni verde hoja cogió ninfa con mano, ni en lino hermosos miembros, no hay en apartado lirio o rosa, ni flor alguna en planta, ni prado ameno (pág. 131).

²⁰⁷ Quien gusta del manjar del dios Cupido, quien del manjar no gusta de Cupido (pág. 13-14); Amor en dar fatiga es tan experto, Amor en dar descanso es tan experto (pág.14); conocerá quien no ama, ni es amado/conocerá quien ama, y es amado (pág. 15); verás, papel amado, la figura/ verás sumado en breve todo el resto (pág. 16); el traidor del dios Cupido, el traidor como maligno (pág.52); si quisiesse con rostro sujetarme, ni quise, aunque pudiera d'él librarme (pág. 54); no perdona las mieses dulce premio, no perdona los bueyes perezosos, no perdona tampoco los becerros, no perdona carneros, ni aún ovejas, no perdona la casa,ni obra dulce (pág.67); quedó Fitón tendido por la tierra, quedó Apolo por alto elevado (pág. 68); ¡o gloria sobre glorias excelente!, ¡o triunfo sobre triunfos extimado!, ¡o victoria en victoria señalada!, ¡o hecho sobre hechos sublimado!, ¡o caso más que casos eminente!, ¡o fama más que famas ensalçada!, ¡o guerra fortunada!, ¡o felice combate!, ¡o braço que assí abate!, ¡o arco dignamente a mí debido!, ¡o flechas que libraste assí de llanto!, ¡o Pithón que as muerto das espanto! (pág.68); por ti, la tierra estéril se bolví; por ti, la docta abeja lamentava; por ti, la mansa oveja se veía; por ti, el pastor no ossava; por ti, dentro del muro ya la gente (págs. 68-69); tú eres destruidora; tú eres el camino; tú, capitán divino; tú, firme alcançar, firme fortaleza; tú causas en el alma (pág. 102); hoy mueres, mas no tu amor; hoy comiença tu dolor, hoy se acaba tu alegría, hoy tu gran gozo paresce, hoy sale a luz tu tristeza, hoy tu contento feneces, hoy tu miseria aparesce, hoy se muestra tu firmeza (pág.153); si lágrimas amando derramamos, si fatigas amando padescemos, si pasiones amando deseamos, si sospiros amando aborrescemos (pág. 161); no mira si el tiempo es alabança, ni mira si es sazón o fuera d'ella, no mira qu'es muy poca su pujança (pág. 198); a ti, el más de los hombres atrevido, a mí poco me daña, ni me empece (pág. 270).

que remarcan los sintagmas preposicionales. Esta figura está muchas veces relacionada con la anáfora que, según ya he señalado, es muy frecuente en el texto.

El **quiasmo** es otro de los recursos que, sirviéndose del paralelismo, también aparece en la obra de Alonso Pérez; en su contrabalanceo, este recurso va equilibrando y dando una simetría que completa el resto de paralelismos vistos hasta ahora²⁰⁸.

La inversión del orden lógico o gramatical de las palabras sirve para realzar alguna palabra o concepto, aunque si se abusa de él puede convertirse simplemente en un obstáculo para la comprensión. Quizá el autor salmantino utilice el **hipérbaton** con la primera intención y éste está muy presente en su obra. Sería tedioso señalar todos los ejemplos del texto ya que son muchísimos, aunque sí es necesario citar algunos²⁰⁹.

Dentro de este grupo de figuras retóricas y como muestra de la cultura de Alonso Pérez es muy típico de su estilo la aparición de incisos y frases que entrecortan el fluir sintáctico del período y adoptan dos formas: la **aposición**²¹⁰ y la **construcción de participio absoluto**²¹¹.

²⁰⁸ Si por desdicha aquesto fuesse sueño, en sueño solamente viesse el roble (pág. 44); no me pesa por morir, morir alguno no sé (pág. 49); acabo de rato por dármele malo sacó una mano, una mano os digo que sacó (pág. 55); tan solamente llorar, lágrimas derramarán (pág. 150); mi ruego no se baja siempre en vano, humilde yo a ti sola ruego y pido (pág. 179).

²⁰⁹ Quien del manjar no gusta de Cupido, de él prive su apetito cuando quiera, si hastío en sus bebidas ha sentido, con ellas no mitigue su sed fiera (pág. 14); Amor es tan experto en dar fatigas (pág. 14); colgar quiero çampoña de tal ninfa, ¿yo mesmo la vi ciertos con mis ojos? (pág. 45); el traidor como maligno, nueva manera ha buscado, que como ya muchas vezes, sujetarme había provado (pág. 52); olvidarte he yo entonces, ¡o, amor mío!, cuando volviere atrás aqueste río (pág. 91); comienza pues a sentir, cuerpo miserable y triste, este amargo partir, este acerbo despedir de l'alma que cuerpo fuiste (pág. 151); si lágrimas amando derramamos, si fatigas amando padescemos, regalos son de amor que no entendemos, regalos son de amor que no alcançamos, si pasiones amando desechamos, si suspiros amando aborrescemos, regalos son de amor que no queremos (pág. 161); un remedio aunque algo suerte, al fin havré de tomar, menos grave de llevar, que vivir d'esta tal suerte (pág. 222); a Fortuna culpa el necio, porque un punto no reposa, la prima espera otra cosa (pág. 247); pues basta qu'ello a mi voluntad viene y qu'esto es lo que a mí me satisfaze, razón en mi querer cimiento tiene (pág. 272).

²¹⁰ Con este dios Cupido, niño ciego, y veréis si su burla es mala, o buena (pág. 26); la desesperada pastora, Belisa (pág. 26); venturoso zagal Delio (pág. 32); bella pastora Diana (pág. 34); Diana, la pastora (pág. 40); Parisiles, padre mío (pág. 62); el dios Apolo (pág. 70); el zagal Parisiles (pág. 77); hermosa y casta ninfa Dafne (pág. 78); Carposto, amo mío (pág. 93); Rotindo, rey de Eolia (pág. 98); el príncipe Agenestor (pág. 98); la reina Agenesta (pág. 100); Martandro, amigo mío (pág. 100); Fílida, zagala mía (pág. 121); Pan, dios de los pastores (pág. 125); Demorgorgón, dios de la Tierra (pág. 125); rey Evandro (pág. 126); amiga Crimene (pág. 138); mi caro ermano Delicio (pág. 143); señora Felicia (pág. 156); rey Eolo (pág. 232); tía mía Palna (pág. 234); amado hijo Disteo (pág. 236); Beldaniso, servidor de Marthea (pág. 249); Placindo, sobrino de Palna (pág. 253); señora Dardanea (pág. 261); Luztea, hija de Disteo y Dardanea (pág. 284).

²¹¹ Passados algunos días que los había tenido (pág. 10); alçadas las mesas (pág. 10); acabada la razón de la sabia Felicia (pág. 11); al cual llegados (pág. 26); acabado el dulce canto de los pastores (pág. 32); echados sus lanudos çurriones al cuello (pág. 32); esto dicho (pág. 33); mas al fin, sacadas las fuerças de

E) Tropos: Alonso Pérez recurre muy frecuentemente al uso de tropos. Sobre todo utiliza la **perífrasis**²¹² que se expresa con varias palabras lo que podría expresarse con unas pocas o con una. Es un recurso de la *amplificatio*, vista anteriormente, y puede resultar muy eficaz. También utiliza la **metáfora**²¹³, es el tropo fundamental y de mayor complejidad. La metáfora se apoya en una comparación, más o menos común entre dos realidades y se establece una identidad entre los dos términos.

F) Figuras patéticas: al tono expresivo y de carga emocional ayudan las figuras patéticas, en especial las **exclamaciones**²¹⁴ y las **interrogaciones retóricas**²¹⁵.

flaqueza de la mejor manera (pág. 46); y levantado algo la boz (pág. 47); Diana, acabado el canto (pág.50); determinado ya partirse, Sireno le rogó (pág. 50); luego, tomada la mano de Crimene (pág. 63); acabada la comida (pág. 89); acabado de ver el cayado de unos y otros y alabada la sutileza y el ingenio d'él (pág. 92); hechas señas de concederlo (pág. 96); esto hecho con gran admiración de todo el pueblo (pág. 96); acabado el dulce canto (pág.103); dichas estas palabras (pág. 106); con esto, idas las zagalas (pág. 123); llegadas pues (pág.133); a estas palabras, levantados los pastores (pág. 134); despedidas pues de los pastores (pág. 138); vista de su dureza y de cuán poco fructo (pág. 146); llegada pues al usado lugar (pág. 159); llegadas a los pastores (pág. 188); dexado aparte vuestro amor porque no vengamos a conferencia que este pastor ama y con muy gran razón a una soberana pastora (pág. 202); esto dicho después de haver cenado y pasado un rato de la noche en sus acostumbrados placeres (pág. 207); escrita la carta (pág. 239); pasadas algunas pláticas entre ellos (pág. 243); acabada esta canción en alabança de la Fortuna (pág. 248); recebida la carta de Disteo por Placindo a Palna embiada en que le avisava de lo acontecido en la noche pasada (pág. 257); desseosas Stela y Crimene (pág. 256); empero, considerado el peligro en que iba Disteo (pág. 275); con esto, vueltos al templo y pasados como ocho días (pág. 283); esto concertado y puesto por obra (pág. 284).

²¹² Que mi voluntad no quiere salir de tu mandamiento (pág. 25).

²¹³ Sus cabellos emienda dan al oro; el rostro y la mexilla está esmaltado de blanco y colorado, que la rosa en competencia no osa aquí llegarse; sus ojos más que estrella resplandecen, sus labios no merecen ser loados, el cuello refulgente nada debe al blanco de la nieve, cualquier cosa qu'encubre la enojosa vestidura (pág. 81); amando a este luzero radiante/ de virtud y diréis qu'es mal gusto/ el tiempo que no havéis a ella amado (pág. 201).

²¹⁴ ¡Silvano mío! (pág. 11); ¡Ay de mí! (pág. 20); ¡Amo, amo! (pág. 20); ¡O, manjar dulce y sabroso, suficiente a darme vida; o palabra nunca oída bastante a darme reposo!; ¡o pastora! (pág. 24); ¡O maldita çampoña! (pág. 32); ¡Oh, válame Dios! (pág. 33); ¡Cuán presto de mí se ha desterrado el placer, que en mí tenía morada, cuán en breve de mí se ha partido el contento, que en mí se hallaba y cuán fácilmente de mí se ha ausentado todo el bien que poseía!; ¡O Sireno y Silvano!, ¡Ay, ay, ay!, ¡Oxalá los dioses fueran tan piadosos que en uno hizieran sin mis días y aquellas deleitosas horas mal gozadas! (pág. 33); ¡O cuántos tragos de amarga hiel bevió todo el tiempo, que se detuvieron en contar los favores que Diana a Sireno hecho havían (pág. 41); ¡Oh, cuántos suspiros interiores cada palabra d'estas y memoria de lo pasado a la afligida Diana le costava! (pág. 43); ¡O Júpiter! (pág. 57); ¡Padre mío!; ¡Ay hija! (pág. 62); ¡o gloria sobre glorias excelente!, ¡o triunfo sobre triunfos extimado!, ¡o victoria en victoria señalada!... (pág. 68); ¡Cuál dios del alto coro assí meresce/ encienso en sacrificio, como Apolo/ y cuál dios por sus artes e invenciones/ de cuántos tiene el uno y otro polo/ con tanto nombre y títulos floresce/ celebrados por todas las regiones! (pág. 69); ¡o sierpe Pithón por tu muerte! (pág. 69); ¡Ayuda, ayuda, dioses inmortales!, ¡Socorro pido yo a mis graves males!, ¡o, destruid al menos mi figura! (pág. 84); ¡O, hija mía, que agora te veo conforme a tu estado y merescimiento! (pág. 88); ¡Ay, que no sé lo que de mí será! (pág. 106); ¡O mundo, mas no mundo inmundito! (pág. 107); ¡O Stela, mi querer y mi bien todo,/ mi buena compañera! (pág. 110); ¡O triste viejo! (pág. 110); ¡O si del mundo partiesse!, ¡O si la muerte viniesse/ por ti, pastora, y por mí!, ¡Ay que no, más ay que sí! (pág. 121); ¡O dioses que jamás aún he podido/ ser harto en contemplarla al sol o siesta/ de noche o claro día! (pág. 132); ¡O día axiago! (pág. 143); ¡Ay Delicio! (pág. 148); ¡Ojos tristes, llorad!, ¡O afligido corazón!, ¡O sin ventura amador! (pág. 153); ¡Ay ojos!, ¡Ay de mí desdichado/ con la fiebre desvarío,/ el fuego en mi pecho hallado/ no puede ser mitigado/ con las guas de un gran río! (pág. 154); ¡O amor, amor! (pág. 158); ¡Qué consuelo podías recibir! (pág.

Con ellas aumente tanto la expresividad como el carácter subjetivo de los pasajes, teniendo en cuenta que suelen aparecer, sobre todo, en los momentos de fuertes emociones padecidas por los personajes, o en aquellos en la figura del autor se deja traslucir tras el narrador.

Para dar esa emotividad y subjetivismo, ayuda también el **dialogismo**, muy presente en toda la obra.

162); ¡Cuánto mi pena y pasión/ a cualquiera movería/ con justísima razón/ si fuese otro corazón/ que'l de la zagala mía! (pág. 166); ¡O mi Stela, mi bien, mi sola diosa/ más blanca que la nieve no pisada/ y más que la no bien abierta rosa/ cogida con rocío, colorada/ más qu'el plátano alto el ver graciosa/ más dulce que la uva sazónada/ más que sombr'apazible en el estío/ y más que sol de invierno con el frío! (pág. 174); ¡Ay de mí, qu'el dolor que me traspasa/ y el fuego me haze hablar lo que aquí digo! (pág. 180); ¡Ay Stela, ay Partenio, ay Delicio! (pág. 192); ¡Qué priessa os dáis, zagal, a lastimarme/ y cuán continúa sois en destruirme! (pág. 214); ¡Ay triste de mí! (pág. 223); ¡Ay Dardanea y qué ha de ser de ti siendo combatida de tantos y tales contrarios!, ¡O Diana, o Venus, que vosotras de mí agora estáis apoderadas! (pág. 267).

²¹⁵ ¿De dónde, o papel mío, tal ventura/ que sin méritos hayas de ser puesto/ delante'l resplandor y claro gesto/ en el cual su poder mostró Natura? (pág. 16); ¿Qué será esto que lo que en otro tiempo me causava alegría, agora me acarrea tristeza; lo que antes me era alivio, agora para mí es tormento? (pág. 33); ¿De qué me sirve ser dotada de hermosura y entendimiento (que al fin no lo puedo negar, pues todos lo afirman) si no son bastantes para me quitar alguna parte de mis trabajos? (pág. 33); ¿do escondes esse figura? (pág. 34); ¿Qué (es) esto que aquí veo en este prado? ¿Es la çampoña aquesta de mi ninfa? (pág. 44); ¿Qué pudo merescer aqueste roble/ para que lo que veo no sea cierto?, ¿En qué culpa ha caído aquesta prado, para que lo presente sea sueño?, ¿Qué yerro han cometido aquestos ojos, para no ver reliquias de mi ninfa?, ¿yo mesmo la vi ciertos con mis ojos? (pág. 45); ¿Cómo siendo tú tan tierna/ tan dura golpe mía has dado? (pág. 53); ¿Quién es aquel tan fuerte y atrevido/ que trae aljava y arco en mano tiene? ¿No sabe que aquel traje a mí es debido/ que a otro sino a mí no le conviene? ¿De qué me sirven las armas poderosas/ a ti qu'eres lascivo indigno d'ellas? (pág. 70); ¿qué tiro tirarás que sea contino? (pág. 71); ¿Qué ninfa será aquella/ tan linda y tan graciosa/ qué n en el desierto sola anda caçando? (pág. 79); ¿Qué fuego es éste que mi pecho inflama/ sin echar de sí llama manifiesta?, ¿Es la vengança ésta de Cupido/cruel y endurecido qu'en mí tomas? (pág. 80); ¿Cuál dios fue tan maligno/ que con cruel embidia ha transformado/ el rostro refulgente y la figura/ de perfección dechado? (pág. 86); ¿Por qué te has de desdeñar darme alguna alegría con algún apacible cuento de cosas pastoriles? (pág. 125); ¿A qué no se atreve un amante? (pág. 128); ¿Quién podrá templar mis lágrimas? ¿Quién podrá amatar mis encendidos sopiros que con tal me moría de mis ojos y entrañas saldrán? (pág. 129); ¿Qué poco esfuerzo es éste, zagales? (pág. 143); ¿Dime en qué te soy culpada? (pág. 147); ¿Con tal rigor me condena?, ¿cómo no desfalleces/ en tan acerba pasión? (pág. 153); ¿Quién duda que si alcançasse/ mi pasión y dolor fiero/ que de mí no se apiadasse/ puesto que en ella se hallasse/ el pecho de duro azero?, ¿Quién duda, si ella entendiesse/ la pena d'este su amante/ que a piedad no se moviesse/ puesto caso que tuviesse/ las entrañas de diamante? (pág. 165); ¿qué te parece, hermosa Stela, qué altísima piedad? (pág. 171); ¿El cavallo sin crin cuál estaría/ y con ella y con cola está adornado? (pág. 178); ¿Cuál de mí, pues siempre huir me quieres/ más porque Gorforosto desechado/ a Delicio indignísimo? ¿O prefieres/ sus abraços pequeños y muy fríos/ prefieres a los grandes dulces míos? (pág. 179); ¿Cuál tratarás a quien te aborresciere? (pág. 180); ¿Qué amador hast'agora s'havrá hallado/ por más desfavorecido que se viesse/ qué d'algun sin sabor no haya gustado/ y algún dolor pequeño no sintiesse? ¿O quién hasta este punto me havrá dado/ por más seguro y cierto que estuviesse/ de su dama y él firmemente amasse/ que un tantico de celos no provasse?, ¿Cómo es posible no ser dura/ pues a mi voluntad ha sido hecha? (pág. 196); ¿Y no quieres, zagala, aún hazer cuenta/ de tanto como está en mi alma scrito/ y siempre ha padescido disfavores? (pág. 210); ¿Hasta cuándo tenéis propuesto herirme/ sin la mano estender para matarme? (pág. 214); ¿Qué haré/ pues tan mal guardas la fe? (pág. 222); ¿do se hallará? (pág. 225); ¿Qué de qué tengo yo pena/ o que me toca a mí que sé a tu suerte/ adversa favorable, mala o buena? (pág. 265).

Por último, dentro de estas figuras patéticas debo hacer referencia a la **hipérbole**²¹⁶ o exageración desmedida en la caracterización tópica de la belleza. Sobre todo, las hipérboles se centran en el ensalzamiento de la belleza femenina, así como en resaltar lugares de reunión.

G) Figuras lógicas: con estas figuras se despliega, por un lado, su capacidad lingüística en forma de **comparaciones**²¹⁷ que hacen posible la variedad, y, por otra, su proyección psicológica a través de la **antítesis**²¹⁸, quedando entre la convención del género y la necesidad personal de escribir. Las comparaciones no son muy abundantes y suelen ser típicas, Alonso Pérez se muestra más inclinado al uso de la antítesis. De ahí, que probablemente sean un indicio de la forma en la que concebía tanto el género en se muestra inmerso como la realidad en general. En cualquier caso, pone de manifiesto sus ideas contradictorias.

Según se puede observar en este breve recorrido por los recursos estilísticos, Alonso Pérez aparece como un autor apegado a la tradición con una clara tendencia a los recursos que potencian la función poética y expresiva del lenguaje. De alguna manera, su prosa viene a ser un complemento o ampliación de sus versos. Su prosa es una prosa muy trabajada, llena de artificios como los paralelismos, las antítesis y las construcciones de participio absoluto.

²¹⁶ Pero yo apriessa engullendo/ estaban mis propias penas (pág. 19); con burlas de mis maneras/ me hazes dos mil favores/ pero el niño, dios de amores/ tus burlas me vuelv'en veras (pág. 23); y si estoviesse ornada/ de cien bocas de hierro muy constante (pág. 101).

²¹⁷ No te sigo/ yo como el enemigo a sus contrarios (pág. 82); llevaba el cabello semejante al oro de la Arabia (pág. 103); más que estas firmes peñas inmovible/ y más soberbia qu'el pavón loado/ más que pisada sierpe airada, horrible/ más furiosa qu río apresurado/más dura que las muy viejas enzinaz/más áspera que abrojos y que espinas/más sorda qu'este mar a mi lamento (pág. 175).

²¹⁸ En vida, en muerte, el año, día y hora (pág. 31); ora sea en invierno, ora en verano (pág. 31); y quiso mi ventura o desventura (pág. 55); lascivo Apolo, casta Dafne (pág. 83); quién vida a mí me dava/ la muerte a la su muerte acompañado (pág. 110); alegre ya, ¡o mi amiga!/ al viejo de tristeza consumida (pág. 111); tu canto/ tus lágrimas piadosas y tu lloro (pág. 113); los dioses celestes/marinos y terrestres (pág. 113); las lágrimas, miserias y son sabores, fatigas y dolores/ convertidos serán algún día en descanso, contento y alegría (pág. 115); dama gentil y bella, cual aquesta/ dulce enemiga mía (pág. 131); belleza y castidad/ pena y descintento (pág. 131); ¡O dioses que jamás aún he podido/ ser harto en contemplarla al sol o siesta/ de noche o claro día (pág. 132); cual este dulce y caro amigo mío (pág. 135); blandos haze los duros pedernales/ y amansa los feroces animales (pág. 135); hoy comienza tu dolor/ hoy se acaba tu alegría (pág. 153); ¿O prefieres/ sus abraços pequeños y muy fríos/prefieres a los grandes dulces míos? (pág. 179); no sé, si con descuido o con cuidado (pág. 198); mi amor es casto, puro, honesto/ no lascivo, no torpe o deshonesto (pág. 199); amando d'este modo no hay dolencia/ de celo, verdaderos o fingidos (pág. 201); por te amar, me he desamado/ y quisiera/ amarte más si pudiera (pág. 219); en extremo eres hermosa/ y en extremo brava y dura (pág. 228); la vida es el morir, morir es vida/ la muerte es dulce en un vivir tan fuerte (pág. 266); mi fin es bueno, honesto, casto y sano/ y si d'esto al revés imaginares/ hallarás que te sale falso y vano (pág. 268).

Su prosa exige al lector que se acomode a un ritmo lleno de incisos, cortes que interrumpen el dinamismo narrativo. Alonso Pérez aparece como un característico cultivador de la prosa pastoril, abiertamente literaria y escasamente eficaz desde el punto de vista de la fluidez novelística.

9.- PROSA Y VERSO

El componente lírico es importantísimo. En una serie de trabajos que ya son clásicos, Marí Corti ha señalado la importancia del lirismo para la *Arcadia* de Sannazaro y, por extensión, para toda la novela pastoril²¹⁹. Por una parte, la prosa pastoril se impregna de valores líricos. Es reveladora de esa deriva hacia la poesía la acumulación de epítetos, a la que ya he hecho referencia en páginas anteriores, y que le fue reprochada en pleno siglo XVI, a Blasco de Garay en su traducción de la *Arcadia*. Muy agudamente, el traductor advierte que ese rasgo es característico de la poesía, y replica a sus críticos observando que “toda esta obra tiene nombre de poesía y ficción, donde aquellos [los epítetos] largamente se contienen”²²⁰. Pero, de una forma aun más clara, el lirismo es fundamental para la novela pastoril porque en ella alternan prosa y verso. En ese sentido, es preciso remitir de nuevo al trabajo de Trabado Cabado quien observa que, respecto al modelo petrarquista, la novela pastoril somete la lírica a un proceso de dispersión. Por una parte, los textos poéticos integrados en la narración se enlazan entre sí de manera menos coherente que en un cancionero petrarquista. Por otro, la voz del poeta, que “monopolizaba la expresión lírica” y se dirigía, además, a una amada única se fragmenta en una multitud de expresiones, que encarnan cada uno de los personajes²²¹.

Prueba de ello es que la obra de Alonso Pérez incluye más de tres mil doscientos versos repartidos a lo largo de los ocho libros de los que se compone, de los cuales encontramos 503 versos en el Libro I, 782 en el Libro II, 293 en el Libro III, 346 en el Libro IV, 361 en el Libro V, 437 versos en el Libro VI, 114 en el VII y 291 en el VIII. Después del estudio riguroso de esta parte, el libro que menos versos contiene es el VII y, luego el VIII. Probablemente, esta distribución no sea casual. En los dos libros finales el autor quiere abrir el relato hacia su desenlace, es decir, da un mayor peso a la prosa y tiende a prescindir de los poemas, que demoran la narración. Ocho formas poéticas superan el centenar de versos.

²¹⁹ María Corti, “Il códice bucólico e l’*Arcadia* di Jacobo Sannazaro” y “Rivoluzione e reazioni stilistica nel Sannazaro”, recogidos ambos en *Metodi e fantasmi*, Milán, Feltrinelli, 1969, págs. 283- 304 y 305-323. Comenta esos trabajos y los aplica a la literatura española José M^a Trabado Cabado, *Poética y pragmática del discurso lírico. El Cancionero pastoril de La Galatea*, Madrid, CSIC, 2000, págs. 149-153.

²²⁰ La cita aparece en J. M. Trabado Cabado, *Poética y pragmática...*, pág. 152.

²²¹ J. M. Trabado Cabado, *Poética y pragmática...*, págs. 163 y ss.

En cuanto a las composiciones²²² que aparecen en la obra del salmantino encontramos desde formas cultas como sonetos, canciones italianas, coplas de pie quebrado, coplas castellanas, octavas reales o teretos encadenados hasta formas más populares como los romances. Son en total setenta y tres las composiciones y no están repartidas de igual manera: 17 en el Libro I, 6 en el Libro II, 23 en el Libro III, 6 en el Libro IV, 4 en el Libro V, 12 en el Libro VI, 3 en el VII y 2 en el VIII.

Dada la variedad de formas poéticas, toda la obra es un abigarrado conjunto que muestra el virtuosismo poético del autor. Tanto la apertura como el cierre son ya claras muestras de lo que ocurre durante todo el libro y casi en igual número de ocasiones se combinan el endecasílabo de la tradición italiana y petrarquista con el octosílabo, generalmente utilizado por la literatura más popular y tradicional.

Todas las composiciones que encontramos están puestas en boca de los personajes, de menor o menor relevancia en la obra, y la mayoría tratan acerca del amor, de su naturaleza y las consecuencias que ello conlleva. Las clasifico en función de la importancia del personaje, del número de composiciones y su importancia en la obra.

Firmio y su amor no correspondido por Diana

Con esta intención, los poemas que el autor atribuye a Firmio reproducen un estado de sufrimiento amoroso por no ser correspondido con la ingrata y bella pastora Diana. En ellos predomina también el canto a la belleza de Diana y su descripción. Ahora bien, en esta representación poética se encuentran un total de ocho composiciones (el mayor número atribuido a un personaje cuya relevancia en la obra no es demasiado importante), de las cuales seis composiciones se encuentran en el Libro I y las otras tres en el Libro VI. A Firmio se le atribuyen unas coplas castellanas²²³, una sextina²²⁴, un pareado²²⁵, unas coplas de pie quebrado²²⁶, una quintilla²²⁷ y tres sonetos²²⁸.

²²² Toda la información sobre la métrica la tomo del libro *Comentario de textos literarios*, José M^a Díez Borque, Décima edición, Madrid, Playor, 1984.

²²³ Las coplas castellanas, que aquí encontramos, tienen un total de cincuenta y seis versos divididos en siete estrofas de ocho versos octosílabos cada una, cuyo esquema métrico es ababcdcd.

²²⁴ La sextina utilizada consta de treinta y nueve versos endecasílabos divididos en seis estrofas de seis versos y un “remate” de tres versos al final de la composición. Los versos de cada una de las estrofas no riman entre sí, pero todos los versos repiten la misma palabra final de los versos de las otras estrofas en un orden distinto. La disposición métrica queda de la siguiente manera: ABCDEF, FAEBDC, CFDABE, ECBFAD, DEACFB, BDFECA. El “remate” utiliza las seis palabras finales de los versos anteriores, cada uno de los tres versos incluye una en el interior y otra al final. La sextina es una forma propia de la poesía culta y, por lo general, trata temas amorosos. Esta combinación tan artificiosa (la “canzone sestina” o “sestina lírica” de la métrica italiana) fue inventada por el trovador provenzal Arnaut Daniel; es

La inclusión de la sextina merece algunas consideraciones. Un luminoso trabajo de Antonio Prieto ha señalado la presencia de esa forma métrica en varias novelas pastoriles: hay sextinas en las *Dianas* de Montemayor y Gil Polo, en *El pastor de la Filida* de Gálvez de Montalvo y en la *Galatea* de Cervantes²²⁹. De esa presencia reiterada deduce Prieto el valor especial que tiene la sextina en el mundo de los pastores. Por su origen, y por su misma dificultad, la sextina se relaciona con el aristocraticismo y el refinamiento. Resume en sí, por tanto, el ansia de elevación espiritual y perfeccionamiento moral que es el impulso que explica toda la novela pastoril, y el mundo bucólico en su conjunto. La inclusión de la sextina en el mundo poético de Alonso Pérez muestra que, al menos en esta ocasión, no ha traicionado a sus modelos. Una fidelidad que no es nada obvia, si recordamos, con Prieto, que la traducción toledana de la *Arcadia* de 1547, no tradujo como tal la sextina simple de Sannazaro, y que Jerónimo de Tejeda desconoce esa forma métrica entre las incorporadas a su tercera parte de la *Diana*. Ausencia que el crítico interpreta, con razón, como “muestra de esa citada disolución de lo pastoril que en el siglo XVII sofoca con el mundo cortesano”²³⁰.

En la primera composición de Firmio dedicada a la bella pastora Diana, aparecen, nada más comenzar la obra, el triángulo de pastores formado por Sireno, Silvano y Selvagia que en el camino encuentran a un pastor que se queda atónito por la hermosura de Diana y se entristece al igual que los demás por su pesar. Sin quererle acercarse a ella, decide sentarse y cantarle esta canción. Comienza de este modo: “Bella pastora Diana”²³¹; en esta composición observamos tres núcleos fundamentalmente: alabanza de la belleza de Diana (“Eres del sol claro rayo”, “Eres fuente de do mana

introducida en la poesía italiana por Dante y fue cultivada por Petrarca; por ejemplo, en su canción XVII “*A qualunque animala alberga in terra*”, véase Antonio Prieto “La sextina provenzal...”.

²²⁵ El pareado consta de dos versos endecasílabos monorrimos (AA).

²²⁶ Aparecen en total seis coplas de pie quebrado o también llamadas coplas manriqueñas, dada la fama que obtuvieron gracias a Jorge Manrique con sus *Coplas a la muerte de su padre*. Son setenta y dos versos distribuidos en seis estrofas formadas por dos sextillas de versos octosílabos y tetrasílabos cuyo esquema métrico no sufre ninguna variación: 8a8b4c8a8b4c8d8e4f8d8e84f.

²²⁷ La quintilla doble o “décima falsa” es la combinación de diez versos octosílabos agrupados en dos quintillas con rimas consonantes independientes normalmente. Es una de las formas del grupo de las coplas medievales y su cultivo llega hasta los Siglos de Oro. Consta de cuarenta versos en total y se trata de una continuación de la conocidísima canción popular de la “bella malmaridada”.

²²⁸ Quizá el soneto es la composición métrica más utilizada por nuestro autor, a pesar de que no aparece en los Libros III, IV y VIII.

²²⁹ Antonio Prieto, “La sextina provenzal en la estructura narrativa”, en su *Ensayo semiológico de sistemas literarios*, Barcelona, Planeta, 1972, págs. 101- 133.

²³⁰ Antonio Prieto, “La sextina provenzal...”, pág. 123 y págs. 131- 132.

²³¹ Libro I, pág. 34.

liquor”, “Eres muy sabrosa mana”²³²), ataque a Diana (“Cruel eres, pues con llama abrasas por todas partes”)²³³; el lamento del pastor enamorado de ella de forma incondicional (“¡O, qué necio soy y simple!”; “No merezco cierto pena”; “Que quien de amor assí pena/ no es mucho aver esto dicho”). La composición presenta rimas equívocas en los versos 1 y 3, 2 y 4, 5 y 7, 6 y 8 de cada estrofa. Así, en la primera *Diana* (nombre de la pastora) rima con “Diana” (nombre de la diosa, identificada aquí con la luna); “figura” (sustantivo) rima con “figura” (verbo), y lo mismo ocurre con “reina- reino” y “maravilla- maravilla” (sustantivos en su primera aparición y verbos en la segunda). En su *Para un vocabulario de la rima española*²³⁴, Daniel Devoto observa que Herrera condenaba esas consonantes “per viciosos e indignos de un gran poeta”; pero el propio Devoto remite a un soneto de la *Diana enamorada* de Gil Polo, lo que indica que el artificio, teóricamente condenado, no era raro en la práctica y, quizá, constituía una especie de marca del universo pastoril. El hecho es que Alonso Pérez destaca el mérito de los versos y del artificio: “Mucho se maravillaron del nuevo cantar del pastor y cómo forçava unos finos vocablos, a que en diversas significaciones en versos viniessen”.

Después de esta triste canción, Sireno, sobre todo, le advierte de lo que le ocurrió a él y le previene. Le advierte que no se enamore de Diana porque va a sufrir como consecuencia del desdén de la pastora. En la siguiente composición, Firmio comete el “error de haverse enamorado de ella”, según sus propias palabras: “yo vi la gran belleza y apostura/ al instante me fue mi error patente”²³⁵.

A pesar de las advertencias, Firmio está deseando conocer personalmente a Diana. Sireno será la persona que se la presente, pero antes acuden donde él se encontraba y le escuchan cantando esta canción en la que, en resumidas cuentas, no cree que su amor por Diana esté cerca y por ello pide ayuda a distintos elementos de la Naturaleza, incluso a dioses (Júpiter, entre otros) para que le ayuden²³⁶. Después, cuelga su zampoña y escribe este pareado: “Soy de Diana en hermosura una/ no me quite de aquí persona alguna”²³⁷. El motivo tiene una larga tradición, la del guerrero que cuelga sus armas o el pastor que cuelga su instrumento musical, y basta recordar dos pasajes

²³² Versos 9, 13, 15.

²³³ Verso 25.

²³⁴ Daniel Devoto, *Para un vocabulario de la rima española*, París, Seminario d'Études Médiévales Hispaniques, 1995, pág. 94.

²³⁵ Libro I, pág. 40.

²³⁶ Libro I, págs. 44- 45.

²³⁷ Libro I, pág. 45.

del Quijote: el del capítulo 66 de la segunda parte, en el que se recuerdan los versos que figuran bajo las armas de Roldán (“Nadie las mueva/que estar no pueda/con Roldán a prueba”), o el 74, en el que Cide Hamete se despide de su pluma. En el texto de Cide Hamete, la pluma no debe tocarse porque a ella sola corresponde el mérito de escribir sobre don Quijote: “De ninguno sea tocada, /porque esta empresa, buen rey, /para mí estaba guardada”. De forma análoga, la zampoña de Firmio está destinada a cantar la belleza de Diana, un tema al que nadie, salvo el propio Firmio, debería atreverse. El instrumento (pluma o zampoña) que sirve para cantar a un personaje de relieve le pertenece y, por tanto, es intocable: “Para mí sola nació don Quijote, y yo para él [...], los dos somos para en uno”, “Soy de Diana, en hermosura una”.

Hechas las presentaciones, Firmio se encuentra ante Diana y le declara su amor. Ante la imposibilidad de su amor (ella está casada con el rico pastor Delio), la única salida que le queda a Firmio es la muerte. Diana, muy afligida, le pide que le cante algo; éste accede a su petición, pero no será hasta el final cuando se da cuenta que va dirigida a ella personalmente (“No me pesa por morir/ aunque muero sin porqué/según veo/ mas porque la oí decir/morir alguno no sé/ni lo creo”)²³⁸.

Terminada la canción y declarado el amor del pastor Firmio a Diana, ella decide irse ya que su marido Delio la estará buscando; pero antes, le dirige unas palabras al pastor mostrando su duro corazón y quedando ambos muy tristes. Firmio acompañará a Sireno, Silvano y Selvagia en su largo camino.

Bastante avanzada la obra, ya en el Libro VI volvemos a encontrar al pastor Firmio, que todavía sigue enamorado de la ingrata Diana y a ella le dedica la séptima composición. Se trata de un soneto que le escribe a Diana y ella pierde; en él se pregunta “¿cómo es esto/ que mis pasiones nunca te han movido?”²³⁹ y le recrimina que nunca ha tenido ninguna esperanza.

En este momento, aparece otro rico pastor llamado Fausto que también requiere los amores de la bella pastora Diana. Puesto que ella está casada con el rico pastor Delio, pero no le ama, Fausto decide cantarle la canción tradicional de la “bella malmaridada”. Firmio, por no romper la tradición pastoril, decide tomar su rabel y seguir la canción de la “bella malmaridada”²⁴⁰ en la que le explica que si no deja que nadie la ame, se verá sola amándose a sí misma. Diana le recrimina que no va a verla

²³⁸ Libro I, págs. 47- 49.

²³⁹ Libro VI, pág. 210.

²⁴⁰ Libro VI, págs. 213- 214.

casi nunca; esto provoca el enfado de Firmio y, en la última composición de Firmio en la obra, se muestra un poco celoso y rabioso de que Fausto también requiera los amores de Diana; cree que ha aprovechado su ausencia para cortejarla²⁴¹: “¡Qué priessa os dáis, zagal, a lastimarme/ y cuán contina sois en destruirme!”.

Alonso Pérez toma la trayectoria narrativa del género pastoril español e introduce en ella un sentimiento lírico de raigambre cortesana que recibe, en contacto con el neoplatonismo, el matiz idealizador que depura de la realidad.

Fausto: su crítica a Amor y el desdén de Diana

La crítica hacia Amor y la competencia con Firmio por obtener el amor de la bella pastora Diana son el tema de los poemas de Fausto. Sus versos tratan del ataque al dios Amor, su amor por Diana y la “competencia” con Firmio por el amor de la pastora.

Encontramos un total de seis composiciones cantadas por el rico pastor Fausto en los Libros II y VI: un romance²⁴², tres sonetos²⁴³, una quintilla doble o “décima falsa”²⁴⁴ y una glosa con el esquema abb (cabeza), cdd cbbb (cada una de las estrofas). Se trata de un canto aliterno de Firmio y Fausto²⁴⁵.

Después de dejar el lugar donde se encontraron Sireno, Silvano, Selvagia y Firmio con la ingrata pastora Diana, en el camino se encuentran con un pastor (Fausto) que cantaba con su rabel un romance²⁴⁶. En él fundamentalmente cuenta cómo, estando él desprevenido, apareció Amor y le muestra una “bella mano” que acepta. Se dirige a él como el “traidor del dios Cupido”, además de otros atributos negativos. Aparte de recriminarle el duro golpe que le ha dado, también le dice que si se atreve a hacer daño a alguien, Fausto será el que los mantenga alerta y los avise para que no caigan en sus redes. A los pastores que le escuchaban les resulta muy agradable este canto porque también estaban en contra del poder del dios Cupido.

²⁴¹ Libro VI, págs. 214-215.

²⁴² El romance consta de cincuenta y un versos octosílabos con rima consonante. Quizá Alonso Pérez lo utiliza como muestra de las composiciones populares que tanto gustaban en la época y como contraposición a otras composiciones de tipo culto como el soneto. De esta manera, se alternan ambos registros.

²⁴³ Los tres sonetos que encontramos tienen el siguiente esquema métrico en sus tercetos: CDC CDC, CDE CDE y CDC CDC. Son utilizados por Fausto para dirigirse a Amor y a Diana.

²⁴⁴ Se trata de la conocidísima composición de tipo popular de la “bella malmaridada”; tiene cuarenta y cuatro versos (-a-a) y cuatro estrofas de diez versos (abaabdcdd).

²⁴⁵ Esta composición consta de treinta y cinco versos distribuidos en seis estrofas de siete versos cada una, con versos octosílabos y tetrasílabos.

²⁴⁶ Libro II, págs. 52- 53.

De nuevo, Fausto vuelve, en un soneto²⁴⁷, a criticar el poder de Cupido; éste se había enfadado con él, le engaña para que se enamorara y sufra: “Enojado Cupido de mí estaba, le seguía en público y secreto me burlava”.

En la siguiente composición, Fausto mantiene una conversación con el pastor Silvano acerca de Cupido y éste compara su poder con el poder del dios Marte para que se den cuenta que no pueden jugar con él²⁴⁸: “A Marte con mano era debido, que con mano también hiere Cupido”. Fausto hace esta dura crítica contra Cupido porque él estuvo herido por el amor de la pastora Cardenia que finalmente mudó sus sentimientos por el pastor Carizo.

Las siguientes composiciones cambian de rumbo; van dirigidas a la pastora Diana. En la primera²⁴⁹, Fausto reproduce la tradicional canción de la “bella malmaridada” dirigida a Diana por casarse con el rico pastor Delio sin amarle lo suficiente ya que sus padres así lo deseaban. Además alaba su hermosura (“porque sois perfecta clara/ de las más lindas que vi”) y muestra su amor por ella (“y pues mi amor es tal, que meresce bien por sí”). Tras ser rechazado por Diana, Fausto no queda satisfecho y le demuestra su gran amor en una composición cargada de componente lírico²⁵⁰: “Dezís que deseáis, zagala mía,/ verme en vuestros amores abrasado”; “No miráis que se amata y resfría/ el fuego de mi pecho ya inflamado”.

La última composición tiene como protagonistas a Fausto y Firmio que ponen de manifiesto su amor por Diana²⁵¹ e intentan demostrar quién la quiere más; cada composición acaba con este estribillo: “amarte más, si pudiera”. Diana debía sentirse muy halagada por tal manifestación del amor.

La ingrata y bella pastora Diana

A pesar de que Diana solo tiene una composición, frente al número elevado de los anteriores, por su proximidad temática la sitúo en este momento. Se trata de una quintilla doble o una “décima falsa”²⁵² en la que pone de manifiesto la tristeza por su vida. La conclusión a la que llega Diana es que, pasado el tiempo, no hay vuelta atrás y

²⁴⁷ Libro II, pág. 54.

²⁴⁸ Libro II, pág. 55.

²⁴⁹ Libro VI, págs. 211- 213.

²⁵⁰ Libro VI, pág. 215.

²⁵¹ Libro VI, págs. 218-219.

²⁵² Libro VI, págs. 216- 217. Consta de cuarenta y cuatro versos octosílabos divididos en cuatro estrofas; la primera tiene cuatro versos y las otras tres de diez (abbacdcd).

las cosas no se pueden cambiar para estar con el hombre adecuado: “siendo el tiempo ya pasado/haze torcer el camino”.

El viejo Parisiles y su tristeza

La tristeza por la separación de su bella hija, la ninfa Stela, y el reproche a la diosa Fortuna hace que Alonso Pérez atribuya cinco composiciones a Parisiles. Recordemos que se trata de un viejo venerable, amigo de la sabia Felicia, sacerdote de Júpiter que ha perdido a su hija y hace muchísimo tiempo que no la ve. La única ilusión de su vida, antes de morir, es reencontrarse con ella.

Las cinco composiciones llaman la atención puesto que son del mismo tipo: silvas²⁵³ y, además, son muy largas, tres de las cinco superan el centenar de versos. Quizá para el tipo de parlamento utilizado por Parisiles sea el mejor tipo de composición.

En la primera composición²⁵⁴, el viejo Parisiles ataca a la diosa por mudar el destino de los hombres (“Tú sola eres sin tino, sin orden, sin tenor y sin camino”²⁵⁵), incluido él mismo, y, además, por haberle robado a su hija Stela y no permitir el encuentro entre ambos.

En la siguiente composición²⁵⁶, una de las ninfas de la sabia Felicia, Dorida, le pide a Parisiles que les cuente a todos (don Felis, Felismena, Silvano, Selvagia, Sireno y otros pastores) la historia mitológica del dios Apolo y Dafne. Así lo hace; Parisiles les confiesa que la encontró escrita en la puerta de un templo de Apolo.

La historia de Apolo y Dafne queda interrumpida por la participación de diversos personajes. De nuevo, todos le ruegan a Parisiles que continúe su historia y así lo hace en la tercera composición²⁵⁷. En realidad es aquí donde se relata el enamoramiento de Apolo, el desdén de Dafne, la huida de la ninfa y su transformación en laurel.

Las otras dos composiciones que el autor pone en boca de Parisiles cambian de rumbo totalmente; ahora, él se lamenta por no tener a su hija. En la cuarta composición²⁵⁸, Parisiles se lamenta al mundo: “¡Ay, triste de mí desconsolado! qu’en

²⁵³ Las silvas que aparecen en la obra tienen setenta y ocho, trescientos cuarenta y dos, doscientos ochenta y tres, noventa y nueve y ochenta y un versos respectivamente.

²⁵⁴ Libro II, págs. 59- 61.

²⁵⁵ Versos 38- 39.

²⁵⁶ Libro II, págs. 66- 77.

²⁵⁷ Libro II, págs. 79- 87.

²⁵⁸ Libro III, págs. 107- 110.

tanto mal y pena solo me hallo”²⁵⁹ y también sobre el rápido paso del tiempo: “¿qué remedio tendrán mis tristes días?”²⁶⁰. Lo más interesante de esta composición es el final, puesto que se trata del planto de Parisiles por la “desaparición” de su hija. Él mismo se pregunta ¿qué sentido tiene vivir?, ¿merece la pena esperarla?, ¿si ella ha muerto, por qué no él también? Se ve a un Parisiles desgarrador, igual que Pleberio ante el suicidio de Melibea sin poder hacer nada para tenerla de nuevo entre sus brazos.

La quinta y última composición²⁶¹ de Parisiles está dedicada también a su hija Stela; es el profundo lamento de un padre que no puede abrazar ni besar a su ser máspreciado: “¡O hija!, qu’ en las linfas/ de aqueste claro río aún no salado/ havitas con las ninfas/ oye al desdichado/ Parisiles, tu padre muy amado”²⁶². El anciano está dispuesto a morir por su hija con tal de estar con ella: “acójame consigo/ que, al fin, quiero morar allá contigo”²⁶³.

Cardenia y su desgracia

Al personaje de la pastora Cardenia son atribuidas cinco composiciones: la primera es una glosa²⁶⁴, tres sonetos²⁶⁵ y una carta escrita en forma de quintilla doble o “décima falsa”²⁶⁶ dirigida a su amado Fausto. Esta última composición viene rematada por un soneto que, lógicamente, analizo aparte.

Cardenia se presenta ante los pastores (Sireno, Silvano, Selvagia, Firmio y Fausto) y ella misma cuenta su propia historia. Hacía algún tiempo, un rico pastor en ganado y en gracia amó a Cardenia; como ésta no le creyó lo suficiente para corresponderle, éste mudó sus sentimientos por la belleza de la pastora Diana y ahora está preso de su amor. Cardenia es consciente de que ahora le va a resultar un poco difícil recuperarle, pero lo va a intentar a través de una canción que ella misma reproduce. Al oírla, Sireno siente lástima por ella, ya que él sufrió igual por Diana. Cuanto más canta, más le ama. Esta primera composición²⁶⁷ es la queja de amor de

²⁵⁹ Versos 61-62.

²⁶⁰ Verso 73.

²⁶¹ Libro III, págs. 111- 112.

²⁶² Versos 1-5.

²⁶³ Versos 39-40.

²⁶⁴ Esta composición contiene cincuenta y nueve versos, distribuidos de la siguiente manera: la primera estrofa tiene tres versos octosílabos (-cc) y ocho estrofas de siete versos octosílabos cuyo esquema métrico es el siguiente: abbaacc.

²⁶⁵ Los tercetos de los sonetos tienen rimas: CDC CDC; CDE CDE; CDE CDE.

²⁶⁶ La quintilla doble consta de sesenta versos octosílabos divididos en seis estrofas de diez versos cada una cuyo esquema métrico es abaabdcdd con rima consonante.

²⁶⁷ Libro VI, págs. 220- 222.

Cardenia a Fausto y podría resumirse de la siguiente manera: Fausto engaña a Cardenia porque realmente no la amaba de verdad; el amor de Cardenia crece y la deslealtad de Fausto también; siente mucha rabia hacia él y decide que Fausto es enemigo y, por último, busca un remedio para no sufrir: darse muerte y de esta manera lo explica: “el cual será darme muerte/ quicá que te agradare/ pues tan mal guardas la fe”²⁶⁸.

En la siguiente composición²⁶⁹, Cardenia tiene el apoyo necesario de los pastores que la escuchaban, sobre todo de Sireno, que no entiende cómo, conociendo sus sentimientos, Fausto no le corresponde. Cardenia le explica que le había escrito un soneto en espera de una respuesta a su delicado amor; en él, se muestra muy agradable y simplemente espera una respuesta al amor de su querido Fausto.

Como no le contesta, decide escribirle otro soneto²⁷⁰ donde le pide, fundamentalmente, que vuelva con ella.

Un tiempo después, ella descubre una amarga noticia: él ha mudado sus sentimientos por la ingrata y bella pastora Diana. Cardenia, rabiosa por lo ocurrido, decide escribirle una carta²⁷¹ y un soneto²⁷².

En el soneto, Cardenia hace un resumen de lo ocurrido: Fausto la ha engañado (“¡O mi Fausto! y estraña maravilla/ engañar a una simple pastorcilla”)²⁷³. La historia la resuelve el autor de una sencilla manera: ella no recibe ninguna respuesta de Fausto y ella deja su ganado a otro apuesto pastor llamado Carizo que la pretende. Veremos más adelante cómo acaba la historia.

Sireno y su olvido

Es, quizá, uno de los personajes más importantes de toda la obra. Su trayectoria viene marcada por *La Diana* de Jorge de Montemayor donde es rechazado por la bella Diana a favor del rico pastor Delio. Aquí, Alonso Pérez, le atribuye cuatro composiciones: unas octavas reales²⁷⁴, una copla de arte menor²⁷⁵ y dos sonetos²⁷⁶ que aparecen en el Libro I.

²⁶⁸ Versos 57- 59.

²⁶⁹ Libro VI, pág. 223.

²⁷⁰ Libro VI, pág. 223.

²⁷¹ Libro VI, págs. 224- 226.

²⁷² Libro VI, pág. 226.

²⁷³ Versos 2-3.

²⁷⁴ En este caso, el poema consta de cuarenta y ocho versos endecasílabos que riman en consonante divididos en seis estrofas de ocho versos cada una y cuyo esquema métrico es: ABABABCC.

²⁷⁵ La copla de arte menor que aparece tiene 248 versos octosílabos divididos en treinta y una estrofas de ocho versos cada una cuya rima es consonante y cuyo esquema métrico es: abbacddc, dando lugar a dos redondillas.

La primera composición²⁷⁷ es un diálogo de Sireno con Silvano acerca de la naturaleza del Amor y el apoyo o ataque al dios Cupido. Ambos se encontraban en una pequeña disputa en la actúa como mediadora la sabia Felicia, la cual pide a Sireno que acompañe al día siguiente con el ganado a Silvano y a su amada pastora Selvagia. La situación de ambos pastores era bien distinta: mientras Sireno fue rechazado por la ingrata Diana y todavía no la ha superado sino gracias a un brebaje que le ofrece la sabia para olvidarla, Silvano gozaba de su amor junto a Selvagia. De aquí, que el punto de vista acerca del poder de Cupido de los pastores sea diferente. Lógicamente, Sireno está en contra de Cupido (como se observa en las estrofas 3 y 5) y Silvano le defiende (estrofas 4 y 6)²⁷⁸.

La segunda composición²⁷⁹ puesta en boca de Sireno es una carta extensísima de más de doscientos versos de un pastor anónimo que encuentran por el camino y que, aunque a ciencia cierta no se sabe, probablemente iba dirigida a la desesperada pastora Belisa que encuentran más tarde. La carta retoma los tópicos del amor incondicional y los ataques a Cupido.

La tercera composición²⁸⁰ de Sireno es una dulce canción de alabanza en forma de soneto dedicado al amor de Silvano y Selvagia. Puesto que son sus dos compañeros de viaje, no quiere que nadie ni nada les arrebate lo que tienen y les advierte que deben ser fuertes para que su pasión resista.

Por último, la cuarta composición²⁸¹ de Sireno también va dedicada a sus compañeros Silvano y Selvagia como elogio a su amor. Todos los allí presentes alaban a los dos pastores.

Delicio y su ninfa Stela

A este personaje se le atribuyen en total tres composiciones: un conjunto de liras²⁸² que aparecen en el Libro III, una séptima o septeto acompañado de un pareado²⁸³ y una quintilla doble o “décima falsa”²⁸⁴ que se encuentran en el Libro IV.

²⁷⁶ Los sonetos, igual que los anteriores, cambian sus esquemas métricos en los tercetos: CDE CDE y CDE EDC.

²⁷⁷ Libro I, págs. 13- 15.

²⁷⁸ Estrofa 6, versos 6-8.

²⁷⁹ Libro I, págs. 17- 25.

²⁸⁰ Libro I, págs. 31.

²⁸¹ Libro I, págs. 40-41.

²⁸² Conjunto de trece liras de cinco versos heptasílabos y endecasílabos con rima consonante cuyo esquema métrico es: 7a11B7a7b11B. El número total de versos es de sesenta y cinco versos.

²⁸³ El septeto, septilla o séptima es un conjunto de siete versos endecasílabos y heptasílabos con rima consonante cuyo esquema métrico es: 11a7b11C11D11E11F7g, este tipo de composición no es muy

En la primera composición²⁸⁵, Delicio canta en alabanza de la castidad, para que la escuchen las ninfas que se encuentran a orillas del río Duero. Habían llegado allí Delicio y su “caro ermano” Partenio junto a otro caballero llamado Martandro en busca de sus verdaderos padres. Escuchada la hermosa canción por las ninfas, éstas se muestran muy alegres y en armonía con el entorno en el que se encontraban; este momento tan idílico queda interrumpido por la presencia del fiero pastor Gorforosto.

Las siguientes composiciones que canta Delicio tienen bastante relación; ambas tratan de su “amor imposible” de la hermosísima ninfa Stela. Yendo de camino Delicio y Partenio en busca de sus padres, llegaron a orillas del Duero y allí vieron la ninfa más hermosa que nunca habían visto. Ambos se enamoran de ella; Partenio, que la había visto primero, oculta sus sentimientos a favor de su hermano Delicio. La segunda composición²⁸⁶, Delicio decide tomar su rabel y tocar una canción de gran sentencia con una gran invención en la que expresa sus sentimientos por Stela a la que denomina “dulce enemiga mía” puesto que ella al ser ninfa y, por tanto, casta jamás podrá corresponder a su amor. Toda la composición es la muestra de amor de Delicio hacia la bella Stela.

En realidad, la última canción²⁸⁷ está cantada por la ninfa Crimene, mejor amiga de Stela y conocedora de todo lo ocurrido, aunque él que la compone es el propio Delicio. Se trata de una tristísima muestra de amor de Delicio a su amada. Al final confiesa que se ha equivocado en quererla y que promete olvidarla. El poema niega, por tanto, el conocido tópico del amor incondicional.

El amor de Silvano y Selvagia

Con un menor número de composiciones encontramos al pastor Silvano que participa con dos composiciones en el Libro I. De una de ellas, ya hemos hablado anteriormente; es la que comparte con Sireno acerca de la naturaleza del Amor y el ataque o defensa de Cupido. En la otra composición²⁸⁸ comparte protagonismo con su

frecuente en la poesía castellana. En este caso, aparecen cincuenta y ocho versos divididos en ocho estrofas de siete versos y un pareado con rima libre al final.

²⁸⁴ La quintilla doble o “décima falsa” tiene en total ciento cincuenta versos octosílabos distribuidos en quince estrofas de diez versos cada una con rima consonante cuyo esquema métrico es igual que en ocasiones anteriores: abaabedccd, no tiene ninguna modificación.

²⁸⁵ Libro III, págs. 101- 103.

²⁸⁶ Libro IV, págs. 131- 133.

²⁸⁷ Libro IV, págs. 135- 137.

²⁸⁸ Esta composición es otra octava real formada por cuarenta y ocho versos endecasílabos distribuidos en seis estrofas de ocho versos cada una cuyo esquema métrico es: ABABABCC. Libro I, págs. 29-31.

amada, la pastora Selvagia (ambos personajes ya aparecen en la *Diana*) y son dos de los protagonistas junto a Sireno. Su amor es uno de los más fuertes de la obra de Alonso Pérez y queda patente en estos versos. Lo más destacado de la composición es que ambos se declaran amor eterno, incluso después de la muerte: “en vida, en muerte, el año, día y hora/siempre amaré Silvano a su pastora”²⁸⁹.

Partenio y su ninfa Stela

Anteriormente hemos hablado de Delicio y su amor por la ninfa Stela; ahora es el turno de su hermano Partenio. Alonso Pérez le atribuye dos composiciones: una canción petrarquista²⁹⁰ en el libro IV y un soneto²⁹¹ en el libro V.

En la primera composición²⁹² Partenio, que había visto antes a la ninfa Stela y se había enamorado de ella, pretende que Stela ame a su hermano y amigo Delicio, renunciando él al amor. Además arremete contra ella y le dice: “paga el amor que debes a Delicio”²⁹³ en señal de su amor y le pide que no huya. El esquema de las estancias que integran esta canción petrarquista es ABccABDD.

En la siguiente composición²⁹⁴, Partenio, que deseaba tener contento a su fiero amigo Gorforosto, canta esta canción de amor. Probablemente, también va dirigida a la ninfa Stela por el sufrimiento y el desdén que le estaba haciendo pasar.

Las ninfas

Éstas participan en la obra con dos composiciones: una canción petrarquista²⁹⁵ en el Libro III y un pareado seguido por una copla castellana²⁹⁶ en el Libro IV. Su participación en la obra es escasa, aunque sí necesaria en momentos cruciales. Después del llanto doloroso del viejo Parisiles por no tener a su hija Stela con él, aparecen en las orillas del río un grupo de ninfas. Las ninfas compadecen al viejo y le cuentan en

²⁸⁹ Versos 39-40.

²⁹⁰ La canción petrarquista consta de sesenta y cuatro versos heptasílabos y endecasílabos divididos en estancias de ocho estrofas cada una.

²⁹¹ El soneto consta de dos cuartetos y dos tercetos con rima: CDC DCD.

²⁹² Libro IV, págs. 135- 137.

²⁹³ Verso 64.

²⁹⁴ Libro V, págs. 161-162.

²⁹⁵ La canción petrarquista contiene ochenta y un versos heptasílabos y endecasílabos con rimas: ABCBACcDdEeFf, aunque hay una irregularidad en la primera estancia. Libro III, págs. 113-115.

²⁹⁶ Esta composición consta de un pareado (aa) seguido de una copla castellana (ababcdcd) hasta ahora en la obra. Tiene un total de diez versos octosílabos. Libro IV, pág. 139.

primera persona la historia de Stela: “Abraça, pues, Parisiles a tu hija/ y luego nos la vuelve/ que en esto todo el cielo se resuelve”²⁹⁷.

Como ya he apuntado el esquema de las estancias en esta canción es ABCBACcDdEeFf. Revisando el libro de Segura Corvasí²⁹⁸, se advierte que este paradigma es muy frecuente, ya desde el propio Petrarca, que lo utiliza en la composición “Ben mi credea pasar mio tempo omai”. Pero probablemente, Alonso Pérez tenía en mente a Jorge de Montemayor, que utilizaba el mismo paradigma en la canción “Fundóse el crudo amor en señalarme”. Dentro de la tradición pastoril, utiliza ese esquema también Gil Polo en la *Diana enamorada*, “Alegremos la hermosa primavera”.

En su segunda intervención en la obra, tan solo reproducen una canción que tiene como motivo fundamental las lágrimas que habían derramado sus compañeras Crimene y Stela ante la partida de sus amados pastores Delicio y Partenio.

Gorforosto y su fealdad

Se le atribuyen también, como a los anteriores, una composición en octavas reales cantadas por el fiero Gorforosto.

En su intervención²⁹⁹, el fiero aparece ante un auditorio asustado por su físico aunque cantará la más amorosa canción que hemos visto dedicada a la bella ninfa Stela. Ya sabemos que había cierta rivalidad entre los hermanos Delicio y Partenio por conseguir su amor, a la que añade también el fiero Gorforosto. En capítulos anteriores, hemos visto la similitud de esta historia entre la ninfa Stela con el fiero pastor Gorforosto con la historia mitológica del gigante Polifemo y la ninfa Galatea.

De hecho, la canción que canta es una adaptación de los versos que el cíclope de Ovidio dedica a la ninfa. Comienza, por tanto, haciendo el elogio de la belleza del personaje femenino y lamentando su crueldad. A continuación, el cíclope enumera sus riquezas y se las ofrece a Galatea. De acuerdo con el modelo ovidiano, el personaje intenta mostrar finalmente que sus defectos físicos no son tales, sino formas poco habituales de belleza. Adaptando el modelo clásico a la situación narrativa de la novela, Gorforosto termina preguntando a la ninfa si lo prefiere a él o a Delicio, pues a

²⁹⁷ Versos 79- 81.

²⁹⁸ Enrique Segura Covarsí, *La canción petrarquista en la lírica española del Siglo de Oro*, Madrid, CSIC, 1949, págs. 244, 254 y 258.

²⁹⁹ La composición consta de 28 octavas, es decir, 208 versos. El esquema es el canónico: ABABABCC Libro V, págs. 173- 178.

diferencia del protagonista de Ovidio, el gigante de Alonso Pérez ya conoce la existencia de un rival amoroso.

Sagastes y su esposa Martea

Al hermano de Dardanea, Sagastes, el autor salmantino le atribuye dos composiciones en el Libro VII; aunque realmente la primera se supone que fue escrita por el personaje, pero fue hecha por un muchacho al que obligó a componer este romance³⁰⁰ para su amada Martea. Sagastes acude a casa de Martea acompañado de un paje de espada y varios músicos para dedicarle esta bonita composición, en ella le declara que ama a una mujer y da las gracias a Cupido por haberle herido con la flecha dorada del amor.

En la segunda composición³⁰¹, hecha por el propio Sagastes, decide dar las gracias a la diosa Fortuna y a Cupido por haberle bendecido y por tener la suerte de conocer el amor. Además arremete contra los necios que los critican y explica que ya los antiguos veneraron a ambas divinidades. Después de las dos composiciones, propone casamiento a Martea, aunque deberá esperar un mes para obtener respuesta.

Para finalizar este capítulo, encontramos siete personajes que utilizarán el verso, al menos, en una ocasión. Por su destacada importancia, de la composición de la bella pastora Diana ya hemos hablado anteriormente; veamos el resto que están íntimamente relacionados con los personajes ya mencionados.

Dorida, seguidora de la sabia Felicia

La única composición³⁰² que Alonso Pérez atribuye a Dorida no se supone hecha por ella, sino que es una simple transmisora, por mandato de la sabia Felicia, de reproducir la canción de amor de un pastor. En este canto, el pastor habla, casi por primera vez en la obra, de los temibles celos y afirma que todo el que ama, siente celos de la persona querida, aunque se muestra muy contento por amar. El pastor apunta varias premisas acerca del amor: ensalzar a Cupido (dios del Amor); descripción de su amada; amar en castidad, no con pensamientos impuros; declaración de amor hacia ella;

³⁰⁰ El romance consta de cuarenta versos octosílabos con rima consonante en los pares (8-8a8-8a....); se trata, por tanto, de una reproducción de una canción tradicional. Libro VII, págs. 244-246.

³⁰¹ La segunda composición es una quintilla doble o “décima falsa” de sesenta versos estructurados en seis estrofas de diez versos cada una y de arte menor. Es quizá, una de las composiciones que más le gusta utilizar a Alonso Pérez en la obra. Libro VII, págs. 246- 248.

³⁰² Esta composición es una octava real formada por ciento setenta y seis versos, divididos en veintidós estrofas de ocho versos cada una con rima consonante y de arte mayor. Libro VI, págs. 196-201.

valentía por amar y, por último, insta a otros a que amen a su pastora ya que la suerte les acompañará siempre si lo hacen.

Cristalio y los celos

Cristalio es el autor de una composición³⁰³ de amor dedicada a su amada Fílida que canta ante un reducido auditorio (Sireno, Silvano, Selvagia y la sabia Felicia). En ésta, Cristalio codicia la muerte no solo de él sino también la de su amada Fílida porque los celos le superan; si no puede amarle, será mejor que muera. Los celos no son tanto porque ame a otro pastor, sino porque olvide que le ha conocido y amado; hasta ese punto llega su desesperación, es capaz de suicidarse si ella no le corresponde: “Por librarme en tal estrecho/ bien me mataría yo a mí/ porque estás dentro en mi pecho”³⁰⁴. Como todos los pastores, lo único que necesita es una respuesta urgente de su Fílida.

Carizo y sus vacas

Carizo canta una canción de tipo tradicional³⁰⁵ que comienza así: “Guárdame las vacas...” y se la dedica a su amada pastora Cardenia. Recordemos que Cardenia no había obtenido respuesta del rico pastor Fausto a sus propósitos; además éste había sucumbido ante las poderes de la ingrata pastora Diana, abandonándola. Cardenia decide abandonar el lugar donde llora la ausencia de Fausto y encuentra un pastor (Carizo) que la pretende y se muestra dispuesto a guardar su ganado (vacas) hasta su regreso a cambio de una sola cosa: un beso de su amada. Además explica que está tan enamorado que se ha olvidado de él mismo para pensar en su amada y hace una bonita descripción de ella. Escuchada la canción, Cardenia consigue que Carizo le cuide el ganado y ella parte a buscar a su amado pastor Fausto.

³⁰³ En esta ocasión, Alonso Pérez atribuye, de nuevo, un septeto o séptima a Cristalio. Está compuesta de sesenta y cuatro versos octosílabos con rima consonante. Llama la atención que la primera estrofa tan solo posea tres versos (abb), mientras que el resto queda perfectamente definido: nueve estrofas de siete versos cuyo esquema métrico es abbaacc. Libro IV, págs. 121- 123.

³⁰⁴ Versos 31- 33.

³⁰⁵ La canción de Carizo es una copla de arte menor de cincuenta y seis versos segmentados en siete estrofas de ocho versos octosílabos quedando su rima como dos redondillas juntas. Se encuentra en el Libro VI, págs. 227-229.

Placindo, el criado fiel

Escuchada la canción de alabanza de la Fortuna y de Cupido hecha por Sagastes, Placindo decide componer este soneto³⁰⁶ en relación a lo escuchado, es decir, en alabanza de la diosa Fortuna.

Disteo, Dardanea y su prohibido amor

Alonso Pérez asigna a cada uno de estos personajes una composición (sucesión de tercetos encadenados) en forma de cartas, aunque por su relación temática es mejor verlos juntos.

La primera composición es “*Carta de Disteo a Dardanea*”³⁰⁷ en la que Disteo, enamorado de la hermana de Sagastes, Dardanea, le declara su amor. Ella había quedado viuda muy pronto de su esposo Fenubio y Disteo le pide que le quiera, no puede ni quiere ocultar sus sentimientos. Además le suplica que le permita amarla: “y pues amarte yo es cosa evidente”³⁰⁸ y que, si el impedimento para poder estar juntos es su hermano Sagastes, que renuncie a ser ella: “y dexa tú también de ser quién eres”³⁰⁹.

Por último, Disteo se lamenta y le explica que sin amor, sin su amor, no hay otra salida que la muerte. Aquí, Alonso Pérez utiliza la conocida metáfora de Jorge Manrique de “la vida es el morir, morir es vida”³¹⁰.

La última composición es la “*Carta de Dardanea a Disteo*”³¹¹ en respuesta a sus plegarias. Ésta no acepta el servicio de Disteo y le incita a que busque y ame a otra dama: “En otra parte, pon tu amor ferviente/ que será mejor agradecido/ y pagado quicá cumplidamente”³¹². Además le reprocha que ella, por ser bella, está obligada a amar y, finalmente, decide servir a la casta diosa Diana y no a Venus (diosa del amor); de esta manera, él se deberá apartar definitivamente de ella. Al ofrecer su vida al servicio de la casta Diana, pide que nadie más le muestre su lascivo amor como Disteo y que éste ame a su Palna (su criada) y no a ella. A pesar de la dureza de sus palabras en esta carta, al final sucumbirá al amor de Disteo; se casan en secreto, huyen a Trinacria ayudados por

³⁰⁶ Este soneto se muestra incompleto ya que, a pesar de que el propio Placindo dice que se trata de un soneto, le falta el último terceto que probablemente tenga este esquema métrico: CDE, igual que el que encontramos. Libro VII, págs. 248-249.

³⁰⁷ Sucesión de tercetos encadenados de ciento cuarenta y dos versos endecasílabos. Ambas composiciones se encuentran en el Libro VIII, págs. 262-266 y págs. 268- 273.

³⁰⁸ Verso 130.

³⁰⁹ Verso 84.

³¹⁰ Verso 140.

³¹¹ En esta ocasión, la sucesión de tercetos encadenados consta de ciento cuarenta y nueve versos endecasílabos, las demás características se repiten.

³¹² Versos 65-67.

los criados y tienen una hija (Luztea) que acabará en amores con Agenestor, príncipe de Eolia, según el propio autor.

Hasta aquí llegan todas las composiciones líricas de la obra de Alonso Pérez, un total de setenta y tres, cuyas formas son muy variadas: desde las que continúan la tradición popular y tradicional o las de imitación italiana como sonetos, octavas reales o sextillas.

10.- RELACIÓN DE ESTA OBRA CON LOS SIETE LIBROS DE LA DIANA DE JORGE DE MONTEMAYOR

Ningún novelista continuó su propia novela pastoril, ni el propio Cervantes, quien, sin embargo, aun en el lecho de muerte, soñaba con escribir la segunda parte de su *Galatea*. Pero, en cambio, muchos otros escritores continuaron obras ajenas, lo que demuestra, por un lado, la consagración del nuevo género, y el intento de aprovechar el éxito de determinadas obras.

Como recuerda Avalle-Arce, cuatro de las grandes obras del siglo XVI (o del XV tardío) conocieron varias continuaciones: los *Amadises*, las *Celestinas*, los *Lazarillos* y, por supuesto, las *Dianas*. En todas estas obras, la originalidad de los autores entra en una compleja relación con la materia heredada, que impone moldes, personajes y episodios³¹³. Por lo que se refiere a la tradición pastoril, el punto de partida para la obra de Alonso Pérez es la *Diana* del creador del género, el portugués Jorge de Montemayor. Más adelante, veremos la importancia de otros continuadores del género como la realizada por Gaspar Gil Polo.

El propio Alonso Pérez se consideraba a sí mismo como el heredero literario de Montemayor y así lo expresaba en el ya mencionado *Argumento* de la obra, visto anteriormente. Si hemos de dar crédito a lo que dice Pérez, Montemayor tenía intención de concluir su novela: el amor del olvidado pastor Sireno se habría visto recompensado, pero para esto era necesario que muriera antes el rico pastor Delio, que se había casado con la bella pastora Diana.

Pero si, por un lado, Alonso Pérez se considera heredero de Montemayor, por otro, ha contribuido a forjar una visión no del todo exacta del autor de la *Diana*. Avalle-Arce ha señalado cómo Pérez, orgulloso de su cultura humanística, desdeña a Montemayor como carente de letras. Por otro lado, y de forma implícita, la segunda *Diana* se muestra hostil a la visión neoplatónica de la primera, según hemos tenido ocasión de ver en páginas anteriores.

Tras el análisis de la obra del salmantino, veamos ahora la obra maestra del género y sus similitudes con la continuación. Para explicar, al menos en parte, la decisión de Alonso Pérez, conviene no olvidar que la popularidad de Montemayor fue grande, y que entre sus amigos se encuentran conocidos poetas de la época como

³¹³ J. B. Avalle-Arce, *La novela...*, pág. 104-105.

Gutierre de Cetina o Sa de Miranda. En cuanto a *Los siete libros de la Diana* fue uno de esos libros más leídos y traducidos de la época, desde la primera edición de 1560 ó 1561. Cada edición hecha solo confirmaba el éxito del libro y la última fue en 1662, es decir, un siglo después de su creación.

Con objeto de analizar las relaciones entre Alonso Pérez y Montemayor, vale la pena recordar el **Argumento** de la obra de éste último, tal y como él mismo lo presenta al comienzo de su obra:

En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla, hubo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo. Ésta quiso y fue querida en extremo de un pastor llamado Sireno, en cuyos amores hubo toda la limpieza y honestidad posible. Y en el mismo tiempo la quiso más que a sí otro pastor llamado Silvano, el cual fue de la pastora tan aborrecido que no había cosa en la vida a quien peor quisiese.

Sucedió, pues, que como Sireno fuese forzadamente fuera del reino, a cosas que su partida no podía excusarse, y la pastora quedase muy triste por su ausencia, los tiempos y el corazón de Diana se mudaron, y ella se casó con otro pastor llamado Delio, poniendo en olvido el que tanto había querido. El cual, viniendo después de un año de ausencia, con gran deseo de ver a su pastora, supo antes que llegase cómo era ya casada.

Y de aquí comienza el primero libro, y en los demás hallarán muy diversas historias, de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazados debajo de nombres y estilo pastoril³¹⁴.

El hecho de que Montemayor decida incluir el argumento completo al comienzo de su obra, lo diferencia de Alonso Pérez, que no lo hace. Ello se puede deber a dos motivos fundamentalmente: o bien, no cree que sea necesario, puesto que es una continuación y no tiene la necesidad de anunciar a los lectores lo que van a encontrar en su obra, o bien porque no tenía una idea muy clara de cómo iba a acabar su obra y no quería anticipar acontecimientos.

Otra de las diferencias entre ambos autores hace referencia a los **personajes**. El hilo central de la obra del portugués se basa fundamentalmente en la historia de este

³¹⁴ Jorge de Montemayor, *La Diana*, edición de Asunción Rallo, Cátedra, Madrid, 2008, pág. 108.

triángulo amoroso: Diana, Sireno y Silvano, aunque aparecen algunos relatos como es el caso de Selvagia, Ismenia, Montano y Alanio que se muestran entre lo pastoril y lo novelístico; otros como el de Felismena y don Félix y, por último, otros como Belisa, Arsenio, Argasto, Amarílida, Filemón, Armia... De esos personajes, se mantienen en la continuación los siguientes: Diana, su marido Delio, Sireno, Selvagia, Silvano, don Félix, Felismena, la sabia Felicia y sus ninfas.

Diana aparece casada con el pastor Delio (matrimonio relatado en la primera *Diana*), cuya vida es bastante desgraciada por no tener el amor que quiere y a la que pretenden dos pastores que no habían aparecido antes en la de Montemayor: Firmio (en el Libro I) y Fausto (en el Libro VI) que, enamorado de la pastora Cardenia, muda sus sentimientos en favor de Diana. En ella se produce un cambio interesante. Su protagonismo en la primera novela es más bien pasivo: despierta el amor de los personajes masculinos y genera así las complejidades de la intriga, pero no aparece con demasiada frecuencia, ni sus peripecias son objeto de interés. En cambio, en la obra de Alonso Pérez, sus desdichas de malmaridada constituyen uno de los focos del relato, aunque está menos presente en la mente –y en la conducta– de los demás personajes.

Las dos parejas de Sireno-Selvagia y Felismena- don Félix cambian por completo de significación en la obra de Alonso Pérez. En la primera *Diana* las dos historias son historias de amor infeliz y, por consiguiente, conflictivo. Silvano ama a Selvagia, pero ésta ama a Albanio, que no corresponde a su amor. Felismena ama a don Félix, que, a su vez, ama a Delia, enamorada de Felismena, que se ha disfrazado de hombre. Esas tensiones desaparecen en la obra de Alonso Pérez, de manera que tanto a Silvano y Selvagia como a Felismena y don Félix sólo les queda actuar como testigos de los amores ajenos y comentarlos. Se explican así las frecuentes interrupciones con las que don Félix corta las narraciones de otros personajes.

Sireno será apodado en la versión de Pérez como “el olvidado”, por el desdén de Diana: éste se muestra al principio un poco dolorido por su historia pasada, pero su papel de amante desdeñado en la obra original queda sustituido por el de pastor “desamorado”, que celebra su libertad pedida y aconseja a los demás que se alejen de los engaños de Cupido. Aunque está presente en casi todos los libros, actuará como testigo de lo que ocurre alrededor del palacio de la sabia, excepto en el Libro I, en el que toma cierto protagonismo. No se enamorará en todo el libro, aunque es posible que si el autor hubiera concluido su obra, hubiera casado a Sireno con Diana tal y como, según él mismo nos cuenta, tenía intención de hacer Montemayor. En todo caso, tal y como está

el texto, Sireno se enfrentará a a Sireno a causa de la diferente visión que tiene cada uno acerca de la naturaleza del amor. En relación con la obra de Montemayor, se altera la relación entre los entre los dos personajes masculinos, aunque ahora ya no se trata de la rivalidad entre dos pastores enamorados de la misma mujer: en el modelo, la relación que había entre los dos era de complementaridad, ya que ambos eran enamorados infelices de Diana. Ahora, en cambio, se enfrentan coo defensor del amor, uno (Silvano) y detractor, el otro (Sireno).

La sabia Felicia mantiene una cierta relevancia: participará como testigo de muchos de los acontecimientos, pero también intervendrá de manera activa en la trama. Aunque es cierto que sus poderes mágicos no reciben aquí la misma atención que en la primera parte de la obra. Aunque Felicia consigue que Sireno vuelva a sentir interés por Diana a partir de cierto momento del relato, la eficacia de sus filtros de amor y desamor es descrita con menos detalle que en la obra original.

Así pues, varios de los principales personajes de la obra de Montemayor se mantienen en la de Alonso Pérez. En un libro ya célebre, Gerard Genette ha estudiado la frecuencia con la que el foco de interés se desplaza de unos personajes a otros al pasar de una obra a aquella que la continúa³¹⁵. Recordemos el caso de Eneas, personaje secundario al final de la *Ilíada* y protagonista de la *Eneida*. O el de Telémaco, personaje secundario en la *Odisea* y principal en la continuación de Fenelon. En la obra de Alonso Pérez no hay un personaje heredado de la primera *Diana* que, siendo allí secundario, asuma ahora el papel principal. Si acaso, el fenómeno que se observa es el contrario: los personajes principales de la obra de Montemayor, incluso cuando se mantienen en la obra del salmantino, ven debilitada su importancia. Diana conserva su importancia, aunque, como acabo de señalar, de manera diferente; y Felicia tiene tembién un relieve parecido al que le asigna Montemayor.

De la obra de Alonso Pérez han desaparecido los personajes que protagonizan los principales desencuentros de su modelo: Albanio (amado por Selavagia, pero enamorado de Ismenia), Ismenia (amada por Albanio, pero enamorada de Montano, que se le muestra indiferente) y el propio Montano. Análogamente, ha desaparecido el personaje de Delia, amada de don Félix, pero enamorada de Felismena, que se ha disfrazado de hombre. Al desaparecer esos personajes, pierde importancia uno de los temas centrales de la obra de Montemayor, el de “amor loco, yo por vos y vos por otro”.

³¹⁵ Gerard Genette, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989, págs. 216 y ss.

Aunque la intriga protagonizada por Carizo (que ama a Cardenia), Cardenia (que ama a Fausto) y Fausto (que ama a Diana) reintroduce, bien que como intriga muy secundaria, ese motivo. También desaparecen Delio y Belisa, así como el padre del primero, que persigue a la muchacha, y que termina muriendo, víctima de su delito. Montemayor ha suprimido aquí uno de los elementos de mayor violencia en la intriga de la primera *Diana*.

En general, la mayoría de los personajes de Alonso Pérez no tienen su antecedente en la obra de Montemayor, y son creados por el salmantino; hablamos de algunos que adquieren una importancia notable como, por ejemplo, los hermanos Delicio y Partenio, el viejo Parisiles y su hija Stela junto a su íntima amiga Crimene, que tendrán un notable protagonismo desde el libro III en adelante y otros como Disteo, Dardanea, su hermano Sagastes, los criados Palna y Placindo y caballeros como Martandro que aparecen a partir del libro VI. Estos personajes, y las historias que protagonizan retoman algunos de los motivos y los temas más característicos de la obra de Montemayor. La historia de Disteo y Dardanea tiene la compleja intriga y la ambientación urbana de la de Felismena y don Félix en la primera *Diana*.

La historia de Gorforosto permite incorporar un elemento, el del amor ferino, que aparecía ya en el modelo. En Montemayor eran los salvajes quienes pretendían violar a las ninfas; aquí, es Gorforosto quien se comporta de manera parecida con respecto a Stela. La identidad funcional de esas figuras se ve reforzada por su semejanza física. Según he señalado, algunos de los rasgos del monstruo de Alonso Pérez no corresponden a su modelo más obvio, el Polifemo de Ovidio, sino a los hombres salvajes. Así que cambian el nombre y los matices, pero no el sentido ni, en cierto modo, el aspecto del personaje. Es reveladora, sin embargo, de la distinta formación de los dos autores, la elección que ha hecho cada uno de ellos. Montemayor introduce directamente en su obra a una figura folklórica, la del salvaje, de larga tradición medieval y muy presente, por ejemplo, en la novela sentimental (y bastaría pensar en el Caballero Deseo de la *Cárcel de amor*). Alonso Pérez, en cambio, introduce un mito clásico, el de Polifemo, aunque, quizá de forma inconsciente, lo deforma para que exprese lo mismo que el otro. El Polifemo de Ovidio nunca hubiera utilizado la violencia contra Galatea, cosa que sí hace, o intenta hacer, el de esta *Diana*.

El **espacio** también relaciona ambas obras; la obra del portugués comienza en *los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla* ³¹⁶ y, curiosamente, este lugar también aparece en la obra de Pérez en boca de Silvano en el Libro I y también cuando se cuenta la historia del pastor Firmio, enamorado de Diana, en el Libro VI lo hace en los montes de León. Así que podríamos situar algunos relatos en esa provincia española.

Importante para el análisis de la relación de las obras, debemos hacer referencia al **estilo** de ambas. Montemayor, a pesar de ser un autor portugués, escribe la mayor parte de su obra en castellano, de esta manera se une a otros escritores como Gil Vicente. El predominio pertenece al castellano, aunque no falta en la obra algún rasgo morfológico o fonético que muestre el uso del portugués en el habla de Montemayor; sin embargo, esto no ocurre en Alonso Pérez. Convendría analizar el léxico de Montemayor, tal y como he hecho aquí con el de Alonso Pérez, para ver si los términos clave de la obra del salmantino proceden o no de los de su antecesor.

³¹⁶ Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*, Madrid, Espasa Calpe, 1946, volumen 127 de “Clásicos Castellanos”, pág. 23.

11.- RELACIÓN CON OTRAS CONTINUACIONES DE LA DIANA DE JORGE DE MONTEMAYOR

Todos los elementos estudiados en el apartado anterior están unidos por la cohesión del relato. *La Diana* inaugura un género literario que ha de obtener un amplio desarrollo en la literatura española.

Montemayor tenía la intención de continuar el libro, pero no lo hizo. Otros lo llevaron a cabo. Así como al *Lazarillo* siguieron otros y varias *Celestinas* a la de Rojas, también la *Diana* tuvo sus propias continuaciones como la escrita por nuestro autor (Valencia, 1564); la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo, una de las mejores dentro del género; la *Diana* de Jerónimo de Tejeda (París, 1587) y la de Gabriel Hernández, hoy perdida.

Después de hacer el estudio de la continuación de Alonso Pérez y ver su relación con la del creador del género, es momento de analizar algunas características de las otras para ver qué relación o diferencia tienen con la de nuestro autor.

1.- La Diana enamorada de Gaspar Gil Polo

En primer lugar, empezaremos por la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo que, según la crítica, es bastante superior en calidad literaria que la de nuestro autor salmantino. De hecho, Gil Polo siguió por muy poco a la primera edición de Pérez en 1563 ya que su *Diana* se publicó en el mismo lugar y un año después (Valencia, 1564)³¹⁷.

La novela de Gil Polo, en contra de la de Alonso Pérez, ha sido ensalzada casi sin excepciones por la crítica, incluso por el propio Cervantes: “La de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo”³¹⁸.

Debemos en primer lugar, conocer algunos datos biográficos de Gil Polo. La fecha de su nacimiento se sitúa alrededor de 1540 en Valencia, aunque no es exacta. Parece que estudió leyes y fue notario de la ciudad, probablemente entre 1571 y 1573. Fue también poeta por afición y, entre sus obras, destacan su “Canto al Turia”, una sola obra de ficción, *La Diana enamorada* y varias obras de carácter jurídico en las que

³¹⁷ Existen varias reediciones modernas, cito por la de Rafael Ferreres, Madrid, Clásicos Castellanos, 1953. El estudio preliminar ya había sido publicado en la *Revista Valenciana de Filología*, II (1952), pág. 33- 56. Cuando salió a la luz la novela de Gil Polo ya circulaba la de Alonso Pérez, como lo confirma el soneto de D. Alonso Girón y Rebolledo a la *Diana enamorada* de Gil Polo. En lo que sigue me valgo muy ampliamente del prólogo de Ferreres.

³¹⁸ *El Quijote*, I, VI.

intervino como colaborador. Gaspar Gil se casó con Isabel Gil Polo (como se llama en los documentos) probablemente alrededor de 1565 y fruto de su matrimonio nacieron, al menos, ocho hijos. Atender a su familia fue el cuidado más importante de su vida.

Gaspar Gil Polo fue considerado como un letrado muy brillante en su profesión y sus méritos hicieron que el rey Felipe II le nombrase para encargarse de los asuntos del Principado de Cataluña. Esto nos indica que fue conocedor de las lenguas de Valencia y Castilla, junto con el latín, además de las pudiese conocer por sus aficiones literarias. Su salud se vio resentida y hubo de morir antes de enero de 1585. Su hijo Julián Polo fue el designado por su padre para sucederle en el cargo³¹⁹.

La Diana enamorada se escribe y aparece con la intención de proseguir la primera de Montemayor, según declara Polo en la “Epístola a los lectores”. Montemayor y Polo se conocieron puesto que el portugués estuvo durante un tiempo en Valencia. En este propósito de continuar la obra, coincide con Alonso Pérez. Lo único que hacen ambos autores es cumplir con la intención del portugués de escribir una “segunda parte”. Además con estas continuaciones, abren el camino a los libros de pastores incluso conservando el título básico de *Diana* en las dos obras.

Según Avalor- Arce³²⁰, la novela de Gil Polo está más cercana al modelo de Montemayor (en el argumento, al menos) que lo está la del autor salmantino, aunque esa afirmación podría discutirse. De hecho, el propio Avalor-Arce señala que frente a la filosofía neoplatónica de Montemayor y a la escolástica de Alonso Pérez, la del valenciano es esencialmente estoica³²¹.

Una diferencia muy notable entre las dos continuaciones de la *Diana* es la que afecta a los **personajes**. Gil Polo suprime a varios de los que mantiene Alonso Pérez y, en cambio, mantiene a otros, ausentes de la obra del salmantino. En la obra del valenciano desaparecen Felismena y don Félix, pero se mantiene, en cambio, la pareja Ismenia-Montano. Su amor (conflictivo al comienzo de la obra de Montemayor) es aún un amor correspondido por las dos partes, aunque no feliz, pues Fileno persigue a Ismenia y la madrastra de Montano corteja a su hijastro. De esa forma, Gil Polo reelabora el motivo del joven (o la joven) perseguida por un personaje de mayor edad (el padre de Delio corteja a Belisa en la primera *Diana*): un motivo que está ausente de Alonso Pérez.

³¹⁹ Tomo los datos del prólogo de Francisco López Estrada de Gaspar Gil Polo, *La Diana enamorada*, Madrid, Castalia, 1987, págs. 14- 18.

³²⁰ Tomo referencia de Avalor- Arce, *La novela pastoril...*, pág. 116.

³²¹ Gaspar Gil Polo, *La Diana enamorada*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Castalia, 1987, pág. 227.

Respecto a Diana, ésta coincide con su situación de casada infeliz. De hecho, en ambas continuaciones se canta la canción de la bella malmaridada³²². También la solución del conflicto es la misma que planeaba Alonso Pérez: la muerte de Delio y el matrimonio de Diana con el olvidado Sireno.

Aunque haya cierta aproximación en el tiempo, no la hay en lo referido al **espacio**; con una excepción, el palacio de la sabia Felicia que comparten ambas obras. Éste volverá a ser el centro de reunión de las parejas de cualquier clase que sean, aunque parece más un palacio que templo de la diosa de la castidad Diana. La sabia actuará allí en los casos de amor y los resolverá definitivamente. En la obra de Pérez, como hemos visto anteriormente, será el lugar al que acuden todos los personajes en peregrinación y donde se contarán todas las historias de amor de los personajes. Una vez allí, habrá una serie de personajes que permanezcan toda la obra para intervenir, si es preciso, en la resolución de los conflictos planteados; éstos son, por ejemplo, las ninfas que acompañan a la sabia como Dorida, Polidora o Cinthia; don Felis y Felismena; Sireno, Selvagia y Silvano; el viejo Parisiles, las ninfas Stela y Crimene...etc³²³.

Pero, sin duda, la mayor diferencia entre Gil Polo y Pérez es la ubicación de su obra; mientras que el primero pone de manifiesto su amor por las tierras valencianas, Pérez ubica la acción, fundamentalmente en los montes de León y Zamora y en las riberas de los ríos Ezla y Mondego³²⁴ y, fuera de nuestras fronteras, en Portugal especialmente. En esto, Pérez sigue más de cerca a Montemayor, que también había situado su novela en esas tierras.

Otras cuestiones en las que sí coinciden son en el **léxico** ya que ambos hacen uso del superlativo, empleado como signo del grupo genérico en el que se encuentran, sobre todo cuando se aplica a una descripción o situación pastoril³²⁵. También coinciden en el uso intenso de epítetos que, en el caso de Pérez, superan los más de cien casos: éstos están asegurados por la tradición pastoril (sobre todo utilizados por Garcilaso de la Vega); ambos hacen uso de las interrogaciones y exclamaciones retóricas para la expresión de los sentimientos de los protagonistas que, de nuevo, en Pérez superan los cien casos y, por último, el uso que hacen de las oposiciones o antítesis de términos.

³²² Libro VI, págs. 211- 214.

³²³ El palacio de la sabia Felicia está presente en todos los libros a partir del III, sobre todo. Todos los libros comienzan y terminan en este lugar que, recordemos, está rodeado de la fuente de los Laureles, una especie de *locus amoenus* descrito en varias ocasiones por Pérez.

³²⁴ Libro VI, pág. 210.

³²⁵ Ver apartado del léxico en este estudio sobre la obra de Alonso Pérez.

Por lo que se refiere al verso, difieren en que Gil Polo utiliza, por ejemplo, rimas provenzales o versos franceses que, evidentemente, en Pérez no aparecen. Contando con que Gil Polo vivía en un medio literario bilingüe, el uso de la lengua le resultaba más accesible por su experiencia en la literatura local y en la catalana en general, y en la provenzal, la italiana y la francesa, cosa que en Alonso Pérez era muchísimo más difícil al situarse en Salamanca y no tener apenas el influjo de dichas lenguas.

Ante el despliegue de formas poéticas, los críticos han destacado la riqueza y variedad de Polo, no así con Pérez. De esta manera, siguen fielmente la polimetría que exhibió Montemayor en la primera *Diana*.

2.- La Diana de Jerónimo de Tejeda

La obra de *La Diana* de Jerónimo de Tejeda, según la crítica, no sólo es muy tardía, sino además un plagio total de la de Alonso Pérez. A Valle- Arce, especialista en el género, no se detiene en comentar esta obra del que considera un pseudonovelistas³²⁶.

3.- La Diana de Gabriel Hernández

Según Valle-Arce, la continuación de Gabriel Hernández de la *Diana* ha quedado hoy perdida, por lo que es imposible su comparación con la de Alonso Pérez.

³²⁶ Tomo referencia de Valle- Arce, *La novela pastoril...*, págs. 128- 129.

12.- CONCLUSIONES

Del estudio que hemos realizado de *La Segunda Diana* de Alonso Pérez, se desprenden varias conclusiones.

Por lo que se refiere al tratamiento del **espacio**, Alonso Pérez hereda algunos escenarios geográficos de la obra de Montemayor. Pero, a pesar de que, tanto Montemayor como Pérez, comparten lugares como la antigua ciudad de León, los montes de León o los ríos Ezla y Mondego, hay que tener en cuenta una diferencia de índole biográfica. Mientras que el río Duero se relaciona con el lugar de nacimiento del autor portugués (o el río Turia con el del valenciano Gil Polo), no ocurre lo mismo con la tierra natal de nuestro autor. No hay ninguna referencia en la obra a Salamanca ni a ríos próximos a esta ciudad. En este caso, ha pesado más el deseo de prologar la obra de Montemayor que las circunstancias biográficas del escritor. Ese limitado espacio geográfico se amplía (a través de las historias de Delicio y Partenio) al Mediterráneo y, más en concreto, a las islas de Sicilia y Peloro. De manera más rápida, la referencia al rey Eolo nos lleva a la zona de la actual Turquía (Eólida), y las historias mitológicas a otros lugares (Delos, etc.) de la antigua Grecia. De esa forma, el escenario del texto tiene un vago aire clásico. Lusitania nos sitúan en la Península, pero en la época de la romanización; Eolia y Sicilia se identifican fácilmente la Magna Grecia y a la Grecia asiática.

En otro orden de cosas –lo que he llamado los espacios menores- el mundo de la égloga se amplía de dos maneras. Primero mediante la introducción en el escenario pastoril de un edificio de arquitectura suntuosa, la casa de la sabia Felicia, que añade una nota de clara artificialidad al mundo natural de la Arcadia. La propia descripción del edificio y el hecho de estar consagrado como templo a Diana refuerzan la sensación de clasicismo que se desprende ya de los ambientes geográficos. Por otro lado, la historia de Disteo y Dardanea se desarrolla en un espacio urbano, más próximo a la novela corta que a la égloga.

La referencia al **tiempo** casi siempre va ligada a la del espacio. Como en toda novela pastoril, el tiempo es lentísimo. El autor sigue, en general, los tópicos virgilianos y hace que cada libro acabe con el anochecer y empiece con el amanecer de un nuevo día. Se supone y casi se cumple que cada libro corresponde a un día completo; cada libro termina con la reunión de los personajes en torno al palacio de la sabia cenando y bailando y comienza el siguiente libro con el amanecer y con nuevas historias de

pastores. De nuevo, sin embargo, las historias secundarias, a través de amplísimas analepsis, alargan el tiempo, ya que, con frecuencia, los personajes relatan toda su vida desde la infancia. Esas analepsis aparecen prácticamente siempre en boca de los personajes, ya que es muy raro que sea el propio narrador omnisciente quien presente la prehistoria de sus pastores y pastoras. De manera que hay un tiempo corto, el del narrador extradiegético, que corresponde al “presente” de la novela; y un tiempo largo, el de los narradores intradieгéticos, que cuentan a los demás personajes su propia historia, y que corresponde al pasado de la acción principal.

Por lo que se refiere a las indicaciones del discurrir temporal, suelen ser muy vagas, del tipo “unos días después”, “al amanecer”, etc. Hay, sin embargo, algunas excepciones. Por ejemplo, se especifica claramente cómo van pasando los ocho días del plazo que tiene Delicio para abandonar los lugares frecuentados por Gorforosto. Esa precisión era necesaria para mantener el suspense en el desarrollo de la intriga. Y en la historia de Disteo y Dardanea se señala (única vez en la novela) la hora de manera precisa, “las once”. No puede ser casual que esa indicación corresponda a un relato de ambientación urbana. Como vio Le Goff en un trabajo célebre, el tiempo de la ciudad es el tiempo preciso de los mercaderes, frente al tiempo mucho más impreciso de las faenas de los agricultores y los pastores.

He aludido ya a la pluralidad de **narradores** de la novela. Conviene recordar que una misma historia puede ser referida por varios personajes: es lo que ocurre con la historia de Disteo y Dardanea, que narran Placindo, primero, y luego, Martandro. Esta pluralidad de narradores podría haber facilitado el juego con diferentes puntos de vista, pero Alonso Pérez apenas aprovecha las posibilidades perspectivísticas que le ofrece la presencia de más de un narrador.

Desde el punto de vista del **estilo**, tanto por su carácter dialogado como por su prosa lírica, la segunda *Diana* se aproxima muchísimo a su modelo. Este carácter hace que abunden las oraciones interrogativas, exclamativas y enfáticas en la parte dialogada; en las partes descriptivas, abunda la prosa lenta llena de epítetos, doble adjetivación, figuras literarias como repeticiones y anáforas, que determinan esta lentitud propia de las novelas pastoriles. El léxico que emplea Alonso Pérez no parece diferir del de Montemayor, pero sería necesario comparar más de cerca lo que aquí se ha visto sobre el léxico del salmantino con el uso que hace de la lengua el propio Montemayor.

Las semejanzas entre las dos *Dianas* no se limitan, obviamente, al estilo. No en vano, Alonso Pérez se declara a sí mismo como el continuador de la obra de su “maestro”. La obra de Pérez comparte con su modelo el triángulo formado por Silvano, el olvidado Sireno y la ingrata pastora Diana. A ese triángulo hay que añadir a Selvagia, Felismena, don Félix y, por supuesto, la sabia Felicia. Han desaparecido, en cambio, personajes como Alanio, Ismenia y Montano, así como Delio y Belisa. De los personajes conservados, ninguno adquiere un mayor relieve que en la obra original: más bien, todos ellos (quizá con excepción de Diana) pierden importancia con respecto al texto de Montemayor. Algunos, como Felismena y don Félix, quedan reducidos a la función de espectadores o superficiales comentaristas de los hechos. Son, por el contrario, los personajes nuevos los que despiertan un mayor interés: el viejo Parisiles, la ninfa Stela, Crimene, Delicio, Partenio, Disteo, Dardanea y Sagastes, sobre todo. Alonso Pérez, sin embargo, ha mantenido, por medio de esos personajes, algunos de los mecanismos narrativos que Montemayor encomendaba a otros. Así, se mantiene una intriga amorosa llena de malentendidos y de ambientación urbana, pero su protagonismo no corresponde ya a Felismena y don Félix, sino Disteo, Dardanea y Martandro.

Desde el punto de vista filosófico, hay que coincidir con Ayalde-Arce en que el **neoplatonismo** de Montemayor se pierde en el relato de Alonso Pérez, si bien, de forma casi anecdótica, pueden encontrarse ideas neoplatónicas en la reflexión de Parisiles sobre Pan, identificado con el Uno.

Finalmente, de acuerdo con las convenciones de la novela pastoril hay una presencia muy importante de la poesía italiana (imitando a Petrarca en formas métricas como el soneto, la canción petrarquista, la octava real, etc. o los autores españoles italianizantes como Boscán o Garcilaso) y la poesía tradicional española (en estructuras métricas como las coplas, glosas o quintillas). De especial relevancia es la presencia de la sextina provenzal que, sin duda, se relaciona con el aristocraticismo y el refinamiento. Algunos estudiosos como Antonio Prieto ya han señalado la presencia de esta forma métrica en otras novelas pastoriles como las *Dianas* de Montemayor, Gil Polo, *El pastor de la Fílida* de Gálvez de Montalvo y la *Galatea* de Cervantes. Tanto Montemayor como Alonso Pérez utilizan el endecasílabo para sus formas métricas más cultas y el octosílabo para sus formas más tradicionales, al igual que en las dos obras podemos observar composiciones que van desde un pareado de dos versos a bastantes composiciones que superan el centenar de versos, tan característica de la novela pastoril.

13.- BIBLIOGRAFÍA

Avalle- Arce, Juan Bautista (ed.), *La Galatea de Cervantes cuatrocientos años después: Cervantes y lo pastoril*, Newark, Juan de la Cuesta, 1985.

Avalle- Arce, Juan Bautista, *La novela pastoril*, Madrid, Itsmo, 1975.

Beltrán Almería, Luis, “Una aproximación a la novela pastoril hispana”, en J. M. Ferri y J. C. Rovira (eds.), *El Parnaso de dos mundos: literatura española e hispanoamericana en el Siglo de Oro*, Madrid- Frankfurt, Iberoamericana- Vervuert, 2010, págs. 331- 350.

Castillo, Cristina, *Antología de libros de pastores*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005.

Cerezo Magán, Manuel, “El mito clásico en la novela pastoril: Jorge de Montemayor y Gaspar Gil Polo”, *Faventia*, 27 (2005), págs. 101-119.

Cervantes, Miguel de, *La Galatea*, ed. Francisco López Estrada y M^a. Teresa López Berdoy, Madrid, Cátedra, 1995.

Corti, María, “Il códice bucólico e l’*Arcadia* di Jacobo Sannazaro” y “Rivoluzione e reazioni stilistica nel Sannazaro”, recogidas ambos en *Metodi e fantasmi*, Milán, Feltrinelli, 1969.

Devoto, Daniel, *Para un vocabulario de la rima española*, París, Seminaire d’ Études Médiévales Hispaniques, 1995.

Díez Borque, José M^a, *Comentario de textos literarios: Método y práctica*, Madrid, Playor, 1984.

Dollmeyer, Celia Tonkinson, “Evolución hacia la novela epistolar, La “Segunda parte de la Diana” de Alonso Pérez, *Bulletin of Hispanic Studies*, 79 (2002), págs. 15- 25.

Domínguez Caparrós, José: *Métrica española*, Madrid, Síntesis D.L., 1993.

Egido, Aurora, *Cervantes y las puertas del sueño: estudios sobre la Galatea, El Quijote y El Persiles*, Barcelona, PPV, 1994.

Fernández Montesinos, José, “La Diana de Jorge de Montemayor” en *Entre Renacimiento y Barroco*, Granada, Comares, 1997.

Fosalba, Eugenia, *La Diana en Europa: ediciones, traducciones e influencias*, Barcelona, Universitat Autònoma, 1994.

Genette, Gerard, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989.

Gil Polo, Gaspar, *La Diana enamorada*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Castalia, 1987.

Gil Polo, Gaspar, *La Diana enamorada*, ed. Rafael Ferreres, Madrid, Clásicos Castellanos, 1953.

Grimal, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 2006.

Historia y crítica de la literatura española: Siglos de Oro II (Renacimiento), ed. Francisco López Estrada, Barcelona, Crítica, 1980.

Lausberg, Heinrich, *Manual de retórica literaria: fundamentos de una ciencia de la literatura*, 3 vols., Madrid, Gredos, 1983-1994.

López Bueno, Begoña (ed.), *La égloga*, VI Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro (Universidades de Sevilla y Córdoba), Sevilla, Universidad, 2002.

López Estrada, Francisco, *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, Gredos, 1974.

López Estrada, Francisco, Javier Huerta Calvo y Víctor Infantes de Miguel, *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, Universidad Complutense, 1984.

Montemayor, Jorge de, *Los siete libros de Diana*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Espasa- Calpe, 1946.

Montemayor, Jorge de, *La Diana*, ed. Asunción Rallo, Madrid, Cátedra, 2008.

Mújica, Bárbara, *Iberian pastoral characters*, [S.L.], Scripta Humanistica, 1986.

Pérez, Alonso, *La Segunda parte de la Diana de Jorge de Montemayor*, Venecia, Io Comenzini, 1574.

Prieto, Antonio, “La sextina provenzal en la estructura narrativa, en su *Ensayo semiológico de sistemas literarios*, Barcelona, Planeta, 1972.

Prieto, Antonio, *Morfología de la novela*, Barcelona, Planeta, 1975.

Redondo Goicoechea, Alicia, *Manual de análisis de literatura narrativa. La polifonía textual*, Madrid, Siglo XXI de España editores S.A., 1995.

Riley, Edward C., “Géneros y contra géneros novelescos” en *Literatura en la época del Emperador*, ed. Víctor García de la Concha, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1988.

Rojas, Fernando de, *La Celestina*, ed. Peter Russell, Madrid, Castalia, 1991.

Sánchez Costa, Luis, “La Península a principios del siglo XVII”, *RHi*, 34, 1915.

Schnabel, Doris R., *El poeta pastor. Fernando de Herrera y la tradición lírica pastoril en el primer siglo áureo*, Ann Arbor, UMI, 1994.

Segura Covarsí, Enrique, *La canción petrarquista en la lírica española del Siglo de Oro*, Madrid, CSIC, 1949.

Smieja, Florián, “La señora no es para la hoguera: el caso de *La segunda parte de la Diana* de Alonso Pérez”, en *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, Universidad de Toronto, 1980, págs. 715-718.

Souviron López, Begoña, *La mujer en la ficción arcádica: aproximación a la novela pastoril española*, Madrid- Frankfurt, Iberoamericana- Vervuert, 1997.

Tayler, E. W., *Nature and Art in Renaissance Literature*, Columbia University Press, 1966.

Trabado Cabado, José Manuel, *Poética y pragmática del discurso lírico. El cancionero pastoril de la Galatea*, Madrid, CSIC, 2000.

Ulloa, Alfonso de (servidor de don Juan Hurtado de Mendoza), *Bulletin Hispanique*, 70, 1968.

Vega, Garcilaso de la, *Poesías castellanas completas*, ed. Elías L. Rivers, Madrid, Castalia, 1996.

Villanueva, Dario, *El comentario de textos narrativos*, Valladolid, Ediciones Júcar, 1989.